This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

~~196 g 32~~

~~NS 12 c~~

~~256 b (Rm 4)~~

~~217 c~~ BS 1/18

MEMORIAL HISTÓRICO ESPAÑOL:

COLECCION

DE DOCUMENTOS, OPÚSCULOS Y ANTIGÜEDADES,

QUE PUBLICA

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO XII.

MADRID,
EN LA IMPRENTA NACIONAL.
—
1860.

106.2.12

COMENTARIOS DEL DESENGAÑADO,

Ó SEA

VIDA DE D. DIEGO DUQUE DE ESTRADA,

escrita por él mismo.

En la Biblioteca Nacional de esta corte se conserva un manuscrito en 4.° con 697 hojas útiles, que contiene la Vida y hechos de D. Diego Duque de Estrada, caballero toledano, escrita por él mismo: obra conocida ya de los eruditos, aunque imperfectamente, por las citas y extractos de Pellicer (1) y Clemencin (2), y muy digna por su singularidad y circunstancias de ver la luz pública en esta coleccion.

Faltan documentos para la historia nacional en el siglo XVII. Acerca de Felipe III nada hay impreso, exceptuando los breves apuntes del marqués Virgilio Malvezzi, y la no menos breve historia de su cronista Gil Gonzalez Dávila, mientras que para el largo reinado de su hijo y sucesor Felipe IV no poseemos mas materiales que la obra incompleta de Céspedes (3), las relaciones algo descosidas

---

(1) *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles*, por D. Juan Antonio Pellicer y Saforcada, páginas 89, 92.

(2) Quijote, tomo IV, pág. 230.

(3) *Historia de D. Felipe IV, rey de las Españas*, por D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, Barcelona 1634. No pasa del año 1631 en que se imprimió por la primera vez en Lisboa, y por consiguiente solo abraza los diez primeros años del reinado de aquel monarca.

de los continuadores de Mariana (1), y tal cual noticia de sucesos particulares en diferentes partes de esta monarquía; no porque nuestros archivos y bibliotecas no estén llenos de correspondencias diplomáticas, memorias, consultas de los Consejos y obras como la presente, sino que siendo muy poco lo publicado hasta aquí, y habiéndole tocado á esta generacion el ir reparando poco á poco los descuidos y olvidos de las pasadas, no se han podido ni se pueden llenar de un golpe los inmensos vacíos de la historia nacional.

La presente obra es, pues, una de las que pueden contribuir á ilustrar la historia de aquellos reinados. Contiene las aventuras personales de un caballero, de profesion soldado, que despues de haber militado treinta años consecutivos en Africa, Italia y Alemania terminó su vida en un convento de Cerdeña. Aquellas, empero, son tan varias y extrañas, por no decir maravillosas, y llevan de tal manera impreso el sello de una jactanciosa vanidad, que sin querer nos ha asaltado alguna vez la idea de que pudieran ser fabulosas y fingidas. Afortunadamente los comprobantes históricos que hemos podido reunir, así de la persona y ascendientes de nuestro autor como de los sucesos en que tomó parte, disipan toda duda de que la obra pueda ser una ficcion.

Vástago de una familia ilustre (2), emparentada con

---

(1) Bernabé Vibanco, ayuda de cámara de los reyes Felipe III y IV, escribió una voluminosa y difusa historia de estos reinados, desde el año de 1578 al de 1648; pero su obra, aunque bastante comun, no ha sido nunca impresa.

(2) Véanse las noticias genealógicas con que el autor mismo encabeza su obra, y las frecuentes alusiones que despues hace á familias enlazadas con la suya. A ellas añadiremos que en 31 de Diciembre de 1647 Don Fernan Duque de Estrada fué creado por Felipe IV conde de la Vega de Sella (en Astúrias), y Salazar y Franckenau vieron un *Memorial de*

la mejor nobleza de estos reinos, D. Diego nació en Toledo el 15 de Agosto de 1589. Su padre D. Juan Duque de Estrada, maese de campo en Flandes, murió tres años despues, dejando encargado la tutela de su hijo único á D. Juan Gomez de Cisneros, caballero toledano. Aun no habia D. Diego cumplido trece años, cuando obtenida licencia de su tutor, tomó parte en la jornada de la Mahometa, plaza marítima de Africa, en la costa de Túnez, junto á Biserta. De vuelta á su ciudad natal, ingresó en una de esas Academias poéticas, que tan frecuentes eran en aquel tiempo, presidida por Don Pedro Perez de Ayala, quinto conde de Fuensalida; y en 1603 vino á la Corte en compañía de dicho señor, que pretendia á la sazon la grandeza de España. Aquí Don Diego se entretuvo en los ejercicios y pasatiempos propios de su clase, haciendo amistad con caballeros cortesanos, y llamando por su habilidad en el canto la atencion del duque de Lerma, hasta el punto de desear fuese su paje,

---

la Genealogía y servicios de los Duques de Estrada, escrito con dicho motivo. Otro memorial cita el primero de aquellos autores á favor del señor de Fuerteventura y marqués de Lanzarote, en las islas Canarias, que tambien pertenecia á esta familia. En la Biblioteca Nacional de esta corte hay otro de un D. Juan Duque de Estrada y Manrique solicitando un hábito (Y. 98 fól.), así como un tratado del *Origen y definicion de la nobleza de estos reinos y en especial de la familia de los Duques de Estrada*, por D. Juan Duque de Estrada y Guzman, caballero de Santiago. (Z. 89 fól.) Este D. Juan compuso otras varias obras, alguna de las cuales está impresa, á saber:

1.° *Discursos tocantes á los cargos y oficios de maese de campo, capitan general y sargento mayor, formar escuadrones, marchar en campo, alojarle, poner guardias y centinelas y lo demas perteneciente á dichos cargos*, tomo en 4.° de 48 hojas, sin lugar ni año de impresion.

2.° *Discurso sobre la milicia de estos reinos*: MS. en fól. de la Real Academia de la Historia; papeles de Jesuitas núm. 47.

3.° *Respuesta á los puntos de la relacion que el Contarini escribió sobre España y su rey Felipe III*, MS. fól. Bibl. Nac. E. 159.

aunque su altivez le impidió aceptar, y escribiendo por último varias comedias, entre las cuales dos se representaron con algun aplauso. Presidia á la sazon la célebre Academia de Madrid D. Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del duque de Lerma, casado ya á la sazon con la condesa de Saldaña, Doña Luisa de Mendoza. No tardó en hacer parte de ella nuestro autor, distinguiéndose (segun nos dice) por sus composiciones poéticas, y principalmente como repentista y autor dramático: circunstancia asaz notable en una reunion á que asistian Góngora, Mira de Mescua, el rector de Villahermosa y el Fénix de los ingenios españoles frey Lope Félix de Vega Carpio.

Uno de esos lances tan comunes en aquellos tiempos de amorosos galanteos, rondas nocturnas y paseos con espada y broquel, lance que terminó desgraciadamente con la muerte á sus manos de la que él amaba como hermana é iba muy pronto á llamar esposa, juntamente con la de un caballero sorprendido dentro de su aposento, parece haber ejercido cierta influencia en los destinos de D. Diego, provocando sucesos y aventuras á cual mas extrañas y peregrinas. Perseguido por la justicia y preso en Ecija cuatro años despues del crímen, fué conducido á Toledo, sujetado al tormento y sentenciado á muerte, si bien por intercesion de sus amigos y favor del duque de Lerma obtuvo que su proceso fuese en apelacion al Consejo, logrando poco despues fugarse de la cárcel y pasarse á Italia.

Nunca mas volvió D. Diego á pisar el suelo pátrio. Despues de una vida tumultuosa y agitada, y que tiene algo de novelesco, parece haber terminado sus dias en Cerdeña, poco despues del año 1647. Ya dejamos dicho arriba que las aventuras por que dice haber pasado son á un tiempo varias y extrañas, pareciéndose mas á pasos de comedia que á sucesos reales y verdaderos; pero para

apreciarlas debidamente es preciso tener en cuenta el carácter del héroe, las costumbres de su época, y el estado de la sociedad misma en que vivia. Era D. Diego hombre en extremo agil, de grandes fuerzas y singular habilidad en el manejo de las armas. De carácter irascible y génio altivo, nunca sufrió con paciencia un ultraje, ni se doblegó sumiso á los vaivenes de la fortuna. Así es que su vida es un tejido de temeridades y desafíos, heridas y muertes, prisiones y huidas á sagrado. D. Diego refiere sus aventuras y galanteos, riñas y pendencias; las heridas que da, los caballeros que deja muertos en el campo, los alguaciles y ministros de justicia de quien se burla, ó que arrolla y hace huir á fuerza de estocadas; y todo esto con tal naturalidad y desenfado como si nada hubiese en ello de extraño ó reprensible. Tanta era la fuerza de la costumbre en aquel siglo, que aunque sus sentimientos religiosos le hacen á menudo deplorar sus propios extravíos, ni una sola vez siquiera se considera criminal, mientras no infringe las leyes de ese código draconiano llamado «honra.»

Mas al propio tiempo que refiere con cierta satisfaccion sus aventuras personales; que se detiene con visible complacencia en la enumeracion de sus galas y arreos; que habla con jactancia de su agilidad y destreza en las armas, y hasta de su perfeccion en el baile, la música y otros ejercicios propios de caballeros cortesanos; que ejercita su ingenio en pomposas descripciones de las fiestas y torneos, danzas y saraos en que tomó parte muy principal, D. Diego cuenta, como es natural, las expediciones de mar y tierra en que se halló, y retrata con vivísimos colores los personajes con quien tuvo trato é intimidad. Así pues su libro en esta parte es un arsenal de noticias á cual mas nuevas y peregrinas, que unas veces sirven de comprobantes á la historia, y otras nos obligan á poner en

duda hechos generalmente admitidos ó á apreciarlos de distinta manera.

Del virey, conde de Lemus, justamente celebrado por su amor á las letras, por la proteccion que dispensó á los poetas, y mas que todo por haberle el inmortal Cervantes dedicado la última de sus obras; de los cardenales Borja y Zapata; del príncipe Emanuel Filiberto de Saboya; de D. Pedro de Médicis; del marqués de Santa Cruz y duque de Feria; de D. Otavio de Aragon y D. Francisco Ribera, cabos de aquellas temibles expediciones marítimas enviadas por el de Osuna, ya al Adriático contra venecianos, ya á los mares de Levante contra turcos y moros; de todos y cada uno de estos personajes nuestro autor refiere anécdotas y cita hechos y dichos que á veces individualizan y pintan mejor á un hombre político que la descripcion mas esmerada y minuciosa.

Del duque de Osuna, en particular, de su condicion irascible, genio arrebatado y humor versátil, D. Diego nos da frecuentes testimonios que nos ayudarán á formar cabal juicio de su carácter y aspiraciones. Y ya que de él se trata, quizá sea este lugar oportuno para observar que las noticias que D. Diego nos suministra de la famosa conjuracion de Venecia son, salvo algunos detalles insignificantes, las mismas que resultan de relaciones de aquel tiempo, que algunos (1) han tenido por fabulosas. Dice

---

(1) Entre ellos nuestro amigo y compañero D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, quien al tomar su asiento en esta Academia en 1856, se propuso probar en un erudito y esmerado discurso ser falsas las imputaciones de deslealtad hechas al duque de Osuna, insertando en la pág. 33 una larga lista de libros y autoridades que para dicho fin tuvo presentes, y calificando al mismo tiempo de apócrifas ó conocidamente exageradas algunas de las relaciones que por aquel tiempo se publicaron. Mas hé aquí un escritor hasta ahora desconocido que viene, por decirlo así, á echar su testimonio no despreciable or cierto en

claramente haberse hallado dentro de Venecia como cabo de los cutrocientos hombres que habian de introducirse secretamente y de doce en doce en el Arsenal, degollar la guarnicion y apoderarse de aquel edificio; y aunque ninguno de los escritores que de aquel suceso han tratado nombra á nuestro D. Diego, no hay razon suficiente para poner en duda el aserto gratuito y no provocado de uno de los principales actores en el sangriento drama que estuvo á punto de representarse (1). Al deseo que el Duque tenia de vengar en los venecianos antiguas ofensas durante el tiempo que fué virey en Sicilia, atribuye D. Diego sus secretas maquinaciones contra la República de Venecia. Nada dice, es verdad, del marqués de Bedmar ni de Don Pedro de Toledo, que segun relaciones contemporáneas auxiliaban á aquel en sus proyectos; y aunque indica algo de las acusaciones que entonces se le dirigieron, pretendiendo algunos que la ruina y destruccion de Venecia no eran mas que un medio para el mejor logro de ambiciosas miras personales, no pierde la ocasion de sincerarle de estos cargos, asegurando (pág. 194) que á pesar de su estrecha intimidad, nunca le tocó en sus conversaciones «punto de infidelidad.»

---

la balanza, puesto que confiesa haber tomado parte en aquel notable suceso. A esto añadiremos que en la reciente historia de Venecia, que publica S. Romanin sobre documentos originales y auténticos sacados de los archivos de la República, se confirma el hecho de haber sido la conjuracion dispuesta y ordenada por el de Osuna. (*Storia documentata di Venezia*, tomo VIII, parte I.) Razones son estas que bien pesadas harán quizás cambiar de opinion á nuestro compañero de Academia.

(1) En lo que no está acorde el autor con Daru y Romanin es en el nombre del francés que reveló al Consejo de los Diez el plan de los conjurados. Aquel le llama Jaffier; este dice que era sobrino del mariscal Lesdiguieres, y le decian Baltasar Juven, mientras que D. Diego le llama Enrique. Véase la pág. 189.

El deseo de ver tierras y mejorar de fortuna llevó nuestro autor á Transilvania, region á la sazon poco conocida y donde reinaba el célebre Betlen Gabor, príncipe hábil y guerrero que, colocado entre vecinos tan poderosos como el Turco y el Imperio, supo, sin embargo, conservar y acrecer sus Estados. Deseando este poner su corte oriental y semi-bárbara al nivel de las europeas, y arreglar su casa y familia á la usanza de los príncipes italianos, envió una embajada á Venecia solicitando, entre otras cosas de dicha República, la facultad de contratar cierto número de artistas, literatos y caballeros cortesanos. Fué uno de estos últimos nuestro D. Diego, el cual siempre se preció de muy entendido en todas aquellas cualidades que constituian á la sazon el tipo de un «caballero perfecto.» Hablando con igual perfeccion las lenguas italiana y castellana, entendiendo además la francesa; diestro en todo género de ejercicios cortesanos, como jugar las armas, danzar, montar á la brida y á la gineta, cantar y tañer instrumentos, Don Diego admitió el partido ventajoso que le fué hecho, y se trasladó á Alba Sulia (hoy Wissenburg) corte de Betlen Gabor, el cual le nombró su gentil-hombre y le dió además toda su confianza, haciéndole su privado y confidente. Del carácter y persona de este príncipe, del lujo y boato de su corte semi-bárbara, á pesar de los refinamientos europeos en ella introducidos; de la vida íntima de su esposa la princesa Catalina, hermana del elector de Brandemburgo, D. Diego nos proporciona pormenores interesantes que en vano se buscarán en libros de esta época.

La muerte de Betlen Gabor, acaecida el 15 de Noviembre de 1629; los disturbios que en Transilvania se siguieron, causados por los competidores á la corona, pusieron en peligro la vida de nuestro autor, cuyo favor con el príncipe difunto habia sido demasiado notorio para no causarle numerosos enemigos. Hecho blanco de envidiosas

tramas é intrigas cortesanas hubo de salir precipitadamente para Alemania, confundido entre la comitiva del conde de Diechtristein, embajador del César, que á la sazon se volvia á Viena.

Continuaban aun en toda su fuerza las célebres guerras de religion, conocidas con el nombre de «guerra de los treinta años», y D. Diego, aficionado siempre á la milicia, obtuvo, por intercesion del conde D. Baltasar de Marradas, caballero valenciano y teniente general de los ejércitos imperiales, una compañía de caballos corazas, distinguiéndose de tal suerte en su nuevo cargo, que fué nombrado poco despues castellano de la inexpugnable fortaleza de Fraumberg, en Bohemia, y mas tarde gobernador «á justicia y guerra» de la provincia de Budweiss. Hallóse en muchas batallas y escaramuzas que describe gráficamente y con el colorido de un soldado acostumbrado á semejantes escenas, y aunque no asistió al trágico fin del Waldstein, que ciego de ambicion intentó ceñir sus sienes con la corona de los Césares, nos da acerca de este suceso, tan elocuente como gráficamente descrito por el aleman Schiller (1), detalles interesantes en extremo y harto dignos de la atencion del historiador.

En 1633 D. Diego dejó el servicio del Emperador y pasó á Roma, donde tuvo la notidia del fallecimiento de su esposa Doña Lucrecia Maureli, á quien no habia visto desde que salió de Nápoles, diez años antes. Este suceso y el parecerle que «su mayor hazaña despues de tantas con tan buena fortuna obradas, era expiar sus locuras y des-

(1) *Histoire de la guerre de trente ans, par Schiller, traduite par la Baronne de Carlowitz.* Paris, 1848. Puede tambien compararse la relacion de D. Diego con la que pone D. José Pellicer en su *Fama austriaca ó Historia panegírica de la vida y hechos del emperador Ferdinando II.* Barcelona, 1641, 8.°

aciertos, y á imitacion de aquel terror del orbe Cárlos V, terminar su vida en un convento», fué causa de que dejando el mundo tomase en 1635 el hábito de San Juan de Dios. Enviado despues á Cerdeña por sus superiores con poderes bastantes para fundar allí conventos de su órden, fabricó en Caller, con la limosna de los fieles un hospital, que aun hoy dia subsiste. En 1637 la armada francesa al mando de Henry d'Escoubleau de Sourdis, arzobispo de Burdeos, se presentó en las costas de aquella isla, y echando gente en tierra fué acometida la ciudad de Oristan. Mal podia D. Diego olvidar que habia durante tantos años ceñido espada, y así habiendo tomado á instancias del Virey, marqués de Pávias, una parte muy activa en la defensa, contribuyó con sus acertadas disposiciones y buen celo al descalabro de los franceses. Nueve años despues el duque de Fronsac, sobrino de Richelieu, atacaba con el mismo mal éxito las plazas de Orbitelo y Porto Ercole, en la costa de Romanía, y de uno y otro suceso, desgraciado para las armas de Luis XIII, fray Justo enviaba á la corte relaciones detalladas, que añade por apéndice á su obra. En 1647 se hallaba aun en Caller ejerciendo los cargos mas elevados de su religion: vicario general de las provincias de Germania, Hungría y Bohemia, y en general de todo el imperio, prior de Soma en el reino de Nápoles, y superior de la casa de Caller, en Cerdeña. Tenia á la sazon 58 años, habiendo nacido por Mayo de 1589. Debió morir poco despues, porque prometiendo continuar la historia de los sucesos notables de su tiempo segun fuesen ocurriendo, advertimos que no pasa de aquel año.

Tal es en resúmen el libro en que bajo el afectado título de *Comentarios de el desengañado de sí mesmo, prueba de todos estados, y eleccion de todos ellos.* D. Diego Duque de Estrada dejó consignados á la posteridad los principales sucesos de su vida. El manus-

crito no es original, sino copia de fines del siglo XVII, hecha, segun todas las probabilidades, en Cerdeña para algun caballero de la familia de Cervellon (1), por muerte del cual ó de su heredero pasaria á la Biblioteca Nacional de esta corte. Lo incorrecto y defectuoso de ella nos induce además á creer que el copiante era italiano y conocia poco la lengua española; no solo trocó palabras, corrompió nombres propios y aun omitió párrafos enteros, sino que ora por olvido, ora por el deseo de concluir mas pronto su tarea, suprimió una parte (2) entera de las diez y ocho en que están divididos los *Comentarios*, parte que, á no dudarlo, existia en el original de D. Diego, puesto que mas de una vez se refiere á ella, así en el cuerpo de la obra como en el *Sumario* al fin del tomo.

No fué esta la única obra de D. Diego, y á pesar de que D. Nicolás Antonio ni siquiera le menciona entre los escritores españoles, ni á él ni á un primo suyo, tambien autor y militar *(Vide supra, pág. 2, nota)*, son varias las que dejó escritas, y algunas impresas. Hemos visto ya que en su mas tierna edad escribió las dos comedias de *La igualdad de la Desconocida* y *El Venturoso vencido*, con algunos entremeses y bailes. En su segunda venida á la corte compuso tambien para el teatro *El Villano General* y *La mas constante en amar*, que dice se representaron, así como las primeras, con gran aplauso. En el corto tiempo que pasó en Barcelona compuso otras dos, cuyos títulos se verán en en la pág. 103. En Roma y en casa del embajador de España, D. Francisco de Castro, duque de Taurisano, escri-

(1) En las tapas del libro por la parte interior se lee: «De D. Juan de Cervellon.» El autor mismo tuvo intimidad con el conde D. Juan, que en la guerra de los 30 años mandaba un regimiento de italianos. (Véase la pág. 102).

(2) Véase la pág. 103, nota 3.ª

bió otras cuatro, de las cuales una, *El Renegado por celos*, fué escrita y ensayada en tres dias. Por último, durante su residencia en Luca dice haber escrito seis, aunque el manuscrito no da mas que los títulos de cinco, á saber: *La ventura en las desdichas; El casarse sin pensar; El secreto sin ser premiado; El agravio escrito en piedra; El amor vuelto en desden.*

Durante su permanencia en Sicilia escribió un poema con el siguiente título:

Octavas rimas á la insigne victoria que la Serma. Alteza del Príncipe Filiberto ha tenido, conseguida por el excelentísimo señor Marqués de Santa Cruz, su Lugar Teniente y Capitan general de las galeras de Sicilia, con tres galeones del famoso cosario Alí Araez Ravazin, compuesta por Diego Duque de Estrada. Dirigida á Su Alteza mismo.

En Mecina, por Pedro Brea. MDCXXIV, 4º

Despues de la dedicatoria al príncipe Emanuel Filiberto, General de la mar y Virey de Sicilia, entra el prólogo al lector, y en seguida, en el ejemplar que tenemos á la vista, hay una hoja manuscrita con carta dedicatoria á D. Francisco de Mejía, caballero del hábito de Santiago y capellan de la Patrona Real, lo cual indicaria que es el mismo presentado á dicho caballero. Consta el poema de 108 octavas, de muy escaso mérito, en que elogia los principales cabos que mandaban la expedicion, á saber: Don Fernando Valderavano, D. Juan Tamayo, D. Francisco, Giusepe Delpino, Salazar, D. Antonio Garnica, Villegas, Frey Nicola de la Marra, D. Francisco Mejía, D. Francisco Ibarra, Márcos García, Medinilla, Pino, Añastro, D. Antonio Pardo, Villalta, el capitan Ceballos, Gabriel de Velastigui, D. Rodrigo, D. Gabriel, el capitan Noguera, Pedro de Saavedra, D. Juan Teruel, D. Francisco de Castilla, y Xuarez.

Para muestra de su estilo copiamos las dos primeras octavas:

«Cíñase Europa la cabeza de oro
Si de flores la adorna á quien imita,
Que ella burlada, burlador el Toro
Nombre á la parte da que el cielo habita.
Provincia en sí se encierra á quien adoro.
De Ispalo fundacion, que el nombre quita
Al Africa y á Asia ¡oh grande España!
Sustentada con una y otra hazaña.»

«Envídiete Colonia, mundo nuevo,
Que si en sus minas, piedras y diamantes
Cria, que eres mejor que la India pruebo,
Pues son al sol tus hijos semejantes,
Y que á sus rios á decir me atrevo
Exceden Tajo y Ebro que triunfantes
Bañan de España de oro las arenas,
De Aragon y Toledo las almenas.»

Tambien en la pág. 505 dice haber escrito en Pádua un libro intitulado *Reduccion universal*, cuyo asunto nos es enteramente desconocido, puesto que al hablar de él no nos declara su materia. Un aficionado de esta corte (1) se acuerda haber tenido en su poder un libro compuesto por D. Diego, impreso en Ratisbona por los años de 1630, y que trataba de política austriaca y razon de Estado; y como nuestro autor se hallaba en dicha ciudad por Setiembre, puede muy bien verificarse que sea el mismo.

(1) Don Cayetano Alberto de la Barrera, cuyo excelente trabajo sobre el antiguo teatro español ha sido recientemente premiado por la Biblioteca Nacional, y saldrá muy pronto á la luz pública.

*

El estilo de D. Diego es generalmente incorrecto, á veces oscuro, siempre afectado y lleno de italianismos; ni podia ser otra cosa habiendo abandonado su patria tan jóven para no volver á ella mas. Alguna vez, acordándose que es poeta y gongorino, se sublima y remonta de tal manera que no es fácil seguirle en su encumbrado vuelo. Véase sino su descripcion de la batalla naval entre las galeras de Nápoles y la armada veneciana (pág. 166); la de las fiestas que la corte imperial de Viena hizo al recibimiento de Doña María, hermana de Felipe IV, cuando fué á casarse con el rey de Hungría (pág. 330), y la de la célebre erupcion del Vesubio en 1631 (pág. 351). Con todas estas imperfecciones y defectos el libro de D. Diego está lleno de originalidad, tiene interés, y sobre todo puede servir para ilustrar la historia nacional durante la primera mitad del siglo XVII.

P. de G.

PRIMERA parte de el libro intitulado: COMENTARIOS DE EL DESENGAÑADO DE SI MESMO, PRUEBA DE TODOS ESTADOS Y ELECCION DEL MEJOR DE ELLOS, ó sea Vida de el mesmo autor, que lo es Don Diego Duque de Estrada.

ORIGEN DE LOS DUQUES DE ESTRADA de los emperadores romanos, de quien despues descendieron los Aguilas, llamados así por la insignia del águila, que sus antecesores traian en sus pendones ó estandartes; copiado de las escrituras del archivo de Simancas, del Nobiliario de España en la parte que trata de la nobleza de las montañas de San Vicente, y de el tratado que Luis del Mármol, cronista del Emperador (1) Cárlos Quinto, hace del reino de Túnez, como tambien de un libro intitulado *Grandezas de la ciudad de Avila* (2), compuesto por el padre Fray Luis de Ariz, monje benito, en el discurso del cual trata largamente de esta descendencia y hazañas de esta casa. Empezóse á escribir año de mil seiscientos y siete.

(1) Ignoramos de dónde sacó el autor que Luis del Mármol fué cronista del Emperador; es para nosotros especie nueva y tanto mas inverisímil, cuanto dicho historiador escribia por los años de 1570.

(2) *Historia de las Grandezas de la ciudad de Avila.* Alcalá 1607, fólio.

Dedicatoria al muy ilustre Señor Don Pedro Aguila, marqués de las Navas, Villafranca y Villaviciosa.

No se desdeñará V.ª S.ª le dedique estos mis *Comentarios*, ni que en la introduccion dellos diga que es de mi sangre, pues con esto digo lo es de los emperadores romanos, como adelante se declarará.

Mi padre, Don Juan Duque de Estrada, tenia algunos papeles de nuestra nobleza, copia de las escrituras que están en el archivo de Simancas, que algunos años despues de su muerte yo hallé en un escritorio de mi curador acaso, y buscándolos por curiosidad; y decia su título: *Descendencia de los Duques de Estrada, desde los duques de Gueldres, condes de Suften y duques de Estralem.* Estos me dieron curiosidad de buscar mas, que lo he hecho con cuidado, aunque en edad bien tierna. Hallé, pues, entre otros el de mi nacimiento y acciones de mi niñez, infancia y puericia hasta aquel año, escrito de mano de mi difunto padre, y añadido de mi curador por comision suya. Y juzgando tener misterio esta curiosidad, me la dió de pasar adelante, como lo he hecho hasta hoy veinte y cinco años de mi edad, y mil seiscientos y catorce (1) de nuestra redencion, que cuando no tuviera la sangre y valor de mis antepasados, esto me

---

(1) Esto deberá entenderse solo del contenido de los cinco primeros libros, pues luego la prosiguió, como se verá, hasta el año de 1647.

fuera estímulo para emprender cosas memorables, que pudiera escribir vanagloria, si jactanciosa, honrada, y no tediosa al lector, pues voy describiendo lo sucedido en mi tiempo, en cualquiera parte que me hallo, aunque á sabiendas espero en Dios dará tanta vida á V.ª S.ª que en el fin de la mia le pueda dedicar estos borrones, y en tanto le suplico me dé ocasiones de servirle, y admita mi deseo, cuya persona, Nuestro Señor aumente, como su calidad, méritos y virtudes piden, y desea este.=De V.ª S.ª criado, que su mano besa.=Don Diego Duque de Estrada.

EL ORIGEN DE LOS DUQUES DE ESTRADA.

Luis del Mármol, tratando del reino de Túnez (1), dice que en las riberas del caudaloso rio Orquila se ven los edificios de la ciudad antigua del Aguila, edificada por los africanos y destruida por Caim, halifa del Car-

(1) En la descripcion del reino de Fez (libro IV), no de Túnez, como dice aquí nuestro autor, trata Luis del Mármol Carvajal de una ciudad antigua que él llama *Aguila*, y es la misma que Leon Africano designa con el nombre de *Agla*, Al-bekri y otros geógrafos árabes con el de عقلة Acla. Las ruinas de la cual estan situadas en la provincia de Hebah á orillas de un rio llamado por Mármol Erguila, y por Leon Africano Guarga. Pero nada dice dicho escritor, que tiene fama de verídico y entendido, de que estuviese aún dicha ciudad poblada de romanos; y con un gobernador del nombre de Márco Aurelio, por los años de Cristo de 940, que es cuando Al-cáyim-biamri-llah el fatimita, primeramente señor de Cairván y despues de casi todo el Africa, andaba pujante por aquellas regiones, y destruyó esta y otras ciudades de la misma comarca. Pero es tanto lo que nuestros escritores de linajes han mentido y desbarrado que no merecen el trabajo de que se refuten sus errores, y así habremos de pasar por alto los anacronismos y patrañas de que está plagada esta pomposa noticia de los Duques de Estrada.

*

ván, cuyos muros arruinados por algunas partes, grandiosos y fuertes, muestran su antigua magnificencia y grandeza; sus moriscas ruinas, la suntuosidad de sus eminentes palacios vistosamente labrados en amenos sitios de deleitosas huertas, sus frescos aljibes y delicadas aguas, dan ocasion á la mas grandiosa feria de toda el Africa. Gobernaba felizmente esta ciudad Márco Aurelio, en nombre de Márco Aurelio su tio, emperador de Roma; pero sobreviniendo el referido Caim halifa con trescientos mil bárbaros, y hallándose tan desprevenido como poco fiado de los naturales, determinó dejar la poseida ciudad tantos años, y tomando su tesoro y siguiéndole la mayor parte de su gente en diversos vajeles, se embarcaron sin seguirles los enemigos; no siendo mas su intento que destruir aquella ciudad, obstáculo y freno de la Berbería. Navegaron diversos mares, no hallando tierra adonde habitar, por ser mas de ciento y cincuenta mil, ni parte á su propósito para fundar; pero llegando á á las riberas del rio caudaloso de la Mosa, en los confines del ducado de Bravante y Cleves, y arzobispado hoy de Berga, en la provincia de Vestfalia, fueron admitidos por ser su caudillo sobrino de Márco Aurelio, emperador romano (como dicho es); y como el águila imperial de sus pendones y paveses mostraba adonde por su poder y riqueza habia llegado, tomaron sus descendientes el título de duque primero de Stralen, y apoderándose mas, fueron duques de Gueldres y condes de Suften.

Habiéndose los mayores potentados de Germanía y

Por lo demas es justo añadir que no es esta noticia una invencion de nuestro autor, sino copiada á la letra (excepto lo del gobierno de Márco Aurelio) del benedictino Ariz, quien en esto de forjar patrañas para engrandecer su ciudad natal, no iba en zaga á ninguno de nuestros escritores de aquel tiempo de mentirosas historias y falsos cronicones. Véase sus *Grandezas de Avila*, IV Parte.

Flandes aliado con casas reales, casando sus sucesores con hijas de emperadores y duques de Borgoña, pusieron por dichos matrimonios en las orlas de sus armas las aspas de San Andrés, y rosas en campo blanco, como en las banderas Su Magestad por duque de Borgoña pone. Poseyeron estos señores los referidos estados, hasta que despues de largos años (en nuestro tiempo), quedando sin sucesor por muerte del último duque, llamado Hernesto, fueron ocupados de Xarles (Charles) de Gueldres, que tiránicamente se intituló así, el cual los tuvo usurpados hasta el año de mil quinientos cuarenta y cuatro que los conquistó y ganó el invictísimo emperador Cárlos Quinto, por cuyo título y señorío añadió á las imperiales armas de su escudo una tarjeta pequeña con una águila y un leon, abrazados en medio de él como se ve en sus monedas.

Por casamiento con una infanta de Leon, de quien descienden los duques de Estrada, fueron heredados en las montañas, como adelante se dirá, conservando en la referida montaña, llamada de San Vicente, su casa y su solar antiguo con el nombre de *Duques de Estrada*, corrupto el de Estralen, con la diversidad de lengua, tiempos y paises, como los *Bastanes* en Bazanes, los *Gutmanes* en Guzmanes, y los *Manrik* en Manriques, y otros muchos que por no saber pronunciar el vocablo, el vulgo lo ha corrompido y mudado.

De estos señores descienden (por línea recta) Fernan Duque de Estrada, hermano de Doña Isabel Duque de Estrada, madre de mi difunta madre y señora, y primo hermano de Don Juan Duque de Estrada, mi difunto padre y señor. Casó este caballero con Doña María Manrique de Guevara, y procrearon á Fernan Duque de Estrada, primogénito, y á Don Antonio, que fué colegial mayor en San Pelayo de Salamanca, señores de muchas

casas y solares muy antiguos en Astúrias, junto al puerto de Ribadesella. En el mercado de Cangas de Onís tienen estos señores encima de la puerta y torre fuerte de su casa un letrero que dice:

Yo soy la torre de Estrada,
Fundada en este peñasco,
Mas antigua en la montaña
Que la casa de Velasco.

Y aunque en otras casas de las nuestras, en Talavera y Sevilla, en casa de Don Juan Duque de Estrada y Portugal he hallado alrededor de las armas nuestras esta orla que dice:

Yo soy la casa de Estrada,
Fundada en este peñasco,
Mas antigua que Velasco
Y al Rey no le debo nada.

Nunca he podido saber de qué viene esta mutacion; solo que Don Alvaro Duque de Estrada, padre de Don Alonso, que pasó á las Indias, me dijo que habia leido unos papeles antiguos, en los cuales hallaba escrito que en tiempo del rey Don Ramiro Tercero se difinieron los pleitos de los Velascos y Duques de Estrada, antiguos y prolijos sobre la antigüedad de las dos casas, y que siendo dada la sentencia por dicho rey, añadió y concedió pusiesen «que al Rey no le debo nada,» por la gran calidad de descender de aquellos duques y de los emperadores; pero aunque he inquerido escrituras de esto, jamás he podido tenerlas. La verdad es que sobre nuestras casas y solares está en la manera primero referida.

En el altar mayor de San Bartolomé, iglesia principal

en la ciudad de Avila del Rey, cuyo fundador y reedificador fué el adelantado Sancho de Estrada, como se dirá en su lugar, sobre nuestras armas está este letrero:

El gótico de Alemaña,
Primo del Emperador,
Que trajo el aguila á España
En campo de oro se baña,
Siendo negro su color.

De lo que se viene á certificar que somos los primeros que en armas hayan puesto por blason el águila, como descendientes de emperadores romanos en nuestra España. Mas abajo de este epíteto sigue el de «Yo soy la casa de Estrada &c.,» alrededor de las armas.

Estos señores fueron los terceros pobladores de la ciudad de Avila, como ya apunté, descendientes de aquel gran Sancho de Estrada, adalid y caudillo de las compañías de á caballo, que viniendo de las Astúrias de Oviedo, donde, como dicho es, habitaron muchos tiempos, por mandado del rey Don Alonso el Sexto, que ganó á Toledo, llegó á Avila con muchos vasallos suyos en compañía del señor conde Don Remon, yerno del dicho rey Alfonso y de la infanta su muger, por cuyas manos fué casado con la nobilísima señora Urraca Flores, hermana del valeroso Fernan Lopez Trillo, hija de Aldonza Flores, su muger, deuda del rey. Era Fernan Lopez Trillo alcaide de la ciudad y castillo de Avila estimado del Rey por su gran calidad y valerosos hechos, y cuarto poblador de la dicha ciudad.

Este Sancho de Estrada era descendiente por línea recta de los duques de Gueldres, hermano segundo de Fernan Duque de Estrada, el mayorazgo de las Astúrias, y los dos descendientes de la infanta de Leon, cuyos pri-

vilegios están guardados en Avila y Talavera de la Reina, donde hoy habitan sus descendientes, con mayorazgos competentes, siendo los mas de ellos caballeros de hábito y encomendados; como tambien en Valladolid con privilegios particulares, y en Sevilla conjuntos con la casa de Portugal de sangre real (1). Fueron los referidos casamientos de Sancho de Estrada celebrados y asistidos del señor conde Don Remon y de la señora Infanta, con justas, torneos, saraos y juegos públicos, siendo ellos sus padrinos, con asistencia de toda la nobleza, no solo de Avila, pero de otras partes circunvecinas, y hécholes merced de la antigua y fuerte torre de Villaviciosa y muchas tierras de sus contornos, para que con las demas que fueron dadas á los llamados caballeros serranos estuviesen bien guardados los lugares circunvecinos y ciudad de Avila de los moros infestadores de dichas tierras. Lla-

(1) En un tomo manuscrito que se intitula *Crónica del rey Don Pedro por Gracia Dei y descendencia de las Castillas*, hallamos la siguiente noticia: «El mariscal Diego Arista de Zúñiga tuvo entre otros hijos uno llamado Don Lope de Zúñiga, que casó en Toledo con Doña María de Guzman. Su hijo Iñigo de Zúñiga casó con Doña Teresa de Ribera, y estos tuvieron una hija única que casó con Ivan de Guzman, caballero de Toledo, que casó con Doña María de Mendoza, en quien tuvo muchos hijos é hijas. Una de estas, llamada Doña Leonor de Zúñiga, casó en Talavera con *Juan Duque de Estrada*, de quien tuvo una hija que casó en dicha ciudad con un primo suyo.»

En el mismo libro y en otros nobiliarios que hemos consultado se dice que los Duques de Estrada se aliaron por casamiento con la familia de Portugal, de donde proceden los condes de Gelves. Y en conformidad con esto, al tratar Diego Lopez de Haro de la descendencia de Don Pedro de Portugal, dice en el tomo 2º, pág. 216 de su *Nobiliario genealógico*, que Doña Isabel Enriquez de Portugal, hija del citado Don Pedro, casó en Talavera con Francisco Duque de Guzman, cuyo hijo fué Gaspar Duque de Guzman, que casó tambien en Talavera con Doña Teresa de Meneses, y tuvieron por hijo á Don Francisco Duque de Guzman. Hijo de este último, que casó con Doña Catalina de Loaysa, fué Don Juan Duque de Portugal que en 1618 poseia en Talavera la casa y mayorazgo de dicha familia.

máronse caballeros serranos estos por tener sus torres y lugares en las sierras de Avila.

Fueron tantas las hazañas que Sancho de Estrada hizo, así en defensa de esta ciudad como en las conquistas que hizo el rey Don Alfonso el Sexto, y tuvo un hijo tan eminente sugeto, llamado Fernan Duque de Estrada, que en letras divinas y humanas ninguno le excedió en su tiempo, en el cual gobernaban Sancho de Estrada las armas, y Fernan Duque la justicia de todo el reino, hasta que muriendo Sancho de Estrada entró á gobernar las armas Juan de Velasco, valeroso y prudente soldado, de los cuales se hallara tan bien servido el rey Enrique, para poder jactarse de que tenia dos hombres los mas eminentes y universales del mundo, trocó los puestos, haciendo á Fernan Duque de Estrada, general de las armas, que con valerosas y heróicas hazañas por mar y tierra aumentó sus reinos, y á Juan de Velasco gobernador de justicia del reino, de cuyo gobierno de padres á hijos fueron hechos condestables de Castilla. Son estos nobilísimos y antiquísimos señores descendientes de Ruy Blazquez, casado con Doña Alhambra (1), hermana del conde Fernan Gonzalez, y hermana tambien de Doña Sancha, muger de Gonzalo Bustos de Lara, padre de los siete infantes de Lara, muertos por Almançor, rey de Córdoba, en los campos de Arabiana, dejando eterna fama de sus hazañas, por disgusto de Ruy Blazquez, su tio, al cual mató Mudarra Gonzalez, hijo bastardo de Gonzalo Bustos de Lara, habido en la hermana del rey Almançor, en el tiempo que estuvo en presion, y á él en un convite que el Rey le hizo le trajeron las siete cabezas de sus hijos por postrer plato. Y porque no es á nuestro propósito, vuelvo á nuestra historia, remitiéndome á las de España.

(1) Sin duda «Lambra».

Sirvieron Sancho de Estrada y sus sucesores al referido Alfonso el Sexto, Sétimo y Octavo, Don Sancho, Enrique y Fernando, de adonde y en cuyo tiempo empezaron las competencias de la antigüedad de los Estradas y Velascos tan reñidas y ventiladas tantos años hasta Ramiro III que las definió y sentenció en nuestro favor, y para apaciguarlos juntó las casas con matrimonios, como se ve en muchas partes, habiendo servido nuestra casa desde el infante Don Pelayo el Santo, primer restaurador de España, no solo hasta los reyes referidos, pero de padres á hijos hasta hoy, con oficios y cargos muy eminentes, como parece por el referido libro intitulado *Grandezas de la ciudad de Avila*, y desde él hasta el presente dia, como se ve en Fernan Duque de Estrada, caballero del hábito de Santiago y maese de campo general en la guerra de Granada, y en mi padre Don Juan Duque de Estrada, al cabo de dos campañas nombrado maese de campo, en cuyo cargo murió.

Las armas de nuestra casa son una águila negra imperial en campo de oro, que tiene abrazado en medio (estando empinados) un leon de oro y rojo rapante en campo azul, y por orla las aspas de San Andrés de los duques de Borgoña, rojas en campo blanco, y en los cuarteles, debajo una casa y torre fuerte en campo celeste sobre una montaña, y en el otro tres barras azules en campo de oro, como está aquí (1); y aunque en otras he visto el leon azul en campo rojo, me parece deformidad y que es yerro.

Y porque no quede en duda quién fuese este señor conde Don Remon, tantas veces nombrado, digo que entre los príncipes que vinieron de extrañas partes en ayuda

(1) Ni están las armas ni hay hueco para ponerlas; lo cual nos persuade á que es el borrador primitivo el que á la vista tenemos.

del rey Don Alfonso, fué uno el dicho Don Remon, hijo del duque Guillermo de Borgoña, hermano de Guido, arzobispo de Viena, llamado despues en su pontificado Calixto II, y de la condesa Clemencia, muger de Roberto, conde de Flandes, llamado «El de el vellocino de Jerusalen.» A este Don Remon dió el rey Don Alfonso su hija Doña Urraca, la infanta, con el reino de Galicia en dote; el cual como emparentado con nuestra casa en Flandes y Borgoña, honraba mucho á Sancho de Estrada, tratándole como pariente. Y aunque parezca son muchos parientes en nuestra historia (pues despues de muerto le hemos desenterrado), por importar estas digresiones se puede suplir, y digo que gobernando las compañías de caballos nuestro Sancho, y haciendo tan valerosas hazañas, era tan temido, que en viendo los enemigos las águilas de sus pendones y estandartes decian «guarda el águila», y cuando se alcanzaba alguna empresa ó victoria decian: «los del águila vencieron», y continuando sus sucesores estas proezas, conservaron tambien el nombre de «los caballeros del águila», quedando con el tiempo por apellido, como dice Gonzalo de Otalora (1), cronista del emperador Cárlos Quinto: que de esta familia fueron los valerosos y bien afortunados caballeros Diego del Aguila, capitan de las guardias de Su Magestad en la batalla del rey Don Alonso de Portugal y Pedro del Aguila, señor de Villafranca, y que á ellos se debió gran parte de la victoria sucedida entre Toro y Zamora (2).

Dichos dos caballeros yacen enterrados en su antigua y suntuosa capilla de los Aguilas en San Francisco de

---

(1) Llamóse Juan de Arce y Otalora y escribió un tratado en latin con el siguiente título: *Summa nobilitatis Hispaniæ*, Granada, 1553, fólio, y despues Salamanca, 1559 y 1570.

(2) *Carmèna* decia el original, pero se ha corregido en *Zamora*.

Avila, en dos muy suntuosas urnas con sus nombres y cargos.

De estos fué Sancho del Aguila proveido por virey de la Nueva España, de la cámara del Rey Católico, marido de Doña Isabel de Caravajal, aya del Infante y padre de Suero del Aguila, caballerizo del Infante y rey de Hungría Don Fernando, hermano del emperador Cárlos Quinto y su sucesor en Alemania. Y de estos descienden Don Rodrigo del Aguila, mayordomo de la Emperatriz; Don Juan del Aguila, general del ejército del rey Felipe Segundo el Prudente, y últimamente Don Gonzalo del Aguila de la casa de Villafranca y las Navas; y por ser muchos me remito á los referidos historiadores.

Han casado esta y nuestra casa muchas veces, y las dos con las de los Velascos, Toledos, Pimenteles, Cárdenas, Guzmanes, Puertocarreros y Girones por su nobleza y valor.

Esto baste de esta casa. Para venir á mi propósito é historia, diré que el referido Fernan Duque de Estrada, señor de nuestra casa y solar antiguo de las montañas de San Vicente, hermano de mi abuela de parte de madre, fueron hijos de Fabian Duque de Estrada, á quien llamaron el Santo por su gran virtud, hijo de Suero Duque de Estrada, el Magno, llamado así por sus hazañas, y este descendiente de Fernan Duque de Estrada, el hermano de Sancho. Fernan, duque de Estrada, mi abuelo, fué hijo de Suero Duque de Estrada, hermano de Fabian el Santo, padre de mi padre, y mi padre tio y marido de mi madre, con que queda referida esta parentela y descendencia.

NACIMIENTO Y CRIANZA DEL AUTOR.

1589—1603.

Estando, pues, mi padre en Flandes con su casa y familia, me engendró á mí en la insigne y gran ciudad de Gante, patria del invicto emperador Cárlos Quinto; y siendo llamado el dicho mi padre para levantar un tercio con título de maese de campo, vino con toda su casa á Toledo, adonde yo nací, y adonde daré principio á los notables sucesos, naufragios, fortunas y felicidades de mi vida.

Decian los papeles que, como he referido, hallé de mi padre en el escrutinio de los de mi tutor de esta manera:

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Purísima Inmaculada Vírgen Sacratísima María, concebida sin pecado original, hoy dia de su sagrada Asuncion, á los quince de Agosto, año de mil quinientos ochenta y nueve, nació mi hijo Don Justo Diego Duque de Estrada, de mí, Don Juan Duque de Estrada, casado en legítimo matrimonio con Doña Isabel Duque de Estrada, mi sobrina, y su madre, á gloria y honra de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, á las cinco de la tarde, moviendo el carro de Nuestra Señora de la Gracia, imágen de grandísima devocion y milagros, que es la mas rica de España, al punto que tañian las campanas señal de la procesion, que hasta este en tres dias de dolores no habia podido parir, teniendo la criatura por muerta las comadres y á su madre tambien. Y fué tenido por milagro de Nuestra Señora parir al mesmo punto que la movian para la procesion. El

dia era claro y sereno, viento fresco y templado. Nació llorando desde el punto que nació, y á poco rato convirtió en risa el llanto, con tanta admiracion de todos, que lo tuvieron por prodigio, porque reia como si fuese de un año. Particularmente Don Diego de la Calzada, obispo de Solsona, que á la sazon venia á alegrarse del dudoso parto, como primo nuestro, admiró este suceso. Era este prelado excelente teólogo y consumado astrólogo, y peritísimo en la filosofía racional y natural, y viendo las acciones de la criatura, me pidió las escribiese con las demas de su crianza y niñez, que no faltaria quien escribiese las demas, pues serian tan varios sus sucesos, que apenas se podrian imaginar y malamente creer.»

«Baptizóse en la parroquia de San Andres de mano de dicho señor obispo; fueron sus compadres el señor Don Tomás de Borja, canónigo de la santa iglesia de Toledo, y la señora marquesa imperial Doña María de Castro. Fué la octava de nuestra Señora por la tarde, á la mesma hora que nació; empero la tarde tempestuosa con lluvia, truenos y relámpagos, y algunos rayos, y en el punto que se bautizaba tocaban las campanas para volver á Santa María, Señora nuestra, á su lugar, y cesó la agua y tempestad tan prontamente, que antes de se acabar las ceremonias del bautismo estaba el dia claro y sereno, como si no hubiese llovido, y el sol resplandeciente con extremo, con que dicho señor obispo explicó el agüero prodigioso, y me encargó de nuevo el escribir sus sucesos.

»Murió mi amada esposa Doña Isabel Duque de Estrada, de enfermedad de calenturas dia de Corpus Christi de 1590, quedando yo desconsolado y viudo, y mi querido hijo huérfano de tal madre.»

Este papel estaba á una parte, y á otra se seguia el testamento de mi difunto padre, en que decia: «Dejo por he-

redero y legítimo sucesor de todos mis bienes, &c. á Don Justo Duque de Estrada, mi querido hijo, habido en legítimo matrimonio en Doña Isabel Duque de Estrada, mi amada muger y sobrina,» y en suma todo lo demas del testamento en forma, con sus mandas, entierro, débitos, créditos, y al último decia así: «Dejo por albacea y testamentario al reverendísimo señor Don Diego de la Calzada, obispo de Solsona, mi primo, y á Juan Gomez de Cisneros, mi caro amigo y antiguo camarada, al cual como procurador y tutor encomiendo mi deseado hijo, y le dejo debajo de su tutela y amparo, para que le crie, sustente, enseñe y doctrine, como á hijo propio, que así lo fio de su estrecha amistad, hermandad y buena conciencia.» Y despues se sigue el testamento y prueba, con el inventario de los bienes muebles y raices, de modo que murió mi padre y señor el año de 1592 á los tres años de mi edad, dejándome debajo de la dicha tutela. Era mi segundo padre (que de tal eran las pruebas, y así en estos mis *Comentarios* con este nombre le intitularé de aquí adelante) hombre singular en las armas, hermoso, aunque pequeño, blanco y rubio, y el verdadero retrato del rey Felipe II, hombre de gran prudencia y de acciones caballeriles, excelente como músico y en danzar y subir á caballo, de admirable conversacion, gracioso, galan, y en suma de muchas partes personales, amable y excelente, y tan estimado que en cualesquier dificultades de amistades, no solo en Toledo, pero en la córte pedian y tomaban su parecer grandes señores, y le llamaba comunmente «El libro del duelo,» porque le tenia en la uña, como tambien todos los linajes y limpiezas de España, con excelencia y admiracion de todos. Era casado de segundo matrimonio con Doña Isabel de Huerta. El era descendiente de Don Fray Francisco Jimenez de Cisneros, cardenal y arzobispo de Toledo, el que ganó la

heróica batalla de Orán, y ella sobrina de Fray Francisco de Sosa (1), general de San Francisco, que murió obispo de las Canarias y fundó allí las mejores capillas; sujetos los dos de esta gran religion. Habia sido antes casado este señor con Doña María de Avasia, y en los dos matrimonios tenido veinte y nueve hijos varones y una hembra, Cava (2) de esta república, como adelante se dirá. Tenia al presente catorce hijos vivos de los dos matrimonios, y yo, que me llamo así, quince, teniendo á ellos por hermanos y á estos por padres.

Hallé junto con este primer papel otro que decia: «Quedando en mi poder Don Justo Duque de Estrada, hijo del maestre de campo Don Juan Duque de Estrada, &c., le puse á la escuela de leer y escribir debajo la cura del licenciado Juan Pisano (3), su maestro. Aprendió en dos años con mucha satisfaccion de este su maestro y mia, por lo que, conociendo su agilidad é ingenio, le tomé maestro de danzar á Cerdan, famoso en este ejercicio y en tañer laud, lo cual aprendió en un año tan admirablemente que en todos los saraos pedian le llevasen por excelencia.

»A los ocho años de su edad le di maestro de subir á caballo, cantar, tañer y nadar, y le envié al estudio de los jesuitas. Fué su maestro el padre Marcelo de Aponte y Avalos, pariente suyo; estudió la gramática en poco mas de un año, por cuya facilidad fué hecho prefecto de las aulas, bedel del Gimnasio (4) y decurion de decuriones generales. No se daba menos maña en los demas

(1) Habla largamente de él Don José de Viera y Clavijo en su *Historia de Canarias*, tómo IV, pág. 106.

(2) Debió decir Caba, por la de Don Julian, y porque en efecto fué causa, quizás inocente, de todas las desgracias del autor y su familia.

(3) Así escrito pero quizá haya de leerse Pizaño, que es apellido estremeño.

(4) Está escrito «Gignacio.»

ejercicios, siendo admiracion tambien del insigne maestro Juan Alvarez, llamado por excelencia «el alanceador,» gran ginete y toreador, como tambien en la música, pues su voz era celebrada, y entre otras cosas baile de castañetas, siendo tan determinado y aun tan precipitado en el nadar, que en dos dias pasó el rio sin el maestro, lo que mis hijos no hacian en dos años. Viendo un dia de San Pedro echarse del puente de Alcántara á su maestro, que solo él y un hijo suyo lo hacian, por ser tan precipitoso, sin decir nada á ninguno se desnudó, y á vista de toda la ciudad, que á la gran fiesta de toros que se hace á la orilla del dicho rio estaba, se arrojó del puente, dejando atónito á su maestro y aun corrido; admirados á todos, y á mí y á su madre casi muertos de espanto.

»En este tiempo el señor obispo Don Diego de la Calzada, su tio, le confirmó y mandó se llamase Don Diego y no Don Justo, que tiempo vendria que se lo llamaran, y contándole terribles (aunque graciosas) niñerías, me dijo: «Si este muchacho dijere alguna vez que no quiere estudiar, luego al punto le quiten de estudio, porque por las letras será un San Agustin ó un Lutero, y por las armas lo que baste.

»Fué su confirmacion año 1598, y de su edad nueve. Proseguia los estudios Don Justo, ya en adelante Don Diego, con tanta felicidad, que el Arzobispo y cabildo venian á oir sus oraciones; y con igual gusto las comedias que se representaban, siendo admirables sus acciones y modo de transformarse, en lo que le tocaba. Sucedióle en este tiempo que jugando las armas con Don García Osorio, comendador de Toledo, le dió una gran estocada en un ojo que le tuvo para perder; pero cogiéndole en el estudio los padres le dieron muchos azotes, por lo que, sacando un cuchillo, tiró á su maestro dos puñaladas que le rompió las mangas de la ropa, y salién-

dose á la calle, con ayuda de los sobrinos del Ilmo. señor Cardenal y trás él dicho padre maestro, sin bonete ni ropa, que lo habia dejado por seguirle, fué tanta la furia de pedradas que tiró al postigo de la puerta, que ningun estudiante se atrevió á salir, dando tal pedrada al maestro que lo hizo entrar mas que de paso. Vínose á casa lastimado de los azotes, que fueron crueles, pero tan rabioso que si un criado no le quita un puñal que tenia ya debajo del hábito, iba sin duda á matar á su maestro. Díjome el caso á la noche, de que me enojé tanto, que fuí al estudio, y si topo al padre lo mato; pues el muchacho estuvo quince dias en la cama de los azotes. Al cabo de los cuales me dijo no queria estudiar mas; y acordándome de lo que me habia dicho su tio el Obispo, mandéle pasase adelante con los demas ejercicios caballerescos, particularmente con la poesía en que ya empezaba á tener habilidad. No habia en mi casa espada segura que no fuese manejada de Don Diego; y cuando le quitaba las de esgrima tomaba un palo y daba una espada blanca á mis hijos, y sin temer su punta entraba á herirles. En estos ejercicios ha estado hasta este año de 1600, y once de su edad. ¡Dios ponga freno en su mocedad!»

A esta sazon murió mi tio el Obispo, y teniéndome asida la mano, le dijo mi padre: «Ruegue á Dios Vuesa Reverendísima por mi sobrino y ahijado suyo Don Diego, que Dios le dé larga vida y le haga bueno.» A lo que respondió el sabio: «Señor, sí hará si vive, y sí vivirá, si quiere un pez, de que le guarde Dios.»

Murió este señor á los diez de Julio de mil y seiscientos, y en el mismo año estuve yo algun tiempo retirado en casa, por haber dado un palo con un baston de general, acabando una comedia hecha delante del arzobispo de Toledo y cabildo, en que yo habia repre-

sentado el papel de Bernardo del Carpio, sobre una porfía, del cual murió el herido, por lo que fué necesario retirarme. Acabado el perdon y acomodada la justicia, me detenia en casa de mi padre, y olvidándosele de cerrar el escritorio, con la ocasion le revolví y hallé los papeles referidos. Las cuales cosas y presagios del Obispo me alentaron á seguir las armas y proseguir esta historia de mi propia mano, acabando este cuaderno con decir que estos dias, comiendo un pescado de entre puente y puente (1), se me atravesó una espina que me tuvo al punto de la muerte, á mis padres desahuciados de la vida, y cási cumplido el pronóstico del Obispo. La cual habiéndomela de sacar con yerros, me hicieron tanto daño que quedé con mal de garganta, asma y otros achaques, y perdí gran parte de mi celebrada voz, cual era en toda la ciudad, perdiendo tambien las fuerzas, que eran tantas, que en aquella edad corria, saltaba y luchaba, sin ceder á ninguno de la mia, y mas. En estos achaques pasé dos años luchando con enfermedades hasta que nuestro Señor, por intercesion de nuestra Señora del Cármen, siempre mi protectora y mi amparo y del glorioso San Blas, me dió salud. Fué, como dije, la muerte del Obispo y el hallar los papeles de mi padre año de mil seiscientos.

Incitábame de manera el natural amor y aficion á la guerra, que convalecido de esta grave enfermedad, pedí licencia á mi padre para ir á la jornada de la Mahometa (2),

---

(1) Llaman así en Toledo al que se coje entre los dos puentes del Tajo y se considera como mejor y mas sabroso.

(2) De esta jornada no trata ninguno de nuestros historiadores que sepamos. La Mahometa era una ciudad marítima no lejos de Biserta, en la costa de Túnez, que ni se halla señalada en los mapas que de aquel tiempo hemos visto, ni en los modernos. En 1618, segun parece, volvió á ser atacada por los nuestros, pues tenemos á la vista una relacion

y aunque contra su voluntad me la dió. Llegué tarde y volví presto; pero serví en ella como aventurero á mi costa, con que puedo decir que empecé á servir á su Magestad á los trece años de mi edad y el de mil seiscientos dos. Volvíme con otros muchos caballeros, con quien empecé á tomar alas y á entrar en conversacion, porque el ejercicio que tomábamos era á propósito para discurrir los ingenios y talento de cada uno. Hízose una academia de que era presidente el conde de Fuensalida (1), el señor mas rico y principal de Toledo, donde además de los caballeros que á ella asistian, lucian el licenciado Benavente (2), celebrado autor de letrillas y bailes; Mateo Montero (3), de excelentes y graciosos conceptos; Joseph de Medina Abasco, sonoro y elegante; Don Juan

---

impresa de aquel año, que refiere: «como ocho galeras de Florencia y cuatro de Nápoles, de que fué por general Don Mucio Espinel y por cabo D. Juan de Cañas, fueron al puerto de Bizerta, y por industria de un renegado francés hubieron rica presa y quemaron algunos baxeles y saquearon la Mahometa.»

(1) Don Pedro Perez de Ayala, quinto conde de Fuensalida, que segun Cabrera (*Relaciones*, p. 360) murió en Toledo en 1609.

(2) Acaso sea Luis Quiñones de Benavente, ingenio toledano y autor de muchos entremeses, loas y jácaras, que juntos en un tomo dió á luz en 1645 su amigo Manuel Antonio de Vargas, con el siguiente título: *Joco-seria, burlas-veras ó reprehension moral y festiva de los desórdenes públicos, en doce entremeses representados, y veinticuatro cantados, etc.* Madrid, por Francisco García, 1645, 8º—Vivia aun Benavente en dicho año; pero siendo tales su modestia y encogimiento que no se atrevia á dar sus obras á la imprenta, Vargas las recogió y dió á luz sin consentimiento suyo. No se encuentra en el citado tomo letrilla alguna, pero en cambio los veinticuatro entremeses cantados llevan el título de *bailes*.

(3) Alvarez y Baena en sus *Hijos de Madrid*, tomo IV, página 290, al tratar de Roman Montero de Espinosa, escritor y poeta del tiempo de Felipe IV, y autor entre otras obras de las *Siete Meditaciones sobre la oracion del Padre Nuestro*, dice que fué hijo de Mateo Montero, persona muy docta y política; quizá sea el mismo que aquí se nombra.

Baca de Herrera (1), terso y grave; Barrionuevo (2), autor de entremeses en que ha lucido despues en la corte y tenido opinion de único. Todos, sin otros muchos que excuso poner aquí, me dieron lugar, y yo me le hice tal por mis sátiras, de manera que pudieron muy bien costarme la vida: ¡poesía bien infructuosa, mal pernicioso cuya paga es el ser odiado! Ejercitábamos tambien armas, justar, tornear, correr lanzas al estafermo, sortija, cañas y toros, en que particularmente arriesgaba yo con mi gusto la vida: ¡bárbara fiesta, si alegre por el tumulto grita y desgracias!

Determinó de salir el conde de Fuensalida á Madrid y llevó consigo doce caballeros por camaradas, uno de los cuales era yo y el mas amado. Iba á su pretension de ser grande de España, por lo que salió con tanto lucimiento de casa, que merecia demas de su calidad el efecto de su pretension. No menos salimos los camaradas, y yo en particular, lucidos; que echó el resto mi padre en enviarme lucido de galas, joyas y dineros, que en materias de saberlos gastar y lucir las galas tuve el primazgo de la camarada. Partimos pues de Toledo con grande acompañamiento de caballeros, lágrimas y favor de damas, y llegamos al otro dia á Madrid, adonde descanso para tomar aliento.

PARTE SEGUNDA.

1603.—11.

De catorce años entré en la corte, edad florida de la juventud, en la cual la primera ocupacion es gastar y

(1) De José de Medina Abasco no hemos hallado noticia alguna, ni sabemos quién sea; pero Juan Baca de Herrera, que murió en el asedio de Barcelona, fué hijo de D. Pedro Baca de Herrera, regidor de Toledo y hermano de Cosme, á quien Alvarez y Baena cita entre los hijos de Madrid, tomo 1.°, página 277.

(2) Barrionuevo, llamado en otra parte Gabriel y de quien se hablará mas adelante.

triunfar, lucir entre caballeros; galantear entre damas y plegarse el sarmiento adonde quieren los hortelanos, que son los consejeros de la vida (comunmente llamada la dulce Francia), cuyos frutos son recogidos al otoño de la edad en tantas enfermedades, pobreza y destierros: tal me sucedió. Llegamos á la corte, visitamos al señor duque de Lerma, cuya privanza llegó al empíreo de la monarquía mas suprema y dilatada que tuvieron los emperadores y monarcas antiguos; pues si medimos la de nuestro monarca y potentísimo rey Felipe tercero, hallaremos que tiene solo en el mar Océano una isla mayor que toda la Europa, y á estar su potencia unida, los potentados todos juntos fueran una cifra á su comparacion. Y porque no es de mi propósito lo remito á un libro que he empezado á escribir en esta tierna edad (1).

Visitamos á este gran señor, en descendencia, valor, estado y prudencia insigne, cuyos encomios requieren mas sublime pluma; mostró deseo de mi noticia, que no fué poca fortuna que deseó fuese su page, cuando lo eran y se preciaban dello muchos caballeros; pero mi altivez no lo aceptó. Tenia gusto de discurrir conmigo y de ver mis agilidades, que con ocasiones de saraos fué fácil, porque de otra manera ni aun delante de su Magestad me pudieron hacer cantar, si no fué por engaño, llevándome al terrero con otros muchos cantores del duque de Alba y el celebrado Matías de Don Fernando de Cárcamo (2), y no sabiendo quién me oia, como recien llegado, que á saberlo perdiera la vida primero. Mas muy presto

(1) No dice el autor qué libro sea este, ni cómo se intitula, aun cuando mas adelante enumera otros que compuso.

(2) De este Don Fernando de Cárcamo habla Cabrera (*Relaciones*, página 180) al tratar de la casa que á la sazon se pensaba poner á los hijos del duque de Saboya, siendo él el designado para el cargo de mayordomo.

entre amigos ó damas rogaba que me oyesen, aunque nunca entre señores, si bien tuve buena amistad con los señores marqueses de Alcañizas, Villamor, Villalonso, Cantillana, Gelves y otros cuya mocedad lucia en aquella era, como solemos decir comunmente. Admitiéronme en la Academia del conde de Saldaña (1), adonde asistian los mas floridos y sutiles ingenios de España: Lope Felix de Vega Carpio, fénix de nuestra España, piélago de poesía y de quien han llenado sus vasos nuestros cisnes españoles, porque aunque le hayan adornado Góngora con lo crítico y con lo retórico, Mira de Mescua con lo pomposo, Villahermosa (2) con lo elegante, como tambien Lupercio, su hermano, que vedó el gracejo, Villamediana con lo satírico y los demas con rosas y flores, todo esto es escogido de esta singular y caudalosa fuente, pues de muchos que van á tomar de un mar, no porque adornen sus cántaros con varias flores y guirnaldas, dejan de ser las aguas de aquel mar, aunque disfrazadas de varias formas. Tal ha sido nuestro Lope á quien se debe el haber ampliado, enriquecido, ornado y recamado nuestra lengua castellana con tan varios colores y conceptos, sucediendo á los demas lo que á Juanelo, príncipe de las artes, con el huevo sobre la fábrica del artificio, que callo por ser tan vulgar.

---

(1) Esta Academia celebrada de nuestros poetas la presidia Don Diego Gomez de Sandoval, hijo segundo del duque de Lerma, y casado ya entonces con Doña Luisa de Mendoza, condesa de Saldaña, á quien elogia Christóval de Mesa en el siguiente terceto:

Despues dellos el conde de Saldaña,
Y el sábio condestable de Castilla,
A cuyas obras nunca el tiempo daña.

Rimas, fólio 81 vuelto.

Lope de Vega en sus *Fiestas de Lerma* dice que compuso una comedia.

(2) Debe ser Bartolomé Leonardo y Argensola, rector de Villahermosa, tanto mas cuanto se llama hermano de Lupercio.

Aquí, pues, hice mis borrones, perseguí representantes, y aun me las hacia á ellas mis feudatarias porque callase, que como el decir mal es natural y yo muchacho, apoyada ya mi opinion de señores, parecia bien el que maldijese. Aquí saqué á luz mis comedionas de *La igualdad de la desconocida* y *El venturoso vencido* que por mi mocedad parecieron bien, con algunos entremeses y bailes.

En este tiempo se hizo la felicísima jura de nuestro dichoso príncipe Felipe (1) en San Gerónimo, cuyas fiestas dejo á los referidos sujetos que no he nombrado, como son Don Guillen de Castro, Luis Alvarez, el licenciado Poyo (2), Tárraga y otros infinitos (3), porque fuera esta larga digresion; bastará á nuestro propósito decir que hubo solemnes fiestas universales, y juróse á principios del año de mil seiscientos y ocho (4), de mi edad diez y ocho.

Habiendo pasado en las delicias de la corte cuatro años de la primavera de mi vida con tantos gustos, gas-

---

(1) Es decir, Felipe IV. Verificóse la jura el domingo 13 de Enero de 1608, teniendo á la sazon dos años y diez meses. Hay relacion impresa en dos hojas, fólio.

(2) Poyo es Sebastian Salustio del Poyo, autor dramático de estos tiempos y de quien hay una comedia intitulada: *La próspera fortuna de Don Ruy Lopez Dávalos.* Tárraga es el canónigo valenciano bien conocido por sus comedias y poesías. En cuanto á Luis Alvarez no sabremos decir quién sea, habiendo por este tiempo varios ingenios que tenian este por primer apellido.

(3) Parece indicar que todos ellos fueron individuos de la Academia de Madrid, presidida por el conde de Saldaña, y que escribieron relaciones descriptivas de las fiestas hechas en dicha solemne ocasion. Guillen de Castro es bien conocido como autor dramático contemporáneo de Lope.

(4) Título de una comedia del conde de Villamediana, representada en Aranjuez para celebrar el cumpleaños de Felipe IV, en 1622.

tos y solaces que me pareció la «Gloria de Niquea» (1), y que no habia mas que un instante que habia entrado en ella, hube de salir para mi casa á vivas instancias de mis padres, que con notable sentimiento sufrian mi ausencia llorada de ellos y de mi hacienda. Vamos pues á los frutos del otoño que prometimos.

Partí para Toledo á persuasion de mis padres, con grande sentimiento del Conde y demas amigos, y de tal manera que parecia que faltando yo faltaria el gusto, por ser yo el muñidor de la cofradia del buen tiempo, así para las comedias de repente en que era celebrado mi buen gusto, como para bailes, máscaras, invenciones, trajes nuevos, juegos, motetes y aun cuestiones y mocedades. Sintióse mi partida y aun yo tambien la sentí; mas con todo partí á Toledo: fuí recibido con igual gusto de mis padres y hermanos, y particularmente de Doña Isabel, hermosísima, discreta y garbosa dama con excelencia, á la cual desde mi tierna edad amé sobre todas las hermosuras humanas, con tan alternada correspondencia que parece que la naturaleza quiso mostrar una unidad conforme en todo para borrar la memoria de Píramo y Tisbe, Leandro y Ero, y los amantes de Teruel. ¡Qué finezas no pasaron entre nosotros, de hermanos ingertos en amantes! ¡Qué requiebros con llaneza! ¡qué favores con esperanzas, imitando ya á las palomas con arrullos, ya á las avés con cantos y músicas, ya á los animales con señas y á los peces con burlas! ¡Qué favores suyos no llevé en sombrero y pecho! ¡Qué abrazos en las despedidas bañadas con divinas perlas de sus ojos, que recama-

(1) El original dice claramente 1607, pero es descuido del autor, quien en la suma de sus hechos, al fin de este tomo, vuelve á caer en el mismo error. La jura de Felipe IV, como príncipe, se verificó en 13 de Enero de 1608, como puede verse en Gil Gonzalez Dávila, *Teatro de las Grandezas de Madrid*, fólio 87.

ban las rosas de sus etéreas megillas y los nácares de sus lábios, entrando á competir estas con las de sus cristalinos dientes! ¡Qué regaladas y correspondidas cartas no recibí en su ausencia, sin que esto hubiera pasado jamás á cosa que no fuese muy honesta! ¡Extraña cordura en quien estaba siempre dentro de una casa, en una mesa y en su mesmo cuarto! Aquí fueron los recíprocos abrazos; aquí las quejas de tibias ausencias mezcladas con parabienes de la vuelta; y como si fuera sierra que parte el amoroso corazon darme vaivienes de desvíos y caricias, arrojándome de sus brazos sin soltarme, donde mis disculpas se barajaban con sus quejas, y aunque no eran oidas eran admitidas. Finalmente, amor hizo su efecto; sopló la llama que ya estaba encendida, (parece hazaña de su gran poder) declaróse nuestra voluntad, súpose por toda la casa, y mi padre no lo ignoraba, pues veia en la mesa y fuera de ella sus favores en mi pecho, y ser nuestros ojos blanco los unos de los otros; y como conocia el honesto fin de casamiento dejaba pasar adelante esta correspondencia, permitiéndola darme la mano, solemnizando por niñería los favores que me daba, y aun alguna vez los abrazos; porque su intento era casarla conmigo, pues en esto mejoraba ella de calidad y hacienda, y por esta razon era liberal en licenciar, creyendo que llevado de su extrema hermosura tendria efecto, como sucedió, pues sin reparar en la diferencia de todo, y particularmente en la de la hacienda, que la mia era de veinte mil ducados (si bien se quedaba en la corte en las referidas galanterías) dí franco la palabra de esclavitud y con libertad la promesa de sujecion ó nudo indisoluble, que solo tiene de bueno el ser sacramento, pero con tantas circunstancias y peligros como la sangría que á veces da salud y á veces mata. Todas las cosas que imaginar se pueden pasaron entre nosotros, fuera de la consumacion del matrimonio;

no porque en mí faltase ánimo y determinacion ó voluntad, sino porque la miraba con respeto de mi muger, y por la desestimacion que della tendria si hubiese conocido facilidad en ella, desestimando (despues de casado) la ligereza de su resolucion. Sabia tan bien conocer esta señora mi natural condicion, que me brujuleaba estos favores mas que con facer de primera el náipe, que esprime con la mano (1), escaseando lo que desea que venga. En suma, declaréme y ellos no lo regatearon, si bien mi padre tomó término de un año, que yo aceptara siete, como Job de Abraham, mas no por Lia, sino por mi bella y hermosa Raquel, y porque el habernos criado juntos no me incitaba en todo apetitos deshonestos, sino á un cierto amor platónico, si bien la comunicacion de cosas de amor me llevaba el deseo de los efectos desde los afectos. Pidióme la palabra mi padre que no los habia de haber en aquel año hasta nuestras bodas, y yo se la dí y me arrepentí mil veces. Por no quebrarla pareciéndome contra mi reputacion el hacerlo, ofreciéndose la jornada de Larache (2) primera que hicieron el marqués de Santa Cruz y duque de Tursi (3) generales de mar y tierra, pedí licencia á mi padre, porque deseaba antes de casarme ver algunas tierras; y como sabia él que pedirla yo era tomarla, conociendo mis resoluciones me la dió. No encarezco la despedida y partida, porque fuera necesario un

(1) Así en el original, aunque no está claro.

(2) Fué esta la primera jornada que durante este reinado se emprendió contra la fuerza de Alarache en Africa, habiendo salido vana porque Muley Xeque, que ofreció entregarla, se puso en ademan de defenderla. El marqués de Santa Cruz que iba por general de la armada, obedeciendo las instrucciones que llevaba, juzgó prudente retirarse y volver á Cádiz. Segun Cabrera (*Relaciones*, página 348) nuestra armada llegó á vista de Alarache el 7 de Setiembre de 1608.

(3) Este duque de Tursi se llamaba Cárlos Doria; y era hijo del famoso marino Juan Andrés Doria.

libro separado; los estorbos, caricias, protestas, promesas, lágrimas, ruegos y halagos. Fuí cargado de favores, joyas, dineros y pólizas con los criados suficientes á gobernar mi hacienda y servir mi persona; y queriendo ir en buena compañía pasé á Madrid para juntarme con alguna comitiva de amigos. Mientras se acomodaba el viaje, que se tardó algunos meses, yo volví á los antiguos amigos, ejercicios y pasatiempos, y en particular al de la Academia y versos. Hice la comedia de *El villano general*, no poco celebrada en Madrid, segundando con *La mas constante en amar*, que alborotó la corte, representada del autor Morales (1).

Vino el tiempo de la jornada, que fué por Octubre; llamábame el valor á la guerra y el amor á ver mi ya nueva esposa, si antes hermana, y entre estas dudas tomé resolucion de pasarme por Toledo y despedirme de paso, aguardando á los camaradas en Ciudad-Real, por lo que me partí cuatro dias antes. Eran tantas las amistades que dejaba, que por prisa que me dí á partirme no pude llegar á Toledo hasta la una de la noche, y pareciéndome era hora desacomodada para mi casa, pues sería inquietar á mis padres, hermanos y criados, determiné de irme en casa de Don Rodrigo de Velasco, íntimo amigo mio, el cual admiró y se alegró de mi venida. Acostámonos, y fueron tantas mis inquietudes que no pude reposar, y levantándome para mudar una camisa, que aun no estaba la luz apagada, abrí una balija adonde el demonio me puso en la mano una llave de la puerta falsa de un jardinillo, por donde yo solia entrar y salir las noches en mi juventud. No tuve quien me fuese á la mano, porque

(1) Representante de comedias, célebre en este tiempo, y de quien tratan Agustin de Rojas en su *Viaje entretenido*, y Pellicer en su *Historia del Histrionismo*.

los criados quedaban atrás con la ropa; solo habia un mozo llamado Toribio Perez, que se crió conmigo, y ese le dejé allí. Era mi intento entrar y ver si el cuarto de mi hermana y esposa estaba abierto y pasar la noche en conversacion con ella, y por la mañana hacer la entrada solemne y mucha burla de mis hermanos; pero entre gusto llevaba sobresaltos de muerte y poco gusto del ya determinado. Quise volverme atrás, pero pareciéndome que eran impulsos de cobardía por lo que me podia suceder en el camino, reprehendí aquellos accidentes insólitos tan ajenos de mi natural valor, y resolví la empresa. Llegué á mi casa, ví puertas y ventanas como se acostumbra cerradas á tales horas, y parecióme que ponia siempre los piés sobre la lana. Estaba frio y perplejo, y reprehendiéndome á mí mesmo, cerré los ojos á los presagios de estos accidentes y volví la calle para abrir la puerta falsa del jardinillo que está á las espaldas en una callejuela, antes de la cual están tres ventanas de hierro, una de la cantina, otra de la cocina y otra de un balcon alto. Pasando pues por la orilla por haber un mal paso, me dió en la cara una cuerda, que mejor reconocida, aunque con erizados cabellos, hallé ser escala. Aquí empieza la turbacion, el dudar, los recelos, el erizamiento de cabellos y la perplejidad, convirtiéndolo todo el natural valor en resolucion. Conocí en este caso que el temor en los accidentes dudosamente previstos no es cobardía, sino un cierto presagio del daño futuro, pues solo se teme lo que haya de suceder, sabiendo que en habiendo sucedido se sigue el daño cierto; de manera que el hombre animoso no teme verse en los aprietos, pues sabe que su valor le ha de sacar de ellos; pésale sí el que hayan de suceder, pues ha de salir dellos muerto ó matador.

Yo he conocido valentísimos hombres antes de entrar en un desafio temblarles las piernas y manos, vol-

verse mortales y hacer tales gestos con la descolorida, pálida y macilenta cara, que daban señales ciertas de pusilanimidad y cobardía; los mismos que venidos al efecto, sacudido este pavor y pasado este primer ímpetu han peleado como leones. La causa desto hallo ser que como la sangre acude (en tales casos) al corazon, rey del hombre y gobierno de sus miembros, deja faltas las partes superficiales de la cara y manos; y esto no en todos, porque en algunos es cosa notoria ser el miedo quien lo causa; y que desamparando la sangre no solo la cara, sino tambien el corazon, va á los intestinos y los corrompe, produciendo diverso efecto. En suma, voy adelante, y si á alguno de mis lectores le pareciere que tardo, no se maraville, que no es bocado tan dulce el que yo he de tragar, sino píldora tan amarga que es menester doralla y entretenella para pasarla; y si no yo se la doy, de dos la una, al que quisiere tomarla, asegurándole que aunque el hacerlo fué de una vez, he dejado mas de cuatro la pluma para no escribirlo, pues casos tan adversos mas y mas se dudan y temen pensados que ejecutados; y así el valor de que me armé y la resolucion que tomé para hacerlo tomo para contarlo.

Digo, pues, que sin aprovecharme de la llave, ni ver el daño que me pudiera hacer el que arriba estaba, y aun sin saber lo que me hacia, llevado de mi celosa furia, subí por las rejas y escala sin desamparar mi espada y broquel, y me puse en la sala de aquel cuarto, á cuyo rumor, aunque pequeño, por llegar el balcon solo á la cintura, fuí sentido del que dentro estaba. El cual viniéndose para mí, no con poco ánimo, me desembrazó tres ó cuatro terribles cuchilladas; hallóme cubierto y separado con mi broquel á dos furiosas estocadas que me tiró, y yo sin perderme de ánimo ó de cólera (que es la que muchas veces quita vista y quita la vida), acordán-

dome de mi juego, cerré con él con espada y daga tan furiosamente, que desbaratándole de su postura le hice dar dos piés atrás, y por en medio de la espada y broquel le herí en el pecho con la daga, jarretándole al salir las piernas. Reñiamos los dos á la muda, lo uno porque él callaba por no ser conocido, y por su natural condicion, y lo otro porque no fué mas de una entrada y una salida, y esa con poco rumor, hasta que cayendo dijo: «Muerto soy;» y yo respondí: «Eso pretendo.» A que respondió: «¡ay amigo! tente que matas á tu querido Don Juan.» Respondiéndole yo: «Mientes, que quien fuera mi amigo no me hiciera traicion.» Dándole otras dos estocadas, y él diciendo: «¡Jesus! que no te la he hecho,» espiró, y yo diciéndole: ¿por qué la intentaste? le dejé. Sacudiendo despues dos coces á la puerta de mi hermana ó muger, la cual hallé en la cama, ó dormida, ó desmayada, basta decir que no despertó y no volvió del desmayo de muchas puñaladas que la dí. Y porque no se excusa aquí el parentesco, siendo necesario al caso, digo que era el muerto Don Juan Zapata de Vargas, del hábito de San Juan hermoso, galan, rico y de mi edad, amigo mio, tan del alma, que nos criamos juntos; y si no le he traido á la memoria en algunos casos es por no atormentar la mia tantas veces, y porque una traicion borra lo pasado, presente y futuro. Llevéle muchas veces á mi casa, que parecia hijo della; pero pagó con la vida el querer ser dueño indirectamente de mi esposa, pues era caballero de Malta, como dicho es é incapaz de poderse casar. No se sospechó jamás por acciones y billetes ó terceras el amor de este caballero, ni ha habido mas indicios que el hallarle yo dentro; solo que aquella noche se huyó una doncella de labor, hermosa y moza, que algunos juzgaron ser la dama; yo con otros la tercera. Quede en opiniones, pues ni él ni ella pudieron confe-

sarlo, muriendo en aquel punto. La mia fué que él estuvo bien muerto, pues violó la honra, ó de mi muger ó de mi casa. ¡Discreto lector! Bien puedes creer que dudaba, y con razon, entrar en esta lucha, entreteniéndome para no tomar esta purga, pues te aseguro que me cuesta dolores el escribirlo, por no decir lágrimas, á que soy poco inclinado. Ves aquí muerta mi esposa, mi hermana, mi bien, la hermosura mas perfecta que crió Toledo, la agudeza mas acertada, el garbo mas honesto, la blancura mas briosa, la honestidad mas amorosa y el amor con mas recato que jamás (1) se vió muerta á manos de esposo, de su hermano, de su amante, pagando las finezas de su amor, los regalos de sus palabras, los sentimientos de su ausencia con una muerte atroz, con los desnudos y tajantes filos de una feroz daga, de un brazo airado, de un pecho endurecido; ¡oh maldita y descomulgada ley del duelo! nacida en el infierno, y criada y alimentada en la tierra, devoradora de vidas y haciendas; hija de ira y soberbia, y madre de la venganza y perdicion; ruina total de los humanos y perturbadora del sagrado templo de la paz! ¡Mal hayan Licurgos y Tolomeos si fueron tus inventores, y benditas las tierras adonde, si la muger es mala, lo es para sí sin quitar la virtud, honor y valor del marido, si no es que él sea consentidor; que en tal caso es infamia de comun sentimiento, y son dignos de castigo igual. Básteme esta hora de cuerdo, que parece no acertara, á entrar ni acierto á salir. Fué la muerte de mi esposa y hermana el 25 de Octubre de 1607.

No fué el ruido tan poco que la caida con el broquel, las coces de la puerta y el movimiento de los piés no despertasen á los criados, y ellos á los demas, que con luces mal encendidas, vestidos mal puestos, y espadas des-

(1) Dice, «en jamás».

envainadas vinieron creyendo eran ladrones; y viéndome bañado en sangre, Don Juan á mis piés y su hermana muertos; uno en la sala y otra en la cámara, mudos y atónitos como yo extrañaron el caso, confusos y burlados preguntando: ¿qué desdicha es esta? yo respondí: «Yo soy; ¿qué me mirais? Yo soy que vengo de Madrid solo á vengar la deshonra que sufrís doce hermanos en Toledo.» Embistieron rabiosamente conmigo, como yo á la desesperada defensa; pero mi padre y hermanos mayores se me pusieron delante, mandando mi padre, so pena de su maldicion y de la de Dios, que no me tocasen, no obstante que yo les decia: «Llegad, llegad para oir el caso;» y contado al llegar á la muerte della, enfurecido de los celos, dije: «Padre, yo maté á Isabel, como á esposa y como á hermana, y el que sintiere mal de esta accion es un infame, y lo sustentaré uno á uno, aunque mis hermanos lo contradigan todos, que bien saben que no les temo, y que cada uno de por sí no me acometieran como en cuadrilla, pues muchas veces han visto lo que valgo. Si mi padre quiere tomar venganza, á sus piés estoy, que como hijo sufriré la muerte.»

Bañaba mi afligido padre sus honradas canas con muchas lágrimas; pero con tanta entereza que no movia miembro ó parte de su cara, y abrazándome, me levantó del suelo, y dijo: «¡Hay hijo! tú lo eres mas verdadero que los que yo engendré, pues tú solo y ausente veniste á ser lo que yo ni ellos no pudimos. Cruel fuiste, que bien pudieras darme mas honra y á tí menos peligro. Conventos habia para ella, y otra muerte para este ciego y mal aconsejado caballero. Quítate de delante de nuestros ojos; no atropelle esta sangre viva el amor que te tenemos; toma esta mano y dame el postrer abrazo; ponte en cobro, que aunque yo te perdono, no lo hará la madre del muerto ni la justicia.» Besé su mano, y

abracé á mis cuatro mayores hermanos, fatigándose mi padre á hacer callar hijos y criados, que con un ruido medio sordo lloraban, gritaban y gemian.

Partíme de mi casa, acudiendo todos á mi desdichada y casi difunta madre, que de un desmayo estaba mortal, costándole el susto un año y mas de enfermedad, sin muchas lágrimas lloradas por sus hijos, por mí, porque la sangre cuajada se le esparció por el cuerpo, y fueron necesarios muchos remedios.

Salgamos de Toledo, que he estado muy prolijo en contar este mortal lance, habiendo sucedido esto en muy poco espacio de tiempo. Fuime en casa de Don Rodrigo; tomé mi ropa y criado, y ayudado de él y de Don Antonio de Velasco, su hermano, hijos ambos de Blas Muñiz de Velasco, secretario de la Inquisicion, fingiendo una diligencia del Santo Oficio, pasé el puente de Alcántara, fácil cosa á quien paga el abrirse aquella puerta, y salí de Toledo á los 25 de Noviembre. Caminamos, como quien escapa de tal peligro, á rebienta caballos, dejando nueva á mi padre adonde iba para que guiase mi ropa, como lo hizo. Los caballos eran tan valientes que me llevaron hasta Córdoba, sin dormir en posada, ni ciudad, ni villa alguna. Troqué caballos malbaratados, y partí á Sevilla, tomando la via de Ecija, y de allí á Sanlúcar y Cádiz: ya estábamos en salvo.

Volvamos á Toledo, adonde no se supo el caso hasta dos horas partido yo, que mi padre fué á dar parte al Corregidor, como se acostumbra. El cual vino, reconoció los muertos; dejó preso á mi padre; envió á mis hermanos mayores á las torres de las puertas de la ciudad, las cuales mandó cerrar, buscar casas, iglesias, enviar tras mí por muchos caminos y por el mio; pero en vano que lo que ellos posteaban yo corria, y lo que corrian volaba, que así lo hace quien huye. Hízose la informacion; dióse

la querella; enterráronse los cuerpos; púsome tallon (1) de dos mil escudos, y traidor á quien me tuviese, sustentare ó diese favor, dejando el peregrino caso repentino atónita la ciudad, así como las diligencias de los parientes, prision y ánsias de los mios por la muerte de su hija y mi peligro; los extremos de la viuda madre de Don Juan, que sin mirar su autoridad y reputacion daba voces por las calles; rasgaba sus tocas y cabellos; pedia justicia; convocaba deudos á la venganza, sin poderlo excusar sus parientes y criados. Duró esta diligencia ocho dias, hasta que se supo por dónde caminaba. Hechas pues las averiguaciones, que duraron algunos dias, libraron á mis padres y hermanos, sin saberse jamás al entrar aquel caballero por quién fuese, hallando á Doña Isabel, mi hermana y esposa, vírgen como el dia en que nació, y no pareciendo mas informacion si no la de aquella muger que huyó, la cual dijo que aquel caballero muerto la habia requebrado muchas veces, y que nunca habia entrado allí sino aquella noche, y que no sabia por quién.

Dejemos esto así. Fuí á Cádiz, como digo, adonde ánsias, temor, trabajo del camino, imaginaciones me derribaron en una cama, consumiéndome poco á poco la vida la cruel duda de si maté con razon á mi caro amigo y á mi esposa, la ira y desesperacion de la traicion; la pérdida de mi hacienda; la ausencia forzosa de mi patria; la privacion de no verla mas, y sobre todo el disgusto de mis pobres padres, de mí en extremo amados; el quitar dos luces de sus ojos, una apagada y otra ausente y para morir; y en medio de todas estas imaginaciones el temor de la justicia, y el estar imposibilitado para poder huir. Pasé así siete meses, y pasó la jornada

(1) Esta sin duda por «talion.»

de Alarache. Vino en este ínterin el marqués de San German, Don Juan de Mendoza, con grandes preparativos para la jornada de Alarache segunda; ya yo estaba convaleciente, y conocido y favorecido de dicho señor, por cartas que me vinieron por via de mis padres y del señor arzobispo de Toledo, que ya supieron adonde estaba. Dicho señor me prometió y llevó consigo, como tambien á la jornada de los moriscos hecha en este año mesmo de 1609. Lucí tanto en esta jornada entre la juventud bizarra de aquellos caballeros con mis acciones, que el señor duque de Medina Sidonia me mandó quedar en su casa, el conde de Villamor (1) me hizo su camarada, y muchos caballeros conocidos de la córte me apoyaban. Volví pues (olvidando disgustos) á los versos, bailes, pruebas de fuerza y ligereza, cañas, toros, sortija, estafermo y torneo, siendo el mequetrefe de todas estas bullas, y mas de cuestiones de noche y aun de dia; y pareciéndome que ya estaba olvidado de mí, no solo la madre y la justicia, pero aun la de Dios (ceguedad comun de los hombres), me determiné de irme por el Andalucía á ver aquella fértil tierra, pensando que con el caminar no habia de topar conmigo ni justicia ni desdicha.

Llegué á Sevilla con algunos caballeros (2) que se volvian, y con promesa del marqués de San German que me llevaria á Milan, adonde iba por gobernador, en que yo confiaba mucho por quererme bien. Hice camarada con Diego Centeno Pacheco de Chaves, de los hombres mas adelantados, diestros y prestos con la espada en la

(1) Don Francisco de Alvarado, de quien Cabrera refiere la prision en 1609 por haber dado de palos á cierto hidalgo de Sevilla *Prelaciones*, página 379.

(2) Hay aqui al márgen una nota que dice asi: **Entré en Sevilla el 23 de** Setiembre de 1608.

mano que jamás he conocido, determinado y resuelto, si tuviese un campo delante, con cuyos documentos y ejemplo no tenia paz con mis huesos. Sucedió que en la puerta de Triana estaban muchos destos que llaman de la vida airada en una conversacion, y entre ellos el Pardillo de Ocaña (1), hombre desalmado, de muchas manos, respetado de todos. Llegando yo, dijo: «Aquí viene el estornudo de Diego Centeno, el príncipe de la valentía.» Yo le respondí que era estornudo de mí mesmo, y que Júpiter lo podia ser mio. Trabámonos de palabras, y díjome por desprecio que hombres como yo los enviaba ensartados con juncos como ranas á vender á la plaza. No pudo mi paciencia mas, y saqué tan veloz la espada (habilidad que en mí ha sido tan prima que no he hallado hombre en mi vida que en esto me gane) que cuando él la sacó le habia ya dado una estocada, y pasádole el tahalí y coleto, y heridole en el pecho; y como no se imaginaron que á un hombre de tanto nombre, que le traian en jacarandinas (2) por toda España, se atreviera un mozo como yo, y se hallaron despreciados, y primero que sacasen las espadas me miraban con admiracion. Él la sacó luego de firme á firme, y me dió una tan gran cuchillada, que no obstante la paré con la daga, rompiéndome las guardias de ellas, me rompió todo el casco del sombrero, y llegó á herirme en la cabeza. En el mesmo tiempo fué él herido de mí en el hombro derecho por la juntara del coleto. Metiéronse de por medio, y eran tantos que no pudimos tornarnos á juntar, y yo, apartándome algunos amigos que me llevaban á curar como á él otros, dije: «Caballero, lo hecho hecho, y lo sustentaré en campo á ese caballero en sa-

(1) Nombre de un valiente muy celebrado en jácaras y poesías populares de este tiempo.

(2) El original dice «jajarandinas.»

nando, y si muere á quien quisiere por él, ahora y siempre.» Pareció cosa extraña la mia con un tal hombre.

Leváronme á mi casa, y tuve tan poco que curar, que no hice cama, quedando con tal opinion de valiente por haber reñido con el espanto de los niños, que no se trataba en corrillos otra cosa, y tanto mas, cuanto yo no me escondí, sino que andaba entre ellos, y decia que era muy bien hecho lo hecho, y que haria otro tanto con cualquiera que me diese ocasion; y aunque apoyaba mi parte el capitan Diego Centeno, nunca con sus alas ni delante de él hice cosa alguna. Estos eran mis pasos, y como *abissus abissum invocat*, inquietéme de manera, que hasta en los burdeles públicos estaba ya mi nobleza tan manejable, que rufianes valientes de la vida airada y yo todos éramos unos.

La justicia tuvo noticia y tambien el Asistente de mi vida y suceso de Toledo; hizo diligencias para prenderme, y yo me retiré á la iglesia que llaman el Corral de los naranjos, que es la iglesia mayor. Allí concurrian mugeres de la vida penosa á gastar lo que con tan penosa vida ganan; allí se descartan hombres de palabra; se amenaza á muerte; se dan pólizas de vida al quitar; se cuentan hazañas nunca oidas ni aun hechas; se mata en creencia y se da vida en fiado; finalmente, aquí tiene el Demonio fragua y ministros, y una posesion dentro de sagrado, y aquí por zelos de su amiga, Afanador (1) riñó conmigo, hombre temido, traidor y desalmado y de opinion entre los jaques, de modo que dentro del sagrado le dí tres heridas, porque sacando la daga para matarme á traicion fué tan presta la mia con la mano izquierda, que cuando

(1) Famoso guapo, conocido por Afanador el de Utrera, muy celebrado en romances y jácaras de este tiempo, y que suministró asunto y título á una comedia de Cañizares, «Afanador el de Utrera.»

me tiró la puñalada se clavó la mano, y sacando la espada le dí una cuchillada en la cabeza y una estocada por debajo del jubon ojeteado, con que fué menester escapar de Sevilla, porque el Asistente y Corregidor Don Bernardino de Avellaneda, que por mal nombre llamaban Caga la soga, me buscaba con grandes ánsias, aunque Don Sebastian de Ribera, alguacil mayor perpétuo de Sevilla, hermano del duque de Alcalá (1), me sacó con Diego Centeno y otros amigos, y con cartas suyas salí de Sevilla á los dos de Marzo de mil seiscientos nueve, y me fuí á Antequera, dándome para esto dinero Don Juan Duque de Estrada y Portugal, deudo mio muy cercano, que jamás pudo reducirme á su casa, ni aquietarme, ni quitarme de aquella perversa vida. Con favor, pues, del conde de Palma y de Don Enrique Puerto Carrero, su hermano, con quien hice hartas travesuras de noche, y me dieron cartas para Don Rodrigo de Narvaez, alcaide del castillo de Antequera, deudo y amigo suyo, y hombre muy valiente y amigo de ellos, salí, como dije, de Sevilla. Fuí bien recibido de este caballero, y bien visto de todos los de la ciudad, adonde cobré luego muchas amistades en el Manejo de los caballos, juegos de armas y escuelas de danzar, adonde yo siempre acudia y lucia. Y habiendo tomado amistad en un arrabal de la ciudad, cerca del Manejo (2), con una muger ordinaria, aunque hermosa, me dijo que fuese á pié por allá, y que la hallaria sola y aparte. Yo, dejando el criado, me fuí á gozar de esta ocasion; paseábame mien-

---

(1) Don Fernando Enriquez de Ribera, tercer duque de Alcalá.

(2) Lo mismo que picadero ó lugar propio para adiestrar y domar caballos. «Escuela de caballos» dicen otros escritores de este mismo tiempo.

tras me daban lugar de entrar en la casa tres hombres de la costa, que así llaman allí á los valientes. Yo aguardaba á ellos, y ellos á que no pareciese nadie para quitarme mi cabestrillo y cintillo que llevaba; y cuando yo creí que hacian la consulta de irse, la hicieron de matarme. Emparejaron conmigo pasando adelante, y sacaron las espadas, á cuyo ruido me volví; pero al empuñar la mia me pasaron la mano derecha de una estocada. Saquéla, mas como me corria tanta sangre, valíme de la izquierda, en la cual me dieron otra, y otra sobre el ojo, cuya sangre sé me pasaba. Teníame, sin embargo, fuerte, con tanta ligereza, que los traia alrededor; pero ciego de sangre por la herida de la cara y las manos, de manera que cuando las levantaba caian por las armas caños de ella, no me pareció cobardía el valerme de los piés, lo que era imposible esperar de las manos. Decíanme: «dános las joyas y te dejaremos;» á que yo respondia: «sí hiciera, si me las pidiérais con cortesía; mas agora ya me cuestan sangre.» Acosábame terriblemente un mozo de ellos, de modo que dando dos veloces saltos me hallé solo con él, y tirándole una estocada cuan fuerte pude, se me quebró la espada en su pecho. Halléme del todo perdido, sin armas, sin fuerzas, sin aliento y sin sangre, por lo que no teniendo otro remedio, por no morir sin defensa, contra mi opinion y contra mi natural valor, arranqué á correr; no me pudieron seguir dos de ellos; pero aquel en quien quebré la espada, mozo suelto, delgado y alto, me siguió de manera que me alcanzó, que no fué poco, siendo mi velocidad de las mayores y aun la mayor que jamás hallé. Venia diciendo: «quedaos, que á pesar de Jesucristo he de tomar cintillo y cadena, y aun el alma.» Yo discurria entre mí, cómo huia un hombre como yo, aunque estuviese muerto, y decia: «aun tengo sangre, pero me faltan las armas; quizá quiere Dios

que pague la muerte de Doña Isabel y de Don Juan. Con todo eso quiero morir como hombre.» Y tomando ánimo, y pesándome de no haberles dado las joyas al principio, pero obstinado de no darlas, viendo ya sobre mí este solo y los otros lejos, al alcanzarme, que ya no tenia sangre para correr mas, volví. En esto me tira una cuchillada que, por estar tan cerca y darme sobre el hombro, no me hizo mal, y despues cayendo entrambos juntos se metió mi daga por la mano hasta la guarnicion, pasándole todo el pecho, con lo que rindió el alma diciendo: «¡Oh, madre! cayóme tu maldicion.»

Halléme tan muerto como él, creyendo ser ya llegada mi hora y acabada mi vida en la flor de mi edad. No habia aparecido una alma que pudiese ayudarme, y me hallaba tan muerto como el muerto, desangrado y sin aliento. Solo unas mugercillas habia, que compadecidas de mi mocedad y sangre que vertia, dando voces llamaban ¡ayuda! Dos caballeros que venian del Manejo, á las voces volvieron la esquina, y viendo espadas fuera, á toda rienda llegaron con las suyas desenvainadas, despues de tan largo tiempo que podian haberse muerto diez hombres, y cuando ya llegaban los otros dos para acabarme de matar. Los cuales, como ladrones, huyeron, y saltando un barranco por no ser conocidos, pasaron el rio á nado. Conociéronme estos caballeros, que el uno era Don Pedro Ponce de Leon, y el otro Don Juan de Narvaez, y siguieran á los hombres si no se hubieran echado en el rio, y por no dejarme, que estaba tal que fué necesario meterme en casa de mi negra dama, que muchas lágrimas lloraba, y curarme allí, de adonde en una silla me llevaron despues en casa de Don Rodrigo. Fué este suceso á los veinte de Marzo de mil seiscientos nueve.

Sintió mucho Don Rodrigo mi desgracia y toda la ciudad; hiciéronse grandes diligencias, y hallóse ser tres

ladrones rufianes de la costa (1), y que el muerto habia dado á su madre pocos dias antes un bofeton y muchas coces; fué alcanzado el uno de los dos, y por este y otros delitos ahorcado. Curé, y determiné ver toda la Andalucía, como lo hice. Llegué á Lucena, adonde el duque de Cardona, por las cartas que llevaba, me hizo mucha honra, llevando en ellas tanta opinion de valiente, que adonde quiera que llegaba me miraban como cosa extraña en tanta mocedad. Jugué cañas con el Duque, corriendo con él la pareja en una fiesta de toros, y fuí tan afortunado que con el rejon herí uno de tal manera que, dándole en el cerviguillo, á dos vueltas cayó, y otro bien herido y quebrado el rejon. Gustaba el Duque mucho de mi conversacion por la gran noticia que yo tenia de la córte y príncipes della; pero la fortuna, que no duerme, me quitó pronto deste favor, porque diciendo una persona tan grave, que no es bien se diga, delante del Duque que en su vida habia visto mejores cabellos, respondió el Duque que me los haria quemar con una hacha. Tuve noticia desto, y con el sentimiento que era justo me despedí de dicho señor, no pudiendo en su tierra vengarme de aquel agravio, que tambien lo hiciera. Fuimé á Priego, y de allí pasé toda la Andalucia. Bajé á la Mancha, y viéndola toda medio huyendo y medio corriendo, tropezando siempre en la muerte, porque á cada parte que allegaba habia cuchilladas y valentías, con algunas desgracias que fueran largas de contar, torné á Gibraltar, adonde embarcándome corrí las costas de Berbería hasta Orán, Melilla, el Peñon y Tánger; y yendo á Ceuta en una barca el primero de Enero de mil seiscientos diez, á

(1) Dábase entonces este nombre á los jaques, guapos ó valientes, porque abundaban mas en Sevilla, Málaga, Cádiz, Cartagena y otras ciudades marítimas.

los veintiun años de mi edad, fuí esclavo de dos bergantines de Tetuán, de moros cosarios, tan sin sangre que nos cogieron durmiendo sobre el fierro. Halléme quedo, disperté cautivo sin libertad, y sin haber peleado, que es lo que mas sentia, y preso, que era lo peor, en manos de un esclavo de mi abuelo, echado cuando los moriscos, y que limpiaba de ordinario mis caballos (1). Mirando este mi cara serena y sin demostracion, me dijo: «Diego, no llores de ver que has de servir á quien te sirvió, que mucho me has obligado cuando te he conocido; pero tratemos lo que se ha de hacer.» Despues de largos coloquios, excusados aquí, y de quererme presentar al rey de de Argel, casarme poderosamente si me volvia moro, pude tanto con él, acordándose que le regalaba muchas veces, que aun hasta á los esclavos es bien hacer bien y á nadie hacer mal, que en fin alzando bandera de paz, que así se usa, me llevó á Ceuta, adonde el Marqués (2) prometió por mí mil escudos, los cuales aguardé allí un año, mientras mis padres, á quien costaba muchas lágrimas, me los enviaron.

Pesóle en parte al Marqués, que grande amor me habia cobrado, y fuí visitado y regalado de mi Çulema, que Alonso se llamaba en mi casa, dos veces, y con buena ocasion de embarcacion pasé á Málaga y de allí á Ecija, alojándome Don Fernando de Cárcamo, hijo de Don Alonso de Cárcamo, corregidor de Toledo, y grande amigo mio. Hallé allí al conde de Olivares (3), que pasaba al An-

---

(1) Sin duda en alguna de las expulsiones parciales hechas antes de 1600 á consecuencia del levantamiento de las Alpujarras.

(2) Este marqués era el de Villareal, caballero portugués, á la sazon gobernador de Ceuta, como puede verse en el sumario hecho por nuestro autor, que se hallará al final de este tomo.

(3) Despues duque y privado de Felipe IV.

dalucía, é hice grande amistad con él; estuve allí hasta el mes de Mayo; halléme en la canonizacion de San Ignacio (1), á quien escribí muchos versos, siendo muy bien visto de caballeros y damas, y en las de la invencion de la Cruz del certámen de poesías me dieron por premio de dos papeles, una taza de plata y un corte de jubon de tela de oro.

¡Pluma, harto has corrido entre naufragios y borrascas de desgracias venturosas, pues has tomado puerto en ellas! Tiempo es ya de que tu vajel intrépido á las tormentas dé al traste y se fracase y quiebre en la mar áspera y en la rígida y escabrosa roca que fortuna pudo ofrecerte, cuyo prodigioso presagio fué este: que, aunque es verdad que ningun cristiano deba creer en agüeros, siendo prohibidos, y yo soy uno de los que menos los creen, algunos son avisos de Dios y se deben excusar sin darles crédito enmendando la vida y apartándose de las ocasiones. Traté de partirme para Granada, y estando suspenso sobre un corredor, prevenido mi viaje para por la mañana, la mano en la megilla discurriendo los varios sucesos de mi edad juvenil, vino con ímpetu extraño un disforme y abominable moscon, de mí jamás visto de tal figura, negro en extremo, y tan horrendo, que su ruido y susurro eran cosa infernal, con altos y bajos en extremo lamentables, y comenzó á perseguirme tanto, que sin poderme defender me hizo encerrar en mi aposento. Estuvo tanto tiempo á la puerta, que volviendo en mi acuerdo reparé que tenia la sangre revuelta y los cabellos erizados. Entonces dije entre mí: ¡que yo haga con un vil animalejo lo que no hago con un toro ni con muchos hombres!

---

(1) **La canonizacion del célebre fundador de la Compañía de Jesus se declaró en 1609.**

Acordábame de un hombre soberbio y blasfemo que armado en campo desafiaba á Dios diciendo que ni á la justicia, ni aun á sus rayos temia, despreciando su poder, llamando á batalla campal á todo el mundo, y permitiendo Dios que á este jurante perverso le viniese un pequeño mosquito que, por las vislumbres de la visera, sin poderle valer las armas, manos y fuga (á su despecho) le desarmó, y confesó la potencia de Dios. Antiguo es el ejemplo, pero al propósito. Pues habiendo tres años que no me confesaba parece que desafiaba á Dios, prometiéndome vivir cuanto yo quisiese. Conocí mi miseria, y encomendándome á Dios salí, y envistiéndome á la cara me espaventó (1) de nuevo; pero dime tanta prisa que al fin á sombrerazos le maté, levantándose muchas veces contra mí, y yo dándole con el sombrero. Contemplé este animal con mucho espacio, y cierto hasta hoy no he visto otro semejante y de tan abominables miembros, colores lucientes y cárdenos, y á trechos oscuros como pez; tenia boca, cuernos y pico extraño, piés con uñas y tan gran cuerpo como un huevo de paloma. Fuime luego con este pensamiento al doctor Sarmiento, valentísimo fisonómico, astrólogo y filósofo de grande opinion, amigo y vecino, y halléle de tan buen humor, cosa insólita suya, que viendo el horrible animal hizo reflexion en el caso, estudiándole, y contra su sólito taciturno, riendo, me dijo muchas cosas de mi vida pasada certísimas, y que aquel moscon era mi mala fortuna, la cual muchas veces levantaria contra mí á pique de matarme, y que su muerte significaba que en mi vejez la superaria y moriria rico, porque es rico el que se contenta de su estado, y yo me contentaria con el mio. La pi-

(1) Verbo formado del italiano *spaventare*.

cada que me dió al salir de la puerta era una fatal desgracia que me sucederia dentro de pocas horas, en la cual pasaria muchos é infinitos peligros, trabajos y angustias, y que escaparia con gran daño, y que esto se remediaria con partirme de allí luego. Díjome que haria grandes peregrinaciones y en ellas sería tenido ya por príncipe, ya por hombre ordinario, pero nunca por hombre vil; tendria oficios eminentes en la guerra, y que por fidelidad perderia mi fortuna yo mismo; que sería muy estimado de príncipes con envidia de muchos; pero que unos morirían y de otros me ausentaria; que en las partes septentrionales tendria mis mayores fortunas, y que moriria en el estado que menos pensaba, y sobre todo que me partiese al punto agradecido. Temí y dudé; previne con mas aceleracion mi partida, pero el hombre propone y Dios dispone.

Este es el segundo descanso de tan acelerada vida, inquieta, fatigosa y desperdiciada; reposemos, pluma, para empezar en mas vivo fervor mayores calamidades y peligros, tanto mas sentidos cuanto de edad de mayor sentimiento; con que doy fin á esta segunda parte de mis *Comentarios.*

PARTE TERCERA.

1611—13.

No dí (en todo) crédito á las palabras del doctor, porque hasta hoy tengo por gran pecado y cobardía darse á los agüeros; pero como al delincuente, aunque le sobre valor, su sombra le espanta, cuanto y mas la de la justicia, como al pecador su mismo pecado, discurrí un poco y hallé que, como antes advertí, podia ser aviso de Dios para humillar mi soberbia. Hallábame lleno de vicios,

muertes, heridas, amancebamientos, trayendo mugeres de lugar en lugar, por quien sucedian los mas de estos casos, que no he referido por ser muchos, largos y poco honestos; pero siempre en medio dellos con luz de Dios y deseo de enmienda. Resolvíme en suma á partirme por la mañana á Granada, no creyendo ser tan preciso el término fatal de mi desgracia. Despedime aquella noche de Don Fernando, que ya estaba despedido de los demas, y queriéndome acostar llegaron algunos caballeros que me habian de acompañar por la mañana en la salida, y pudieron tanto sus ruegos que me sacaron de casa, aunque con poco gusto mio. Acabóse la cena, de cuyos efectos quedaron valientes los humores y los cascos bien calientes; salimos á pasear, y no se topó cuadrilla aquella noche á quien no acuchillamos, hasta á un clérigo que topamos con espada y broquel. Fuime á reposar con los demas tres horas antes del dia, y con mi espada y broquel me eché sobre una cama con extraña melancolía, pesándome de lo que habia hecho aquella noche. Era al alba del dia, y dia de la aparicion de San Miguel Arcángel, á quien parece cometia Dios su justicia cansado de mi mala vida. Despedime de aquellos caballeros y fuímonos á vestir, ellos para acompañarme, y yo para partirme. Salí de esta casa, que es de Don Luis de Haro, caballero de mucha calidad, y por sus partes y valentía respetado y aun temido en aquella ciudad. Habia llegado aquella noche la requisitoria de Toledo al Corregidor para prenderme, que á la sazan era Don Luis Godinez de Guzman, el cual no me era muy aficionado, porque sospechaba que lo estaba de mí su muger, dama muy hermosa, discreta y que no le pesaba ser festejada de mí.

Mandó al punto se ejecutase la órden y que me buscasen; que lo hicieron toda la noche, hasta que supieron que estaba en la referida casa de Don Luis, la cual res-

petando me cogieron la plaza que junto á la casa está, dividiéndose á trozos por los soportales mas de cincuenta personas, como si la mia valiese mas que por una. Por si escapaba, siendo la plaza grande y de muchas calles, tomaron las bocas calles de todas. Salí en hora infelice arrebozado; pero apenas entré en la plaza, cuando viendo tan á deshora tanta gente que iba saliendo de las esquinas de las calles, me dió un terrible susto, y el corazon me anunció el futuro daño; con que caminé á San Francisco, iglesia que está en la plaza, y volviendo la cabeza, ví que venian así como con un susurro de boca y estrépito de piés todo sordo toda aquella gente, y en viéndome volver empezaron á correr á toda furia. Solté la capa, viendo salir de través otros, y arrancando espada y broquel, corrí hácia dicha iglesia, y hallándome ya en medio, encomendé á las manos lo que habia encomendado á los piés; y como los corchetes no van á matar ni á ser muertos, no queriendo mas que prenderme, no jugaban las manos como yo que me iba el resto de la vida, y peleaba desesperadamente y por muerto. Venia por cabo de esta justicia el alguacil mayor, llamado Cabeza de Vaca, por mal nombre, Vaca loca, el cual decia: «mátenle ó préndanle;» y yo respondia: «pues todo es uno, defenderéme y venderé bien mi vida.» Díme tan buena maña, que me escapé á la iglesia, y ellos siguiéndome, y las ventanas de la plaza llenas de gente medio desnuda. Salieron aquellos caballeros á ayudarme al tiempo que yo corria para entrar en la iglesia, de la cual saliendo una cuadrilla, vine á encontrar con ella, porque volví la cara para ver si me seguian, y dí de hocicos, cogiéndome en medio los unos y los otros, adonde me defendia ya con la punta, ya con el pomo, de manera que mordiendo y coceando no me podian acabar de quitar la espada; siendo tantos, que unos por otros me soltaban ya de una parte y ya de otra.

Torciéronme las manos de manera, que rotas solté la espada, no con poco daño de los que me tenian, que hubo mas de cuatro descalabrados. Venian estos caballeros con espadas y broqueles, como anduvimos la noche antes, diciendo: «ladrones, soltad á este caballero, que no es ningun pícaro para llevarlo de esa manera;» pero con la misma prisa venia el Corregidor diciendo: «vuestras mercedes obedezcan esta cédula de Su Magestad so pena de ser traidores á su Real corona y confiscados sus bienes;» voz á la cual aquellos caballeros se aquietaron, y pidieron al Corregidor me levantasen del suelo y me llevasen preso como á caballero á una torre. Concedióla, y llevándome en medio de dicho Corregidor y alguacil mayor y los caballeros que por mí dieron la palabra, no pude ni debia tomar iglesia por no faltar á lo que prometí.

Pusiéronme en la torre de la puerta de Palma, en un aposento oscurísimo, con dos cadenas, esposas y tres pares de grillos, y una guardia alrededor de la torre, por miedo no me sacasen de ella; de modo que, como he referido, fué mi desdichada y larga prision á los ocho de Mayo, año de mil seiscientos y once, y de mi edad veintidos años. Hizo extraño sentimiento Don Fernando, como huésped suyo que yo era, y con muchos caballeros probaron á sacarme; pero la astucia del Corregidor fué tanta y su vigilancia, que no fué posible, dándole grande culpa toda la ciudad de mi prision, por lo que tuvo grandes disgustos con su muger. Lastimó mucho mi prision á toda la ciudad, y en particular á algunas damas que, compadecidas de mi cercana muerte y mocedad, alcanzaron licencia para verme, aunque con mucho resguardo. Pasamos lastimosos coloquios, culpándome de cruel; finalmente, el undécimo dia de Junio, habiendo llegado gran gente de Toledo, me sacaron de Ecija, con las mesmas cadenas y grillos y esposas, despoblándose la ciudad para verme con tantos gritos y

llanto, que me causaba lástima á mí con ser yo el que lo padecia. Dejaron tanto rumor los cien hombres que vinieron de Toledo para prenderme, que en los lugares por donde habia de pasar me esperaban por horas, como si hubiese de venir algun mónstruo. Llegamos á Córdoba, y hallamos ocupadas las calles de manera que no se podia pasar, porque caballeros, damas, réligiones enteras y plebe tenian cubiertas las calles; hiciéronme pasar cerca de la Iglesia Mayor á pedimento de muchas damas y caballeros de los Córdobas y Figueroas y Galindos, pidiendome descubriese la cara, que iba arrebozado, y rogómelo el cabo de la justicia que iba conmigo, y yo con mucho desenfado con los codos arrojé la capa diciendo: «corramos la cortina á este retablo de desdichas; será lástima á estas damas y ejemplo á estos caballeros.» No fué descubierta esta mia, sino espectáculo, pues cayendo el ferreruelo se descubrieron sobre tres pares de grillos dos cadenas revueltas á los hombros y cuerpo. Llevaba esposas en las manos; vestia un vestido de raso acuchillado sobre tafetan y guarnecido de plata, que con él me prendieron, y me le habia hecho para ir á Granada; mis cabellos eran largos y crespos sobre una valona bordada; apuntábame el bozo, porque me salió tarde. Causé tanta lástima, que descubrirme y alzar un grito la gente fué todo uno, haciendo que damas y aun caballeros vertieran algunas lágrimas. Lleváronme á una hostería, y públicamente, delante de infinita gente comí, y como la imaginacion labraba y no atendia á lo que comia, y menos á quien me miraba, me comí una perdiz y dos conejos hasta romper los huesos, sin saber lo que me hacia, con tanta destreza cortadas y con tanto desenfado comidas, que muchos caballeros que allí se hallaron, viéndome comer y no mirar á ninguno, dijeron: «un príncipe de España no puede comer con mayor grandeza y despejo;» y no advertian

que aquello era un divertimiento de la memoria, si bien nunca hice acciones de afligido ni pusilánime, sino de divertido y abstracto, siendo incrédulo á lo que veia, y pareciéndome sueño. Comí; pusiéronme las esposas, y por medio de la gente me sacaron luego de la ciudad, temiendo alguna rebelion. Largo sería de contar lo sucedido en Ciudad-Real y otras partes: baste decir que caminamos reforzando las guardias á mi costa en cada lugar, por el temor que se tenia no me quitasen mis hermanos y deudos, y á dos leguas de Toledo salió el Corregidor con toda la justicia á recibirme, por la sospecha que tenia. En fin, «al cabo de los años mil, vuelven las aguas por do solian ir.»

Volvamos á Toledo á padecer lo que pecamos. Entré en Toledo á los diez y siete de Junio, víspera de la octava del *Corpus Christi*. No es cosa creible el pópulo que para mi infeliz entrada se juntó; el rumor, el llanto y las tentativas que se hicieron para librarme, aunque sin fruto, porque depositaron á mis padres, hermanos y parientes en torres y casas, con grandes fianzas. Llegué atravesando las plazas todas á la casa del Corregidor Don Francisco Villaziz, caballero del hábito de Santiago y sevillano (1), casado con una sobrina del cardenal de Toledo, mozo valiente, arrogante y riguroso; y entré con tanta dificultad, que á palos quitaban la gente. Metiéronme en su casa en una torre, y me tuvieron sin comer hasta el

(1) Dos veces hallamos el nombre de este caballero citado en las *Relaciones* de Cabrera, páginas 180 y 508. Era hijo de Don Pedro de Villacis ó Villaziz (de ambas maneras hallamos escrito este apellido) y estuvo en efecto casado con Doña María de Sandoval Enriquez, sobrina del cardenal Sandoval, arzobispo de Toledo. Era por estos tiempos corregidor de dicha ciudad, habiéndolo sido antes de Segovia, y siéndolo mas tarde de esta villa y corte. Véase á Lopez de Haro. *Nobiliario genealógico*, tomo 2.°, página 163.

*

otro dia; y por crueldad no vista diré, que la madre del muerto, el dia que llegué, siendo viuda y habiendo tenido siempre la casa colgada de luto, aquel dia se le quitó ella, y colgó la casa de damascos, é hizo un convite á sus parientes; cosa indigna no solo de su nobleza, pero aun de cristiana; diciendo que ya habian tenido fin sus penas y cumplimiento sus deseos, pues se veia vengada, con que para ella tenia por resucitado á su marido y á su hijo.

Pasaba yo en tanto la penosa noche lleno de imaginaciones y discursos, quedándome á veces adormido, y despertando con mil varios y pesados sueños, llenos de horror. Por la mañana (octava del *Corpus Christi*), á los diez y ocho de Junio de mil seiscientos once, á las diez horas del dia, ví entrar á Pedro de Soria, verdugo de la ciudad, con grandes aparejos para el tormento, de crudelísima vista, y más los efectos, y tras él el Corregidor con calza entera, capa y gorra con martinetes, lleno de joyas de diamantes, que así habia de ir á la fiesta á la Iglesia Mayor. Venia con él el alcaide mayor, abogados, fiscal, escribano y procuradores en pro y en contra. Hablóme con voz amorosa el Corregidor, diciéndome que fuese bien venido, y al verdugo: «quita, quita, que los caballeros de calidad, como el señor Don Diego, no dan lugar á que verdugos vean sus carnes, ni niegan la verdad aunque les cueste la vida.» Empezáronme á tomar la confesion, y al leerme el interrogatorio, decia el Corregidor: «esto ya es probado; pasa adelante; solo queremos saber los cómplices de la muerte de Don Juan.» Salió todo en la negra colada; la muerte del mozo de espuelas (1), la de Doña Isabel, la de Don Juan, la del ladron de Antequera, las heridas del Pardillo, sacrilegio de las estocadas de Pera-

(1) De este suceso nada ha dicho el autor.

fan en la iglesia, desafios de la Andalucía, otras muchas heridas dadas de noche, cuestiones, amancebamientos, y todo lo demas que me habia pasado en el discurso de mi vida; hasta las puñaladas del pobre jesuita y pedradas á las puertas del estudio, como si el demonio mismo lo leyera el dia del juicio en el tribunal de la justicia: tan puntual era escrito. Hice mi discurso, y resolví, que habiendo de cortarme la cabeza por cualquier cosa que confesase, mejor era negarlo todo, y pues no me daban tormento, era señal ponian mi vida en mi lengua; pero yo me engañaba, que no creian sino que confesado lo primero, lo demas diria con facilidad, y dicho, me darian por incorregible por tal vida, por la cual infamia perderia la nobleza, y sin ella querian ahorcarme (¡qué ignorancia!); que para esto estaba bien sobornado de la madre, la cual gastó en su venganza y mi daño millares de ducados. No me concedió el Corregidor tener letrado ni procurador (¡qué injusticia!); los cuales, porque alegaban no ser válida mi confesion, oyeron muy malas palabras, y así apelando del tormento contra justicia por mi nobleza se salieron, quedando los jueces, fiscal y verdugo, y el escribano. No refiero las muchas preguntas por no alargar; solo refiero que á todas dije no saber nada de lo que se me preguntaba, y cansado de oirles dije: «ya me canso de hablar; vamos á la conclusion.» Díjome el Corregidor: «la conclusion será que os haré pedazos, ó me direis la verdad.» Oíme tratar de vos y respondí con extraña cólera: «vos sois el *vos*, y haceis contra Dios y justicia en darme este tormento contra las leyes del reino, pues á hombres como yo no se da tormento si no es por crimen *lesæ Majestatis*, ó facineroso.»—«Eso postrero, replicó, quiero probaros y que vos lo confeseis, para probado, ahorcaros; ¡desvergonzado! ¿á mí me tratais de vos?»—«Vos mentís, dije yo, y sois el desvergonzado y

facineroso, y reventareis primero que confiese, y no es mucho que persigais á caballeros, pues descendeis de quien persiguió á Cristo, y ese hábito que traeis de Santiago mas es en vos remiendo que honra, y si tuviera las manos libres, os hiciera pedazos con ellas.» Airóse el Corregidor extrañamente, que, como dije, era mozo sevillano y valiente, y anduvo tan desatentado, que quiso sacar la espada. Rióse mucho en el consejo esta accion del Corregidor para mí; ¡qué desalumbramiento de juez é impertinencia de reo! ¡irritar á quien debia amansar! Yo estaba tan cargado de yerro, que solo la lengua tenia libre, y dolíame de ella. Tienen los atormentados esta licencia, y hacen mal, pues causan ira á los jueces, en cuya mano está la venganza. Riéronse mucho de esta accion del Corregidor en el consejo, y de que no dejándole sacar la espada me dió en el pecho con la punta de la vara, y mandó me desnudasen: que yo quisiera ser muerto, por no verme desnudar de aquellas súcias y carniceras manos, enseñando mis carnes, cosa en que he sido toda mi vida tan honesto, que aun de las mugeres me he avergonzado.

Este fué mi mayor tormento. Aquí tomé mi última resolucion de morir allí considerando cinco cosas: la primera cuánta infamia sería condenarme por mi mesma boca confesando mi delito por miedo, cuando me podia salvar callando; la segunda que además de que mi muerte sería cierta, cuánta opinion perdia de la que con tanto valor habia ganado con mi espada, y cuán borrados quedaban mis sucesos, y yo cuán despreciado de mis amigos. La tercera qué dolor y angustia sentiria cuando despues de haberme hecho las exequias en vida las parroquias y religiones, los niños que llaman de la doctrina, que son los últimos, cantan la letanía diciendo un *ora pro eo* tan muerto y melancólico que da terror, y luego un *requiem*

æternam estando yo bueno, vivo y sano. La cuarta el desentonado pregon y lastimosa mal acorde voz con que saliendo de la cárcel se empieza á publicar el delito, poniendo por *gloria patri* de este salmo un «quien tal hace, que tal pague.» La quinta y última y mas tremenda cuando el inhumano y feroz verdugo quita la valona, venda los ojos, abaja el cuello, y á la presencia del numeroso pueblo que entre susurro suspenso aguarda lo que no quisiera ver, al fin diciendo un *credo* lastimero con un «perdone á su hermano, que soy mandado,» deja caer aquel cruel cuchillo con que separa la cabeza del cuerpo muerto que palpitando empieza á pronunciar el postrer Jesus salido del pecho y lo acaba dando saltos en medio del cadalso balbuciente y no pronunciado, separándose con la truncada cabeza el alma del cuerpo.

Tal fué mi resolucion, que volviendo en mí dije: «ea, Corregidor, vos á atormentarme y yo á sufrir, veamos cuál tiene mas valor.» Mandó que me diesen la mancuerda, que es un tormento en esta forma. Desnudo de la cinta arriba me pusieron en una reja, que sería tres palmos mas alta que un hombre, y atáronme los piés cuatro palmos casi separados, cada uno á su verja, y tres palmos altos del suelo. Pusiéronme tres vueltas de cuerda al pecho con la reja que en ella me sustentaba, y en las de los piés atáronme los dos brazos con una cuerda delgada, como la tercera parte del dedo meñique, poniéndome los piés uno sobre otro; la mano derecha sobre el codo izquierdo, y la muñeca de la izquierda sobre la sangría de la derecha, y despues dicha cuerda con un nudo escorredizo, que así comunmente se llama, y me dieron nueve vueltas revolviéndose el verdugo la cuerda sobre un grueso coleto, tirando con las dos manos, poniendo el pié sobre mis brazos, y dejándose caer hasta el suelo, de adonde tiraba afirmando el pié dos veces, dejándome así por tres

credos mientras me hacian nuevas preguntas, y hechas mandaban los jueces me apretasen de nuevo. Iba la sangre de mis brazos por las cuerdas abajo hasta bañar manos y cuerpo del verdugo, que harto que hacer tenia en limpiar las cuerdas; venían me unos desmayos llenos de un sudor frio mortales, y despues un calor casi angustioso y una sed insufrible; pero en mi imaginacion podian mas las cinco cosas apuntadas que todos estos dolores y tormentos. Duró este suplicio una hora, y desligándome pecho y piés, con los brazos ligados me pusieron en el potro, el cual es como una escalera de palo, los escalones á cuatro esquinas, y la una vuelta hácia arriba para que hiera en las espaldas, está sobre cuatro piés de lleno, gruesos á modo de unas parrillas; la parte de los piés es ancha cuatro palmos, para que cada pierna pueda ser atormentada de por sí; despues viene estrechándose hácia la cabeza, para la cual está un encaje como medio morrion ó casquete, adonde el paciente se pone, y se cierra por de fuera con un aldabon de hierro de un dedo de ancho que ciñendo la frente deja la cabeza inmóvil. Así ligados los brazos me tendieron en dicho potro, que yo me contentara con domar el mas feroz del mundo y no subir en aquel. Para igualarlos con los bordes de aquel maldito animal, me ligaron el uno, y tirando del otro para que llegasen las ligaduras de la mancuerda me despedazaron la carne de los brazos. Fué tan extremo aquel incomparable dolor, que por un cuarto de hora quedé sin sentido, de manera que me dieron cuatro vueltas en las espinillas y cuatro en los muslos, y yo no lo sentí ni habia vuelto en mí. Torné por fin en mi acuerdo diciendo: ¡Jesus María! Entretúvose el tormento hasta la media hora por miedo de que no muriese, y viendo que estaba con sentimiento volvieron á hacerme preguntas, jurándome el Corregidor favorecer mi justicia si confesaba, con

todo que tenia ya probadas mis causas, que no queria mas de saber los cómplices. Yo me determiné de morir allí, teniéndome ya por inútil y estropeado, no respondiendo mas de «señores, lo dicho dicho, y Jesus sea conmigo.» Tornáronme á apretar las ocho vueltas de piernas y muslos, y á darme otras cuatro en los lagartos de los brazos, con que acabó la segunda hora.

La tercera empezó en esta forma: trayendo un terrible brasero con dos palas de hierro ardiendo dentro, de las cuales salian llamas, y cuatro ladrillos en la mesma forma; cuatro garrotillos que llaman quebrantahuesos, y un toro que llaman el bostezo; una toca delgadísima y larga; unas bolas y tantas cuerdas é invenciones que atemorizarian al mesmo infierno. Volviéronme á hacer preguntas diciéndome el Corregidor que yo era un desesperado y que habian de llevar mi ánima los demonios, pues pudiendo morir confesado y comulgado queria morir rabiando, y que mirase aquellos instrumentos, que todos habian de hacer su oficio: las palas ardiendo para las plantas de los piés; los ladrillos para el vientre y asentaderas; los garrotillos para quebrantar los huesos; el hierro que llaman bostezo para abrirme la boca y ponerme dentro aquella toca con agua, la cual una vez dentro sacaba en tirándola los entestinos á pedazos, y que tuviese compasion de mí mesmo, y díjome en suma: ¿qué respondeis? Yo dije: «lo que digo es que no hay carne para tantos gatos; acaba esta poca vida que me falta, que ya estoy cansado de vivir.»

Entonces mandó con una furia infernal traer el brasero, enojado de mi respuesta, y dijo mandándomelo poner muy cerca: «¿qué direis cuando os abrase el rigor de este fuego?» Yo respondí: «diré cuando sea abrasado de este lado ¡tiranos! *versa et manduca.*» Arrebatóse tan fieramente de cólera que me mandó poner el fuego; pero el

alcaide mayor le dijo: «señor Don Francisco, mire que el delito no lo permite, ni yo me quiero hallar delante.» Mandó entonces me diesen el agua, y así trujeron un vaso de cobre como de un cuartillo, ó calderilla, y abajo un pequeño agujero muy sutil. Pusiéronme el hierro llamado bostezo, que es como tenaza de forja que apretando por el cabo cierra el pestillo y abre dos hierros que hacen tener la boca abierta con extraña fuerza; pasa luego aquella agua derecha al galillo, de manera que es necesario pasarla, y como el cuerpo está tan sudado queda resfriado y casi muerto, y para acomodarse á no pasarla es necesario gran industria, y con tal fatiga y tormento, que no hay su igual, porque la aldaba de la frente no deja mover la cabeza, el bostezo no deja cerrar la boca, de modo que es una angustia mortal tan congojosa é insufrible que es imposible decirla. No me pusieron la toca porque no quiso el alcaide mayor, y desatándome y quitándome el bostezo y aldaba de la frente, dijo el Corregidor: «yo te pongo en tu libertad; confiesa ó darete el último tormento que será fin de tu vida.» Yo sentado en el potro, ligados los sangrientos brazos, dije: «yo confesaré, pues tengo de morir así como así, estando echado sobre los brazos del verdugo. Fué tal la alegría del Corregidor, que mandó que me diesen una taza de vino de San Martin con dos grandes bizcochos, por las sucias y carniceras manos de aquel que me habia atormentado. Despues cobrando grandemente ánimo y aliento, dije: «pues no hay clérigo, confiésome á Dios todopoderoso, y dije la confesion de la misa y al último hice una devota oracion á Nuestra Señora del Cármen pidiéndola me ayudase en aquel tránsito.

Quedó el Corregidor tan corrido y burlado, cuanto perdido de risa el Alcalde mayor, y mandó darme el tormento de la trampa, *tamquam cadaver*, para el cual se

meten los piés hasta los muslos por los escalones del potro, y atando á los dedos de los piés pulgares dos cuerdas, las pone en los hombros el verdugo, y tirando saca los dedos por entre los dos escalones postreros; de manera que para salir, los escalones que hay de los piés á los muslos rompen las rodillas y espinillas: tormento de tormentos y dolor de dolores, insufrible pena y martirio. Empezaron á dármele, pero habiéndome entretenido casi media hora, quiso Dios que en el comer, beber y acomodarme pasó la otra media, y estando contrastando el Alcaide mayor con el Corregidor sobre que no se me podia dar y que no iba por su cuenta, antes le sería pedido en residencia, dió el relox, con que entraron los médicos, abogados y procuradores, diciendo que pedian justicia á Dios, á su Magestad y á su Consejo de tal injusticia y agravio, y que protestaban pedírselo en residencia, pues era costumbre dar las tres horas en tres veces y en tres dias diferentes. Yo en tanto mas muerto que vivo decia: «¡tirano, judío! ante Dios te llamo si muero, que si vivo, no me ha de quedar vivo hombre de tu linaje.» Fueron tantas las leyes que se le citaron, acusaciones y amenazas que se le hicieron, que hallándose confuso y no sabiendo qué responder dijo: «sabe Dios que mi intento no era hacer injusticia; pasado se lo tendrá; él ha procedido como buen caballero; yo le favoreceré en lo que pudiere.» Salióse fuera y fuese á la Iglesia Mayor á la fiesta de la octava, hallando tanta gente en la plaza que no habia por donde pasar, y por caer la reja del tormento á aquella parte se oian las voces, las cuales causaron grande lástima y llanto, de modo que cuando salió le echaron mil maldiciones, y él mandó á muchos aguaciles echasen la gente á palos.

Volvamos á mí, que el verdugo me desataba, arrancándome con las cuerdas las carnes; y porque no quedase tullido, me estiró los brazos y piernas con unto de

hombre, víbora y sebo. Este fué un nuevo, terrible y lastimoso tormento mas que el pasado. Dejó mandado el Corregidor me llevasen á la cárcel real, la cual es casa de toda Castilla, Leon, Vizcaya y Astúrias, adonde traen los forzados que han de ir á galeras, juntos y encadenados, cada año dos veces; y es ordinaria cosa haber en ella mil presos y mas. Estos se alojan alrededor del patio, en calabozos subterráneos y oscuros; pero arriba en los corredores hay aposentos para caballeros que están por delitos de muerte. Apenas hube llegado á la cárcel, que está pared en medio de casa del Corregidor, cuando entrando dentro della todos los presos, llegaron á preguntar al verdugo si era mártir ó confesor, á lo que él respondió: ¿no le veis muerto? y sin poder repararlo los que me traian, me arrebataron, y poniéndome en peso en sus brazos, me trujeron por toda la cárcel, cantando ¡viva el vencedor que quiso ser mártir y no confesor! que no poco fué en acrecentamiento de mi martirio los dolores que me causaron. Lleváronme á mi aposento, diciéndome: «Por ser Vmd. tan valiente y liberal caballero, le traemos á su aposento, que los otros van á la taberna.» Entendí el concepto, y haciendo me sacasen dos doblones de la faltriquera se los hice dar, y les hubiera dado cuatro, porque no me hubieran llevado. Aquí fué la fiesta, el vítor y el repetir la cancion con tan desentonadas voces, que mas era ginebra que música. Tal les dé Dios como á mí me sonaba. En fin, aquel dia quedé desta manera, y entre rendimiento de sueño, dolores excesivos, sed y fatiga pasé la infelice noche. Por la mañana vino el señor verdugo á curarme (tal sea su venida como su cara me pareció), y empezando el nuevo y mas doloroso tormento que imaginacion puede formar, empezó á tirarme todos los miembros del cuerpo, que ya encogidos los nervios de los dolores tenia contrechos, encogidos é hin-

chados. Aseguro que me tiembla la pluma y aun el corazon de escribirlo y memorarlo, porque fué un dolor sobre todos los dolores, pues si los pasados se sufrian con el temor de la muerte, este era limpio, sin mas consuelo que la esperanza de no quedar estropeado. Prometióme el verdugo que si no me ponia en manos de cirujanos me daria sano, sin lision alguna, y yo le prometí, si lo hacia, doscientos escudos de oro. Salió con su empresa; yo le cumplí lo prometido, y por si acaso, lo que Dios no permita sucediere á alguno, pongo aquí su receta para poder curarse. Grasa de hombre, unto de culebra, de oso, de leon, de víbora, de ranas por partes iguales, deshecho todo á fuego lento con aceite de almendras dulces, de pericon, de manzanilla, rosado y bálsamo de Oriente.

Visitáronme todos los caballeros amigos y parientes de la ciudad; alargaron á mis padres y hermanos la prision en que les pusieron cuando yo entré en Toledo; y viniendo todos á verme, quedamos inmóviles de lengua, viendo ellos en mí un fratricida de su hija, y un matador hijo (que por tal me tenian) casi muerto á manos de una crueldad de un tormento, formando juntos un espectáculo á los observadores. Pero rompiendo yo el silencio, dije: «Hermanos, venid á matarme; poco hay que hacer.» Aquí fué el arrojarse sobre mí mis hermanas, hermanos y mi madre con tan estrecho llanto que rompian las piedras, cuanto mas los corazones de los presentes; solo mi suegro y viejo padre, que con un semblante intrépido me miraba y mostraba sus acciones el efecto de su sentimiento. Pasamos algunos coloquios, y tratóse del remedio que podia haber. Salió con aquel sentimiento mi padre, y fué al Corregidor, mostrando el que tenia de tan injusto tormento, habiéndome él perdonado, pues como marido y hermano debia haber restaurado mi honor, y como hijo suyo escálaba su casa.

Hallábase el Corregidor confuso, porque en la junta hecha por los mayores letrados de Toledo le dijeron y mostraron ser contra las leyes. Procuró, pues, aplacar á mi padre, ofreciendo que me ayudaria; admitió mis defensiones; dió largas al pleito, dando términos, anulando indicios. Dábase tan buena maña la parte contraria, que no habia juez que no tuviese adornada su casa con sus colgaduras y cuadros, y metiese las manos en sus bolsillos. No nos dábamos nosotros menos maña, pues para la contramina bien era menester abundancia de pólvora.

Pasó en esto un año, en el cual comí por mano ajena, sin poder vestirme, y levantado á los treinta de Julio de mil seiscientos doce, y de mi edad veinte y tres, dí en acordarme en la voluntad de Dios y encomendarme muy de veras á él, porque me desengañaron de que mi sentencia de muerte sería confirmada en solicitándola. Yo decia á mis letrados que habia de dar seis mil ducados porque quemasen y rompiesen el proceso; pero no se pudo, porque los espías eran dobles. Yo en tanto pasaba casi todo el dia en oracion, y parte de la noche con crueles disciplinas, añadiendo traspasos de ayunos, pues desde la cena del domingo pasaba sin comer bocado hasta el miércoles despues de la comunion, y desde el jueves en la noche hasta el domingo despues de comulgado, con mortificaciones extrañas, poniéndome en un saco á una puerta pequeña, por donde entran los galeotes y pobres á tomar la lismona de la comida, siendo fuerza, por ir con grillos, el haberme de poner los piés sobre el pecho ó vientre, conformándome tanto con la voluntad de Dios, que si mi sentencia se diera la pasara por su amor con mucha paciencia. Pero el demonio, que jamás cesa de industriarse á que se pierda lo ganado para precipitar las almas, trazó que viniese preso Don Rodrigo de Velasco, el amigo de cuya casa salí la noche de las

dos muertes; y estando con mi rosario en la mano, de brazos sobre el corredor, ví que aquellos galeotes sobre el pedille lo que ellos llaman la patente ó entrada de la cárcel, en un punto le maltrataron, deshaciándole el cuello de lechuguilla, y poniéndole la mano casi en la cara; y así mesmo á Don Juan Manrique de Lara, condiscípulo mio en los estudios, que entraron juntos. Bajé abajo, movido de la cólera, sin reparar en la vida penitente que á la sazon hacia, y asiendo á los dos de los brazos, los saqué fuera dellos, diciendo: «No se trata así á caballeros.» Callaron todos obligados de que siempre les daba para beber y les hacia llevar lo que quedaba de mi comida, quitarles del cepo, perdonar palos, porque el Alcaide, á quien yo tenia obligado con muchos regalos, lo hacia por mí. Solo un bellaco jifero ó carnicero recien venido, llamado Miguel de Rivas, respondió de manera que desatinado de cólera alcé el ramal de la cadena y le hice tres heridas en la cabeza, sin quedarme hombre de ellos en el patio á cadenazos, no obstante que entró el Alcaide y guardias, y aun no me podian tener. Conjurábase esta gente contra mí, y yo por no morir desprevenido volví el rosario en daga, aunque sin guarnicion, y la disciplina en pomos de espada para tirar, como tambien el silicio en un jubon ojeteado, bajando al patio á hacerles mil befas por darles ocasion. Y tanto pudo mi dinero que recabé con el Alcaide me quitase la cadena y tres pares de grillos que traia, no obstante lo cual apostéme con todo este hierro á bajar y subir las escaleras, y corria, bailaba y danzaba como si no las tuviera. Pusiéronme un grillo pequeño en un pié, que con un cordel de seda sustentaba á la pretina, con la cual libertad la tomé de darme buena vida, conversaciones de amigos, y aun de damas, músicas, meriendas y versos, haciendo la comedia de la *Ventura en las desdichas* de mi

mesma historia, aunque disfrazada que no saldrá á luz, y el *Villano General* (1), que se representó con mucho aplauso, y empecé á proseguir el discurso de mi vida en pasado de mis padres. En esto pasaba la mia, esperando que á algun hijo de vecino le pidiesen la patente, para pagarme bien del dinero gastado en acomodar la causa de las heridas del valiente carnicero.

Andábamos cada dia á puñaladas, porque los hijos de vecino, hallando amparo en mí, se atrevian á todos, y yo con ellos, siendo, aunque pocos, buenos. Tenia buena mi partida; al Alcaide no se le daba mucho, pues sucediende algo ponia cepos, cadenas, esposas, salto de trucha, y metia en mazmorras, penas que se dan á los inquietos, para salir de los cuales es necesario dar uno ó dos escudos cada uno; ganancia que á él le estaba muy bien. Y como yo era tan diestro en estas armas cortas, que con capa y terciado poco se me daba de los que reñian conmigo, consistiendo en el apechugar con brevedad, y la destreza de entrar y salir bien. Estas cuestiones, que fueron muchas, y con los hombres de mayor fama que en aquellos tiempos vinieron, me ensoberbecí de manera que vine á ser insufrible, y no se me decia una palabra que no se volviese en duelo, desafiando luego á cualquiera al campo de verdad, que así llaman ellos á un corralillo adonde están las letrinas, que tiene la entrada estrecha y larga, de modo que, si era uno le llevaba á la placeta, y si eran mas tomaba la boca de la entrada, adonde no me podian venir por las espaldas. Hubo muchas heridas, palos, platazos, pedradas y porrazos de espadas, ahogándolo todo el dinero, sin que los jueces supiesen nada; pero no costaba pocos disgustos á mi po-

(1) Hay contradiccion, pues esta comedia la cita ya como compuesta en el año de 1608, estando en Madrid. Véase la página 28.

bre y afligida madre, é inquietudes de mi padre, cuyos consejos me aprovechaban poco, durando esto hasta que un dia trayendo preso á un hijo de vecino, espadero de mi casa, viéndole quitar la capa por la patente, bajé al patio, y por defenderle con una media espada sin guarnicion, alcancé á mi estafador Miguel de Rivas, que era á quien yo buscaba, cortándole todo un carrillo y dando harta priesa á los demas, poniéndose al punto á mi lado los hijos de vecino, y bajando de arriba los que en la cárcel se hallaban, como tambien de los contrarios, saliendo de los calabozos; á quien dimos tanta priesa que ellos huyendo y sus compañeros saliendo de los calabozos vinieron á encontrarse, y pareció mayor nuestra hazaña, siendo muchos menos en cantidad que ellos, aunque fué acaso. Trabóse la guerrilla civil, y las sangres estaban tan bañadas, que cada uno peleaba como si fuera con turcos, aunque ellos acobardados de la caida, de la cual no pocos salieron descalabrados. Parescia un infierno la cárcel en el rumor de los grillos, cadenas, voces, confusion, platazos y golpes de morteros y ollas. No bastó entrar el Alcaide, teniente, porteros, veinte y cuatro guardas y centinelas para que apaciguáramos, porque habia tanta gente que en el patio no cabiamos. Aquel espadero, por quien sucedió el caso, subió arriba y se buscó un terciado con el cual bajó, y es de notar que cuando él subió los enemigos estaban de espaldas á la puerta por donde él salió, y se hacia su cuenta que bajando los toparia de espaldas, y derribaria dos ó tres dellos que no se juzgaba para menos. Pero engañó-se, que nosotros nos habiamos retirado, y ganando el puesto, cuando él bajó estábamos las espaldas á la puerta, y los contrarios delante, y él inadvertido de este caso, dió á uno que junto á mí estaba una puñalada, que le pasó de parte á parte, derribándole en el suelo. Habia en la tal pendencia medias espadas, dagas

desguarnecidas, terciados, asadores, husos y hasta palos, tostada la punta, que ellos llaman *tostones*. Era la hora de la audiencia del martes, que la hace el Corregidor y demas justicias, que la llaman audiencia pública, y se hace en la sala real en dicha cárcel, por cuya reja, que de dos estados se ve toda ella; y adonde se asomaron los aguaciles, que avisando al Corregidor vino á ella con todos los jueces, los cuales con su autoridad no pudieron quitarnos, ni los aguaciles con ser muchos se atrevieron á entrar sin sus perros, los cuales pusieron en paz la pendencia con buenos bocados, aunque les fueron quitadas las espadas á algunos aguaciles y muértoles tres famosos perros, y pudo haber sido causa de mayor daño.

Bajó el Corregidor, y en conjunto no se hallaba quien lo habia hecho, hallándose las armas en el suelo y los rosarios en las manos; los heridos heridos y todos mudos, porque esta gente tiene por infamia jurar contra nadie sino vengarse y callar. Cerráronse los aposentos, y empezaron á hacerse las informaciones, aunque con gran trabajo. Salió la pendencia á luz, y mi proceder y vida de la prision; siendo aquel dia el del juicio, pues se impusieron á muchos rigurosas sentencias de á ciento, doscientos y cuatrocientos azotes ejecutados luego, vergüenza, años de galeras duplicados, y en vida tormentos, palos, prisiones, confesiones, apelaciones, y sobre todo sobornos sin fin. Los heridos fueron mas de cuarenta; los muertos tres, y los ahorcados dos, siendo uno de ellos el espadero. No se acuerdan los nacidos haber visto semejante cuestion en la cárcel, y tan rigurosa justicia todo en un dia; y yo que desviado del camino de Dios y sin temor de su justicia dejé el de la penitencia, que pedian tantos y tan graves pecados, trocándola por la via á que me llevaba el demonio, despeñado de mi soberbia, desvanecido de mi valentía, y engolfado en mis carnalidades, despreciando

consejos de mis padres, y atropellando honra y hacienda, me hallé en un punto sentenciado á serme cortada la cabeza, sin embargo de apelacion ni misericordia. ¡Oh desenfrenado caballo bárbaro de la juventud, no sujeto á la rienda de la razon ni á freno alguno, ni á brazo de discurso, y cómo me llevaste con halagos al precipicio de muerte con aquella vanagloria de la necia opinion de valiente, dejándome caer en un abismo para pagar con mi afrentosa muerte los vanos gustos de mi vida! No bastó todo el mundo á aplacar la insaciable gana que de perseguirme tenia el Corregidor; mal dije perseguirme, pues yo mismo fuí mi perseguidor, mi fiscal y mi testigo, y aun mi juez, causándome el mal con mis disolutas acciones é incorregibles costumbres. Mandó se ejecutase la sentencia, sin darme siquiera las veinte y cuatro horas de término para comulgar, viniendo luego el padre Carrillo, gran sugeto de la compañía de Jesus, y ya padre trinitario, para confesarme, y el padre Rodrigo Niño, de la compañía, para consolarme. Era este hijo del conde de Villaverde, gran predicador (aunque moço), llamado por tal el Apóstol de Castilla. Eran las nueve del dia, y mi muerte habia de ser á las seis de la tarde, que apenas habia tiempo para levantar el cadalsò; y en este tiempo mi hermano el mayor, que en todas las acciones se mostró serlo verdadero, se partió para Madrid, que no costó poco dinero la diligencia, y llegó casi á la una, despues de medio dia. Fuese en casa del conde de Fuensalida, el cual le dijeron que estaba comiendo con el duque de Lerma, su tio; con que animado, porfiando, pudo entrar en la sala. Era mi hermano un mozo de muy buen talle, cara y despejo, que no poco importa en las ocasiones, y viéndole un caballero gentil-hombre del Duque, grande amigo mio, con aquella inquietud y turbacion, solo por curiosidad solícita en Palacio, le preguntó que quién era y

*

qué queria; que referido en pocas palabras, y oido ser yo el sentenciado, entró á decirlo al Conde, el cual turbado dejó caer la servilleta sobre el plato; accion que notada del Duque y preguntado, dándole razon del caso, preguntó: ¿Es aquel mozo que yo queria por gentil-hombre? «Si señor, respondió el Conde, y el camarada mas querido que yo he tenido.» A que respondió: «sosegaos que no morirá.» Acabó de comer, y en tanto mandó llamar á Antonio de Arostegui, secretario de Cámara, el cual ordenó una cédula que pasando con ella en la mano al cuarto de Su Magestad se la dió á firmar, y saliendo dijo á mi hermano: «Tomad, que en vuestra diligencia está su vida, y decidle que yo se la doy,» con que y besarle la mano, desde la puerta de Palacio empezó á correr la posta.

Entre tanto mis padres afligidos por las calles, pidiendo y buscando favores, la ciudad alborotada; todos los títulos, caballeros y damas en casa del Corregidor y cuarto de la Corregidora; él encerrado, el cadalso haciéndose, y yo cargado de cofradías, religiosos y conventos, pasando por el trance tan temido en mi tormento de oir mis obsequios en vida; caida la torre de Nembrot de mi soberbia; abiertos los ojos de mi ceguedad; quitadas las telas de la memoria de mi muerte y juicio de Dios, de quien no me acordaba primero; vestido de luto, las manos ligadas, la soga al cuello y el Cristo en ellas, acordándome de mis pecados para confesarlos, tocando con las manos las cinco cosas memoradas en el tormento, y últimamente oyendo el pregon y saliendo de la cárcel, que todo me parecia un sueño; tan fuera de mí estaba. Era innumerable la gente, y segun refirieron, no habia quedado en las casas persona capaz de ver esta lastimosa tragedia que no se hallase en ventanas, puertas, calles y plazas. Iba la justicia toda delante, en número todas de

trescientas personas, con espadas, alabardas y perros. Al montar en la mula lo hice sin ayudarme, teniendo las manos ligadas, y al salir empezó aquella voz y trompeta del juicio. Esforceme y determineme á morir como caballero, y dije: «Padres, esto es hecho; pésame de no tener mil vidas que ofrecer á Dios, y de lo mucho que le he ofrendido.» Fué tal el llanto de la gente que me oyó, que levantaron el grito, eco ó respuesta del cual fué un tumulto y un grito terrible, diciendo: «Que le vuelvan, que le vuelvan,» con tales olas que dieron con muchos en el suelo, rompiendo la guardia la gente hasta llegar á mí. Allí mi padre, hermanos, mis parientes, los suyos con los amigos y deudos mostraban el raro, el vivo afecto unos de sangre y otros de amor, y deteniendo la mula no me dejaron pasar mas, diciendo con la cédula en la mano: «Obedezcan á Su Magestad.» A cuyo rumor acudió el Corregidor con mucha guardia, y los caballeros que por mí estaban rogando, entre ellos Don Rodrigo de Castro, inquisidor, dignidad y canónigo de la Santa Iglesia, á cuya persuasion leyó la cédula que así decia: «Vista la presente, que se os notificará por auto de escribano, concederéis, como por ella os mandamos, la apelacion á Don Diego Duque de Estrada, para que su pleito sea visto ante el nuestro Consejo, y se provea de justicia, y no ireis ni vayais contra esta nuestra cédula, so pena de privacion de oficio, dos mil ducados aplicados para nuestra real cámara, y mas la nuestra desgracia y otras penas á nos reservadas. Fecha en nuestro Real Palacio de Madrid á los treinta del mes de Febrero de mil seiscientos trece.=Yo el Rey.=Por mandado de Su Magestad.=Antonio de Arostegui, Secretario.»

Terrible fué el sentimiento del Corregidor y la resolucion de mi padre tutor, quien le dijo: «Vuestra merced haga lo que ordena Su Magestad, si no quiere ver aquí

el mas notable caso que haya sucedido en mil años, porque nos perderemos todos, y vuestra merced no será el mejorado.» Conoció el Corregidor la pasion de mi padre, y admiróla con todos, viendo que era tanto su amor, que habiéndole muerto una hija tan querida arriesgaba la vida y la hacienda por mí, y respondió: «Yo obedeceré á Su Magestad, y guardaré justicia, y vuestra merced á mí el respeto que se me debe.» Mandó me volviesen á la cárcel, adonde ya apeado me volví de rodillas, besando la tierra, como los demas á sus casas, y porque necesitaba tras tantas desdichas, trabajos, infortunios, tormentos y persecuciones, y en particular de este terrible susto descansar, daré tiempo al lector lo haga de leer esta parte tercera tan llena de sustos, penas é inquietudes.

PARTE CUARTA.

1613.

Llamé ó convidé al lector pidiéndole licencia para hacerlo yo de punto tan horrible, y bocado tan acerbo; pero faltándome los postres de este mal sazonado pasto, será bien pase adelante hasta acabar la vida de la cárcel. Cesó este rumor, y volvieron mi hermano á Madrid á negociar una sobre-carta para que el pleito pasase ante el Consejo, y la viuda á los sólitos sobornos y diligencias; yo á la primera vida penitente, llamado de Dios con tan fuerte amenaza, bañando muchas veces el suelo con mi sangre á fuerza de disciplinas y otras mortificaciones ya dichas, durando esto muchos dias. Hagamos punto aquí, aunque parezca presto.

En frente de la cárcel está un convento, llamado de Ma-

dre de Dios (1), de señoras principales, en el cual hay unos miradores que ellas llaman *vistillas*, tan altas, que no solo superan los tejados de la cárcel; pero son señoras de ver cuanto se hace en el patio y corredores sin ser vistas.

Habíanme quedado de los resíduos de la sentencia de muerte dos cadenas ligeras, que ligadas á tres pares de grillos, que sustentados de dos rodetes de cuero, que así se llaman, no me daban trabajo echado sobre los brazos; y por haberme quitado el luto que me hice cuando me volvieron á la cárcel, me puse un vestido de raxel blanco y negro con muchos alamares negros de fleco, el cual parecia en mí gala, así por lo bien guisado de cabos, que eran medias y ligas plateadas con puntas negras, y un jubon de raso del mesmo color trencillado de negro, cuanto porque he tenido siempre opinion de ser despejado en el vestir y andar y dar alma á mis acciones, y ser de mi estatura bien proporcionado de miembros. Paso adelante: halléme un dia en los corredores, y paseándome divertido en un soliloquio, considerando que mis pleitos estaban dudosos, pues el que mejor esperanza me daba era decir que se confirmaria la sentencia, aunque tardase, y la que daba el duque de Lerma èra que procuraria que mi proceso se perdiese, que era lo mismo que decir que moriria en la cárcel, consideraba en tanta mocedad cuán áspera me era la muerte, y cuán terrible me habia sido aquel acerbo susto, y en la misma edad cuán mísera cosa era vivir toda mi vida sin ver mas luz que la que entre cuatro paredes me ofrecia aquel mísero horizonte, y mi desdicha avarienta me permitia. Fuera de mí, y llevado de este astuto pensamiento de la cercana muerte, ó eterna pri-

(1) Convento de religiosas dominicas, fundado en 1482 por Doña Leonor y Doña María de Silva, hijas ambas de Don Alonso, conde de Cifuentes. Está en efecto frente á la cárcel vieja de Toledo.

sion, caminaba por el largo corredor tan velozmente, que no solo no era paseo, pero al rumor extraño de mi insólito caminar, toda la cárcel estaba suspensa, notando mis varias acciones y hablando sobre ellas. Volvamos al punto; no faltó en el monasterio quien tuviese esta curiosidad; pues entre otras monjas, una, hermana de uno de los mayores señores de España, cuyo nombre callo por convenirme, miraba con atencion, notando la que los demas tenian en mi paseo, y con esta curiosidad envió á un mozo sacristan, no mal entendido ni poco callado (enseñado en tal escuela) á saber quién era yo: que no fué menester preguntarlo á muchos, porque ni yo era tan incógnito, ni el caso tan poco sabido que se trabajase en la noticia de mi persona. Y así á pocos lances le fué dicha mi prision, causa, estado, y aun adivinado mi soliloquio, llegó el piadoso y bien industriado sacristan de mi nave, que viento en popa y á velas hinchadas corre fortuna á fuerza de pensamientos, llegando á sumergirse hasta lo profundo del abismo, levantándose despues á arrebatar casi con las manos las estrellas del cielo, y como si fuera rémora, aferrada á la barquilla ó timon. Así me detuvo con piadosas exclamaciones, significándome el disgusto de aquellas señoras monjas, y en particular el de la suya, de la cual me dijo la calidad (y no el nombre), y me ofreció su favor. A la cual oferta, yo que estaba como quien se anega, que cualquier vil rama le parece ayuda para salvarse y fia la vida á su débil fuerza, me paseé y consolé, y agradeciendo el favor enviado del cielo, y estimando por paraninfo á mi buen sacristan, me hice lenguas en agradecimiento, y le abracé cien veces, no faltándome sino besalle. Fué con el recado, cuya respuesta fué este breve billete.

«Señor preso.=Movido me han á compasion su suceso, su prision, su desdicha, su mocedad y melancolías; y

apiadada de lo referido, y valiéndome de las obras de misericordia, digo que entre los dos las podemos cumplir. De mi parte le ofrezco escribir á mis deudos para que en el Consejo de Estado le favorezcan, satisfecha de que no poco pueden favorecerle; y en cuanto al regalo de su persona; aunque no necesite dél, fíele de hoy adelante de la mia, como yo al cuidado de ese sacristan. La tercera y cuarta no puedo hacer, pues estoy imposibilitada de recebille por huésped y vestille, que fuera mejor desnudalle. Visitarle en la cárcel, lo hará el alma cada punto, y los ojos, siempre que se ponga en ese corredor. Rescatar cautivos, hágolo conmigo en enterrarme como á muerta. Yo tengo fé en caballero de tanto valor, que me corresponderá; esperanza en el tiempo que dará ocasion á que me pague esta buena voluntad y caridad. No será poco el amarnos igualmente. Para ayudarle no me faltan fuerzas; para librarle no me falta hacienda, y para sacarle de ahí no me falta valor; mucho es lo que me arriesgo, y mas el declararme, particularmente al primer lance. No sé si me lo causa amor ó compasion, y es tan nuevo en mí este riesgo, que creo debe ser locura; pues sin mirar mi mucha calidad, escribo á un hombre que no conozco. Temblándome está la pluma y no puedo mas. Dios le guarde.= Quien le ama de compadecida.»

Leí su billete, traido de mi sacristan, el cual venia guarnecido con tres platos reales de dulces, tan exquisitos como de tales manos hechos. Fuí reparando en cada renglon y parte la invencion de glosar las obras de misericordia y virtudes teologales, tan vanamente aplicadas, la facilidad de una tan grande y grave señora, y la resolucion de librarme. Repasélo con cortesía, estimando su favor y auxilio, y suplicándole no me empeñase en recibir mas que amistad. Pero al fin porfiado, lo tomé y respondí lo siguiente:

«Excelentísima y misericordiosísima señora.=El nombre de excelentísima está bien en sangre y calidad de tanto lustre, y el de misericordiosísima en el recamo de tan preciosísima estofa: justo título á quien con tanta piedad sabe distribuir las obras de misericordia. Sin duda era necesario se abriese el templo de la piedad para que consagrados en él la piadosa misericordia, la benigna compasion y el auxilio celeste superasen y destruyesen la fuerza y violencia de mi adversa fortuna, mis constelaciones rigurosas y mis inclementes planetas. No sé con qué título escribir que no quede corto, y el que me parece mas justo es dueño de mi libertad;» y así digo, dueña de mi libertad, que de las siete referidas obras de misericordia acepto la primera y segunda, con que sea el dar de comer al hambriento el alma del manjar de estos billetes, y el beber al sediento el dulce néctar y ambrosía de sus amorosas razones. La tercera y cuarta se cumplen hospedando mi peregrino amor y vistiendo mi desnudo corazon, engastándole en la piedra preciosa de la fé con que le ofrezco joya inestimable. Las tres que quedan todas concurren en mí; pues para visitarme, se contenta con el verme, siendo yo contínuamente una columna de estos corredores para tal efecto. El rescatar cautivos es sacar un preso condenado á muerte del Argel de una prision de tantos años, y mas obra de misericordia es resucitar un muerto que enterralle. *Fé* la juro en las sagradas aras de esa deidad; *esperanza* me la da la posesion de este billete, de que quien tan liberal me ofrece su gracia recibirá mi sacrificio, y *caridad* será dar crédito á quien tan sin méritos recibidos tanto bien me hace, y bien se hallará mi amor de fé, pues amaré y adoraré lo que no veo. Y en fin, sea el escribirme amor ó compasion, todo me viene á pelo, pues aunque nace la compasion de ver padecer lo amado, muchas veces nace el amor y se en-

gendra de compadecer. Uno que padece locura no puede ser, pues es cordura el remediar á un frenético tan fuera de sí que solo esta medicina pudiera librarle de una desesperacion. Ni es bien que quien tiene y ofrece tanto valor para librarme, le tiemblé la pluma para escribirme. No deje de responderme ó por amante ó por amado, y cuando no por preso y por cautivo con las cadenas amorosas de tantas obligaciones que confieso, remitiendo á mas cómoda ocasion el alargarme por no enfadar.

Quien ama de agradecido.

En fin, á su letra de benevolencia y la mia de congratulacion siguió su respuesta, mis versos, su cambio de amor; el mio de alternacion, regalos, presentes, caricias y ternezas, firmeza y confirmacion, y llevarnos el diablo, á pocos mas lances, atajados al infierno, contando sueños, pintando imaginaciones y deseos, que ninguno era menos que insolente, durando este negocio, cuanto duró mi prision, enviándome cada dia tres platos por la mañana y tres por la noche extrañamente regalados, fuera de los dias de banquete; que era mi cuarto una confitería, pagando yo lo dicho en sonetos, en liras y en romances dulces para ella, si sus dulces lo eran para mí. ¡Oh! quién, desengañado de lo que en estos amores pasa, pudiera tapiar rejas, ó abrirlas del todo, que quizá se hicieran menos pesados con las obras que se hacen con los desenfrenados deseos y con las parleras, aunque mudas plumas.

Paso adelante, que hay mucha materia: habíase desocupado un cuarto, que primero era enfermería, de tres buenos aposentos en medio de la escalera, por haberse hecho dicha enfermería en parte mas capaz; los cuales, pareciéndome buenos, los pedí al Alcaide, reparándolos y renovándolos á mi costa, de manera que no habia mejor cuarto en la cárcel, ni caballero venia que no desease ser mi huésped. El ordinario de mi comida era bueno, por-

que mis buenos padres me trataban espléndidamente, fuera de los regalos de mi señora amartelada monja; de manera que mi mesa era un ordinario banquete y refugio de caballeros y de pobres, no faltando músicas, versos, saraos y otros entretenimientos para alivio de la prision. Este era el estado de mi nueva vida, despues de la resurreccion de aquella acerba y espantosa sentencia de muerte. No dormian las diligentes negociaciones de la madre del muerto, pues fueron tales que redujeron el pleito del Consejo á que se viese en Toledo, remitiendo el proceso y causa otra vez al Corregidor. Mi padre alcanzó fuesen recusados los jueces por sospechosos, y se nombrasen dos regidores y dos letrados, dos jurados de cada parte, privilegio que gozan los caballeros de Toledo. En la primera junta hubo gran desconformidad de pareceres; pero en suma los de nuestra parte dijeron á mi padre que no hallaban cómo salvarme la vida. El cual harto afligido vino á darme esta nueva y prevenirme me encomendase á Dios; pero yo que estaba poco aficionado á verme otra vez en tal trance, y no tenia gana de morir, no me acomodaba á esta preparacion del ánima; mas haciame mi cuenta: muerto por muerto, me he de hacer eterno.

Habia salido del Consejo una rigurosa provision mandando que todos los que estaban sentenciados á galeras en vista fuesen á ellas, sin que (como se acostumbraba) se aguardase á la revista, y esto por la necesidad que de forzados tenian las galeras, las cuales querian salir á recibir la Armada Real. Habia un preso de diez y siete años de cárcel, viejo y enfermo, que estaba sentenciado en vista á diez años de galeras. Traia un sedal en el cuello, y el Alcaide le enviaba fuera á barrer el portal, sin sospechar dél se quisiese escapar, por su vejez, enfermedad y largo tiempo de prision, y porque era tan pobre que allí alcanzaria lo que allá fuera no podria. Teníanle enco-

mendado un cuarto aparte, de centinela de la guardia de la noche, y venia á mi cuarto á hacer los servicios bajos, adonde satisfacia su hambre. Decíame algunas veces: «Señor mio, tanto aguardaremos los dos que á vuestra merced le quitarán la cabeza, y á mí me enviarán á galeras.» Decíale yo: ¿por qué no te vas? y él me respondia: «no tengo dinero.» No me fiaba dél, por ser confidente del Alcaide, creyendo ser echadizo, pero viéndome en este extremo, le dije: «y bien, ¿cuándo nos vamos?» Respondióme: «por mí esta noche, que si no, la semana que viene iré á galeras.» Díjele: «no me fio de tí;» y respondióme: «si no te fias de mí, no te fias de Dios, que por mi mano te quiere dar la vida y libertad.» Concertámonos en pocas palabras, yo de ponerle á mi costa en Italia y darle cien escudos y otro tanto á su camarada, y ellos de dar lugar á que nos fuésemos. Mi monja no me dejaba; pocas tentativas, pero tan poco honestas, que temia ofender á Dios, aun con ofrecerlas, cuanto y mas con la ejecucion, y que airado no me castigase á esta sazon. Vino mi madre, y tratado con ella el caso, hallé ayuda de consejo, y una verdadera y piadosa madre y una matrona romana. Quedó concertado para el siguiente dia, en el cual vino con un vestido de brocado, con que se habia casado mi difunta madre, y cuantas joyas tenia para su adorno, que eran de algun valor. Con no poca admiracion me visitó, y estando los dos á solas, sacó por debajo del verdugado una escala de seda, que todo aquel dia pasado, la noche y hasta aquel punto habia fabricado con sus manos, y una cuerda de seda con muchos nudos; la una para subir al tejado, y la otra para abajar á la calle; una espada de tornillo, la guarnicion en la manga y la hoja desde el pecho abajo. Dejóme con muchas bendiciones, diciéndome: «mas madre te soy que la tuya, que si ella te dió vida pariéndote, yo te la doy librándote; y le

llevo ventaja, pues ella tuvo el gusto de engendrarte y yo el disgusto de haberme muerto á mi hija. Si eres noble y tienes valor, serás mi hijo, si no serás tu muerte y la mia. Cuatro hijos te doy para que te ayuden, cuya vida arriesgo por la tuya; y si importa la mia, vendré con ellos.» Reí mucho del ofrecimiento, y ella (aunque animosa) se fué llorando á nuestra Señora del Cármen, milagrosa y devota imágen de Toledo, y desnudándose los vestidos y joyas se los puso á la Vírgen, quedando con un saco y un escapulario que debajo llevaba, y prometiendo traerle toda su vida si me libraba, diciendo: «Señora, dadme este hijo y tomad los mios. ¡Oh raro amor de madre! que solo tenia de serlo el haberme criado, y razon de no tenerme por tal, ántes por enemigo, y como á tal perseguirme. ¡Oh valor inaudito! cuyo ejemplo excede á los de las historias antiguas y modernas, pues no contentándose con lo efectuado, despues de hecha su devocion, se fué á su casa, y llamando sus cuatro hijos mayores, ya todos hombres que ceñian espadas, en presencia de su padre les mandó, so pena de su maldicion, me ayudasen, con palabras de tanta fuerza, que todos le prometieron perder la vida por mí.

Ajustado el negocio con nuestro padre, me avisaron que á media noche estarian en la calle, siendo un silbo grande la seña de su llegada. Quiso mi fortuna que aquella noche (mas que otras) se le antojó al Alcaide cerrar la puerta de mi aposento, y ponerme dos pares de grillos, que habia muchos dias que no traia sino un grillejo, y no me cerraban: lo que habia ganado en ser quieto y holgarme sin perjuicio de nadie, siendo amigo de todos. Pero habiendo entreoido el Alcaide la mala esperanza de mi pleito se queria asegurar, lo cual me dió no poco cuidado creyendo fuese soplo de las guardias. Estando discurriendo variamente sobre el caso, maldecia las constelaciones de mi

adversa fortuna, y creia que Dios queria que pagase mis pecados, quizá por lo medio concertado con la señora monja, que queria tenerme la puerta abierta del monasterio, y aun la de su celda para dormir con ella. ¡Extraña resolucion de tan gran señora, y fuera de la ofensa de Dios rara industria! pues allí estaba seguro de que no me buscasen, y secreto de manera que nadie supiese de mí, pues por su peligro y recato no se fiaria de nadie. Reparé en ello y prometí á Dios de no ofender en esto dejándome llevar de mis hermanos adonde ellos quisiesen, si me libraba de aquel apretado peligro en que estaba. Vino á punto que acabé el discurso la guardia á decirme que mirase cómo habia de salir al corredor, que su camarada habia tomado la primera guardia y él habia tomado el cuarto de la modorra, que es despues de media noche. Hallábame confuso, mas con todo eso dije que me aguardasen. Habia metido mis instrumentos entre los colchones, descosiendo uno, puestos en el último aposento, en donde dormian algunos caballeros que esperaban la hora. Pero acostéme, porque estando ya para quitarme los grillos entró el Alcaide y su sobrino á hacerme una supérflua visita de las dos que se hacen cada noche para ver si los presos rompen la prision, ó tienen instrumentos para ello, ó armas para reñir. Visitaron todos mis aposentos, que me pareció novedad extraña, temiéndome mucho no ser descubierto, y pareciéndome todo un encanto, pues antes se me habia guardado siempre respeto. Llegó dos veces á mi cama, y yo con burlesco modo le dije: «no está la moza ahí sino debajo,» y empezando á deshacer la cama, le dije: «mire vuestra merced la cama y luego mis bragas.» A que me respondió: «perdone Vmd. que hago mi oficio,» y salióse. Volvióme el alma al cuerpo, y en ese punto con un guarda encerrado y una mano de almirez di garrote á mis grillos, y quitándome los dos pares, dije dando ca-

briolas: «á pesar de este pícaro, á dormir, camaradas.»

Matáronse las luces, y cogiendo el contratiempo á la ronda, que no se hace en tres horas, ligué mis vestidos y espada, y con una cuerda lo eché todo por una reja que cae á la parte del patio, y desnudo en cueros, subí sobre un vasarillo que tenia solamente un ladrillo, tan débil que no se juzgó poder sustentar una criatura, sobre el cual estaba una gatera, por donde con mucha presteza por no caer pasé un brazo y la cabeza, y retirando el aliento, brazo y cabeza, incorporado aunque con mucha fatiga, pude salir hasta el medio cuerpo; pero siendo fuerza el respirar, el aliento que estaba recogido en el vientre subió al pecho y llenó su vaso, con que yo quedé atrancado, sin poder volver atrás ni adelante. Sería larga la historia de contar, aunque ridiculosa; las imaginaciones mias en aquel trance, pues me imaginaba como un raton cogido en trampa, y cuánto peligro me corria que habia de ser paso de entremés el verme en cueros, si me cogian medio dentro y medio fuera. Determineme á desmembrarme ó salir, y bajando el hombro cuanto pude, tornando á recoger el aliento, el vientre al estómago, aunque desollándome salí crugiéndome todos los huesos; y aferrándome á los corredores con las manos, pasé todo el cuerpo y me puse en salvo: ¡cosa increible! que en efecto era una entrada y salida de gatos redonda y que despues los jueces no creyeron el haber podido salir por allí hombre humano sin deshacerse todo. En fin, me vestí y puse la escala del corredor al tejado, al tiempo que los dos hacian su vela diciendo: «¡vela, vela, vela hago! y acabando de poner la escala á la parte de la calle, mi desdicha, que á cada hora me sobresaltaba dándome á cada punto mil agüeros de mal suceso, quiso que la luna empezase á dar adonde ella estaba tan clara y de medio á medio, que toda se veia. Es necesario decir que alrededor de los cor-

redores la mayor parte de los aposentos son compuertas de enrejado, y es ordinario (como hay tanta gente) salir los presos á las puertas, unos á orinar, otros á suspirar, y otros á pasar parte de las largas y prolijas noches, que tales parecen, de aquel cautiverio; y por guardarnos de este estorbo fué necesario darnos mucha prisa. Yo me la dí y subí el primero, y mientras iba á poner la cuerda para abajar á la calle, el buen hombre del sedal llamado Sebastian, siendo viejo y flaco por poner el pié sobre el tejado puso la rodilla y quebró cuatro tejas, á cuyo ruido despertando las guardias, se alborotó la cárcel á sus voces, en particular el sobrino del Alcaide, hombre alentado y preciado de la hoja, que siendo su aposento en un terrado que estaba al lado de un tejado, ciñéndose un coleto y tomando su espada vino á mí, y el Alcaide se fué á la puerta y los guardias á los calabozos cerrados, pues no sabian por donde se iban, hasta que viniéndose derecho á mí el sobrino del Alcaide, yo desesperado de tantos agüeros que apenas son sucesos creibles, pareciendo invenciones de pasos de comedia, cerrando con él al punto que llegó, y él dando voces ¡ayuda que por aquí se van! dándole en el pecho sobre el coleto una recísima estócada que aunque por estar flojo no pasó, fué tal el golpe, que fácilmente hallándose en la vertiente del tejado cayó de él al hondo patio á dar la nueva á su tio el Alcaide que no sabia por donde se iban. Sucedió todo en menos de una Ave María. Soltó la espada el desdichado al caer, la cual ayudando á las muchas heridas de la cabeza, le acabó de matar. Acudia ya gente de casa, y el Corregidor, que como está dicho, no habia mas que un muro en medio, y el Alcaide desatinado abrió la puerta, por la cual no pudo salir, habiéndole tirado tres arcabuzazos. Todo esto fué en tan poco espacio que aun no me habian dejado poner la cuerda para abajar, y ya venian muchos arcabuzazos sobre el tejado.

El ángel de mi guarda (desde su convento) me decia muy recio: «¡valor, Don Diego! arrójate, que la puerta está abierta» ¡extraño atrevimiento de señora! Halléme sin remedio humano, y así acudiendo al de Dios, llamando á la sacratísima Vírgen del Cármen, diciendo: ¡vaya conmigo la Vírgen mi abogada! cerrar los ojos, saltar, pareciéndome abajaba al profundo, y hallarme en tierra fué todo uno. Yo tenia la capa de paño puesta, siendo mi intencion, si escapaba sin rumor, irme como paseando. Llevábala con fiador y la mesma turbacion me hizo asirme de la capa; la cual haciendo pompa como una campana me bajó derecho, y dando por buena fortuna en un muladarcillo los piés, no me hice mal en ellos, no habiendo caido violentamente, porque el vuelo me entretuvo; no sucediendo así al segundo, que era el buen viejo del sedal, pues cayendo sin capa se quebró las piernas allí, y antes de morir fué luego ahorcado con el otro compañero, á las diez del dia, como si fuera en la plaza pública.

No salí tan libre de la caida, porque dando de espaldas en el suelo me rompí los riñones; pero aferrado de mis dos hermanos, con extraña fuerza y presteza fuí arrebatado y llevado medio arrastrando y medio corriendo por aquellas calles abajo, mientras los otros dos se daban buena maña á disparar á la puerta, hasta que fuimos perdidos de vista, sin acordarme de entrar en la puerta que me tenian abierta, ni del amor de la monja, porque me pareció era todo milagro de Dios, y no era bien ofenderle. Desaparecidos que fuimos, los otros dos hermanos acabada la postrera carga, como el viento desaparecieron tambien, y sucedió tan presto todo este caso que aseguro de verdad que es imposible leer esta hoja con tanta brevedad, y con esa mesma me dejaron en casa del maestro de capilla de la santa iglesia, y se fueron á su casa y se

acostaron, levantándose la pólvora y el polvo de manera que, saliendo el Corregidor medio desnudo y yendo á mi casa con gran brevedad, la halló tan cerrada y quieta y á ellos tan dormidos y disimulados, que apenas creia que hubiesen ayudado al caso. No habian pasado pocos peligros por mí, ni eran pocos los que estaban pasando, pues habian atravesado toda la ciudad con riesgo de ser cogidos de muchas cuadrillas de alguaciles que á aquella hora rondan por la ciudad, y del Corregidor que con tanta presteza, como dicho es, los siguió. No era menos el en que me hallaba, pues el maestro de capilla no tenia noticia alguna de mí, siendo industria de una sobrina suya, dama de uno de mis hermanos, tanto mas que cesando aquel calor de la caida y motivo de la carrera, me represé quedando inmóvil, con tanta hinchazon y dolores tan insufribles, que totalmente me moria, porque los riñones se me habian desencajado, y aquella sangre se me subió al pecho cuajándose y formando tanto bulto como cuatro puños, y quedé tullido de piés y manos. La pobre de la sobrina pasaba sustos, pues no eran pocos los del miedo de que su tio me oyese: ¡terrible determinacion para amor principal! ponerse á peligro de perder la vida y honra por dar gusto á su amante.

Estuve esta media noche desta manera, hasta que el cansancio de esta agonía me adormeció. No me despierten que me importa la vida este poco descanso, y vamos á ayudar al señor Corregidor que en mi casa echaba las puertas en el suelo hasta que se hizo abrir. Salió mi padre como espantado de tal ruido, y preguntándole lo que queria, y mandó abrir la puerta, diciéndole: «¿hay mas que perseguirme? ¿en casas como la mia se entra así?» Venia echando verbos el Corregidor, y preguntó adónde estaban sus hijos; dijo mi padre: «¿aun durmiendo los persigue V. md? entre y véalos.» Entró el Corregidor, y hallólos tan frescos y tan dur-

miendo que dijó alto: ¡«engañado me han; pero no puede ser menos.» Hízolos levantar y vestir; buscó y revolvió toda la casa; depositó á mis padres, envió presos á mis hermanos, diciendo: «no se puede hacer menos por ceremonia; pero así lo han hecho como yo; el conde de Fuensalida ha sido sin duda.» Preguntóle mi madre ¿por qué V. md. prende á mis hijos y deposita á mi marido y á mí? y respondió: «porque se ha ido Don Diego esta noche de la cárcel con indústria de sus hermanos.» Ella le dijo: «¿mi hijo se ha ido? ¡ay Jesus! buenas nuevas le dé Dios á V. md.; pues tan buenas me las da.» Respuesta de que el Corregidor quedó tan corrido, como el cuanto despues celebrado y reido por toda la ciudad, quedando como refrancillo á cada cosa que sucedia. Fué esta dichosa noche á los ocho de Setiembre, dia del nacimiento de la gloriosísima Vírgen, año mil seiscientos trece, que si nací dia de su gloriosa Ascension, renací dia de su glorioso nacimiento cobrando la libertad.

Volvió el Corregidor con esta presa á la cárcel, y al instante mandó en su presencia ahorcar al pobre viejo del sedal, como dicho es. Habian acudido el Alcaide mayor, Alguacil mayor, el de Alcabalas (1), los alcaldes ordinarios, y todo la justicia, que es mucha, caballeros y gente ordinaria; pareciendo las calles ser á medio dia en su claridad, á fuerza de luces, y entraron todos dentro. Pusieron en apretadas prisiones á aquellos caballeros, particularmente á Don Rodrigo de Velasco, muy íntimo amigo mio, de quien he hecho algunas veces mencion. Reconocieron el puesto por donde yo salí, quedando dudosos é incrédulos los jueces de que cuerpo humano hubiera salido por aquella gatera, y sin romper aquel vasar, afir-

(1) En el original «Alcabas» aunque pudiera tambien decir «Alzadas.»

mando habia sido con alguna invencion ó untura de bruja; pero ¿qué mas untura que la de la necesidad de salvarse, que hará pasar á un hombre por un ojo de aguja? Decia el Corregidor: «Dos cosas no creo; una que este salió por aquí, y otra que sus hermanos le hayan ayudado;» y así luego prendió al Alcaide, atormentó á las guardias, y sentenció al otro mal aventurado á ahorcar, como se hizo luego al otro dia; habiendo pasado la noche en cerrar las puertas de la ciudad, echar espías, despachar alguaciles por los caminos, publicar bandos, poner tallones, buscar iglesias y cementerios, sepulturas y casas, si bien aunque hubo indicios de lo que mi señora monja dijo, no se tocó ni aun habló de aquel sagrado, porque costaba caro el tomarlo en la boca; pasando el dia en esto y en despachar provisiones para todos los reinos. Estas eran sus diligencias, y en tanto yo despierto de mi sueño, volví á mis dolores; la señora á sus temores de que no me oyese el tio, y yo á mi sufrimiento.

Era cerca de las oraciones de la tarde cuando entró un religioso, de quien mis hermanos se fiaron, diciendo: «¡Ah desdichado de tí Don Diego! que el Corregidor ha tenido soplo que estás aquí, y viene á prenderte.» Fué tan fuerte y poderoso este accidente para mí (cosa que contada me fuera increible) que no habiéndome dejado tocar para desnudarme por los inmensos dolores que sufria, ni untarme con un poco de aceite, dándome un sudor mortal y un temblor terrible, y solo la idea de verme inmóvil, (que era necesario mirar á no caer en manos del Corregidor, borrando un hecho tan valeroso é inmemorable, como haber escapado de manos de la justicia y de tan tediosa prision), labró tanto en mi imaginacion, que me hallé libres las manos para limpiarme el rostro con admiracion mia, y de los dos presentes, como tambien los

piés, y probando á moverme me levanté, y encomendándome á la Vírgen del Cármen muy de veras, me salí aquella hora, que era al obscurecer, y me fuí á la iglesia mayor por medio de toda la ciudad, á tiempo (por mi desdicha) que por otra puerta salia el Corregidor de visitar dicha iglesia. No reparó nadie en mí, porque quién imaginara tal atrevimiento, sino que yo estaba sepultado ó habia caminado cuarenta leguas. Entré en la iglesia mayor, y me hallé en el paraiso. Subí ciento y ochenta escalones (¿quien creerá tal cosa?) de la torre, adonde hallé al alcaide solo, á cuyos piés echándome, prometíle cien escudos de oro, ofreciéndole otros tantos si me guardaba, y amenazándole si me descubria, con mis hermanos y la destruccion de su casa. Tocó el piadoso campanero el oro, y volviéndole mas blando que una cera, juró solemnemente de no fiarlo ni aun de su muger; y llevándome á la cámara fuerte, que es un aposento con escalera tan estrecha que apenas puede entrar un hombre de lado, con muchas puertas y cerrojos gravísimos de hierro, antes de venir su muger, me puso cama, me proveyó de comida, y me desnudó, acudiéndome cada dia á sus horas á darme y trayéndome el mesmo por una cuerda una espuerta y los aceites que yo le pedia para poder curarme, viniendo á media noche á visitarme, como quien visitaba la torre, sin saberlo su muger; y curándome, porque habiéndome acostado y reposado, cuando me disperté me hallé casi tan tullido como estaba primero.

No dí á mis padres ni hermanos noticia de adonde estaba, porque aunque habian hecho prueba de su mucho amor, dudába que por librarse alguno de ellos no me descubriesen. Estuve así un mes, y acordándome de que un hombre cayó y se rompió los riñones, siendo criado de mi casa, y le hicieron un remedio despues de muchos, que totalmente le sanó; le pedí recado y me lo dió, y porque

despues he hecho, no solo en este, sino en otros muchos peligros de la vida este remedio, y ha salido eficacísimo, quiero ponelle aquí. Tomé media docena de huevos casi podridos, y batidos, é hice una tortilla con aceite de arayhan, ó murta que llaman, y aceite rosado de manzanilla y de almendras dulces, cuatro onzas en todo, y hecha la tortilla la puse sobre estopas, y sobre la tortilla polvos de murta y arrayhan, de incienso, de almáziga y de rosas. Aplicado caliente, parece que la mano de Dios se puso sobre mí, que luego me tornó los riñones á su lugar, me deshizo el bulto del pecho, y en cuatro dias me levanté.

En este tiempo, por ser pasado un mes, habian desfogado las furias del Corregidor provisiones y diligencias, y yo, pudiendo ya abajar á la iglesia, hice llamar á mi madre, que casi murió de alegría. Tenia atormentados los ojos, y casi ciegos de llorar por mí, que creia que cuando salí de aquella casa me habian muerto mis enemigos, porque yo no dije adonde iba con la turbacion, que fué la mayor que jamás tuve; y si no me hubiera guiado Dios, hubiera dado en medio de la justicia como apunté, porque no estaba en mí, si bien no me faltó el ánimo y el discurso. Traté con mi padre de irme, y habiéndome apercebido lo necesario en algunos dias, una noche al Ave María, entre el tumulto de la gente, me salí de la torre y me fuí en casa de mi padre. ¡Oh atrevimiento y locura digno de cualquiera desgracia! No la tuve por la misericordia de Dios; hallé á mi padre tullido de los trabajos y disgustos, y poniéndome á sus piés admiró mis resoluciones, y pesóle de aquel atrevimiento; pero consolóle mucho el verme libre y sano. Echóme su bendicion y abrazóme, besándome en la frente, como tambien mi madre y hermanos, que ya estaban en casa, despues de cinco semanas de prision, con fianza de dos mil escudos, aunque todos sobresaltados, no me asegurando de alguna

desgracia por esta venida. Despedime de mi padre, pedíle perdon de las ofensas, disgustos y gastos recibidos por mí, y beséle la mano. Respondióme: «Hijo, mas me cuestas que todos los mios, pues si ellos me cuestan la hacienda, tú salud y lágrimas. Mil escudos te daré en pólizas y dinero, y cuenta de tu hacienda adonde estuvieres; mira si matándome una hija y consumiendo la salud mia y de tu madre te doy esto, ¿qué hiciera si no lo hubieras hecho? A la guerra vas; sigue las pisadas de tus padres y antepasados; espero de tu valor no menos hazañas; evita las ocasiones de disgusto, y sucedido, pierde la vida y no la honra; hazte estimar por tus obras y no por tu sangre; no pidas la vida á quien te venciere, ni la niegues á quien te la pide, pues tener vida rendida es muerte infame, y matar al rendido no es vitoria sino cobardía é infamia. Esto es en cuanto al honor del mundo; pero el verdadero consejo que yo te doy es que temas á Dios, reverencies á sus ministros y defiendas su ley.»

Yo me marché sin responder, por no poder tener las lágrimas, enseñado pocas veces á verterlas, y ellos quedaron no con poca abundancia de ellas y de suspiros, volviéndome á la torre para partirme á la otra noche. Mas mi adversa estrella y el demonio que jamás cesa de urdir sus tramas, hizo que el Corregidor supiese que yo estaba en la torre, y con terrible estrépito vino á cercarla con toda la justicia. Está la torre en medio de la iglesia mayor y la casa del Arzobispo, y aunque es la mas alta de España, la iglesia y casa lo son tanto, que por una parte, aunque es muy alta, se podia escalar, si bien con trabajo, y así lo pusieron por obra arrimando escalas á la ventana de la cámara fuerte, adonde yo estaba, y yo me puse á defenderme con buenas pedradas. Exhortábame el Corregidor me rindiese, que me valdria mi iglesia, y yo respondí: «Se me ha de volver á la iglesia, déjeme desde

agora, que yo bien estoy, sin desacomodarme de llevar la cama á la cárcel, y despues haber de volverla.» Enojóse; empezaron á asaltarme, y yo á apedreallos con tanta furia, que estando ellos al descubierno, no obstante que traian broqueles, no pocos fueron los lastimados en cabezas y cuerpos. Mandó el Corregidor cesar, y que trajesen escopetas, y yo en tanto enseñado de la necesidad, maestra de todas artes, tomé una tabla gruesa de mi cama, y sacando la mitad á fuera del poyelo de la ventana, por la tarde de adentro ponia una piedra muy gruesa de muchas y grandes que con mucha presteza junté, y comiendo un bocado y bebiendo bien, hice cuenta de eternizarme muriendo valerosamente. Vinieron las escopetas, y empezó la batería, y entre tanto que me tiraban, como no me podia asomar, iban subiendo; pero yo tenia cuenta cuando se movian las puertas de una escala que con picas pusieron aferrada con garfios de hierro á una reja, que estaba sobre mi ventana, y alzando la parte de la tabla que yo tenia en las manos, con la piedra la dejaba deslizar hasta la punta que estaba fuera de la ventana, con tanta furia que fracasaba escala y tejados, amedrantando de manera á los que salian que no se atrevian. Mas habiendo la tercera piedra hecho rodar á un valiente corchete, no solo al tejado, pero por estar en la vertiente, desde allí al jardin del cláustro, donde se hizo pedazos, hubieron de tal manera de fracasar los tejados con las piedras (que eran tales que apenas yo las podia poner en la punta de la tabla) que parece que la iglesia y casa se venian abajo, causando tanta rabia y desesperacion al Corregidor, que no acababa de formar en su idea géneros de muerte que darme. Estaba convocada toda la ciudad á este espectáculo en la plaza de la iglesia y calles; el Cardenal arzobispo (1), y la clere-

(1) En el original el Cardenal y el Arzobispo; pero se ha corregido conforme está, pues lo era uno y otro.

cía estaban en vísperas en el coro, y sabido el caso salió acompañado de los canónigos y demas gente, y tratando con muy ásperas palabras al Corregidor (aunque casado con su sobrina) le llamó inico y descomulgado, diciéndole si no se iba le haria echar por los corredores abajo. No hubieron menester mas mis buenos clérigos, que aunque es verdad que no tocaron al Corregidor, embistieron con los alguaciles y corchetes hasta poner las manos en el alcalde mayor Sanchiz de Leon. Tuvieron por bien de irse mas que de paso, y el Arzobispo mandó cortar la escala, y que se acomodasen los tejados, y por memoria de quien tanto bien me hizo, diré que el arzobispo era Don Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal del título de San Anastasio, arzobispo de Toledo, primado de las Españas, Canciller mayor de Castilla, Inquisidor general, del Consejo supremo de Su Magestad, adelantado de Cazorla, señor de la ciudad de Orán y de las siete villas arzobispales, tio del duque de Lerma, y gran privado del Rey. Sus tres sobrinos y yo fuimos condiscípulos y muy intrínsecos camaradas, tanto que de ordinario comia con ellos, y ellos en mi casa, con el gusto del Cardenal, el cual me mostraba grande amor y era muy aficionado á oirme representar en los estudios, con sus dos sobrinos, uno dean y otro arcediano (1). El Cardenal y ellos me favorecieron extrañamente en mi negocio; pero como el Corregidor estaba bien sobornado se pasaba con buenas palabras, fingiendo ser en mi favor. Aquí lo pagó todo con las injurias que le dijeron, y con irse descomulgado. Levantó el cerco de la iglesia, y dejóle á la larga y con buenas espías;

(1) Uno de ellos Don Diego, hijo del marqués de Dénia, Don Bernardo de Sandoval y Rojas, fué dean de la santa iglesia de Jaen. El otro, llamado Don Francisco Chacon, hijo de Doña Isabel de Rojas, hermana del Cardenal Duque de Lerma, y de Don Gonzalo Chacon, fué arcediano de Toledo. Uno y otro residian á la sazon en dicha ciudad.

estuve así tres dias, y al cuarto recibí un billete de mis hermanos y firmado de mi padre, en que me decia me fiase de un escribano y un alguacil, y otro compañero. Parecióme extraña cosa, tanto que no me determiné hasta que mi madre vino disfrazada y me dijo que la fuerza del dinero lo hacia todo (con que me resolví); que á ellos tocaba el cuarto de media noche de guardar la torre, y dándome un silbo yo me descolgase por las cuerdas de las campanas atadas unas á otras, poniendo un ferreruelo doblado dos veces y buenos guantes con sus nudos para descansar. Era tan alto, que cuando me ví á la mitad, creí bajar de los mas altos cielos á los cóncavos mas profundos del infierno. Halléme casi fuera de mí, y tomé por partido no mirar mas á la parte de abajo, y considerar que perdia todo lo hecho, que esta consideracion en todas mis acciones me hizo salir con las empresas. Llegué abajo, y aunque la cabeza desvanecida (que es lo mas que pude en mí hacer por lo que podia suceder en aquel tiempo y punto), me tomaron en brazos, que no fué poco susto para mí, que me pareció que era para llevarme á la cárcel, y sin pensar dije: »Iglesia me llamo;» á que dijo el escribano: «Llámese v. md. compañía, que presto estará v. md. en ella;» y poniéndome una capa, que la mia estaba hecha pedazos de las cuerdas, y dándome un broquel y espada, nos fuimos adonde los corchetes aguardaban, y mudamos la guardia con otros alguaciles y corchetes. Encargándoles la guardia de la torre con las mesmas órdenes, despidieron tambien los corchetes, y fuimos adonde mis hermanos aguardaban, que hasta verlos todo para mí fué sustos y dudas.

Llegamos á la plaza de Zocodover, donde se corren toros y juegan cañas (¿hay mas azares?) y hallamos al Corregidor, el cual mandó preguntar qué gente éramos con un «ténganse á la justicia» que me atravesó el alma,

¡qué estrecho se me puso el pecho! Llegó el escribano y alguaciles, y dijeron: «Nosotros sómos que vamos á la casa pública, que dicen ha sucedido una pendencia.» Pues vayan presto, dijo el Corregidor, que yo me quiero retirar. Yo que entre tanto hacia mi cuenta de matar al Corregidor, si era descubierto, por dejar eterna memoria de mí, me pareció aquella la voz de un ángel, y me parecia un camino de mil leguas el llegar á la puerta de la ciudad. Fué el postrer susto este, y el mayor como postrero, porque llegamos á la puerta de Visagra, y salimos sin sospecha, y fuera della hallé mis dos hermanos con un fuerte caballo apercebido. Aquí fué el abrazalles y el besalles mil veces, abrazar y besar la tierra; á mis alguaciles piés, manos, ropa, y no sabia adonde mas besalles, ni ellos se pódian defender de mí, y despidiéndome con corteses, tiernas y agradecidas palabras, subí en mi caballo, considerando cuántas syrtes fieras, cuántas fieras de Libia, cuántos huracanes del Océano, cuántos estrechos de Magallanes, con furibundas y tempestuosas borrascas, cuántas Caribdis y Scilas del tempestuoso faro, destierros, prisiones, tormentos, sentencias de muerte, amenazas, peligros, sustos, fatigas y dolores habia padecido este cuerpo mísero en tan tierna edad, y que mi libertad y vida estaba ya en mi mano (del cielo abajo); con cuya imaginacion caminaba, y el caballo de mis desdichas parece se compadecia, pues volaba al paso de mi necesidad, y por señales desto la vida que me ofrecia la perdió en mi servicio, dejándome en Guadalajara, adonde pido licencia para descansar de tan insufrible fatiga y sobresaltos. Fué mi salida de Toledo á los 15 de Octubre del año 1613 y de mi edad veinte y cuatro.

QUINTA PARTE.

1613—4.

Pedí licencia para descansar: ¿qué mal hice? pues mi salvacion estaba, no en mi descanso, sino en mi fatiga, para acabar de salir de tan grandes peligros. Llegué á Madrid, y sin haber comido mi caballo pasé á Alcalá, que son de Toledo por aquel camino diez y ocho leguas; dí cebada, y sin mas reposar ni comer, pasé á Guadalajara, y llegué á ella con casi tres horas de sol, de manera que en diez y seis horas caminé treinta leguas cási, y estas sin mas que una sopa en vino y un pienso á mi caballo. Hallábase en esta ciudad Don Pedro Gonzalez de Mendoza (1), sobrino del duque del Infantado, y amigo mio, del cual me valí, el cual proveyéndome de postas, me sacó con todo secreto. Dejé mi caballo muerto, y al otro dia, corriendo á toda furia y á toda costa, anochecí en Zaragoza, hallándome casi libre, adonde eché todo el aliento del cuerpo, como quien está fuera de tanto peligro. Alojéme en casa del conde de Morata, amigo de los de mi tiempo de la corte, y me animó diciendo que allí estaba libre, y que me defenderia de todo el mundo; pero yo que fiaba mas en mis piés que en manos de otros, quise luego partirme.

Habia en aquel tiempo muchos bandidos en el reino de Cataluña, y entre ellos el capitan Testa de ferro (2) con

(1) Fué hijo este caballero de Don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Saldaña y marqués del Cenete, y por consiguiente hermano del duque del Infantado, Don Iñigo Lopez de Mendoza, y tio político del duque Don Juan, como se puede ver en Nuñez de Castro, *Historia de Guadalajara*, página 186.

(2) Quizá quiso decir *Tallaferro*, nombre de uno de los bandidos que por este tiempo infestaban á Cataluña.

doscientos bandidos, y el capitan Roque Guinart (1), valeroso y galante mozo con ciento y cincuenta, no dejando, como se dice comunmente, roso ni velloso; y así el Conde me aconsejó no tomase postas, sino que me fuese con unos carros de lana que iban con mucha guardia, y á que se habian ajuntado muchos arrieros, peregrinos y estudiantes; que la comitiva pasaba de ciento y cincuenta con buenas armas, porque entre la lana llevaban veinte mil ducados de genoveses secretamente, y entre ellos en hábito comun podia yo bien pasar. Tomé su parecer, y fuíme á nuestra señora del Pilar; confesé y comulgué devotamente, y pareciéndome conveniente el mudar traje, híceme una sotana de bayeta de Sevilla, muy frisada, forrada de tafetan, con la esclavina de lo mesmo muy pespuntada, con la manga á la frailesca, que por ella, como tambien por las faldriqueras de los calzones, se veia un calzon y jubon de tela de oro y negro. Llevaba atravesado al cuello un rosario de azabache de Francia, con infinitas labores y figuras, y un Niño Jesus en cueros sobre una muerte de oro macizo con diamantes, prenda de la burlada monja, con un gran sombrero que salia sobre la capa, una roseta, guantes y regalillo negro, con bota justa y chinela picada, y un cuello escarolado con antojos guarnecidos de plata, de manera que hacia una extraña figura de mortuorio. Acompañaba á esto un bordon muy delgado y labrado, negro, que llevaba un paje que allí recibí, vestido tambien de luto. Sombra de esta figura, despedíme del

(1) Acerca de este célebre bandido, citado en el *Quijote* de Cervantes, puede consultarse lo que dice el erudito Clemencin en el tomo VI, página 230. Llamóse Johan Rochaquinarda.

Este pasaje, de que ya se hizo cargo Pellicer en sus *Notas al Quijote*, está en contradiccion con otros documentos alegados, para probar que por este tiempo estaba ya indultado y servia en Nápoles, adonde pasó en Julio de 1611; pero pudo muy bien suceder que el vulgo creyese en sus fechorias, aun mucho despues de haber abandonado el teatro de ellas.

Conde y empecé mi viaje con mis carros, y adonde quiera que llegábamos, como pedia y comia lo mejor que habia en la posada, se me empezaron á llegar algunos, en particular un peregrino que iba con su muger y que se llamaba por excelencia maestro Diego de la Daga. Admitíle con gusto, porque la avaricia jamás reinó en mí. Llegáronse tambien un soldado y un estudiante pobres, y otro mozo, de manera que sin buscar criados tuve mayordomo, capellan, pajes y despensero en el viaje. Llegamos á Igualada con la hostia en la boca teniendo aviso de: «aquí van los bandoleros; allí llegaron; allá nos aguardan; aquí nos despartimos.» Yo me fuí á Monserrate, y mis comilitones me siguieron, ó por necesidad ó por devocion. Llegamos á aquel santuario de los santuarios, la Vírgen de Monserrate, y viendo en mí los porteros el traje que daba demostracion de hombre de prendas, y el respeto que me guardaban los acólitos, porque al paso de mi liberalidad ellos añadian cortesías y ceremonias, preguntaron ¿quién era? y como ellos ni el paje no lo sabian, dijeron que no se podia decir, y añadió mas fuerza al caso. Llegó en esta sazon el predicador mayor, fraile grave y reverendo, como lo demostraba el *coram vobis* y los antojos, y tomándome la mano con mucho cariño decia: ¡Jesus, señor! ¿por estas partes? ¡qué ventura, qué ventura! con que se fué el abad y le dijo lo que él quiso. La respuesta fué que me llevaron al cuarto de los títulos, adonde paseándose conmigo me preguntó por todos los de España, y yo le dí razon de ellos, hablando siempre de cosas universales, diciéndome me habia conocido en la corte, y dándome muchas señas y yo diciendo que sí; pero aun hasta hoy no me acuerdo haber visto tal hombre. Admirábanse mis acompañantes, y añadieron respeto, que no se quisieron sentar á mi mesa. Estuvimos allí ocho dias regaladísimamente con extremos y en ellos hice una confesion general,

y comulgué tres veces, con la mayor devocion que pude. Despedíme de mi fraile, sin preguntarme jamás quién era, porque él fingia conocerme y yo le correspondia. Partíme despues de haber considerado la magestad de la casa, la grandeza del soberano templo, la riqueza del tesoro, las innumerables joyas, lámparas y vasos del Sagrario, la devocion de la antigua venerable imágen, hermosa Reina de los cielos, la pobreza, santidad y aspereza de vida de sus ermitas y ermitaños, dando mil gracias á Dios me habia sacado de tantas imaginadas muertes, que la menor era morir en cuatro paredes. Parecíame un mundo nuevo; tenia una alegría interior y una grande esperanza de no tener mas sustos hasta embarcarme y dejar tierras del Rey. Con esto subí á caballo, y al salir de la puerta topamos un soldado, que habiendo caido de las ancas de una mula pedia misericordia á Dios y á nuestra Señora con afligidas y altas voces y llanto. Sabido el caso, fué haber prometido á nuestra Señora una novena si le libraba de un peligro en que se vió en la guerra, y habiendo venido de Italia á este efecto, cerca de la iglesia topó un paisano que se partia á su tierra y le convidaba con llevarle á las ancas de la mula hasta allá á ratos. El, convidado de la comodidad y cansado del camino, dudando hallarla si se detenia, sin entrar á decir ni una Ave María, subió á las ancas de la mula, la cual no se pudo mas mover, ni él tampoco. Salieron muchos religiosos devotos, y con grandes oraciones presentándole á nuestra señora fué sano. Mucho se pudiera glosar aquí, pero solo digo de paso que quien promete á Dios y á su bendita Madre, cumpla su promesa, ó tema su ira.

Partíme edificado y aun admirado de semejante milagro tan patente y ocular, y en el camino de Barcelona hallamos muchos bandidos, pasando por enmedio de los lugares hombres feroces, y aunque asalvajados, galanes

de armas y tahalíes, de quien no tuvimos pocos sustos. A primero de Noviembre llegamos á Barcelona, y despues de haber reposado, tomando posada á propósito y comida, preguntando lo que habia que ver en la ciudad, me alabaron las calles adonde hacen peines, y se labran vidrios, el muelle y el castillo. Partíme de casa para velle, y llegando á la puerta, me impidieron el paso, diciendo no podian entrar peregrinos. Corríme, pero siendo en vano, me volví diciendo: «vuestras mercedes entienden poco las órdenes que les dan; porque peregrinos se entienden los de Armenia ó Moscovia, no los españoles, que por su devocion ó penitencia pasan á Roma en este hábito»; y esto dije á tiempo que llegaba el capitan de la dársena, que lo era de la guardia del Virey, y su caballerizo, y dijo: «mas sabe el señor peregrino de guerra que no vosotros de cortesía, y dice muy bien, pues á personas de tal porte no se les debe impedir la entrada, y en parte donde entran los que quieren. Entre v. md. conmigo, y estos si vienen en su compañía.» Respondió uno: «sí, señor, y somos sus criados,» cosa que á mí me pesó, y dije: «mis compañeros». Entró conmigo admirándose de verme.

Era este caballero de muy buena cara y talle, y me miraba tanto, que me obligó á preguntalle si admiraba algo en mí. Respondióme: «dos cosas: la una, un cierto respeto á que me mueve su cara y talle de v. md.; y otra, que en mi vida ví mas galan hábito ni mas extraño, y quisiera suplicarle me diga quién es y si puedo servirle en algo.» Díjele: «señor, soy un peregrino que va á Roma.» Y respondióme: «en todo lo es v. md.» Ibamos viendo aquella fábrica, y á esta sazon llegaron á nosotros dos soldados muy bien puestos, uno de los cuales bajando á besarme el pié con la mano, me dijo: «señor mio, V. S. sea muy bien venido dueño mio en esta pátria, en este hábito. ¿Cómo queda el Duque mi señor?» Respondió el

capitan de la guardia: «yo aguardaba á que v. md. me dijese su nombre y calidad, aficionado en extremo á servirle; pero el señor alférez Aranda me lo ha dicho, que es á quien debo agradecerlo; V. E. me perdone el no conocerle.» Quedéme como una estátua, y mis acólitos como unos mármoles en un confuso silencio, pues cada dia hallaban en mí novedades no pensadas, no conociendo á quién servian.

Era virey en aquella sazon el marqués de Almazan (1), el cual tenia tres hijas: Doña Margarita, la mayor, por extremo hermosa, bizarra y discreta; Doña Mencía y Doña Juana, iguales en perfecciones y no menos galantes y corteses, las cuales incitadas de la novedad ordenaron á cuatro gentiles homdres me buscasen y trujesen con una cortesísima embajada, ordenando tambien el Marqués me acomodasen un cuarto en casa, extrañando el hábito con que le dijeron venia. Sucedió pues que á otro dia me fuí á la comedia, que representaba el autor Francisco Lopez, de las compañías célebres de España, y hacia la famosa comedia de *Progne* y *Philomena* (2). Entré á oir la comedia, como si no fuera yo aquel delincuente que por tantos delitos iba huyendo. ¡Mocedad y aun novedad extraña! pues era cierta mi perdicion, si como se tuvo falsa nueva que iba á Portugal, se tuviera que iba á Barcelona; pero se echó todo el resto en enviar á Lisboa ó por ventura á la Andalucía, adonde enviaron tambien requisitoria, aunque creian por una y por otra parte habia pasado á Indias, por haber partido de ambas partes bajeles. La certidumbre de ser yo hermano del Duque quitaba toda sospecha; entré,

(1) Segun la nota ya citada del Sr. Clemencin, pág. 94, el marqués de Almazan entró la segunda vez en Barcelona hasta el 23 de Agosto de 1614, habiendo obtenido el mando de aquel Principado en dos trienios consecutivos.

(2) Fué autor de esta comedia el célebre Don Francisco de Rojas.

como dije, en la comedia y los compañeros detrás de mi silla, sin quererse sentar. Antes de empezar llegaron éstos cuatro caballeros, ofreciéndome el balcon dél, diciéndome no era decente estar yo abajo. Yo repliqué corrido, y ellos porfiando hube de subir al balcon con setenta señores. Quedamos muy amigos y ofrecieron visitarme, que lo hicieron aquella mesma noche, con un gran presente de su Excelencia el cual me pedia fuese á alojar á su casa, y que de no hacerlo aquella noche vendria en persona á llevarme, y juréles mil juramentos que no era quien pensaban, y que si daban en aquella porfía me saldria de Barcelona, corrido de burla. Creyéronme á lo menos en la apariencia, y quedamos que al otro dia los iria á visitar, no al Virey, sino á ellos. Aceptáronlo, porque solo deseaban que las hijas de su Excelencia me viesen, que era su comision.

Al otro dia, despues de comer, fuí allá enviándolas á visitar con el peregrino maestro Diego de la Daga. No estaban poco prevenidas las señoras, pues al punto se pusieron al balcon, y muy misteriosas preguntaban una á otra: «¿Qué querrá el peregrino en nuestra casa? ¿Qué puede querer un peregrino, respondió la otra, sino limosna?» Dijo mi señora Doña Margarita: «pues si pide limosna, sin que se canse se la daremos,» y sacando un ardite nuevo de una bolsa de tela de oro, le echó dando sobre la falda de mi sombrero. Oir yo decir las palabras, sentir el golpe del ardite, que es un maravedí de España, y levantar la cabeza, fué todo uno, y vi las tres referidas damas en la ventana. Hice mi acatamiento, y ellas en viéndome dijeron: «antojos trae» y respondí: «tales son los apetitos que veo delante que me los pusieran cuando yo no los tuviera.» Díjome: «¿y nos guarda con cuatro ojos?» (que es palabra aragonesa). Yo les dije: «las miro, que para guardarlas fuera necesario tener los ciento

de Argos.» Replicáronme: «¿no toma la limosna que le hemos echado, el peregrino?» Yo dije: «no ha traido Dios al peregrino á tal necesidad que pida limosna; pero estos son favores del cielo, pues vienen de manos de un ángel.» Yo la alzo y la beso y prometo ponerla por reliquia en lo mas alto de mi templo. Hice al punto que se horadase y cosiese encima de la rosa de mi sombrero, que subia un dedo de la copa; gastáronse conceptos; trocóse buen lenguaje; hubo equívocos entre tiernos y desgairosos por media hora, y los pícaros de los gentiles-hombres no venian, avisados para tal efecto. Quién decia que era galan; quién que soberbio, y quién que entendido y socarron. Preguntáronme que adónde iba; dije que á Roma. Dijéronme que dijese á qué; yo dije que á buscar lo que dejaba atrás, sobre el cual concepto se galanteó hasta que vinieron los gentiles-hombres, y yo me despedí de las damas, ofreciendo á su pedimiento visitarlas, y pagar la limosna en un soneto que pondré aquí, por parecerme á propósito para el caso. Diré primero que el Virey á la noche quiso saber lo sucedido. Dijéronle los gentiles-hombres mucho bien de mí, y la aficion que me habian cobrado, y que en todas materias habia dado mucha satisfaccion, y determinó que sus hijas admitiesen una visita para certificarse. Al otro dia me convidaron á ella, y yo fuí hallando dichas señoras en su estrado con algunas dueñas, entre las cuales una se echó en mis brazos, que creí era echadiza por fantasma, y llamándome «hijo y señor mio» mil veces, afirmaba era yo hermano del Duque, y que me habia criado (1). Tuve bien que defenderme de esta dueña ó duende,

(1) Mas adelante dice el autor que era tanta su semejanza con Don Diego de la Cueva, hermano del duque de Alburquerque, que encontrándole en Roma Don Mauricio de la Cueva le tomó por su propio hermano Don Diego.

y viendo que yo me enfadaba, se mudó de conversacion con pedirme la palabra del soneto, que fué el siguiente:

SONETO STRAMBOTADO.

El pasagero surca en blanca espuma
Plata argentada, rómpe olas hinchadas,
Y ofreciendo el mar urnas sagradas
El tesoro (en el Sur) halló de Numma.
Va el peregrino á Roma, y danle en suma
Reliquias que al sombrero trae fijadas,
Y ofendido del aire, sol y heladas,
Sufre lo que es imposible decir pluma.
Mas yo sin mar, sin aire, sol ni hielo,
Mas que ese pasagero ó peregrino
Hoy (por ser peregrino) gozo ufano;
Hallé una Margarita, un sol, un cielo,
Por lo preciosa serafin divino,
Que me dió una reliquia de su mano.
Envídieme el romano
Cesar, que pisó el mundo victorioso,
Pues no fué tan dichoso
Que como yo se hubiese coronado;
Y así pues he alcanzado
La limosna que tanto estimo y quiero,
Pondrela en el sombrero
Como medalla por favor fijada,
Y de modo estimada
Que el mundo es poco en cambio,
Y yo le diera
Si acaso rey del mundo Dios me hiciera.

Recibióse el soneto y hablamos mucho de la córte, ellas tocando en cosas del Duque; y alejándome cesó la

conversacion mas presto de lo que debia, porque la dueña me enfadaba diciendo muy á menudo: ¡por el siglo de mi madre que es él, yo le he criado en mis brazos! Despedíme con muchas ceremonias, no acetando jamás el alojamiento, antes diciendo que el acetar, el visitar á sus señorías era atrevimiento de forastero, gusto y licencia suya y no presuncion mia. Fuíme á mi posada, y el Virey aquella noche, discurriendo sobre el caso, resolvió á no porfiar á visitarme ni á alojarme, diciendo: «quien viene así no quiere que le conozcan, y si le ha sucedido algo que importe embarcarse, en mi casa no lo puedo excusar, y no haciéndome sabedor le puedo librar.» Prudente determinacion y para mí de perlas. Con la conformacion de la dueña llegó á término esta voz que los caballeros, si pasaba por la pelota, me ofrecian sus sillas, como tambien en la comedia, los banquetes y toda su casa. Vínome á visitar el señor arzobispo de Tarragona; por fuerza me llevó á comer á su casa, con mucho regalo, ofreciéndomela y dineros, que no aceté. Los mercaderes me ofrecian ropa y dineros, deseando granjear al Duque, y valga la verdad, que si yo fuera hombre de la vida de muchos, que despues he conocido, pudiera hacer allí la mayor presa que se hubiera jamás hecho, porque sin alargarme á mas, por la melodía pude casarme altamente, sin mas licencia que la del gusto de la dama y mio, &c. Tuve respuesta de mi soneto el dia siguiente, que fué este:

SONETO.

Entre densos celajes nubulosos,
Y entre montes de nubes intrincadas,
Se conoce en celajes las doradas
Obras del sol por rayos luminosos,

Los pinceles modernos y famosos
Los cubren con cortinas, que quitadas,
Descubren Magestades quimeradas,
Causan temor á pechos generosos.
Así, mi pasajero peregrino,
Haceis ese camino, siendo astuto,
Debajo de esclavina tan honrada.
Que sin duda conoce, como espero,
Todo el mundo debajo de ese luto
Que sois señor de esta alma enamorada.

Duraron los papeles, versos y visitas hasta que ya empecé con esta publicidad á entrar en recelo de ser descubierto, y mudando de posada, despues de haber acomodado al maestro Diego de la Daga por maestro del sobrino del Arzobispo, habiendo jugado en público las armas con todos los maestros de Barcelona con mucha satisfaccion, y el clérigo y el soldado partidos por tierra por la Francia y retirándose, me entretuve en hacer dos comedias, una de los *Milagros y sucesos de San Cárlos Borromeo*, que en aquel tiempo empezaba á florecer, y otra de las *Conquistas de las Islas Baleares por Enrique IV (sic) de Barcelona, y vida de San Olaguer*, obispo de aquella ciudad. Fué hecha, estudiada y representada en ocho dias, con admiracion de Barcelona; pues los mismos ocho dias fueron necesarios para las apariencias del teatro, y ser en Carnes-tolendas, tan célebres en Barcelona; la casa en tres dias no cabia de gente. La representó el referido famoso autor Francisco Lopez, á cuyo pedimiento las hice con mucho acierto y ornato, como tambien su muger Damiana, cuya representacion y hermosura era elevada, y mas su virtud y honestidad.

Deseaba partirme, pero no podia, porque en esta sazon sucedió la memorable tempestad del mar, que duró

desde el dia de San Martin hasta año nuevo, siendo universal, con tormentas crueles, vientos que arrancaban los árboles y los pasaban con sus raíces de un monte á otro, casas y muros desplantados con tan grandes fortunas, accidentales, aunque consecutivas, ráfagas y tales tempestades firmes, que en casi todos los puertos del mundo se perdieron muchos, particularmente en Génova once, en Barcelona ocho, en Nápoles casi todos, en Flandes infinitos, viéndose extender el mar adonde jamás habia llegado. Cesó la fuerza de la tempestad el dia del nacimiento de nuestro Salvador de mil seiscientos y trece, y acabó de aquietarse el primero del año nuevo de mil seiscientos catorce, á tiempo que Don Pedro de Leyva, deudo nuestro, General de las galeras de Sicilia, llegó allí con la marquesa de Ladrada, su hija, de la córte, (adonde habia hecho divorcio con su marido), y con cuatro galeras de Génova, cuyo cabo era Estéban Espínola, se embarcó, y conociéndome, me embarcó y dió su mesa y regaló en extremo, encomendándome á toda su gente. ¡Bendita sea la misericordia de Dios! Aquí se pudiera pedir licencia para descansar de tan no vistas ni oidas fortunas y desgracias, todo en un caso.

Aquí fué mi alegría en no temer mas justicia, provisiones y persecuciones. Aquí sí que abrí la boca y el pecho, exhalando congojas y dejando libre el pecho para gustos y pasatiempos, desechando sobresaltos y temores, navegando con fortunas que no nos querian dejar, aunque eran buenas. Ibamos, pues, por los puertos de Francia gozando de las Carnes-tolendas, que como en Barcelona empiezan de San Martin, y yo luciendo mucho entre las damas, cuyas ceremonias eran besar la boca á los caballeros. Pediánme en cada festin, y yo, á guisa de pájaro que escapa de la jaula, extendia las alas, y si no podia con el pico como ave, cantaba mi libertad con las castañetas de las manos

y las cabriolas de los piés. Llegamos hasta Monaco, pasando algunos dias en Marsella y Tolon, adonde tambien hubo célebres festines y juegos, y allí estuvimos algunos dias. Fuimos alojados en Monaco por su castellano, á quien por mi señora Doña Margarita, á mi partida, sobre muchos favores de no poca consideracion, fuí encomendado, así como á Don Estéban Espínola, General de las galeras, el cual me hizo allí un combite acabado, y en él nos desafiamos á fuerza algunos de los que allí comieron; y aunque hubo muchos y buenos mozos que mostraron sus agilidades, yo hice tantas que ninguno me igualó. Estaba presente el buen señor Don Pedro de Leyva, y riéndose decia: ¡viva el montañés de la casa de Estrada! Costáronme caras las burlas, pues probando á alzar un cuarto de cañon de artillería, quién le levantó un pié, quién le hizo perder tierra, y el que mas pudo fué levantarle cuatro dedos de tierra; tendile yo en el suelo, y cogiéndole por medio en las manos cruzadas, poniendo los codos sobre las rodillas, incorporándome todo; me levanté derecho con él para ponerle sobre su carreta, cosa que habia asombrado á los circunstantes. Pero como soy pequeño no alcanzaba á ponerle sobre el carro, de manera que tuve necesidad de alzarle con los brazos solos, para lo que fué necesario desunir el cuerpo; y como cargaba solo sobre brazos y espaldas, al arrojarle sobre el carro se me tornaron á desencajar los riñones, con una castañeta terrible, de que estuve muy malo, y jamás enteramente he tornado á sanar. Curéme con el remedio referido de la torre. Pesóle mucho á Don Pedro y á los demas, que no habian podido, ni pudieron ponerle otra vez, aunque probaron.

Llegamos á Génova á los tres de Febrero, domingo de Carnes-tolendas, adonde descansé algunos dias en casa de Don Juan Centurion, hijo del marqués de Estepa, y muy amigo mio de la Andalucía, gozando de las delicias de

aquella ciudad, que son muchas, como quien ya vivia sin cuidados ni recelos de provisiones y libre de enemistades de mis enemigos. Despues de haber descansado (ya parece que vivia nueva vida) con mucho gusto, me despedí del señor Don Pedro de Leyva, y me partí camino de Liorna por tierra. Ví la ciudad de Pisa, famosa por las hazañas de sus antepasados, por sus grandes edificios y torres, particularmente la del Domo é Iglesia Mayor, la cual desde su fundamento empieza con arte maravilloso á parecer que se cae en tierra, con muchas labores mosáicas y extraño artificio; el rio Arno que atraviesa la ciudad ciñendo la mitad de ella en forma de pretina, sus famosas escuelas, sus judáicas sinagogas de muchos hebreos frecuentadas, sus puentes del Alcázar grandiosos, sus puertas, plazas y calles que muestran bien la grandeza de sus antepasados; y visto esto pasé á Liorna, fortaleza de la grandeza del Excmo. Sr. Gran Duque de Toscana, inexpugnable, circundada del mar y llena de grandiosa artillería. La ciudad es pequeña, pero tan hermosa, que es la joya de Europa; tiene las calles anchas, iguales y enlosadas, y puertas y ventanas conformes, las cuales vienen á dar á una plaza que es la del Domo, que así se llaman en Italia las catedrales; de la cual plaza se miran todas las puertas de la ciudad, y ella es capaz de meter en órden tres mil hombres armados en escuadron. Son todas las paredes de las calles pintadas con las vitorias y presas del Gran Duque y sus antecesores. Hay una judería de españoles-portugueses, con privilegios de traer sombreros negros á diferencia de otras partes. Hay guarnicion y escuela de soldados, siendo plaza de armas de aquel estado; es guarnecida de fortísimas y artificiosísimas murallas, circundadas de un brazo de mar, en cuya playa van fabricando casas á modo de Venecia. Tiene un baño ó serrallo de esclavos, capaz, fuerte y hermoso. Tiene una dársena y

muelle, cosa excelente, en su marina; la estátua de su Gran Duque, de bronce, sobre cuatro valientes turcos al vivo, que parece que hablan; y en suma, es mercantil, abundante, rica, hermosa y bien gobernada, y deliciosa de gentes. Hallábase allí su Gran Duque con su córte, y habiéndome visto un dia solemne de escuadron, admirando el hábito mio, trazó me llamase la señora de Austria, su madre, y estando en conversacion entró el Duque, y queriendo yo muy apriesa ir á besarle la mano, se apartó de mí con notable descompostura, quedando sin color en el rostro. Yo, conociendo su recelo, me puse la rodilla en tierra diciendo: «ya que V. A. Sacratísima no me deja allegar á besarle la mano, lléguese á mí para que se la bese, y pierda el recelo, que los españoles no somos traidores, ni traemos disfraces para tal efecto; que este vestido es reliquia de un luto muy fijado al alma.» Conoció la Sacratísima de Austria, que era hermana de la reina Margarita, nuestra señora, el recelo del Duque, mi entereza y conocimiento de su temor, y alargando la mano, me la dió á besar diciendo: «Cosme, quien me besa la mano á mí puede besárosla á vos.» Volvió el Duque en sí y dióme á besar su mano, y haciéndome muchas preguntas, me entretuvo aquel dia. Despedíme á la noche, pero habiéndole dicho parte de mi historia, á su peticion me dijo me quedase á ver correr el estafermo al otro dia, y me dijo si queria correr. Yo le dije no tener lo necesario, y él ofreciómelo, y mandó me diesen de sus vestidos lo que me hiciese falta. Enseñáronme muchos vestidos bordados, pero hechos á la italiana, como agora se usan, de faldas muy cortas y mangas muy estrechas. No me pareció recibir vestido, ni serme conveniente, y así solo acepté una banda bordada de oro y perlas, muy rica, negra, y un gran penacho de plumas, con un adérezo de espada y daga negro y oro, y quitarme el luto; y quedé con mi calzon, jubon

y ropilla de tela de oro, que era muy rico y bien hecho, con rosas de puntas de oro, y púseme un cintillo que yo traia, y una joya de diamantes, con una valona muy rica. Salí de esta manera tan lucido, que aunque los demas salieron con muchas joyas y recamos, fué alabado mi traje. Fuí á Palacio á pié, besé la mano al Duque, y mandó que me diesen un caballo de los suyos. Tiene grandiosa caballeriza, digna de un rey; los caballos están enseñados á saltar los cuatro piés casi en una vara en alto (escuela particular de Italia). Parecíales que yo, siendo enseñado en España, adonde no se usa, tendria algun desaire; pero acabado de subir, y sosegado el caballo, le dí la vuelta y arrimé á la pared, adonde avivándole con la baqueta, él empezó sus corvetas y yo á seguirle. Díle el trote y el galope á los tornos, y al fin una carrera, y parado el caballo delante de Su Alteza, hice el acatamiento á él y á la Sacratísima de Austria; apeéme, llamóme y abrazóme, gustando que corriese con él por la tarde la pareja. Corrióse la quintana ó estafermo, y quebré en él nueve lanzas, y las tres de la barba á la frente, con mucho aplauso y grita del pueblo. Estuve allí ocho dias, despues de los cuales pedí licencia y me partí, no obstante que me queria casi forzar á que me quedase; pero llevando otra intencion, no lo acepté. Ofrecióme dineros, no los tomé; pero hízome tomar la banda y plumas, y una joya de sombrero de doscientos escudos.

Partí para Sena, ciudad famosa por sus torres y campanarios, y por el nacimiento y casa de la vírgen Santa Catarina; tiene hermosas fuentes, Domo y hospital, plazas, calles, nobleza y mercancía, y sobre todo el perfecto lenguaje toscano, y muestra bien haber sido república de consideracion. Allí estuve toda la Semana Santa, tratando de lo que debe un cristiano, que fué por cierto muy de ver, y de mi consolacion. Visité la iglesia, donde está el

Santo Cristo que habló á Santa Catarina, y pasada Pascua me partí para Roma, llegando á ella á los tres dias de Abril. Visité el tamplo de San Pedro, admiracion, como tambien cabeza del mundo, así de fábrica como de santuario, adonde se debe poner el *Non plus ultra*, y adonde se deben colocar los modernos pinceles del incomparable Apeles, Timantes y Zeuxis, el Miguel Angel Buonarrota, y del Mudo (1), pues mudo hablan y representan sus diseños al natural. Ví y admiré sus monstruosas columnas, frisos, architraves, cornisas, efigies, arcos, estátuas (émulas de las de Chrisipo, Crito y Miron); sus altísimas y adornadas portadas; sus columnas Trajanas y Pompeyanas, con admirables historias en preciosos mármoles esculpidas; su celebrado coliseo, capitolio, termas, mausoleos, obeliscos, soberbios palacios, jardines de tan admirable compostura é intrincados laberintos, guarnecidos de suntuosos palacios y adornados de preciosos mármoles, estátuas y fuentes, compuestas con tan preciosas tapicerías y cuadras, que allí el mas perspicaz ingenio, el mas seguro y maduro talento, el que mas conocimiento tiene de lo natural y artificioso, vacilando entre sí sin poder discurrir ni determinar lo verdadero, disputa sin definicion si el arte vence á la natura, ó por el contrario, si la natura supera al arte. Adorna á lo referido la grandeza y profundidad de aquel famoso y antiguo rio, llamado Tíber, de quien tomaron nombre sus pueblos, para magestuar y amplificar la grandeza de esta antigua pátria y madre de tantos Césares, que imperaron el mundo como cabezas de él; la existencia del que lo es hoy de la cristiandad, el uno Pontífice Romano y Vicario de Cristo con los apóstoles y discípulos suyos los príncipes de la Iglesia, cardenales de ella, con tan magnificentísimas pompas, cortes y gran-

(1) Juan Fernandez de Navarrete, llamado el Mudo.

dezas, que bien considerado mueven á tener respeto y veneracion. Excusado considero buscar en estos mis *Comentarios* lo exquisito, lo culto y exagerativo; porque tratándose de una beldad sincera, llana y sin inventiva, si yo me esmerara en el lenguaje y adorno de la historia, mostraria mas presto ser novelas de entretenimiento que historia verdadera, y así he huido de lo histórico, fabuloso y poético á pesar de mi inclinacion.

Visité la Escala Santa, santuario venerado y adorado de toda la cristiandad; San Juan de Letran, habitacion propia de los Pontífices, como Obispos; Santa María la Mayor, cuyas célebres capillas de Clemente VIII y Paulo V exceden en arquitectura, riqueza de pórfidos y adorno de estátuas y joyas á la parte mas rica del templo de Salomon. Visité en suma las iglesias, templos y reliquias de mas consideracion, que sería larga historia el referirlas, y traté de comer con el Papa como peregrino. Acostumbraba en aquel tiempo ir á la Santísima Trinidad, hospicio adonde caballeros principales van á lavar los piés á los pobres, y los tienen allí, poniéndolos en lista para ir á comer con el Papa, y escogiendo los mas principales y limpios de entre ellos. Designó á este efecto varios de todas naciones, y fuimos escogidos entre ellos yo y otros dos caballeros españoles, que por comer con el Papa se habian vestido de peregrinos, y con la mesma intencion tres caballeros franceses, tres italianos y tres tudescos. Fuimos al otro dia á comer con Su Santidad, como le sucedió á San Pedro. Entramos á besar el pié á Su Santidad y sentándose á la mesa, que estaba tres gradas mas alta que la nuestra, y dada la bendicion, nos mandaron sentar en la mesa de abajo, asistiendo el cardenal vicario y algunos obispos, trayéndonos los platos algunos monseñores de la mesa de Su Santidad, regaladísimos, exquisitos vinos, principios y postres, tales que cuando nos

levantamos á besar el pié á Su Santidad y recibir las indulgencias de medallas y coronas, un caballero francés llamado Monsieur de Roig, bajándose á besar el pié, habia cargado tanto la cabeza, que dió con ella sobre el pié de Su Santidad, vomitándole todo el capazo. Desdeñóse mucho el Pontífice, y así fué esta la postrera vez que han comido los peregrinos á su mesa ni de sus sucesores, ordenando se haga en Palacio una mesa que llaman del Papa, adonde sirven monseñores y no cardenales ni obispos, aunque se sirve con mucho regalo, policía y caridad á los que van.

No fué tan secreta mi llegada á Roma que ya mi estudiante y soldado no hubiesen dado noticia de mí y de mis sucesos al señor Don Francisco de Castro (1), conde de Castro y duque de Taurisano, que se llamaba á la sazon embajador de la Majestad Católica en Roma, el cual me envió á llamar. Entré en Palacio á dos horas de noche, y hallándose en la antecámara el señor Don Mauricio de la Cueva (2) hermano del duque de Alburquerque, que del caso no tenia prevencion alguna, y viéndome entrar, reparando en mí y haciéndose cruces, me vino á abrazar diciendo: «¡Don Diego, mi señor hermano de mi alma!» Yo que no le conocia, respondí: «no sabia yo que mi madre era tan gran puta que habia venido á empreñarse tan lejos; que yo la tenia por muger de bien.» Desconocióme

---

(1) Fué hijo de Don Pedro Fernandez de Castro y Andrada, quinto conde de Lemus. Trata de él Cabrera en varios lugares de sus *Relaciones*. En 1602 fué nombrado virey de Nápoles (página 133) y en el siguiente año, de Valencia, sucediéndole en aquel cargo el conde de Benavente (páginas 143 y 163). Por los años de 1609 pasó de embajador á Roma (página 362).

(2) Hijo de Don Beltran de la Cueva, sexto duque de Alburquerque y hermano de Don Francisco Fernandez de la Cueva, sétimo duque que heredó el título y estados en 13 de Marzo de 1612. Tuvo en efecto un hermano llamado Don Diego, que fué caballero de Santiago. Véase á Lopez de Haro, *Nobiliario genealógico*, tomo 1.°, página 350.

á la voz, y respondióme: «V. md. me perdone, que le tuve por mi hermano, y no le estuviera mal el serlo del duque de Alburquerque, de quien yo lo soy.» Supliquéle me perdonase, y brevemente le dije lo sucedido en Barcelona. Respondióme: «cuando yo me he engañado disculpa tienen los demas; demos un picon al Embajador.» Despedida la visita en que estaba, que era del príncipe Colonna, al volver á la sala llegó el señor Don Mauricio y dijo: «V. E. ha de besar la mano á Don Diego mi hermano.» Volvió la cabeza el Embajador y abrazándome dijo: «Jesus, señor Don Diego! y qué hombre está.» Y yo abajándome á tener la mano á la rodilla, le dije: «basta para poco este tiro, que no soy él.» Entramos adentro y celebróse el cuento de Monserrate (1) y Barcelona, y particularmente el suceso presente del señor Don Mauricio. Aseguráronme que no era posible haber dos hombres mas parecidos que el señor Don Diego de la Cueva y yo en el mundo, en estatura, facciones y color de rostro, y ojos, cabellos y barba, aunque poca, facciones y talle; solo en el metal de la voz, que el mio era claro y sonoro y el suyo mas abultado y bajo, que de otra manera aun su hermano me tuviera por el mesmo. Estaba este caballero en la corte de la señora Infanta, y era fácil el venirse encubierto, y así se daba mas color á la invencion.

Dí cuenta al señor Embajador de todos mis sucesos muy por extenso hasta el dia presente y pedíle su favor, el cual me ofreció, concediendo al señor Don Mauricio licencia para alojarme en su cuarto, que lo pedia muy de veras para consuelo de la ausencia de su hermano, y mandándome me vistiese de clérigo, ofreciéndome en caso de provision de canonicato ó beneficio simple, hacerme pro-

(1) Véase la pág. 100.

veer tambien de licencia de Su Santidad para ser dispensado de las muertes y para decir misa. Salí á pocos dias con hábito de clérigo y no poco galan; fuí á besar la mano al señor Cardenal de Borja, sobrino del señor Don Tomás de Borja (1), que me tuvo en la pila del bautismo y murió arzobispo y vírey de Zaragoza. Rió mucho y celebró mis cuentos é historia con S. E., y los dos me ofrecieron ayudarme.

Era la casa de S. E. el templo de la paz, virtud, amistad y deleites honestos, entreteniéndose lo mejor de Roma de cardenales y príncipes en ella, porque hacia representar á sus tres hijos y con ellos los mejores cortesanos de la nacion española, y sus gentiles hombres y pages. Teniendo noticia de las comedias que hice en Barcelona, me pedia hiciese una que en una semana se pudiese hacer. Disputamos sobre esto, y me dijo que para ajuntar él los consonantes le eran necesarios quince dias, y yo le respondí: «por vida de V. E. que la he de hacer en cuatro.» Quiso ver esto, á su parecer maravilla, y dióme el asunto, porque no se pudiese decir ser hecha ya. Retiréme é hícela en tres, con tanta admiracion suya, que lo veia y no acababa de creerlo. Hízola luego estudiar y representar de sus hijos y caballeros cortesanos, y yo tambien que hacia papel en esta intitulada *El renegado por celos*, como en otras tres que hice, sus títulos, *El gran duque de Sajonia*; *La vega de Toledo* y *El ejemplo en la pobreza*. Salí con

(1) El mismo ya nombrado en la pág. 11 de estos *Comentarios*, el cual era hijo del duque de Gandía, Don Juan de Borja. En 1597 era canónigo de Toledo. En 1600 fué nombrado obispo de Málaga y en 1602 arzobispo de Zaragoza, y mas tarde, en Setiembre de 1606, virey de Aragon. Murió en 1610. Véase á Cabrera, *Relaciones*, páginas 53, 153 y 289 y al padre Lamberto Zaragoza, en su *Teatro histórico de las iglesias de Aragon*, tómo IV, páginas 101 y 103.

tantas ventajas en los demas aplaudido, que los cardenales y señores me ofrecian sus casas con rosas y favor. Besé el pié á Su Santidad y gocé de las funciones eclesiásticas cuatro meses, adonde tuve cartas y dineros de mis padres, consolados de mi hábito é intencion, y ofreciéndome cincuenta escudos cada mes si me quietaba y seguia la iglesia. Pero ya fuese que mi desdicha no me dejaba acabar lo que en mí determinaba, ya que Dios por sus investigables caminos disponia y permitia que yo pasase mayores trabajos, esto no tuvo efecto, porque paseando un dia con un caballero llamado Don Dionís, mozo alentado, aunque de mala lengua (por dos caminos, pues era ceceosa y mordaz), pasando por la casa de una dama á quien yo tenia obligacion, estando ella á la ventana, le dijo dos desvergüenzas. Ella respondió que no se espantaba de él, que ya era su solito ser deslenguado, sino de que yo le sufriese. Roguéle (como ya empeñado) que callase, y él respondióme tan descortesmente, que alzando la mano le dí tal bofeton, que dió la cabeza sobre el estribo del coche, el cual alzando yo con el pié, cayó abajo en tierra. Saltáronle encima los demas, á quien tambien habia parecido mal el término de caballero, y aunque se levantó presto, ya yo estaba en tierra con el cuchillo de un estuche en la mano, con el cual tirándole le rompí la manga del brazo derecho. Despartiéronnos, y á pocas noches me avisaron que me buscaba con espada y broquel. Salí con las mesmas armas á buscarle y hallándome á la puerta del cardenal de Borja le dije: «¿para qué me busca tanto quien tan presto me puede hallar?» y esto dije sacando espada y broquel, y dándole tanta priesa y tan ciego de cólera, que le metí hasta la escalera misma del Cardenal, quien se disgustó mucho conmigo por ello; tanto porque era su cortesano, cuanto por ser en su casa. Así lo demostró con el Embajador, el cual fué de parecer que no

estaba yo bien en Roma con tan gran contrario. Colgué, pues, los hábitos de clérigo, y hechas algunas galas soldadescas, además de las que ya tenia para debajo de los hábitos (que siempre hacia vestidos enteros para lo seglar y para salir de noche), despidiéndome de S. E. y del señor Don Mauricio, con cartas suyas para el conde de Lemus, hermano del dicho señor Don Francisco de Castro, y para el señor Don Antonio de la Cueva, hermano del señor Don Mauricio, me embarqué en una faluca.

Pasé los rápidos corrientes del caudaloso Tiber, contemplando de cuántas fábulas insignes es urna y sepulcro, y de cuántos Césares imperiales, de lo que soberbio é hinchado al desbocar en el mar, con intrépidas olas forceja por vencerle, en cuyo contraste han padecido muchos bajeles mísero naufragio, sumergiéndose en él. Tuve felicímo viage y desembarcamos en Puzol (1), antiquísima y amplísima ciudad del tiempo de los emperadores romanos, y á ruinas del tiempo reducida, á la pequeña ciudad y puerto de Baya, que está enfrente, en cuyo mar se ven reliquias de un puente de siete millas en el mesmo mar. Vi los baños, aunque sin las virtudes primeras, perdidas por encantos y hechizos; las cien camarillas debajo de tierra, cosa admirable, ruinas de grandes edificios, una azufrera que tiene todo un monte hecho cenizas, y otras cosas admirables. Pasé á Aniano, en cuyo campo está un lago junto á una gruta, que metiendo en ella un perro al instante muere, y echado en el lago cobra vida. Quise probar esto y entré con admiracion de toda la camarada, y salí libre con sólo un poco de dolor de cabeza, quedando espantado de mi atrevimiento. De allí pasé á Nápoles, adonde quiero reposar.

---

(1) Pozzuoli.

SEXTA PARTE.

1614.—15.

¡Cuán engañados vivimos los mortales en esta vida, qué falaz es el tiempo, qué vanas las esperanzas y qué frágil la confianza adonde funda un hombre su descanso! En el fin de cada cuaderno de estos he pedido licencia al lector para descansar porque vivia engañado; ahora de aquí adelante pediré, como en este postrero, licencia para reposar yo y al lector para que descanse de leer tantos trabajos mios, pues veo que cuando me despedí de Toledo en el primer cuadernò creí descansar en Madrid, y fué el principio de mis innumerables desgracias. En el segundo tomé descanso en Ecija, aunque agüerando desgracias y previniendo presagios, y fué mi prision, tormentos, cuestiones y sentencia de muerte en la cárcel de Toledo, adonde en el tercer libro pido me dejen descansar de mi tormento para prevenir mi libertad. En el cuarto, ya libre de mi prision, aliento en Guadalajara aun no fuera de peligros. En el quinto y último, ya fuera dellos, cuando fuera justo le pidiese y le tuviese el lector de leer tantos naufragios y yo de pasarlos, no dejándome de perseguir fortuna y moverme una repentina desgana de mi propósito de seguir la iglesia, empiezan tan varios sucesos y tan arrebatadamente sucedidos que aun no he tenido lugar de escribirlos hasta hoy, que ya cansada fortuna de probar en mí sus mas crueles, mortíferos y reservados golpes, no habiendo podido acabarme la vida, me deja como incapaz de darme muerte, y retira el brazo para darme mayor golpe. Mientras le espero, pues, y reposo este invierno de las cosas de la guerra en este castillo de Fraumberg, en el reino de Bohemia, adonde soy castellano,

escribiré lo sucedido desde edad de veinte y cinco años, que fué mi entrada en Nápoles, hasta el tiempo presente; porque siendo cosas notables, aun tendré memoria para poder acordarme dellas y referirlas, sin que me falte cosa notable de mi historia.

Entré en la esclarecida ciudad de Nápoles, la cual se escribe en esta forma, N. P. L. S., que no solamente significa *Nápoles*, pero aun con las mesmas letras se escribe *Non plus*. Seria necesario para su descripcion un libro entero; pero porque esta se halla en diversos volúmenes, digo solo de esta suntuosa y ámplia ciudad, que despues de Constantinopla, que en Europa es la primera y París la segunda, compitiendo esta con la grandeza de Lisboa, igualándose y pasando la circunferencia de los muros de Roma y superando el pópulo (1) á estas y las demas de Europa, Milan en Lombardía, Sevilla en España; Florencia en Toscana, Gante en Flandes, Praga en Bohemia, Benecid en Dalmacia (2), Posonia (3) en Hungría, Cracovia en Polonia y Lóndres en Inglaterra. Es la mas populosa, rica, deliciosa, fecunda y noble de toda la Europa, así en jardines, fuentes, frutas y carne, en caza, peces, legumbres, como en temperamento proporcionado, en riqueza y comercio. Engrandécenla ricos y suntuosos templos; adórnanla nobles y suntuosos palacios; guárdanla fuertes y hermosos castillos; ennoblécenla grandiosos y potentes príncipes; hermoséanla ilustres y bellas damas, y guarnécela y enriquécela el mar que por una parte la

---

(1) Esta por poblacion, gentío.

(2) La Dalmacia en este tiempo se dividia en turca y veneciana; pero ni en la una ni en la otra se halla ciudad de este nombre. Quizá haya de leerse Sebenico.

(3) La antigua Pisonium ó Plexum, hoy Presburgo, era la capital de Hungría la alta.

ciñe; siendo su mayor delicia el paseo de la calle de Toledo, de carrozas y señores á caballo, que apeándose en el puerto de Santa Lucía, cuyas fuentes le adornan y deleitan, se embarcan en velocísimas falucas entoldadas de ricas telas en gran cantidad, y van gozando de la apacible ribera y de la multitud de dulces y agradables voces que en diversos acordes y bien tañidos instrumentos recrean por todo el camino á los que en él se festejan, pasando ó deteniéndose en tres millas de soberbios palacios de príncipes y maravillosos jardines y fuentes de vistosos artificios y labores que en la falda y márgen del mar y montaña de Posilippo están, como por la otra parte el soberbio y ambicioso jardin llamado Pozo Real, cuya abundancia de aguas é invenciones dellas, el camino lléno de árboles y fuentes merece bien el nombre de Real y que sea estimado por tal. Poco me he detenido, pero voy de priesa.

Llegué aquí, y queriendo desembarcar en el muelle, cargado de galas y plumas, la faluca no podia bien llegar. Era por la tarde á hora del paseo, que tambien alcanza hasta aquí parte de su muchedumbre: allí entre los que estaban en los escalones del muelle estaba un mancebo, galan y hermoso, el cual viendo que la faluca por la mareta no llegaba bien, dijo: «v. md. salte, caballero, »que yo le daré la mano.» Parecióme que hacia injuria en darme ánimo y saltar, como si yo no le tuviera, y respondí: «mucho vale su mano de v. md.; pero para ma»yores saltos bastan mis piés.» Salté con peligro al parecer de caer con todas mis galas en el mar, y algunos de los muchos que estaban lo pensaron. Bajando en tierra, aquel caballero me dió la mano diciendo: «sea muy bien »venido v. md., que cierto me pesara cualquiera desgracia »suya, y por eso le ofrecí la mano para que no le suce»diera ó la pasáramos los dos.» Agradecí su bueno y cor-

tés ofrecimiento, y aficionéme de su talle, lenguaje, cortesía y cara, que todo mostraba ser de hombre noble. Ofrecióme la casa de su padre, el capitan Pablo de Bordoy, caballero catalan y valerosísimo soldado, de grandes servicios á Su Magestad. No la acepté, y tomando dos sillétas á la usanza de aquella ciudad, que andaban por las calles para este efecto mas de cuatro mil, me llevó al cuartel de los españoles, á una muy buena posada, haciendo traer mis baules de algunos que allí llaman portaropas, y donde los dos fuimos los mayores amigos que en Nápoles hubo. Pero tengamos punto aquí, y dejemos este caballero para otra ocasion y vamos á mis sucesos.

Paseéme tres dias por Nápoles, y al cuarto, despues de soliloquios y discursos, enamorado de ver entrar de guardia un capitan llamado Don Juan de Paredes, hombre de gallardísimo talle, cara, presencia y galas, y á su alférez Don Cid de Peralta, tan airoso, galan y diestro en todas acciones, que le daban el primer lugar entre los de nuestra nacion y el ejército, me arrimé á una columna de Palacio, adonde estaba cerca en una conversacion dicho alférez; en cuya sazon llegó aquel caballero llamado Don Pablo de Bordoy, que me dió la mano al desembarcar, diciéndome: «amigo caro, ¿cómo salís sin mí?» Respondí: «por ver entrar la guardia.» Mirábame Don Cid de Peralta, el alférez, tan de hito en hito, que me causó cuidado. Llamó á Don Pablo y preguntóle quién era yo, y este díjole lo sucedido en el muelle, á que respondió Don Cid: «en mi vida he visto hombre de su estatura mas galan y »airoso y que vista con mejor gusto, ¿sabeis quién es?» Dijo Don Pablo: «no, pero es hombre de muy buen gesto.» Llegóse el alférez á mí y díjome: «caballero, ¿es es»pañol v. md? Pero sí lo debe de ser, pues el traje lo »dice.» Yo respondí: «v. md. se ha dado la respuesta á su »pregunta.» Díjome: «no lo tome á mal, le suplico, que

»lo pregunto para ofrecelle mi casa y mi vida tambien, »y no hago mucho, pues cuantos aquí están se le han afi»cionado sin conocerle.» Díjele en breves razones: «soy »español y de Toledo, vengo vomitado del mar como Jo»nás de la ballena, á fuerza de desgracias. Aficionéme, »viendo entrar esta compañía de guardia, al talle del ca»pitan y bizarría de v. md. y paréme aquí con un pensa»miento.»—«Quedo muy agradecido, me contestó, del »cortés ofrecimiento, y ofrezco lo que valgo para servir á »v. md.» Entretuvímonos un rato y ajustóse la amistad de manera que aquella noche cenamos juntos una mano de caballeros españoles, adonde despues haciendo pruebas y habilidades, confesó el alférez no haber hallado hombre en el mundo que le hubiese confundido sino yo. Díjome que daria cuanto tenia en el mundo porque fuese su camarada, y yo que soy de sangre fácil se lo prometí aquella noche.

Luego á otro dia, poniéndome diferentes galas para salir, al desembocar de mi puerta, le hallé con una camarada de caballeros, que juntos nos fuimos á misa, y de allí á Palacio, y dél á la escribanía de Racion, en la que asenté plaza de soldado á los veinte y cuatro de Setiembre año de mil seiscientos catorce, y de mi edad veinte y cinco.

Ese mesmo dia me llevó á comer consigo mi capitan Don Juan de Paredes, haciéndome su camarada, y proveyéndome de dos escudos de ventaja. Sintióse tanto de esto el alférez Don Cid de Peralta, hombre altivo, bizarro y primo del conde de Villamediana (1), que al presente es-

(1) La condesa de Villamediana se llamaba Doña María de Peralta Muñatones. Segun Cabrera (*Relaciones*, pág 444) el Conde se partió de la corte por Agosto de 1611 para ir á Nápoles, en compañía del marqués de Santa Cruz, cumpliendo la órden que se le habia dado de destierro por excesos cometidos en el juego.

taba en Nápoles, que casi se desafiaron, no hablándose en muchos dias, y yo por no agraviar á ninguno dejé de serlo de entrambos á dos. Presenté mis cartas al señor virey, el conde de Lemus (1), así de su hermano, como á Don Antonio de la Cueva del suyo, Don Mauricio, que por ellas fuí bien recibido y mandado quedar en Palacio. No lo acepté, diciendo que queria ser verdadero soldado; y en fe de ello pedí luego ir á la jornada de los Quérquenes, que en aquel mes sucedió, adonde fuí de los primeros en esguazar el lago, y despues en retirar á lo último al duque de Nochera (2), caballero napolitano de grandes esperanzas, que despues de recibir cinco heridas le defendimos y retiramos de muchos moros, como tambien á otros caballeros, porque se peleaba en el agua hasta la cintura, siendo tan crueles aquellos alarbes que, despues de haberles pasado la pica por el cuerpo, ellos asiéndola con las manos, se la metian hasta llegar tan cerca del que la tenia que le daban con los alfanges. Desta manera mataron á muchos, hasta que conociendo la desesperacion de aquellos bárbaros, dimos en dejarles las picas en el cuerpo.

Acabóse la jornada y volvimos á Nápoles, adonde su Ex.ª agradeció el haberme querido hallar en aquella empresa, habiéndome él dado licencia para quedarme. Hallé aquella noche á su mesa á Don Francisco de Castro, hijo de Don Beltran de Castro (3), virey en las Indias y primo del conde de Lemus; y viéndome entrar á besar la mano al Conde, que como digo, me recibió tan bien,

---

(1) Don Pedro Fernandez de Castro, que reemplazó al conde de Benavente en 1610.

(2) Francesco Maria Caraffa, Duca di Nocera.

(3) De este Don Beltran trata Lopez de Haro en su *Nobiliario*, diciendo que fué general del Callao, y gentil-hombre de boca del Rey Felipe II.

admirado y pidiendo licencia, se levantó de la mesa á abrazarme, diciendo: «el amigo mas del alma que tengo en el mundo es el señor Don Diego, y así V. Exª. perdone este exceso.» Gustó de ello el Virey, y de qué le dijo habiamos estudiado y criádonos juntos antes, pues en un mismo dia nos vestimos de clérigos, y éramos camaradas con los sobrinos del Cardenal en los estudios. Pidiéndole licencia para que pasase mi plaza á su compañía y fuese su camarada, concedióla su Exª, y él en cambio mio dió dos soldados, los que quiso el capitan Don Juan de Paredes, que con gran disgusto obedeció, como tambien el Alférez, aunque por ser maestre de campo Don Francisco, y primo del Virey, no se atrevieron á disgustarle, y así pasé la plaza á los siete de Mayo de mil seiscientos y quince, habiendo estado en esta siete meses y medio lo mas embarcado.

En este tiempo sucedió la jornada de Alarache, la de Salonique y el Estancho, para las cuales pedí licencia y la tuve, aunque con dificultad, porque Don Francisco de Castro deseaba estuviésemos siempre juntos. Halléme en todas ellas con el señor marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, siendo de los primeros en embestir tan desatinadamente que el Marqués me mandó no saliese de su popa, y en tierra no dejase su persona, so pena de su desgracia, que deseaba emplearme en mayores cosas, y que no estaba la valentía en embestir sin prudencia, sino en obedecer con paciencia y mostrar el valor cuando se le ordenaba. Pesóme mucho me fuese á la mano, doliéndome esta reprension, en la cual me dijo que aprendiese primero á ser soldado, y que despues ejecutaria el serlo. Yo deseaba hallarme en ocasiones, como en las que me hallaba, y así quedé poco contento, si bien siempre hacia escapadas, como fué en Salonique, que volviendo las espaldas la gente, despues de ganado

el Getato (1) de los judíos por la defensa marina que hacian en el castillo, y viendo el Marqués mas de cuarenta heridos le pareció embarcar la gente, á lo que yo respondí: «Por cuatro trapos viejos que pierde V. Ex.ª deja de tomar un castillo; aun quedan por escojer las mejores piezas.» Caballeros, ¡al petardo! y dicho y hecho, toda la nobleza acudió, y el Marqués dijo: »¡Ea, caballeros, el diablo es mi paisano.» Dióse el petardo tan velozmente, que perdiendo solos dos hombres fueron las puertas á tierra, que con esto y con el humazo se rindieron, valiendo la presa mas de un millon.

Volvimos destas jornadas á Nápoles, despues de haber tomado los dichos lugares, adonde el Conde-Virey me hizo mucha merced, y escribió á Su Magestad una muy favorable carta, representando mi calidad y servicios, y consultándome en ocho escudos de ventaja; pero siendo en tiempo de un decreto expreso que no pudiesen salir mas de cuatro de una vez, por las muchas y grandes ventajas que habia, me salieron solo los cuatro. Respondió Su Magestad: «Basten estos y el no quitarle la cabeza. Gran resolucion de mozo, pues huyendo por tan graves casos, se atreve á negociar me escriban, que es darme aviso de que está en Nápoles!» A lo que respondió el de Lerma: «Señor, muestra el ánimo que tiene de hacer á vuestra Magestad tales servicios que merezca el perdon.» A lo que dijo el Rey: «Bien lo ha menester, que fué grave y sanguinoso el suceso de la cárcel.» No le respondieron, por no enojalle. Consultáronseme los ocho, y el Consejo quitó los cuatro, dejando los otros para el primer servicio relevante que hiciese, admirando el Consejo todos mis sucesos y determinacion de ir á servir al Rey.

---

(1) *Getto* llaman en Roma al barrio de los judios.

En tanto que sucedian estas cosas en Madrid, adonde hacian gigote de mis memorias, no pudiéndolo hacer de mis carnes, y solicitando cartas de Su Magestad para prenderme en Nápoles, lo cual estorbó el Duque diciendo: «¿A qué le persiguen, pues le guarda Dios para que sirva al Rey?» yo estaba como digo entretenido con entrar de guardia, lucir mis galas y pasear damas.

Habia juntado el Conde-Virey una lucida Academia (1), habiendo traido consigo al singular, si desgraciado, ingenio de Francisco Ortigosa, al insigne rector de Villahermosa Leonardo Lupercio de Argensola, cuyos versos y conceptos celebra el mundo, siendo ejemplo sin imitacion, y al Doctor Mira de Mescua, excelente poeta, cómico y lírico; al famoso Gabriel de Barrionuevo, celebrado por sus entremeses, á Lupercio Gabriel de Argensola (2), su secretario de Estado, hijo del divino Lupercio, hombre de tan feliz memoria, que en una coronacion que se hizo en la Academia del príncipe de los geroglíficos, preguntándome lo que habia compuesto, le enseñé diez décimas, y me respondió que él las tenia escritas, y aun las sabia de memoria. Enojéme tanto que quise desafiarle, y empuñé la espada, diciéndole que yo no era hombre que vendia por mio lo que él se sabia de memoria. Rióse de mi cólera, diciéndome: «Pues escuche,» y díjome las diez décimas sin que faltase una tilde. Yo entré mas en cólera, jurando habia de matar al page que me habia tomado el original; pero viéndome determinado, me dijo: «Fuera cólera y seamos amigos, que lo mesmo

---

(1) Este trozo relativo á la Academia de los Ociosos, publicó ya Pellicer en su *Ensayo de una biblioteca de Traductores*, pág. 90.

(2) Gabriel Leonardo de Albion, hijo de Lupercio Leonardo y Argensola, y el mismo que en 1634 publicó en Zaragoza las poesías de su padre.

hago con una comedia y con un sermon;» siendo verdad que despues sabiendo y riyendo el cuento el Virey, me aseguró haberle relatado doscientos memoriales puestos en legajo en la mano del Virey; consecutivamente diciendo: «Fulano en su memorial pide esto,» sin verlos ni tocarlos.

Estos y otros caballeros asistian en la Academia, la cual era de admirable gusto, porque despues de haber leido los papeles, conforme á los asuntos, que se habian dado la Academia antecedente, celebrándose y dando asuntos nuevos, segun el capricho del Presidente, tocaban dos platos á cada académico por cada materia que le daban, y siendo mas de veinte, teniamos cerca de cincuenta platos cada noche de Academia, y tan regalados que algunos costaban cuatro ó seis escudos, y pocos menos, por quererse esmerar cada uno en los suyos. En entrando de las puertas adentro, ninguno podia hablar á menos que en verso, so pena de ir pagando nieve y confitura, segun el delito, con graciosísimas acusaciones y pleitos formados con sus ministros fiscales y abogados, y todo en verso, adonde se oian extraños y graciosos disparatones, porque no todos los que saben hacer versos son decidores de repente.

El presidente de aquel mes era el señor conde de Lemus, virey, cuyos elegantes versos excedian á los de Virgilio y Homero. La primera vez que yo entré se hizo una comedia de repente, que así por detenerme en escribir otra cosa que desdichas, como por ser graciosa, la contaré. Representóse el hundimiento de Eurídice cuando Orfeo, su marido, príncipe de la música, quebrantó las puertas del infierno con la dulzura de su lira, y la sacó del poder de Pluton, como finge Ovidio en sus *Metamorphoseos*, é hicieron las figuras (por ridículas) trocadas. Hacia de Orfeo el capitan Anaya, un hombre de muy buen ingenio y ridiculoso,

tocando por cítara unas parrillas aforradas de pergamino, que formaban unas desconformes voces; á Eurídice el capitan Espejo, cuyos bigotes no solo lo eran pero bigoteras, pues los ligaba á las orejas. El rector de Villahermosa, hombre graciosísimo, viejo y sin dientes, á Proserpina; el secretario Antonio de Laredo á Pluton, y yo el embajador de Orfeo. Era este Antonio de Laredo de muy buen ingenio, cara y talle, tentadísimo por hablar de repente, junto que en otras comedias hacia él la mayor parte de los papeles, fingiendo diversas voces, y pasándose á diferentes lugares, con que hablaban muchos; y tan gracioso en los disparates, que decian que era la fiesta de la comedia; pero fuera de esta gracia natural, muy buen sugeto en todas materias.

Empezóse la comedia, y asistian Virey y Vireina con muchas damas encubiertas, permitiéndose, como era de repente, si se decia alguna palabra súcia ó no muy honesta, si lo habia menester el consonante del verso. Salió el rector, que como clérigo andaba rapado, vestido de dueña, y habiendo en esto entrado una dueña muy gorda, como era de noche, pensando que era ella, fué tal la risa que apenas se podia empezar la comedia, la cual empezó el rector diciendo:

Proserpina. Yo soy la Proserpina, esta la morada
Del horrible rabioso cancerbero,
Que me quiere morder por el trasero,
Pluton. Bien hay en que morder, no importa nada,

y á este tono se fueron siguiendo disparates tan graciosos que aun los que los representaban no lo podian hacer de risa.

Entré yo á dar la embajada, y despues de haber descrito las penas y llantos de Orfeo, formé su cuerpo de

una primavera, dando atributos á sus miembros de hortaliza y legumbres; y escaldeme (1) tanto, que duró mi perorata mas de un cuarto hora con aplausos y risas del auditorio. El pobre de Pluton reventaba por hablar, y yo abundándome el verso, porfiaba; la gente le daba la vaya de que yo no le dejaba hablar, y él hacia gestos y demostraciones ridículosas; últimamente acabé con esta copla mi razonamiento:

Embajador. Dále Pluton su Eurídice
A Orfeo, su esposo amado,
Que con no ser baptizado
Harás que se desbaptize.
Pluton. ¿Qué dices embajador?
Que se la lleves te pido,
Que me dejas confundido,
Siendo yo tan hablador.

Causó tanta risa, conocido el sujeto, que sino parara en llanto despues, hubiera sido la mas celebrada noche de la Academia; pero bajándose Pluton de un almario, adonde fingia estar como en trono, poniendo el pié en falso, cayó sobre nosotros, de manera que casi todos salimos lastimados, y yo en particular de mis negros riñones perseguidos de caidas y cayentes; con que cesó la fiesta, con no poco disgusto de todos.

Yo era ya tan conocido en Nápoles, que no solo los españoles de mayores puestos y cargos me eran amigos, pero muchos señores y príncipes napolitanos me profesaban amistad y gustaban de mi conversacion, como eran el príncipe de Visiliano (2), galan y bizarro caballero; el du-

(1) Está sin duda por calentéme. *Scaldare* en el dialecto napolitano significa «calentarse.»

(2) Debió decir Bisignano y se llamaba Tiberio Carrafa.

que de Nochera, espejo de todas acciones en aquel reino; el duque de Matalones, gallardo y valiente caballero; el príncipe de Conca, el de Colibrano, y en suma, casi todos los que acudian á Palacio, porque desde que me hizo el maestre de campo Don Francisco de Castro su camarada, me dió alojamiento en su cuarto en Palacio, y tomé amistad con todos ellos, aunque yo siempre pagaba mi primer alojamiento del cuartel para mis escapadas y conversaciones de amigos. Entre los cuales caballeros mi mayor amigo fué un Don Beltran de Castro (1), hermano de mi maestre de campo, del hábito de Calatrava, mozo muy galan, alentado y aun travieso, y con sus camaradas, que eran el capitan Don Luis de Cañas, á quien llamábamos *Milor*, por él ser el mozo mas alto, membrado y fuerte de nuestra nacion, muy valiente y buen poeta y discursista; Don Luis de Ribera, Don Sebastian de Urbieta, Don Francisco de Ribera, Pedro Arias, mozo muy hermoso y valiente, Alonso del Oro, una de las buenas espadas de la nacion y el alférez Don Cid de Peralta, que lo fué mio, y en aquella sazon ya capitan. Esta cuadrilla deshacia todo nublado de valientes en cantones á broqueladas, de noche, que pocas habia que en el cuartel no rondasen muchos valientes acuchillados, con algunas heridas y aun muertes, que los auditores callaban por Don Beltran de Castro. Corríanse toros en Nápoles; así en el patio del Palacio, que los vireyes tienen en Pusilipo, como en la plaza de las caballerizas del Palacio de Nápoles, adonde saliamos los referidos con capas y espadas en medio de la plaza y empeñado el toro, sin movermos de á quien diere, los demas le haciamos pedazos á cuchilladas; y aunque muchas veces el Virey gustaba de ver el valor con que se

(1) Distinto del anteriormente nombrado, aunque de la misma familia.

hacia, porque algunos de nosotros le esperábamos cara á cara, una vez con un puñal en la mano, dándole en el cerviguillo y dejándole muerto, y otras á cuchilladas en los hocicos, y otras desjarretándole por las corbas; alguna vez saliamos sin su gusto, por haber maltratado algun criado nuestro, y cuando gustaba de verle ya le teniamos muerto; fuera de que tambien arrastraron á algunos de nosotros de mala manera, y en particular á mí, que inventé el salir solo con una garrocha en la mano y esperar al toro en medio de la carrera á pié firme y clavársela en medio de la frente ó cara, y luego sacar la espada y defenderme de él á cuchilladas. Sucedióme bien una docena de veces, tanto que á aquella la llamaban «la suerte de Don Diego», y á los otros á unos bien y á otros mal. Veíase esta fiesta de los corredores y balcones de Palacio, y convidaba la Vireina y Virey á todos los caballeros y damas de Nápoles por sus turnos, porque cada domingo y fiesta se corrian toros. Fué una muy celebrada, que por mis pecados vinieron los mayores príncipes y señoras de la ciudad convidadas á toros y saraos, y pidieron saliésemos cuatro caballeros de uno en uno á hacer la que llamaban mi suerte, pero fué mi desdicha. Aceptamos y salí yo el primero. muy galan de vestido y plumas; pedí sacásen el mas bravo toro, y así lo hicieron; pero aunque le aguardaba en medio de la carrera no se vino á mí, porque llamado de otra parte corrió tras un hombre tan fuertemente que subiéndose él sobre una peña, al tiempo de darle, fué tan desesperada la cornada que dió en la peña, que el cuerno desencajado de la cabeza cayó abajo, cosa inaudita y que parece fabulosa. Partió el toro dando terribles bramidos, y aguardado de mí en medio de la plaza con mucha atencion de damas y caballeros, se vino á mí derecho, y llegando á envestirme le clavé una garrocha en el remolino de la frente, que le desatinó, y dando brincos y re-

volviendo la cabeza, se desvió, y yo determinado tomé la capa y me volvia para entrarme con mil vítores. Pero volviendo el toro, me halló arrimado á la pared, que ya queria entrar por la puerta; volví la cara y empuñé la espada aguardando su acometimiento, porque sacarla primero es prevencion cobarde en toda regla de caballería, de manera que estuvimos un rato, yo calado el sombrero, terciada la capa, arrimado á la pared, y el toro escarbando la tierra con los piés y bufando; el Conde mandando que saliesen caballeros á socorrerme, y yo diciendo que me habia de matar con el que llegase. Llegó un mozuelo y divirtió al toro, el cual me dejó dando un apreton tras el mozo. Yo volví á componerme, pensando se habia ido, y volviendo las espaldas, me iba á entrar glorioso de mi triunfo; pero no fué así, porque el demonio del toro no seguia al mozo, ni hizo mas que acometelle, y en un punto volvió á mí que estaba cerca, embistiéndome tan velozmente que cuando dijeron «guarda,» ya me tenia entre los cuernos, habiéndosele, como dije, quebrado el cuerno izquierdo, que si así no es por permision de Dios, muero á la furia de aquella bestia. Dióme tal encontron, que haciéndome volar, aunque arrastrado por el suelo mas de diez pasos, me desolló toda la cara sin quedarme dedo de pellejo, y se me hizo pedazos el vestido, un cabestrillo de oro, y lo que peor fué, la guarnicion de la espada entre el cuerpo y la tierra, dejándome tal espectáculo con la cara desollada y todo revolcado, que causé lástima comun, y la señora vireina se levantó y se entró dentro. Los caballeros y camaradas que me salian á socorrer con toda presteza, la tuvieron en hacer mil pedazos al toro y hacerle arrojar por aquel despeñadero al Tarzanel, mandando S. E. no se corriesen mas toros aquel dia, y así se empezó el sarao, y á mí me llevaron por fuerza, porque afrentado me levanté y corrí

tras el toro, que estaba sobre un hombre, y sacando la desguarnecida espada le desjarreté, con que quedé, segun órden de caballería, sin agravio. ¡Oh libro de Don Quijote de la Mancha! ¡á dónde estás que no metes esta partícula entre tus aventuras! y que esté esta locura puesta en uso en este bárbaro juego de toros! Retiráronme mis camaradas, y costóme dos meses de cama, y mi cara desollada, que fué menester mas ungüentos y albayalde que para remendar un santo viejo de ermita de campaña.

En cuyo retiro el tiempo que vacaba de las muchas conversaciones de caballeros y aun damas que continuamente tenia, hice dos comedias la una *El rey Sebastian fingido*, muy celebrada, y la otra *El forzado vencedor*, que con mucho aplauso representó el autor Barrios, así en palacio y casas particulares, como en público. Levanteme de la cama y salí poco á poco de casa, y estando bueno, tornamos *sicut erat in principio*, á las travesuras primeras, entrando de noche en aquellas opulentas hosterías, que llaman chorrillos (1), adonde siempre se halla abundancia de aves de todas maneras acomodadas y diversos manjares, varias frutas, diferentes vinos, nieve y demas regalos suficientes á gastar cualquier dinero en ellas. Allí se usa ir caballeros y damas de noche á cenar entre aquellas frescas fuentes, y allí ibamos nosotros, no á cenar, que no teníamos necesidad, sino á picardear, á quebrar cien platos cada noche y salirnos sin pagar treinta y cuarenta escudos que haciamos de costa; otro tanto haciamos en ricas y próvidas pastelerías adonde se servian tortas reales, pavos, capones, bizcochos y otros regalos. Dejamos en diversas veces á algunos de manera que, dejando la botica (2), fallecieron sus haciendas, porque como Don Beltran salia

(1) Así dice el original, volviendo despues á repetirse varias veces la misma palabra; quizá quiso decir «corrillos».

(2) Está por «tienda».

por todos, y era primo del Virey, nadie osaba hablar; pero por diverso camino lo remedió Dios, como ahora diré.

Entrábamos de guardia con calza entera y cuello abierto, y era tan puesto en uso que el Virey mandaba no entrasen á hablarle con valona, y queriendo un dia entrar mi maestre de campo delante de su compañía, nos aderezamos todos lo mejor que supimos y pudimos, y yo ni supe ni pude ponerme tan poco bien, que no me diesen el título de mas galan. Iba yo al cuerno derecho, y éramos siete hileras de calzas enteras, armas doradas, picas con fundas de terciopelo, y penacho en el morrion; con bravos cuellos y puños abiertos. Púsose el Virey, Vireina y damas al balcon, y como me tenia aficion dijo: «¡Notable caballero es Don Diego Duque de Estrada; no he visto mas universal hombre; en cuantas acciones hace tiene alma, y no hay cosa que no haga bien; la primera compañía que vaque le he de dar!» Respondió Andrés de Losada, su camarero mayor: «todo es bueno si no echara á perder al señor Don Beltran,» y contóle todas mis valentías, cuchilladas del cuartel de noche, matracas á las cortesanas, fiestas de los pasteleros y chorrillos, heridas y muertes, cargándomelo todo á mí, con que caí en desgracia del Virey, prendió á Don Beltran, desterró á algunos de los camaradas, y á mí de Palacio con una gravísima reprension y amenaza, si bien supo que yo no era la causa y que nunca le inducí á mal. Y así despues por medio de Don Francisco, mi maestre de campo, volví á palacio y á su gracia, aunque no como antes estaba.

Entre los caballeros que admiraban mis cosas, era á quien mas bien le parecian, uno llamado Don Francisco Maureli, de Sejo (1) de Cosenza, que es uno de los cuatro de la nobleza de Nápoles, hijo del capitan Julio César Mau-

(1) Voz italiana que equivale á «solar».

reli, valeroso y antiguo capitan. Era y es este mozo sobrenaturalmente galan; alto de cuerpo y bien formado, de tan apacible condicion, que enamora con ella y sus muchas habilidades á cualquiera que con él trate. Estaba aficionado de tal manera de mí, de verme danzar en los festines, que en ellos jamás se apartaba de mí, haciéndome favores ó lisonjas. Estrechó conmigo la amistad, de manera que á pocos meses era dueño de sus acciones y haber de su casa, de adonde con extremo era regalado, particularmente de una hermosa y honestísima hermana suya, á quien en mucho tiempo que platiqué su casa apenas alcé los ojos á mirar, porque su mucha gravedad y compostura no me daba lugar. Amaban sus padres á este hijo tan sin medida, que él era dueño de la casa y lo merecia; y por el amor que él me tenia, me estimaban como á hijo, y cierto no les dí ocasion á otra cosa, porque ya habian cesado mis travesuras con la reprension del Virey, y deseaba darle gusto en todo. Entre otros dias que comí en su casa me pidió el padre le contase mis sucesos, que le habian parecido extravagantes contados de otros; contéselos sucintamente, y al decir las muertes de mi malograda esposa y hermana, enternecíme, á que respondió Doña Lucrecia (que así se llamaba esta señora): «muy bien muerta estaba.» Admiréme, porque suelen casos de mugeres tomarse por propios de otras, y odiar hombres crueles. Acabé mi historia y consoláronme, lastimándose de mis destierros y pérdida de hacienda. Era este caballero el capitan mas antiguo de la milicia de Nápoles, y pretendia ser maestre de campo; pero el duque de Nochera tenia la pretension muy adelante para un deudo suyo llamado el doctor Carachulo (1). Pidióme la favore-

(1) Trátase sin duda de Giovanne Battista Caracciolo, uno de los principales ciudadanos de Nápoles. En la entrada que hizo en esta ciudad el Príncipe Filiberto de Saboya en 1612 fué uno de los diputados

ciese con Don Francisco, como lo hice muy de veras, y púsele en buen estado su pretension. Tratábase en aquel tiempo de irse el Virey á España, y venia de Sicilia el duque de Osuna á ser virey de Nápoles, y Don Francisco de Castro, duque de Taurisano, embajador de Roma, iba por virey á Sicilia, y yo con él, así por lo bien que me queria, cuanto por no estar debajo de la mano del duque de Osuna, de quien contaban tantas cosas de quimera. Sentia con extremo este caballero mi partida, y vacilando entre sí, trató con sus padres una extraña tramoya, y fué decirles: «padres, hoy estamos tratando de casar á Doña Lucrecia, mi hermana, y tenemos algunos pretensores para ella; pero yo tengo uno que me parece mas á propósito que ninguno de ellos, porque si es por Don Francisco Montalvo, aunque es verdad que es caballero principal y capitan, estotro no lo es menos, y será capitan cuando él quisiere; y si es por Don Camilo Jordan, caballero calabrés, ¿querremos por dos mil escudos de renta que tiene, vender á precio de dinero mi querida hermana á un viejo hecho tierra? V. md. pretende de ser maestre de campo, y para eso quiere ir á la Corte, y gastar su hacienda, y poner su vida á peligro; pues dé mi hermana á Don Diego, mi amigo, que él le hará maestre de campo.»

Quedaron dudosos el padre y madre, y dejóse la cosa así, y viniéndose Don Francisco á mi casa, me dijo: «querido hermano, siento tanto tu partida, que será mi muerte; yo busco mi vida y tu remedio; mira si puedes con Don Francisco de Castro haga á mi padre maestre de campo, que yo te doy mi hermana, y así tú serás rico, porque te doy mi parte y la suya, que serán dos mil ducados. Mi padre queda pagado, porque tú le das dos mil de renta;

---

nombrados para salir á recibirle, yendo en representacion de la Capuana. Véase á Parrino, *Teatro Eroico è Politico de' Goberni de Vicerè del regno di Napoli*, tómo II, pág. 65.

mi hermana vive contenta porque la quieren dar á un viejo, y yo gozo de mi hermana.» No tenia pensamiento de casarme en mi vida; pero viéndome el cave de paleta (1), y que pocas venturas se me podian representar como aquella, y que mi padre por la travesura de Roma totalmente me habia dejado de enviar dineros, caliente el negocio, me fuí á Don Francisco de Castro, y representándole el partido y mi remedio en él, sin que le costase mas que palabras; me eché á sus piés, que con sus brazos me levantó, y sin mas réplica dijo: «amigo, si pudiera hacerte virey lo hiciera.» Fuimos juntos, y representándole al Virey sus servicios, su parentela, la amistad que tenian conmigo, y que era la primera cosa que le pedia, le suplicó esta merced para mi remedio. Ofreciólo el Conde diciendo: «por mi primo, por el remedio de Don Diego, y porque no ande mas con Don Beltran, le quiero casar y ser su padrino. Traiga el Capitan sus papeles y pídale la palabra v. md., que yo con esta hago las dos gracias.» Besé los piés al Conde y la mano al maestre de campo, y abrazando á mi nuevo cuñado, quedó el hombre mas contento del mundo. El que aun no tenia el sí cabal de su padre, se fué á él y le dijo: «v. md. es maestre de campo, y Don Diego mi cuñado.» Quedó confuso el padre, pero contado el suceso llamó á su hija, y le pidió la determinacion de los tres maridos. La cual, siendo contenta á decir su gusto, dijo: «ó el español, ó un convento.» Quedaron todos contentos, y á otro dia, presentados sus papeles, decretar el memorial y darlo á Don Francisco, fué todo uno; el cual con algunos caballeros en carrozas, fué conmigo en casa del Capitan, adonde esperaban algunos señores, y nos dimos las manos, y el maestre de campo le presentó á ella el memorial firmado

(1) Así en el original, pero quizá haya de leerse «al cabo de paleta» ó «al cabo de plata» como si dijera «viéndome pobre y desgraciado».

diciendo: «este es el dote del señor Don Diego, y aquí está su persona, que no hay reino que se le iguale.» El Capitan respondió: «el de mi hija son sus virtudes y diez mil escudos, y casa franca por cinco años, y aun por toda la vida, por lo mucho que á mi hijo Don Diego quiero, y quisiera darle un reino con estos abrazos que le doy» Hiciéronse las escrituras y despachos y la patente de maestre de campo; aderezóme un cuarto en casa, y á él me envió mi esposa á otro dia un rico presente de ropa blanca, labrada por sus manos admirablemente, y empezada desde su niñez. La cantidad era mucha de camisas, colchones, pañuelos, escofias, cuellos, puños y valonas, con puntas y encajes finísimos, y mucha bordadura, y sobre las flores y olorosas aguas una sortija de dos manos que tenian un diamante de cien escudos, y una póliza de mil para guantes, y esto por regalo sin el dote.

Eran los postreros dias de Carnestolendas, y aunque así por el nuevo título de mi suegro, como por el casamiento se hicieron fiestas, no nos pudimos publicar, y así se aguardó á la Pascua: los dos tan de repente enamorados, que parecia haber mil años que nos pretendíamos. Tantos amores me hacia su madre, hermosísima señora de las que en nuestros tiempos ha habido en Italia, cuanto ella y el padre y hermano, y las dos y toda la casa. El Domingo de Pascua de Resurreccion, cinco de Abril de mil seiscientos y diez y seis, en la parroquia de Santa Ana de Palacio, S. E. convidó toda la caballería española, que en aquel tiempo era mucha y muy rica y lucida, como eran el marqués de Santacruz, general de las galeras, los señores Pimenteles, hijos del conde de Benavente (1), Don Antonio de la Cueva, hermano del

(1) Este conde de Benavente, Don Juan Alonso Pimentel, vivia aun por estos años, y era consejero de Estado y presidente del de Italia.

duque de Alburquerque, castellanos, maestres de campo, sargentos mayores y capitanes, y los señores de la Academia. Hizo S. E. el banquete y el sarao cuatro dias, y la primera noche comedia de repente de los académicos; el segundo comedia española y mia, que fué el *Forzado vencedor*, y el tercero carrera. Asistió S. E. el primer dia, el segundo el señor Don Francisco en su nombre, y el tercero Don Antonio de la Cueva; los otros cuatro dias la señora madrina, que fué la princesa de Colibrano (1), hermana del duque de Matalon, convidando á toda la nobleza italiana, y con ser la sala grande se habian tirado las paredes de dos buenas cuadras para que cupiese mas gente. No obstante esto, fué tanta la multitud, que eran necesarios alabarderos á la puerta. La señora Princesa tuvo comedia italiana y encamisada, con músicas excelentes sus cuatro noches. Duró la fiesta ocho dias, y yo me puse otros tantos vestidos diferentes y de diferentes cabos; el primero fué calza entera, capa y gorra carmesí forrado todo de tela de oro, vestido que me costó cuatrocientos escudos; la capa con veintiseis guarniciones sobre fajas de raso, porque los mil escudos de presente todos fueron en vestidos, fuera de los que yo tenia, que eran tales, que pocos capitanes los tenian mejores, respecto de que en mi vida he jugado, y el sueldo de los ocho escudos se empleaba en jubones y cabos, teniendo la costa hecha y

---

Fué primero virey y Capitan General del reino de Valencia y desde 1603 á 1610 virey de Nápoles, sucediéndole en el cargo el conde de Lemus. Los hijos del conde aquí nombrados no pueden ser otros que Don Manuel, caballero de la Orden de San Juan; Don Gerónimo, comendador de la Esparra en la Orden de San Juan y reino de Valencia, y Don Diego, caballero de Alcántara; los cuales, segun Cabrera, (*Relaciones*, página 444) volvieron á Nápoles en 1611 con entretenimiento de 200 ducados cada uno.

(1) Era de la casa de Caraffa y hermana del duque de Madaloni, Marzio Caraffa.

muchos presentes de Don Francisco, sin las joyas y dineros que yo me truje. Dió S. E. por donativo del padrinazgo un cabestrillo de oro á mí, y una joya de diamantes la señora Vireina á mi esposa, que valió todo hasta quinientos escudos, y ciento en dinero que se llaman de gastos secretos. Don Francisco de Castro una cadena de doscientos y un caballo con sus aderezos negros recamados; Don Antonio de la Cueva (mi postizo hermano) aderezo de espada y daga, hermosa pieza que valia cien escudos, y el señor marqués de Santacruz una faluca armada y dorada con cendal de damasco. Mi señora la princesa dió á Doña Lucrecia, mi esposa, una carroza de terciopelo azul y oro con dos hermosos caballos, con sus guarniciones de lo mismo, y el maestre de campo, mi suegro, á su costa la librea del cochero, tres pajes y dos lacayos. Cesó la fiesta Domingo de Quasimodo, que nos dejó muy maltratados, porque el paseo de los vestidos y joyas era grande, y todas las señoras y títulos no cesaban de pedir que bailasen los desposados, teniendo yo opinion del primero en este ejercicio de nuestra nacion, y mi esposa de danzar excelentemente, y haber estudiado los dos juntos toda la Cuaresma. Quedamos de manera que era menester buen ánimo para las obligaciones matrimoniales, que no se faltó á ellas los ocho dias siguientes. Mi suegro convidó variando á sus parientes, y el Domingo á todos los caballeros, con que cesó la fiesta.

No pido esta vez descanso, como en los demas cuadernos, pues libre de la prision, exento de la sentencia de muerte, lejos de España, casado, rico y con gusto, no hay que desear; solo pido que me dejen dormir á sueño suelto, andar en carroza, á caballo y en falúa, comer y gastar, dure lo que durare, como cuchara de pan.

SÉTIMA PARTE.

Año de 1616, de mi edad 27.

No se conoceria la magestuosa luz del claro sol, vivificador de los dones de la naturaleza, sino precediese á las lóbregas tinieblas de la nocturna, pálida y buena noche; ni habria gusto en comer, beber y dormir, sino hubiese hambre, sed y sueño, de modo que siendo el fin de lo uno principio de lo otro, crece la estimacion en ello, sintiéndose mas; y así como de próspero y bien nacido vine á pasar tantas prisiones, tormentos y destierros, eran tan grandes mis sentimientos, aunque tolerados con valor, cuanto de la piscina de mis desdichas fué el gusto de verme rico, casado á mi gusto (aunque sin pensarlo), y libre de temores, gozando de las comodidades que me ofrecia el nuevo estado, caricias, regalos, respeto y aun envidia. ¡Quién tuviera un clavo que poner á la inconstante rueda de la fortuna para tener fijo su mudable y veloz curso, el cual sin órden ó compás vuelve, quita ó dá sus inconstantes y falaces bienes á quien gusta!

Partióse (1) en este tiempo el conde de Lemus, virey, á España, á los tres meses de mi desposorio, y con él mi caro amigo Don Francisco de Castro (2), mi maestre de campo, de cuya mano recibiendo tanto bien, á pesar de la fortuna, me rehize de bienes y de gusto. Quedó

---

(1) Salió de Nápoles á 8 de Julio de 1616.

(2) Conviene no confundir á este Don Francisco de Castro, primo del conde de Lemus, con el duque de Taurisano, llamado tambien Francisco embajador en Roma y hermano del virey; quien, como se verá mas adelante, quedó gobernando hasta la llegada del duque de Osuna.

el señor Don Francisco de Castro (1) embajador (que de Roma á este propósito habia venido) por gobernador de Nápoles, hasta que venido el duque de Osuna, que era virey de Sicilia, quedase por virey de Nápoles, y dicho Don Francisco pasase á serlo en Sicilia. Tomó, pues, la posesion el Duque á los veinte de Agosto de mil seiscientos diez y seis, con faustoso aplauso, todo desde la puerta del mar al muelle, cubierto de ricas y vistosas telas, que despues fueron desbalijadas de los alabarderos y populacho, arcos triunfales, escuadron noble y vistosa cabalgada, disparando la multitud de su gruesa artillería los castillos, con el cual acompañamiento fué á San Laurencio, donde con la debida pompa, ceremonias y alegría de todo el pueblo, fué jurado á los diez y siete de Setiembre.

En San Lorenzo el Real, llamado del Escorial, me fué hecha la gracia de cuatro escudos de ventaja por Su Magestad, y porque viene á mi propósito diré que luego que tomó el Duque la posesion, empezó á rondar el cuartel con algunas personas, sus confidentes, como los capitanes Meneses, Torrero, Villegas, Serrano y otros. Saliendo una noche entre otras llevaba consigo al ayudante Ortigosa, ya referido en la Academia, y que por su nobleza, valor y soberano ingenio pudiera fortuna, á no ser envidiosa y tener discurso de razon, darle el laurel de Apolo de nuestra España; el cual hoy despreciando las pompas humanas, despues de ser capitan, renunciando el mundo tomó el hábito de San Juan, y está en una de las ermitas de Nuestra Señora de Monserrate. Este, pues, acompañando al Duque, y tratando él de que habia hombres pequeños, muy valientes, gustando, por serlo, el Duque de esta conversacion, el ayudante Ortigosa le dijo: «Señor, aquí hay un hombre pequeño, el

(1) Hermano del conde de Lemus.

cual en todas agilidades y materias es único, y si le ayudara el cuerpo y la fortuna, se levantara con el mundo, tal es su valor.» Quiso saber el Duque quién era, y Ortigosa (1), á quien ni discurso, ni lenguaje faltaban, siendo excelente en todo, lo describió tan bien y tan en mi favor, como quien tambien lo sabia y tanto amor me tenia, dándole cuenta, no solo de mis sucesos, sino tambien de mi casamiento; y diciéndole mi nombre. Respondió el Duque: «Tengo mucha noticia de ese caballero desde España, y es deudo de deudos mios.» Y preguntó las señas de mi persona. Diéronselas, y á otro dia salió á pié al muelle, con muchos caballeros, y junto á sí el príncipe de Avelino (2), caballero el mas alto y corpulento de Nápoles íbale tratando de hombres pequeños, valientes é insignes en armas en España y Flandes, á cuya sazon llegué yo con un memorial, para que se me asentasen aquellos cuatro escudos de ventaja. Miróme el Duque dos ó tres veces de hito en hito, como se dice vulgarmente, tanto que me dió cuidado, y no me resolví á llegar, porque aun iban discurriendo. Llamóme y díjome: «¿Sois vos Don Diego Duque de Estráda?» que cuando me miraba debia de recapacitar la memoria de las señas mias. Yo revolviendo en mi mente el discurso de mi vida, y pareciéndome que podia ser tener mala informacion de mí, y teniendo noticia de sus caprichosas resoluciones, dudaba el responder, á que él conociéndolo en mi semblante, dijo: «Responded, que quien no teme tantos enemigos, no es justo tema á un amigo.» Tomé aliento, y dije: «Señor, no dejo de responder por temor pues nunca conocí su color, sino por admiracion que,

(1) El mismo sujeto nombrado en las páginas 124 y 140, como perteneciente á la Academia de los Ociosos.

(2) Camillo Caracciolo.

V. Ex.ª habiendo muchos años que no me ve, pues ha veinte que le besé la mano en Talavera, siendo yo de siete, en los casamientos del señor Don Gaspar Giron (1) con Doña Mariana Duque de Estrada, hermana de mi abuela, me llame por mi nombre.» «Tengo buena memoria, respondió el Duque, y vuestros alientos os hacen notorio á todos.» Volvióse al Príncipe, como motejándole de ser tan alto, y alabando los pequeños, y contóle muchas cosas mias, que me dejó atónito, que ya yo estaba quieto, grave y modesto, como hombre casado, y vestido, aunque galan, honestamente. Mirábale admirándole, y él volviendo á mí, me dijo: «Muy mortificado os veo para soldado; por vos se dijo sin duda: casado te vea, yo mohino; muy diferente estais de lo que me han pintado.» Yo le respondí: «Señor, estoy con la humildad que debo delante de mi príncipe.—Ya sé, me respondió, que os sabeis desenfadar. ¿Qué pedís?» Presentéle la cédula real, y mandó se me hiciesen buenos siete meses desde el dia de la data de la cédula, y además cien escudos de ayuda de costa. Beséle la mano, y con muchas honras me mandó acudiese á su casa, llamándome pariente dos ó tres veces. Senté mi ventaja, y á pocos dias, que fué á los doce de Octubre, partimos en nueve galeras, cuyo cabo era Don Octavio de Aragon, hermano del duque de Terranova. Fuimos á Levante, pasando la Arcadia, Candía, Coron, Modon, Negroponte hasta los castillos de Constantinopla, los cuales con mucho desenfado acañoneamos; y teniendo nueva que setenta galeras que habian tenido aviso de nuestra escuadra nos guardaban las bocas, se tuvo consejo y se resolvió

(1) Lopez de Haro en su *Nobiliario genealógico*, tomo I, hace capítulo aparte de la familia de los Girones establecida en Talavera; pero no menciona ninguno llamado Don Gaspar.

ir adelante en esta jornada. A media hora de noche llegamos á la mayor de las dos bocas, y juntas las galeras al par, se embistió con las treinta galeras, las cuales no habiéndonos visto sino de muy cerca, no pudieron bien prevenirse por ser oscura y nebulosa la noche, y primero que zarparon y tomaron las armas, nosotros habiéndoles fracasado del encuentro algunas galeras, tomamos el viento en popa, que era récio, y apagando los fanales pequeños, que por señal llevábamos en las proas, quedó solo el de la Capitana, la cual dió órden que las ocho galeras fuesen la vuelta de los Fornos (1), camino de Alejandría, que ella seguiria. Hízose así, y ella con fanal encendido caminó por otro rumbo, el cual siguió la armada turquesca; pero apagando el fanal y haciendo el coso, sin ser vista, volvió á nuestro viaje con harto cuidado nuestro, porque estuvo hasta el mediodia sin juntarse con nosotros, así como la patrona que con la oscuridad se apartó tambien de nosotros, por la recia mareta hasta la noche. Fuimos á las crucetas de Alejandría, y la armada del Turco siguió su derrota hasta Candía, sin toparnos, mientras nosotros les estábamos haciendo daño en sus costas y tierras. Estuvimos allí tres dias, al cabo de los cuales se nos presentaron diez caramuzales gruesísimos, y bien armados, y aunque algunos fueron de parecer no se embistiesen, Don Octavio de Aragon conociendo la condicion del Duque, mandó ir á ellos. Hízose así con tanto valor y determinacion, que á fuerza de armas se rindieron. Tocóme á mí el ser cabo de treinta hombres, con los cuales me arrojé el primero, siguiéndome los demas. Saqueé el bajel, y tuve de presa dél en dinero y damascos de diferentes colores valor de mil escudos,

(1) Islotes llamados por otros las Fornas.

y quinientos de azúcar de que particularmente iba cargado.

Volvimos con esta presa á Nápoles á 29 de Noviembre, con que no poco se enjugaron las lágrimas de mi esposa, que al partir hizo tantos extremos, lágrimas, ruegos y desmayos, que serian tediosos de contar. En suma, no hay muger que no añada amor y respeto cuando conoce valor en su marido, y á esto añadido la victoria y el interés las enamora mas. Esto sucedió á Doña Lucrecia, mi esposa, que viendo entrar la presa primero y despues á mi victorioso, fueron duplicados los abrazos y caricias, y particularmente cuando vió descoger tanta pieza de damasco y tela de oro, tanto turbante, arcos y flechas doradas y ataujiadas (1), tanto alfange, marlotas, escritorios, platos de Indias, azagayas (2) que tuve para acomodar vistosamente dos camarines ricos, y tanta cantidad de azúcar, que hubo para proveer especierías, y presentar á todo el linaje, dejando proveida la casa.

Pero presto se convirtió en llanto el alegría, porque habiendo llegado á los veinte y nueve de Noviembre, segun ya dije, solos ocho dias estuvimos en Nápoles, partiéndonos á los siete de Diciembre con ocho bajeles, cuyo almirante era Francisco de Ribera, el cual era mi paisano. Llegamos al golfo de Venecia, y allí nos dividimos en dos escuadras, siendo cabo de la una Manuel Serrano, ya nombrado entre los capitanes del Duque. Corrimos todo el golfo de Venecia acañoneando sus fortalezas, Zara, Espalatro y demas, y vejando sus navegantes; tomaron nuestros cuatro bajeles la derrota de la ciudad de Araguza (3), cabeza del reino de Albania, república que se

---

(1) Lo mismo que labradas de التوشي *atauxia*, ó labor morisca.
(2) En el original «alagayas.»
(3) Ragusa.

gobierna de sí mesma, la cual es dedicada á España de feudo, obligacion y amor particular, aunque ceñida de la Turquía por todas partes (fuera de la del mar que la bate y forma puerto), el cual guarda un fuerte castillo, y por otra un grueso y profundo rio de agua muy dulce, aun dentro del mar. Es, aunque pequeña, hermosa la ciudad de calles, templos y edificios; sus mugeres hermosísimas y amorosas, muy altas y bien dispuestas, y usan andar los nobles en sillas de manos, llevándolas unas mugeres que hay para ello muy altas y esforzadas. Los hombres son muy altos y dispuestos, que parecen gigantes; corteses, afables y belicosos; grandes marineros y de voz muy gruesa; enemigos capitales de venecianos, tanto que serian vasallos del Turco primero que de esta nacion, con quien siempre han combatido fiera y animosamente. Tienen otras ciudades, pero pocas, como son Cataro, Castilnovo, Buda, Antibari, Dulcigno y el Escollo.

Llegados á ella, antes de entrar en el puerto, se tuvo consejo para tratar quien habia de hacer esta embajada, y aunque hubo algunos pretendientes de calidad, tuve yo la mayor parte. No habíamos salido del Consejo cuando descubrimos una barca grande toda cubierta de ramada, y en ella unos hombres bien puestos preguntando por Don Diego Duque de Estrada. Maravilláronse todos que en tierra tan estraña se preguntase por mí, y donde jamás estuve, y mas el Almirante, que salió á recibir la barca, creyendo que era presente del Senado. Llamáronme y dijeron que el señor Don Gerónimo Resti, en reconocimiento de las obligaciones que me debia, me enviaba aquel pequeño regalo para refrescarme por almuerzo ó desayuno, y que me esperaba á comer y alojarme en su casa con los camaradas que yo quisiese. Acepté el presente como si le conociera, sin admirarme, y le respondí que no podia dejar de aceptar la merced, tanto por besarle la mano,

cuanto por ejercer el cargo que de embajador llevaba á su Exc.ª República, de mi almirante. Diles algunos diez escudos con que fueron muy contentos. El presente fueron dos muy grandes cestones de pavos, capones y demas volatería por excelencia aderezados de diferentes maneras y todo en plata; otros dos cestones de perniles ó salchichones excelentísimos; otros dos del pan mas blanco y bien labrado que hasta hoy he visto; otros dos de diferentes frutas exquisitísimas; dos ciervos, dos puercos salvajes y media cuba de vino excelente. El Almirante estaba corrido porque pensó que se le enviaba la República; los camaradas admirados y suspensos de que en tan remota tierra me conociesen y regalasen, y preguntándome por burla si tenia correspondencia en el infierno. Yo atónito de ver tal suceso, sin acordarme quien era Gerónimo Resti, ni saber por qué camino venia el tal regalo, ni cómo sabia que yo venia allí, disimulé alabando las partes del caballero en general, y diciendo era mi grande amigo; pero no en particular, porque no acordándome, sería mentira cualquiera cosa que dijese habia sucedido. Hízome el Almirante dueño de la popa, y yo llamando todo lo mas florido del galeon, les hice el banquete, de que todos teniamos no pequeña necesidad, pues habia una semana que no comiamos carne ni pan fresco, sino salado y bizcocho, por haber muchísimos dias que costeábamos, de manera que vino del cielo. Sacóse cuanto habia; solo se guardó el salvage (1), quesos, perniles y salchichones para el viaje; con lo demas, que era mucho y bueno, refrescó toda la gente principal, y el vino se partió con los soldados, dándome mil bendiciones y una muy alegre salva de mosquetería cuando desembarqué con quince compañeros, todos de lo bueno de España.

(1) Es decir, la salvagina ó carne de los venados y jabalíes.

Vestime de pontifical, como se suele decir, con un vestido encarnado, blanco y oro, y una montaña de plumas de las mesmas colores; mis cabos y tahalí bordado con cabestrillo y algunas joyas de diamantes. Parecia nuestro grueso esquife un bosque de plumas, porque todos las llevaban é iban muy bien puestos, y de tantas colores que pareciamos jaula grande de papagayos. Llegamos á la puerta y boca del puerto, adonde disparando con dos moyanas (1), les hicimos salva, y ellos respondieron con tres al estandarte de Su Magestad, encontrándonos allí á la boca del puerto con muchos y muy lucidos caballeros, y entre ellos el primero el señor Gerónimo Resti, á quien luego conocí, y aunque haga digresion diré como fué esta amistad.

Si hubiese de contar todos mis sucesos, necesitaria de muchos libros y de otra tanta vida; pero los que vienen á pelo y no se pueden excusar, es fuerza por lo menos apuntarlos brevemente. Alejandro Grimaldo, caballero noble de grandes partes y muy buen gusto, compró la villa de Montela, que era del marqués de la mesma, y por no desdecir de la grandeza del marqués, su antecesor, quiso entrar con ostentacion á tomar la posesion de baron. Pidióme en Nápoles le acompañase con veinte caballeros españoles, galanes y de buen humor; hícelo así y yo era el trujaman de la fiesta. En Avelino, que es en el camino, tomé todas las posadas por mi cuenta, porque íbamos cien personas. Aquella noche este caballero Don Gerónimo llegó á alojar allí, y no hallando posada, estaba cansado y afligido, é informado que yo las tenia, me envió á suplicar le diese comodidad para su persona y cuatro criados; que iba indispuesto. Informeme de su calidad

(1) Así en el original; pero debió decir *moianas*, que en italiano antiguo significaba «culebrinas de mediano calibre.»

y dijéronme ser hermano del obispo de Nusco, y caballero arraguseo (1). Díjeselo al Baron, y respondióme que yo era dueño. Fuime con cuatro caballeros á la plaza, y trújele á cenar con el Baron y á dormir en mi aposento, adonde hicimos tanta amistad, que fué con nosotros á Montela y estuvo ocho dias en nuestras fiestas, lanzas y estafermo, y despues vino con su hermano el obispo á Montela, diócesis suya, y fué regalado y cortejado de nosotros. Esta fué la amistad, que es bueno siempre hacerlas sin guardar (2) á quien. Despues embarcándonos en Nápoles, me vió un criado suyo, y cuando fuimos allá le dijo el criado: «en estos galeones viene aquel caballero que nos regaló en Montela, que yo le ví embarcar cuando me partí de Nápoles.» Esta es la historia y causa de esta digresion.

Recibiéronme con mucho agasajo, y él con muchos abrazos, y los demas admirando mi mucha gala, que era mozo y todo me estaba bien; pero admiraban mas que siéndolo tanto fuese por embajador. Acompañáronme hasta la casa y sala del Senado, saliéndome á recebir los senadores hasta la puerta de la antesala, y el Príncipe (que así llaman al dux) hasta la puerta de la sala. Juzgaron de mí los senadores (y dijeron) que si era alegre de cascos, como de colores, y vario como de ellos de parecer, que habia poca subsistencia en mi propuesta y poca madurez en mi consejo. Tomé el debido asiento y en lengua italiana hice mi oracion, proponiéndoles los daños que se seguian del impedimento que los venecianos pretendian poner para que la armada católica no entrase en

(1) Es decir, de Ragusa; aunque tambien se solia decir por este tiempo *arragozés* y *ragozés*.

(2) Está á no dudarlo por «mirar».

el golfo que ellos vanamente y sin fundamento jactanciosamente llamaban suyo; pues con entrar en él las galeras del rey de España, se obviaban los robos y daños de los corsarios turcos, así en las costas del reino de Nápoles, las suyas y aun las de los venecianos, y que se acordasen de los daños y vejaciones que antigua y modernamente habian recibido de dichos venecianos, los cuales continuamente les infestaban las costas y tenian por enemigos capitales, procurando siempre con armadas navales y ejércitos supeditar aquella república y ponerles el yugo del mísero vasallaje en que se veian Padua, Verona, Bergamo y otras repúblicas tan opulentas y famosas, que hoy son casi (comparadas á su primer grandeza) habitacion de cuervos; y que aquella pujante armada veneciana era con intencion de destruirles. Dolido de lo cual, Su Magestad Católica enviaba en su auxilio la suya, de cuya mano poderosa habian recibido proteccion y defensa, siendo freno al vecino turco el saber son feudatarios de España y que militan debajo de su generoso estandarte; la cual proteccion prometia de nuevo, como se veia en las cartas que presenté, animándoles á que siguiesen nuestra armada con sus gruesos, aunque pocos bajeles, pues serian pagados, satisfechos y aun premiados, como de las magnánimas grandezas de Su Magestad se esperaba y era sólito. Y recordándoles no perdiesen el valor tan antiguo en su invencible nacion, en quien se hallaban tantas hazañas como las que se leen de Jorge de Castrioto, su príncipe, y otros, y que dando puerto franco á la armada de Su Magestad, los suyos, sus ciudades y costas estaban seguros del Veneciano, y finalmente que esta era empresa del servicio no soló de Su Magestad, pero tambien de Dios, pues los de la armada veneciana eran luteranos, holandeses, y que vivian en su pésima secta tan perniciosa.

Estas y otras cosas les representé, que allí se me ofre-

cieron, dichas con tanto afecto que se quedaron suspensos, si bien algunos creyeron que aquella oracion era estudiada, como se suele hacer en las escuelas, en las cátedras; pero replicando muchas cosas, y satisfaciendo á todas con eficaces razones, quedaron muy satisfechos y tanto, que despues de larga controversia, unánimes concurrieron á que se concediese lo propuesto. Uno de los senadores que habia dicho que los colores varios eran señal de juicio poco maduro, dijo entonces: «Las colores del vestido trae varias el Español; pero á fé que el juicio es bien maduro, y las proposiciones y respuestas hechas con harto fundamento, y para parecer viejo solo le falta el vestirse de negro.» Rióse mucho el dicho, si bien yo no entendí la conversacion. Fuime con mucho acompañamiento y cortesía al alojamiento de aquel caballero, en cuya casa estuve tres dias agasajado de dos hermosísimas hermanas suyas. Volví con el mismo acompañamiento á la mañana, y de allí á mi bajel, al cual el Senado envió un presente al Almirante y dos embajadores senadores á visitarlo.

Partimos de Arraguza costeando, y cerca de Espalatro encontramos al general Ribera, á quien se hizo relacion de lo sucedido; con que volvimos otra vez los ocho bajeles, y yo á mi embajada, siendo todos muy bien recibidos.

Hay en esta República una consuetud jamás violada, sino en esta ocasion, y es que como tienen tan cerca á Turquía, que solo cinco millas hay de esta ciudad á los confines del dominio del Turco, y es fuerza que trafiquen con ellos, para vender sus mercancías; hay para entrar muchas puertas con buena artillería, y estas están dentro de la ciudad, que es muy fuerte y muy bien murallada, no habiendo para entrar mas que la puerta de tierra y la del puerto, dentro de las cuales, para entrar dentro

de la ciudad, se hallan las refendas (1), y no pueden quedar dentro mas de quince forasteros á dormir, y esos registrados; pero esta vez se concedió en señal de la obediencia y fiel amistad que profesaban con Su Magestad, como feudatarios suyos, que entrasen y durmiesen cuantos españoles quisiesen. Envió el General la gente mas lucida y quieta, con rigurosísimas órdenes y penas para que no hubiese inquietud alguna. Así fué, y ellos á nuestra entrada pusieron sus mugeres é hijas á las ventanas para que nos viesen y saludasen cortesmente.

Partimos de allí, ajustadas las materias y socorros, y muy bien regalados y con mucha provision y refresco, con que volvimos á nuestras costas del reino de Nápoles, y nos recogimos á Brindis á dar carena á los bajeles. Aquí vino la armada veneciana y nos acañoneó dentro del puerto, del cual no pudimos salir por estar toda la ropa en tierra; pero dióse la carena con mucha presteza, y emboscóse la gente, enviando el General nuestro seis alféreces reformados á tomar lengua de la armada para seguirla; y despidiéndome á mí en otra faluca á Arraguza para el mismo efecto, partime con una extraña resolucion, que en efecto me salió bien. Pasé de golfo lanzado trescientas millas, con no poco peligro de bajeles venecianos y cosarios turcos, y llegado á Arraguza tuve nueva del Senado (que muy bien me recibió) que la armada del enemigo estaba treinta millas lejos, y habia de venir al puerto de Santa Cruz, no lejos de la ciudad. Parecióme que ir un hombre de mis prendas con nueva de oida y no de vista, era una frialdad, ó cobardía extraña y agena de mi natural deseo de hacer cosas heróicas, y así determi-

(1) Esta palabra no se encuentra en los diccionarios que hemos consultado; quizá haya de traducirse por «casas de refaccion» ú hospederías.

neme á tomar una barca napolitana, en la que, vistiéndome de villano, y comunicado con el Senado mi pensamiento, me partí, dejando mi faluca detrás de una montañuela ó escollo, que está cerca de la ciudad, adonde residen en un convento algunos santos padres capuchinos retirados del comercio de la ciudad. Llegué á la armada, y empecé á vender mis arcachofas viejas y mis habas novelas, embebeciéndome de lo que hablaban, y dejándome hurtar lo que llevaba. De la proa subí á la mediana, y de allí á la popa, adonde, como esperaban encontrarse con la armada de España, cada uno daba su parecer en forma. Estaba el proveedor de la armada en una conversacion de nobles soldados, bisoños, que se quejaban de que ya habia siete meses que estaban embarcados, y ni peleaban ni volvian á sus casas, llamando aquella inaccion muerte civil. A que respondió el proveedor: «aun hay tiempo, porque á mas de mil y quinientos quintales de bizcocho que embarcamos en Venecia, hemos tomado en Espalatro otros dos mil y quinientos; de manera que tenemos tres mil, otros tres mil de habas, garbanzos y arroz, mil y quinientos barriles de toñina y dos mil quintales de queso, sin quinientos de sardinas saladas, con tanta pólvora y balas que basta para un año, y en esta conformidad el tocino y demas cosas.» Y llegando á tratar de lo que habian oido decir al General y á los del Consejo, conocí que no traian órden de pelear sin que fuesen provocados demasiado, sino de guardar sus mares; pero que siendo forzados peleasen, procurando conservar la armada cuanto fuese posible, pero cuando no no se perdiesen y volviesen vencidos.

Embebecime de manera en esto, que tanto me importaba, que quien quiera me llevaba la mercancía; y como es gente tan sutil, conocieron que escuchaba de buena gana, no faltando quien lo dijese al General, que llamán-

dome, y preguntándome dé á dónde y quién era, le respondí ser napolitano (lengua que yo he poseido como la natural española) de Nápoles mismo, y que estaba en Arraguza pleiteando un bajel, que mi padre dejó allí, y que era tan ruin gente que no me hacian justicia, y así, por no morir de hambre, estaba sirviendo á un hortelano que me daba á vender lo que llevaba. Mandó traer una cuerda, y yo empecé á llorar, moquear y babear, de manera que el General dijo: «quiten de ahí esa bestia.» Echábanme del bajel, pero yo no quise irme, diciendo con nuevo llanto que me pagasen lo que me habian tomado; con que así juré mas al General y me hizo pagar. Salí de allí y fuime á otros bajeles á vender ó á oir mas; pero instigado el General de Fabio Cornaro, primo hermano del Dux y senador de los diez del Pregas, me llamaron otra vez y me pusieron en la cuerda con preguntas agudísimas; pero por parecer del senador Contarini (1), embajador que habia sido en España, me bajaron de la cuerda, y yo, con los mismos llantos y maldiciones, me fuí á vender sin atreverme á partir, cosa á que ellos estaban mas atentos. Pero habiendo subido á otros bajeles, adonde quién me hurtaba, quién me escupia y quién me amenazaba, me llamaron otra vez, y levantándome en la cuerda me maltrataron los brazos, y á persuasion del Contarini me libraron otra vez. Ya yo sabia suficientemente la cantidad de bajeles, municiones y designio de la armada, y así, fingiendo me iba á la ciudad, llegué adonde estaba mi barca que, entrado en ella, y dejándome la otra, partí como una disparada saeta, dando el dinero de lo vendido á los marineros, y prometiéndoles muchas dádivas. Púseme á boga arrancada muy presto

(1) Llamado Simon y el mismo que escribió la relacion tan conocida del estado de España en tiempo de Felipe III.

seis millas de la isla ó escollo, y viéndome de la capitana con aquellos antojos marítimos, mandaron cargar dos galeras, que yo con mi antojo ví partir. Consideraba por una parte el pleito que debia haber entre los senadores Cornaro y Contarini y el General, y que el uno decia: «si se hiciera lo que yo dije,» y que el otro respondia: «quién pensara tal suceso;» y reia mucho con mis marineros, pero no de ver las galeras seguirnos, las cuales nos siguieron todo el dia, aunque sin alcanzarnos, librándonos la noche, pero no de una gran tempestad que nos obligó á amolar en popa, y aun tambien á las galeras á un mismo parage, de manera que á dos horas del dia nos descubrieron. Amainó el viento hasta el medio dia, que tuvimos otra terrible borrasca. Estariamos ya á tiro de cañon cuando cesó, y tiráronnos muchos, tan cerca algunos, que el agua que levantaban las balas entraba en la faluca en cantidad, y mis marineros tan rendidos que ya querian dejar los remos. Aquí fueron mis amenazas con la espada en las manos, diciéndoles que les daria mil estocadas, y llamándoles gallinas napolitanos, traidores á su Rey, y diciéndoles que sus casas, hijos y mugeres serian muertos á filo de espada, y ellas desoladas y sembradas de sal, y por otra parte las promesas, los halagos, limpiándoles con una tobaxa el sudor, dándoles en la boca bizcochos de azúcar y chorros de vino griego, de manera que con esto y descubrir nuestra armada tomaron ánimo, y si bien á uno de ellos le reventó la sangre por los oidos, que despues estuvo para morir, tomando yo el timon y el patron el remo, pudimos llegar á ella, aunque de manera tal, que en la faluca el agua de la fortuna de la mar y cañonazos nos llegaba á los tobillos, y era imposible durar si tardaran otra hora: punto por cierto harto terrible y apretado no menos que los pasados.

Fuimos muy bien recibidos del Almirante, y tan

celebrado y agradecido mi importante servicio, que no poca envidia causó; y enviando el aviso al general Ribera, que no lejos estaba, se determinó que con treinta galeras que el general Don Octavio de Aragon traia, fuésemos en busca de la armada del enemigo, la cual hallamos, y combatiendo con ella, con mucha pérdida se retiraron perdiendo dos galeras, de las cuales alguna gente que tomamos refirió los grandes disgustos que el General y senadores tuvieran sobre mi huida. Mandóme el ayudante hiciese su oficio, llevando las órdenes por toda nuestra armada en una faluca, llegando tan cerca de la galeaza Capitana, que por mandado del General me tiraron una banda de mosquetería que, no tocándome, dije por befa «si me hacian la salva como á General,» de que el de Venecia se tiraba la barba, segun dijeron despues los prisioneros.

Acabadas de dar las órdenes, volví al galeon, y me ordenó el Almirante acudiese con cincuenta hombres (de quien me hizo cabo) á reforzar los puestos que estuviesen mas flacos en la infantería y artillería, cargo de mucha confianza, de que dí buena cuenta, como consta de una muy honrada fe que entre mis papeles de servicios tengo. Era nuestra armada, como dicho es, de ocho galeones, y la suya de treinta galeras, catorce bajeles y seis galeazas, en todo cincuenta, y con tener ellos viento en popa, no nos embistieron, haciendo verdadera la nueva que yo traje. Nosotros forcejamos proejando con las galeras, y dando bordos con los galeones; pero dándoles nosotros una rociada de cañonazos y mosquetería, y respondiendo ellos con otra, como tenian el viento en favor, y nosotros en contra, se tenian al viento, sin querer llegar á probar la pólvora de las espadas de España, como se dice comunmente, y descarrocábamos tanto, que para tornar á recobrarnos pasaban tres horas largas; de manera, que solas

tres veces llegamos á tiro de mosquete con gran daño suyo y alguno nuestro.

Llegó la noche, que estorbadora de la comun luz del dia, y envidiosa de nuestra victoria, nos la quitó de la mano, usurpándonos tanto bien. Pusimos fanales de desafio para otro dia; pero cuando nos restituyó la usurpada luz la ladrona de Tetis, ya no parecia la armada enemiga, aunque teníamos viento mejorado; mas era tanta nuestra voluntad de pelear, que siguiendo su derrota, como si las naves dejaran estampados los piés en el agua, como en la arena los animales, buscábamos con el pensamiento sus vestigios. No pudimos dar con ella, y por ser llamados de Nápoles, fué necesario hacer la retirada; pero de paso tomamos al veneciano un bajel de especiería y mercancía, que valia doscientos mil escudos. Aquí me aproveché de alguna cantidad, como tambien de paños y terciopelos, con una caja de pasamanos de oro, y tres piezas de terciopelo turquino (1), y algunas cosas muy curiosas, con una caja de platos y vasos de cristal de Venecia, admirable cosa.

Llegué á Nápoles, y por no referir tantas veces la entrada, recibimientos y alegría de mi casa y parientes, solo diré que mi suegro el maestre de campo daba por bien empleado el dote y el casamiento, viendo aumentar su casa de hacienda, honor y preséas. Hice dos ricas camas, reposteros y cubiertas de bufetes, todo guarnecido de oro, sin costarme mas de las hechuras, para las cuales me pareció no sacar dinero de casa, sino pedir al Duque la promesa de los cien escudos y veinte y ocho de ventaja, con la cual cantidad creí podia, juntando las pagas que se me debian, bordar mis armas en camas, reposteros y sobremesas.

---

(1) Lo mismo que turquesco.

En este estado estaban mis cosas, y yo, agradecido á Dios de los beneficios recibidos, solo trataba de mi quietud y regalo, sacrificando víctimas de amor en el altar del sacramento de mi matrimonio, tan enamorado, amado, reverenciado, servido y estimado, que apenas me acordaba de la vida pasada, si no era para pesarme de haberla pasado; pero para que se vea cuán variable ha sido en todos tiempos mi fortuna y cuán enemiga de mi quietud, pido lean el siguiente suceso con atencion.

Mirábame renacido y levantado de tierra á estado tan quieto, como he referido, y porque no me tuviese por señor de mi constelacion, me puso este *memento homo* en la frente, que para mí fué de perpétua memoria. Quise hablar al Duque, y para hacerlo me puse un vestido de raso negro, acuchillado, forrado en tafetan cabeteado, y sobrepestaña de raso cabeteado con una rica guarnicion de oro y negro de doce fajas, y el ferreruelo con veinte guarniciones y un monte de plumas negras y cabeteadas. El Duque estaba fuera, que por haberle dicho una mentira un juez, que excuso el nombrarle, y un escribano criminal, al uno quitó la toga y á otro hizo azotar, saliéndolo él mismo á ver. Era tan rico el escribano, que daba treinta mil escudos porque no le afrentasen, pero no tuvo remedio; esperóle en la plaza del castillo, y pasando, le envió á decir al verdugo, que si no le daba récio le haria ahorcar: que fué tan obedecido, que de los azotes murió el escribano. Esperábale yo en casa, sin saber su mohina ni el caso, porque fué de repente, y entrando el Duque en su silleta, le dejé subir á los corredores por cogelle solo, y al hacelle la reverencia, sin dejarme hablar, me dijo sequísimamente: «¿qué quereis?» Yo, que pensé que teniendo ya noticia del señalado servicio que habia hecho me recibiria con mucho gusto, preguntándome el suceso y estimando el oirle de mi boca, casi me quise volver,

pero parecióme falta de resolucion y pusilanimidad, y así le dije con alguna arrogancia: «Señor, vengo á suplicar á V. E. se ponga en efecto la gracia que se me dió siete meses habrá.» Pero ya fuese que no se acordase, ó que la cólera que traia no le diese mas lugar, me respondió: «no quiero, que quiero pagar á quien me sirve.» Yo le repliqué: «pues pague V. E. á sus lacayos, que hombres como yo sirven á su Rey.» El Duque se encendió en cólera, y yo me ví perdido y afrentado, y así fué, que como quien vuelve el pié atrás para dar mayor salto, él se reparó un poco, para que empeñándome yo, tuviese mas castigo y él mas razon. «Quien me sirve á mí, dijo, y observa mis órdenes, como capitan general, sirve á Su Magestad, y de servirme á mí se precian muchos tan buenos como vos.» A lo que respondí: «así puede ser, señor, pues lo dice V. E., pero no serán de mi humor; y si quien sirve á Su Magestad sirve á V. E., como capitan general le pido me pague, porque ¡voto á Dios! que he servido á los dos mas bien que á Dios, que le he quebrantado todos sus diez preceptos, y del Rey y V. E. ninguno.» Enojé al Duque de manera por el ¡voto á Dios! y respuesta, que levantándose de la silla me dijo: «pues váyase noramala, que no quiero pagarle.» Yo me irrité y respondí: «harta mala hora es para un hombre de mi calidad y valor la en que le trata de esta manera persona en quien no se puede vengar. Así se sabrá, que si no me paga V. E. es porque no quiere, no porque yo deje de merecerlo;» y esto dije volviéndole las espaldas y echando por los ojos fuego. Preguntó el Duque á sus criados: «quién es este?» Respondióle Don Luis de Córdova, su camarero y paisano mio: «¿V. E. no se acuerda de Don Diego Duque de Estrada?» «¡Ah! sí, dijo el Duque; ¡no me acordaba por vida de mi hija! ¡Por vida del Rey que es determinado caballero; no le ha faltado sino acuchillarme! Llamadle

acá, que me pesa de habelle tratado mal y enviádole noramala; pero Ciceron por lo sábio, ni César por lo bravo pudieran responder con mas prudencia: «harta en hora mala es para un hombre de mi calidad y valor en la que le trata de esta manera persona en quien no se puede vengar.»

Quedóse el Duque esperando, y yo en tanto bajé la escalera tan desatinado, que pareciéndome que la casa se movia toda rodé hasta el primer descanso, faltándome el pié. Subian á este tiempo Don Octavio de Aragon, el general Rivera, el almirante Serrano y otros capitanes de la armada, y viéndome levantar del suelo me preguntaron lo que tenia; mas no fué posible dar respuesta, porque un nudo me ahogaba la garganta; pero arrojando el emplumado sombrero, mirando al cielo, empuñé la espada, y á fé que no dije ninguna oracion. Daba priesa el Duque á que subiese, y yo subí tan loco como bajé, con intento de perderme y matar al Duque. Llevábanme de la mano Don Octavio, y del otro brazo Ribera; preguntáronme lo que tenia, y yo sin responder. Don Luis de Córdoba me decia no llegase, que conocia las resoluciones del Duque, y yo le decia con la mano que, aunque me costase la cabeza, habia de llegar. Llegó al mismo tiempo Don Octavio y dijo: «Señor, Don Diego Duque de Estrada, sin hacer agravio á ninguno, es el mas valiente soldado que V. Ex.ª tiene en la armada.» El Duque respondió con buen semblante: «tan valiente es que me ha querido acuchillar, y por ventura lo hiciera, si estuviera en campaña; pero decidme: ¿en qué habeis servido al Rey y á mí mejor que á Dios? ¿A dónde me habeis servido?» Respondieron Ribera y el almirante Serrano: «Señor, podemos decir que á Don Diego se debe la victoria que hemos tenido;» y refiriéndole todo el caso, la embajada de Arraguza, reconocimiento de la armada y el puesto que ocupé,

respondió: «¡Soy obligado á restituiros la opinion en que os debo tener! ¡Tres veces la cuerda! ¡por este servicio solo mereceis ser capitan, cuando no tuviérades tanta calidad! Gran diligencia é inteligencia fué el saber el designio del enemigo; yo os tendré de aquí adelante por muy valiente caballero; y muy gran soldado, y os pido perdon; que los bravos soldados, como vos me dan muy buen olor, sobre todo cuando vienen embreados de los bajeles y oliendo á pólvora.» Yo le respondí: «Señor, ese olor bueno es para los enemigos, pero para hablar con príncipes como V. Ex.ª es mejor el de los hombres de mi calidad.—Seamos amigos, respondió, y deseos luego lo que se os prometió, y cien escudos mas, y la primera compañía que vaque es vuestra; pero de aquí adelante mirad como hablais con vuestro príncipe, y con hombre tan resuelto como yo, que no ha estado vuestra cabeza dos dedos de vuestros piés á fe de caballero; pero algun buen planeta teneis que me domina.» Yo me partí haciendo mi acatamiento, y el Duque quedó admirando mi valor, y los generales oyendo el cuento y alabándome, con que de este trago quiero reposar en brazos de mi esposa, que lo he bien menester.

OCTAVA PARTE.

Año de 1617, de mi edad 28.

Aunque dije que me iba á reposar en brazos de mi esposa, no lo hacian mis pensamientos, de los cuales ninguno es dueño, pues en esto ninguno hay tan maestro y tan señor de sí que pueda arrojarlos, siendo los desvelos del alma vigilia del cuerpo, inquietadores de los sentidos y adversarios del sueño. Fuime en efecto á mi casa, y por disimular con ocasion de que Doña Lucrecia,

mi muger, estaba de parto, mandé me previniesen la cámara mas adentro de la mia para dormir, cené y acostéme con buen semblante, por no dar disgusto en casa. Acostado y hechas diligencias para dormir, pude romper el sueño un breve rato; pero dispertando y revolviendo en la memoria lo sucedido, me vinieron unas bascas terribles y unos pensamientos y discursos enormes de contener, meditando la venganza de aquel que yo llamaba agravio. Sentí mucho el haberme el Duque llamado tantas veces de vos, cosa á que yo no estaba enseñado, aunque habia tratado con muchos grandes de España, y mucho mas el no haberme conocido ó no querer conocerme, y haber dudado que hubiese servido al Rey, creyendo que me habia quedado en aquella ocasion en Nápoles, como hacen muchos Guzmanes, fingiendo ser enfermos, por quedarse con sus mugeres ó damas, ó por ser gallinas, y sobre todo el haberme enviado en hora mala. Quejábame de mi cobardía de no haberle muerto á puñaladas, con que hacia mi nombre eterno; y daba palmadas y suspiros que los ponia en el cielo. Era este el discurso de mi desatinado y soberbio natural, que á tantas perdiciones me ha traido; pero por otra parte la razon me hacia ver lo contrario, abriéndome los ojos del entendimiento, y considerando que á un general se le trataba de vos, y que los príncipes no agravian á sus súbditos con semejantes palabras, y sobre todo que ya estaba con el yugo del matrimonio, y que cualquiera desatino que yo hubiera hecho lo fuera grande, y yo odiado por él de las gentes y muerto como traidor. Así pasé la noche y el dia siguiente, y habiendo sido convidados para la boda de un primo de mi muger, yo á persuasion suya y por disimular me puse de calza, capa y gorra, y mi muger un rico vestido; pero llegando (como solia) á repasarme el cuello con el molde, porque no queria que otras manos de criado ó criada llegaran á

mí, me pidió licencia para quitarse el verdugado, porque le hacia daño al vientre. Dejela, y subiendo á caballo, me fuí á Santiago de los Españoles á oir misa; pero apenas volví, en menos de una hora, hallé la casa revuelta y melancólica; pregunté por mi muger, y mi suegra muy confusa apenas me respondia. Repliqué en cólera: «¿es muerta mi esposa? ¿qué turbacion es esta?» Respondiéronme: «no,» pero porque dije yo, ¿ha parido? «Sí señor», me respondieron. Pues muéstrenmelo; «¿ha parido acaso algun gato maimon ó algun cernícalo? Sáquenlo acá.» Y como si fuese cosa de delito, me dijeron muy frias: «Ha parido una hija.»—¡Cuerpo de Dios! muéstrenmela, y entrando adentro hallé á mi muger casi llorando, de lo que me reí yo mucho, y tomando la muchacha la dí muchos besos y bendiciones, con que alegré la casa. Nació á los diez y seis de Mayo de 1617; llamóse Doña Juana Duque de Estrada, y fueron sus compadres el príncipe de Oliva y la princesa de Conca.

Esparcióse por todo Nápoles el cuento del Duque y mio, siendo tan celebrado y admirado mi atrevimiento, y el no haberme sucedido alguna desgracia terrible, que todos y cada uno de los señores italianos y españoles me preguntaban el caso. Súpose en mi casa, y mi suegro con grandes ruegos y mi muger con grandes lágrimas, me pedian dejase de ser soldado, pues tenia lo necesario para vivir como caballero; pero la negra honrilla no me daba lugar, lo uno por mi inclinacion á la guerra, lo otro por no haber llegado á ser capitan, por las cuales causas, rompiendo con todo, determiné de partirme en la jornada que se preparaba. Envióme á llamar el Duque, y díjome que cómo no acudia por los doscientos y veinte y ocho escudos, y envió conmigo un page al secretario para que se me diesen luego. Era este secretario de Estado, levantado de pobre escribiente, y tan hinchado con dos-

cientos mil escudos que habia hurtado, que era menester mas para hablarle á él que al Duque. Fuí allá, y díjome que volviese; volví dos veces, y siempre me decia que volviese. Era tiempo del pagamiento, pasado el cual no habia remedio; yo tomé por tema el hacerme pagar, y el Duque tambien se me embarcaba para ir á tomar unos remedios en las arenas de Hisca, que así se llama aquella isla. Fuime al embarcadero y dije: «Solos dos mandatos de V. Ex.ª no se cumplen, y yo me embarco en esta ocasion. Paréceme que Horrible (1) es el virey, pues manda mas que V. Ex.ª.» Rióse el Duque de mi resolucion, y dijo: «Pues id vos, y si no os los da, dadle dos cuchilladas.» No respondí mas de «beso los piés de V. Ex.ª,» y partime con harto galante determinacion. Dijéronle los capitanes que iban con el Duque: «Mire V. Ex.ª que Don Diego se las dará;» á que respondió: «¡por vida del Rey! de darle he una compañía, si se las da.» Con que se embarcó, respondiéndole los mesmos: «Si no le despacha, ya le damos por capitan.» Noramala, porque yo no lo supe, que por Dios que era mia la compañía, aun con menos ocasion.

Fuime á la Secretaría, adonde para diversos negocios le esperaban maestres de campo, capitanes y títulos, sin poder tener resolucion de sus negocios, ni atreverse á entrar en su oficina, porque tenia porteros que lo impidiesen, aunque todo estaba abierto. Llegué yo á entrar con admiracion de todos, porque dije: «Traigo un recado del Duque,» y entrar sin hacer caso del portero (que se quedó helado) fué todo una cosa. Paseaba y dictaba el secretario á dos oficiales, y al verme dijo: «¿Cómo entra V. md. aquí sin avisarme?» Respondíle: «Como entrára

(1) F. de Orive, á quien los españoles, de quien era poco querido, llamaban por mote Horrible.

en el cielo, si hallára la puerta abierta como está esta, traigo un recado del Duque que ordena que v. md. despache estos dos mandatos para que me paguen, porque me embarco y están pagando, y si se acaba el pagamiento, sabe Dios cuando lo tendré.» Díjome: «¿Ahora me viene v. md. con eso? Otros negocios hay aquí de mas importancia, y otras personas están allá fuera que no tienen este atrevimiento de entrar sin licencia.—Ninguno como yo, le repliqué, ni que mejor pueda entrar aquí, ni en la cámara del Rey y miré v. md. como habla, pues me conoce, y yo vengo ahora, y ahora he de llevar el despacho.—¿Qué modo de hablar (me dijo) es ese?—La respuesta de esotro modo es esta (le dije); el Duque manda que se me despache luego.—Dígale al Duque (me dijo) que no quiero.» Tercié la capa, y tomé la espada en la mano izquierda para sacarla, y en el mismo punto, á las voces, entraron todos aquellos caballeros diciendo: «¿Señor Don Diego? al señor Secretario, ¿mire que se perderá? quiétese.» Yo, dije empuñando la espada: «Esta órden traigo del capitan general y ha de cumplilla ó si no romperéle la cabeza. ¡Voto á Dios! que así lo hará, ó si no le tengo de dar las dos cuchilladas que me manda el Duque, y dos estocadas por mi gusto, que yo sé que me lo agradecerá todo Nápoles.»

Estaba el Secretario muerto de ver tal atrevimiento en su persona cual antes jamás sucedió; los presentes se holgaban del caso, y el capitan Villegas, paisano mio, dejando al Duque embarcado, se vino tras mí pensando llegar á tiempo de evitar que yo no entrase; pero no pudo caminar tanto. Decia el Secretario: ¡que haya hombre honrado que quiera servir al Duque para que se le atrevan de esta manera!» Llegó el capitan Villegas á mí que me tenian asido el marqués de Camerota (1), maestre

(1) El original decia «Camarota.»

de campo; Alfonso Filomarino, sargento mayor, y otros. Decia el Secretario: «¡Voto á Dios, que no lo he de hacer!» Yo decia: «¡Voto á Dios que le he de dar las dos cuchilladas!» Y Villegas decia: «Señor secretario, v. md. lo haga, porque delante de mí le ha dado el Duque esta órden, y es hombre que no se irá sin cumplirla, si le hacen mil pedazos; ¿qué le cuesta el echar una firma?» Tanto hicieron con él que echó la firma, arrojando los papeles, y se entró dentro. Dióme el capitan mi despacho, y sin acatarme, la gente mal contenta que estaba allí, que eran todos, me alzaron en peso, y me sacaron en brazos hasta allá fuera, dándome víctores. Fueron tan celebrados este cuento y el del Duque en Nápoles, y tan esparcidos por Italia, que despues en Florencia y Mántua los Duques me preguntaron cómo habian sucedido.

Llevé mi despacho cuando acababan de pagar en el Darzanal, y apenas llegué cuando ya sabian el suceso el duque de Rietri (1), escribano real del reino, y Don Pedro Sarmiento, maese de campo, celebrado por su valentía y temeridades en nuestra nacion, y que mereció por su valor y servicios el puesto que ocupaba, subiendo á él de pobre soldado que era, aunque bien nacido. Habló con el Duque, y dijo: «Si no hubiere dineros, tráigase de mi casa, que quien se ha atrevido á romper con el secretario Horrible tendrá ánimo para poner una bandera en Jerusalem.» Y Don Pedro Sarmiento dijo: «¡Por vida de los camaradas Jesucristo (que este era su ordinario juramento), que es mas temerario que yo!» Pagáronme los doscientos escudos, los veinte y ocho, y mis pagas de once escudos, cuatro de ventaja, cuatro de paga ordinaria y tres de la escuadra del capitan, contando desde los veinte y dos de Octubre hasta los veinte y seis de Mayo, que son

(1) Dice Bietri.

siete meses, importando todo trescientos y cinco escudos, con que bordé mis camas, antepuertas y sobremesas, muy á mi satisfaccion y gusto.

Partimos á los treinta de Mayo con quince galeones, y con próspero viento costeando el reino llegamos al Faro de Mesina, tan celebrado de los poetas por los peligros que llaman de Scilla y Caribdis, adonde por llegar viento fresco y de noche encallamos con la Capitana, por no tomar bien el canal, estando muy á pique de perdernos; pero fué Dios servido que con la corriente en favor salimos costeando el reino hasta llegar á la ciudad y puerto del celebrado Brindis, no tanto por lo que suena el nombre tan célebre en los banquetes y convites, cuanto por su famoso puerto, de donde salió el desdichado Pompeyo con tres mil bajeles: tan capaz era en tiempos antiguos, y ahora tan ciego que para entrar adentro en las aguas (casi muertas) que circundan parte de la muralla, es necesario pasar por un estrecho canal y que sea pequeño el barco por entre dos torres, que en la una se tiene por tradicion estuvo preso San Pedro, la cual dicen que se le humilló, y en esta forma está, y tanto que quien no es práctico no se atreve á pasar por debajo, creyendo que se quiere caer sobre él. Pero entre esta boca y una fortaleza que está sobre un escollo grande, de manera que hace dos bocas el puerto, y está muy bien artillado y guarnecido de infantería, hay capacidad para muchos bajeles.

Aquí pues se juntó nuestra armada que se componia de las siguientes galeras: diez y ocho de Don Pedro de Leiva, general de las de Nápoles; Don Pedro Giron, hijo natural del Duque de Osuna, con cuatro del Duque su padre; el Conde de Elda, general de las galeras de Sicilia, con ocho, y su teniente general Don Diego Pimentel cabo de las de Nápoles, con otras cuatro; Don Octavio de Aragon gobernando las cuatro del Duque, por ser tan niño Don Pedro Giron. Con

nuestros quince galeones se juntaron tres de Sicilia, de manera que eramos diez y ocho galeones y treinta galeras y cuatro bergantines. Partió esta armada y costeando el mar Adriático llegamos á vista de la ciudad y puerto de Zara, de adonde salia la poderosa armada de Venecia, arrojando ó desperdiciando (en el vago viento) las azotantes crugidoras velas, que sacudiéndose al izar las empinadas entenas (atalayas de aquellos móviles escollos) parecia que amenazaban á sus forzados y marineros, porfiando á expelerlos á fuerza de cintarazos de sus contrastadoras sacudiduras, bramando por verse vencidas y amarradas á fuerza de cuerdas é invenciones de garruchas, unas tiradas con manos y otras vueltas con órganos. Daban gemidos al cielo amenazando romperse por sí mismas y entregar á los que las gobernaban á la furia incontrastable de los vientos; alternando con este mudo susurro el de las parleras flámulas, gallardetes y banderolas, que con diversas colores daban en reverentes reflejos diversas é iluminadas alfombras retratadas en los cambiantes gorbaranes de las ondas del mar, ornando sus bajeles guarnecidos de pavesadas rojas, señal de sangre y guerra, con que amenazaban el cielo y mar, como tambien con sus asomados cañones, cuyas vistas parecian de tantos basiliscos amedrantadores de sus observadores contrarios. Esparciéronse observando la jurisdiccion á Neptuno, que atento á este naval contraste, parece que adornó su sólio de magestuosas algasovas y espadañas, vistiendo la jurisdiccion de su reino de coral oscuro, turbando las naves que opuestas al sol le impidieron nos mostrase su luz, porque todo fuese de una librea.

Repartióse la armada en esta forma. Perdone el lector que aunque prometí al principio no exornar esta verdadera historia con argentado lenguaje, ni valerme de lo exquisito, sino lisamente, contra mi propósito no pude dejar de

pintar la hermosura y variedad que se ve en una armada naval, tal como esta. Desplegadas al viento las velas, como dicho es, tomaron el cuerno derecho las veinte galeras, cogiendo en medio las otras veinte á veinte y dos galeones, los cuales apartándose dieron lugar á que la galeota capitana se interpusiese entre el galeon capitan y el galeon San Márcos, entrambos mónstruos de grandeza y armazon; y las otras cinco galeazas tomaron el cuerno derecho é izquierdo de las galeras, cuyos cruzados se hacian gobernados de los timones, que parecia una estudiada y concertada máscara en algun baile de delicioso sarao; porque al volver las popas llenas de estandartes, como los árboles cuajados de flámulas, como dicho es, daban sobre las hinchadas velas una magestuosa vuelta, levantando sus remos las ricas espumas del hinchado mar hecho corcobos, que parecia expeler de sí tanto imperioso bajel, no pudiendo ó no queriendo onerar su peso; no de otra manera que el lozano y brioso caballo enjaezado, sintiendo sobre sus espaldas crugir las telas ricas y recamos, cuyas fenefas le tocan las partidas y encorvadas ancas, y ocupada la hermosa y denodada cara con el bozal y campanillas, no consintiendo su bizarría mas peso que el de su mesma ferocidad, al querer superarle y sujetarle su dueño, perdiendo el suelo con brincadas corvetas quiere sacudir la cerviz de aquel yugo; así el mar viendo en sí la hermosura de tantos adornos, procuraba señorear lozano sin ser sujetado de tanto remo, que batiendo sus aguas, parecia quererle castigar porque no queria quietarse y obedecer su armada.

Estuviéronse mucho tiempo en componerla, que eran en efecto setenta y seis bajeles (1), y tomó su bien for-

(1) De relaciones impresas de aquel tiempo resulta en efecto que la armada veneciana se componia de 48 bajeles de alto bordo, 22 galeazas y 6 barcas albanesas: en todo 76 velas.

mada y vistosa media luna casi cuatro millas de circuito, porque la gruesa mareta recien levantada no los embarazase unos con otros. En el mesmo tiempo, no menos pomposa y bizarra la nuestra formó su media luna, poniendo en ella la Capitana de Nápoles en medio, y á su lado derecho la Negrona del Duque, que Don Octavio en nombre de Don Pedro Giron gobernaba; á la izquierda la Capitana de Sicilia con el Conde y Don Diego Pimentel, y á los lados el galeon Capitan y Almirante, y las demas galeras por guarnicion de los galeones, con no menos ricos estandartes de la Purísima Concepcion y Cristo Crucificado, pavesadas flámulas, gallardetes y demas, no menos vistosa que el armada veneciana, aunque menos en cantidad. Parecian nuestras galeras pomposos verdugados ó enaguas de bizarras damas, moviéndose con tan hinchada gallardía que antes daba solaz y ánimo que melancólica cobardía. ¿Quién dirá que toda esta prevencion, el deshacer los parches á fuerza de tocarlos, el rimbombo de su son que espaventaba las tierras de la marina, y amenazaba á convertir las aguas del mar en el sanguinoso humor de Marte; el deshacerse los clarines y trompetas, rompiendo y atemorizando los aires y deshaciendo sus nubes el salir de la boca de los nuestros y sus cañones volcanes, etnas y mongivelos, que parecian rayos vibrados de la vengativa mano de Júpiter airado, vendrian á parar en no mas de lo que he dicho, pues no sucedió mas, porque teniendo ellos viento y nosotros contrario, la primera vez proejamos á fuerza de remos para acercarnos, y llegando á tiro de cañon les disparamos toda la artillería, como ella á nosotros; pero no queriendo llegar á las manos, dieron un bordo sobre viento, ganando tanto, que aunque reventábamos los forzados á palos, y poníamos á peligro de romper los árboles de los bajeles por proejar, jamás pudimos ganar terreno, por

ser tan recio el viento. Porfiando así todo el dia casi, y retirándose el enemigo al puerto de Zara, y amainando despues un poco el viento, nos fuimos á él, pasando de galera en galera, y de galeon en galeon por la misma boca del dicho puerto, cada uno de por sí, le disparamos toda la artillería, haciéndole dentro de él grandisimo daño; porque, como estaba todo junto y dado fondo, no escapaba bala que no dañificase; y aunque disparaban mucho de la armada y castillo, á cada uno de por sí era difícil de tocar. Les enviamos con una falúa y un trompeta un dasafio al General, prometiendo esperalle cuarenta horas, como se hizo; pero no quiso salir, al cabo de las cuales nos partimos, y acañoneando sus costas, nos volvimos á Brindis, y llegamos tres dias antes del Corpus Christi, el cual se celebró en esta forma; que por ser tan extraordinaria que por cuantos reinos he caminado, que es casi toda la Europa, no he hallado semejante costumbre, la diré.

Para la procesion se formó un escuadron, el cuerpo en su grande plaza, y las mangas repartidas por las calles, que esto es solito adonde hay plazas de armas, aparadas las calles y plazas con arcos triunfales, con mas pompa y arreo que los demas años, por estar allí tantos y tan lucidos señores, que no es mucho; pero la novedad es la preeminencia de los arzobispos de llevar al Santísimo Sacramento á caballo, cosa que en otra parte no he visto. Era el venerable y anciano arzobispo español, aragonés, de hermoso y grave rostro, y bien compuesta y proporcionada barba; de buena disposicion, y grandeza de cuerpo proporcionado; afable, humilde y benigno; limosnero con los pobres y caritativo con los enfermos que, aunque no es verbo principal para el caso, importó para ser favorecido con estos señores. Iba sobre un hermoso caballo, blanco como un arminio, cuya cola

y crin, aunque parece que pudieran cubrir parte de sus bien proporcionados miembros, por llegar ambas á tierra, antes le servian de mayor belleza. Iba cubierto de una gualdrapa de terciopelo, recamada ricamente de oro, con seis fajas de lo mismo, guarnecidas de ricos pasamanos de oro y seda, que salian de los escudos de las riendas, y toda la clavazon de la guarnicion, freno, herraduras y clavos era de plata maciza sobredorada; quieto y mansueto que parecia conocer (si hay conocimiento en los animales) que llevaba sobre sí el Señor de los cielos y tierra. Llevaban las riendas del caballo Don Pedro de Leyva y el conde de Elda; los primeros cordones Don Diego Pimentel y Don Otavio de Aragon; los segundos Don Pedro Giron y su hermano de madre Don Fernando; los terceros el general Ribera y el general Don Martin de Ariz, de los galeones de Sicilia, caballero vizcaino; las dos fajas de delante de los estribos Don Luis de Aragon y Mendoza, caballero del hábito de Santiago é hijo del almirante de Aragon, y yo; las segundas Don Antonio de Silva y Don Pedro Manrique de Lara, y los aciones Don Juan de Sandoval y Don Diego de Guzman; las seis varas del pálio seis maestres de campo y sargentos mayores de los tres tercios; veinte y cuatro capitanes y veinte y cuatro alféreces vivos; cuarenta y ocho hachas á su costa. Pasó así la procesion, abriéndose el escuadron, no á la clerecía; parroquias y religiones, sino en llegando el Santísimo, abatiéronle todas las banderas y picas hasta arrastrarlas en tierra, y al bajar del caballo el Arzobispo, entrando en la iglesia, se hizo salva real de castillos, bajeles, murallas y escuadrones, que parecia se hundia el cielo, como dicen comunmente. Sacáronse ricos y lucidos vestidos, bandas, plumas y muchas joyas; hubo convite franco en casa del Arzobispo, y cena en casa de los generales, asegurando que mas lucida y alegre fiesta no la he visto en m

vida. El otavario fué muy alegre, y en él sustenté un torneo, apadrinándome Don Juan de Sandoval, caballero de muchas partes é ingenio, y Don César de Urríes, caballero aragonés agilísimo y valentísimo. Fueron los cuadrilleros Miguel Garayzabal (1), vizcaino; Don Ramon Fortalet, catalan; Don Lucas de Balcaser (2), sobrino del sargento mayor Aledo, Don Vicente Ferrer y Don Juan de Castellví, valencianos. Hubo extrañas invenciones ridículosas: el segundo dia torneamos de burlas con petos y morriones de esteras y carton plateado, por hacer burla del Castellano del mar, que pidió fuese el torneo en su castillo, y convidó todas las damas de la ciudad. Hubo un toro de burlas, tan gracioso que se perecia la gente de risa; los premios del torneo fueron ajos, cebollas, atun, queso y otras cosas tales; pero tan disfrazado todo que fué cosa de ver. Presentáronse los caballeros en forma de las nueve musas, aunque ridículosas; muy concertada la música burlesca, salvajes, turcos, persas, indios; otros en forma de osos, de tortugas, de asnos. Finalmente, era todo, aunque burlesco, tan proporcionado y deleitable, que se pudiera ver en Madrid, pues cierto habia entre estos caballeros ingenios tan lucidos que pudieran serlo allá. Acabóse la fiesta con jugar cañas á pié, y el toro; y despues en barcas enramadas, con varas largas nos embestiamos á peligro de abrirse las barcas y anegarnos, no haciéndonos poco daño con las varas, y con tirarnos premios de ajos, cebollas, bizcochos y atun; de tal manera que habiéndome tomado de mi barca una ban-

---

(1) Así está en el original; pero debió decir Vidazabal como su nombre se halla escrito en relaciones de aquel tiempo. Fué almirante de la escuadra de Cantabria y guarda del Estrecho, peleando con buen éxito con turcos y holandeses.

(2) Parece debió decir Valcarcel.

dera, y puéstola sobre un bajel, hice embestirle con mi esquife, que casi le abrí, y subiendo sobre él, aunque lo defendian, tomé la bandera, echando al mar al soldado que la habia tomado, á pique de anegarse, por caer entre medio del bajel y del esquife y de romperse allí la cabeza. Llegó esto á casi perdernos, porque saltaron á mi esquife del bajel algunos para vengar á aquel, y fueron al mar como él, y tomando armas cada uno de su bajel, empezamos á bueños mosquetazos; pero sabido de los generales, dejaron el sarao y con sus falucas se pusieron en medio, mandando, alzados los bastones, pena de la vida que nadie tirase, y nos enviaron detenidos á nuestros bajeles, hasta que otro dia se hicieron las paces y los heridos quedaron heridos.

Allí se dió carena á los bajeles; se proveyó la armada, y se embarcaron suficientes bastimentos y municiones comestibles y hostiles en que nos entretuvimos algunos dias. Buscamos muchos dias su armada, que no parecia, y limpiamos el mar de piratas cosarios, desbalijando sus bajeles y poblando los remos (1) de nuestras galeras, así de turcos como de albaneses y venecianos; quitamos el comercio á sus costas y aseguramos á los de Araguza con mucha consolacion suya; y discurriendo el viaje, llegamos nueve millas de Zara en unos puertos que por canales de entre los montes de tierra firme y mar forma islas la naturaleza, con tanto arte que parecen hechas artificiosamente. Vino nueva que salian de Zara dos galeras grandes, que ellos llaman magonas (2), que no son tanto como galeazas, y son como dos veces una galera, las cuales les sirven de bajeles de mercancía. Iban acompañadas

(1) Parece debió decir «bancos.»
(2) Está sin duda por «mahonas.»

de nueve galeras; pero descubriendo las nuestras de Nápoles, se dieron á la fuga; no tanto que no les tomásemos las dos magonas y tres galeras, escapando las seis á remo y vela. Yo habia pedido licencia á mi General para pasar de los galeones á las galeras, que de buena gana me la concedió, y no me estuvo mal, pues solo un judío de Salonique llevaba dos millones de mercancía de todos los judíos de allí en oro, plata, joyas y mercancía. Fué la victoria con poca pelea, pues mas se emplearon las uñas que las manos y las espadas, y juro de verdad que hubo soldado que cargó tanto de oro y plata que echándose á nado porque no se lo quitasen los oficiales que entraron en el bajel, se anegó por el grave peso de lo que pensó habia de ser alivio de su necesidad. Muchos quedaron ricos de esta presa, porque fué saco sin discrecion ni obediencia; y aunque yo no salí mal librado, ni en esta ni en otra ocasion traté mas que de pelear, ni tomé mas de lo que muy acaso se me vino á las manos; pero con ocasion que con una hacheta un soldado de mi compañía rompió un rico taraceado escritorio, y me llamó, pidiéndome por amor de Dios no le dejase agraviar, que partiria conmigo, le hice espaldas, y le defendí de los que llegaban, que como me conocian creian estaba allí por órden del General, y pasaban adelante, y tirando cada uno de algunas gavetas, que así era el concierto, yo hallé unas manillas turquesas, cinco sartas de perlas y una caja de diamantes por labrar, con alguna cantidad de cequíes venecianos, húngaros y turquescos, que valió todo mas de tres mil escudos.

Volvimos á Brindis con esta presa, y la armada se deshizo, volviendo las galeras á Nápoles, y á Sicilia los de ella, reduciéndose los galeones á quince, como primero. Tuvieron en Nápoles los generales grandes reprensiones, diciéndoles el Duque á Don Pedro de Leyva, porque era

viejo, y á Don Otavio de Aragon, porque era muy lampiño, que habia enviado sus gallos reales debajo de una gallina clueca (1) y de un capon cobarde. No estimando la presa sin haber combatido con la armada enemiga, enviónos órden que la buscásemos aunque nos perdiésemos, y combatiésemos con ella topándola. Reforzáronse nuestros galeones valientemente, y la gente de los tercios escogida y repartida, el General me ordenó fuese á su capitana, haciéndome cabo de doscientos hombres para que, abordando con la armada del enemigo, yo saltase dentro de sus bajeles, y en el ínterin asistiese al lado de mi capitan y llevase las órdenes que se me diesen, como consta en la fe de dicho general y capitan que en mis papeles tengo.

Partimos, pues, con honrada y valiente determinacion de chocar con la armada, y morir ó vencer. Entramos en el mar Adriático, y dimos vuelta á Arraguza, adonde otra vez se nos regaló espléndidamente; y al salir del puerto de Santa Cruz, donde la vez pasada me dieron la cuerda, primero que viniésemos á juntarnos era ya de noche, de manera que nada se pudo hacer. Amainó el viento de manera que nos vimos perdidos, porque las corrientes dividian nuestros bajeles, y como ellos traian tantas galeras (que entre ellas y las galeazas eran cuarenta), remolcaban sus veinte navíos y los unian. Estando nosotros separados y ellos juntos, las galeras nos circundaban, dándonos la vaya, y diciendo en su lengua: «¡ladrones ponentinos! ¿qué quereis de nuestro golfo? dejad llegar el dia, que os sacudiremos el polvo de manera que se os caiga el filipeto de vuestro Rey que traeis en el cuerpo.» Y nosotros respondíamos: «¡ladrones levantinos!

(1) Lo mismo que *llueca*, que en italiano se dice *chioccia* y en latin *glociens*.

nosotros os haremos quitar los pantuflos y correr, aunque no esteis en tierra, pantalones come-hígado (1);» y con esto se pasaba la noche, pero con notable disgusto, porque totalmente veiamos nuestra mísera muerte y perdicion, si Dios no nos daba viento, estando tan esparcidos, que no nos podiamos ayudar uno á otro, y pudieran con las galeras y galeazas irnos tomando uno á uno. Mandóme el General que tomase una faluca, y fuese de bajel en bajel confortando la gente, y animándolos á morir como valerosos españoles, y que el enemigo no se alabase de haber rendido á ninguno, sin que primero hubiesen muerto cuantos en él estaban. Hícelo así, no sin peligro grande, porque me tiraban muchos mosquetazos de las galeras, y me mataron el timonero; pero no por eso se dejó de hacer el efecto, porque tomando yo el timon, fuimos á todos los bajeles, juntando consejo en todos; y diciendo yo mi oracion, exhortándolos á morir por su Rey, y probándoles era la causa de Dios, pues en Venecia permitia aquella gente maligna escuelas públicas de la secta de Calvino y de Lutero para aquellos holandeses de quien se valian al peligro presente; así que era necesario valerse del valor y manos, no dejando hombre á vida del armada del enemigo al subir en nuestros bajeles; pues tiene tanta ventaja en su casa propia el que la defiende al que viene á ofenderle, siendo necesario que aquel suba ó salte: cosas ambas peligrosas. El dia pasó en este ejercicio, y yo volví á mi capitana; tocóse el Ave María, y dijéronse las letanías de Nuestra Señora con mucha devocion en todos los bajeles nuestros; y parece que milagrosamente se levantó á aquella hora un vientecillo de Levante, que aunque era en su favor, bastó para que desplegando las velas á

(1) Nombres injuriosos con que por aquel tiempo de designaba á los venecianos.

él nos pudiésemos juntar, con que perdimos el miedo á su potencia. Dispararon una pieza sin bala, para ver cuál era nuestro intento, llegándose la Capitana muy cerca de nosotros; pero el general Ribera, que traia ya determinacion de pelear, le volvió la proa, y de proa á proa, por el filo, le disparó una media culebrina, que como despues afirmó un francés artillero, que estaba dentro y que pasó despues á nuestra armada en servicio del Duque, le mató veinte y cuatro hombres que estaban en una lanza por guarnicion de los bordes del bajel ó filaretes (cosa rara, pero posible), segundando con otra que le desbarató parte de la popa. Atemorizóse el Veneciano terriblemente, y volviendo la popa disparando, se incorporó con su armada, la cual empezó á formar su media luna de sesenta bajeles, sin las barcas albanesas, arrojando hermosísimos adornos al viento, que no los describo por haberlo ya hecho cuando no tuvo efecto tanta prevencion; pero diré una cosa notable: que tres veces que nos careamos, siempre tuvieron viento en popa, que parecia invencion del demonio, aunque debió de ser permision de Dios, porque si le tuviéramos nosotros, sin duda hubiéramos embestido, y perdídose una de las dos armadas con mucha sangre cristiana. Hermosa parecia la suya y como que queria imperar el mar, bordeando con magestuosas y gallardas amenazas; pero por ver nuestro General, que pudiendo venir á nosotros no lo hacian, con su bajel Capitana, no pudiéndole seguir los otros catorce por el viento récio, metiéndose á la orza cuanto pudo, forcejó tanto, que llegó á ponerse en medio de la armada veneciana, sin que de adentro se conociese haber una persona, por ir cubiertos con las pavesadas. Grande sospecha dió á los venecianos esta resolucion, creyendo que el atrevimiento no fuese posible ser fundado solo en valentía, porque mas era temeridad, sino en alguna máquina artificiosa de fuego, que

industriosamente fuese de algun solo timonero guiada hasta la armada para meterse dentro, y escapando en alguna barca, dejar el bajel lleno de máquinas de fuego, para que llegando á tomalle, y á la armada fuese, le causase incendio comun. Este parecer, que era posible, pues con semejantes estratagemas hemos visto ya deshacer armadas opulentas, amedrentó la gente de manera, que viéndose el bajel en medio de los suyos, no solo no le embistieron, pero por apartarse de él se descompuso la armada, confundiéndose galeras con galeones, unas por ciar y otras por dar el bordo. Entonces entramos disparándoles treinta y cuatro piezas de una andanada, y volviendo la popa para dar el bordo, les disparamos otras cuatro medias culebrinas de ella, y dado el bordo las de la otra andanada y las medias culebrinas de la proa, que tan hermosa vista no ví jamás, pareciendo la Capitana un mongibelo de fuego con las piezas y mosquetería de cuatrocientos hombres juntos. ¡Valerosa resolucion digna de eterna memoria y que puso freno, siendo uno solo, á setenta bajeles! En tanto, porfiando con el viento, pudieron llegar el galeon y la carraca del caballero Oliste arraguzéo, nuestra almiranta, el patache la vuestra, con que se empezó cruelmente la batalla. Grave daño hizo la Capitana, porque como los bajeles enemigos estaban todos enmarañados y juntos, no se perdió bala, que todas danificaron, viéndose visiblemente ir cuatro galeras á fondo, sumergiéndose en un punto, sin que quedase memoria de ellas, y desentenado el galeon horrible de San Márco. Mandóme el General embarcar en una faluca y llevar órden á los demas bajeles que procurasen llegar, aunque se rompiesen los árboles; y tenia razon, pues eran los enemigos mas de cuatro bajeles para cada uno de nosotros. Hízose con mucho esfuerzo, y juntos aun porfiamos por abordar con la armada, mas no se pudo; ellos sí que pudieran á nosotros, pues tenian el

viento favorable, y si se determinaran era imposible dejasen de ganar; pero no tuvieron ánimo, aunque eran, como dije, cuatro tantos. Peleóse catorce horas sanguinosa y aun misteriosamente, porque pedazos de popas de galeras y galeones y remos traia el mar á nuestros ojos: señal del notable daño y fracaso de nuestras balas. En nuestra armada no se hallaron mas que nueve ó diez muertos y veinticuatro heridos, habiendo de ellos, entre las galeras y bajeles anegados, mas de cuatro mil muertos y muchos heridos. Nuestros bajeles tuvieron los mas maltratadas las velas de las balas enemigas, y tres árboles rotos, pero no caidos. Una de las cuales balas, de sesenta y cuatro libras, estando arrimado el general Ribera al árbol mayor, dió cuatro dedos mas arriba de su sombrero á la sazon que estaba diciéndome á mí: «estos pícaros gallinas de venecianos no quieren abordar con nosotros; ¡voto á Dios que diera un dedo para que el Duque vea que miente en lo que me escribe que somos gallinas.» Yo respondí: «mienten diez duques si lo dicen.» Llegó la bala, turbándose toda la gente del bajel por creer que le habian muerto, y alzando el grito dijeron: «¡Jesus!» pero el General sin moverse de adonde estaba, alzó la cabeza y me dijo: «paisano, si diera unos cuatro dedos mas abajo hecho estaba.» Yo le respondí riendo «que me daba la vida.» «¿Por qué?» me dijo, y yo repliqué: «porque me hacia General y ahorcaba al piloto si no me metia otra vez en medio de la armada para acabarlos de abrasar.» «Ya le conozco sus furias, replicó; qué, ¿aun no está contento con lo hecho? vivamos entramos, que ya será general.» Llegó toda la nobleza á ver lo que habia sido; pero él no se movió, dando á conocer su valor y entereza, digna verdaderamente de tal puesto.

La oscuridad de la noche puso treguas á tan reñida batalla, y el Almirante izó fanales de desafío para el dia

siguiente; mas á media noche, con la lobreguez del nublado tiempo, se desapareció la armada enemiga sin encender fanales. Hallámosnos por la mañana señores del campo; ¡infamia grande de tan poderosa armada, y que mereció el castigo que, segun dicen, se dió al General en su república (1)!

Algo nos hallábamos cansados, y particularmente yo, porque no pudiendo ejercer el oficio de abordar, por no haber venido á las manos, ni estar al lado de mi Capitan no habiendo ocasion, acudia á reforzar la gente de la artillería cargando yo las piezas y apuntándolas, llevando canastas de bizcocho, queso y vino á los que estaban en las entenas, con peligro, así de la artillería como de precipitarme, subiendo por aquellas escaleras, que no poco me fué agradecido del General y alabado de todos, dándoles á todos ánimo para trabajar y sufrir. Caminamos con esta victoria á Nápoles; pero costeando cerca del cabo de Otrento, vimos que las nubes cubrian con celajes la claridad del sol, oscureciéndose el dia con tenebrosa densidad, y amenazando cruel tempestad y diluviosa lluvia. Vimos turbarse los pilotos y dar apenas tiempo á juntar su consejo, y en el mesmo tiempo amainar velas, molar (2) escotas, ligar trincas (3), abatir árboles, amarrar artillería, calafatear portillones, arrojar catres al mar y hacer bajar

---

(1) Hay varias relaciones impresas de este suceso, y entre otras una impresa primero en Madrid y despues en Sevilla y Málaga con el siguiente título: *Relacion de lo que sucedió á los galeones del Excelentísimo Duque de Osuna, con toda la armada de venecianos en el mar Adriático, á 21 de Noviembre del año pasado de 1617 habiendo peleado un dia; y como se retiró la armada veneciana con grande afrenta y cobardía*, etc., 1618 fól.

(2) Este verbo que es italiano (mollare) equivale á arriar ó soltar.

(3) El original dice: *trica*, pero no significando nada esta palabra, hemos corregido *trinca*, conforme está. *Ligar trincas* es atar ó amarrar cables.

la fuente á los escotillones, porque los que no hicieron esto con mucha presteza, rompieron árboles, destrozaron velas, y estuvieron á pique de perderse. Arrojaba tales rayos el cielo, que nos pareció, no que la mano vengativa de Júpiter, (que no nos acordábamos de estas fábulas), sino que el poderoso brazo de Dios, airado por nuestros pecados, enviaba su justo castigo sobre los mortales; los relámpagos alumbraban mas que cuando el flamífero sube del zenit etéreo al furibundo canero; los tremendos truenos ahuyentaban los raudos y acobardados peces á sus húmedas y acuátiles alcobas; estaba el mar cerúleo, verde y negro, del color que describen el lago Estigio, y tan espumoso y vengativo, que parecia que, tomando la empresa de la afrentosa huida de la armada del Veneciano, á quien confiesa por dueño, batia y reencontraba nuestros bajeles para arrojarlos de su jurisdiccion ó sepultarlos en urnas de sus cóncavos, juntándolos ó porfiando hacerlo para despedazarlos con mísero fracaso entre los brazos de sus impetuosas ondas, para lo cual levantaba abismos, de manera que para nuestra defensa queriamos tomar las estrellas, aunque quedásemos fijados en ellas para librarnos de tan mísera muerte, y en el mismo punto veíamos el profundo del mar, haciéndonos Tántalos de sus tesoros, que casi tocábamos en su centro, sin hacer caudal de ellos, pues creiamos ser nuestros sepulcros. Bramaba el mar con gemidos espantosos; rugia el viento con rabiosos bramidos, y en tan mísero punto el mayor consuelo era la esperanza en la divina Magestad de Dios. Quién se amarraba con sogas por no rodar con los vaivenes del bajel; quién se despedia del amigo y camarada con lágrimas tristes y abrazos tiernos; quién aturdido y mareado no sentia ni oia de desvanecido; quién rendia el tributo de lo que alegremente comió; quién con plegarias y lágrimas hacía solemnes votos, que por ven-

tura despues no cumplió. La cobardía de los marineros, la confusion de los pilotos, las olas que cubrian el bajel, el batir que le atormentaba, el miedo, el horror, la confusion, el peligro, no hay lengua que lo describa. Tres dias y tres noches corrimos ya á la Belona en la Turquía, ya á Brindis en el reino de Nápoles, sin poder tomar puerto hasta Manfredonia (1), adonde, sin cesar la tempestad, derrotados nos arrojó la fortuna en popa, unos despues de otros, sin saber adonde aportábamos: que muchos cayeron malos y algunos murieron; y porque de tanta borrasca será menester descansar y poner en su lugar los paños, pido licencia al lector.

NOVENA PARTE.

Año de 1618 y de mi edad 29.

¡Cuánto pasa un soldado pobre ó rico en servicio de su Rey! El pobre sufre hambre, desnudez, sed, cansancio, frio intolerable, calor incomportable, hambrientos dias y soñolientas noches, inquietudes diurnas, desvelos nocturnos, y todo esto por la miserable paga tan mal pagada; que cuando lo fuera bien, no tiene Su Magestad premio que dar por una mala noche que pasa un mísero de estos, arrimado á una horquilla de un mosquete, haciendo centinela á las inclemencias apuntadas de la variacion de los tiempos. Y si el rico se escapa de estas incomodidades que acarrea la mísera pobreza, es imposible escape de todas, pues muchas veces ni aun á los Generales faltan en tierra, por el sitio adonde se hallan, por industria del

(1) Aquí una nota marginal dice: «Entramos en Manfredonia á los 25 de Diciembre de 1617.»

enemigo, por esterilidad del país, por las avenidas de diluvios que estorban el comercio, y en mar por falta de municiones, y por hallarse en países enemigos, adonde no se pueden tomar puertos; ni se escapan de las incomodidades de centinelas, rondas, guardias y demas trabajos, pues cuanto mas noble es, mas bien debe acudir á las obligaciones que le corren; aunque casi me arrojaria á decir que pocos ó ningunos sirven mas que por su interés, porque si el pobre soldado sirve por cuatro escudos de paga, el rico por ocho de ventaja; el Alférez por quince; el Capitan por cuarenta; el de caballos por ochenta; el sargento mayor por ciento, y así discurriendo, el que, como yo, no servia por estos intereses, aunque cuando me venian los tomaba, y aun los solicitaba (como hice con el Duque y el Secretario con no poco riesgo de mi persona), sirve por el premio, que tambien es interés. El príncipe ó señor que deja tantas comodidades y sin necesidad de nada y á su costa sale á servir, tambien lo hace por su interés, pues lo es el granjear á Su Magestad para que engrandezca su casa, estado y familias, y es interés de logro, pues saca ciento por uno; de manera, que aunque sean intereses tan grandes no se paga una mala noche con ellos. De esta razon se prueba que nadie sirve por amor, sino por interés; al cual jamás satisface paga, pues no la hay para recompensar la vida que se pierde; y si para una mala noche no hay paga que la satisfaga, pues en ella se puede y suele perder la vida, ¿qué paga bastará á tres noches y tres dias con la hostia en la boca (como se suele decir), el Cristo en las manos y la muerte á los ojos?

Reposamos en Manfredonia algunos dias, y en tanto se acomodaron los bajeles de sus árboles rotos, baupreses destrozados, mesanas despedazadas, jarcias deshechas, timones desencajados, aquellas abiertas bombas cegadas,

cabestrantes desencordados, cables destruidos, gábias desenfajadas, piezas de artillería movidas, sarcias (1) arruinadas, filaretes y bordes desembarcados, popas desenclavadas, proas sin espolones, y últimamente se dió carena calafateando y dando la brusca pez y sebo á los navíos, estopándolos y breándolos todos; aunque quien menos sintió esta fortuna fué nuestra Capitana, que como una montaña resistió al ímpetu de la cruel tormenta. Murieron allí algunos soldados, porque habiendo pasado tanta necesidad, y hallando allí el refrigerio de un dulcísimo y suave moscatel, se dedicaron tanto al dios Baco, que ofrecieron en sacrificio hasta los cuerpos allí enterrados en Manfrédonia, adonde celebraba á la sazon el Duque la fiesta de la Purísima é Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen María, concebida sin mancha de pecado original, con tanta devocion, aparato y grandeza, que no solo queria que suntuosamente se hiciese en su presencia, sino escribió á todo el reino para que la solemnizasen, alargando esta vez la mano con extremo. Preguntándole uno la causa, dijo que porque Nuestra Señora le habia de dar una gran victoria en aquel dia, y en él verdaderamente nos sucedió la victoria, por lo que, demas de muchas gracias y mercedes que hizo, nos envió á alojar por aquella parte del reino.

Salimos de Manfredonia, y mi compañía fué á Bitonto, á los ocho de Enero de mil seiscientos y diez y ocho. ¡Cuántos sucesos han pasado por mí en el discurso de un año! Encuentros en tierra con el Duque y su Secretario; embarcado, embajadas, encuentros de batallas, fortuna de tormentas y tempestades del mar, con tan diversos sucesos y en tan breve tiempo, que cierto parecen aventuras

(1) En el original *saretas*, del italiano *sarte* ó *sartia*, que es lo mismo que «xarcia ó jarcia.» Dijose tambien «jaretas.»

de comedia siendo reales y verdaderas; ya entramos en el diez y ocho: ¡Dios nos ayude, amen!

Llegamos á Bitonto, lugar de hermosísimas mugeres, exquisitos regalos de mar y tierra, y de deliciosas y espaciosas salidas y paseos, frutas y flores, adonde tuve una tan peligrosa enfermedad, y tan molesta, que perdiendo el juicio de la calentura me salí en medio de una plaza, y sentado al pié de una cruz, sobre unos escalones, predicaba cosas graciosísimas en alabanza del Gran Turco, moviendo á compasion á quien me oia. Entre unos caballeros y mi capitan me llevaron á mi casa y cama, lastimados de mi mocedad y enfermedad; y preguntándome qué me daba gusto, despues de quieto, y trayéndome muchos regalos de dulces, solo quise aceptar vidrios de Venecia, que siendo el desembarco allí, tienen tantos y de tales invenciones, que es maravilla. Junté tantos, y despues compré tantos, que pasaron de quinientos, todos diferentes, extraordinarios y exquisitos, durándome esta especie de locura hasta hoy, que en cualquier parte que estoy no puedo irme á la mano de no comprar vidrios. Allí estuvimos hasta partir á Nápoles, llamados del duque de Osuna, y se me dió la escuadra del Capitan, ademas de mi ventaja y de la paga ordinaria, valiéndome quinientos escudos este alojamiento. Llegamos á Nápoles, y por ser mi capitan recien casado se quedó en él, y mi alférez y sargento fueron con parte de la compañía á Susa con el príncipe Filiberto, siendo yo enviado con doscientos y cincuenta hombres á alojar al valle de Diaina, en la ciudad de la Sala, por cabo de ellos.

Despues, á los catorce meses, corriendo con órden del Duque Lago Negro, Lauria, la Escalia, Belveder, Maratias, y Charella, con diez escudos cada dia, importó todo en cuatro meses cuatro mil seiscientos y cuarenta escudos, y con los tránsitos seis mil escudos.

El año siguiente, que se contaron 1619, estuvimos en Nápoles, gozando el fruto de nuestro alojamiento. Añadí otra carroza y otros tres pajes de librea, y dos lacayos de paño fino, leonado oscuro, y guarnicion cabeteada, como la de los carroceros, de oro y seda, lucidísima librea. Fuimos á San Jorge de la Molinara á alojar, de adonde truje otros seiscientos ducados de cuatro meses de alojamiento.

En este estado estaban las cosas de Nápoles, de adonde se habian enviado á la corte algunos caballeros contra el duque de Osuna, á tiempo que Venecia hacia grandes diligencias, proponiendo su justicia y la poca que el Duque tenia en haber quebrantado sus fueros y antigua jurisdiccion en el golfo, y representando que en este tiempo nos habia enviado á cuatro mil hombres para que tomásemos la ciudad y puerto, con tal industria, que por excelente la describo en estos mis *Comentarios*.

Tenia inteligencias el Duque, á fuerza de dinero con algunos senadores de Venecia, mal contentos del gobierno, y ambiciosos de mayor estado, pobres é envidiosos: que estos son por lo comun la ruina de las repúblicas, á quien el Duque de presente y de promesas llenaba el vacío de sus incomodidades y pobreza, y ofrecia grandes premios. Tratóse este importante negocio con gran secreto para el dia de la Ascension, en esta forma. Este es dia en que sale todo el senado de Venecia en una galeaza, llamada Bucentoro, en la cual van los forzados á diez por remo, vestidos de damasco, debajo de cubierta, y sobre ella una plaza de armas en forma de galeria, con una popa real grandísima, y sus corredores por de fuera en forma de paseo, y dentro tantos asientos que cabe en ellos casi todo el Senado; cubierta de brocado finísimo, guarnecido de oro, y toda por dentro y fuera hecho ascua de oro, de adonde toma el nombre de Bu-

centoro y *testouzato*, que es revocado ó cubierto de oro. En este salon salen quince millas adentro de él, y por mano del Patriarca, con extraordinarias ceremonias desposan al mar, arrojándole dentro un riquísimo anillo de oro; á la cual fiesta, con mas de seis mil góndolas, que así se llaman las barquillas, sale todo lo florido de nobles, así damas como caballeros. Este dia la casa del Senado está patente con toda su bajilla y grandeza para el aparato de comer el Senado en público, y en la iglesia de San Márco, contigua á esta, está patente todo el tesoro de Venecia de carbuncos y joyas y vasos de oro, y en la plaza hay una féria del mayor comercio, trabajo y riqueza de cuantas hay en Europa. Sin duda el órden que llevábamos y traza dada y ajustada entre el duque de Osuna y sus correspondientes para tomar á Venecia, fué en este forma. Aquel dia está patente á todos el Tarazanal, torre de San Márcos, plaza, iglesia y casa del Senado, porque sus guardias ganan con estas entradas mas que en todo el año. Habian de ir con esta conducta cuatro mil hombres, por cabos los capitanes Meneses, Serrano, Villegas, Zereceda, Torrera y Herrera, que llamaban los bravos del Duque: los cuales hacian espaldas y daban órdenes de lo que se habia de hacer. Yo fuí nombrado por cabo de cuatrocientos, los cuales habiamos de entrar de doce en doce, menos ó mas, en el Tarazanal, adonde estan todas las galeras y galeazas desarmadas, las municiones y artillería, á cuya puerta hay doce soldados venecianos, que quitan ó hacen dejar las armas á cuantos entran, y pagan alguna cosa por entrar á ver. Pero es de advertir que ninguno de nosotros iba á la española, y que llevábamos debajo del capote cuatro ó seis pistoletes, almaradas, cuchillos y otras armas que no miran, ni tienen en sospecha; porque, como se dijo, hay acá de toda Europa millares de gentes; de modo que

entrados los cuatrocientos en diversas veces, quedaban doscientos repartidos por las calles circunvecinas para el socorro. En este mismo tiempo entraban á ver y señorearse de la torre de San Márco (grande y misteriosa, porque se puede subir á caballo hasta arriba) otros doscientos, con otros tantos de guardia alrededor, que son en todos mil, y otros mil repartidos en la casa del Senado y en la iglesia, para tomar aquellos dos tesoros, y mil en la plaza de la féria llamada el Brollo (1) de San Márco, adonde las joyas y mercancías valen mas de ocho millones, porque joyeleros y mercantes vienen no solo de toda Italia y Francia, pero de Grecia y Turquía. Otros mil repartidos por las calles; advirtiendo que en Venecia nadie trae armas sino ciertos soldados tudescos, que están en el Palacio y van con el Senado, los cuales eran presto despachados. La armada de treinta y ocho galeras, veinte galeones, diez y ocho barcas albanesas, diez y seis de escoques, y doce bergantines, la cual al despuntar el dia se habia de haber puesto en unos redosos de Calamozo, puerto de Venecia, en él y en la boca del rio Pó; y á la hora que el Bucentoro y Senado estuviesen en la funcion del desposorio del mar, los de la torre de San Márcos tenian órden de tocar una gruesísima campana, en cuyo punto se habia de acudir á matar á aquellos doce guardias del Tarazanal (2), y los cuatrocientos de dentro, y doscientos de fuera, hacerse señores de él, y los artilleros asestar las piezas para defenderse de la ciudad y echar á fondo el Bucentoro y galeras de guardia, si escapasen de la armada que á boga arran-

(1) Así el original; pero quizá quiso decir «rollo» por columna; en cuyo caso es la plaza de San Márcos.

(2) Lo mismo que Atarazanas, Dársena y Arsenal, voces todas tomadas de la arábiga دار صنعة *Dar-Sanad*, casa de fabricacion ó fábrica de buques.

cada habia de tomar la tierra para que no escapase como los galeones, la vuelta del mar; y las barcas y bergantines para tomar las góndolas ó barcas, con órden de traer á Nápoles el Bucentoro con todo el Senado, el Patriarca y el estandarte de San Márco. Al mismo tiempo se apoderaban del Palacio con su riqueza, tesoro de San Márco y riqueza de la féria de la plaza, dando saco franco para que se repartiese entre la armada, con cuya codicia cada soldado valia por diez, y prometia hacer por ciento. Cabo de las galeras era Don Diego Pimentel, y Don Octavio de Aragon de las del Duque; el general Ribera de los galeones, y el traidor Enrique, francés, cabo de las urcas y bergantines, el cual, sin causa alguna, por interés de doscientos mil ducados que pidió puestos en Constantinopla, descubrió este trato al Veneciano, fingiendo venia á descubrir país; de modo que antes de tomar nuestros puertos, por no ser aun hora de tocar, y no haberse descubierto la armada, vimos venir el Bucentoro, sin llegar al puerto de la funcion, y el hermano del traidor á avisarnos nos pusiésemos en salvo, que éramos descubiertos. Anticipóse el traidor tanto que la ciudad solo estaba embebecida de ver volver el Bucentoro, y no hizo otra diligencia. Aquí fué nuestra confusion y el dar por perdidas las vidas sin remedio, y en medio de ella el ánimo y resolucion que se tomó para escapar; que cuando llegó el Senado, turbado, sin aliento y sospechoso, entrando en el cónclave ó Pregas, y resuelto el remedio, ya no habia hombre de nosotros, porque, no siendo conocidos en trajes ni modo, y no teniendo la ciudad puertas por estar en medio del mar, y habiendo millares de barcas, fué fácil hacernos sacar por la otra parte del mar, y de allí cinco millas á la tierra, de donde despachados correos á boca, las galeras ya aprestadas para venir nos recogieron. El traidor despachado con pólizas á Constantinopla, el gran Turco le

empaló vivo por traidor, sin que gozase los doscientos mil ducados, que aun al Turco parecia mal su traicion, pecado de todos odiado (1).

Este fin tuvo la empresa de Venecia, que hubiera sido eterna. La causa y principio de estos disgustos del Duque con los Venecianos no puse en su lugar por adornar este presente libro, y fué que, siendo virey de Sicilia, un bajel de los de aquella escuadra derrotó de los demas en el Archipiélago; habiendo hecho muy buena presa, y habiendo sido forzado á aportar en el golfo de Venecia, y tomar puerto en los del Veneciano, fué desbalijado por contrabando, imputándole que robaba en sus mares y quebrantaba sus privilegios; y aunque dió razon de su viaje, derrota y paraje, y el duque de Osuna escribió al Senado, no hubo medio para la restitucion. El Duque agraviado de esta desvergüenza deseaba ocasion de venganza, que dentro de dos años le vino á las manos con un bajel suyo, que venia de Levante á Venecia, con mas de trescientos mil escudos de especiería y mercancías, y derrotado al salir de Candía por el mar de Lepanto, al entrar en el golfo de Venecia, corrió fortuna y desbocó en Mesina: el cual no solo tomó, pero á cuantos iban dentro rapó y metió en galera, á tiempo que fué nombrado por virey de Nápoles; y aunque Su Magestad escribió se volviese esto á los venecianos, no solo no lo hizo jamás, pero trató muy mal al embajador de Venecia en una audiencia pública, llamándole «pantalon,» de que

(1) Esta relacion hecha por un testigo de vista podrá aclarar algo la tan debatida cuestion de si el duque de Osuna y los españoles tomaron ó no parte en la célebre conspiracion de Venecia. Nuestro amigo y compañero D. Aureliano Fernandez Guerra, al tomar posesion de su plaza como individuo de esta Academia, leyó un discurso encaminado á probar que España ninguna parte tomó en aquel acontecimiento; y por lo tanto no deja de llamar la atencion lo que aquí refiere nuestro autor.

soy testigo. Por esta causa la República envió su armada que infestase nuestras costas, como lo hizo, y nosotros las suyas, por donde se encendió la guerra (1). Y pues sucedió lo referido, volvamos al Duque. Llamado de Su Magestad á España, á quien pareció muy mal el haber el Gran Turco empalado vivo el traidor francés, por la correspondencia con el Duque, aunque decian ser grandes las quejas de los venecianos, representando el daño de tantas galeras y gente sumergida y anegada, el destrozo de sus fortalezas acañoneadas y desechas, los grandes gastos é incomodidades de la inquietada Venecia, y la traicion preparada que, junto con las quejas que de Nápoles habia de carnalidades, rigores, sobornos y demas, y que se queria levantar con Nápoles, bastaron para sacarle del reino.

Fué nombrado por virey en su nombre el cardenal de Borja y Velasco (2), su primo, el cual, llegado á Proxita, avisó al Duque y envió el pliego y órden de Su Magestad en que le ordenaba se partiese; pero pareciéndole cosa áspera no obedeció, antes, segun se dijo, dió órden á seis compañías que se embarcasen en seis galeras para que entrando en ellas el Cardenal, diesen con él en Barcelona. Esto se dijo. ¡Dios sabe la verdad! que yo no lo creo; solo diré que revuelto Nápoles nos pusieron en escuadron á todas las compañías, tomadas las calles, balas en boca, diciendo el Duque: «ea, hijos, que mañana os doy diez y

(1) Aquí hay al márgen una nota que dice así: «Este año de 1619 fué muerto el conde Tampier (Dampierre?) general del Emperador en Presburgo-Posonia, cabeza de Ungría» ; pero hay equivocacion, pues murió en 1620.

(2) Don Gaspar de Borja y Velasco, cardenal de Santa Cruz, hijo del duque de Gandía, el cual se hallaba en Roma cuando recibió por Marzo de 1620 órden de trasladarse á Nápoles; no lo verificó sin embargo hasta el mes de Junio, habiéndose antes apoderado del castillo, de la manera que aquí se refiere, el dia 3.

ocho pagas, y después el maestre de campo Don Pedro Sarmiento diciendo: «¡Españoles! fidelidad al Rey.» Estaban cerradas todas las puertas de Nápoles y alborotada toda la gente, y fué necesario salir el Duque á caballo con dos lacayos, y á pocos pasos el síndico del pópulo, llamado Justo Solino, y dos caballeros derramando doblas; y la plebe diciendo: «¡Viva el duque de Osuna! y él respondiendo: «Sí, hijos,» y arrojando doblas, sin decir ¡viva el Rey! que fué uno de los capítulos que le pusieron. Aquella noche secretamente el cardenal de Borja, con algunos del Consejo mal contentos del gobierno del Duque (1), encubiertamente entró en Nápoles, y paseó el cuartel, y de allí fué al castillo, y llamando fué avocado el castellano, que ya estaba trazado; el cual imponiéndose en la garita de la puerta, preguntó ¿quién era y qué queria? Fuéle respondido que era el cardenal Borja, ya virey, y que queria entrar á tomar posesion y estar defendido de lo que con el Duque podia suceder. Pedida la patente y dada por una certilla, consultada y obedecida, se le abrieron las puertas, como á Virey, y tomó la posesion, en cuya conformidad por la mañana se disparó toda la artillería, y se pusieron seiscientos soldados de guardia. Espavéntado de esta novedad el Duque, y queriendo saber cuál fuese la causa, le fué dicha por el maestre de campo Don Pedro Sarmiento, y él no solo la oyó muy mal, sino que con amenazas y determinaciones terribles queria impedilla; pero advertido que ya estaba jurado, recibido y obedecido de toda la nacion española é italiana, y hallándose solo con sus hechuras, fué fuerza aquietar y mudar intento. Hubo en esta ocasion tantos dares y tomares, como dice la plebe, tantas mudanzas

(1) A los 2 de Junio y de mi edad 31, entró el cardenal de Borja secretamente á ser virey de Nápoles: *Nota marginal.*

de compañías ginetas, despreciadas de las hechuras del Duque, y aun alguna arrojada á su presencia, prisiones, embajadas, consultas, pactos y disensiones, que seria largo de contar.

Partió en suma el Duque con seis galeras; hiciéronsele grandes fiestas en Liorna y en Espezia, siete millas de Génova, adonde se detuvo muchos dias, entretenido en banquetes, y dando millares de doblas, y enamorado de una hermosísima villana, llamada la Bella di Coronada, á quien dió tres mil escudos porque se dejase retratar. Llegamos al puerto de Tolon, adonde un francés, galan y perfecto mozo, de linda estatura y talle, desafió toda la nacion española á jugar las armas, y no habiendo en cien bravos que el Duque llevaba quien lo aceptase, me quité la capa y espada, y tomando la negra, con admiracion de todos, empecé á jugar con él; y quiero poner aquí esta anotacion para los españoles que jugáren las armas ó riñieren con franceses, que con esta licion de quite se hallarán bien. Tiene el francés por natura el plantarse, dando pataditas con los piés, y al mismo compás con la mano corva, el cuerpo y el pié izquierdo adelante, y pensada la herida que ha de dar, si le hacen pedazos la ejecuta. El remedio para esto (como me ha mostrado la experiencia algunas veces) es lo que yo hice, que al mismo punto que me planté, sin dejar lugar que pensase á fuerza de pataditas, embestí con él con tanta furia de estocadas, que sin poderse reparar de ninguna, le di mas de treinta señaladas en la ropilla, tanto que le saqué de la grande cala (sic), y á la vuelta hice otro tanto y le truje adonde empezamos el juego, y allí solté la espada. El corrido y despavorido me pedia que le dejase recatar, siquiera de una herida; yo habiendo soltado la espada negra y tomado la mia, le dije que si queria desquitarse que viniese á campaña con la blanca. Alborotáronse las naciones, y yo salí fuera; pero el gobernador,

por no dar disgusto al Duque, no permitió el desafío. Llevaron la nueva al Duque, y llegada la noche, me recibió con abrazarme y darme una cadena de oro de trescientos escudos, y de toda la nacion fuí abrazado y alabado, y aquella noche misma admitido en la tabla ó mesa del Duque.

Partimos para Marsella, adonde por órden del rey de Francia fué el Duque visitado y regalado del capitan Vinçiguerra en un soberbio y adornado palacio, adonde todo era banquetes, saraos y derramar moneda, siendo yo quien por el Duque bailaba con las damas, que le consideraban con tanta opinion que á porfía las mas hermosas y principales me pedian en particular á la española, y tan privado del Duque, que en un festín adonde derramó en tierra tres mil libras de colacion sobre alfombras, porque bajándose las damas á cogerlas gustaba de verles las piernas, este dia, despues de haber bailado con su dama, Madama de la Liverta, principalísima y hermosísima señora (1), me mandó servirla en la cena de rodillas, y entre otras grandezas que hizo, me mandó dar tres mil escudos, y me hacia dormir en su aposento desde Tolon, comunicándome muchas cosas importantes hasta que se dormia; y si se dispertaba tornábamos al cuento de cosas muy estrechas; y puedo jurar que jamás tocó punto de infedilidad, como se decia. Porque por haberse sospechado que el estarnos tanto tiempo en el viaje, que fueron dos meses y dias, era para entregarse á las galeras del Turco, que decian que habia enviado por ellas, y que todas las nuestras estaban de acuerdo, y aun decian habia órden del Cardenal de dejarle, como lo hicieron, precediendo un gran disgusto entre el Duque y Don Otavio de Ara-

(1) Algo de esto cuenta el italiano Letti en su vida del duque de Osuna.

gon, general de nuestras galeras, de palabras muy pesadas (1), yo me fuí á mudar camisa á la galera, é incontinenti zarpó la armada y nos fuimos cada uno adonde en tierra se dejó la ropa, y sus criados y las galeras se volvieron á Nápoles, necesitando despues el Duque tomar bajel de todas maneras, y llevar consigo toda la gente que quedaba en tierra con grandes gastos, sustentándolos, no solo por el camino, sino tambien en España con grandes banquetes y donativos en comun y en particular.

Llegado á Nápoles fuí hecho capitan de infantería por el cardenal de Borja, cuyo gobierno duró siete meses, desde el 4 de Junio de 1620 hasta el 2 de Diciembre del mismo, como tambien mi compañía, porque viniendo por virey el cardenal Zapata, de cuyo sobrino se me imputó en España la muerte referida, por la que pasé tanto destierro, prision, tormento y trabajos, no solo me reformó, pero deseó quitarme la cabeza en venganza de su sobrino, y lo hiciera si no me quitara de delante sus ojos.

Este año á 18 de Octubre fué la batalla y victoria de Praga, anunciada de Santo Domingo de Jesus.

A los ocho de Enero del año siguiente de 1621, despues de haber huido el cuerpo cuanto pude, se embarcaron algunas compañías de italianos para el socorro de Milan en tres galeones, y yo sin tocarme, por guardarle el aire al Cardenal, me embarqué por camarada del General. Este año fué infelice al mundo por tantas muertes de príncipes, reyes y Papa; fué tambien el de mi perdicion y el climatérico de mi vida. Contaba á la sazon treinta y dos años. Desembarcamos la gente en Baya, y

(1) Segun Parrino (tomo II, pág. 117) el Duque tenia pocas ganas de proseguir el viaje; y entreteniéndose en Marsella mas de lo justo, Don Octavio de Aragon, á quien faltaban ya las provisiones para su escuadra, se volvió á Nápoles.

yo con otros capitanes fuimos á Saona, tres millas de la cual estaba la devotísima imágen llamada la Madonna de la Horca. Confesamos y comulgamos, y á la vuelta encontramos un criado mio indio, muy embarazado de calzones. Preguntado á donde iba, respondió turbado que á comulgar. Dióme sospecha su turbacion, el ir así sin mi licencia y el gran bulto de los calzones, y apeándome del caballo, quiso huirse; pero como á mis piés habia pocos iguales, no importó la fuga. Mirele y quitele toda la plata que llevaba, que fuera de la fuente de lavar las manos, era todo lo que yo tenia. Liguele las manos al arzon de la silla de mi caballo, habiéndole antes quitado la plata, y no sabiendo los privilegios de aquella república. Llegado á la plaza de Saona, con ímpetu diabólico me embistió la guardia del senador con las alabardas, no solo quitándome el preso, cortando los cordeles, pero tirando á matarme. Yo inadvertido de tal suceso, no supe lo que me habia sucedido, y así solo atendí á sacar la espada y defenderme de las puntas de las alabardas que me tiraban. Llegó el Senado, á cuya puerta sucedió el caso, y quitándome la plata, sin oirme, me hizo ir á la pública cárcel é incontinenti ordenó fuese ahorcado por rompedor de sus fueros y leyes y por haber sacado la espada. Considere el lector si no estaria fuera de mi juicio, viéndome tan impensadamente, acabado de comulgar sentenciado á ahorcar, sin saber por qué, y conocia que era voluntad divina que con título de este delito pagaba otros. Los capitanes, viendo que no podian ganar nada, se fueron á dar aviso al General que incontinenti zarpó, y haciendo velas se puso sobre Saona, asestando la artillería á la ciudad, y diciendo que si no me entregaban luego, que queria echar por tierra la muralla y no partirse de la ribera, sin ahorcar de un pié doce gentileshombres. En tanto todo de repente me vi entrar al confesor y al sena-

dor para tomarme la confesion. Quiso la Magestad de Dios que pregunté, como acaso, quien era, y me dijeron que se llamaba Cornelio Grimaldo, sobrino del baron de Montela, cuya capa yo conocí á mi cuñado en un festin, y que me amaba como á sus hijos. Sacáronme del calabozo adonde me habian encerrado con una mano de bandidos, gente infame, sentenciados á hacer cuartos por la República, por hallarse habian recibido dineros de la de Venecia para matar al duque de Osuna. Estos me despojaron al punto, sin haber menester criados para desnudarme, y sabiendo que era español me pusieron dos mozuelos nefandos junto á mí, los cuales porfiaban á besarme, diciendo que si no dormia con ellos, aquella pérfida gente me querian matar á saetazos. Vino el Gobernador y viéndome desnudo, mandó me volviesen los vestidos, y me tomó la confesion, en la cual le dije quien era y lo que me habia sucedido, y la estrecha amistad que tenia con su tio. Pesóle mucho no poder librarme, siendo caso reservado al Senado; pero me mandó sacar de aquel calabozo y poner en un aposento con guardias, adonde regaladísimamente me enviaba comida y cena, despachando muy aprisa una faluca al Senado á Génova, como tambien el Almirante al capitan Don Gonzalo de Quiñones, y al duque de Tursi y el capitan Urquiza al Senado. Llegó primero la faluca del senador, y consultado con el duque de Tursi, dió el voto que muriese; pero oida la resuelta embajada de Ribera y que yo era el preso, se resolvió que me pusiesen la ciudad por cárcel, y que yo diese mi descargo, aunque muchos fueron de contraria opinion, diciendo era principio de romper sus privilegios los españoles, los cuales vendrian á echarles de su casa. Yo estaba paseando y se me dió lugar á que saliese fuera de la puerta de la ciudad para que me huyese, porque así no se venia á sentencia y ellos no perdian sus privilegios;

pero sin saber esta treta, yo la usé de irme con doce soldados que me envió Ribera, el general, bien armados. Partimos, y arrebatados de una cruel fortuna, nos perdimos, y fuimos á Sicilia y Malta. En breve y volviendo á Nápoles hallamos la nueva infelice de la muerte del Rey nuestro señor Filipo tercero, cubriéndose de luto el reino y de esperanzas y consuelo el príncipe heredero.

A 28 de este mes de Enero murió Paulo IV, papa, y fué elegido Alejandro Ludovicio, y á los 29 murió nuestro potentísimo rey y monarca Felipe III, siendo coronado su hijo y sucesor Felipe IV á 2 de Mayo.

En el mes de Mayo fué muerto el general conde de Bucquoi, reconociendo el foso de Castel Moro de Hungría con diez y seis heridas. Llamábase Carlo Longoval (1), general del Emperador.

En este año á 2 de Julio murió el archiduque Alberto de Flandes, marido de la infanta Doña Isabel de la Paz é hijo de Maximiliano II emperador.

Este año perdió su estado el baron de Zerotin, de quien se tratará en los sucesos de Hungría. Y á 17 de Julio sitió el general Don Baltasar de Marradas en Bohemia la fuerte ciudad de Tabor, y la ganó, como tambien la fortaleza y castillo de Fraumberg, la ciudad de Vodiana, Esdriatein, y Baxiz, y destas se hizo señor el Emperador, como despues se dirá en las guerras de Germanía.

Partimos á los 19 de Julio con los galeones la vuelta de la Goleta, adonde despues de ventilado quien habia de entrar á quemar los bajeles, habiéndome yo ofrecido tuve contradicciones de pretensores, con tantos altercados

(1) Léase Cárlos de Longueval; no murió como aquí se dice, sobre Castel Moro, sino en el sitio de Neuhensel, por otros llamado Neusol, el 10 de Julio de 1621. Véase á Guadalajara, *Historia Pontifical*, V. Parte, pág. 459.

sobre las calidades y el valor, que casi venimos á las espadas. Ultimamente, se resolvió fuese yo; escogí veinte soldados valerosos y marineros prácticos, y no obstante que me tiraron muchos cañonazos y me mataron tres soldados, llegué al primer bajel que desesperadamente se defendió; pero llevando en mi barca un marinero inglés valiente artillero, fué tanta la priesa que se dió á echar bombas y granadas de fuego, que aunque les socorrian de tierra y de los bajeles, no pudiendo resistir, nadie se acostaba (1). Fué tal el combate que hallándome con diez soldados valentísimos muertos y yo mal herido de un flechazo en el hombro izquierdo, desangrándome, peleaba por muerto desesperadamente, sin acordarme de mas que de la honrosa empresa y de quemar el bajel, y esto cuando me decian que me retirase, que me desangraba y tenia muerta la mitad de la gente, y yo respondia: «pues venguémosla.» Acometióse el bajel con echarle juntas las invenciones de fuego, y luego le clavamos las mantas embreadas, las cuales hicieron tanto estrépito y daño que abrasando la jareta y jarcias, y la manta haciendo su efecto, voló el bajel por los aires, por haber pasado la tablazon de la cámara de la pólvora, de cuyas resultas, en tanto que jarcias y entenas venian abajo, y los que no se echaron al mar volaron arriba, los otros bajeles empezaron á encenderse cual es contado. Los cabos con gran daño se retiraron, como yo lo hice, por guardarme del incendio que le miraba de lejos, escapando de muchos cañonazos del castillo y bajeles; pero con todos mis males, viendo volar el bajel me puse á cantar:

Mira Nero de Tarpeya
á Roma cómo se ardia,

(1) Acostarse esta por ponerse á la costa ó costado del buque.

que contado despues al General y al príncipe Filiberto, fué muy celebrado y reido.

Estaba un bajel pequeño á una parte de aquel grande y espacioso puerto, en el cual se entra por un canal angosto, por donde nuestros galeones no podian entrar, y yo animando mis soldados y ofreciéndoles saco franco partimos para él bien cansados y mal contentos, y embistiendo de romanía (1), y subiendo yo el primero, fuí arrojado, de una arma en hasta (2), en el barco, siendo esta herida, dada en la frente, peligrosa y dolorosa, y muertos otros dos soldados, y aun perdidas las esperanzas de mi vida y de la victoria. Volví en mí, y embistiendo segunda vez marineros y soldados con la codicia de la presa, ganamos la plaza de armas, muriendo de ellos veinte. En tanto mi General despachó en mi socorro cuatro barcas armadas; pero no llegaron á tiempo. Tomamos siete esclavos y el bajel cargado de barraganes, que valió treinta mil ducados. Llevamos la presa, habiendo primero sacado su parte los soldados, como les prometí. Llegué al galeon capitan, adonde fuí recibido del General, besándome la sangre de la frente, y llamándome honra de españoles y reputacion de Su Magestad. No hizo menos el Almirante, gran soldado de Flandes, de quien guardo entre mis papeles tan honrada fé cuán envidiada fué esta sangre vertida hasta del mismo General. Hiciéronme la cama en popa, adonde no pudiéndome sacar el hierro de la flecha por estar en el juego del hombro, por haber yo quebrado el asta, porque no me

---

(1) Ni en el *Diccionario de la Crusca*, ni en otros que hemos consultado, se halla este modismo. *Intrare di Romagna*, debe significar «entrar á la manera de Romania» de improviso, furiosamente y con espada n mano. Varias veces emplea el autor esta ex presion, y siempre en e mismo sentido.

(2) Así en el manuscrito: parece lo mismo que chuzo ó pica corta.

estorbase tiré de ella con admiracion de todos, y al movimiento que hice abrióse la coyuntura y salió. Dióme el Almirante cien escudos para confituras y mucha parte de la presa, que llegarian á mil escudos. Tuve esta victoria á los quince de Agosto, dia de Nuestra Señora, en que yo nací.

Partimos costeando y danificando aquellos mares hasta llegar á Mesina, adonde me curé y convalecí de mis heridas para mayores trabajos, que ya me amenazaban. Habian venido las galeras de Florencia y las de Sicilia, de quien era general Don Diego Pimentel, en tiempo que yo convalecido de mis heridas paseaba y estaba bueno. Era alférez del general Ribera Don Pedro de Arostigui, sobrino del secretario de Su Magestad, mozo de diez y ocho años, de muy hermosa cara y talle. Este, caminando por un negocio suyo con un pajecillo de hasta diez años que llevaba el venablo, encontró con ocho florentines livientes y desvergonzados, que viendo este mozo y pareciéndoles bien, le dijeron algunas palabras deshonestas, que respondiendo como merecian, le fué forzoso sacar la espada para defenderse de esta superchería, pues quitando el venablo al muchacho, le dieron con él. Defendióse en una puerta como pudo, y ellos le dejaron diciéndole muchas desvergüenzas. Vínome el alférez á dar parte de este suceso con tanta pasion, como se puede imaginar de una afrenta tal. Siendo muy caro amigo mio, conocí mi perdicion, sabiendo mi humor y condicion; pero en el mismo punto convoqué seis amigos mios, tales que se pudiera fiar de ellos en este caso y otros mayores por su calidad y valor, y en suma, la flor de nuestra nacion. Buscámoslos mas de dos horas, y topamos todos ocho á la puerta de un pastelero, y porque una superchería se paga con otra, embistiendo de romanía, cara á cara, de la primera embestida murieron cuatro, y al volver las espaldas otros dos

y siguiendo los otros dos, que con heridas mortales se arrojaron de las ventanas, los pasteleros tomaron ciertas armas en hastas para estorbar que no matásemos á aquellos; y como el pueblo oyó que pedian ayuda, convocose contra nosotros en su favor en tanta cantidad, que á pedradas nos llevaron hasta debajo del amparo de nuestros bajeles, y fué menester entrar en el mar hasta la cintura para tomar las barcas, estorbando el seguirnos muchos mosquetazos que las centinelas de los bajeles tiraron, que con mucho daño apartaron la gente. Tocáronse las campanas ¡al arma! y convocose el pueblo contra nosotros, cerrando las puertas y tomando las bocas de las calles. Las galeras del Gran Duque sacaron su artillería, y su gente se puso en órden para pelear; pero Don Diego Pimentel con la gente de sus seis galeras saltó en tierra y tomó el paso de la marina, notificando á los florentines, si no se quitaban, les echaria las galeras á fondo. Yo me fuí al bajel, y poniéndome en hábito de marinero, tomé un broquel, bonete y estoque para ser desconocido, y lo mesmo hicieron mis camaradas, fuera del alférez ya vengado, porque con su propia mano mató al mesmo que le dió con el venablo, y no le dejé salir porque quedase vengado y sin morir. Habia mucha gente nuestra dentro de la ciudad, y el general Ribera quiso entrar para salvarnos; pero estando cerradas las puertas y otras tomadas no pudo, porque en las abiertas habia tantos mesineses, y de los techos y terrados tiraban las mugeres tantas piedras, ollas, morteros, y de abajo tantas pedradas y arcabuzazos, que parecia imposible. El General estaba, cuando llegamos, diciendo: «¿es posible que no haya quien entre por esta puerta?» Y yo avanzando con mis camaradas dije: «y aun por las de Jerusalen ¡voto á Dios! si estuvieran tan cerca.» El General conocióme en la voz y dijo: «¡Ah buen Don Diego! adelante que yo te sigo»

como lo hizo, poniéndose junto á mí con el baston en la mano, y trás él todos los demas. La calle era muy estrecha y derecha, y las pedradas llovian tanto, que ninguna se perdia: Fué muerta de un mosquetazo una muger con un niño en brazos, que del terrado tiraba tejas y tanta cantidad de agua, que nos confundia; y otra que, hecha un Saul, cogia piedras para que otros nos tirasen, y les tenia las capas. Entramos en la plaza de la iglesia de San Gil (1), adonde fué tanta la carga de piedras que nos echaron, que nos hacian pedazos; y yo por guardar de una pedrada al General, que le venia á la cara, me fué dada otra en el estómago, que eché sangre tres dias; otra en el tobillo y otra en la guarnicion de la espada, que saltándome á la cara me hirió en el labio. Llegamos á la iglesia de San Gil, adonde los españoles habian muerto cuatro florentines, y las pedradas de los mesineses herido tres de los nuestros; los castillos, galeones y galeras sacaron fuera toda la artillería, y las murallas, torreones y puertas de la ciudad lo mesmo, y todo sin saber el fundamento ó causa de este alboroto. El Arzobispo con el cabildo sacaron el Santísimo en público, con que cesó aquel dia, acudiendo tambien todos los caballeros á Palacio y en casa del Estratico ó Gobernador, que salió tambien. Súpose el caso el dia siguiente, y aplacáronse los mesineses sabiendo que no era con ellos el disgusto, y así nos dejaron entre nosotros, que saliendo de veinte en veinte y de cuarenta en cuarenta, en encontrándonos con florentines, iba todo á fuego y sangre, pues hasta dentro de la muralla guarecidos se mataron hombres. Hállaronse muertos veinte y cuatro de las galeras de Florencia, sin muchos heridos, y algunos que dicen que las galeras echa-

(1) Aunque dice claramente San Cid, parece deberá leerse San Gil ó San Gid, que en latin se dice *Ægidius*.

ron en el faro de Mesina escondidamente. Tratóse entre los generales que las galeras florentinas se fuesen á Saragosa de Sicilia en tanto que venia el príncipe Filiberto, á quien se esperaba por Virey y General de la mar, y así cesaron las desgracias, curándose cada uno de sus heridas y yo de mis tres pedradas, que estuve muy malo; el sargento Hurtado y Salvador Manuel, valentísimos soldados que se hallaron en la primer ocasion, uno atravesados los riñones, otro herido en la cabeza, y otros quince, que ninguno murió, y nuestro amigo el alférez con su reputacion vengada y sano. Tomó posesion el príncipe Filiberto á los treinta de Setiembre de mil seiscientos veinte y cuatro, y aunque hizo muchas diligencias para averiguar este caso, no pudo saber nada hasta que en confianza se lo dijeron los generales Pimentel y Ribera, y sabiendo el fundamento lo dió todo por bien hecho. Quísome conocer, y sin decirme nada me llevaron una noche á su presencia los generales. El Príncipe me preguntó el suceso de los bajeles de la Goleta, con muchas particularidades. Quedó muy pagado de mi discurso, que fué de diversas cosas; dióme á besar la mano, y prometióme la primer compañía que vacase, sin tocarme cosa alguna del suceso de los florentines.

Partimos luego con ocho galeras á Levante con Don Octavio de Aragon á encontrar una escuadra de galeras; pero caminando en su busca hasta los castillos de Constantinopla, fué sin fruto. Volvimos, y dando carena á nuestras galeras en el puerto de la Sapienza, junto á Modon, trescientos turcos nos arcabucearon á cureña rasa; pero saltando yo por órden del General con cincuenta soldados, les ganamos el puerto, á pesar que me dieron un arcabuzazo desde la falda del monte, pasándome el muslo izquierdo; no obstante el cual no dejé de pelear hasta que, viniéndome socorro, los eché de allí con mu-

chas muertes suyas y muy poca pérdida de los nuestros. Tomáronse algunas presas de importancia, de que no tuve parte por estar enfermo. Esto fué á los treinta de Setiembre.

Fuimos despues á Mesina, y el Príncipe tuvo noticia de los bajeles de Sanson, que estaban en la Goleta, y envió con seis galeras á Don Diego Pimentel. Seguí esta jornada, aunque convaleciente, porque deseaba obligar al Príncipe con algun servicio relevado; y llegados, ofrecíme á la empresa, que Don Diego rehusaba por mi indisposicion. Dióme cuatro falucas con la gente que yo pedí, y muchas invenciones de fuegos; y fué tan presta mi llegada, y ellos tan descuidados de esta tan intempestuosa venida, que hallándose los soldados en tierra, porque se daba carena, y otros muchos que para traer provisiones habian ido á Túnez, diez millas, se vieron volados tres bajeles, constando estos dos hechos por las fés que tengo, y este último por el mas limpio, presto y efectuado servicio de cuantos se han hecho en nuestro tiempo, pues no costó una gota de sangre. Alabado de Don Diego al Príncipe por tal hazaña, y envidiado de toda la armada, llegamos á Mesina, y el Príncipe me levantó de sus piés con los brazos y muchas alabanzas, dándome una cadena de oro de quinientos escudos, y la palabra de la compañía.

Partimos con treinta galeras á Levante el diez y seis de Noviembre, y saltando en Castilrojo (1) á hacer aguada con una escuadra de soldados defendí el paso á la caballería con mucho daño y muertes del enemigo, y tambien de algunos de nosotros. Pasamos despues á San Juan de Patma ó Patmos, adonde escribió su Apoca-

(1) Lugar fortificado de la isla de Negroponte, una de las del Archipiélago.

lipsis el Evangelista, y de allí á la vuelta de Chipre, los Fornos y las Crucetas de Alejandría. Dimos vuelta á los castillos de Constantinopla, y volviendo á la Isla Verde, encontramos con la caravana de la Sultana, y en ella un galeon grande y lleno de riqueza, y veinte gruesos caramuzales, de los cuales tomé tres, tomando mas de mil escudos de dineros y mas de otros mil de azúcar y galanterías turquesas, alfombras, pabellones, azafates y fuentes, que con ello adorné un camarin curiosísima y ricamente. Fué esto á los 28 del mes (1).

El 4 de Diciembre volvimos con esta presa á Mesina, y llegó el marqués de Santa Cruz, general de las galeras de España, y teniente general del Príncipe, y habiendo vacado una compañía de Don Diego de Aguilera, que se iba á España, y habiéndose presentado muchos pretendientes, se acertó por mi mal á ser uno de ellos un soldado jóven que solo diré su nombre, que era Don Pedro, no su apellido, por no ser odioso. Este era como hermano mio, y entre los dos acordamos el pretender cada uno, sin ofensa del otro. Tenia tan adelante su pretension, por ser cosa del marqués de San Julian, lugar teniente de la sumaria, y negociar por él el Secretario Navarro, que lo era de Su Magestad, y el Príncipe, que se contentó; pero llegando yo á hablar al Príncipe cesaron todas las pretensiones, porque,

---

(1) De esta expedicion y correría naval hay relacion impresa que tenemos á la vista con el siguiente título: *Copia de una carta que envió á la ciudad de Cádiz el alférez Don Juan Hurtado, dando cuenta de la gran victoria que Don Pedro de Leiva, capitan general de las galeras de España, ha tenido en el mar de Levante contra los turcos, llevando en su compañía á Don Diego Pimentel, general de las galeras de Sicilia, y el marqués de Asiri, general de las de Florencia, y el capitan Estéban Chapa, con tres galeras del duque de Tursi y la capitana y patrona del marqués de Santa Cruz, con otros grandes señores que iban en su compañía, y con órden del Serenísimo Príncipe Filiberto.* Lisboa, por Gerardo da Vinha, 1622, fól.

mandándome presentar mis papeles, y haciéndolo de todos juntos, los servicios del otro en comparacion de los mios, parecieron de muy poca consideracion, y no obstante que el Secretario Navarro apretó grandemente, ordenó se me diese la patente. Salian dándome parabienes por todo el Palacio y la marina, y en tanto Don Pedro, quejoso y corrido, dijo en un corrillo de caballeros, que era mejor que yo, y como tal la merecia, y que era hombre de quitármela con un palo. El demonio que no duerme hizo que uno de aquellos me lo viniese á decir, y partiendo derecho al corrillo, saludando á todos dije estas palabras manso y quedo: «yo querria, caballeros, hablar á Don Pedro á solas; mas pues el hablar de mí fué en público, sea pública la respuesta; háme sido referido lo que en esta conversacion se ha dicho, habiendo en ella quien debia responder por mí por muchas razones; pero yo tengo por caballero á Don Pedro, que me lo tornará á decir en la cara, y le respondo que en cuanto á lo primero, que dice ser mejor, miente, porque primero por seiscientos años antes que sus antecesores se hiciesen cristianos en Málaga y Granada, los mios estaban hartos de ser generales y emparentar con lo mejor de España; y si no tengo títulos es porque los mios han gastado la hacienda en servicio de su Rey, y los suyos los han comprado abogando causas. Que sea mas valiente soldado se conoce en que, cuando yo estoy derramando mi sangre en servicio de Su Magestad, con tantas hazañas que le quitan y me dan estos cargos, él se queda con las putas, y curándose del mal francés. Que merecia mejor la compañía que yo, y que es hombre para quitármela con un palo, con ese le tengo de matar si no sale á sustentarme lo que ha dicho. Pero quien es tan valiente no hay duda que lo rehuse.»

Quedaron hechos como de mármol del suceso, él y el

que yo dije tenia obligacion á responder por mí. Quisiera darme satisfacion; ¡pluguiera Dios lo hiciera! pero hallándose empeñado en haberlo yo dicho delante de aquellos, no pudo por no ser tenido por infame y gallina. Salimos detrás de Palacio, y él me dijo: «yo lo he dicho con enojo, pero lo dicho, dicho.» «Eso quiero yo, le respondí, que los caballeros sustenten lo que dicen;» y sacando las espadas dos tiros de piedra de los demas, llegamos á juntarnos; á la primera ida y venida cara á cara, y la segunda mas reportado en mí, le pasé la espada por la garganta, con que cayó muerto, y yo quedé sin compañía, partiéndome de allí hasta la torre del Faro, adonde pasando Don Francisco de Leyva con las galeras á Nápoles, me fuí con él. Fué la muerte de Don Pedro á 10 de Setiembre de 1621.

Este es el desdichado año de 1621, en el cual me sucedieron tantas heridas, encuentros, la muerte del maestre de campo, mi suegro, que murió el 22 de Agosto, y esta última desgracia, principio de otras tantas. Mientras el lector descansa me voy á retirar á la iglesia.

DECIMA PARTE.

Año de 1622 y de mi edad 33.

Abyssus abyssum invocat &c., y verdaderamente se vió en mí, pues de este desatino siguieron tantos, que si la Magestad de Dios en medio de mis principios no me hubiera guardado (él sabe para qué) yo hubiera perecido, ó desesperado infamemente; ¡sea bendita su misericordia infinita!

Llegó el año mil seiscientos veinte y dos, que si el de veinte y uno fué infelice, este fué desastrado, y yo fui á

Nápoles, adonde hallé la casa llena de disgustos (1). Colméla de dolor con mi desdicha, pues luego se consideró aquella casa sin cabeza, habiendo perdido dos; una en la muerte de mi suegro, y otra en mi desgracia. Estuve en mi casa algun tiempo; pero teniendo algunos amigos capitanes y caballeros, que estaban retirados, me llevaron á una casa que para mí fué la del laberinto de Creta, pues entré y no supe salir. Esta era de un caballero, digo alquilada, y estando él poco bien opinado con la justicia, acudian á ella otros de su jaez; porque no solo la casa era un palacio aislado y muy bien labrado de un genovés, su dueño, pero además de muchas puertas y muy fuertes y muy bien guarnecidas de pistolas, tenia una cueva que pasaba á un convento del Cármen llamado la Misericordia.

Este caballero habia sacado una hermosísima dama de Sevilla, con promesa de casarse con ella, á la cual habiéndola traido á Nápoles mantenia esperanzas, y ella, viéndose burlada, estaba sin las de la posesion, y aun arrepentida de lo sucedido.

Era aquella casa el refugio de la caballería española, paseantes y retirados, porque solo se trataba de juego (con que se mantenia la casa y dueño), banquetes á costa comun, música y ejercicios de armas y bailes, asistiendo Doña Francisca á todo galantemente, porque se respetaba al dueño, el cual se llamaba como yo, Don Diego. El dia que yo entré (por mi mal) convidado al gusto de un festin y de un banquete, y con la curiosidad de ver la hermosa y alabada dama, fué dia de fiesta solemne, porque

(1) En una nota marginal dice que llegó á dicha ciudad en compañía de Don Sancho de Leyva. Y en seguida añade: este año casó el emperador Ferdinando II con Leonora de Mantua, hermana de los duques Ferdinando y Vicencio, á los 20 de Febrero.

ayudé el banquete con muchos cuentos, graciosos conceptos y apodos que la dama no escuchaba de mala gana, ni yo los decia de menos buena, viéndome aplaudir de ella y de los demas. Levantáronse las mesas, y empezó el baile, acabando con chacona bailada de todos, y ella bailó conmigo, y despues el canario y la pavana. Acabóse la fiesta con colacion, y al partirme dije: «señores, quien mas no puede con su muger se acuesta, y eso voy yo á hacer», y ella lanzó un suspiro que, aunque bajo, entendí, y despues supe que era por mí. No fuí poco satisfecho, así de su hermosura y garbo, cuanto de parecerme que yo le habia parecido bien, y entre mí decia: ¿suspirito os cuesto? vos me costareis suspiros y yo á vos lágrimas. ¡Pluguiera á Dios fuera falsa mi promesa como no lo fué! Continué yendo á esta casa tan olvidado de Dios y de mi muger, como bien correspondido de esta dama, pues el dia siguiente me quiso ver jugar las armas, y visto, me pidió la enseñase, como tambien á bailar, en hábito de hombre, cosa que yo acepté de muy buena gana y su galan no rehusó. Vistiose en hábito de hombre, que verdaderamente lo parecia, por ser de justa estatura, ancha de espaldas, ceñida de cintura, pequeño pié y bien proporcionada de pierna, al contrario comun de las mugeres; grande frente y ojos hermosos, rasgados y negros, hermosa y proporcionada boca, y dientes blanquísimos sobremanera, nariz bien hecha, y hermosas colores, sin invencion de afeites, cabello negro que sobre una blancura sin igual resaltaba, extremada cara y de perfectísimas manos. Hacia mayor su hermosura una dulce y compuesta armonía, deleitosa á la vista y mas al miserable que, como yo, estaba ya preso con sus gracias, que cada dia descubria alguna nueva, salsa del apetito del amor, y el declararse conmigo con un secreto billete que me amaba y deseaba verse á solas conmigo. Ni yo fuí

lerdo, ni ella dejó de buscar ocasion, en la cual me declaró su venida á Nápoles, la falsa promesa de su galan, y que en suma, no habiéndose de casar con ella, como tenia ya resuelto, que queria mas bien ser dama de un hombre de su gusto, y que este era yo, si me determinaba á llevármela. Prometíle, y gocela con tal industria, trazas y modos, con tantos requiebros, billetes, versos y burlas, que compuse un libro en cuarto, de cuatro dedos de alto, é hice una comedia de este suceso (entre otras mias), y el libro, en todo género de verso, que me ha servido para algunas que despues he hecho de mis sucesos, y por ser gracioso le pongo aquí (1).

Hallé en esta bendita casa un fraile apóstata, en hábito de clérigo, llamado (falsamente) fray Gerónimo de Villavicencio, á quien yo por sus traiciones, soplonerías y enredos puse por nombre fray Judas de Villaviciosa. Este advertia á Don Diego que Doña Francisca y yo nos mirábamos bien, y aun que nos gozábamos, y que era bien que me matase: que para ser traidor bastaba ser bermejo, y para cualquier bellaquería el ser fraile apóstata. Tratóse el negocio fingiendo ir fuera de Nápoles para matarme; fiaronlo á otro que tampoco se atrevió, antes lo dijo á Doña Francisca, que me lo advirtió previniéndome que ellos llevaban llaves de todas las puertas para entrar, cuando yo estuviese con ella, y además la de un caracol que daba al mismo aposento. Sabido por fin el dia en que habian de asaltarme, tomé una espada un poco ancha y un broquel, y aguardé que vinieran y abriesen la puerta. Llegué de romanía, y despues de haberle dado á Don Diego una buena estocada en la cabeza, dije: «traidores, en casa de Don Diego, mi amigo, tanto respeto se ha de

(1) Es probable que aquí siguiese, como el autor lo anuncia, el libro en verso que dice haber compuesto, y que el copiante de estos *Comentarios* suprimiria por creer no hacia al caso.

guardar á ausente como presente mientras yo viviere; y esto mientras él decia: «¡Jesus! que me ha muerto.» Conocímonos; ¡Don Diego! ¡Don Diego! ¿sois vos? ¿sois vos? sí, sí; pero el uno rota la cabeza y el otro sano. Subímosle arriba, donde la señora entre extremos y risa se hacia un paso de comedia; yo fingiendo disgusto y él alabando mi fidelidad y verdadera amistad. Mientras yo le daba un estopada, se le escapó el decir: «¡Ah amigo! que mientras tú guardabas mi casa, te estaban buscando la muerte. ¡Oh Don Gerónimo! Dios te lo perdone, que por tu consejo tengo esto.» Apenas pronunció su nombre cuando fray Judas tomó la escalera, y rodándola se dió tanta priesa á huir, que aunque yo solté los trapos y tomé la espada, prevaleció su huir á mi ligereza, pues cuando salí, ya no parecia en toda la calle. No hizo menos el otro compañero, con que yo volví á la cura que duró mucho, él á sus celos, yo á aquietalle y á proseguir mis amores sano, y la conversacion andaba al sólito.

Habiéndose poco despues apercebido un banquete para una noche, llegando el plazo se efectuó; pero como entre gente inquieta siempre hay desvergüenzas, en este las hubo, y tales, como se dirá. El juego de este dia fué de importancia, y mucha la ganancia de uno de los asistentes; las viandas y vinos exquisitos, de modo que habiendo muy bien cenado y mejor bebido, los cascos calientes, se empezaron á tirar lo que habia en la mesa, particularmente un insolente caballero que junto á mí se sentaba, cuyo nombre callo, el cual de mí advertido que no me manchase respondió tan desvergonzadamente, que me necesitó alzar un plato. El sacó un pistolete ya para esto preparado, que así lo habia prometido de matarme; pero aferrada la muñeca con mi mano izquierda le disparó sin efecto, y yo sacando una daga ó machinete le di por la garganta tal puñalada, que quedó degollado. La mesa fué rodando, y

yo salté fuera de la casa; ellos saben lo que hicieron dél. Salióse tras mí Doña Francisca, y yo la puse en cobro, y traté de mi partida á Roma.

En tanto que el negocio se divulgaba, dejé mi pobre muger y cuatro hijos varones y dos hembras, y llevándome á cuestas mi pecado partí en una faluca, á los ocho de Marzo y llegué con dos horas de dia á Proxida, y el desesperado galan tras mí en otra faluca, amenazándome que si no se la daba, me habia de descubrir á la justicia. Vime aislado, y temeroso de caer en manos del Cardenal, y cediendo á la fortuna, le dije que ella se habia huido de miedo, creyendo que á él le habian puesto preso, y acertando á hallarme cuando me embarqué se venia conmigo á Roma; que hablase con ella y si queria volverse con él se la llevase. Contentóse y fuese á hablar con ella, yo en tanto dí traza de valerme de mi ingenio; tomé una faluca á posta con siete valientes hombres, pagándola seis doblas, y puse mi ropa y la de Doña Francisca en la faluca, la cual, conociendo mi peligro, dijo que sí, de que él me dió cuenta muy contento y lo mostré yo estar. Apercibióse la cena, y entre tanto él daba órden; en pocas palabras le di cuenta de mi pensamiento, y le dije lo que habia de hacer. Cenóse alegremente, y ella fingió, como estaba trazado, tener una necesidad corporal, y mientras quedamos hablando de lo sucedido, se bajó abajo y púsose en la faluca, la cual tardando, él salió llamándola y yo tras él; pero bajando á la puerta, que está en la mesma marina, le dije: «Don Diego, si vos me hubiérades pedido á Doña Francisca como caballero con la espada en la mano, por fortuna la tuviérades; pero á traidor que la pide por justicia amenazándome, se la doy así, y esto dije sacando la espada con mucha priesa y subiendo tras él la escalera arriba, aunque no le alcancé, y puesto en la faluca partí, dándole la vaya, mientras él se tiraba

la barba y amenazaba y blasfemaba el cielo. El viento fué próspero, y llegamos al alba á Terrachina, tierra del Papa. A los siete de Marzo partimos para Roma, en cuyo camino encontramos á Don Luis de Córdoba y Cardona, hermano del duque de Cardona, que vino por maestre de campo del tercio de mar con el príncipe Filiberto, y ahora iba á serlo de Lombardía. Sucediéronnos en el camino graciosísimas cosas, así con los hostaleros ó mesoneros como con los pasajeros, á quien yo hice solemnes burlas, y tomamos tanta amistad que fié de este señor todos mis sucesos, si bien él sabia lo de Mesina, y me dijo que el Príncipe habia sentido mi partida y dicho que habia tenido razon en haber muerto aquel caballero. Ofrecióme llevarme á Milan (como despues lo cumplió) por su cámarada; pero como llevaba la soga arrastrando no atendia mas á que gozar de mi dama.

Llegamos á Roma á tiempo que el conde de Monte Rey (1) entró por embajador extraordinario y comió con el Papa, cuya ceremonia excuso decir fué la canonizacion de los cinco santos San Isidro, San Ignacio, San Francisco Javier, Santa Teresa y San Felipe Neri en el mes de Marzo, en la iglesia de San Pedro. Estuvo la capilla admirablemente aparada y circundada de tablados cubiertos de riquísimas alfombras, damascos, tela de oro y brocados, así como toda la iglesia. Entróse por pólizas, por la gran multitud degente; celebró la misa el Pontífice, con todo el sa-

(1) El conde de Monterey, Don Manuel de Acevedo y Zúñiga, entró en Roma á 10 de Marzo de 1622. Del recibimiento que se le hizo hay una relacion en fólio, impresa en Murcia por Luis Berós, 1622. Otra hay impresa en Granada por Bernardo Heylan, 1622, fólio, con el siguiente título: *Carta de como el conde de Monterey desembarcó en Civita Vieja, y el recibimiento que se le hizo en Roma, hallándose en la canonizacion de San Isidro, San Ignacio, San Francisco Xavier, Santa Teresa y San Felipe Neri. Pónense tambien las libreas que los caballeros españoles sacaron este dia.*

cro colegio de cardenales, para este efecto llamados, cuyas ceremonias y grandezas se ven infinitas veces y son prolijas de contar, como la confusion de tal dia, alabardazos á seglares, clérigos y frailes, roturas de mantos, pérdidas de capas y aun de bolsas, y gente casi ahogada. En frente del altar de San Pedro estuvo el sitial del Pontífice, adonde le llevaron la comunion el diácono y subdiácono Cardenal Aldrobandino, y el Nepote con sus ayudantes. Comulgó el Papa y consumió, y luego cuatro cardenales, ceremonia notable; leyeron los cinco procesos, informaciones y vidas de los milagrosos santos, que confirmados y aprobados del Papa y dichas las letanías mayores de rodillas, poniendo en ellas en sus lugares dichos santos, se publicaron por canonizados (1). Tuve la Semana Santa en Roma y gocé sus monumentos, sepulcros, procesiones y gran suma de insignes reliquias, las siete estaciones y el mandato del jueves santo, cosa digna de ver, y entre otras cosas la solemnísima procesion que los españoles hacen el dia de la Resurreccion, la cual empezando dos horas antes del dia se goza admirablemente de las máquinas é invenciones de fuego que se hacen en la plaza Navona, que es la mayor y mas frecuentada de mercancías, ferias, frutos y pasatiempos de cuantos hay en Roma. Esta sale de Santiago de los Españoles, hospital de nuestra nacion, que está en la mesma plaza. Divídense los altares en reinos: Castilla, Aragon y Portugal, adonde se vió la riqueza de España, y lucieron los ingenios de sus hijos en epígramas, versos y enigmas, invenciones de

(1) De esta canonizacion y ceremonias que en ella se hicieron, hay tambien, ademas de la citada arriba, otra relacion impresa en fólio con el siguiente título: *Relacion de lo que se hizo en Roma á la canonizacion de los santos Isidro de Madrid, Ignacio de Loyola, Francisco Xavier, Teresa de Jesus y Felipe Neri, canonizados por nuestro muy santo padre Gregorio XV en* 12 *de Marzo de* 1622.

castillos, sierpes, leones, galeras, cuyos artificiosos fuegos cubren el aire y suben á las nubes con sus penachos, festejando la gloriosa resurreccion del Salvador, alegrando los corazones y aun admirando á Roma con comedias, máscaras y fiestas. Vistas por Doña Francisca y por mí partimos de la iglesia en carroza; pero llegando en medio de la plaza, llegó el barrachel ó prevoste del Papa con cien soldados, y guarneciendo la carroza, unos detuvieron al cochero, y él al estribo, en italiano me dijo: «deténgase á Su Santidad so pena de excomunion.» Yo levantándome de la carroza quise sacar la espada; pero el barrachel, que cierto era hombre de bien, como despues lo experimenté, me dijo: «señor español, yo soy aficionado á la nacion y no deseo vuestra perdicion, porque estoy informado de vuestra calidad y valor, y si sacais un palmo de espada teneis pena de la vida, ejecutada con tanto rigor, que Su Santidad, no lo perdona si fuese el delincuente hermano de un cardenal; escapar no podeis, porque tengo aquí cien hombres; iglesia no vale en Roma, y esto se remedia con volver á este caballero su muger, pues es tan hombre de bien que se contenta sin dar querella al Gobernador y pedir vayais presos.» Yo estaba absorto y atemorizado, porque viendo llegar al barrachel, un hombre de mucha opinion y estimacion, de buena presencia, seco, alto, moreno y muy bien tratado, y con nueve vueltas de cadena de oro, tanta guardia y con tan repentino asalto, con un «téngase al Papa so pena de excomunion,» en un punto me representó mi imaginacion todos mis delitos, y que venia á pagarlos en manos del Vicario de Cristo, por su permision, y oyendo las oraciones ó peticiones de Doña Lucrecia, mi muger. Pero cuando oí las últimas razones, se me volvió el alma al cuerpo, aunque por otra parte sentia dejar prenda tan cara. Salió de entre los esbirros el buen paciente diciendo: «señor Don Diego, vuélvame

v. md. mi muger, que hé aquí la informacion de que me he casado con ella, y estos son los testigos. Vuélvamela v. md. que basta haberla gozado dos meses.» Salieron á luz los testigos, que eran fray Judas de Villaviciosa y el otro valiente. Yo pensaba saltar de la carroza, y el pícaro (que no nombro por ser de los mejores de España y él tan infame) decia: «v. md. no le deje saltar, que es un demonio, señor barrachel.» Ella á todo esto pedíame que no me perdiera, que haria de modo que no se lograse su intento. La gente empezó á concurrir, y como se hallaba entre ella quien me conocia ser casado, fué fuerza ceder á la fortuna, y dije: «toma, honrado cornudo, tu muger, que yo te la quitaré con la vida.» No pocos extremos me costó esta burla, pero siempre me templa el haber imaginado, segun me ví, que aquel dia habia nacido. Avisado de un paisano, que fué conmigo, hallé la casa guardada de siete hombres, y ella encerrada con muy buenas llaves. Fué tanto mi desatino, que sin reparar en nada, subí arriba y cogiéndolos en cónclave, saqué la espada y ellos embistieron aposento arriba tan de rondon, que lo mas que pude hacer fué dar una estocada al galan y una buena cuchillada á fray Judas, muy á mi gusto y satisfaccion, que lo deseaba; cerrándose, y llamándo ellos por las ventanas ¡justicia y gente! se cubrió de ella la puerta y calle. Mi paisano habia embestido en el aposento adonde ella estaba, pero tan cerrada, que ni él le pudo romper, ni ella abrirle; antes le dijo que me fuese, que antes de veinte y cuatro horas estaria conmigo. Este aviso y la multitud de la gente nos hizo partir sin mas efecto, y el herido y bueno aquella noche se trasplantó con ella y ellos al jardin del cardenal Borgesio (1), sin que mas yo pudiese tener nueva de ellos. Esto y la noti-

(1) Borghese.

cia que tuve de que me querian prender me sacó de Roma y me llevó á Florencia, adonde teniendo informacion de mi persona, me sucedió otro caso extraño, del cual hago pasage porque no tuvo efecto; y es que cierto potentado de Italia quiso valerse de mí para tomar una ciudad y estado; pero sabiendo yo de quien era, no admití el envite (1) por no morir como Borbon descomulgado; no obstante me hacian maestre de campo y castellano del castillo, para la cual guerra se hallaban ya treinta mil soldados armados, y cinco millones prevenidos, la ciudad y estado propicio. Era condicion expresa que yo hubiese de buscar doscientos españoles para la primera embestida del descuidado castillo, bien fuerte y mal guardado, que ni en lo uno ni en lo otro habia dificultad, pues para los españoles me daban diez mil escudos, con que era cierto hubiera traido yo la flor de la valentía de la nacion, y el castillo fiado en su dueño, le guardaban cuarenta viejos, plazas muertas, y un castellano estropeado y descuidado, habiéndose de hacer por intérprete con ingeniosa y bien dispuesta traza. No lo permitió Dios por no convenir, muriendo el que habia de meterlo en ejecucion y traia el dinero en pólizas de las Indias.

Gocé de las grandezas de Florencia, conversaciones de damas, academias de caballeros, suntuosísimos templos, capilla y mausoleo del gran Duque y sus antepasados, su galería, maravilla novena, por su variedad de mistos y compuestos de metales naturalmente conjuntos, estátuas, mónstruos, notomías de esqueletos, y otras cosas exquisitas, raras, excelentes y ricas, que á esta su leonera, palacio, bosques y casa hice diversos versos, á pedimiento del gran Duque, con la descendencia de su casa; y aunque me quiso entretener allí, como la mosca

(1) Invitacion ó propuesta.

de amor picaba, no hallaba lugar permanente. Despedíme cortesmente, y bien premiado me partí para Bolonia, adonde llegué á los 25, y de allí á Ferrara, que la consideré muy bien, y es muy buena ciudad, pero mal guardada: descuido comun de grandes señores.

Llegué á Mantua á primeros de Mayo, cuyo ducado gobernaba el duque Ferdinando (1), á quien se libró Roma siendo Cardenal por su grandeza y rara hermosura, que fué tal que por admirable ponian sus retratos en todas las fiestas, en iglesias, casas y calles; pero de una grave enfermedad quedó quebrado de color y cargado de espaldas. Era señor de excelentísimas partes, virtudes y letras; fué excelente astrólogo, gran naturalista y herbolario, y lapidario ingeniosísimo, arquitecto de fábricas y fortificacion, raro poeta, filósofo, y teólogo agudísimo, y acertado estadista, y perfectísimo músico, con todas las virtudes que á un príncipe se requieren, y agilidades personales á pié y á caballo en fiestas ó en saraos.

Es costumbre de aquella ciudad que todos los forasteros que entran en ella digan su nombre, apellido, patria y negocio; y así como uno de los tales fuí yo en la lista de aquella noche del dia que entré. Hizo memoria de mí, y mandó á dos intérpretes me visitasen de su parte y llevasen allá: visitele, y memoramos algunas cosas de cuando era cardenal, y gustó me alojase en su casa. Hícelo así, por servirle, gustando tanto de discurrir conmigo en todas materias, que algunas veces pasaba media noche sin que se acabase la conversacion. Gustaba mucho de verme hacer mal á un caballo y jugar las armas, y hacia festines, solo por verme bailar. Gocé mucho de su galería, adornada de maravillosas extrañezas, pórficos y mistos naturales, estátuas, niños, mónstruos y

(1) Ferdinando Gonzaga, duque de Mantua.

otras extrañas riquezas, que á no haber visto la del gran Duque, diria ser esta la primera de Italia en riqueza y curiosidad.

Hízose en Mantua, el 16 de Mayo de 1622, como en cada año, una fiesta que por mudable no cae siempre en un dia, que es la de la Ascension de Nuestro Señor, en la cual se celebra la fundacion de la órden y hábito de la sangre de Cristo. Este hábito es un tuson en forma del de España; y en el remate, que viene en medio del pecho, una patena con tres gotas de sangre de Cristo, la cual sangre está en Mantua en la iglesia de San Andrés, enterrada por el caballero Longinos, el que dió la lanzada á Cristo Nuestro Señor, que allí vino á morir sirviendo en aquel hospital. Son los caballeros de esta órden veinte y cuatro, los cuales se juntan este dia en casa del Duque para acompañarle á la iglesia de San Andrés. Salen en hermosísimos caballos, costosa y ricamente enjaezados; con calza entera los caballeros, cuello y gorra de brocado, maravillosamente recamado, con magestuoso ropon de brocado pendiente sobre las ancas del caballo. Van ornados estos vestidos con preciosísimas joyas de diamantes, rubines, esmeraldas y perlas, que siendo esta nacion naturalmente dispuestos y hermosos de cara y cuerpo, realzan mas y luce su belleza á la voz. El Duque va detrás de ellos, como los demas, vestido á la española, con tanta máquina de preciosísimas y costosísimas joyas, que parece que en aquel dia hace ostentacion de su magestad y grandeza, y que consigo lleva toda su riqueza, pues trae tanta suma de diamantes, que solos ellos se conocen en el vestido, pecho y gorra. Llegados á la iglesia se apean y dejan arrastrar aquellos mantos imperiales por el suelo, hasta llegar á sus asientos, de adonde celebrada la misa solemnísima, con excelente música, y dicho el sermon, vuelven con el mesmo órden en casa del Duque,

quitándose los mantos al subir á caballo, y en su lugar poniéndose capas cortas con capilla costosísimamente aderezadas. Aquel dia comen con el Duque estos caballeros, llamados de la Sangre, á quien se hace un suntuosísimo banquete. Hay aquel dia carrera, estafermo y otras fiestas de luchas, pálios y máscaras, y á la noche festin, comedia de gran aparato, cena y juegos. Yo me habia despedido del Duque, que me ofrecia grandes partidos porque me quedase en su casa; pero tanto porque me parecia era anegarme el quedar hecho perpétuo cortesano, sujeto al buen aire ó desaire de un señor, con quien se pierde en un punto cuanto se gana en toda la vida, sin esperanzas de pasar á mejor puesto que el que me podia dar en su casa y estado; como porque cada dia me hallaba mas picado y mas corrido de la burla de Roma, no acepté el partido. Hícele en octava rima la fundacion de Mántua, su descripcion, grandezas, antigüedad, descendencia y gobernadores y gobierno hasta el suyo, que lo estimó y alabó mucho, siendo él perfectamente capaz de la lengua española, presentándome una cadena de oro de trescientos escudos, y una joya de diamantes en un penacho de trescientas plumas, y un caballo con cuatro pistolas, todo como de su grandeza. Cené aquella noche con el príncipe Vicencio, su hermano, habiendo yo ya besado la mano al Duque y tomado el *fiat* para mi viaje, pues pensaba partir luego por la mañana temprano. Acabada la cena, bien á deshora, entró un paje diciendo me buscaba un caballero que, aunque embozado con la capa, mostraba su talle y buen olor ser persona principal, así como en la resolucion del decir que, aunque estuviese con el Príncipe me avisasen, no queriendo decir quién era, y añadiendo que él estaba solo, y que así me esperaba. Alteróse el Príncipe al oir el recado, y yo disimulando mi inquietud y sosegándole, pues ya mandaba á cuatro ca-

balleros saliesen á conocer quién era y se lo trajesen, le dije: «Señor, quien me busca en casa de V. A. no me quiere para mi daño, y si fuese esto, no me conviene que cuando me llama solo y muestra su valor, yo le responda acompañado y muestre cobardía.» Venció esta razon al Príncipe, y el añadir yo que me hacia agravio en no tenerme por hombre que podria dar satisfaccion á uno y á mas. Salí, y terciada la capa sobre el hombro, con la espada empuñada, le pregunté quién era, y respondió: «¿No me conoce?» «Yo no conozco, le dije, hombres embozados á esta hora.» A lo que él replicó: «ni á mí se me da nada de concederle que no me conoce.» Yo que ya tenia la cólera en las narices y el juicio en los talones, dije sacando la espada y con la mano izquierda quitándole la capa de la cara: «de esta manera le conoceré ¡cuerpo de Cristo!» A que me respondió: «¡ah traidor! ¿no me conoces porque estás en tus grandezas? pues yo me volveré adonde me conocen y aman..¡Tan enamorado estás que aun no te acuerdas de mí! pero quien ha corrido la posta desde Roma por verte, la sabrá correr para dejarte.» No fué poca mi confusion conociendo á Doña Francisca y viéndola irse de mí, y sintiendo llegar al Príncipe y á sus criados, que viéndome sacar la espada, hicieron lo mismo y acudieron adonde yo estaba. Ella se me iba y el Príncipe me preguntaba quién era. A él se debia respuesta y ella me llevaba el alma. Díme priesa á todo, diciendo: «Señor, es mi dama; espéreme V. A.,» y empecé tan furiosa la carrera, que á pocos pasos la alcancé, y aunque con estudio se dejó alcanzar, con el mesmo y llena de lágrimas no la podia ni acallar ni acordar; ¡oh mugeres astutas y llenas de invenciones! que en lugar de dar yo quejas me las dió, y porque no la pidiese celos me los pedia. Llegaron los criados del Príncipe á pedir se dejase besar la mano de S. A.; pero siendo conveniente ir nos-

otros, volvimos á Palacio, adonde ajustadas nuestras satisfacciones, se celebraron con muchos dulces. Mandó se diese á Doña Francisca una pia de portante, como de tal señor; y despedidos nos fuimos á una posada, pasando la noche entre quejas, satisfacciones, celos y gustos, partiendo por la mañana de industria, porque al Príncipe le pareció tan bien, que dijo que era un ángel de hermosura y señoría, y bien empleados mis trabajos.

A los 18 partimos para Cremona y el 22 llegamos á Milan; ella en el mismo hábito con que vino, y tan hallada, que ni se lo quiso mudar ni yo pedírselo, por estarle tan bien, que por el camino, entre otros discursos, se tomó resolucion de decir que éramos hermanos. Dejóse largos los cabellos á la milanesa, y dos coletas dentro del jubon que le llegaban á las rodillas; pisaba récio y airoso, y traia el sombrero calado de medio lado; la capa cruzada sobre la espada, la mano en ella, y la otra hecha jarra, y todo con tanta temeridad y desenfado, que nadie la juzgaba por muger. Habíamos discurrido sobre lo sucedido y los disgustos que habia pasado con su amante, que (como dijimos) la habia llevado á aquel jardin, y de allí secretamente al Tíboli en compañía de fray Judas y sus secuaces, porque jamás pudo acabar que durmiese con él, ni la tocase, y que habiendo empezado á fingir paces, sabiendo que yo habia pasado á Flandes, él fué á Roma á sacarle un corte de vestido, y no viniendo el dia siguiente, ella fingió querer ir á Roma para que el corte fuese á su gusto, y los compañeros con ella; y poniéndose todas las joyas en el pecho y faltriqueras, al entrar por las puertas de Roma fueron detenidos para registrarla, y ella tuvo modo de desaparecerse é irse en casa de Don Pedro, mi amigo, el cual á fuerza de dinero la hizo dar postas, y se partió la noche misma hasta hallarme, como dicho es. Llegados pues á Milan, estuvimos tres dias

sacando galas á su modo y á mi gusto, porque entre el regalo del Gran Duque y el que me dió el de Mántua y lo que yo tenia, llegaba mi caudal casi á dos mil escudos, sin mas de otros mil en joyas y vestidos, galas, bandas, jubones y plumas, y ella no traia mucho menos, porque se trajo todas las joyas y dineros de su galan. Vimos el famoso Duomo de Milan, que así se llama la catedral, el suntuoso sepulcro del glorioso San Cárlos Borromeo, su santo cuerpo y milagrosos efectos, anchas y espaciosas calles y suntuosas casas y palacios, en cuya belleza excede á toda Europa; su fortísimo y excelente castillo, raro entre los de Europa, por la grandeza de su sitio y fortaleza del puesto, (pues siendo en llano nada de él se puede batir), por sus fosos llenos de agua, murallas dobles, máquinas y gran cantidad de gruesísima artillería, alojamiento comodísimo para setecientos soldados, plaza de armas capaz de un escuadron de tres mil hombres; palacio soberbio para el castellano, circundado de fosos y todo libre de la artillería, fracaso ó desàlojo del enemigo. Al salir de ver esta máquina, digna de admiracion, en la plaza de afuera topamos al duque de Feria (1), gobernador de aquel estado y capitan general en Italia, y con él en carroza á Don Fadrique Enriquez, su tio, aunque mozo, á Don José de Luna, hijo del conde de Morata, el que me hospedó en Zaragoza y á Don Fernando de Ribera, hijo del duque de Alcalá: todos mozos de muy buenas caras y talles; y porque en Milan no habiendo presidio de españoles, hay muy pocos, y esos con licencia y muy conocidos, reparó el Duque mucho en los dos. Llevaba Doña Francisca un vestido riquísimo de tela de oro verde, con muchas guarniciones y botones de oro y cabos excelentes de rosas, rosetas y jubon, espada y daga dorada, cadena y cintillo de oro, y

(1) Don Gomez Suarez de Figueroa.

en mí que iba vestido de tabi leonado oscuro, cabos y guarnicion de oro, muy á la moda de Nápoles, y los dos con muchas plumas. El Duque, curioso, nos mandó llamar, y paró la carroza. Perdonárale yo este favor, porque quien tiene manchada la conciencia, cualquiera de estas novedades le altera, pareciéndole que la sombra de un ministro de justicia lo es de su ejecucion. Llegué con mi sólito desenfado, despreciando el peligro, porque el Duque traia solos dos lacayos y cuatro pajes, poca cosa para mis brios; y por lo que pudiese suceder habia antes echado el ojo á una iglesia que estaba cerca. Preguntó el Duque con mucho donaire: «¿De España, caballeros? ¿de España, caballeros? brava bizarría.» Yo respondí con el mismo tono: «de Nápoles.» Replicó: ¿á España?» «A Milan, señor, contesté, á servir debajo de la mano de V. E.» Pero en esto poniendo la mano en la frente dijo: «¡por vida del Rey! que es un tal Duque de Estrada, de quien mi primo Don Luis de Córdoba (1) me contó unas burlas excelentes que hizo viniendo con él á Roma. Deme esa mano.» Yo la tomé y dije besándosela: «señor, yo soy.» El añadió: «¿quién es este mozo tan galan?» «Señor excelentísimo, respondió Doña Francisca, soy valenciano de España.» Volvió el Duque el rostro y dijo: «mejor será del cielo, que cierto es como un ángel; ¡hermoso mozo! ¿cuánto tiempo há que llegaron.» «Tres dias, señor, dije yo.» Y él respondió: ¿tres dias y no haberme visto? penitencia merecen; acudan mañana á hora de audiencia. Despidióse, y por la mañana, despues de muchos discursos nocturnos, fuimos á Palacio, y acabada la audiencia, tuvimos la nuestra, y sabiendo nuestro intento de servir debajo de su mano, lo estimó en mucho, y mandó sen-

(1) Estuvo Don Gomez casado con Doña Francisca de Córdoba, hija de Don Antonio Folch de Cardona y Córdoba, duque de Sésa.

tásemos las plazas en la compañía de su primo el maestre de campo Don Luis de Córdoba, por quien tenia muchísima noticia de mis acciones, y nos mandó no partiésemos tan presto. Dióno seis pagas adelantadas y cien escudos de ayuda de costa de su dinero, para entretenernos, y habiéndole informado algunos caballeros que me conocian de Nápoles de mis travesuras, y que era de los mejores espadas de la nacion, empezó á fiar su persona de la mia, y sus entretenimientos de noche, llevándome consigo; no obstante, tenia á Diego de Carmona, á Pedro de Segovia, Gonzalo de Oviedo y Francisco de Valladolid, cuatro espadas de las mejores que han salido de España. El Duque estaba enamorado de una hermosísima molinera, rara belleza, en quien tuvo un hijo, y eso era cosa casi pública. Estuvimos un mes en esta privanza, de la cual poco gusto tenia Doña Francisca, por saber entraba con él en casa de aquella dama, siendo causa de que ella estuviese sin mí. En fin, fué forzoso darle este gusto y pedir licencia para reconocer el cuartel, que con alguna réplica y poco gusto concedió. Partimos para Novara, y llegamos á los veinte y cuatro, dia de San Gil, en que el maestre de campo hacia un suntuoso banquete, recibiéndonos con mucho gusto, y hallándonos en él y haciéndonos sus camaradas. Era Don Luis de Córdoba caballero de grandes partes personales, sumamente discreto, modesto y callado, y por consiguiente melancólico y poco amigo de conversacion, siendo esta melancolía antigua, si bien accidental. Gustó tanto de la mia, que el dia que yo entraba de guardia se venia á la plaza á discurrir conmigo. Vínome á pelo el acordarle que en nuestra juventud tuvimos amistad (1), cuando yo con las cinco heridas de las manos de aquellos

(1) En Lucena, segun se dijo ya en la pág. 42. Don Luis era hermano del duque de Cardona.

matachines me retiré de Antequera, habiendo muerto uno de los tres ladrones que me quisieron quitar la cadena y joyas, y acordándole de una hermosísima dama que tuvo, hermana de un grande de España; enterneciόse de manera que me pesó haberle acordado cosa de tanto disgusto. El caso fué notable, y aunque sucintamente, le pongo aquí por variar algo en la historia.

Esta hermosísima señora se crió en casa del duque de Cardona, su primo, y hermano de Don Luis, con quien se amó extrañamente, pasando el tiempo en conversaciones, requiebros y favores lícitos, como personas de tanta calidad y nobleza; pero llegando el tiempo con que fué pedida de un grande de España (cuyo nombre se calla por el suceso), y hallándose esta señora muy enamorada de dicho Don Luis, se resolvió á decirle que otro marido no queria en el mundo sino él, que la sacase y se casase con ella. El la respondió que pues sus merecimientos y fortuna le ofrecian un grande de España, que se casase en buen hora, que él era hermano segundo del Duque y pobre caballero, y que no pudiéndola sustentar con la grandeza que pedia su calidad y méritos, seria una pena eterna. Disgustó extrañamente á esta señora la respuesta, pareciéndole cobardía ó poco amor lo que en Don Luis era respeto y deseo de que no padeciese. Esperóle desdeñada á que pasase, y desde su ventana le arrojó una riquísima y grande bolsa de doblas abierta, para que cayesen en tierra antes de llegar la bolsa al suelo; con la cual resolucion se fué á dar el sí de su matrimonio. Estudióse mucho esta interpretacion, y la mas apropiada fué que pues ella le queria, sabiendo ya la hacienda que tenia, era señal que podia sustentarle, y que queria su persona y no su dinero, siendo verdad que tenia veinte mil ducados de renta. Esta era la melancolía perpétua de Don Luis, en cuya ocasion yo me hallé en Lu-

cena, donde sucedió el caso. Sentia mucho esta memoria, pero cada dia la renovábamos en nuestra conversacion, porque él siempre la empezaba. Jamás se puso banda, tahalí ó hizo bandera en que no pusiese una empresa en esta forma: tres memorias ó anillos en una, y un yunque de herrero sobre un corazon con un martillo que las atormenta; y sobre esta empresa la ocasion con la rueda de la fortuna y un cuchillo que la divide volando. Esta significa la que perdió, porque voló para no tornar; el martillo el dolor que atormentaba su bien perdido, martillando el corazon sobre la yunque de la paciencia, con que sufre tanta pena. Este era nuestro entretenimiento, sin dejarme apartar un punto de sí; pero no me faltaba á mí tambien mi dolor de cabeza, porque mientras yo estaba entretenido con él, Doña Francisca era fuerza hablase con otros que, aunque era tenida por hombre, no era sin algun resquicio de sospecha. Tocábanos hacer la guardia, á mí de cabo de la ronda, y á ella de centinela. Yo era tan solícito á dar la vuelta á la muralla para llegar adonde ella estaba, que cansaba extrañamente á los de la ronda, sin sentirlo yo. Otras veces la ponian de postas ó á las armas ó á la muralla; pero era cosa de reir, pues harto yo de rondar cuatro horas, mientras ella hacia la centinela á la muralla; yo se la hacia á ella para guardarla del enemigo doméstico, cuando ella la guardaba del extraño, sobre que no faltaban peloteras harto graciosas. Sucedió que en aquel tiempo pasó un tercio de españoles de Nápoles á Milan para ir á la Valtelina, y yo, deseoso de ver gentes de Nápoles, y saber si tenia carta, pedí licencia y partimos Doña Francisca y yo. Llegando á los 24 de Julio á Milan, fuí á visitar al Duque, y le hallé quejoso de haberme detenido tanto. Paseábase en el salon del solio, la mano sobre mi hombro, con admiracion de todos, siendo yo poco conocido, y mucho mas

por hallarse allí el conde de Monterey que habia ya acabado su embajada extraordinaria de Roma, el cual le preguntó: ¿quién es esè caballero tan chiquito, tan galan y tan favorecido de V. E? El Duque le contestó encareciendo mucho mi persona, y yo me despedí de los dos. El Duque, al despedirme, me dijo: «esta noche cenaremos juntos, vaya y lleve á Don Francisco, que mi dama desea verle.» Bajé la grada del solio, y recibióme un corrillo de caballeros españoles, dándome la bienvenida; entre los cuales un español forastero, mozo, moreno, de muy buena cara y talle, vestido y acuchillado mas á lo bravo, de hasta veinte y cuatro años, oyéndome nombrar dijo: ¿tú eres Don Diego Duque? Escabróseme y aun á mostrárseme el tú, y respondí: «yo soy el señor Don Diego Duque de Estrada, y tú que lo preguntas, ¿quién eres?»—Quien te hiciera pedazos, replicó, ó te matára á coces si no estuvieras aquí; debia Dios de dormir cuando mataste á mi hermano (1), que era hombre que te podia llevar en la pretina, como pollo; pero yo lo haré, que á eso vine de España.—Dios (le dije) no estaba sino es despierto, que siempre lo está, y lo estará cuando te mate á tí; ven allá fuera, que te espero para que lo veas, que, á no respetar el lugar, ya estuvieras con tu hermano.» Partíme, y aquellos caballeros extrañaron su grosero proceder, temerario y descortés, pudiendo caballeramente haberme desafiado. El decia: «este hombrecillo á pescozadas le mato.»—Pues vaya que le está aguardando, le dijeron, y es hombre que se enfada de esperar y se le irá á las manos, y es harto que aquí no lo haya ya hecho.» Corrió la voz al Duque, y sintió la desvergüenza hecha en su palacio. Díjolo al Conde, y los dos fueron de

(1) *Vide supra*, pág. 208.

parecer que nos dejasen, porque yo quedaria cargado y con mala opinion, y además que no le pesaba al Duque el ver si era verdad lo que de mí le contaban. Mandó que no se me dijese que él lo sabia, y envió á Carmona (1) y á Segovia, sus bravos, ya referidos, para que no permitiesen hubiese superchería de una parte á otra, y que fuesen padrinos. Salió fuera el dicho caballero, y tras él toda la sala, así de caballeros españoles como de señores italianos; y viéndome que estaba esperando, se adelantaron algunos de las dos naciones que con ejemplares sucesos y amonestaciones procuraban acordarnos. Pero como mi ánimo no era ya sino de matarme con él, así por el mal término, como por las arrogantes palabras que me dijo, poniéndome el demonio en la cabeza que yo era el agraviado y que ya estaba perdida mi opinion, y pareceria fábula cuanto se decia me habia sucedido, y que en opinion del Duque seria tenido por gallina, hablador, siendo yo de parecer que las capas y las honras con este adobo de las paces nunca quedan bien remendadas, porque á los remiendos siempre se les ven las costuras, aunque sean zurcidas, y las paces siempre la censura las descubre, me negué á todo acomodamiento. El quiso sacar la espada en la plaza, pero yo le envié á decir que si tenia gana de vengar á su hermano que se sufriese que yo iba á campaña. Colgaban mil almas de nosotros, pero con poco fruto, y yo le hice entender caminando á campaña, que si como á caballero me hubiese enviado á llamar con recado ó con billete, hubiera tenido satisfaccion de mí y le hubiera dicho con cuánta ocasion y razon maté á su hermano, y le hubiera tenido además por muy valiente caballero, pero que ahora le tenia por un arrogante y por un loco.

---

(1) Aquí el original decia Carbona, y mas adelante Carmona.

Salimos á campaña, adonde era tanta la gente quel parecia un ejército, y llegados al lugar, le envié á decir que aunque á mí tocaba el escoger armas, que mirase las que queria. Estaba asombrada la gente de ver mi teson, y no dejarme vencer de tantos caballeros y cuan sin cólera estaba, y él cuan airado y demudado de colores. Llegaron los dos ya nombrados, Segovia y Carmona, enviados del Duque diciendo á lo que venian, y así como á quien tocaba el escoger armas y modo, pedí fuese en camisa de la cintura arriba y sin sombrero, con espada y daga, á cien pasos la gente y cuarenta los padrinos. Conocióse en esto que yo queria que nos matásemos, y púselo en efecto, midiéndose las espadas y dagas, apartándose la gente los cien pasos señalados y los padrinos á los cuarenta. Desnudóse Don Juan con mucha presteza y bizarría, que le pareció que ya estaba todo hecho. Fuéronse los padrinos, habiéndonos antes partido el sol, é hicieron señal de acometernos. Vino él sobre mí con un torbellino de cuchilladas muy espesas y tiradas con mucha furia, creyendo que con la fuerza de ellas me descompondria; pero engañose, porque si lo que he tenido de fuerzas tuviera de cuerpo, no fuera pequeño, pues pocos hombres de los que yo hasta hoy he tratado me han aventajado en fuerzas de brazos, destreza, agilidad en la lucha, ligereza de correr y facilidad de saltar bufetes, cuerdas, caballos, en que el reino de Nápoles lleva la primacía y en particular de correr y saltar como me sucedió una vez saltando por cima de quince sardos y corsos con los brazos levantados, y otra siete espadas desnudas con el puño puesto en tierra. Fueron reparadas sus cuchilladas y él sin remedio muerto, si al juntarnos con mucha ligereza no diera un salto atrás. Sonreime y al tornarnos á embestir, porque yo reia muy sin cólera y estaba muy en mí considerando que me importaba no solo la vida sino la honra,

pues si aquel me mataba se salian con la suya habiendo hecho lo que habia prometido, y yo perdia á Doña Francisca que tambien me acordaba de ella, le dije: «¡oh desdichado! ¿cuchilladicas me tirabas como tu hermano? allá le irás á buscar.» Embestímonos de nuevo tocándome él con una punta al hombro izquierdo, que solo rompió la camisa, y reparándome con la daga, le embestí con punta de hierro, que son las guarniciones juntas, bajas las puntas y altas las espadas, de modo que cuando me quiso venir á la de conclusion cambiando el pié, al punto se halló la espada obtusa pasando por alto, y la mia atravesada en su cuerpo por el corazon, saliéndole mas de un palmo por las espaldas. Saquésela y con las ansias de la muerte me tornó á embestir y haciendo fuerzas para tirarme abrió la boca y arrojó la sangre, la vida y el alma sin decir Jesus. ¡Desgraciada muerte de este mal aconsejado caballero por su misma arrogancia!

Mucha prisa se daban los padrinos á llegar, pero tarde, como tambien la multitud de gente á ver el muerto. Vestime con mucha prisa; envainé mis armas, y fuíme siguido de un tropel de gente, y cuando me ví dentro de la ciudad, metime en la primera iglesia porque me dejasen, y enviando á avisar al Duque del caso con Segovia y Carmona (1), que me dijeron lo que pasaba, y haberles enviado á los dos para tal efecto, y prometieron hacerle relacion del buen suceso, me salí por otra puerta y fuí á mi posada, y tomando mis baules y pistolas y hecha plaza por entre la guardia del capitan de justicia, que ya estaba á mi puerta, pasé á la iglesia de Santa María de la plaza del castillo. Súpolo Doña Francisca, salió á la campaña á

(1) Ya hemos dicho en la introduccion que el que nos sirve de original, aunque hecha en aquel tiempo, es una copia mala y poco correcta. En lugar de Carmona decia aquí *Morcona*.

buscarme, y hallando el cuerpo que traian y no á mí, fué á buscarme hasta que me halló, y pareciéndole mas bizarro y galan que nunca así victorioso, de que mucho se precian las mugeres, me llegó á abrazar, si bien conoció en mí el disgusto que tenia de lo sucedido. A dos horas de noche vinieron unos caballeros enviados del Duque y del conde de Monterey á decir que un capitan, tio del muerto, habia ido á decir al Duque que hiciese justicia, que le habia muerto sus dos sobrinos. El Duque respondió: «¿cómo quereis tener justicia si entrais mintiendo, pues llamais asesino á quien ha muerto vuestros sobrinos como caballero? Decid al Auditor que haga sus diligencias, y cuando esté preso me pedireis justicia; ¿por qué no le desafiais? que yo sé que saldrá con vos.» El dijo: «señor, son sobrinos de lejos.»—«Y tanto, dijo el Duque, son lejos que no los vereis, si no os morís. Guardaos no os envie Don Diego á visitarlos, que si vuestro sobrino no muriera yo le quitara la cabeza por su insolencia.» Fuese y celebraron el cuento el conde de Monterey y el Duque, y yo con dichos caballeros. Mudé de iglesia, porque el Auditor habia de venir allí, y era bien guardarle la cara. Fuimos al Cármen, no queriendo los frailes descalzos recibirme, y allí envió el Duque un recado para que yo estuviese, enviando otro el provincial de los descalzos muy desabrido. Estuve allí hasta los quince de Agosto, dia en que nací segunda vez, visitado de toda la nacion con mucha estimacion y pasando el tiempo en comidas, músicas y conversaciones.

La víspera de este dia vino Doña Francisca, muy alborotada, diciendo que su galan y sus camaradas habian llegado á Milan y estaban en la hostería de La Rosa. ¿«Qué importa?» le dije. Llegó la noche; tomé mis pistolas, espada y broquel, y llevándola conmigo me entré en la posada cuando ya se sentaban á cenar. Bien quisiera el

galan ver mejor al diablo que no á mí. Alterados los cuatro se levantaron de la mesa; yo con mucho disfraz dije: «siéntense, que yo me siento tambien, y el que se mueva le daré un pistoletazo. He sabido que Don Diego viene con sus mercedes á matarme; yo soy tan hombre de bien que saldré con los tres, que de fray Judas no hago caso, y reñiré con Don Diego con las armas que él quisiere; si me matare llévese la dama, y si yo le mato reñiré con el uno, y si le mato con el otro, y si yo muero llévese la dama quien la ganare.» Aquí respondió el uno de ellos: «con caballero de tan buenos términos, ni quiero reñir ni dejar de ser su amigo; diferente me lo habian pintado á v. md., y yo le soy servidor y no enemigo.» Dije yo: «señores, Don Diego piensa apasionado, y no es mucho.» Consolóse por fuerza, porque ella le dijo: «¿qué quieres de mí? perdicion mia, que primero estaré con el diablo que contigo.» El dijo: «pues eso es así, v. md. la tenga, que yo juro á Dios omnipotente de ser su amigo sin jamás volver á tratar de tal cosa.» Pues mañana espero á los cuatro á comer conmigo, dije, que tengo al príncipe indio Letancor por convidado, por ser dia de mi nacimiento, y buenas noches.»

Vieron el cielo abierto en verme fuera de casa; di á hacer muchos platos, unos en palacio con gusto del Duque, y otros en el castillo, y otros en casa, porque comian los maestros y prior de casa conmigo. Los convidados, música y demas aparato estaban ya en casa, y empezamos con las frutas y regalados antipastos (1) de casa, ordenados por mí, y luego los de palacio, regaladísimos, y ya habiamos comido tan bien que todos pedian los dulces

(1) Voz napolitana que significa frioleras que se toman antes de la comida.

y postres, y que los platos del castillo, que eran veinte y cuatro, quedaban para cenar, y así sería la fiesta cumplida. La comida se acababa, y yo estaba corrido de que mis cuatro convidados no venian, cuando entró un pagecillo mio diciendo que un perro habia entrado y comídose un plato que destapó, y que el perro estaba muerto, hinchado y negro, y el cocinero no parecia ni muerto ni vivo. ¡Oh bendita sea la misericordia de Dios! que aun en medio de nuestras miserias nos libra de tales peligros! Quedamos helados, y teniendo noticia de todo el Duque y el castellano mandaron buscar al cocinero; pero jamás pareció. ¡Qué desdicha hubiera sido si hubiéramos tantos caballeros y religiosos concluido con muerte tan violenta! Saliéronse todos á pasear, y el traidor de Don Diego tomó una carroza á seis caballos, y otra á dos, y aguardó á Doña Francisca á que saliese de palacio de dar cuenta al Duque, de mi parte, del caso. Haciéndose encontradizos la pidieron entrase en la carroza, que discurririan de algo, pues ya estaban amigos conmigo. Tanto y tan simplemente se lo hubieron de decir, que se entró riendo y decia: «Vamos á dar la respuesta á mi dueño.» Demos una vuelta, dijeron, y llegando á la puerta de Cremona, se separaron dejando aquella carroza y con las pistolas en las manos la hicieron entrar en la otra, que como el viento empezó á correr, y aquella misma noche llegaron á Lodi, con tanto miedo que no hallaban bancos para sentarse. Quejábase de engañada Doña Francisca y él se alababa de engañado, y sobreviniendo un altercado de sobremesa, porque ella habia llorado todo el camino y le injuriaba, vinieron de las palabras á las manos, y ella le dió con un cuchillo. Hallóse en esta pendencia como en las demas fray Judas de Villaviciosa, que como el hijo de la enhoramala era el *sum et fui* de las malas acciones, el cual no quiso ser de los castigados y se volvió á Milan, adonde dándome

cuenta del caso sucedido, y que partian á Mántua, fué tal mi cólera que sin reparar en que era fraile y sacerdote (aunque apóstata), le así con las dos manos por los hombros, y rodando toda la escalera llevó con buenas descalabraduras la paga de la buena nueva.

Llegados á Mántua y hecho por ella el discurso del engaño de su galan, la huida de fray Judas, el saber que yo no habia de dar crédito al suceso (como quien me conocia), y que los habia de buscar y matarlos, le ofreció esta diabólica trasa. Pidieron al duque de Mántua audiencia secreta, y en ella le descubrieron que un príncipe me daba cuarenta hombres para matarle, y diez mil escudos de renta en Inglaterra ó Flandes, y cincuenta mil en contante para ayuda mia y de mi gente. Verdad es que me fué hecho este envite y que era fácil, saliendo á caza el Duque; pero no lo acepté, aunque Doña Francisca me decia que lo hiciera; ¡ah mugeres, mar de engaños, mudable luna, mal comun y muerte del hombre, y cómo se engaña quien fia de vuestros halagos! Sintió el Duque en mí esta accion por lo bien que me queria y los regalos que me habia hecho; y al punto despachó gente á Milan que me matasen, aunque fuese dentro de la iglesia, estando aun allí por la gran persecucion del Capitan, y porque trataban sus deudos de matarme.

Tenia ya pedida licencia al Duque para irme, y solo aguardaba me despidiese, cuando un dia, á las diez entró un pajecillo mio, casi muerto: «Señor, me dijo, muchos hombres armados han cercado el cláustro.» Creí ser del Capitan, que de lo demas no tenia noticia, y hecho un breve discurso de que quien entraba en el cláustro entraba en la celda, y que muy pronto llegarian mis enemigos adonde yo estaba, y me matarian, y yo moriria cobarde y vilmente, calculé que era mas honra morir matando á campo abierto que huyendo y escondido. Salime,

pues, con mis cuatro pistolas, espada, daga y broquel, con ánimo de hacer todo el daño que pudiese, y pasé tan aceleradamente delante de todos ellos de la celda á la iglesia, que Dios los cegó y ellos no se acertaron ó no se arriesgaron, viéndome con tantas armas. Metime entre los frailes, en el coro, que á la sazon cantaban la misa mayor, y despaché uno de ellos al Duque, él cual con gran presteza envió su guarda de arcberos; y en tanto que ellos sin entrar en la iglesia buscaban en el convento, llegaron la guardia y Auditor por otra puerta; y aunque fueron avisados, que tenian buenas espías, no pudieron tan presto montar á caballo que no cogiesen algunos que llevaron al Duque; los que apretados dijeron la verdad, en particular el cabo de la tropa, que mostró una carta del duque de Mántua, por lo que pudiera suceder, en que decia ser órden suya. Y porque se maravilló mucho el Duque, y se espantó, y aun enojó conmigo, y me envió aquella misma noche á llamar en secreto, yo le dí cuenta del caso, y descubrí como mi camarada era Doña Francisca y no soldado, sino muger, contándole todo lo sucedido. Hízose cruces el Duque, llamando ante sí al descalabrado fray Judas, y bien informado del caso soltó aquella gente, y escribió al duque de Mántua desengañándole y pidiéndole prendiese á aquellos embusteros, y en todo disculpándome á mí. La mesma noche, que fué el 24 de Agosto, salí de Milan con una carta del Duque para el embajador de España en Turin, y cien escudos. Llegué á Turin, el 28, pasáronme raros cuentos con el Duque viejo, Cárlos Emanuel, el cual gustó mucho de mi conversacion y quiso retenerme en su servicio (1); pero siendo

(1) Cárlos Emmanuel I, llamado «el Grande» duque de Saboya y príncipe de Piamonte, casado con la infanta Catalina, hija de Felipe II. Tenia á la sazon 61 años, habiendo nacido en 1562.

otros mis pensamientos, pasé el 7 de Setiembre á Génova, adonde estuve de una terrible enfermedad muy al cabo; avisé á Nápoles y me enviaron doscientos escudos, que en mi larga enfermedad gasté cuanto tenia, sucediéndome diversos casos, que por no ser tedioso con tantas menudencias dejo de contar.

Vino á Génova el duque de Alba el 30 de Octubre (1), de camino para Nápoles, adonde iba, por virey, y con él muchos amigos mios, con cuyo favor secretamente me embarqué, habiéndome antes tirado un arcabuzazo en casa de un guitarrero, sin saber jamás quien fuese, porque el villano fingido que le tiró lo hizo tan bien que apenas fué visto; ni nosotros teniamos armas con que ofenderle. Llegamos á Civita-Vechia, y al montar en las postas cuatro caballeros y yo, me hallé con una calle de hombres dispuestos para matarme, de quien á fuerza de pistoletazos, los cinco y otros cinco criados nos libramos: todo me pareció faccion del duque de Mántua.

Llegamos á Nápoles á los trece de Diciembre, y luego despedido de mis caballeros, me fuí mi á casa. Si fuí á descansar, ya se verá en los sucesos del año siguiente, siendo los de este presente tan raros, varios, calamitosos y aun portentosos, que con dificultad sucede uno de ciento.

---

(2) Don Antonio de Toledo y Beaumont, que llegó á Nápoles el 14 de Diciembre de 1622. En un libro italiano, raro y curioso, en que se describen las fiestas hechas en Nápoles á San Juan Bautista en 1629, se hallará una noticia muy extensa del gobierno de este, que fué nieto del gran duque de Alba. El libro se intitula: *Zodiaco ò ver idea di perfecttione di Prencipi, formata dall'heroiche virtú del Illustriss. et Eccellentiss. signore D. Antonio Alvarez de Toledo, Duca d'Alba, Vicere di Napoli rapresentata come in un trinfo dal fidellissimo. Popolo Napolitano. Per opera del Dottore Francesco Antonio Scacciavento, nella pomposissima festa di San Gio-Battista, celebrata à 23 de Giugno* 1629, *per il settimo anno dil suo Goberno, raccolta per Francesco Orilia. Napoli, appresso Antonio Ottavio* 1630, 4.°, con muchas láminas en madera.

No ruego al lector que descanse, sino que sea curioso de lo venidero, ni pido reposo para mí, pues no le tiene quien huye.

PARTE UNDÉCIMA.

Año 1623, de mi edad 34.

Tan descuidada venida fué la mia, y tan sobresaltada hallé mi casa, viéndome, que entre el gozo de mi presencia y el miedo de la justicia, no sabian si llorar ó reir. Quejábanse mis cuñados de mi disoluta vida, y mi suegra de la perdicion de mi hacienda, y yo me reia de los unos y de los otros; solo mi pobre muger que no acordándose de hacienda ni disgustos, ni haciendo caso de lo pasado, atendia á regalarme y servirme, contenta con tenerme en sus brazos, que es particular dón de Dios hallar muger buena, humilde, paciente y honrada. En el tiempo que estuve esta vez en Nápoles, tuve estrecha amistad con el de Nochera, con el de Matalon, con el de Bisignano y el de Colibrano, príncipes todos de casa Carafa, de gran estimacion, valor y grandeza, de los cuales me pareció valerme, como lo hice, pues con sus espaldas y apoyo estaba en Nápoles, sin ser vejado de los capitanes de justicia, y dormia en mi casa; porque el duque de Alba era virey nuevo, y sus ministros no tenian aun noticia de mí. Estuve de esta manera desde el mes de Enero de 1623 y de mi edad 34 hasta el mes de Julio, con mucha paz y quietud, sin acordarme de mi Doña Francisca, ni de su galan, sino era por vengarme de su traicion, pero no por gastar mas tiempo en amores, celos y desvaríos como antes. Salí de mi casa para buscar á Don Alfonso Imperial, digo Emperador, y le envié á llamar desde la iglesia de San José, que siendo capitan,

se hallaba dando el socorro á sus soldados. Púseme el codo sobre un lado del altar mayor, y la mano en la mejilla, considerando la perdicion de mi vida y el poco remedio que tenia de vivir con mi muger, pues el marqués de San Julian hacia diligencias nuevas para que me prendiesen y matasen. Estando en este coloquio entró un hombre vestido de negro, sin espada, el cual besando la tierra con las dos manos en cruz, se puso junto al altar mayor, y bajándose á besar la tierra, sacó una pistola y me la disparó, pasándome el pecho izquierdo por debajo de la tetilla. No me desanimé por esto, antes saqué la espada con gran facilidad, porque la traia abierta hasta la punta, y con sacar tres dedos estaba fuera. El creyó me dejaba muerto; pero yo estuve tan presto sobre él, que primero vió su muerte que yo mi herida, pues cuando llegaba á la puerta de la iglesia y sacaba la otra pistola, ya tenia la espada atravesada por el cuerpo, y cayó. Valime de su pistola, y saltando de aquella iglesia á Santa María la Nueva (1), de padres zocolantes, me fuí de allí á San Juan á Carbonera, que es á la otra parte de Nápoles. No sentia en el cuerpo mas de un escozor que me picaba como alfileres, y desnudándome en la celda de un pariente de mi muger, hallé unos agujeros como de perdigones, que con unas pinzas saqué dos ó tres, y los demas por algunos años me dieron fastidio, hasta que poco á poco se vinieron á la piel, y los saqué cortándola. Extrañé el caso, el cual alborotó todo Nápoles, tanto del pistoletazo en el altar mayor de San José, cuanto de la muerte ocurrida á la puerta. No sabia qué pensar de quererme matar con perdigones, sino que hubiesen creido que era pájaro cuando

(1) Hay en Nápoles una iglesia llamada chiesa di Santa Maria la Nuova, en la que el Gran Capitan fundó una capilla: pegado á ella habia un convento de padres franciscos. *Zoccolanti* son los que gastan zuecos.

yo me tenia por leon, y pedí á este pariente diese noticia de mí en mi casa, y supiese este negocio tan extraño que le pongo aquí con duda de que sea creido; pero cuando Dios quiere guardar á uno, él sabe cómo y para qué. Este era un genízaro que vivia de asesineos (1) y traiciones, y habiéndole ofrecido quinientos ducados porque me matase, me espió muy bien, y dejando en su casa dos pistolas muy bien cargadas, salió á buscarme. En tanto un hermano que tenia, que era un demoñuelo, alzando para otra cosa un paño que cubria un almario las halló, y viniendo unos pájaros á un terradillo que tenian disparó una, y no acertando la cargó de perdigones para cuando viniesen otros. En este tiempo el hermano llamó á la puerta, y él puso la pistola adonde la halló, tomándola el hermano como estaba, fiado que no era tocada, por lo que no hizo otro efecto del ya dicho. La confesion del muchacho fué esta, y el efecto se vió. Descubrióse que el Marqués secretamente hacia estas diligencias, y dándome por perdido, me armé muy bien, y traté de vivir con recelo y aun de matarle. Tuve aviso que se habia encomendado este negocio á otro español, como el otro, digo genízaro, que de estos pocos hay buenos, y ya aborrecida la vida, me fuí á la posada suya con doce bandidos que junté á mi costa, y por entre las tablas del aposento le tiré un pistoletazo tal, que pasó tablas y rajó su cama, de que espantado se arrojó de una ventana él y los que habian de ser mirones de mi muerte y comedores de los quinientos ducados que le daban por matarme. Corrí tras ellos; pero mientras salimos de la casa ya se habian puesto en cobro. Tomó tanto miedo el matador, que por la mañana se fué á Santa María de Belén de descalzos franciscanos, adonde su tio era guar-

(1) Asesinatos.

dian, y allí tomó el hábito, y perseveró hasta profesar. Yo que el demonio me tenia ya enlazado, salté en campaña y me junté con otra cuadrilla, no de salteadores, pero de homicidas huyentes. Cuantos males se hicieron callo, porque la proteccion de los dichos príncipes era nuestras alas y aun nuestra perdicion y su satisfaccion de ellos. Llegó nuestra desvergüenza á venir á la comedia públicamente, haciendo nuestros cuerpos de guardia, como si no hubiera Dios ni justicia, y lo peor, con damas cortesanas y valentones de la hampa. En tanto, en mi casa se pasaba el tiempo entre oraciones, devociones, limosnas y promesas.

Cansado me tenia ya esta arrastrada y aun desastrada vida, y así traté con el ya referido capitan Don Alfonso Emperador, irme á España con unos bajeles que llevaban infantería italiana á la armada real, y de allí embarcarme para las Indias á probar fortuna. Dejé la compañía de mis bandoleros cortesmente que no poca hacienda me costó, y retiréme yendo á dormir á mi casa secretamente, y una de aquellas noches vino á mí dicho capitan Don Alfonso y me llevó consigo, diciéndome que el capitan Olaso, mozo muy alentado y valiente le habia desafiado en el juego y díchole que le aguardaba con otro camarada, que trajese compañero. No dudé en el caso, y fuíme con él caminando al puerto, antes de llegar al cual topamos un capitan de justicia que rondaba con su compañía, pues habia órden expresa que de las diez arriba no pudiese ninguno atravesar el cuartel, si no fuese oficial vivo (1); esta órden se hacia en particular por mí, porque dias antes se dieron heridas á muchos, que de tiempo atrás me tenian picado, y ahora me las pagaban poco á poco todos. Diéronnos con la luz en los ojos al volver de una esquina

(1) Es decir, «en activo servicio.»

de calle; adelantóse mi camarada y dióse á conocer, y preguntando quién era el otro, le respondió: «un camarada mio;» púsome la luz en la cara y conocióme; pero disimuló el bellaco maliciosamente, y dijo: «v. md., señor capitan, puede á cualquier hora traer espada, porque es capitan vivo, pero este caballero no, que así como así tengo órden de quitarle la espada.» Yo creí que no me conocia, por ser justicia nueva, y dije: «héla aquí, pero yo vengo llamado del señor capitan, y viniendo con él no me parece ser justo.» Como esto lo dije con tanta mansedumbre, y los corchetes no me conocian, llegaron con mucha flema. En tanto yo le daba estas satisfacciones, y mi camarada le rogaba que me dejase, llegaron á tomar la espada que les ofrecia, y yo considerándome sin ella y en medio de cincuenta esbirros, me juzgué preso y aun cortada la cabeza, y así determiné salir de aquel empeño, dándole al que llegó con la guarnicion en los pechos con brazos y cuerpo tan récio, que dí con él en el suelo, y saltando por encima de él, sacando la espada, en cuatro saltos me puse en Monte Calvario, convento de San Francisco, muy cerca de adonde me sucedió el caso, dejándome mi buen capitan Don Alfonso, no obstante era él la causa de haberme sucedido el caso. Corrieron tras mí, y subiendo once gradas que hay para llegar á las rejas de hierro me hallaron abrazado á ellas, y tan aferrado y con tales ansias, que llegó la media noche y no me habian podido quitar, porque estaba encadenado con brazos y piernas con las rejas, y cuando con grandes fuerzas me quitaban uno, me quedaban tres. No se atrevian á darme golpes, porque yo blasfemaba y juraba que el que me maltratase le habia de beber la sangre, y les amenazaba con los príncipes mis valedores; y como la iglesia era fuerza que me valiese, y yo habia de salir, temian. En suma tenia ya tan atormentados los bra-

zos de estar así aferrado, y tan dormidos, que el mayor tormento del mundo no me los pudiera dejar mas insensibles y maltratados; ya no podia mas, y acordándome de aquel proverbio que dice, «valga la industria adonde no la fuerza,» llamando al capitan solo, le dije: «¿cómo es posible que un español en tierra extraña, siendo costumbre de nuestra nacion honrarnos y ayudarnos, por lo que tenemos tanta opinion entre todas las demas, por cuatro escudos que le puede valer esta prision se meta á riesgo de ser muerto á mis manos, pues me ha de valer la iglesia? Yo le quiero dar una cadena de doscientos escudos y déjeme, pues esta gente no me conoce.» Respondióme: «mas vale un amigo que todo el dinero del mundo; basta ser español y caballero; conténteme esa gente que yo contento estoy.» *Vidi cœlos apertos*, como San Estéban, y desceñíme de las rejas á tiempo que ya venia el capitan mi camarada con otros dos, que eran los mismos con quien habiamos de reñir, que encontrándose y preguntándole cómo venia solo, les refirió el caso sucedido. Yo estaba haciendo mi sermon á los hermanos esbirros, y diciéndoles que yo no era hombre de mal hacer, sino que no queria ir á la cárcel, que me dejasen y que se contentasen con una cincuentena de escudos. Querian ciento; pero llegando los tres, y haciendo fé de que si me sacaban de la iglesia que habian de perseguir al capitan hasta quitarle el oficio y la vida, se acordó en la forma dicha, y en ella fuimos todos á mi casa. Cuando la infelice de mi muger me vió en poder de justicia, quedó muerta; pero esforzándose, sabiendo el caso, sacó la cadena y el dinero, con que se despidieron todos y yo me quedé. Apenas me dejaron, cuando saliendo por la puerta del jardin, me fuí á casa de un amigo. El dia siguiente malparió mi muger y estuvo casi á la muerte por la violencia del parto. Esto sucedido, el demonio descubrió el

cohecho del capitan de justicia, lo que sabido por el duque de Alba, virey, fué sentenciado á muerte por complacer al marqués de San Julian, mi perseguidor; pero valido de mis amigos los príncipes, tuvo el perdon aunque con privacion del oficio.

Fué pregonada mi cabeza y yo buscado con tan extraordinarias diligencias por casas é iglesias, que no hallándome á mí, tomaron muchos retraidos de importancia. Yo estuve dos dias y una noche en una tumba, cuya iglesia buscaron; ¡miren qué compañía para conversacion y qué buen olor para recrearme! Partíanse los galeones, y no se hallaba modo de embarcarme, estando tomadas las marinas con infantería, y las puertas con capitanes de justicia. Embarcóse la gente muy apriesa, y yo valiéndome de los príncipes de Bisignano y Colibrano, hablaron al capitan Pontecorvo, cabo de la infantería de un galeon, y con grandísimo riesgo se trató así. Embarcada la gente y dando al viento las velas se quedó un poco atrás este galeon, habiendo enviado el capitan seis soldados valientes y dos cabos de escuadra por mí, diciendo que esperaba al capellan de él, y fingiendo grande enojo blasfemaba de mí, diciendo que si no fuera clérigo me habia de colgar de una entena. Habian hecho grandes diligencias por buscarme en los galeones; era el filo del medio dia, y ya estaban asegurados los soldados del capitan Mudarra, valentísimo y famoso capitan de justicia, cuando llegué yo vestido de desastrado capellan con un sombrerazo viejo que me hacia veinte candiles sobre la cara; el capitan injuriándome y yo dándome prisa, me embarqué con mis soldados y cabos de escuadra, viniendo á la deshilada cincuenta hombres enviados de aquellos señores príncipes para mi socorro en caso de necesidad. Desplegaron las velas con viento fresco; las riñas del capitan y mias se apaciguaron con abrazos, y poniéndome

á la popa del galeon, dije: «señor capitan Mudarra, el capellan era Don Diego Duque, dígale al Virey que no se canse mas en buscarme.»

Partió mi bajel como un cometa, en tanto que el famoso Mudarra se tiraba las barbas, y en término de tres horas salimos de las bocas de Capri. Fué mi partida á los 29 de Setiembre (1). Llegamos á las islas de San Pedro, enfrente de Cerdeña, y en ella tuvimos tan cruel y desapiadada borrasca y fortuna tormentosa, que nos derrotamos todos, haciéndose pedazos árboles, trinquetes, mezanas, treos (2), baupreses, popas y proas. Echó el cielo su entrecejo, encapotando las luminarias de sus estrellas con negro y oscuro velo, que aun el mismo cielo no se divisaba; las nubes eran tan densas y montañosas que sus celajes formaban alrededor del bajel un caos horrendo de miedo y confusion. De estos se formó un torbellino y contradiccion de vientos, que rebatiéndose entre sí, sin vencer ninguno, hacian pedazos vélas, entenas y jarcias. Aquí empezó la behetría del marinaje, la mareta, no sorda sino vocinglera, levantando tales y tan espantosas montañas de olas que á aparecerse alguna estrella pudiéramos tener esperanza de colgarnos de ella, por no bajar al profundo, adonde creiamos quedar sumergidos en urnas de sus centellosas chispas de espumas, y para mísero cebo de devoradores caimanes y estiburones. Abrianse las montañas de olas, y la mísera nave atormentada de las que parecia la habian ya sorbido, tornaba á subir á las nubes, crugiéndole las costillas de manera que parecia que estaba ya desencajada y hecha astillas por mil partes, y esta

---

(1) Aquí hay una nota del autor que dice: «A los 29 de Setiembre de 1623 partí de Nápoles, de mi edad 34.»

(2) Especie de vela cuadrada.

de Icaro subida para rebatida tornar á visitar sus arenosas cavernas. Cortáronse dos cables de dos piezas de artillería que trabucadas á la otra parte, fué tal el golpe que dieron, que dejando del espanto casi mortales los del bajel, nos creimos ya perdidos. Fué tal el golpe que las murallas del bordo del bajel, casi trabucado, besaron las aguas, y entrando dentro gran cantidad los marineros se hallaron tan inmóviles y maltratados del insufrible trabajo que, ya desahuciados, se amarraban con cuerdas para no ser llevados de las ondas; los soldados, tan dados por muertos que sin poderse valer ni mover, vomitaban las entrañas entre la sangre, con las demas descomposturas del cuerpo que de esto suceden; las cabezas cubiertas por no ver su espantable y aun deseada muerte y por no durar tanto tormento, y los que no eran ligados, á los recios vaivenes del perdido bajel pasaban como pelotas de una parte á otra. La luz que teniamos del cielo era de espantosos relámpagos, que con truenos y rayos caian. No podian los miserables aun decir ¡Jesus! tan fuera de su juicio natural estaban. La nave corria por perdida; solo tres marineros timoneros, esforzados mozos, un piloto y el valiente capitan de ella resistian á tan desapiadada tormenta, que ligados al timon, á la bitácora y estanterol guiaban la nave, y yo, que en tan miserable estado se me representaba mi perversa y desatinada vida tan al vivo que parece que hacia relacion en el tribunal de Dios para mi condenacion, creyendo que por mis graves culpas perecia toda aquella armada. Así estuvimos aquella noche, el dia siguiente, que tambien fué noche, y la siguiente hasta una hora antes de amanecer, que empezó á calmar el viento y la ferocidad del mar, pero no nuestro miedo, creyendo estar en Berbería; pero amaneciendo, la sacratísima Vírgen de Trápani, por milagro suyo, nos descubrió su santo templo, que, aunque la alegría fué

infinita, los cuerpos estaban tales que no podian moverse de atormentados.

Tomamos puerto en la dicha Trápani de Sicilia, sacando los cuerpos medio vivos y algunos muertos. Yo, no acordándome ya de mas que del alma, me fuí á Nuestra Señora, convento del Cármen, que está una milla poco mas del puerto; tomé la bula de la Santa Cruzada, y reposándome aquel dia y reforzando el atormentado cuerpo, hice reflexion de mis pecados, y con mucho acuerdo el siguiente me confesé generalmente con un gran sugeto de aquella religion, penitenciario, que consolándome y absolviéndome me llevó á la capilla de Nuestra Señora, á quien con muchas lágrimas y suspiros pedí perdon y que me inspirase lo que debia hacer de mí. Comulgué con mucho consuelo, y resolví no embarcarme mas, y así me partí, tomando mi ropa, para Palermo, adonde llegué el 12 de Octubre con mucha duda por lo sucedido en Mesina, determinándome á esperar allí al príncipe Filiberto, hijo del duque de Savoya, generalísimo de la mar, que venia de virey de la isla. Entró en Palermo el 15 de Noviembre con gran fausto y pompa; venia con S. A. Don Juan Illanes, de aquellos antiguos caballeros de quien descienden los Mendozas y Guzmanes. Este era marido de una prima mia, aunque en tercer grado; era caballerizo del Príncipe, y tan su privado que le llamaba padre, siendo el mas antiguo criado de su casa, que le trajo consigo la serenísima infanta Catalina, madre suya, cuando vino á casarse con el duque de Savoya su padre. Visitéle y díjele el estado de mi vida, que él relató al Príncipe, de quien recibió la gracia para mí por sus muchos servicios. Acordóse el Príncipe de mi persona por las señas, y dijo que me conocia y me perdonaba y que me honraria. Senté la plaza, haciendo merced del sueldo de capitan reformado. En

buena opinion estaba yo con el Príncipe, sabiéndome introducir tan presto en Palacio con todos sus cortesanos, que ya me tenian por uno de la casa, en particular con la ocasion del nacimiento de nuestro Príncipe (1), que se hizo en Palermo un suntuoso torneo, entre otras grandísimas fiestas, luminarias, saraos, toros, estafermos y sortija, dando yo á todos empresas, motes, enigmas, geroglíficos é invenciones, y entrando en todas las fiestas, (las cuales se aguaron con la muerte del mismo Príncipe) con lo que, sobre mucha opinion y grandes amistades, tanto de los de casa cuanto de muchos señores palermitanos, corria mi buena opinion, y el Príncipe gustaba de oir mis sucesos de boca de mi primo, á quien yo sobremesa los contaba, y estaban muy esparcidos por el tercio con tan buenas relaciones que á algunos les vino gana de probar si era verdad, pareciéndoles que en hombre tan pequeño eran milagros. Uno de estos curiosos fué un mozo de Castilla la Vieja, llamado Don Gerónimo Ruan, el cual comiendo yo un dia una perdiz y un conejo en el cuartel nuevo de los Españoles, que nuevamente con mucho primor el Príncipe habia hecho, adonde yo tenia mi alojamiento, habiendo dejado la puerta abierta un pagecillo mio que salió cerca por nieve, entró, y sin mas licencia ni buenos dias llegó á tomar un espejo grande mio, diciendo: «este he menester para hacerme la barba.» Parecióme que tanta arrogancia y grosería venia de poca estimacion de mi persona, y así levantándome de la mesa, que aun no habia empezado á comer, con el

(1) En lugar de «príncipe» debe decir «princesa,» pues por estos dias, el 25 de Noviembre de 1623, nació en Madrid la infanta Doña Margarita Catalina. No murió, como dice nuestro autor, á los pocos dias. Dos años antes, á 14 de Agosto de 1621, nació otra Doña Margarita, la cual no vivió mas que cuarenta horas.

cuchillo en la mano con que trinchaba, le dije: «¿piensa el desvergonzado que entra en algun burdel á estafar á alguna puta, que le dice esto he menester? Ponga ahí el espejo, que si no es porque no digan que le mato como á perro entre puertas, le diera con este cuchillo en esa garganta.» Y diciendo y haciendo le dí un empujon y le eché fuera del aposento. Cerré la puerta y acabé de comer con poco gusto de no haberle dado dos puñaladas, porque por los gestos y ademanes que hacia de bravo las merecia muy bien. Fuime despues de comer á casa del alférez de mi compañía, que estaba enfermo, adonde hallé algunos capitanes en la visita, y entre ellos á Don Francisco Ibarra, gentil-hombre del Príncipe, hoy capitan de este soldado referido.

La conversacion era muy de pasatiempo, y tocándome á mí el discurso empecé un cuento ridiculísimo, y estando en lo mas gracioso de él entró este soldado, y poniéndose junto á mí me tocó el pié, y vuelto ví que me hacia señas que saliese. Acabé el cuento muy á propósito con decir: «Y estando el suceso en este estado le vinieron á llamar para un negocio de importancia, con que el cuento no pasó mas adelante;» y levantéme diciéndoles á Dios. Si mucho se reia el cuento, mas se riyó el fin, porque les dejé con la miel en la boca, y me fuí con aquel soldado. Preguntéle en el mesmo portal para qué me llamaba, y él me dijo que queria decirme dos palabras allá fuera. Yo, que aun tenia la risa en los lábios, del cuento, le dije sonriyéndome: «Váyase con Dios, que tiene gana de morir.» El respondió: «Tengo muchos deseos de probar esos milagros que cuentan de v. md., que si no los veo, no los creo.» Amohinéme, y le dije: «Pues venga para que los pueda contar, y sea sin alboroto.» Salimos de la puerta del cuartel que está junto á la de la ciudad. Ibame él contando sus valentías, y di-

ciendo que á hombres de mi tierra habia él dado muchas cuchilladas y quitado la espada. Yo le decia: «Huélgome mucho de reñir con hombre tan valiente.» Quiso sacar la espada á vista de la ciudad; pero yo no le dí cuerda para sacalla durante media legua, hasta que llegando á tocarme en un amigo, y faltándome la paciencia, le dije: «Pícaro, mientes; que Don Juan es hombre que te matará á palos; y sin arrojar la capa y el sombrero, cosa acostumbrada en mí, terciándola, saqué la espada y daga, haciendo de él harto poco caso por su mucho blasonar, cosa muy propia de gallinas para hacerse temer. Sacó su espada con mucho orgullo, y mé embistió; pero con tan poca fortuna, que le pasé la garganta con la espada de parte á parte, y al sacársela le dí una cuchillada en la mano izquierda. Y por haber sido el cuento mas celebrado que ha habido en Palermo le puse aquí, con las mesmas palabras y modo con que sucedió, siendo despues muy reido de todos. Yo estaba tan enojado del mal que me habia dicho de mi paisano, que embestí con él para acabar de matarle; pero al tiempo que iba á tirarle otra estocada dijo, poniendo la punta de la espada en tierra: «No me mates, por la Vírgen del Cármen.» Yo entonces, quedándome en la mesma figura, digo postura de brazo y cuerpo, me detuvé diciendo: «¡Voto á Cristo! topaste con mi abogada, que si dices otra Vírgen, te mato.» Rara necedad, pero graciosa; pues todas las advocaciones y títulos de todas las imágenes de Nuestra Señora representan una; pero habiendo desde mi niñez tenido tanta devocion á esta invocacion del Cármen, de quien he recibido infinitas veces la vida ya perdida, por su intercesion, parece que así como su sagrado nombre me consuela, cuando en mis necesidades la llamo, así cuando oigo su bendito nombre me encoge y hiela para no ofenderla. Con la espada en la forma dicha mi adver-

sario, dijo: «Yo soy muerto,» á que le respondí: ni eres muerto ni te quiero matar, porque quiero que primero, ya que has visto mis milagros, que no creias, te cures y los cuentes, y en sanando te acabaré de matar.» Y con la misma galantería limpié la espada, envainé y me fuí á la iglesia de la Magdalena de franciscanos, que está entre la puerta del cuartel y la de la ciudad, y sin haber otra de por medio. Avisé luego á mi primo por escrito, puntualmente y con verdad de todo lo sucedido, y él se fué á su Alteza al tiempo que su capitan, que con los otros me esperaba á acabar el cuento, tuvo tambien la nueva y se fué á hablar á dicho Alférez, el cual oyendo la relacion de lo sucedido, dijo al Príncipe ser verdad que el otro me habia sacado de la conversacion suya y demas capitanes á quien yo contaba un ridiculísimo suceso. Este testigo en mi favor dió mucho crédito y satisfaccion al Príncipe, el cual mandó por mi misma relacion se le tomase la confesion al reo. Fueron mi primo y el Capitan con el Auditor y Notario, y tomada su confesion pareciéndole estaba ya en el tránsito de la muerte, dijo puntualmente, sin discrepar un punto, cuanto yo habia escrito, añadiendo por el paso en que estaba, que él tenia la culpa, porque no creyendo lo que de mí se decia habia buscado ocasion para reñir conmigo. Su Alteza, vista mi justicia y ser provocado é incitado, ordenó que debajo de la real palabra me fuese aquella noche á hablarle, que me daria audiencia. Yo respondí: que cuando su Alteza me mandase ir para hacerme cortar la cabeza, iria con la mesma obediencia, siendo mi vida suya, la cual perderia en su servicio.

Salime luego de la iglesia, entré en el cuartel y puse mi casa en órden, y despues tornéme á la conversacion y acabé de contar mi cuento como habia prometido, reventando de risa los oyentes, tanto del suceso como del

cuento. Llegó la noche, y yo fuí á la audiencia citada, acompañado de todos los caballeros de la cámara. Mandó entrase, estando su Alteza en el salon; hice mis debidos acatamientos, y llegando puse la rodilla en tierra. Su Alteza mandó despejar la sala y quedarse solo mi primo y yo. Empecé á hablar en esta forma: «no pido á V. A., serenísimo señor, la mano para besarla, que está honra solo la merecen los que hacen algunos servicios señalados á Su Magestad, como ya en un tiempo me sucedió á mí; pero viniendo como reo, me toca echarme á los piés de su clemencia, si la confesion del herido me disculpa y su Real benignidad me perdona, como mi primo me ha dicho, los besaré; cuando no aquí está el delincuente que de su voluntad sacrifica la vida á V. A.» Aunque yo tenia la cabeza baja, bien conocí que no se desdeñaba el Príncipe de oirme, y así lo decia con mas aliento, aunque con humildad. Acabado este corto período, dijo: «Cosas tan honradas se traen consigo el perdon, si bien en esta pudiera excusarse, pues quien tanta satisfaccion ha dado á sus ministros y superiores y aun á sus enemigos, no necesitaba de darla á un mozo desatinado.—Soy tan pequeño, dije yo, Serenísima Alteza, que si no hago milagros á cada esquina, no solo no me creen, pero á la vuelta de ella me quieren dar con el pié.»

Es necesario saber que el Príncipe era un señor tan grave, que aun sus domésticos no le notaran nunca risa que lo fuese en forma descompuesta; pero par diez que esta vez no la disimuló nada, antes se rió extremadamente muchas veces; y despues refirió esta mi respuesta, siempre con la misma risa. Sosegóse, y yo quedé sin hacer caso de lo que habia dicho, y sin mirarle, y díjome: «Deseo saber puntualmente y con verdad el discurso de vuestra vida, decídmela, que la imagino notable, pues de solas las cosas que yo tengo noticia se puede hacer un libro.—

Sí haré, señor, dije; pero no como á Virey ni á príncipe del mar, sino como al príncipe Emmanuel Filiberto.» Obligóme á decir la verdad la risa de su rostro, el hacerme señas mi primo que lo dijese, y el no haber cosa infame en mis sucesos; contéle desde que nací las anotaciones de los astrólogos, mi crianza, ejercicios y sucesos, é hice pausa dos veces, diciendo: «¿Vuestra Alteza estará enfadado?— No por mi vida, dijo, aunque durase toda la noche» Evité prolijidades, aunque veia que el príncipe se trasformaba en mis acciones, serenándose en mis felicidades, y mostrándose triste en mis infortunios. Acabé el discurso con el suceso de aquel dia, y cuando llegué al disparate de *topaste ¡voto á Cristo! que si dices otra Virgen, te mato; cúrate y cuenta mis milagros que no creiste, que despues te mataré*, le dió tal pasion de risa que porque no se le escapase empezó á fingir que escupia, y volviendo la cabeza se mordia los guantes; y yo como un mármol severo y enojado, que parecia que se lo decia con enemiga.

No faltaron curiosos de la cámara que por una puerta oian, que no pudiendo sufrir la risa, se salieron tan corriendo que sentimos las pisadas, á reir á la sala. Acabado el cuento, añadí, una rodilla en el suelo: «Esta es mi vida, serenísimo señor, y este el que la ha hecho, tan inquieta, que de boca propia, por gusto de V. A. confesó lo que en tantos tormentos negó. Haga de mí lo que fuere servido que la muerte por su mano me será vida.» Respondióme: «Yo no soy ahora vuestro juez, que vos hablais con Filiberto no mas, y vuestra cabeza la quiero para servicio de Su Magestad.» ¡Por el hábito de San Juan! que es la mas extraña vida que jamás oí con gran variedad de sucesos, todos peregrinos, y la quiero por escrito —En verso la daré, dije, señor.» Beséle la mano, y diómela, levantándose y diciendo: «La primera compañía que vaque es vuestra; procurad aquietaros.»

Este caso referido y celebrado sucedió así como lo he contado el dia 20 de Diciembre de 1623 á los 35 de mi edad. Pedí favor á Dios para pasar el año 24 sin desgracias, pero no la merecieron mis pecados, ó por faltar la disposicion en mí, ó porque mis constelaciones no me eran favorables, trayéndome mi adversa fortuna las ocasiones á las manos. ¡Beato el vencedor de sí mismo! Conocida de mí esta flaqueza, supliqué á Dios me quitase las ocasiones este siguiente y presente año para que yo acabase tantos trabajos, y pudiese confundir este maldito libro del duelo tan venerado de los respetos humanos que le adoramos como á Dios, siendo hechura del demonio, y le sacrificamos hacienda, hijos, muger y vida con esta capa de honra, causa de tantas deshonras. Sanó mi acuchillado en cuarenta dias, y me envió á decir que queria hablarme y ser mi amigo. Yo le respondí que para hablarme le esperaria adonde le prometí acabarle de matar, pues no eran aun acabados de contar mis milagros, y que el ser mi amigo lo habia comprado á precio de muy mala moneda, no siendo costumbre mia hacer amistades con quien sacaba la espada, sino procurarlos matar, y así que procurase irse si no queria que así le sucediese á él. Respondióme que no tenia licencia, ni con qué irse, pero que lo haria. Yo se lo dije al Príncipe, de quien tenia ganada la voluntad, y habia ordenado que yo pudiese entrar cuando entrasen los de la cámara á vestirle. Supliquéle la licencia, y que se le pagase lo que se le debia; hízome la merced, alcanzó cuarenta escudos y la licencia, y cincuenta de ayuda de costas, con que quiso partirse sin verme, porque yo no lo quise. Yo quedé contento, y le envié su dinero y licencia, diciéndole que le daba la vida de barato. Pasé quietamente este medio año (Dios nos ayudará el otro medio); temido de muchos, querido del Príncipe, y respetado de todos comunmente.

Habíanse preparado catorce galeras para una jornada con el marqués de Santa Cruz, y así pedí licencia á su Alteza para embarcarme, que me la dió con mucho gusto. Llegamos á la Favignana, que es una isla entre el camino de Berbería, despues de haber todos confesado y comulgado con gran devocion en Nuestra Señora de Trápani, y de allí partiendo encontramos un bajel de holandeses. Allí fué una embajada del Marqués que amainase y pasase á la capitana; pero su resuelto capitan respondió que si el Marqués queria algo de él que fuese á su bajel, y que el que le dió el bajel no se le dió con veinte cañones, sino para que pelease. Anduvo él tan poco práctico, que en tanto se hacia este razonamiento, nosotros con mucha diligencia le abordamos (1). Enojado el Marqués de la respuesta, mandó le disparasen el cañon de crugía, con una rociada de mosquetería. Dió el timon á la banda, y empezó á pelear; pero llevó tal mano de cañonazos y mosquetazos, que á alargarse le hicieran pedazos la popa y filaretes, y embistiéndole de romanía le echaron gente dentro, y sin mucha dificultad se tomó, por haber muerto el capitan de un mosquetazo. Enviándole á Palermo, seguimos nuestra jornada á Túnez.

A la vista del márgen (2) suyo nos amaneció, dispertando á la chusma el sordo susurro de un desacorde y mal templado pito de un cuidadoso y cruel cómitre, y al mesmo tiempo la gente de guerra que abria los soñolientos párpados de los ojos pegadizos de poco satisfechos, cuando el sol aun daba en la cuna de la noche arrullos perezosos en los

---

(1) *Abordar* está aquí usado en sentido de «ponerse al costado.»

(2) «Margen» está aquí por «orilla ó costa.» El autor se acuerda á veces de que es poeta, y gongorino, entregándose mas de lo que debiera á fantásticas y oscuras descripciones como esta y otras que habrán ya visto los lectores.

brazos del alba que brujuleaba escasas luces para vivificar los mortales. A estas pues etéreas y confusas entre nubes luces, las asechanzas y desvelos de un grumete nos medio descubrió tres bajeles, que juzgó la poca y escasa luz, ya escollos ó ya terrenos preparándose la gente para lo que fuese; pero mejor atencionados (1) se conoció ser bajeles, y de alto bordo. Dímosles sobre el suyo, de que no hicieron mucha cuenta; antes dando un bordo al mar adornaron sus entenas de estandartes y sus amuras de rojas pavesadas. Nuestra armada alegre con tal vista se vistió de acero los corazones con ánimo y valor. Componíase de cuatro galeras de España y seis de Malta, cuyo general era fray Camilo de la Marra, y cuatro de Sicilia, todas bien reforzadas. Desplegáronse las velas al viento, llenándole de flámulas en las entenas, y gallardetes en los penoles, como estandartes en las popas, y formando una espaciosa media luna, nos pusimos á tiro de cañon sin embestirles, para lo que se juntó consejo y se resolvió que respecto del mal suceso del mar de Barcelona del año pasado, que por embestir á un solo bajel con seis galeras se perdieron casi cuatrocientos españoles, lucidísima gente sin fruto, estos se acañoneasen sin abordarlos. Despreciaba el valiente corsario Ali Arraez Rabacin, renegado ferrarés, nuestra armada, diciendo: ¿qué harán catorce barcas á mis tres potentes galeones? y con extraña bizarría caminaba por su viaje y disparaba su artillería, como quien poca cuenta hacia. Pero siendo nuestros cañones de crugía de mayor efecto, y alcanzando mucho mas, de cuatro en cuatro y de cinco en cinco le daban crueles embestidas, dándole con toda la artillería de las proas, bien guarnecidas de piezas, y con

(1) Mirados con atencion.

la mesma presteza, merced á los remeros, se retiraban á cargar, en tanto que las otras hacian el mesmo efecto, que fué tal, que en pocas horas el arrogante moro, conocida su perdicion y nuestra astucia, arrojaba al viento todo el trapo para huir desesperadamente. Jugaba su artillería nuestra armada con la referida órden, y con tanto concierto y bizarría al son de los instrumentos bélicos (que infundiéndonos nuevo coraje y valeroso ánimo eran presagios de la perdicion del moro); entraban y salian nuestras galeras que parecia como si en un sarao danzasen tantas pomposas damas llenas de galas y adornos. A hora de medio dia le teniamos al corsario tan acosado, que fué necesario se procurase valer de la tierra, porque nuestra media luna le circundó é impidió la punta del mar, habiéndole fracasado nuestra artillería y mosquetería las velas, entenas, gavias, jarcias y popa. Tomaron el bordo de tierra juntos para mejor fortaleza, reducidos y forzados del viento, y esto tan sin tiento que los bajeles tocaron las arenas con las quillas. Desdeñaron los moros el pelear y arrojábanse muchos al mar para salvarse; pero advirtiendo el Marqués su diseño, mandó echar los esquifes, barquillas y falucas al mar con gente armada, que en todas eran treinta y seis, las cuales tomaron decididas toda la marina, no escapando moro de preso ó muerto de cuantos se arrojaron al mar. Era este renegado hijo de un herrero de Ferrara, llamado Fabricio, y de pequeño, siendo barquero en el Pó, rio poderoso que nace de las sierras de Turin, corte de Saboya, á tres millas, atravesando toda la Lombardía, Mantuano, Modenés y Ferrarés contra el mar potentísimo, se fué á navegar en mar, adonde fué hecho esclavo de moros, y renegando se libertó y fué en corso, en el cual fué hecho esclavo del marqués de Santa Cruz y su mozo de popa, con cuya ocasion navegó y pasó muchas

veces las costas de España, Cerdeña y Sicilia, en que se hizo muy práctico, y teniendo ocasion de huirse, lo puso en ejecucion, tornando á su oficio de corsario, con tanta fortuna, que empezando con un bergantin ayudado de otros, vino á ser el terror de nuestras costas, y tan poderoso que metia treinta bajeles en mar, y ciento si se queria valer de sus aliados, y competia con aquel gran corsario Sanson de quien yo quemé los bajeles. Cuando este se vió reducido á tocar en tierra y su última perdicion, considerándose otra vez en manos del Marqués, desesperado se arremangó los brazos y con un finísimo y resplandeciente alfanje, de ricas piedras guarnecido, en lengua española decia: «perros cristianos, llegad, subid, probareis la fuerza de mi brazo, que primero que ganeis un dedo de bajel, os he de hacer mil pedazos, y con rabia mortal á los moros que querian arrojarse al agua les cortaba brazos y cabezas. No nos espantaban sus bravatas, antes embistieron las galeras todas con deseo cada soldado de medir la espada con su alfanje. Yo iba en la galera llamada Nuestra Señora del Rosario, por cabo de la infantería, y yendo á embestir con uno de los tres bajeles, el bellaco gallina del timonero de miedo dió el timon á la banda y me dejó fuera. Sentí esta afrenta de manera que embistiendo con él, le dí dos cuchilladas en la cabeza, que el Marqués dió por muy bien empleadas, y poniendo otro en su lugar y un soldado con órden le matase si no embestia, este me dijo: «señor capitan, á la proa, que embisto con la Capitana.» «Diez escudos te doy,» dije, y apenas llegué, cuando la Capitana tenia por la popa ya todo nuestro espolon dentro. Disparáronnos con un pedrero que me mató un soldado de cada lado sin tocarme (rara ventura.) Yo aferrándome en los cables, pendiente la espada con un cordon de la muñeca, y el escudo del hombro colgado; comencé á subir á la popa;

pero llegando casi al cazaro (1), fué tal la furia de alfanjazos que el General renegado me dió, que me fué necesario proceder con mucha cautela tomando un tirante entre los muslos, tegiéndome las piernas en cruz, y aferrando al propio tiempo con la mano de la rodela. Con gran trabajo me sustentaba, y con esta me cubria la cabeza; y siendo mi espada dos palmos mas que su alfanje, hiriéndole siempre con puntas en la cara, pude aunque con gran trabajo, ganar trecho é ir subiendo hasta llegar á saltar dentro, adonde el perro, viéndose de mi mano herido sobre los ojos, y que la sangre le cegaba, embistió conmigo y de un alfanjazo me llevó la mitad de mi fuerte rodela, que aunque lo era, al filo de tal acero pareció de queso fresco. Embestí con él con la mesma furia, llevándole de una estocada el turbante, que aun conservo, de terciopelo rojo con pedrería en el volante revuelto á él, dejándole herida la frente, á tiempo que la Patrona de Malta abordando metió gente por un costado y la Bazana (2) por otro, y acudiendo Ali Rabazan, que conmigo no se hallaba bien, fué preso de los caballeros de Malta y llevado al Marqués. Ya mi gente estaba conmigo, habiendo entrado tras mí, que fuí el primero, cuatro camaradas mios, y tras estos cuarenta soldados, los cuales siguiéndome nos hicimos señores de la popa, sin qué de otra galera dejásemos acostar ninguno. Malta tomó la mediana y la Bazana la proa. Sería larga cosa el contarlo todo y deseo abreviar. Hallamos treinta moros cerrados en los cinco camarines, y fué necesario á fuerza de palanca abrirlos, y á fuerza de armas ganarlos, porque los

(1) Voz italiana que significa el «alcázar ó castillo de popa.»

(2) Así llamada por el marqués de Santa Cruz, cuyo apellido era Bazan.

moros peleaban desesperadamente. Hiriéronme en esta entrada cinco soldados, y matamos siete de ellos, porque siendo cinco los camarines y todos cerrados, nos costaba mucho, hasta que tomando una hacheta de un marinero, mandé hiciesen pedazos las puertas, y á sangre y fuego se pasasen á cuchillo, lo que oido por un renegado mallorquin, les dijo mi resolucion, con que habiendo otros tres y en todos diez, los veinte se rindieron y ademas un muchacho, todos maltratados y bien heridos. El mallorquin, conociendo ser yo el cabo, me pidió misericordia, y llevándome dentro al camarin del General, me dió en las manos tres esclavas mugeres suyas, de Rusia, hermosísimas, y un escritorio, el cual abriendo me dijo: «tome este tirador.» Yo lo hice y dejé lo demas á mis soldados que á manos llenas se gozaron de ello y de lo demas, habiendo entre ellos quien hoy vive como caballero de lo que tomó siendo pobre soldado. Ligué mis veinte y un esclavos, puse guardias, y fuí abajo que aun se defendian valientemente, llegando con tanta furia yo y mi gente, que rompiendo las puertas de la cámara de Santa Bárbara que nosotros llamamos, y ellos el zoco fuerte, se hizo gran matanza; pero sabiendo que la gente de Malta procuraba romper mis postas para saquear la popa, acudimos á ella, y acusado su mal término hice salir toda mi gente, y puestos á un lado dije: «Ea, caballeros, á entrar si pueden, que ya no hay moros que matar, y nosotros somos muchos y no hay tanto bizcocho en la galera.» Pusímonos en ademan de embestirnos (efectos de la codicia), pero llegando su capitan, sobrino de su general de la Marra, templado y valiente caballero, con otros dos cruzados españoles, templó su gente, aunque no la mia, que aun les convidaban á que entrasen. Llegó á la nueva guerrilla el Marqués, y ordenó fuese yo conservado en mi posesion, y así se hizo. Hice relacion del suceso al Marqués, y man-

dóme llevar las tres mugeres del General y los veinte y un esclavos, como lo hice, y reconocido del General renegado dijo haber yo sido el primero que entró en el bajel, y que peleó con él, y le quité el turbante, hiriéndole: el cual yo llevaba conmigo pretendiendo haberle yo preso; pero hubo sentencia contraria habiéndole en efecto llevado otros. Hízome cabo del dicho galeon Capitana el Marqués por haberle ganado, y dióme cincuenta soldados para su guardia y para llevarle á Palermo. Este servicio particular consta por fees de mi maestre de campo y capitan. En los otros dos bajeles no ví lo que sucedió; basta que se tomaron, y como supongo que sería como el mio, poco mas ó menos, por escusar la proligidad de escribirlo, no digo nada de ellos. Esta victoria fué á 4 de Junio de 1624.

Estaba Don Gabriel de Salazar, del hábito de Santiago y maestre de campo nuestro con el Marqués, y diciendo un caballero que debia Lope de Vega escribir sobre esta victoria, respondió Don Gabriel: «si el señor Don Diego, mi paisano, quiere, no hace falta Lope.» Pidióme el Marqués lo hiciese y yo se lo ofrecí; fuime á mi bajel y haciendo una lista de cuanto hallé en la popa y demas partes, la envié al Marqués, el cual ordenó la tuviese en mi poder. Confesó el renegado que traia trescientas mil piezas de á ocho españolas, tomadas en diversos bajeles nuestros, sin mucha cantidad de preciosas joyas y perlas, paños, sedas y otras riquezas, que llegaban á cien mil, y que tenia intencion de hacerse Bajá y no andar mas en corso. Desencallaron los bajeles el mesmo dia con el ingenio é industria del capitan Simon, capitan de la Capitana, y recogidos los moros que se echaron al mar, que fueron muchos, y puestos en cadena en las galeras, dando libertad á los cristianos que entre la zahorra en las entenas llevaban, que no eran pocos, partimos con viento y victoria llena de

prosperidad, la mesma noche, adonde para Palermo llegamos á las ocho.

Noticioso de esta venida nos salió á recibir el príncipe Filiberto á la torreta de la cala, con todos los títulos y nobleza de Palermo. No perdonaron esta fiesta las damas y gente comun, adornando el puerto de carrozas, las calles de gente y la marina de falúas. La entrada fué muy pomposa y bizarra, vistiendo las galeras de flámulas, gallardetes, banderas, estandartes de diversos colores, y adornándolas de rojas pavesadas y guarnicion de soldados con sus armas. Era tal la bizarría de bandas y plumas de nuestros soldados que parecian copos de nieve, grana, violetas, alelíes y mosquetas, formando una primavera las popas, proas y filaretes, entretegiéndose con estas galas las de otros soldados vestidos á la turquesa con ricos alfanjes, turbantes, marlotas, almaizares y jáiques (1) todos ganados en buena guerra; cuya composicion discorde hacia una consonante armonía, los rendidos y moros bajeles con nuestros estandartes reales arbolados, arrastrando sus medias lunas la cabeza abajo en las popas por el agua. Hízose una salva real que duró una hora, guarneciéndola la atronadora mosquetería, alternada de la real galera, castillos y bajeles, cuyos ecos repetidos de las montañosas cavernas, replicaba la ronca artillería; los tambores y clarines, trompetas, añafiles y chirimías tenian la gente sorda y muda en suspension, porque todo era ojos para ver la entrada sin ejercitarse las lenguas. Disparaba la gritería de los soldados y forzados de cuando en cuando un «Viva el Rey nuestro señor», á que respondia el segundo coro «y el príncipe Filiberto en su nombre», y el tercero repetia «y tambien el marqués de Santa Cruz

(1) El original jaleques.

que ha ganado esta victoria». El cuarto no se entendia por ser en arábigo del desdichado coro de los rendidos; pero veíanse las lágrimas con que mostraban el sentimiento del corazon atormentado y desecho con tal pérdida.

Desembarcamos el Marqués, su sobrino, mi maestre de campo y otros muchos capitanes y yo á besar la mano al Príncipe, que despues de abrazar al Marqués y hacerle muchos favores, fué esparciéndolos por aquellos caballeros que llegaban á besarle la mano. Miróme el Príncipe con cara alegre, y dijo: «yo sé que Don Diego no se habrá quedado en el tintero; ¿cuántos morillos me trae?» Yo llegué y besele la mano, y dije: «señor, veinte y uno se rindieron á los filos de mi espada y las tres mugeres del General.»—Respondió el Príncipe: «esas se rendirian á su donaire.»—«Tambien los quieren valientes, dije yo.» Rióse mucho el concepto, y dijo el Príncipe: «acepto el presente de Don Diego, y de ellos le doy cuatro.»—«Esos, dije yo, doy á mi primo,» el cual estando detrás de su Alteza, con mucho gusto los aceptó. El Marqués dijo: «pues mas tiene que presentar á vuestra Alteza, porque él es quien ganó la Capitana, entrando el primero, y quien viene por cabo de ella.» El Príncipe dijo: «bien merece un abrazo mio y ser capitan de ella y de infantería.» Llegó mi primo, y yo y él besamos la mano al Príncipe, el cual me dijo: «de esta vez, Don Diego, rompemos la cábeza á la mala fortuna; yo os hago cabo de estos bajeles, y os daré los mas que pudiere, y en la primera muestra se sacarán brazos de las compañías para la vuestra, pues quiero ver vuestra fortuna en una empresa; que de menos empezó el general Ribera, y vos no sois de menos valor ni calidad.» Besele el pié, y acabada la fiesta, le fuimos acompañando á palacio el Marqués en su carroza, y yo en la de la cámara, con tan-

tos parabienes y abrazos que apenas me creia ser yo á quien tanto habia seguido la fortuna.

Aotro dia me ordenó el Príncipe que empezase á poner en órden los bajeles, lo que solicité con mucha diligencia, poniéndola tambien en hacer galas y vestido de capitan. En el tirador que el mallorquin me enseñó estaban dos mil escudos de cequíes y mas de mil en joyas, sin mas de otros mil de piezas de raso, damascos y telas de ricas sedas, que me presentaron mis soldados, alfanjes, turbantes, galecas (1), arcos, flechas y aljabas ricas. Presenté mucho de esto al primo, y envié á Nápoles muchas piezas de raso y algunas curiosidades, un corte de tela de oro y una cadena que me dió el Príncipe, que todo pasó de mil y quinientos escudos. Querian venir á mi compañía casi todos los soldados; yo estaba cada hora con el Príncipe, que gustaba oir el suceso de mi boca, y en verso que ya los iba haciendo. Era ya tan de casa que todos me tenian por de ella, pues á todas las horas estaba con el Príncipe y con su gusto. Declaróme su intento, que era ir á Susa con estos once bajeles, y tomarla de interpresa, porque tenia ya facilitado el trato, y no era necesario mas que valor y resolucion, lo cual fiaba de mí diciéndome, que viniendo victorioso, á pesar de mi fortuna me haria General de los galeones. ¡Tente rueda voluntaria! que hemos subido mucho en poco tiempo; no te fies, Don Diego, pues en este año pasado te viste sacado de la iglesia y preso por malhechor, y casi el cuchillo al cuello para derribar tu cabeza, con privacion de tu vida y deshonor de tu linage; y pues asi es, como entonces consideraste tu escape, ahora debes temer tu caida. Solicitábase el despedir los bajeles, hacíase mi patente y mis galas tambien; fuí á

(1) Así en el original; pero hay evidentemente error, pues esta palabra nada significa en italiano.

hablar al Marqués para que mandase dar las municiones, que ya los bajeles estaban calafateados y se daba la carena. Discurria el Marqués conmigo esta jornada, y dudábala, porque la falsedad de un espía hizo que la pasada saliese tan mal, cuando se acercó á nosotros el capitan de la Capitana diciendo que galeras de Biserta estaban á seis millas de allí en una cala dando carena y la gente en tierra. Hallábanse en su casa y en la calle mas de cincuenta capitanes vivos y reformados con sus vestidos negros, capas y golillas como yo, y viendo embarcar el Marqués, sin mudarse un pelo, lo hicimos tambien todos. Tomó el tercio del mar que estaba en el muelle, y como le halló le embarcó con los oficiales que se hallaron. Creyó el Marqués volver el mismo dia; pero avisadas las de Biserta, que nos descubrieron, zarparon, y nosotros engañados les fuimos á la cola todo el dia, llevándolas á tiro y medio de cañon, y la noche, que la luna nos las hizo patentes, lo mismo. Rebentaba nuestra gente con la boga arrancada, y no podia. Llegamos hasta el faro de Mesina siguiéndolas, y con el mismo cebo toda la costa del reino de Nápoles y mar Adriático, engolfándonos hasta Arraguza, república en Albania, donde habiéndose adelantado, en tanto que en Otrento se tomó nieve para el Marqués tanta cuanta bastó, llegaron á un muy bueno y poblado lugar, noche de San Juan, y le quemaron y saquearon. Seguímoslas hasta la Belona, adonde desapareciendo ellas, se nos presentaron á la vista cuatro bajeles, los que seguimos hasta el cabo de Espartaviento (1), acañoneándolos todo el dia. Alcanzóse por último uno de ellos, y se tomó, perdiéndose los otros tres con la oscuridad de la noche, y hallándonos por la mañana sobre Malta.

---

(1) Spartivento.

Parecióle al Marqués entrar á tomar municion, y desembarcando allí, fué recibido del gran Maestre con muchas ceremonias, quien acabadas, le llevó á Palacio á alojar. Era un entremés y no poco ridículo ver tanta golilla vestidos de seda y capas negras como desembarcamos, sin tener ni aun camisa que mudarnos, ni traspontin en que dormir, obligados á hacerlo entre forzados. Yo me hallaba con algunas doblas en la bolsa, y así compré ropa blanca, con que mudarme, y presté algunos dineros á capitanes para lo mismo; y si un mozo de cámara del Marqués no se hubiera acaso dejado un baul de ropa en la galera le pasara lo mismo. Valiéronse los demas de amigos caballeros, quienes les dieron ya dinero, ya camisas, y todo se remedió. El gran Maestre, como dije, alojó al Marqués, comióse en público aquellos dias con magnificencia real, y servido de bizarros y grandes caballeros, lucidos y hermosos pages, expléndidas y regaladas viandas; vi y discurrí á ciudad de Malta fuertes y hermosas plazas, calles y murallas, ameno y deleitoso sitio y territorio. Era grán maestre á la sazon Monsieur de Paula, francés.

Provisionados y remediados nos partimos á Mesina, adonde tuvimos nueva que al principio de Junio, luego que partimos, habia empezado la peste en Palermo. Yo habia acabado ya mi libro de la victoria en octava rima (1), y lo envié á S. A. impreso, que tambien se esparcieron por toda Sicilia y Nápoles como seiscientos cuerpos de él. Recibióle el Príncipe con muchísimo gusto, aunque ya enfermo, haciéndoselo leer al doctor Ayala, su médico, y á Don Martin Galindo, y á Don Francisco Ibarra, otras dos veces, que ambos eran poetas y caballeros de su cámara, y leido tres veces, dijo á mi primo: «grandes partes tiene este

(1) Habiendo ya tratado largamente de esta obra de nuestro autor escusamos decir nada de ella en este lugar. Véase el Prólogo.

mozo, pero mala fortuna, y esta vez se ha perdido por buen soldado. En suma el hombre propone y Dios dispone; enviadle la licencia que me pide para venirse.»

Partimos de Mesina y llegamos á Zaragoza (1), adonde yo me queria partir, y antes el Marqués aceptó mi libro y me hizo presente de una joya. Repartí muchos con mucha estimacion, y seguimos nuestro viaje á Zaragoza, dando caza á unos bergantines de moros que alcanzados hicimos presa de ellos y los llevamos de remolque á Zaragoza. Aquí hallamos la infelice (para mí) nueva de la muerte del príncipe Filiberto acaecida en Julio de 1624, tan piadoso, magnánimo y prudente señor, que excedia á estas mismas virtudes, hijo de aquella infanta, y santa señora, Doña Catalina, hija y hermana de Felipe II y III, y del Ilmo. duque de Saboya, príncipe de la guerra (2). Murió en él el amparo de los soldados, el padre de los pobres, el premiador de las hazañas y la esperanza de todos, y sobre todo la misma castidad, como lo dicen sus documentos. Si lo sentí, dígalo y considere quien vive de esperanzas fundadas en hombre mortal, pues murieron con él las mias, así como mi remedio y mi fortuna siempre contraria, la cual no pudo vencer un tan gran príncipe. Bien puedo llorarle, y para esto pedir, no reposo del lector mio, como suelo en otros cuadernos, sino tiempo para enterrarme en letargo del olvido de mí mismo.

---

(1) Es Siracusa en Sicilia, llamada por los nuestros Zaragoza.

(2) En este lugar se halla una nota marginal que dice así: «Este año de 1624 murió á los 26 de Diciembre en Madrid el archiduque Cárlos, hermano del emperador Ferdinando II.»

PARTE DECIMATERCIA.

Año de 1626, de mi edad 37.

¡Quién tuviera cédula de Dios de zampar otro tanto tiempo, y pudiese empezar de nuevo otro libro de otras doce partes, capítulos ó quinternos, que así los llamo yo por ir de cinco en cinco, y tratar en ellos de otra vida, de otro modo y de otra quietud!; pero ¿quién sabe si acabaré yo por este libro, este quinterno, ni aun esta plana? Quedé camarada de Don Pedro de Médicis, de cuyas amables partes he hecho ya un pequeño dibujo en bosquejo (1), y el quedarme fué á título de que el Ilmo. príncipe Don Lorenzo, hermano del gran Duque, fué nombrado por el Católico Rey general de la caballería nuestra en Flandes; y aunque Don Pedro habia sido coronel del marqués Espínola, por acompañar á su sobrino, el Príncipe, queria volver á Flandes, haciéndome su camarada y capitan de caballos; pero mi fortuna, que bastaba á aguarlo todo, hizo que ninguno de los dos fuese ocupando un puesto ni otro. Con estas esperanzas me entretuve, siendo dueño de las acciones de Don Pedro y tan su querido y privado que solo á mí se atendia á dar gusto en su casa, siendo quien gobernaba á Liorna pues perdonaba galeras y vidas de hombres, condenando ó absolviendo. Nuestra vida era la caza de puercos jabalíes, ciervos, liebres y conejos, y en la ciudad juego de pelota, balon, músicas y saraos. Trató de ir á Florencia y llevarme en su compañía á unas fiestas; que fué con tan buen pié que á pocos

---

(1) Nada se ha dicho aun de este Cosme II de Médicis, gran duque de Toscana, que murió en 1621. *Vide supra*, pág. 106—8.

(2) Ferdinando II, cuyo reinado se prolongó hasta 1670.

lances entré en gracia del gran Duque, delante de quien cada dia se salia á hacer mal á los potros, se jugaban armas y se bailaba. Probando yo unas máscaras de mi invencion para las fiestas, sustentó el torneo Don Pedro, y yo le apadriné, como tambien en las justas, sortijas y estafermos, adonde en todo se llevó la gala, y mas en los motes, enigmas y cifras, estando ya tan bien puesto en esta córte que el gran Duque siempre me tenia consigo.

Pasado habia el año 1626 y llegado el de 1627, habiendo gozado este ó sea los diez y ocho meses y medio de los dos, en esta tranquila quietud; pero no quiso la fortuna que hallase yo quietud fuera de mi centro, que es mi nacion, habiéndome en ella ocurrido tantos precipicios y disgustos y desaventuras, sigamos pues nuestra derrota fuera de ella, si es verdad el proverbio *Nemo propheta acceptus est in patria sua.* Vino la nueva que estaba proveido lo de Flandes. Imaginéme preso de una buena voluntad perpétuamente, y cortesano toda mi vida, sin mi muger é hijos, sin hacienda, en lo mejor de mi edad, y así traté de buscar fortuna. Pedí licencia á Don Pedro muchas veces, pero era darle una estocada. Reducíle con razones á que me la diese, que lo hizo de mala gana, dándome doscientos escudos y cartas para Flandes, que aun hoy conservo. Partíme de Liorna á los 10 de Marzo de 1627, de mi edad los 38 referidos, acompañándome hasta Pisa, adonde con mucha terneza nos despedimos. En cuantas desdichas, muertes, prisiones, desafíos y huidas hemos contado de nuestra historia, no se halla una necesidad, porque siempre ó lo mas caminé con mucho dinero, y si faltó, como en Mesina y venida de Saona, fué poco, que es gran consuelo de las desdichas el que no lleguen á necesidades corporales; ahora tenemos en la mano una tan extrema, que es de marca mayor, y la mas sensible que es el llegar á un bajísimo estado.

Llegué á Bolonia á los 14 de Marzo de 1627 con un paje que para el camino llevaba, y el mismo dia me dió un calenturon tan soberbio, que me tuvo diez dias sin sentido; pero volviendo en mí, me partí para Módena, adonde fuí muy bien recibido del duque Alejandro Deste, é informado ser yo el que resistió su ejército en los confines de Luca con tan poca gente (1) y sabidas mis partes, estando para casar á su nieto con la princesa de Hastillano (2), por haberse metido capuchino su hijo (3), queria que yo quedase por ayo suyo y maestro de la lengua y ceremonias españolas, lo que me estaba muy bien; pero considerando el haber de volver á Nápoles á los disgustos pasados, no lo acepté. Partí para Venecia, adonde llegué Martes Santo; gocé de las procesiones y sepulcros dignos de alabanza y aun de admiracion por su multitud y tumulto, que la hacia aun mayor la angostura de las calles; ví el tesoro que se pone patente el Jueves Santo, grandioso por su multitud de carbunclos y piedras desmesuradas, como diamantes, rubíes, záfiros, crisólitos, girasoles, jacintos, nardos, esmeraldas y gruesísimas perlas, vasos de oro y plata. Visité al Embajador, que hizo mucha fuerza para que me quedase en su compañía, pero siendo otra mi intencion, me despedí de él.

Aquí entra el cuento: que habiéndome de partir por la mañana á Pádua, cuando disperté me hallé con el vestido solo, robado mi dinero, baules y el paje tambien sin saber

---

(1) Nada nos ha dicho aun el autor de esta guerra, ni tampoco hubo por este tiempo un príncipe llamado Alejandro de Este. Reinaba á la sazon en Módena César II, hijo de Alfonso, marqués de Montecchio, y de Julia de la Rovere.

(2) Llamábase el duque Alfonso, y tomó el hábito de capuchino en 1626, en el convento de Munich, donde murió en 1644. De sus resultas heredó el ducado su hijo Francisco, que es el aquí nombrado.

(3) Léase «Stigliano.»

jamás de uno ni de otro. Halléme corrido, atajado y aun perdido del todo; corrido de haber de volver á aceptar la comodidad de Don Cristóbal de Benavente y Benavides (1), embajador, que yo apreció poco y aun desprecié, ó á la misericordia de Don Pedro de Médicis. Atajado, no sabiendo qué resolucion tomar y perdido, no teniendo con que pasar adelante, ni volver atrás, afligíme de verme en tal estado, y consolándome y animándome á mí mismo, mostré el pecho á la fortuna, y con dos piezas de á ocho que me hallé por desgracia en la faldriquera, me metí en un barco y me fuí á Pádua. A los 12 de Abril de 1627 entré en ella con una pieza de á ocho y con ella comí, cené y dormí, si bien no dormí, pues toda la noche fué pensar cómo habia de campar. Resolví las historias de mí leidas, y los muchos emperadores, reyes y varones invencibles é ilustres que por desdichas de guerras, vencimientos, esclavitudes, y aun amor, pasaron su vida en servitud, esclavitud y aun en cocinas y en caballerizas, y consideré, que ni yo era mayor señor que estos, ni de menos corazon y sufrimiento, y que podia pasar mi vida, no teniendo menos habilidades que otros. Fuime por la mañana á la Universidad á buscar amo á quien servir, y viendo salir dos mozos de muy buena cara y talle y bien acompañados, hablando napolitano, que lo hacia perfectamente, les dije si querian un criado. Miráronme muy bien, y el menor me dijo: «¿qué sabeis hacer?» Yo respondí: «cuanto me mandan en sala, cámara, cocina ó caballeriza.» Miróme mucho y díjome: «andad con Dios, que no teneis cara de criado.» «¿Hay, dije, señor, estampa de caras de criados?

(1) Autor de un libro muy conocido que trata de los deberes y obligaciones de un embajador, y la manera con que se ha de haber en las córtes donde reside. *Advertencias para reyes, príncipes y embajadores.* Madrid, por Francisco Martinez, 1643, 4.°

uno la tiene como Dios se la da.» Fuése, y mi cólera, desden y rabia fueron tales, que viendo que ni aun para criado me querian, y cuánta baja habia hecho la fortuna de mí, faltó poco para saltarme las lágrimas y aun el corazon. Partí como desesperado, y caminé toda aquella grandiosa ciudad, que fué tan famosa república, aunque con mas necesidad de comer que de caminar, y llegando á la judáica habitacion de los hebreos, salió de su casa uno y me llamó por mi nombre. Yo que no estaba un dedo para ahorcarme, volví para decirle algun pesar, pero viéndole tan afable le dije: «¿de adónde me conoceis, judío honrado?» Dijo: «señor, yo conozco á quien me ha dado la vida; yo soy aquel hebreo que maté al sobrino del doctor Cordobero, hebreo, y v. md. me libró de la horca (1); ahora estoy en mi casa; mi hacienda es de v. md.» Si no creyera que se acabaron ya para la tierra los santos del Testamento Viejo, y que ya no se hacen ángeles judíos, dijera ser ángel ó santo. El me hacia ofertas y yo estaba melancólico; preguntábame de qué, y yo no podia ni me acomodaba explicarlo. Ultimamente, forzado, le dije mi historia, mi estado y mi desgracia. Consolóme diciéndome que no me afligiese, que me pagaria una muy principal posada, y me haria dar de comer honradamente en tanto que de Nápoles me venia dinero, y que si no me viniese, que mas me debia él, que era la vida. ¡Oh judío honrado, enviado de Dios para que no me desesperase! Acepté en suma, y vestíme en su misma tienda de clérigo, media sotanilla y ferreruelo de anascote, dejando el vestido en prenda del que él me dió.

Hasta aquí puedo alabarme de haber llegado sin hurto de venta, ni madrugon de posada, huida de criado, salteo

(1) No ha tratado de él el autor en este su libro. Inadvertencias y olvidos de este género las tiene muy frecuentes nuestro Don Diego.

de camino, despojo de soldados, vuelco de barca, navajada de forzado, cautiverio de moros, pérdida de mula, desencaje de coche, olvido de alforjas, fantasma, encanto, vision en cementerio, duende en casa, espíritu á orillas del rio. No dejé de dormir un instante, ni pedí á pastores, ni perdí camino, ni pasé vado con peligro, ni me acosté sin cena, ni dejé de comer y tener cama, ni me faltó dinero para no ir á pié. No he topado oso, dragon, serpiente, lobos, alacran, ni perro rabioso, gracias á Dios: cosas de que suelen llenar algunos las historias para añadir papel. En suma, aquí empezamos; plegue á Dios aquí se acabe. Ibame á la Universidad con los demas estudiantes á oir filosofía, teología, medicina y demas ciencias, como son astrologia, matemáticas y otras, y entraba adonde me parecia variando, y como iba vestido de licenciado, y no me veian escribir, ni llevar libros, ni *vade mecum*, y que cuando una sentencia era bien explicada ó un concepto bien dicho la celebraba con las acciones, no siendo cosa fuera de crédito el que entendiendo yo el latin y siendo capaz de las historias tanto fabulosas cuanto verídicas y de las naturales, y siendo versado en la poesía (para lo que se necesitan noticias de universales materias) supiese si una leccion era bien explicada ó no, me hube de portar de manera en algunas disputas morales, de que yo era capaz, que toda la Universidad creyó ser yo un filósofo consumado y que solo queria repasar las ciencias estudiadas para retenerlas en la memoria y perpetuarlas, y que por eso no escribia. Al cabo de dos meses toda la Universidad, ó á lo menos la mejor parte, gustaban de mi conversacion, y me llamaban Juan Bautista Perso Perora, que en italiano se escribe *Giovanne Batista Perso Perora*, y traducido en nuestra lengua dice: «Jóven, vete, estás perdido por ahora.» Deseaban muchos que yo les interpretase este nombre; pero yo decia que el apellido de mi padre era

Perso, porque venia de Persia, y que mi madre era de casa *Perora*, si bien no dejó de entender alguno la cifra. Era mi posada en frente del Santo, que así llaman á San Antonio de Pádua, por antonomasia, cuya iglesia y grandioso sepulcro es digno de mas bien cortada pluma. Esta casa ó palacio era en un tiempo de un senador, cuando Pádua era república, la cual era entonces grandiosa con sus hermosas plazas de suntuosos palacios adornadas, sus magníficos templos, su casa de Senado, en el cual hay el mayor salon de audiencia de toda Europa; insigne catedral, palacio arzobispal, murallas, rio, huertas y jardines. En esta casa, pues, adonde me acomodó mi buen hebreo, alojaban cuatro varones tudescos de diversas provincias, barones y condes, y uno de Livonia, gran señor, siendo la casa capaz para todos ellos y sus familias, y en el cuarto principal monsieur de Arle (1), sobrino del rey de Francia, enviado allí para aprender estudios y lenguas, y por apartarle de su tio, el gran presidente de Francia, luterano, que le daba doscientos mil ducados de renta á su muerte porque fuese luterano. Esta era la casa de la cucaña, de la gula ó de la crápula, porque siendo tantos y tan poderosos, daban

(1) Este personaje á quien mas adelante llama el autor «el duque Cárlos» no atinamos quién pueda ser. Enrique IV de Francia dejó en Gabriela de Estreès, duquesa de Beaufort, varios hijos naturales, y entre ellos César, duque de Vandome, llamado en su tiempo *César Monsieur*; pero habiendo aquella señora muerto en 1599, mal podia uno de sus hijos educarse en Pádua en 1626. Para verificarse la especie aquí apuntada por el autor de ser Monsieur d'Arle, sobrino y pupilo del rey de Francia (Luis XIII), era indispensable que fuese hijo de Gaston de Orleans; pero tampoco así hallamos solucion al enigma, puesto que este príncipe no parece haber tenido en Margarita de Lorena mas que una hija, que fué la célebre duquesa de Montpensier. Además de que el misterioso personaje aquí nombrado tenia en 1626 diez y seis años, y el autor dice que era sobrino del gran presidente de Francia, circunstancias todas tan contradictorias, que ni siquiera dan lugar á congetura.

una dobla por uno (1) al huésped, y comian opulentamente, que así se hace: júntanse diez ó doce, y comen en mesas redondas, con que excusan ceremonias y dan tanto por uno; segun las posibilidades y calidades de cada uno; comen bien y gastan menos.

En nuestra casa, que llevaba el primado, rodaban pavos, capones y perdices; pero no por la escalera, que siendo mi aposento en medio de ella, recogiera alguno. La música, despues de bien comer y mejor beber, con todos instrumentos se ejercitaba, siendo muy curiosos y diestros en ella los de aquella ciudad, y habita en todo género de instrumentos, como clavicordio, vihuelas de arco, violines, laudes, tiorbas, citaras y arpas á dos coros. Faltó una noche de banquete quien tocase la guitarra, y discurriendo sobre á quien llamarian, dijo uno: «Este filósofo de la escalera es napolitano, por fuerza será guitarrista.» ¡Ah Don Diego Duque! ya eres filósofo y vives en escalera; nunca mejor te pintaba este título por tu pobreza, la cual con ser desnuda es el aforro de la filosofía. Dudaban de llamarme por la modestia y retiramiento con que vivia, acabando á la sazon mi libro de *Reduccion general* (2). Llamado en fin, subí y dijéronme si gustaba de conversacion: «Yo dije que sí, como no les fuese molesto.» Cenamos, y yo mostré en el discurso de la cena ser hombre de conversacion. Hablamos en francés, italiano y español; comí á la flamenca, y bebimos á la tudesca. Acabóse la cena, admirándose todos de lo hecho, porque ni comí, ni bebí. Salimos á los balcones de hierro, que caen á la plaza del Santo, y adonde venia lo mas florido de la ciudad cada noche á oir la

(1) Hoy diríamos «por cabeza ó por barba.»

(2) Nada sabemos de la materia de este libro, que probablemente no llegó á imprimirse.

música; yo tomé la guitarra y ayudé á los músicos; los cuales en seguida cantaron cada uno en su lengua. Tocó á mí, y despues de haber cantado italiano con muchas lamentaciones, canté dos juguetes españoles con muchas fugas y pasages, que celebraron mucho, y al fin una francesa. Levantóse Monsieur de Arle y abrazóme, quedándo de concierto el comer juntos al otro dia, en el cual se danzó y bailó, y se discurrió en todas lenguas, quedando tan aficionados á mí que trataron de que yo comiese franco en su mesa, pues sería de mayor provecho para aprender las lenguas italiana y española mi conversacion, que las lecciones de sus preceptores con quien su dinero gastaban. Propúsoseme, y yo que no salia de la piscina, por no tener hombre que me vacase de ella, vile y acepté luego. ¡Ea Don Diego! ya estamos de la escalera arriba. Preguntábanme la derivacion de muchos vocablos españoles, porque su preceptor siendo italiano, no tenia tanta noticia, y como yo les declaraba la etimología y la razon por que se inventaron muchos refranes, y los sucesos de ellos, aprendia mas en un repaso mio que en diez lecciones suyas. Determináronse, pues, á pedirme les enseñase las dos lenguas, que me darian una dobla por uno (1), que era lo que daban á su maestro: *Vidi cœlos apertos*; no dije de tan buena gana «sí» cuando me casé, y tenia gana de casarme. Acepté y supliquéles para salir de empeño me adelantasen la paga; hiciéronlo así, y escupieron doce soles del cielo; pero además Monsieur de Arle envió á llamar al hebreo, y de su dinero me desempeñó, dándome lo demas para guantes. El buen

(1) Es decir por cada uno, italianismo, como otros muchos que el autor usa en el discurso de estos *Comentarios*. Tambien es de advertir que Monsieur d'Arle debió tener en su compaña algun pariente ó allegado de distincion, pues de otro modo no hubiera el autor usado el plural en este y otros lugares.

hebreo, creyendo hacerme bien, le dijo quién era yo, y que era un caballero español, de que no le disgustó al francés, antes creció su respeto y nuestra amistad. ¡Ea Don Diego! ya somos preceptores, estamos desempeñados y tenemos doblones. Trújome mi vestido desempeñado mi hebreo, y pidióme el Monsieur me le pusiese en su gracia; hícelo así, y metiéndome en carroza, fué con él á los ejercicios de danzar y jugar las armas, y en esta escuela me pidió jugase. Tomé la espada, y díjome el maestro que allí habia discípulos suyos, que mirase el que queria. Dije: «que al maestro.» Tomó él la espada, y corrimos una ida y venida. Dejó la espada el maestro, diciendo: «Juega lo que puede ser.» No quitaba los ojos de mí el Monsieur, admirando mis cosas; y yo dí las gracias al maestro de haberme honrado. Salimos á pasear á campaña, y admirado me dijo Monsieur: ¿A dónde habeis aprendido tantas cosas? Yo os quiero por mi maestro de danzar y jugar las armas, y os daré lo que doy á estos dos maestros, y sereis mi maestro de tres cosas.» Yo le dije: «Vamos mañana á la escuela de caballos, que yo mostraré á V. Ex.ª que puedo serle maestro de cuatro; las tres le enseñaré por galantería y por servirle; en la primera acepté paga por necesidad; pero, pues su Ex.ª me ha desempeñado, quiero gratificarle.» Dió un gran suspiro, y dijo: que bien mostraba ser yo quien era, y que le pesaba ser pupilo del rey de Francia, y no tener su hacienda para remediar mis trabajos; pero que lo que tenia era mio, y que ya sabia quién era. Yo respondí: «Pues lo sabe V. Ex.ª cállelo.» Fuimos á casa, y por la mañana á picar los caballos, en que tuvo de mí tanta satisfaccion, como en lo demas. Acabóse el ejercicio, y por ser fresca la mañana, quísole hacer á pié. Echóme el brazo encima, y por las orillas del rio, guarnecido de árboles sombríos, salimos media legua, y pidióme le

contase mis sucesos. Yo lo hice; lastimábase de mí, y admirábase de tantas desgracias, sucesos altos y bajos de mi fortuna. Estuvimos sentados mas de tres horas, y como entró el sol, vino la carroza y llevónos. Quedó tan aficionado á mí que lo mostraba con muchos abrazos.

Era este caballero de diez y seis años, hermoso como un ángel, blanco, cabellos y ojos negros, de buena estatura y muy bien proporcionado, galan, liberal y risueño, y sobre todo virtuoso; devoto y no inclinado al acto venéreo. Fióme todos sus secretos y los celos en que le tenia el mayordomo del gran presidente su tio para que no fuese buen católico, que para este le mantenia aquel y otros tres criados, y el Rey otro mayordomo y otros tres, los cuales querian, segun la órden del Rey, que aprendiese la fe católica y lo demas, y los del Presidente solo ciencias y habilidades. Confesóme ser verdadero católico de todo corazon, y que era martirizado de aquellos de una parte y de otra, no teniendo mas consuelo que á mí, que no le dejase, y que me fuese con él, que su hacienda seria mia. Los mayordomos no le dejaban tratar con nadie, pero siendo yo tambien maestro de ellos, no se celaban de mí, antes cada uno me descubria su pecho y me pedia hablase al Duque sus intenciones, con que yo tenia con esto y mis lecciones lugar de estar á solas con él. Decíaselo todo, y consultábamos las respuestas y andaba la embrolla.

A los tres meses que estaba en Pádua vino un embajador del príncipe de Transilvania, señor de gran parte de Hungria, y el mayor potentado de Europa, á tratar negocios con la República, y hallándose en estos ejercicios nuestros, porque posó en nuestra casa, dijo: «Si S. A. Serenísima de mi Príncipe tuviera un hombre como este, se llamara feliz.» Fueme dicho, y que me queria llevar consigo; pero no sabiendo en qué forma no me quise

mover. Partióse, y yo quedé con mi Monsieur que al cuarto y quinto mes, que eran ya tres de preceptoría, me hallaba con treinta y seis doblas, mi vestido y espada y daga, libre y pagado mi buen hebreo, mesa y posada franca, y que cada discípulo me hacia grandes partidos. Bendije millares de veces á mi padre, que me dió maestros de ejercicios que pudieron sacarme de tanta miseria; lo mesmo deberia hacer cada padre que pueda, pues la verdadera carta de encomienda es la que cada uno lleva en sus virtudes y proceder. Crecia mi opinion, y era público el ser yo español y caballero, y al mesmo paso la admiracion de ver un español y un francés abrazados por la calle á usanza de Francia, y que no me llamaba sino español mio.» Ya bailaba muy bien, y danzaba á la española con las castañetas, y á la italiana y hablaba mas que medianamente las dos lenguas. Decíanpos los contemplativos, llamábannos los opuestos en un sugeto, y cierto él me habia fiado cuanto tenia en su corazon, hasta secretos de la fe, que no puede ser mas. Quiso ver mis fés (1), quedadas en una valijeta de arzon por ventura; y admirándole mis servicios, hízome un vestido que le costó ochenta escudos, y tenia esperanza que yo habia siempre de vivir con él.

Al cabo de cuatro meses de esta amistad y seis de estancia en Pádua, tornó el embajador del Transilvano, replicando á la República que le diese cincuenta personas, las que pidiese á título de hacerse católico, y comision particular para mí. Fuéronle concedidas, vino á Pádua, y aunque puse muchas dificultades, todas me las allanó. Pedí de partido quinientos escudos cada año, sustentarme caballo, hacerme el plato á mí y á dos criados, creyendo no me lo darian; pero me fué todo conce-

(1) Certificaciones de servicios.

dido sin género de réplica, y si pidiera mil fuera lo mismo. Trújome el título de gentil-hombre de su cámara, y maestro de ceremonias y lenguas.

Sintieron mucho mis discípulos mi partida, y representábanme la aspereza del camino, por en medio de Turquía, la barbaridad de aquella gente húngara y la crueldad de su príncipe; pero aunque consideré todo esto, quien como yo busca su fortuna, ha de ir con pecho valeroso hasta el infierno á hallarla. Firmé las condiciones con mi verdadero nombre, con lo que se confirmó el aviso que diera el hebreo, á quien reconocí deber cuanto tenia. Diéronme quinientos escudos que pedí, é hice muy buenas galas. A mi partida me acompañaron mis discípulos varones hasta la barca, y aquel gentil-hombre veneciano, que no me quiso por criado, que despues que se supo quien yo era, fuimos muy grandes amigos, y venia á visitarme, maldiciendo la hora en que no me habia recibido. Era hijo del dux de casa Prueli y Contareni; y reímos muchas veces, lo de la cara de criado. Despidiéronse de mí, dándome muchos presentes de guantes y curiosidades que llevase; pero no así el duque Cárlos, que viéndose en la barca, mandó remasen, y se vino conmigo á Venecia, ¡gran fineza de amor! y estuvimos juntos hasta que yo hice mis galas, que se volvia loco al vérmelas poner, haciéndome tambien por darle gusto un vestido á la francesa. Presentóme una caja de galanterías de tocador que llevé á la Princesa, y ella estimó mucho.

Preparóse una nave y partimos á los 22 de Noviembre, y al despedirse de mí, fueron tantas las lágrimas del Duque, que públicamente sacó el pañuelo y se limpió; y reprendido de sus mayordomos, respondió que le faltaba todo su consuelo en mí, y que me estimaba cuanto á su tio, ¡rara cosa y de admirar tanto amor en tanta diferencia de edades, de estados, de calidades y de nacio-

nes! Al fin me partí, y porque este viaje es tan extraño, lo pongo aquí para que algun curioso ó algun perdido como yo que quiera hacerle, tenga noticia y advierta que ha de pasar por entre turcos la mayor parte de Hungría, hasta llegar á Transilvania, residencia del Príncipe. Llegamos con buen asiento al último puerto de venecianos, Dozara (1), adonde reposamos la noche, y al otro dia fuimos á otro lugar, cuyo nombre no recuerdo. Estuvimos en este hasta los 24 de Diciembre, entrando el mesmo dia en Clice (2), tierra de Turquía, confines de Dalmacia; á los seis al rio Zetina, á los siete al gran lago llamado Buzublato, á los ocho á Cupres (3), y de allá á Baveff, á los diez á Yaiza, que está cercado de dos rios caudalosos Bervaz y Pleva, y de allí tarde á Bañoluca (4), gran ciudad y cabeza de la provincia de Bosnia ó Bozna, en Dalmacia. Es la ciudad como las demas de Turquía, de anchas y lucidas calles; las casas de madera, dentro muy labradas en vez de colgaduras, pero muy curiosas, porque son todas puertas que se abren como alacenas, y en medio columnas de jarifa escultura. Supo el Gobernador, que ellos llaman Sultan ó Bajá, que venia allí un español, siéndolo él y fraile de una religion muy grave, que callo por modestia, y quiso cenasen los embajadores, y yo con él, y despues de varios discursos cenamos á su usanza, y sacando un plato á la española de almondonguillas, y otro de jigote dijo: «Coma v. md. que los han hecho bellísimas manos españolas, causa de mi mutacion de fe y estado;» y esto dijo mandando saliese fuera la cocinera, cosa inusitada. No lo fué poco para mí ver una española en aquel hábito; pero no cuando supe

(1) Sospechamos que se trata aquí de Zara en Dalmacia.
(2) Knix?
(3) Kecipris.
(4) Banialuka.

que era morisca, y de las mas bellas que jamás ví. Contóme sus amores, siendo fraile y predicador, que sería larga digresion; la persecucion, cárceles y castigo de la religion, y su desesperacion, el favor del gran Turco, el subir á tantos puestos y cargos, y su riqueza y vicios, regalos y deleites de todas maneras, y al fin su inquietud de conciencia y poco contento. Estuvimos allí cuatro dias regalándome y aun diciendo: ¿quién pudiera irse con vos y dejar cuanto tengo, que al fin vivo entre bárbaros, sin medida, concierto, ni reloj, ni el medio dia se sabe cuando es, y las horas de ir á su mezquita se saben por un hombre asalariado, que sube á la torre de la iglesia que fué católica, y á grandes y gruesas voces está un cuarto de hora gritando.

Despedidos llegamos, aunque tarde, á Gradisca, ciudad que costó gran sangre en muchas veces que la perdió y ganó el Emperador, y últimamente con gran daño suyo la tuvo el Turco, y embarcándonos en el caudaloso rio Sava, pasamos por las ciudades de Cobaz, y Grado, Brot (1) y Roca. A esta última llegamos á los veinte y cinco, dia de Navidad, que se celebró alegre y aun borrachamente sobre el barco.

A los 25 llegamos á Ruma, á los 28 á Yapatua; á los 29 caminamos toda la noche para poder pasar el rio Danubio, que segun graves autores es el sexto del mundo, dando el primer lugar al Nilo, que en Egipto entra por siete bocas y hace siete grandes islas; el segundo es el Indo, ó rio que llamamos de la Plata (2); el tercero el Ganges que divide Armenia de Mesopotamia (3); el cuarto

(1) Brod.

(2) Así en el original, pero no se entiende lo que el autor quiso decir, pues el Indo no se llamó nunca así que sepamos.

(3) Excusamos decir que el Ganges, rio sagrado de los indios, nada tiene que ver con Armenia ni con Mesopotamia.

el Tigris, rio potentísimo del Asia; el quinto Eufrates, que los dos cercan á Babilonia; el sexto el Danubio, de quien ahora tratamos, y el sétimo el Tajo que entra en Lisboa, quince leguas de ancho, fondabilísimo é impetuoso. Y aunque otros dicen que el Ródano, de Francia; el Alvis (Elba), de Alemania; el Cigno (3), de Asia; el Jordan, de Palestina; el Duero y Guadalquivir, de España; es fábula, porque yo los he visto todos y este es de ellos el mas rápido, fondable y ancho. Es este rio amplísimo y potentísimo, tanto, que mirado de una parte á otra cuanto alcanza la vista todo es agua, viéndose tan solamente las puntas de los últimos árboles de la otra parte, de manera que parecen pequeñas vides. Y por la gran furia que lleva es necesario subir muy arriba por la orilla con la barca tirada y remolcada á fuerza de caballos (por ser muy grande, que en menores no se puede navegar) para entregarnos en sus raudas hondas y venir á salir enfrente de adonde nos embarcamos. Mas no pudimos en todo un dia subir mas de tres barcadas, y fué necesario quedar á las tres partes del rio en una isleta que allí se hace, adonde sobreviniéndonos una terrible tempestad de agua y viento, creimos ser anegados, porque creció el rio tanto que llegaba el agua á los ejes de las ruedas, en gran peligro de anegarnos, y esto porque no me saliese yo de este año sin algun buen susto.

Pasamos por fin con no poco trabajo el tercio que faltaba del rio, que cuando vi los altísimos árboles, que como yo dije antes me parecieron vides, conocí su gran anchura y grandeza. Llegamos el 30 de Diciembre á Orpaca, llamada comunmente Morlaca, de donde se deriva el llamar «morlaco» á un hombre bozal, bárbaro y grosero,

(3) Cydnus de Cilicia.

porque á la verdad lo son; habitan debajo de tierra comiendo ceniza, alumbrándose con tea y cociendo el pan á los rayos del sol, siendo bestiales. Caminamos aquel dia y el siguiente y llegamos á la famosa y celebrada un tiempo ciudad de Tebis, tan nombrada de los antiguos, dia de año nuevo, hoy llamada comunmente Tamis (1). Caminando me halló este dia, señal de peregrinacion; plegue á la Majestad de Dios sean aquí acabadas mis desgracias é inquietudes que así lo espero, bastando 28 años de desdichas, que es la vida de un hombre. Caminamos tres dias y llegamos á la ciudad de Zatos, á los 3 de Enero, pasando el famoso rio Posonis; y á los 4 pasamos el celebrado rio Casovia, que viene de Hungría la baja, y dividiendo la Turquía de la Hungría toma el nombre de este la provincia Acozcineo. Llegamos á la ciudad de Lugo, primera de Hungría y ya jurisdiccion del príncipe de Transilvania, y pasamos el rio Temis, de quien toma nombre la gran ciudad referida, el cual con su potencia y anchura divide las jurisdicciones de él y del Turco, sirviendo de foso y muralla. Llegamos á los 10 á Casamienes, ciudad católica y frontera del Turco, habitada de valerosos hombres y belicosos guerreros fuertes. A los 10 llegamos á Marmoré, en cuya montaña acaba Hungría y empieza la Transilvania, altísima y deliciosa de toda caza. A los 11 llegamos á la ciudad de Santa María, y desde allí fuimos á la ciudad de Saxòpoli, poblacion de saxones. Pasamos el rio Vanisio de mediana anchura, el rio Moreset que pasa cerca de la ciudad de los anebatistas (2), que se bautizan dos veces y viven en comun, siéndolo á todos igualmente bienes, vestidos, comida y trabajo, sin que nadie huelgue, mande, ni sea privilegiado. El 16 de Enero llegamos á la corte

(1) Temeswar.
(2) Anabaptistas.

y asistencia del príncipe, llamada de los antiguos y latinos Alba Julia, y en tudesco Vaisenburg, que es lo mismo. Los húngaros la llaman Colosuar y comunmente Belgrado. Allí oimos la santa misa, de nosotros bien deseada, y no hallando al Príncipe fuimos cuatro jornadas lejos, á la ciudad de Fogàraíx, castillo y fortaleza fortísimos y de real habitacion, adonde pasaba los inviernos por comodidad. Llegamos allí el 22, siendo justos dos meses que nos partimos de Venecia; repasamos todo el dia, y á las dos horas dió audiencia á los padres jesuitas. Eramos entre todos ciento y seis gentiles-hombres, dos tudescos, dos franceses, un italiano y yo, dos matemáticos, dos doctores médicos, cuatro jesuitas, ocho albañiles, cuatro estatuarios, seis vidrieros, diez músicos, tres boticarios, dos plateros, cinco mercaderes, que entre estos que eran cincuenta y los criados hacian ciento. Fuimos á la noche llamados á la audiencia gentiles-hombres, doctores y matemáticos, é hicieron que aguardásemos en una gran cuadra adonde cenaba el Príncipe; salió el Príncipe y con él la Princesa con muchas joyas y galas, por mostrar su grandeza, y nosotros con la mayor ostentacion que pudimos. Muchos títulos y señores nos dieron la bienvenida en lengua latina, con mucha cortesía. Antes puso los ojos en todos el Príncipe, y mientras haciamos nuestras cortesías, me señaló con el dedo diciendo á la Princesa: «aquel es el español.» Llegamos á besarle la mano, la cual me alargó y dió á besar, poniéndome el brazo encima. Habló con los médicos y señaloles adonde habian de estar cuando comiese, y á los matemáticos les dijo tambien dos palabras. Lavóse y sentáronse; tenia junto á sí un vaso de plata dorado, de una azumbre, de perfectísimo vino de tocay, que es como de San Martin, y tomando otro vaso de un cuartillo, mandó le quitasen el bonete diciendo: «brindis á la salud del potentísimo Rey

de España.». Puse la rodilla en el suelo en tanto bebió, y despues mandóme hiciese la razon diciendo que pues merecia un brindis suyo, podia beber delante de él. Hícelo con mucho respeto, brindando á su salud y de la Princesa, y mandó que me fuese dado el vaso en que me brindó y yo bebí. Acabada la cena y conversacion, y despedidos los títulos se entró á acostar ordenando que yo entrase y tomase posesion de mi oficio, desnudándole. Placióme el modo de servirle en fuentes de plata, y acostado puse la ropa doblada en sus bufetes con mucha presteza y policía. Miraba á sus camareros el Príncipe, como diciéndoles: «aprended.» Acabado se retiró la Princesa á su cuarto, y yo puesta la rodilla en tierra besé la mano para irme. Llegó el sumiller de corps á tirarle la cortina, y mandome lo hiciese yo. Salí fuera con mis acatamientos; llevárome á mi cuarto que eran dos cámaras mas adentro del Príncipe, con órden de que acudiese á desnudarle y vestirle mañana y noche; que así lo ordenó en su lengua cuando le acabé de desnudar, aunque yo no lo entendí. Dormí contento y por la mañana me hicieron entrar mis dos criados para que me vistiesen con todo el servicio de plata. Vestíme y fuí á la cámara del Príncipe con otro vestido y galas nuevas; despertó el Príncipe y mandó entrase, y hecho mi acatamiento y besada la mano que me la alargaba él mismo, en elegantísima lengua latina me dijo el gusto que habia tenido de haber visto mi persona por las muchas partes que le habian dicho tenia, habilidades y proceder, y que conociendo la fidelidad de esta nacion deseaba servirse de ella, siéndolo la suya tan poco que en un año habian muerto tres príncipes, y que él se conservaba ya catorce años con su valor y prudencia. Yo se lo ofrecí, y habiendo discurrido un poco del viaje se levantó y vistió con dos pajes de cámara y yo, y al tiempo de levantarse entraron los demas. Juramos la fidelidad

con muchas ceremonias; diéronme casa á parte de todas comodidades; pero así como estos gentiles-hombres servian á semanas, yo era perpétuo al vestir y desnudar. Mi racion eran dos gallinas cada dia, un ganso, seis libras de carne, azumbre y media de vino, cuatro panes blancos y ocho negros. Mandó se me diesen los tres platos de su mesa, prometidos cada dia, y aquel dia le trajeron su yeguada. Salió á verla y me preguntó cual me parecia el mejor potro para su persona; yo le escogí y por la tarde le hallé en mi zaguan con órden de que pidiese los aderezos á mi gusto. Así estaban encantados mis compañeros, gentiles-hombres franceses, tudescos é italianos que parecian pasmados de verme tan presto señor del palacio, en gracia del Príncipe y regalado de él las horas de la licion y en ella, no habiendo quien nos lo impidiese, me preguntaba las modas, costumbres y proceder de Italia y España, que yo le decia muy bien esplicado, de que él gustaba, replicaba y preguntaba.

En esta forma estuvimos hasta cerca de las Carnestolendas, que habiendo llamado á parlamento ó Cortes quiso irse á Alba Julia ó Belgrado, asistencia y corte suya, y para esto me encargó impusiese tanto á los de la cámara cuanto á los demas de la manera como debian servir á nuestro modo y usanza en sala, mesa y cocina, que no costó poco trabajo. Preparáronse las fiestas para las Cortes y para las Carnestolendas; en el primer sarao me mandó danzase como los demas nobles y títulos, y la Princesa me dió su privada, gran señora y muchacha de quince años, que de allí adelante fué mi dama. Era esta señora baronesa de siete grandiosas villas, que por ser su padre luterano, se las quitó el Emperador; fuese debajo de la proteccion del Príncipe adonde murió, y así quedó esta niña con la Princesa, que era todo su regalo por su hermosura, calidad y gracias.

Con esta, pues, dancé, y viéndome el Príncipe danzar tan diferente de su bárbara nacion, volviéndose á aquellos títulos dijo: «confesemos que somos bárbaros,» y me envió á decir que la Princesa me pedia danzase solo. Hícelo así danzando una gallarda con muchos paseos, mudanzas y vueltas, y al último cincuenta cabriolas, y no se admiren de esto, que el dia que me casé las pasé de ciento. Tanta fué la alegría del Príncipe que me abrazó, y los demas señores lo mismo, no habiendo visto en aquellos paises cosas de aquel jaez. Despues de comer fuí llamado al cuarto de la Princesa adonde tambien estaba el Príncipe; pidióme la Princesa la ejercitase en algunos bailes para saberlos mejor, como pavana alta y baja, tardion, rastro y gallarda y el canario; y el Príncipe me rogó tomase las fiestas á mi cargo: hícelo así ordenando un baile de seis caballeros y seis damas, que eran la primera madama de Esternemberg, la bellísima judía y la condesa sobrina con las dos mugeres del hermano y sobrino del Príncipe; los caballeros fueron los dos sobrinos del Príncipe y su cuñado el conde de Istuan y el de Racozi y yo. En este baile se formaron las letras del nombre del Príncipe, que fué perfectamente hecho y celebrado como cosa nunca vista. Enseñé á veinte y cuatro pages suyos la gallarda y paseos; eran todos nobles y bellísimos, é hice el baile de la barrera, y un juego de cañas, formado al son de muchos y diversos instrumentos y de muchas trompetas, cajas, sacabuches, chirimías, cornetas y bajones, los instrumentos tocando muy recio y las trompetas y demas instrumentos y cajas muy quedo y dulcemente, que acordados hacian una dulcísima armonía. A este tiempo entraban los veinte y cuatro con vistosas y costosas galas, danzando paseos y cruzados de gallarda, con hachas en las manos; y acabado cada cruzado, una mudanza que así á la entrada como en el fin hicieron muy

ajustada, y á su tiempo cortesías con que con el mesmo órden tornaron á salir. Cesaron los instrumentos y al son de las bélicas cajas y trompetas, empezaron la segunda entrada con cañas y adargas al galope como caballos, y habiendo hecho sus bien compasados caracoles, se dispusieron en seis cuadrillas, y haciendo sus embestidas tiraban sus cañas con tanta destreza que ni se erró ninguna, ni se faltó al compás. Acabado este juego de cañas formado, salió un toro postizo, y se hicieron rejones, lanzada y toreo á pié, tan á compás y con tanta risa, que aunque el toro echaba algunos caballeros á posta sobre las damas, todo era fiesta y risa, gritos y silbos. La sala era capacísima, porque es la mayor que he visto jamás en casa de rey, pontífice ni señor, de modo que habia lugar para todo. Quietóse el tumulto y la risa, y en tanto se armaron los caballeros para la entrada, y se puso la valla en medio, entraron con sus picas de tornear, haciendo sus levadas (1) galantísimas al son de los instrumentos, y empezando los bélicos de cajas y trompetas, dieron principio al torneo con mucho gusto de todos, acabando con una muy trabada y reñida folla, despues de la cual se empezó el sarao. Las caricias que se me hicieron aquella noche, los regalos, los presentes, fué mucha cosa, porque el Príncipe me dió un corte de vestido de brocado, capa, calzon, ropilla y jubon con guarniciones de oro, hecho para él que valia trescientos escudos; el Conde, su sobrino heredero, un caballo enjaezado turquesco, hermosísimo animal; el conde Pedro, el menor y mas querido, que estuvo en Italia y Francia, el vestido con que entré á besar la mano al Rey; pero sobre todos fué el soberano favor de la Princesa, que quitándose tres plumas peque-

(1) Del italiano *levata*, parece significar el acto de levantar ó poner enhiesta la lanza.

ñas del tocado de la cabeza, dobles, blanca, encarnada y turquina con una rosa de diamantes, mandó á madama de Esternemberg que me la pusiese en mi sombrero. Pidióme al Príncipe por su gentil hombre, y el Príncipe lo concedió con condicion que no le dejase de servir. Dobló-seme ademas la racion y los platos. Hallóse toda la nobleza del reino en estas Cortes, trece condes, tres príncipes y setenta y tres barones, sus vasallos. Era el Príncipe temido y amado, justo en su gobierno, defensa de sus vasallos, liberal y piadoso; perdonaba fácilmente sus injurias, pero no los delitos hechos contra la justicia; y porque aquí viene á pelo el decir su nacimiento y vida, haré por tratar de él digresion á mis sucesos.

En cuanto á las partes personales era el Príncipe de gran estatura, pero con extremo bien proporcionado de cuerpo, particularmente de pié y pierna, ágil y dispuesto, grande cabeza y cara, frente espaciosa y lisa; ojos grandes, rasgados y severos, cuando apacibles y crueles, cuando enojados; cejas arqueadas y fecundas (1), boca grande, labios belfos, dientes ralos y grandes, barba entre cana y grande, ancho de pecho y espalda, ceñido de cintura, aspecto severo y grandioso, perfecto hombre de á caballo, gran danzador á su modo, afable en la mesa, gracioso en la conversacion, grave en las audiencias y resuelto en los consejos. Su nombre era Bethlen (2) Gabor, que quiere decir Gabriel de Bethlen, usando ellos poner antes el apellido que el nombre. Este descendia de uno de los cuatro capitanes que vinieron de Escitia á poblar á esta parte, y poblaron una provincia que llamaron Stulia y

(1) Está sin duda por «pobladas.»

(2) Hállase este nombre escrito de varias maneras en los historiadores del tiempo: Bethlem, Bethlen y Betlen.

hoy se llama Sivelia, en medio de Transilvania, que hoy es toda de católicos, si bien de señores que poseen en este condado algunas tierras; porque el título de conde lo tiene en ella él Príncipe. Nació, pues, el referido príncipe de un baron de dos castillos mal parados, mas pobre que rico, y dos lugares y villas pequeñas. Fué soldado en Hungría con tres caballos á su costa, y por su valor le hizo su príncipe capitan de caballos contra el Turco. El tiempo de las treguas quiso emplearlo en ver algunas provincias; pasó á Germanía y Flandes, y dando vuelta, vió el estado veneciano y algo de la Italia. Llegó á tener gran crédito con su Príncipe, el cual le envió contra el príncipe de Valaquia, al cual venció muchas veces y redujo á tributario. Casó este señor con la mas hermosa dama del reino, rica y principal; fué enviado por sus grandes partes por embajador al gran Turco, adonde asistió algunos años muy estimado, así de él, como de su príncipe, por su prudencia y consejo, llamándole padre el Turco. Murió Andrea Bator, príncipe justo y bueno, y heredóle Bator Gabor ó Gabriel Bator (1). Enamorado de la muger de nuestro Príncipe, le entretuvo en Turquía con los mas graves negocios, para su mal intento, porque solicitaba su deshonra cuando aquel sus aumentos.

---

(1) De muy distinta manera pone la sucesion de estos reyes otro autor español que en 1688 publicó en Amberes una *Breve y exacta descripcion de los reinos de Hungría, Dalmacia y Morea, juntamente los principados de Transilvania, Valachia, Bulgaria, etc.* Dice que el primer príncipe soberano de esta region (Zapolya) en 1561 se llamó Juan Sepusio, á quien sucedió Estéban Bathory, y á este Cristóbal Bathory, que murió en 1583. Sigismundo Bathory, muerto en 1603 dentro de Graegh; Estéban Bodsquay, que murió envenenado en 1606; Sigismundo Ragotzqui, que reinó hasta 1608; Gabriel Bathory, asesinado en 1613; y por último, Bethlem Gabor, que es el príncipe á cuya corte llegó nuestro autor.

En 1597 un curioso español, que no dió su nombre, publicó en Sevilla

Obtuvo por fin su mal deseo por via de un traidor criado y de una mala y deshonesta dueña que le dieron las puertas franqueadas, aun de su aposento, en el cual entrando y hallándola dormida, solo con la camisa, no permitiendo el gran calor mas ropa, se hubo de tal modo que hallándose la pobre señora boca arriba, con gran facilidad tuvo el desenfrenado apetito su efecto, y no fué mucho tratándose de una dama delicadísima y con estas circunstancias, y siendo el príncipe Bator Gabor hombre de tan desmesuradas fuerzas que reventaba un caballo entre las piernas y detenia un coche que tiraban dos caballos frisones. Era alto, robusto, mozo muy galan y de muy buena cara; pero desenfrenado, soberbio, carnal, glotón y amigo de lo ageno, malas propiedades en un príncipe. La pobre señora forzada escribió á su marido el caso, y él dió parte al gran Turco, el cual se hallaba á la sazon muy disgustado con él, porque luego que tomó la posesion empezó á hacer guerra declaradamente contra los saxoneses (1), que debajo de la proteccion de aquellos príncipes viven en Transilvania en siete fortísimas ciudades y de gran arquitectura y belleza por ellos fabricadas, con muchos castillos y villas, y en quien consiste la policía y buen trato de aquel reino. A título, pues, de tomarles sus ciudades para su habitacion como mas capaces y bellas

---

una breve noticia de estos príncipes de Transilvania, y particularmente de Sigismundo Bathory, con el siguiente título: *Relacion verdadera del linaje y descendencia del serenísimo Sigismundo Batoreo, príncipe de Transilvania, Moldavia y Valachia, sacada de historias auténticas venidas de aquellas partes, con algunas de sus hazañas y proezas dignas de gran memoria.* Fól.

(1) Saxones. Uno de los tres distritos en que está dividida la Transilvania se llama «tierra de los sajones,» por haberla ellos poblado entre los años 1101 y 1103. Aun conserva el nombre de «Siebemburgen ó Siete Burgos» que ellos le dieron.

para la grandeza de su córte, entró por fuerza en Sibin (1), cabeza de aquella república, fingiendo tomar muestra á su gente en aquella campaña, y cercó á Corona (2), ciudad y fortaleza inexpugnable, adonde se dieron una cruel batalla. Estos enviaron embajadores al gran Turco quejándose de esta estorsion, que junta con la hecha á Bethlen Gabor fué bastante para ser la guerra declarada. Llamóle el Turco y díjole «padre Bethlen ¿quieres ser príncipe de Transilvania y vengar tu honor? yo te daré veinte mil turcos de á caballo; ve y corónate.» Aceptó Bethlen, y tomados los veinte mil caballos, con la ayuda de diez mil sajones, entró ganando la Transilvania. Poco se curaba y poco estimaba el príncipe Bator á este nuevo enemigo, aunque le sabia ser tan valeroso, pareciendo á su soberbia arrogancia que sola su vista le habia de matar; pero viendo tantas victorias y tan poco amor en los suyos, por sus deshonestas costumbres, se fué retirando á Baradino (3), última ciudad de Transilvania y la mayor, cuya fortaleza y palacio son los mejores del reino, por haber ya entrado Bethlem en Alba Julia, su corte, en Fogaraix, referida fortaleza y lo demas de Hungría. Salió un dia el príncipe Bator á pasear á las orillas de un rio que cuando crece bate el castillo, y cuando no, deja un paseo de carroza. Iba en una con cuatro magnates, y encontró al pié de un torreon cinco á caballo, que el uno, fingiendo quitársele el bonete, le tiró un pistoletazo, dándole en medio del pecho. Saltó el príncipe Bator de la carroza con su acostumbrado valor; pero no pudiéndose tener en pié, cayó muerto en el rio á su orilla. Los

---

(1) Zeben, hoy dia Hermann-Stadt, llamada por los húngaros Nahi-Szeben.

(2) Nombre antiguo de la fortaleza de Crondstadt.

(3) Waradyn.

demas señores que en la carroza estaban saltaron tambien, pero en valde, pues los caballeros, viéndole muerto, huyeron. Tomó posesion el príncipe nuevo Bethlen Gabor en paz y con gusto de todo el reino, y consentimiento del gran Turco. Los cinco matadores se retiraron al fortísimo, antes inexpugnable castillo de Huybar, puesto en una montaña sola en forma de pirámide, que su altura parece quiere competir con las nubes; súbese á él con grandísimo trabajo y á trechos, por puentes de madera levadizos por las roturas de la montaña. Este castillo dió el príncipe Bator á la dama mal gozada y bien forzada, y de aquí salieron enviados de ella para matarle, y aquí volvieron habiéndole muerto. Luego que tomó posesion nuestro príncipe mandó despeñar desde las almenas del altísimo castillo mismo, á los cinco caballeros por traidores á su señor príncipe natural, porque su deseo era matarle cuerpo á cuerpo, en campaña, y no por manos agenas. Hizo vida con su muger muy cortés y amorosamente, sabiendo no ser culpada, antes despues de sucedido vivió sin que la viesen la cara mas que un criado y una criada vieja. Muerta esta, se casó con la presente princesa de Brandemburgo, hermana del Marqués, elector del Imperio, y hermana tambien de la reina de Suecia, sobrina del Emperador, prometiendo dejarla heredera si muriese sin hijos. Esta historia me fué contada del mesmo príncipe con otras muchas cosas en ocasion de las lecciones de lenguas, tanto que todo era conversar conmigo, pues pasando mucho mas tiempo del que estaba determinado para la leccion, entraba á menudo la Princesa á hacernos tercio. Acabadas las córtes se despidieron los títulos, y nosotros quedamos en nuestros ejercicios todo aquel año, en el cual el Príncipe ya sabia las lenguas mas que medianamente, porque siempre las ejercitaba con quien era capaz de ellas.

Era ya llegado el año 1629 habiendo pasado el antece-

dente el mas feliz, quieto, regalado y gustoso de todos los de mi vida. Veste aquí, Don Diego, despues tanta fortuna y tan varia, cuya rueda tantas veces te ha precipitado y puesto para no quererte ni aun por mozo de caballeriza, tanta era tu pobreza, gentil-hombre de un príncipe y princesa los mayores de Europa, su maestro, preceptor y de ceremonias, su privado, rico, servido, regalado y aun deseado para marido, si pudieras serlo, y con tantos gustos que aun no te acuerdas de los trabajos pasados.

Partió el Príncipe á visitar sus estados, en cuya jornada no hubo mas que cazas, festines y gustos, á las cuales me llevaba la Princesa en sus mesmos caballos, digo, de su persona. Era de edad de veinte y tres años, blanquísima, hermosos ojos y frente, la boca un poco belfa, señal de la casa de Austria; subia á caballo y corríale como un hombre; mandábame la siguiese y muchas veces nos perdimos de los monteros, quedando solos. Bajábala en brazos de á caballo, porque me lo mandaba así, para merendar alguna perdiz que yo llevaba, con un par de panecillos y un frasco de vino y otro de agua en cuatro bolsillos de la silla; y sentada en el suelo y trinchando la perdiz merendaba poniéndome los bocados con su mano en la boca con gran llaneza, que la hay en aquellas partes, y con la mesma yo los recibia, sin mas testigos que el cielo, con la mesma llaneza, sin que jamás mi modestia tocase las puertas del respeto. Era esta señora juguetona por extremo, tanto que cuando cogia á sus criados descuidados les daba bofetones y se escondia.

En esta forma vi todo el reino con gran comodidad y ocupado en los amores de madama de Esternemberg y de la bellísima judía que tiernamente me amaba y yo á la dicha, la cual era tan niña que poco le entraba el amor, no obstante que la Princesa hacia la medianera, no sabiendo que yo era casado y deseaba, porque no me fuese, casarme

con esta á quien daba el Príncipe tres villas en dote. Halló-me un dia la judía abrazado con la hermosa Arriana Esternemberg, y picóse tanto que se fué á decirlo á la Princesa con alguna lagrimilla, de lo que esta rió mucho, diciendo: «si tú no le muestras amor, ¿qué mucho que le busque?» Respondió: ¡ay, serenísima señora, que no lo creia hasta que le he visto en otros brazos; vuestra Alteza le riña, que yo sé que de aquí adelante le querré!»

En estas felicidades estaban mis cosas, cuando vino un embajador de Venecia, al cual me mandó su Alteza salir á recibir, y que ordenase las ceremonias que se debian hacer. Hícelo así y tuvo la primera audiencia por la mañana y comió con el Príncipe y muchos señores en público, con solemne música y banquete. Mandóme el Príncipe servirle la copa, cosa no acostumbrada y que jamás se fia á forasteros. En el discurso de la mesa con insolencia extraña empezó el embajador á decir mal del rey de España, describiendo sus estados y de ellos las leyes, costumbres y naturaleza, todo por ironía. Yo estaba dando de beber al Príncipe, el cual me miró y vió que estaba pálido y me temblaba la mano. No gustando el Príncipe de oir al embajador de aquella manera, porque en muchas ocasiones habia mostrado aficion al Rey y brindado á su salud en diversos banquetes, dándole títulos de Monarca y potentísimo, tomó la taza y me dijo: «la salva se ha olvidado.» «No estoy para ello, dije yo; pero para responder á este sí: y maravíllome que en la mesa de un príncipe cristiano tenga tal atrevimiento un embajador, á quien pertenece como ministro usar de todo buen lenguaje cuando de tales monarcas se trata, para hablar con tan poco respeto del mayor rey del mundo. V. A. es capaz de juzgar (pues ha oido de otros de diversa patria en su presencia alabar su gobierno, piedad, celo, fe y costumbres, que son ejemplo del mundo, como su policía, consejo, valor y armas) sin fal-

sedad y mentira lo que el embajador dice; y si no estuviera en la mesa de V. A. hubiera ya medido el suelo revuelto en su mesma sangre, y arrancada la blasfema lengua y dada á los perros; y corte mi cabeza V. A. si no le hago desdecir en campaña, para lo cual con el debido respeto le desafio con las armas que quiera.» Como un muerto quedó el embajador, que no creyó le oia un español, habiéndole hablado yo italiano cuando fuí á recibirle. «Retírese, dijo el Príncipe, que basta que esté en mi presencia.—En la de los emperadores, reyes y príncipes, repuse yo, deben los caballeros defender el honor de sus reyes y señores naturales. Cuando habré muerto á este en campaña, vendré á que me quite V. A. la cabeza por este atrevimiento.»

Partíme y dijo el embajador: «mire V. A. que soy embajador, y que no se me debe tratar mal en su presencia.—En la mesma, dije yo, V. Exc.ª ha tratado mal á un rey de España, el mayor rey del mundo, y no me ha guardado este respeto.» Púsose silencio y yo me fuí á mi casa y mandé poner en órden mis caballos y ropa para partirme á los confines, y esperarle allí para matarle. Acabóse la comida no tratándose mas de aquel negocio, y el Príncipe preguntó por mí. Fuéronme á llamar; pero viendo meter la ropa en órden, sin decirme nada, lo dijeron al Príncipe, el cual envió al capitan de la guardia por mí con el mayordomo mayor y otros seis caballeros de la córte. Fuí y llevé mis papeles de servicios al Príncipe para darle á entender que mi calidad era tanta que podia desafiar á cualquier señor y título. Respondióme prudentemente que un embajador representaba á su dueño, y que no se podia desafiar á un embajador, rey ó príncipe. «Tampoco, dije yo, señor, deben estos quitar la reputacion á un rey, que si él representa su república como embajador, yo represento á mi Rey como su capi-

tan que soy, y por esto queria ir á otro reino adonde aquel no representaba nada y éramos iguales.» El Príncipe me mandó entrase al cuarto de la Princesa, y llamando al embajador le dijo: que si no me dabá satisfaccion escribiria á la República su mal proceder, diciéndole tambien que yo era hombre que no le dejaria llegar vivo á ella. Temió y contentóse, y así en presencia de todos dijo, que de lo que habia dicho en la mesa no sabia mas de lo que habia oido decir á personas de poco crédito, y mas por entretener la conversacion que por saberlo, teniendo al rey de España por muy justo, cristiano y piadoso, y lo demas era engaño. El Príncipe me dijo que tomaba la honra del Rey y mia sobre sus hombros, y mandóme no saliese de su palacio, pena de la vida, hasta su órden.

DÉCIMACUARTA PARTE.

1629.—21.

Ya nos empezamos á alborotar los humores, que no quiere la fortuna dejarnos quieto. Yo envié á decir al Príncipe que su Alteza no me podia poner aquella pena, no siendo yo su vasallo ni su soldado. Disgustó al Príncipe el recado, y á la noche me envió á llamar para desnudarle, y discurrimos con muchas particularidades sobre el caso. Hacíame él cargo de mi atrevimiento del desafio en su presencia, de las razones tan picantes y descubiertas, de la poca obediencia á sus órdenes, y sobre todo del poco amor que le tenia, queriéndole dejar cuando él pensaba que yo habia de morir en su servicio. Yo conocia el humor del Príncipe, porque cuando se enojaba, al mas peinado título mandaba echar la cabeza en tierra en su misma sala y presencia, y así callé. Díjome que cómo no

respondia, yo le dije: «señor, tengo muchas razones que dar muy libres; pero no sé si V. A. está de humor de oirlas.» Respondióme que sí y yo pasé adelante diciendo que las historias nos muestran que en la presencia de emperadores y reyes se han hecho siempre los desafios, porque conceden las leyes de la nobleza que no sean civiles los agravios de los caballeros, dejando esta judicatura para los villanos, los cuales se componen por penas pecuniarias á diferencia de nosotros, por lo que se permite que con licencia de los príncipes se definan en duelo, de modo que V. A. no debe resentirse de lo que permiten las leyes, y concluyo con que no fué perder el respeto á V. A., sino tratarle como se debe á un príncipe, que si fuera menos, no se hiciera el desafio en su presencia sino el duelo. Que las razones mias fuesen picantes para un hombre ordinario, que acabada esta embajada será un noble simplemente, no pedia menos la libertad con que habló; y cuando se me diga que allí como embajador representaba su República, respondo dos cosas: la una, que no es decente hablar mal un embajador de un rey, y que allí no habló como tal, pues no traia comision para tratar del rey de España sino de otros negocios, de manera que habló como hombre particular y como á tal se le pudieron responder aquellas palabras; y dado caso que hablase como embajador, considere V. A. la diferencia que hay de la república de Venecia al mayor monarca del mundo, que esa misma ha de haber de sus injurias á mi respuesta, aunque no seamos iguales en oficio. Yo, aunque desterrado por mis desgracias, soy ministro de mi rey, y me toca defenderlo en todas partes. De la poca obediencia á las órdenes de V. A. debe considerar que yo soy su esclavo por aficion y voluntad; pero en cuanto á lo demas, ni soy su vasallo, su soldado, ni su cautivo: que así como V. A. me puede despedir, así me puedo despedir yo. En cuanto

al poco amor que le tengo, probaré que es mayor que el que tengo á mi rey, pues por el amor y respeto suyo he dejado de mostrar el que debo y tengo á mi señor natural, debiendo por él matar á un detractor de su honra públicamente; y dar mi cabeza al cuchillo por su servicio; de manera que he cumplido con el amor que debo á V. A. y faltado á la fidelidad de mi rey. Añadiendo á esto que V. A. es el que no me ama ni me estima, pues si me amase me dejaria vengar y estimaria mi persona como honrada; pero no dejándome quitar el agravio hecho á mi rey, es señal que no quiere la real reputacion ni gusta de criados honrados.» Suspenso dejó mi respuesta al Príncipe y dudoso de responderme; antes convencido de mi razon me dijo que mi discurso era de hombre que habia estudiado mucho en el duelo, y mi entendimiento digno de ser empleado en un consejo imperial, y que era dichoso de poder decir era dueño de tal sugeto; pero que miraba mi razon con pasion propia y no sus conveniencias; que me estimaba por tan honrado que queria poner sobre mis hombros su principado, y que para su intento deseaba pusiese yo los ojos en alguna dama de la Princesa, porque casado se aseguraria de mí para este negocio, y sabia que así yo habia de vivir y morir en su servicio.

El negocio era que si se fiase del Emperador, que no se fiaba, queria enviarme á España por embajador, y que queriéndole ayudar el Católico Rey, tenia confianza de poner el pié en Constantinopla, quitándosela al Turco, el cual no era el que le favoreció para ser príncipe, sino su sucesor, con el cual se habia llevado muy mal por sus tiranías. La forma y modo eran estos: debia prometer al rey de España y al Emperador entrar con su ejército por Hungria, la cual fácilmente ganaria, pues no le podia venir socorro de Constantinopla ni de otra parte, poniéndo-

dose el Príncipe á la entrada con cuarenta mil caballos, de modo que tomados los pasos y metidos en medio viviendo, como viven, descuidados, facilísimamente eran todos pasados á cuchillo, y juntos despues estos dos ejércitos con todos los pactos que el Emperador quisiese, hallarían el paso para Constantinopla franco, que les daba el príncipe de Valaquia injuriado y maltratado del gran Turco, con grandes extorsiones, ayudando con veinte mil caballos, con que llegaria nuestro ejército á cien mil hombres, y siendo contigua á Constantinopla era empresa muy fácil. La cual se hallaba á la sazon en grandes disensiones entre los vireyes y bajaes, divididos en bandos, y los espahies y genízaros mal pagados y tiranizados, todos amotinados; los cristianos libres y los sujetos siempre los teniamos seguros á cualquiera motivo, que son una gran cantidad, y por librarse de aquel tirano yugo harian lo posible. La Grecia no ve la hora de sacudir esta sujecion, pues muchas veces han pedido socorro y armas á nuestro Rey para librarse de la tiranía turquesca, de que soy testigo. Por esta debia entrar la Católica Magestad con su ejército, llamándole por allí sus fuerzas, mientras que los venecianos con su poderosa armada cobrasen lo que les toca de Dalmacia y Croacia, que para este efecto era venido este buen embajador.—No es malo el modo, dije yo, de pedir socorro al rey de España, publicándole por tirano.» Pasó adelante el Príncipe, diciendo tenia convocados los tártaros, cuyos embajadores pocos dias antes eran venidos para que entrasen por el Mar Negro, en tanto que Polonia les hacia guerra por Rusia, y el de Persia, enemigo capital del Turco, por su parte continuase la guerra; y que, asegurada esta liga, no le faltaba mas que la del Rey y Emperador, que la fiaba de mi industria, tomando á su cargo el entrar en Constantinopla el Emperador y coronarse como rey, el de España de

la gran Grecia, venecianos de lo que les tocaba de Dalmacia y Croacia, contentándose él por este trabajo con hacerse señor de lo que el Turco poseia en Hungría, y ser feudatario jurado del Emperador y sin las parias de quince mil cequíes que dá anualmente el Turco; y que me pedia no enturbiase este intento con mi venganza, pues nunca faltaba tiempo cuando sobraba vida. Consideré las grandes resultas que este negocio podria tener en mi favor y reputacion, y respondíle que donde intervenian cosas de tanto peso y reputacion á la cristiandad, me contentaba con ceder de mi intencion, dejando en su vigor la palabra que me habia dado de que sobre su honor y reputacion ponia la mia, y que estimaba este favor mucho de creer que mi persona fuese la que me hacia capaz de este cargo; que si hallase otro mas á propósito que le emplease, que me contentaba con que saliese el negocio mas acertado, y que eligiéndome á mí procuraria cumplir con las obligaciones de mi nacimiento y darle suficiente satisfaccion.

Quedamos en este concierto, y la Princesa por divertirse trató de ir á una cacería con sus damas, y quiso llevarme á mí. Por sacarme de la córte, y estorbar algun disgusto, dió licencia el Príncipe, y partí con ella. En tanto se despidió el Embajador y fuése con poca satisfaccion para su persona, y mucha para su República. Iban las dos competidoras con la Princesa, Madama de Esternemberg, ya referida, y la hermosísima judía, llamada Peci Raquel, hija de un señor tan poderoso, que se quiso en otro tiempo hacer coronar príncipe de Transilvania, por lo que fué aprisionado y condenado á muerte; y aunque el Príncipe le perdonó, el Senado y Consejo ejecutó la sentencia y confiscó sus bienes como de rebeldes. El Príncipe tomó esta hija á su cargo, dotóla en dos villas, y crióla en su casa. El padre descendia antiguamente de hebreos, y guardaba la ley arriana, como su hija. Eran

nuestros amores el pasatiempo de la Princesa, porque la hermosísima Raquel (que cierto lo era y tenia con justa razon este nombre) buscaba las ocasiones de estar conmigo con toda astucia y solicitud, y madama de Esternemberg se hacia halladiza (1) con un descuido cuidadoso. Aquí entraban las quejas á la Princesa, mi señora, su risa y mi gusto, porque dia y noche andábamos en estos pasos de comedia. Llegó á término la hermosa Raquel de celosa, que se declaró conmigo, diciéndome era tanto su amor que se haria católica si yo me casase con ella, y que no reparase en que Madama de Esternemberg tenia una villa mas que ella, pues si su padre tuviera ventura ella fuera princesa de Transilvania, y aquella su vasalla, y de la misma manera me eligiera por su esposo, tanto me estimaba y queria, y esto dijo echándome los brazos al cuello. Verdad es que su hermosura era peregrina; pero el apetecer yo lo que se me daba mas por tasa, ó el tener la otra el color mas adamado y quebrado, y mas jarifas acciones, me tiraba mas á su amor que al de Raquel, y sobre todo el temor de Dios, el ser católico yo, y ellas ambas herejes, y ser ademas casado, me tiró la mano á tomarlo no mas de por entretenimiento y por pasar el tiempo engañándolas. Aquí llegó mi favor ó fortuna á descalzar á la Princesa, porque llevando una bota justa de cordoban muy sutil, corriendo una liebre con sus damas, se hizo mal en un pié. Ellas pasaron adelante, y la Princesa quedó mandándome la apease. Hícelo, y ella con el dolor llegó su cara á la mia; bajéla en tierra, y ligando los caballos la descalcé, y mirándola el pié, adonde estaba la pequeña señal, puse un poco de saliva encima, que otro bálsamo no tenia. Riólo mucho, aunque tenia dolor;

(1) Encontradiza.

yo la dije que era bueno, y que con la lengua se habia visto sanar llagas (como es verdad). Tuvo el pié un poco en fresco, y mandóme la calzase. Hícelo besándola el pié primero. Díjome: «yo os agradezco el favor, pero si supiesen esto Esternemberg y Raquel, pendencia teniamos.»— «Señora, le dije, esos son pasatiempos por dar entretenimiento á vuestra serenísima Alteza; pero mas altos van mis pensamientos, fuera de que á V. A. todo se rinde como á dueño.» Miróme, y vió que no me habia demudado; toméla en brazos para subirla á caballo, y dije: «téngase V. A. bien á las clines.» Sentóse, y dijo: «ya me he tenido bien, teneos vos sin haber de subir tan alto como vuestros pensamientos.—Ni á ellos, dije yo, nadie les puede quitar que no suban, ni yo subiré si no me dan las clines en la mano, porque teniéndolas y la ocasion por el copete, no la dejaré.—Y si no os la dan, ¿qué hareis? me replicó.—Estarme á pié, le respondí.—Agudamente me respondeis, me dijo; si no podeis subir yo os daré la mano.—Para besarla, dije yo, que con eso llegaré al cielo.—Tomadla, dijo, y subid á caballo. Besé la mano, y subí, y caminando me miraba con tanto cuidado que me le llegó á dar, aunque no sospecha de que se hubiese enojado, porque fué todo muy riendo, y no de chanza como quiera, sino muy festiva. Encontramos el coro de las nueve, que tantas eran, y vueltas á la villa, vino nueva á la Princesa de la grave enfermedad del Príncipe, y así partimos á toda prisa. La caza fué mucha y buena, y el Príncipe se levantó de la cama á su ventana para ver la entrada de la Princesa, que fué por alegrarle solemne. Curábase el Príncipe por hidrópico, mal que dura mucho; ya se levantaba, ya recaia; no por eso cesaba la música y saraos ordinarios. Yo conocia en la Princesa poco gusto de que burlase mas con las dos; salióle un casamiento á la hermosa Raquel de un ba-

ron gentil-hombre de la cámara del Príncipe, rico y noble, y así me dijo que me resolviese, que si yo la quería, dejaria por mí á un rey. Yo le dije que se casase, que yo no podia sin escribir á España, y con esta respuesta y muchas lágrimas se casó con el baron, que era católico, y ella se volvió católica. Festejóse mucho su boda, hallándose el Príncipe y la Princesa en ella, y celebrándose en nuestra iglesia de católicos con mucha solemnidad la misa, y en Palacio con grandes saraos. Bailó con la Princesa, por la indisposicion del Príncipe, y al tomarla la mano, la rodilla en tierra, besándola, me tiró un poco como que me ayudaba á levantar, y me dijo: ya os levanto.—Yo le respondí: «hasta el cielo, y me tendré á las clines.» Sonrióse, y empezó á danzar, y pasando por junto á la esposa, dijo: «fuera una.»—Yo respondí: «fuera dos.»—Tambien serán las tres, me replicó.—Yo le dije: «no se puede dejar lo que no se tiene.» Acabóse el baile, y quedó la Princesa, que convidando primero al Príncipe, y no aceptando este por su indisposicion, se sentó en el sólio. Murmuróse esto por un baron tudesco, rebelde del Emperador, mas arrogante que noble, y mas presumido que galan. Llegó á oidos del Príncipe, el cual dijo: «Don Diego no es menos noble que vos, y aquí baila con la Princesa en mi nombre.» Cesó el rumor, y pasó el baile adelante. Llegóme otra vez la tanda, sacándome la esposa, la cual me dijo: «vesme aquí católica, y no tuya.—Si tú te has hecho católica por mí, la dije, Dios me lo pagará.»

Celebradas estas fiestas, el Príncipe se partió á tomar unos baños por órden de sus doctores y de un tudesco recien venido, gran médico. Tomaba los baños y en ellos mismos bebia agua nevada y hacia otros desórdenes, de que mucho se quejaban los médicos, protestándose de que él mismo se mataria. Creció de forma la enfermedad

del Príncipe, que mandó llamar los nobles y señores de los Estamentos á Cortes, y en tanto se mandó hacer una caja de plata para guarnecer una de plomo en que habia de ser sepultado, en forma de ataud. La caja de plata era sustentada de cuatro leones, y encima una águila con la envidia entre las uñas en presa suya, y de escultura sus trofeos. Al mismo tiempo se labró por los escultores que vinieron conmigo de Venecia el mausoleo, tumba y sepulcro de su disposicion perpétua. Las damas de la Princesa, que eran cuarenta, bordaron y recamaron un suntuoso y costoso paño de brocado, con mucha pedrería y perlas, para poner debajo de su cuerpo, sobre las andas del túmulo con sus armas á las cuatro esquinas. Bordóse tambien un riquísimo estandarte con sus armas para poner en su cabecera; los pendones, cornetas, banderas y estandartes ganados en la guerra para poner á sus piés; un preciosísimo vestido á su usanza, calzones y medias muy estrechas, todos de una pieza; sayo baquero hasta la rodilla y ropon encima con mangas angostas y largas: todo de brocado de tres altos, cuyos anchos alamares y gruesísimos botones, á usanza suya, eran de perlas, con tanta cantidad de diamantes y rubíes que aseguraban valer con los de los martinetes del bonete redondo y el vestido ciento cincuenta mil escudos. Juntos que fueron sus magnates y títulos, hizo su testamento en conformidad de la promesa hecha al Emperador; mandó que en presencia de todos le pusiesen dentro del ataud en la forma que habia de estar cuando muerto, con tantas lágrimas universales que parecia no habian de tener fin, y cesadas hizo jurar á la Princesa para que como tal empezase á gobernar aunque para esto no precedieron fiestas. Retiróse el Príncipe, que ya estaba muy malo, ordenando que solo la Princesa ó yo le guisásemos la comida por sospecha que tenia de que le abreviasen la vida, con cuya comunicacion dormí yo en la cá-

*

mara del Príncipe y se aumentó la intrinsiqueza (1) mia con la Princesa; creciendo la sospecha al mismo paso. Recordé al Príncipe algunas veces que habia prometido al Emperador ser católico, y me replicó que lo era, pero que si lo descubrian sus vasallos le abrasarian y desheredarian á los suyos. En suma, viendo llegar su muerte, y llamando á su gente les exortó fuesen leales á la Princesa y ordenó lo que á cada uno dejaba. Yo estaba sentado sobre su cama y sus cogines sobre mis rodillas, y en ellas su cabeza, y volviendo los ojos á mí dijo: «¡Ah, mi español! mucho pierdes en perderme.» Encomendome á la Princesa (que no era menester) y le dijo me tuviese por su consejero, y se me diesen tres caballos suyos y mil escudos y el mismo salario, y hablando y abrazando á la Princesa espiró á los 15 de Noviembre de 1629, diciendo: *Domine, non intres in judicio cum servo tuo, et miserere mei.* La certeza de que habia de morir fué escrita por los doctores al Emperador (como cosa que así convenia), y el mismo Príncipe escribió anunciando el peligro en que se hallaba y rogando al Emperador que favoreciese á su sobrina, la Princesa, en caso de revolución; y así el César determinó enviar al Conde de Diatristain, sobrino del Príncipe y del cardenal de Diatristain, caballero de su cámara y de muchas partes, para todo lo que sucediese; el cual á jornadas largas se partió para llegar á tiempo. En tanto se atendió á las pompas funerales que se hicieron suntuosísimamente, guardando diez mil soldados de noche y de dia el cuerpo, que sobre un funesto y soberbio túmulo yacia en el centro de la iglesia, con muchos geroglíficos, epígramas y enigmas latinas, húngaras, alemanas, italianas y españolas, porque allí tambien estaban las mias, y gran cantidad de hachas.

(1) Intimidad.

Allí acudian los senados de las ciudades, síndicos y electos, gobernadores, presidentes y los doce consejeros de Estado; besaban la mano al Príncipe con muchas lágrimas y lutos, daban el pésame á los del Consejo y juraban á la Princesa por señora.

Así estuvo nueve dias sin novedad de movimiento ó señales de alguna inquietud. Consolábase la afligida Princesa con mi compañía, y viendo yo hechos fuentes sus ojos alguna vez provocaba á los mios al mismo efecto, y ella decia: «bien tiene que llorar, pues perdió señor que despues de mí á nadie queria mas que á Don Diego. Ruegue á Dios que me mantenga en mi reino y gobierno, que yo haré felice su fortuna.» Cesaron las exequias y la Princesa se retiró dando por mi mano audiencia á las forzosas visitas de consejeros, títulos y señores y lo demas del tiempo pasaba conmigo, tratando cosas importantes de la materia de estado y gobierno del reino. En este tiempo llegó un embajador del Gran Turco, confirmándola en el principado, y prometiendo ayudarla contra quien la ofendiese. Mandóme cortejar, recibir y despachar á este embajador, juntamente con Simon Cornix, el Generalísimo y Canciller mayor que era católico y grande amigo mio, y Jacobo Ruiti, General de la artillería, que tambien me amaba extrañamente, los cuales me avisaron que se murmuraba mucho de mi privanza y que me guardase de alguna traicion. Partióse el embajador con muchos presentes, y yo empecé á andar la barba sobre el hombro, dando cuenta á la Princesa del aviso que me habian ya dado muchos. Turbóse la Princesa y mandóme no saliese de su cuarto, inspirada de algun aviso angélico porque aquel traidor del baron Ezconiz, dando á entender que yo tenia tratos ilícitos con la Princesa, trató que en bajando al patio me hiciesen pedazos con aquellos alfanjes que ellos llaman *jandas*, y con esto maculando tambien á la Princesa de-

ponerla del gobierno. La verdad del caso es que yo trataba con los católicos la defendiesen, que son del Consejo de Estado nueve de doce que son, y señores potentes, y la mayor parte del reino, y que la Princesa casando con un católico se hiciese católica, y así estaba todo concertado.

En este tiempo llegó el conde referido de Diatristèn, embajador del César, dió el pésame con grandes lutos y sentimièntos, y confirmó de parte del Emperador á la Princesa en su gobierno, ofreciendo defenderme. Fuí avisado del Capitan General Cornix que si salia me habian de hacer la burla, y así la Princesa me ordenó que no saliese, si bien en las visitas siempre estuve con la mano al pomo de su silla. Despedido el embajador y recibidos y dados los presentes, la Princesa trató mi negocio con el embajador y los generales referidos, y todos fueron de parecer que para salvar mi vida era necesario el partirme de la corte. Tratóse el modo, y fué que el mismo embajador me sacase de noche en su carroza, y así se ejecutó. El sentimiento de las dos damas, una casada y otra doncella, no se puede encarecer; pero no fué menos el de la Princesa, pues llegó á extremo de decirme que las lágrimas de su esposo se encontraban con las de mi ausencia, y que casi dudaba cuáles atropellaban á cuáles (gran palabra de tan alta princesa); de la cual no hice mas concepto de que como el Príncipe me amaba tanto, parece que le veia en mí y se consolaba, no pudiendo creer otra cosa de una Princesa tan soberana, y conociendo la diferencia de los sujetos. Ordenó me diesen los mil ducados que me mandó el Príncipe, y mil por ella, y los tres caballos aderezados con dos joyas de diamantes que trajese en su nombre. Pedile la mano á mi partida, puesta la rodilla en tierra, y diómela á besar poniéndome los brazos al cuello, y porque le saltaban las lágrimas

volvió el rostro diciendo: «vete, amigo, que no puedo mas.» Enternecime de manera que lo mostré con los ojos, y partí con el embajador por una puerta secreta, y la misma noche con mis criados y caballos salí con tanto secreto que nadie lo supo, ni aun lo imaginó, dejando mi ropa mezclada con la del embajador.

Partí de Alba Juliá á 24 de Enero de 1630, de mi edad 34, y aguardé al embajador á tres jornadas de la ciudad, y llegado me entró en su carroza, y atravesando el reino por Baradin y Tocay (1), costeamos la Turquía con mucho peligro, por andar los turcos á centenares, haciendo muchos robos é insultos. Fué necesario que yo subiese á caballo y fuese haciendo la centinela, que esto nos dió la vida, porque como de una colina descubriese una escolta de cien caballos que bajaban de una montaña, y ellos habiéndonos tambien descubierto se viniesen para nosotros, dí aviso al embajador y entrados en consejo, se remitieron todos á mi industria, que fué poner siete carrozas y carros en forma de baluarte de siete puntas ligados unos á otros en una colina, cuya montaña nos guardaba las espaldas, y los caballos nuestros, que eran veinte, entre la montaña y los carros con unos leños ó árboles que se cortaron y se pusieron atravesados de ellos á la montaña, de modo que el enemigo no podia pasar á ofenderlos, y los otros veinte en la plaza de armas que de los carros se hizo; eramos cuarenta y las bocas de fuego pasaban de ciento y veinte. Admiróse el embajador de mi industria y presteza y de que no quise entrar dentro sino estar á caballo. Llegaron los turcos envistiendo con los carros, haciendo burla de nosotros y con grandes gritos y algazara disparando sus carabinas; pero como los nuestros estaban

(1) Waradyn y Tokay.

detrás de los carros cargados de ropa, no hicieron daño. Yo habia dado órden que ninguno disparase hasta que yo levantase una pistola, y así se hizo, y en el punto que ellos dieron la carga y envistieron todos sin efecto á querer cargar, hice señal, y alzando un árbol sali con los veinte caballos con tal furia que apenas les dejé cargar, y así se pusieron en fuga.

No me quise empeñar por no apartarme de la gente de los carros, y así con buen órden me retiré y torné á dejar caer el árbol. Tomó grande ánimo el embajador del buen suceso, y ellos extraña rábia de verse con siete muertos y cinco heridos; y rehaciendo su carga, tornaron con sin igual furia á embestir; pero los carros y coches estaban tan fuertemente ligados, que no solo no rompieron las lanzas de los carros, pero se atropellaron sin hacer nada, porque los nuestros estaban tan bien puestos por mi mano, que ninguno se veia, y eran defendidos de la ropa que les servia de trinchera. Llevaron otra rociada no menos dañosa y otra salida mia de no menos importancia. Entonces mandé que tornasen á cargar para cuando yo me retirase. No me salió de balde, que me mataron dos caballos é hirieron á uno; pero retirándome los mios al entrar embistieron con ellos, y disparando la carga prevenida los detuvieron con mucho valor. Hallábanse con pérdida de mas de veinte hombres y algunos caballos, y así desmontaron la mitad para romper las lanzas de los carros; buena resolucion si les saliera bien. Embistieron, pero los nuestros, como se hallaban vencedores, salieron de detras de los carros, y abriendo, una parte de la gente salió á campaña contra los de á pié, y yo con los diez y ocho caballos sobre los de á caballo, y dándoles una carga sin dejarles cargar las pistolas, fué con tanto daño suyo, que tomaron la carga y la fuga. Seguímoslos alguna media milla sin dejarles cargar, que no traian mas de una carabina

por uno, y así llevando nosotros tres, se les multiplicó el daño. Hice formar la gente y que cargasen todas sus bocas de fuego, y con buena órden, siempre vueltas las caras, nos retiramos. En esto empezaron á despuntar por un montecillo algunos caballos húngaros de los lugares convecinos, que por la noticia que tenian de los insultos hechos por esta cuadrilla á su gente, salian contra ellos, con lo que tomando en ancas los que habian desmontado, se huyeron á rienda suelta. Fuimos á meter en órden nuestro carruaje, y enviamos á avisar del suceso á la gente que venia, y así la mitad fué tras ellos, cuyo efecto no supimos, y la mitad vino á nosotros. Recogiéronse los caballos de los muertos y desmontados, y los despojos de vestidos y armas, que todo se los dió el embajador á los húngaros, y acompañáronnos toda la jornada de aquel dia. Enviamos aviso por postas, y así de lugar en lugar nos acompañaban cien hombres de á caballo cada jornada, por órden del conde de Alagui, vicario general del Emperador en el reino de Hungría y católico, el cual nos hizo solemnísimos banquetes, admirando y celebrando mucho mi ardid de guerra y el valor de mi nacion. Partimos muy bien acompañados, y por el camino me pidió el Conde embajador le dijese quién era yo y como vine á Transilvania, lo que referido me añadió aficion y crédito. Llegamos al estado del conde de Racozi (1), el mayor señor de Transilvania, de quien hablaremos en la siguiente plana; hallámosle muy contento de la muerte del Príncipe, y con grandes prevenciones de guerra; y siendo muy bien alojados y regalados nos partimos ya fuera de peligro, y llegamos á Posonia, adonde su arzobispo y cardenal Padman nos

(1) Así en el original, pero debió decir «Ragozi;» su verdadero nombre era «Ragotsqui,» aunque los escritores italianos de aquella época le llaman comunmente «Rackozi» (de donde nuestro autor hizo «Ragozi». Véase á Bizazori. *Hungría restaurada*, p. 33.

trató muy bien; pero á los que llegaron tarde les dijo: *tarde venientes*, *male sedentes*, *et nihil comedentes*, y así lo cumplió.

Llegamos á Posonia, llamada en tudesco Presburg, cabeza y silla régia del reino de Hungría, siete leguas de Viena, que son diez y ocho de las nuestras, y tres dias despues, el 7 de Febrero de 1630, llegamos á la misma Viena, corte del señor emperador y cabeza del Austria, con mas estimacion cada dia del Embajador, llevándome á su casa por camarada, y contando al Emperador lo sucedido en el camino y mi valor é industria.

Volvamos ahora con la pluma á la narrática de lo sucedido en Transilvania, y al estado mísero de nuestra infelice Princesa. Pocos dias despues de haber partido yo se empezó un tumulto particular del pueblo, que de su natural son volúbiles, noveleros, fáciles, inconstantes y poco leales á sus señores; y esto viene de no ser señores naturales sino por eleccion, á quien poco estiman, como no conocidos de todos y hechos ó elegidos en su mayor parte de las parcialidades ó del tumulto comun. No querian que gobernase muger, y acordándose que á la Princesa, muger del Príncipe, Andrea Bator, repudiaron, despues de muerto su marido, quitándole el gobierno y despojándola (de tal manera, que en mi tiempo, para poder sustentarse andaba por los barones y condes pidiendo ayudas de costa), imitando este inhumano ejemplo, trataron de hacer lo mismo con la presente, y sabido por ella con la ayuda de Simon Cornix, ya referido, generalísimo del reino, salió y se retiró primero á Alba Juliá y despues á Fogaraix (1), fortaleza y castillo muy capaz y fuerte, donde se recogió con sus doncellas, casa y tesoro, y avisó al Emperador para que la socorriese en tal afliccion.

(1) Llamada en otra parte F ga rosch, hoy dia Fogarasch.

Prevaliéndose de esta sublevacion el conde de Racozi, de quien poco ha tratamos, remitiendo á esta plana su historia, juntó su gente, y fué á coronarse con diez mil caballos. La razon que para esto tenia era que su padre, el conde de Racozi (1), de cuyo nombre no me acuerdo, fué elegido príncipe de Transilvania, y tomó posesion y gobernó; y muriendo este pocos años despues, quedó este hijo de quien tratamos, tan niño, que no siendo apto para el gobierno eligieron á Bator Gabor, por ser hijo de Andrea Bator, de quien tratamos en la antecedente plana, á quien hizo matar nuestro príncipe Bethelen Gabor, ó su muger, como dicen algunos, y así se coronó. Ahora resucitadas las cenizas de este Racozi, tomó posesion á fuerza de armas con el favor del Gran Turco, á quien aumentó las parias, y la Princesa, mediante algunos pactos, salió del reino y se fué despues á Viena; aunque no en mi tiempo, haciéndose católica á persuasion de la infanta de España, ya reina de Hungría y Bohemia, y ahora emperatriz, y el conde de Racozi quedó en posesion del principado de Transilvania y señorío de Hungría, echando de sí al hermano, muger y sobrinos del príncipe Bethelen Gabor y sus secuaces y parientes (2). De esta historia y sucesos futuros no sé mas, ni he tenido mas noticia.

---

(1) Llamóse Sigismundo Ragotzqui. Véase una nota anterior, p. 292.

(2) Segun el autor de la *Recopilacion histórica de los reyes, guerras, tumultos y rebeliones de Hungría*, p. 122, poco despues de la muerte de Bethelen ó Betlen, el principado se dividió en bandos. Unos escogieron á Estéban Betlen, hermano ó próximo pariente del príncipe difunto; otros prefirieron al conde Jorge Ragotzky. Prevaleció este último. En la concurrencia de estas alteraciones Betlen mató á un pariente de Ragotzky, y acudiendo por socorro á la Puerta Otomana, marchó con un ejército de turcos y tártaros, y se puso sobre Gicela, aunque sin efecto. Ragotzky buscó la proteccion del Emperador, venció á su rival, y quedó en el trono. Catalina, viuda de Betlen Gabor se retiro a Viena y casó con Francisco Cárlos, duque de Sajonia-Lawemburg.

Volvamos á Viena, adonde el embajador dió noticia de su viaje y sucesos al Emperador, y en ellos entré yo. Quiso verme el Emperador, y así fué avisado del Conde para tal efecto, no obstante que estaba ocupado en hacerme mas de mil escudos de galas y vestidos á la española y á la tudesca. Fuí á besar la mano al César en compañía del Conde, y dióme audiencia pública; preguntóme quién era; yo dije: «soldado de fortuna;» quiso saber á qué venia; respondí que á buscarla. Preguntóme qué habia sido en la milicia; dije que soldado, que en esto se incluia todo lo demas. Estaba presente Don Baltasar Marradas, caballero nobilísimo valenciano, de los mas valientes soldados que la nacion española ha tenido en nuestras edades, pues por su mucho valor llegó á ser conde del sacro Romano Imperio, señor del castillo y fortaleza de Fraumberg, conde de Boxiz y de Sdriatain, señor de la ciudad de Bodiana, general de la caballería, maes tre de campo general del reino de Bohemia, del Consejo de Su Majestad Cesárea, su camarero secreto, consejero de Estado del Consejo de la Majestad Cesárea, su coronel entretenido, capitan de la guardia de archeros y teniente general del Emperador sobre todos sus ejércitos. Este Marte español, este César prodigio, este Alejandro Magno, superador de la fortuna, á quien el Emperador llamaba padre, por haberle puesto dos veces la corona en la cabeza, recuperándole el imperio ya perdido, y defendiéndole en Hungría del Turco, en Bohemia de los rebeldes, en el Imperio de los luteranos, se halló en esta audiencia, y oyéndome responder al Emperador tan brevemente y con tanta resolucion, me dijo: «¿cómo se llama v. md.?» Yo le respondí, mientras él me miraba con mucha atencion de piés á cabeza: « yo me llamo Don Diego Duque de Estrada.» Replicóme: «¿es v. md. el que en tiempo del duque de Osuna hizo tantas cosas en el golfo

de Venecia, de que yo tuve noticia estando en el Friul peleando con los venecianos por Su Majestad Cesárea que entonces era archiduque y yo su general?» Dije: «sí, señor, y segun las señas, V. E. es Don Baltasar de Marradas, cuyas hazañas apenas me daban lugar á que durmiese de envidia, pues por horas venian las nuevas de sus señaladas victorias, deseando siempre ver ese invencible hombre de quien tanto se decia.» Abrazóme y dijo que tenia curiosidad de conocerme. Gustó mucho el Emperador de oirnos hablar en español, y que nos conociésemos por fama. Don Baltasar me pidió por camarada, y él lo concedió. Yo le dí parte de mis sucesos y oficios, y lo que me traia á Alemania, llevándome desde luego Don Baltasar á su casa, y sentándome á su mesa por su camarada. Partimos con el César á Ratisbona pasados algunos meses, en los cuales no hubo cosa notable; llegamos á 19 de Junio, y luego se juntaron allí córtes y asistieron á ellas el elector de Colonia y su hermano el elector de Baviera, el de Maguncia y Tréveris, que son los tres arzobispos electores por lo eclesiástico; faltó el Palatino rebelde, y se declararon por enemigos del Emperador los electores duque de Sajonia y el marqués de Brandemburgo, con ayuda del rey de Suecia, que con potentísima armada venia destruyendo el imperio. Allí se hallaba tambien el afortunadísimo general conde de Tilly, que despues de tantas y tan señaladas victorias, una sola batalla le quitó lo ganado con la vida. Coronóse en esta Dieta ó Córtes la emperatriz, hermana del duque de Mántua, con solemnísimas fiestas, ceremonias y banquetes, y de aquí salieron poco contentos los electores y los procuradores de los príncipes ausentes, porque en estas Córtes no se pudieron hacer paces á gusto de los luteranos.

Pues llegamos á este punto será bien decir el principio de estas guerras suscitadas por los herejes, que

apoyando y defendiendo su opinion, se han rebelado á la casa de Austria, acérrima defensora, columna y escudo de la católica iglesia romana y fé católica. Es necesario saber que muchos años antes metió la herejía en Praga uno de la misma ciudad, que encontrándose en Inglaterra, y en ella hallando ciertos diabólicos libros, los trujo y divulgó en Praga, y extendió por todo el imperio, inficionándose muchos Príncipes con esta pestilencia. Procuraron durante muchos años curar este irremediable daño los emperadores de la casa de Austria, como fueron Alberto, Federico, Maximiliano I, Cárlos V, Ferdinando I, Maximiliano II, Rodulfo, Matías y Ferdinando II, y pusieron muchos medios de paces, treguas, conciertos, delegaciones, juntas y aun de guerras; pero estando esta prava naturaleza y pésima intencion minando en sus corazones muchos años, labrando debajo de tierra en sus volcáneos pechos, forjada su infernal intencion, dió el estallido puerta abierta á que se declarase su maldad, y fué el año 1618, aterrándose y aun rebelándose la ciudad de Praga tan desvergonzadamente, que perdiendo el temor á Dios y el respeto al César Matías, que á la sazon imperaba, entraron con mano armada en el Real Palacio, tratando libremente de la libertad de conciencia, y aun de la sujecion del César; y contradiciéndoles el conde Filipo Slavata y el conde Venceslao Martinez, y el doctor Filipo, secretario de la Cancellería, tanto el repugnar la fé católica, cuanto la inobediencia del natural señor, sin mirar canas ni autoridades los arrojaron de los balcones del Palacio, que están tres picas en alto; no obstante que permitió Dios no se hiciesen daño. Esto sucedió á los 27 (1) de Mayo del año de 1618, y en el siguiente

(1) D. Nicolás de Oliver y Fullana, autor contemporáneo, dice que fué á 23. Véase su *Recopilacion histórica de los Reyes, guerras, tumultos y rebeliones de Hungría* (Colonia 1687, 4.°), libro excelente de que

de 1619, á 20 de Marzo, murió el emperador Matías, y á los 9 de Setiembre fué coronado emperador Ferdinando II (1), de quien hoy se trata, el cual era ya rey de Hungría y de Bohemia. En este año fué muerto el general Dampier (2), conde del Imperio, aunque francés, en Polonia, cabeza de Hungría, llamada Presburgo, á los 18 de Octubre. El año 1620 se juntó el ejército de los protestantes y villanos rebelados, cuyas infernales cabezas eran el conde Palatino del Rin (3) que se intitulaba rey de Bohemia, fomentado del conde de la Torre (4), investigador de estas revoluciones por antiguas cizañas y discordias con el Emperador, dimanadas de su secta maldita, del Lanzgrave (5), del duque de Sajonia y marqués de Brandemburgo, electores, que como luteranos favorecian este partido con el favor del rey de Inglaterra, cuñado del Palatino. Era cabo de nuestra liga católica el duque de Baviera (6), cuñado del Emperador, cuyo general era el

---

nos hemos servido frecuentemente para estas notas. Guadalajara en su *Pontifical*, parte V, pág. 357, dice que los arrojados fueron el presidente Slabata, el consejero Smesancio y el secretario Filipo Fabricio; pero que cayendo acaso sobre un monton de heno no se hicieron ningun daño.

(1) Por no dejar hijos el emperador Matías ocupó el trono imperial su primo Fernando II, hijo del archiduque Cárlos y de Ana Isabel, renunciando modestamente los archiduques Maximiliano y Alberto sus derechos á la corona.

(2) El conde de Dampierre, general de las tropas imperiales, de quien ya se trató en la pág. 291. Guadalajara en su *Historia Pontifical*, parte V, pág. 428, dice que murió en 1620.

(3) Federico V, conde y elector palatino del Rin.

(4) La Tour, le llaman los escritores franceses, de donde los nuestros hicimos la Torre. Su verdadero nombre fué Mateo, conde de Thurn, gran defensor de los husitas y enemigo del Imperio.

(5) Mauricio, landzgrave de Hesia. Tambien formaban parte de esta liga Juan Federico, duque de Wirtemberg, Hernesto, marqués de Anspach y Jorge Federico, marqués de Durlach.

(6) Maximiliano.

siempre vencedor conde de Tilly. Llegados, pues, los dos ejércitos á una campaña cerca de Praga, llamada Monteblanco, siendo el nuestro de inferior ejército de muchos millares, se resolvió de no dar la batalla; pero hallándose el Padre Fray Domingo de Jesus María, religioso Carmelita descalzo con un Cristo en la mano, prometiendo y asegurando la victoria, entró por medio del ejército, exhortando al combate; el cual sin milagro de Dios era nuestra perdicion. Dióse la batalla, y en medio de ella el Padre Fray Domingo animaba, exhortaba y absolvia, con tanto valor y fervor, que los soldados parecian rayo del brazo de la justicia de Dios y sus ministros, para castigar los ofensores de su Iglesia, los cuales milagrosamente fueron por los nuestros desbaratados y hechos pedazos, perdiendo la artillería y bagaje, y tantas banderas y cornetas, como se ven en Roma en Nuestra Señora de la Victoria de la Escala, traidas de este santo religioso (1). Huyó el Palatino desastradamente á Inglaterra; murieron muchos coroneles, maestres de campo, capitanes y oficiales, atribuyéndose esta señalada victoria

(1) Segun Oliver, era de nacion aragonés, Guadalajara. *Hist. Pontif.*, part. V, pág. 432, le llama Buzola.

Esta célebre batalla se dió á 9 de Noviembre de 1620, y de ella hay entre otras una relacion impresa con el siguiente título: *La famosa victoria que el Emperador de Alemania Ferdinando de Austria, hermano de la reina nuestra señora Doña Margarita, que está en gloria, ha tenido contra el conde Palatino y rebeldes y mal contentos, junto á la villa de Praga, lunes 9 de Noviembre de 1620. Refiérense asimismo las famosas presas y muertes de príncipes, caballeros, capitanes, infantes, caballos, carros, bagaje y artillería que los nuestros hicieron en los enemigos. Y la cantidad de infantería, caballos, pontones, tiros de batir y bajeles de guerra que envió de socorro Su Santidad y el Rey nuestro señor, á cargo del marqués de Spindola* (sic), *y el rey de Francia, duques y señorías de Italia y cantones católicos, y electores católicos, y otros potentados y aficionados á la ilustrísima y católica casa de Austria.* Málaga, Juan Regné, 1620, fól.

á Dios, al Padre Fray Domingo, al gobierno del duque de Baviera y al valor del general Tilly, providencia y buen órden. Entró en Praga nuestro ejército, y quedó posesor del reino. Sucedieron despues desde este año al de 30 (1) en que estamos, tantas victorias y progresos del general Tilly, que tuvo nombre de Gran Capitan en el Imperio, sin jamás perder una batalla; como asimismo el general conde Don Baltasar Marradas, que tanto en Hungría como en Bohemia hizo progresos notables, como se dirá en su lugar, como tambien en su vida y en la del baron de Vallestain, que se hallaba á esta sazon de general contra el rey de Dinamarca, que por cabeza de los protestantes salió con ejército el año 1625. Al cual en esta dieta quitaron el gobierno que despues le volvieron, de modo que de Ratisbona salieron Tilly con ejército contra el de Sajonia y Brandemburgo, de quien tuvo muchas victorias, y el año siguiente con el de Suecia, perdió la famosa batalla de Laisich (2), y fué muerto. Nosotros

---

(1) Una nota marginal del autor dice en este lugar. En este año de 1630, hácia el fin de Julio, murió el duque de Saboya Cárlos Emanuel, de edad de 69 años; y fué proclamado rey de Suecia Gustavo Adolfo por los protestantes herejes.

(2) Entiéndase Leipsic, ó Lipsia, donde los imperiales, al mando de Tilly fueron vencidos por el rey de Suecia, y los electores de Sajonia y Brandemburgo. Mas aunque herido de un pistoletazo, no murió en esta ocasion el Conde, sino en 1632 (el 22 de Marzo) en Ingolstad.

Juan Tserclaes, conde de Tilly, natural del país de los walones, fue uno de los generales mas acreditados del Imperio en la guerra llamada de los treinta años. Son muchas las relaciones que de sus victorias y de los sucesos de esta larga campaña se imprimieron en varios puntos de España, entre las cuales citaremos algunas de las mas importantes:

Relacion verdadera de la insigne victoria que nuestro Señor ha sido servido de dar en 6 de Agosto de este año de 1623 al conde de Tylly, teniente general del ejército de la liga católica contra el duque Custiano (sic) *de Bronzuique, obispo de Alberstat y sus ejércitos.* Sevilla, por Gabriel Ramos Vejerano, 1623, fól.—*Segunda victoria que Dios Nuestro Señor fué servido de dar al conde de Tylly, en Alemania, contra los herejes re-*

partimos con quince mil hombres, y el general Valles-tain con treinta mil, y salimos de Ratisbona el 16 de Setiembre para Praga, adonde llegamos el 4 de Octubre del mismo año de 1630, entreteniéndonos por el camino algunos dias. Aquí se formó el ejército, y habiéndonos partido para acabar de cumplirle á la ciudad de Tabor, vino nueva de que el duque de Vaimar, general del de Suecia, habia tomado á Praga, y que la mayor parte de su nobleza y títulos salieron con sus casas, hacienda y la co-

---

beldes y enemigos de la liga católica: traducida de lengua flamenca, por Juan de Vargas, vecino de Madrid, Sevilla por el mismo impresor, 1623, fól.—*Relacion de la gran vitoria que ha tenido el emperador de Alemania contra el rey de Dinamarca, el ejército que le ha desbaratado el conde de Tylly, su capitan general, con muerte de 2,000 caballos, y prision de muchos grandes de su córte.* Sevilla, Simon Fajardo, 1625, fólio.—*Relacion de la liga que el emperador de Alemania y los príncipes potentados y repúblicas católicas han instituido contra los rebeldes enemigos de nuestra santa fé católica, etc.* Sevilla, mismo impresor, 1626, fólio.—*Relacion enviada del conde de Tylly, capitan general del ejército de la Cesárea Magestad á la serenísima señora infanta Doña Isabel, y á Madrid al Embajador, con cartas de 9 de Setiembre, de la victoria que alcanzó contra el rey de Dinamarca en 29 de Agosto de 1626.* Sevilla, mismo impresor, 1626, fól.—*Victoria segunda que tuvo el conde de Tylly, general de la M. C. del emperador contra el ejército de Dinamarca y duque de Sex, que le trajo mucha gente de socorro.* Sevilla, Juan Cabrera, 1626, fól.—*Relacion de la gran victoria que Dios Nuestro Señor fué servido dar en el mes de Agosto de este presente año de 1626 al ejército de la liga católica de Alemania y á su general el grande, valeroso y virtuoso conde de Tylly, contra el rey de Dinamarca, y su ejército de herejes, etc.* Lisboa, Pedro Craerbeck, 1626, fól.—*Victoria insigne que la C. M. del emperador de Alemania ha tenido contra el rey de Dinamarca á 25 de Agosto de este año de 1626, etc.* Sevilla, Simon Fajardo, 1626, fólio.—*Rota que el emperador de Alemania tuvo con el general del enemigo, llamado Alberstad, en Dinamarca.* Sevilla, Juan Cabrera, 1626, fólio.—*Feliz victoria que ha tenido el emperador de Alemania con el rey de Dinamarca, con aprovechamiento de despojos de mucha importancia, y prision de muchos caballeros, y retirada del conde de Mansfelt, etc.* Sevilla, Juan Cabrera, 1626, fól.—*Relacion cierta y verdadera, sacada de avisos una y otra vez confirmados de la rota y huida del rey de Dinamarca, y total destruccion de su campo y ejército, y señaladas victo-*

rona de Bohemia, retirándose por la impensada entrada del enemigo en Praga. Acudió nuestro ejército, y acompañada la corona de damas y caballeros, que eran mas de dos mil carros, la llevamos á la ciudad de Vudubay (1), fuerte y grande ciudad, y la segunda de Bohemia; y dejada en salvo esta gente, con nuestro ejército embestimos al enemigo dentro de Praga, que por ser ciudad tan grande de murallas que excede á Roma, siendo siete ciudades dentro de un muro conjuntas y este poco fuerte, echamos al enemigo de la ciudad sin poderla defender. Aquí conoció mi General lo que tenia en mí, pues jamás le falté del lado, sino fué al tiempo del embestir, que fuí el primero, diciendo á voces el General: «Así peleamos los españoles, y así ganamos lo que tenemos miren Vutestras Excelencias (2) á Diego, mi camarada.» Desocupó el país el enemigo, avanzando nosotros la tierra que él perdia, y ganando tanta que salió de todo el reino; teniendo cada dia muchos encuentros, y particularmente uno en que fué preso el hijo del rey de Dinamarca, adonde habiendo salido una compañía de aventureros titulados, nos avanzamos hasta cincuenta caballos, y viendo que yo

---

rias, que la S. M. C. ha tenido ahora nuevamente desde 18 *de Octubre hasta fin de Noviembre de* 1627 *en los países de la Sajonia inferior, y tierra firme del Septentrion, por Juan Scheffer, gentil-hombre aleman*; Madrid, viuda de Alonso Martin, 1628, fól., y Lisboa, Matthews Pinheiro, 1628, fól.—*Victoria que el ejército del emperador de Alemania tuvo en la entrada de la Bartolina* (sic). *Y la gran cantidad de infantería que tiene puesta en sus confines y en los de Venecia.* Sevilla, Juan Cabrera, 1629, fól.—*Asalto inaudito y maravillosa victoria que el campo de la Magestad del emperador Ferdinando segundo y la liga católica, siendo su lugar-teniente general el señor conde de Tylly, ha alcanzado de la famosa ciudad de Magdeburg.* Barcelona, Estéban Biberos, 1631, 4.°

(1) Hoy Budweis, sobre el rio Moldau, á 123 kilómetros de Praga.

(2) Hablaba, sin duda, con los demas generales.

iba adelante, dijo el General que no saliésemos que éramos pocos. Yo habia empezado á galopear, y pareciéndome afrenta volverme dije con calor: «pocos ó muchos ¡Voto á Cristo! que basto yo solo.» Estaban delante los generales de infantería, caballería y artillería, y quedaron suspensos de verme dar de espuelas al caballo y partir solo, por lo que ordenó el General me siguiesen, que fué con tanto estrépito que á pocos lances fué deshecha la compañía enemiga (1). Volvimos al ejército, y el General sonriyendo me dijo: «Señor camarada, no se enoje v. md., que por el hábito de San Juan yo le temo, cuanto mas el enemigo, siendo paisanos y camaradas.» Yo le besé la mano por el favor, y por ser ya hivierno los ejércitos se retiraron.

Llegó el mes de Febrero de 1631, de mi edad 42, hallándonos en la provincia de Hesia, adonde se hallaba tambien el de Sajonia con treinta mil hombres sobre la ciudad de Ratisbona, y llegaron los ejércitos á plantarse. El enemigo tenia sitiada la ciudad, y para resguardo de nuestro ejército cuatro mil hombres puesto en una colina bien atrincherados, con los cuales cada dia saliamos á escaramuzar cuerpo á cuerpo, espada á espada, y pistola á pistola. Placíame tanto aquel modo de combatir que cada dia salia á la escaramuza, y dióme Dios tan buena fortuna en ellas, que por ser tan señalado, siempre que el enemigo desafiaba, pedia que saliese el caballero pequeño que era yo, llamándome á la francesa el *Jabalier petito* (2). Eran ya doce escaramuzas el dia de Nuestra Señora de la Candelera (3), á 2 de Febrero, sin que jamás me hubiesen

(1) Hay aqui una nota marginal del mismo autor que dice así: «á 28 de Setiembre murió aquel espejo de la milicia el marqués de Espínola en el infeliz sitio de Casal, año de 1630.»

(2) Así en el orígínal. Es de notar el empleo de la *j* para expresar el sonido de la *ch* francesa en *Chevalier*.

(3) Candelaria.

echado de á caballo, ni dado golpe de consideracion; y este dia á gloria de Nuestra Señora salí con otros cinco á desafiar al enemigo con un trompeta delante. Salieron otros seis, y el general Marradas estando con los demas generales sus súbditos delante del ejército, dijo: «¡Lástima es que no vaque una compañía para este caballero! gran coraje y gran valor en un hombre tan pequeño; pero temo perderle que es demasiado arrojado.» Estuvieron atentos á nuestro combate, que al son de trompetas y cajas empezó; yo les dije que fingiésemos embestir derechamente á ellos, y que hurtando el cuerpo al primer golpe, nos hallariamos con una pistola de mas, y así fué, que viniéndose derechos para nosotros al tiempo de dar la carga, hurtamos el cuerpo, de que quedaron helados los generales, creyendo rehusábamos el embestir; pero viéndonos en el mesmo punto sobre las ancas de sus caballos dijo el general Marradas: «Este es ardid de Don Diego, ¡oh buen toledano!» Dímosles la carga con tan buen efecto que cayeron dos, y de los cuatro me dijo uno: «*Jabalier peti*, solo á tí te quiero, apartémonos;» y los mios, aunque heridos dos de ellos, al cabo de una reñida zufa (1) acabaron con los tres. Era este mi enemigo hombre robusto, corpulento y de grandes fuerzas, y traia un caballo que en un ochavo daba la vuelta, tan robusto, fuerte y diestro, que hurtándome el cuerpo al golpe me lo hallaba á mis ancas para dármelo él; pero llevando yo un morcillo del General se podian jugar, á quién era de mejor manejo. Guardábame yo de sus golpes de espada, que eran tan fuertes que cualquiera de ellos bastaba á derribar un poste, y al fin me valí de la pistola, que me quedó reservada del primer encuentro; disparéla, dándole tal pistoletazo que le desfajé el morrion, y quedó descubierto.

(1) Voz italiana que significa «pelea.»

En esto empezó á caracolar y llevarme hácia sus trincheras, y yo corrido de ver mis camaradas victoriosos, y yo sin hacer nada, púseme las riendas al brazo y tomando la espada con dos manos embestí con él; pero él hallándose ya cerca de la trinchera, y bastante atontado del pistoletazo de la cabeza, dió riendas al caballo, y yo trás él, con tanta furia que mi caballo puso las manos sobre las ancas del suyo, abriéndole yo entonces la cabeza de una cuchillada, con que dió en tierra, estando tan cerca del enemigo, que pudieron tirarme una rociada de mas de quinientos mosquetazos y matarme el caballo. En el discurso de nuestro combate mi prevenido General habia enviado dos compañías de caballos ligeros para mi desempeño, á las cuales salieron otras dos del enemigo, y empezando á engrosar la escaramuza y salir de cuatro en cuatro compañías y de ocho en ocho, vino la cosa á parar en que mi General movió el ejército, y saliendo embistió con las trincheras del enemigo, y rompiéndolas le degolló mas de dos mil quinientos hombres. Mandóme buscar, y con muchas diligencias me hallaron entre los muertos revolcado en mi sangre. Llevárónme á su alojamiento, adonde poniéndome en su cama me curaron cinco heridas que truje, quedando estropeado de las dos manos, aunque no mucho. Murió en aquella ocasion el capitan Juan Jaich, y así se me proveyó su compañía de corazas, como es dicho, á 2 de Febrero de 1631. Curé de las heridas, yendo á este efecto á Viena, y estando sano empecé á gobernar mi compañía, en el cual tiempo el duque de Sajonia con gran parte del ejército partió á sitiar á Fraumberg, castillo fortísimo y llave del reino de Bohemia, con tres fosos y fuertes murallas y aun suntuosísimo palacio, tal que el Emperador con toda su corte aloja dentro, y adonde mi General tiene toda su riqueza. Tiene tres altos, y es tan grande y capaz, que en el frontispicio

las ventanas de su galería son veinte y cuatro, y es tan grande como el palacio de Monte Caballo del Papa. Valen sus adornos mas de doscientos mil ducados, así de pinturas antiquísimas y de célebres pintores, como sus colgaduras de finísimas telas de oro y brocados y riquíslmas camas bordadas, figuras de bronce y mármol, escritorios preciosísimos y vistosas y ricas curiosidades dignas de tal señor y ganadas á muchos príncipes por el valor de su espada, y sobre todo una armería tan curiosa y costosa, que es digna de un Rey por sus diferentes é industriosas pistolas, carabinas y pistoletes que disparan siete veces y por un cañon que con volver una rueda apretada de un solo dedo dispara. Tiene hermosísimas fuentes por todas las salas, subida el agua por un ingenio hasta la mas alta torre; tiene de guarnicion quinientos hombres, y entre ellos de todos oficios, así de artillería como de lo necesario al vivir; una cisterna hay inagotable, y muchas municiones de guerra y mantenimientos para el uso, comestibles y hostiles; y *circum circa* mucha gente para socorro; y es plaza que pueden estar dentro tres mil hombres armados á su placer para su defensa y guardia. Está en una altísima montaña, que guarnece un rio llamado Albis (1), célebre por sus diamantes y perlas, de las cuales traje dos mil escudos y mas. En frente de este castillo hay otro monte casi tan alto, que se va extendiendo su falda hasta este rio, el cual sirve de foso á los dos. Aquí traia el Duque intento de plantar su ejército para destruir el estado del conde Don Baltasar Marradas, mi General, y del ejército imperial. Este no quiso partirse de su

(1) Es el Elba que los alemanes llaman Elben; es decir, once, ó por las once fuentes de donde se origina, ó por los once rios tributarios suyos.

ejército porque no se dijese que por defender su estado desamparaba el del Emperador, y vacilaba en esto porque al fin perdia su estado, que le costaba tanta sangre, su hacienda que estaba toda allí, y cien mil ducados de renta; y así se determinó á fiar esta empresa de mi valor y resolucion, y llamándome y abrazándome, me dijo fiaba su honor, su vida y la de su hijo y hacienda de mí; que sabia que el de Sajonia iba á quitarle su estado por despecho, y que aunque tenia buena gente allí, no tenia cabo, que si yo le valia en esta ocasion, quedaria perpétuamente obligado. La respuesta que di fué decir: «¿cómo daré yo mala cuenta á quien hace tanta de mí? Adios, señor; ¡toca, trompeta!» y montando á caballo, sin mas prevenciones y tomando sus órdenes por escrito, metí cien dragones valones á las ancas de los caballos, dándome tanta priesa que aunque me llevaba el ejército un dia y medio de ventaja llegué á tiempo, que aun no habian puesto su sitio, y entré francamente. Don Baltasar envió luego á llamar al sargento mayor general Don Juan de Salazar que viniese con la caballería en mi socorro. Entré en el castillo, y recibido por cabo, salí á observar las acciones del enemigo, y hallé que no teniendo noticia de mi venida, la gente cansada se habia echado á orillas del rio á refrescarse y reposar. Hice grandes soliloquios, y la resolución fué que la mesma noche salí con una compañía y los cien dragones, con zapas y picos, y me fuí á unos gruesísimos estanques que son muchos, y uno de catorce leguas de circunferencia, y rompiendo los diques de todos, fué tan grande la furia de la corriente, que creciendo el rio que pasa por entre los dos montes, impensadamente saliendo á aquel llano, anegó un tercio del ejército y á los demas bañó, como tambien las municiones que allí estaban. Volví á mi castillo, y á la mañana el rio apareció cuajado de cuerpos muertos, que como

cesó la corriente quedaron atrancados en sólito (1). Admirada mi gente del ardid industrioso, me consideraban un Marte y me observaban con gran respeto. A esta sucedió otra mayor, que viniendo gran cantidad de cargas de vino de los circunvecinos lugares, mandé que entrase la gente y guiasen los caballos al ejército del enemigo. Preguntáronme por qué, y dije que de mojados los queria borrachos y degollados aquella noche, la cual era de San Juan, y así fué, que llegado el vino á sus manos, sin podérselo estorbar los superiores, se emborracharon. Salí pasado el segundo cuarto con quinientos hombres, dejando ciento de guardia y ciento para mi socorro, y diles tal encamisada y con tanta priesa y tanto silencio, y ellos estaban tan borrachos, que poco nos faltó para llegar á la tienda y pabellon del Duque, el cual creyendo que habia llegado la caballería de socorro, de que ya tenia noticia, con el sargento mayor Don Juan de Salazar, ya referido, y sabiendo que eran diez mil caballos, y añadida la mortandad de la creciente y el haberle dicho que habiamos degollado mas de mil hombres, le turbó de manera que al amanecer ya no se via el ejército, y nosotros tomando nuestra derrota no le seguimos mas porque conociendo eramos tan pocos no nos volvieran las caras y nos sucediera mal. Tomamos los despojos, bagaje y artillería, y vueltos al castillo se celebró la victoria con muchos banquetes; aunque sentian las cargas de vino que yo diera al enemigo. Fortifiqueme muy bien, y sabida la

(1) Así dice el original, no entendiéndose bien lo que por *sólito* quiso aquí significar nuestro autor. ¿Quiso decir *en sólido*, es decir, en el barro; ó «lo acostumbrado ú ordinario» en italiano *solito*, dando á entender que cesando la corriente extraordinaria del rio, los cadáveres quedaron sobrenadando sobre el caudal acostumbrado (sólito) del Elba? El autor, como se ha visto, emplea frecuentes italianismos.

nueva, el General me nombró por castellano de aquel importantísimo castillo y fortaleza, con retencion de mi compañía y los dos sueldos; cargo muy honrado y de bastante utilidad. Fué mi defensa del castillo de Fraumberg contra Sajonia á 24 de Junio de 1634 y de mi edad 42.

PARTE DÉCIMAQUINTA.

1631.

Cuando en todos estos mis *Comentarios* no hubiera mas de bueno que esta décimaquinta parte, se pudiera suplir lo demas por leer y notar tres cosas memorables al mundo; y pues por la misericordia de Dios de la décimacuarta parte quedamos con buena boca de gobernador de un castillo tan importante, con retencion de la compañía de caballos corazas, defendido con tan buena industria y cargo tan honroso, divertiremos tanta guerra dando viento á la vela del entretenimiento, porque no sea todo Marte y Belona, con las suntuosas fiestas de la serenísima infanta de España (1) que vino á casarse con Ferdinando III, rey de Hungría y de Bohemia, y aunque deberian ponerse antes de este último suceso, por haber sido en el principio del año 1631, se han dejado para dar principio tan bueno á esta décimaquinta parte, y por no romper el hilo al suceso antecedente. Confieso que para tal relacion era necesaria mas elegante pluma, mas sutil entendimiento, mas discursiva retórica y lenguaje mas puro, terso y limado; mas en efecto será del mismo paño

---

(1) Esta infanta, hermana de Felipe IV, se llamaba Doña María. Casó con el archiduque Fernando, hijo del emperador Fernando II.

de la historia porque no parezca remiendo. Luego que se esparció la alegre y deseada nueva de que la serenísima Infanta habia pasado el mar de Liguria, confines de Toscana, y llegado á la maravilla de Europa, Partenope, hoy Nápoles, adonde fué recibida con admirable aplauso y grandeza, con tanta cortesía de sus príncipes y títulos, princesas y damas, con tanta máquina de artillería, salvas de infantería, repíques de campanas, invenciones, fiestas y máscaras, que por no oscurecer en algo la nuestra, se deja de describir su entrada; determinóse en Viena, sabida su partida de aquel reino, que el serenísimo archiduque Leopoldo, hermano del César Ferdinando, padre del esposo rey de Hungría, la fuese á recibir á Trieste. Acompañaban á la serenísima infanta el duque de Alba y el cardenal Guzman, entre el cual Duque y el de Alcalá, á la sazon virey de Nápoles, hubo algunas controversias sobre la presidencia, que serian largas de contar y aun odiosas, por cuya razon se omiten; basta decir que Su Alteza tuvo entre tantas fiestas algunos disgustos.

Pasó por Nuestra Señora de Loreto, dejando prendas de su grandeza á aquella imágen, y despues agasajada de Su Santidad Urbano VIII por todo el estado de la Iglesia, como tambien de la república de Venecia por todo el suyo, galantería en que tambien se habia esmerado la república de Génova y el gran Duque de Toscana, llegó á Trieste, adonde fué recibida del ya dicho archiduque Leopoldo, el cual la acompañó hasta cerca de Viena y dejó en Marburg, pasando á Viena á dar el aviso al Emperador y Rey. Habia ya el Empecador tenido aviso por correo de la venida y desembarque de la Infanta en Trieste, y luego despachó al príncipe de Eguenberg, su privado, á visitarla con muchos caballeros, y entre ellos el mismo Rey disfrazado. Halláronla en Gratz, ciudad hermosa y rica. Luego que llegaron, aunque tarde, tuvieron audiencia de

Su Alteza, y llegando todos á besarle la mano fué conocido el Rey por el retrato que la Infanta tenia, aunque disimulado de Su Alteza. Estando en el discurso, que fué largo, el Príncipe dijo al Rey que despabilase las candelas, fingiendo ser su paje. Llegó Su Magestad y con una rodilla inclinada despabiló las bugías del bufetillo de la Infanta, la cual hechas sus reverencias y mirándole le dijo: «gran paje,» á que respondió el Rey: «soylo de gran señora, para quien todos son pequeños.» No acababa de despabilar las velas el Rey suspendiendo la mano y mirándola por lo que la Infanta dijo: «alegrad las bugías,» y él replicó: «cortaré los pábilos, pues están alegres con tal presencia.» Acabada la embajada se partieron, muy enamorado el Rey de su esposa.

Habia el Emperador despachado luego al general conde Don Baltasar de Marradas, que la halló á catorce leguas, adonde le besó la mano, con gran gusto de la Infanta que deseaba conocerle. Detúvole aquella noche y al otro dia, discurriendo con él varias y alegres cosas, y dándole una sierpe de diamantes, de valor de diez mil ducados, con lo cual y dadó respuesta á su embajada, se despidió. Habia la Infanta llegado á Altenburg, adonde la dejó el Archiduque, como dicho es, y allí vino el Rey y el mesmo Archiduque públicamente á visitarla, con gran parte de la nobleza de la córte, y despues la Emperatriz y Archiduquesas, y á Ebersdoff el mismo Emperador. Era el sitio muy apacible de jardines, y fuentes de mucha amenidad y recreo, y muy á propósito para tales ceremonias, que no es posible describirlas: así como el querer la Infanta besar la mano al Emperador y Emperatriz y ellos retirándola darle los brazos; el pedírsela las Archiduquesas y ella abrazarlas y besarlas, las ceremonias del Rey, los cumplimientos para los asientos, los conceptos amorosos del Rey, las discretas respuestas de la In-

fanta, cosa que dejo á la imaginativa del discreto lector. Volvióse el Emperador, Emperatriz y Archiduquesas, y quedó el Rey con muchos caballeros, aunque en cuarto apartado, y la Infanta recibió las visitas de prelados y de la ciudad y otros príncipes. Llegó la infantería y caballería; y al otro dia, once de Marzo, entró el Rey é Infanta con esta órden. Al bélico estruendo de trompetas y clarines marchó un escuadron de lucidísima y bien ordenada caballería de la misma ciudad, en tropas, con la librea del César, amarillas y negras las guarniciones, bandas rojas, y resplandecientes armas sobre coletos y calzones de ante, guiado el escuadron de un coronel como las compañías de sus lucidos y nobles capitanes, y el sargento mayor y cabos poniéndolas en órden, disparando sus pistolas hasta la puerta misma del palacio imperial. A este tiempo las campanas de todas las iglesias con trémulos zumbidos dieron muestra de su contento, correspondidas de gruesas piezas de artillería que con estrepitosos modos gritaban los parabienes, al tiempo que la mosquetería alternaba las enhorabuenas al retumbante son de los sonoros tambores y tremolantes banderas. Las calles y plazas estaban adornadas de preciosas telas, y las ventanas con ricos tapetes, engastes de hermosísimos serafines, compitiendo en la compostura pero no en la hermosura, pues su blancura sin afeite y su aliño con descuido compite y pasa al de todas las naciones. Hasta la mitad de la ciudad fué precursor Febo de nuestra Infanta solo para mostrarle la via láctea de su curso; pero ausentándose de vergüenza de otro sol mas resplandeciente en el ocaso que él escogió para su occidente, amaneció el de María para dar luz á las demas estrellas que la esperaban, no haciendo falta sus recogidos flamígeros rayos y radiantes cabellos, hebras de vivificadoras luces, con que se fué á reclinar en brazos de la noche, pues esta misma preparó cama celeste

de estrellado cielo y cortinas tachonadas de refulgentes luceros (bien prevenida y poco advertida). Pues el segundo sol (primero en todo) alumbrando este hemisferio dió luz tan viva que el Faeton mas supremo cayó á los piés de su hermosura, y el mas altivo Icaro derritió la cera de sus alas en el calor de su sol, deslumbrándose la vista no del águila real, sino de la mas imperial del orbe. Acompañaron su celeste carro en otros los planetas de sus hermosas damas, y aunque no eran necesarias se hallaron las calles y ventanas cubiertas de hachas y los techos de luminarias, haciendo mas clara la noche que el dia. Seguia, pues, á la caballería la lucidísima infantería, y á la vanguardia y retaguardia sus maestres de campo, y tras estos otras tropas de corazas con la referida armonía de bélicos instrumentos. Seguia á estos una magestuosa cabalgada de muchos caballeros y príncipes naturales y extranjeros con muchas y costosas libreas. Consecutivamente seguian los caballeros de la Cámara de la Magestad Cesárea, el gran Prior de Roma príncipe Aldrobandino, el duque Sabelli, embajador del César en Roma al Pontífice, el conde de Bucquoy, el duque Piccolomini y los generales Galatz y Aldringen. Los tres príncipes Gonzagas, sobrinos de la Emperatriz; el marqués de Grana, sobrino; los tres duques de Sajonia católicos, el landzgrave de Assia (1); el conde Slava, camarero mayor; el de Mecas, mayordomo mayor; el príncipe de Ligtristain, el de Diatristain y el de Eguenberg, privado del Emperador, á quien seguian los embajadores de todos los electores y potentados de Europa, convocados para la ceremonia, excepto el de Francia que no asistió. Venian los últimos el duque de Tursis, Don Cárlos, príncipe Doria,

(1) Así en el original; pero está sin duda por Hessia ó Hesse.

embajador extraordinario de la Magestad Católica, y el ordinario el conde de la Roca con la Reina venido, y el de Castañeda que se habia de volver. Guarnecia esta lucida cabalgada la guardia tudesca, siendo tanto el lujo de estos señores referidos y el de sus pajes y lacayos que parecia haberse desentrañado la India de sus diamantes, el mar de sus margaritas y la tierra de sus diversas y varias flores, segun eran sus caprichosos y recamados vestidos de diversas usanzas de sedas y oro, plumas y bandas, alegre primavera de felpas y tapices relevados sobre la nieve que cubria el suelo, por ser este tiempo allí lo mas vivo del invierno, pareciendo maravillosas, alegres y vistosas flores en un ramillete que cada uno representaba afrentando nuestros Mayos y Abriles. Seguia con su compañía el teniente de la guardia de archeros, y remataban esta cabalgada las serenísimas Altezas de los dos archiduques Leopoldos, hermano é hijo del Emperador que seguian á los embajadores de España, y á estos Su Magestad el Rey debajo de un riquísimo pálio de brocado con doce varas de plata, sustentado de los doce senadores de la ciudad vestidos de ropones del mismo brocado. Iba Su Magestad en un caballo blanco, de ferocísima y hermosa presencia (que es hermosura en los animales el ser fieros con mansedumbre obediente); era blanco y español, cuya cola rizada barria el suelo, cuya crin le cubria las rodillas, que estorbadas de sus madejas, ya trenzadas con cintas de plata y oro, ya sueltas y peinadas con lazos á trechos formando rosas, le ocupaban el hollar, con que se tocaba las cinchas y le daba mas aire al expelerlas; y cuyo copete ocupando los feroces ojos le hacia sacudir la corta y corva cerviz arrugada y enarcada, tascando el freno, y arrojando de sí en vez de espuma copos de nieve riza, que caidos en la nieve eran cubiertos de el acepillar del brioso caballo, cuyo ancho pecho, cuya rele-

vada cadera avergonzaba al retratado de Apeles, Bucéfalo de Alejandro, no tan magno por cierto como el que este rey oneraba, pues si aquel tuvo el mundo en la mano, este le pone á los piés con esperanza de mas gloria; tan obediente al freno, que reconociendo que era Atlante de un imperio, en bajos movimientos mostraba que iba humillada su lozanía, regocijándose entre sí mismo sin descomponer á su dueño para no desairar su grandeza y magestad. Eran sus guarniciones de tela de oro guarnecida de pasamanos de lo mismo, con riquísimo recamo de perlas y piedras preciosas, tanto las cabezadas, pectoral, silla, gurupera y correones, cuanto las riendas y estriberas, que apenas se conocia de qué eran; sus hierros y hebillas, freno, estribos y herraduras de plata sobredorada, todo esmaltado. Salió Su Magestad vestido de verde, color de la guarnicion del caballo, de la misma riquísima tela de oro, cuyas labores, recamos, cifras y empresas aludian á la esperanza, que significaba el verde color de un bien tan deseado y esperado. Era el vestido á la española; calza entera, capa y gorra cuajada de gruesísimas perlas y desmesurados diamantes, y en la gorra una cifra del sol del cielo que se pone al salir de otro en la tierra, de su oriente, con un águila que abate el vuelo á este de la tierra, y gozando de su luz se deja quemar las plumas. Llevaba Su Magestad cuello abierto, lisonjeando tambien en esto el traje español, tanto que parecia ser natural de nuestra España. Seguia la carroza de la Infanta tirada de seis caballos, á quien dieran el néctar y ambrosía los Dioses mas bien que á Piros, Flegetonte y Echonte, caballos de la flamígera carroza de Apolo, porque tal vianda merecia sin duda quien tiraba al nuevo sol del Imperio. Eran sus guarniciones de la misma tela de oro verde ya referida, con la misma guarnicion de oro y los mismos recamos del caballo del Rey, y frenos, chapas,

hebillas, garrotillos y herraduras de plata maciza, como tambien la guarnicion de la lanza, ejes, ruedas, basis, encajes, estriberas, proa y popa de la carroza, arquillas respaldos y las junturas de los finísimos cristales de sus vidrieras, el cielo, columnas, asientos y estribos de tela de oro verde con clavazon de plata sobredorada, como todo lo demas, recamada en el cielo el águila que á sus piés se abate como á nuevo sol. Era esta carroza presente de la ciudad y costó cuatrocientos mil escudos.

La Infanta iba vestida de la misma tela de oro de Rey, forrada en felpa blanca, con cifras y bordaduras correspondientes á las de su esposo, con tantas guarniciones de oro y recamos, botones de diamantes y alamares de perlas y joyas, así en el vestido, como en el tocado y cabello, tantos florones de diamantes que reverberando la comarca en resplandores quitaran la vista á los mas linces ojos, si no los oscurecieran ya las luces de los suyos; en fin, bien se pudo decir que llevaba el dote de Reina sobre sí, pues pasaba de cuatrocientos mil ducados lo que valian las joyas. Iba en la misma carroza la Archiduquesa, muger del archiduque Leopoldo y cuñada del Emperador; al lado derecho de la carroza, como capitan de la guardia de arcberos, iba el conde Don Baltasar de Marradas con un vestido de medio ante, tan alcarchofado de perlas en lazos de recamo de oro, rubíes y esmeraldas pequeñas, y con tanta máquina de diamantes en el cabestrillo, que á modo de tusoń traia corto hasta en medio del pecho con la cruz de San Juan de Malta, tan relevada de gruesos diamantes que esta sola joya valia veinticuatro mil ducados, y los diamantes que llevaba en los florones del sombrero y pecho, cintillo, botones, correas de las botas y espuelas pasaban de ciento veinte mil ducados; y con tanto lucimiento y resplandor que con la luz dé las hachas le brillaba todo el cuerpo. Tras de esta carroza de la Infanta

iban muchas de las damas españolas, mezcladas con las tudescas, húngaras y bohemias, cuyos trajes diversos hacian una acorde disonancia agradable á la vista por su variedad, y estas cortejadas de muchos caballeros que las festejaban, dando fin á esta cabalgada tan magestuosa la infantería y caballería con infinidad de gente, voces, vítores y estrépito de campanas, piezas de artillería, mosquetería y salvas de pistolas, con que llegaron á palacio á gozar de un suntuosísimo banquete y célebre sarao, en el cual danzó la Cesárea Magestad con la esposa Infanta, y el Rey con la Emperatriz; y retirándose del festin en la cámara de la Infanta, presentes las Magestades Cesáreas, Rey, Infanta, Archiduquesas y los Archiduques, embajadores de España y otros príncipes particulares, entró la señora Margarita Basile, músiça de la cámara de la Emperatriz, gentil dama napolitana, y su hermana la señora Andriana Basile y su sobrina la señora Leonora, fénices todas tres de la música por sus angélicas voces, cuyos pasajes, trinos suspendidos y dulzura exceden los cromáticos redobles y melodía de los mas suaves gilgueros, ruiseñores y parleras calandrias, excediendo á los Alciones y Orfeos los instrumentos que armónicamente acompañaban sus arpadas y divinas voces. Tocaba la señora Andriana una harpa de tres órdenes, la señora Leonor diversos instrumentos y dicha señora Margarita la tiorba, en la cual suavísimamente cantó la siguiente cancion á la Infanta, en presencia de los referidos Césares y demas, que por ser mia la cancion ó romance, que así la llamamos nosotros, y al propósito de la bienvenida de la Infanta, me ha parecido ponerla aquí:

ROMANCE A LA VENIDA DE LA INFANTA.

A la dulcísima voz
De tu venida gloriosa,
Hermosísima Amarilis,
Régias coronas se postran.

Fertilizan las riberas
De vegas flores vistosas,
Que no las marchita el tiempo,
Cuando Amarilis las honra.

Los raudos peces salpican,
Los cabritillos retozan,
Los arroyuelos murmuran,
Las aves trinan y doblan.

Sola la Esperia
Por tu ausencia llora,
Envidiando la patria
Que te goza.

Aquel mayoral del Austria
Que atropellando coronas,
Viene á poner en tu frente
La imperial de toda Europa,
Hoy en sus hombros espera
Que en el tuson que le adorna
Seas de su vellocino
La cordera venturosa;
Y como vé que te tardas
Dice, con ánsia amorosa,
A los pájaros que vuelan
Y al vientecillo que sopla.

«Vientecillos suaves, corred en popa,
Llevareis mis suspiros hasta su boca;
Avecillas parleras, cantad en tropas
De mi ausencia las ansias,
De amor las glorias.»

«Alta montaña del Austria,
No es bien que en medio te pongas
De dos enlazadas almas,
Que es indiscrecion notoria;
Deja que llegue Amarilis
A mis triunfos y á sus pompas,
Que en coronarse consiste
La gloria de quien la goza.»

Así el gran pastor se queja
Entre esperanzas dudosas,
Cuando las aves y vientos
Con parabienes entonan.

Aguila que vas volando
No te remontes al cielo,
Que en el suelo
Otro sol te está eclipsando
Que abate tu excelso vuelo.

Si te miras en su oriente,
Dirás que gocen en suma
Los ojos, y arda la pluma
A luz tan resplandeciente.

El sol se ausenta del cielo,
Porque se está avergonzando,

Que en el suelo
Otro sol te está eclipsando
Que abate tu excelso vuelo.

Alégrese este horizonte
Y dete mil parabienes,
Que el sol en tus brazos tienes
Como en su carro Phaetonte.

Serás Atlante del cielo,
Mientras está el sol llorando,
Que en el suelo
Otro sol te está eclipsando
Que abate tu excelso vuelo.

Gratísimo fué este romance á Sus Magestades, y en particular á la Infanta, por la dulzura y destreza de la música, y ser en español; fué premiado con una joya de diamantes y repetido muchas veces, cantado primero á tres y despues por la señora Margarita, cuya calidad y virtudes y las de las de sus dos hermanas é hija, siendo su música la mejor de Europa, son iguales solo á su honestidad, modestia y ejemplar vida. Acabó con esto la fiesta de aquel dia y noche, y la Infanta durmió en cuarto aparte por no estar aun desposada. Llegó el felicísimo dia de los desposorios, de todos tan deseado, estando para este efecto aparejado rica y costosamente el monasterio de San Agustin, contiguo al mismo palacio del César, con colgaduras de brocado guarnecido de oro, y preparado el trono de los Césares y los regios, y en otra parte los asientos de los cardenales Diatristain y Padman, el del Nuncio del Pontífice, Arzobispo y embajadores, la música á tantos coros, los instrumentos de cuerda tan diversos, ménestriles, sacabuches, chirimias, cornetas, dulzainas,

órganos, címbalos, realetes, clavicordios, harpas, tiorbas y violines, correspondidos de trompetas, clarines y sordelinas, tañidos con tanta dulzura en motetes de música formada, que es imposible ponderarlo y toda exageracion es corta en su alabanza. Celebróse la misa y despues de jurada la Infanta por Reina y abrazando el César sus hijos y los demas besándoles la mano, lo demas del dia se gastó en el espléndido y fausto banquete que fué suntuosísimo; y á la noche en el sarao. Danzó el Rey con la Reina y el Emperador con la Emperatriz, y gastóse aquel dia gran suma de pólvora en los disparatorios y salvas, consumándose el matrimonio aquella noche. Levantáronse muy tarde Sus Magestades de los Reyes, y pasóse aquel dia en parabienes, visitas y encamisadas de los caballeros, máscaras, invenciones y bailes del pueblo, con graciosísimas comedias y entremeses, ridículas invenciones, matachines y fuerzas de Hércules en la plaza de Palacio y por las calles; y por nueve noches consecutivas invenciones de fuego y luminarias por todas las casas y calles de la ciudad y muros. El dia siguiente salieron las Magestades de los Reyes en público á la iglesia de la Compañía de Jesus, oyendo misa con gran solemnidad de música y aparato, y fueron vistos de toda la ciudad. Este dia se pasó en las mismas fiestas que el antecedente, en tanto que se preparaba la plaza del Palacio imperial, en cuyo remate empieza una galería de cuatro altos á la mano derecha que guarnece la plaza con admirable arquitectura de balcones que la hermosean, de quinientos pasos geométricos y ciento cincuenta de ancho, cuyo fin se une con el hermoso palacio del Rey, que hace frente al imperial. Es capaz de tres mil hombres en escuadron, y de la otra parte la guarnece la muralla.

Este dia décimoquinto se corrió la sortija, concurriendo forasteros y naturales, príncipes y títulos, con di-

versas municiones (1) y libreas. Llevó Su Magestad seis veces la sortija; Don Baltasar cinco; pero el Emperador le llamó, diciéndole: «si mi padre Don Baltasar está en la plaza, la fiesta será toda suya; estad conmigo á juzgar los premios, que ya sabemos que sabeis llevar la sortija.» Llevó el conde de Bucquoy tres veces la sortija con mucho aire y galantería; dos el príncipe de Aldrobandino, y dió uno de los premios á la señora Margarita Basile. Llevó dos el duque Piccolomini (2) con mucha firmeza en la silla, y otra cada uno de los príncipes Gonzagas (3), dos el de Sajonia, otras dos el duque Sabelli (4), y una el de Diatristain (5) y Eguenberg (6). Dió el Rey los premios á la Reina, Don Baltasar á las damas de España y los demás á las suyas. Acabóse este dia con muchas máscaras y paseos de noche y saraos, en que entraron máscaras, si bien conocidas; formóse una caza, haciendo en la plaza bosques,

---

(1) Sin duda quiso decir guarniciones; en italiano *monimenti*.

(2) Don Octavio, duque de Amalfi, el mismo que en 1649 fué nombrado plenipotenciario para las conferencias de Nuremberg y conclusion del tratado de Westfalia. Nació en 11 de Noviembre 1599, y murió en Viena á 10 de Agosto de 1656.

(3) Anibal, marqués de Gonzaga, príncipe del Sacro Romano Imperio, lugar-teniente general de los ejércitos imperiales en la Pomerania, y gobernador de Viena. Su padre Ferdinando Gonzaga, tambien general de los ejércitos imperiales, vivia aun por este tiempo; asi, pues, es de presumir se hallasen ambos en estas fiestas.

(4) Pablo Sabelli, príncipe de Albano, duque de Riccia, Palumbela y Marsi, lugar-teniente y capitan general de la Iglesia; mandaba á la sazon el contingente del Papa para la liga católica.

(5) Sigismundo Luis Helfrid de Dietrichstein, ó Diatristain como se llamaban los nuestros, chambelan del emperador Ferdinando III y caballero del toison.

(6) El mismo personaje ya antes citado, y cuyo verdadero nombre era Juan Ulrico, príncipe de Eggenberg y de Erenhaus, duque de Krumau, el cual estuvo casado con María, marquesa de Brandemburg y murió en 1649.

montes, grutas, cavernas y cuevas, las cuales, abriéndose con una artificiosa invencion, quedaron descubiertos en cuadrillas los caballeros, unos en forma de mónstruos, otros de salvajes, y los demas en diversas formas de fieras, faunos, sátiros, semideos y otros, con música celestial de ninfas, que entre dulce armonía cantaban la venida de la Infanta, ya Reina. Aparecieron otras de caballeros andantes, aventureros guerreros, los cuales con los mónstruos se dieron una batalla con artificiosas y alegres acometidas de fuegos; y combatidos los encantados castillos y montes, vencidos los mónstruos de aquellos caballeros errantes, salió de ellos tanta machina de cohetes que cubrieron el aire, sin verse mas que fuego en él, con que se dió parte al dia, y á la noche con sarao y comedia. A los 17 hubo juego público de armas de todas naciones, y á persuasion de mi general, el conde de Marradas, jugué con mucha satisfaccion suya todas las armas, y no con pocos de mi nacion, y tuve por premio una cadena. Entraron despues los luchadores en pañetes, y los demas desnudos, con muchas invenciones, que tan graciosa vista no vi en mi vida, y poniéndose en bandos divididos, húngaros, polacos, bohemios, croatas, dalmatinos (1) y carintios, se embistieron con tanta furia que parecia quererse deshacer entre los brazos; juntábanse, y apartándose buscaban el tiempo y modo de tornarse á aferrar, y despues de juntos se volteaban con tantas tretas, zancadillas, cruzados, vueltas, repelones, revuelcos y sospensos, aferrándose con tal furia y apretándose con tal fuerza, que las costillas se rompian con los nudos de los dedos, el pecho con las barbas, las caras con las cabezas, pues donde ponian alguno de estos miembros lo dejaban

(1) Dalmatas ó naturales de la Dalmacia.

lívido, cárdeno, amarillo y negro cuanto las mismas colores lo son. Veianse altos del suelo en los brazos del contrario, y caian con tal arte, que el de encima á veces iba debajo, y aquel tomando fuerza y aliento de la misma caida, parecia que ayudado de ella (como de madre), tomando vigor, con un vuelco, sin desasirse, quedaban superados los vencedores, entre sudor, cansancio, sed y fatiga tal que las lenguas fuera tomaban el refresco del aire ambiente.

Fué vistosa fiesta, al paso que dudosa, y diéronse los mas premios á los húngaros, valientes luchadores, siendo un dia todo de risa y que se acabó con el sólito festin, preparándose una gran fiesta para el dia siguiente, que fué el 18, digna de ser celebrada y memorada por exquisita en todo. Presentáronse en la plaza cuarenta y ocho caballeros cortesísimamente vestidos en diferentes trajes de indianos, turcos, persas, tártaros, polacos, húngaros, de ocho en ocho, en hermosísimos y ricamente enjaezados caballos, con sus libreas lucidísimas de criados de sus mismos trajes, y empezando la entrada al son de laudes, tiorbas, harpas, violines, clavicordios, rabiquines (1) y guitarras rodearon la plaza con un paseo de la gallarda; y firmes empezaron las mudanzas tan á compás y tiempo de la armonía del son, que sus dueños en tierra no pudieran hacerlo con mas airosos y ajustados movimientos; la cual acabada empezaron los clarines, y á sazon los caballeros una corriente con tantas vueltas, saltos y cabriolas, que al oido mas agudo y vista mas perpicaz, no pareció haber hecho la mas mínima disonancia pié de caballo, ni cuerpo de caballero. Siguióse á esta corriente

(1) Instrumento de cuerda llamado por los italianos *rabecco* y por los franceses *rebec*, que algunos presumen ser el *rebeb* الرباب de los árabes, en castellano *arrabél*.

francesa otra tudesca, y á esta al son de cornetas, bajones, sacabuches, chirimías, flautas, dulzainas, charamelas (1) y zampoñas dulcemente acordadas y tañidas, una alta á la italiana, y con los primeros instrumentos una pavanilla á la española, acabando con unas gustosas arremetidas, cruzados y caracoles al son de trompetas, clarines y tambores. El ver cruzar los piés á los caballos, hacer traspiés, corridillas, pasetes, contratiempos y cabriolas, digo que es lo mejor que en mi vida he visto y que se puede ver en el mundo, pues dejó á todos absortos, juzgando ser lo mas primoroso, airoso y galante; acabándose la noche con el sólito festin y gustoso torneo: todo con admirables libreas, galas, invenciones de montes, castillos, pabellones y tiendas, carros triunfales y arcos adornados. El carro adonde iba Su Magestad era tirado de cuatro leones domésticos; era una montaña cubierta de yerba, árboles y flores, tan fresca, verde y apacible, que se vió en ella el arte hurtar la propiedad á la naturaleza. Este carro en medio de la plaza se abrió, quedando Su Magestad el Rey sentado en su real trono con el cetro y corona en la mano y cabeza, á sus piés los reinos de Hungría, Bohemia, Dalmacia, Croacia, Sclavonia, Stiria, Carintia y Austria con sus trajés mismos, que representaban sus pages, hermosísimos mozos con las armas é insignias, siendo ellos de las mismas naciones. En la mano izquierda llevaba Su Magestad un mundo, como rey de romanos jurado, y heredero del imperio. En otro carro, que abrió tambien su montaña, con mucha música de trompas y clarines, se descubrió el aparejo de las armas de tornear, y se aparecieron sus padrinos el

(1) Quizá el instrumento llamado por los pastores en unas partes *churumela* ó *churumbela* y en otras *caramillo*; en francés *chalumeau*.

duque de Eguenberg, mozo; el baron de Extraconiz, gran prior de Bohemia, y el conde Martinez, presidente del mismo reino. Estos, ayudando á bajar á Su Magestad del carro, le llevaron á su rico pabellon al son de trompetas y cajas, con un airoso paseo, tan rico, galan y vistoso, cuanto se puede imaginar. Seguia á estos carros el de los príncipes Gonzagas, príncipe Aldrobandino y duque Sabelli, tirado por elefantes. Era una montaña con diversas grutas y escalas, que estando en medio de la plaza, en un instante las escalas cayeron por todos lados, y ellos como de emboscadas abriéndose, y saliendo arrebatadamente con gran rumor de armas y de trompetas, se hallaron en medio de la plaza con alegre y maravillosa vista, y con un acometimiento vistoso se colocaron en su pabellon. A este siguió el de los duques de Sajonia, católicos, con el príncipe de Lichtristain (1) y otros del Imperio, tirado de dos dragones; era una montaña de fuego, que con espantoso rumor se abrió, llenando el aire de esparcidos cohetes y el suelo de fingida artillería con muchas ruedas de voladores, hasta que entraron en su pabellon. El cuarto carro iba tirado de dos osos domésticos, en el cual, abriéndose una nube, se apareció el general conde Don Baltasar de Marradas, sentado en su trípode, representando á Marte armado de fortísimas, costosas y resplandecientes armas, con la frafrámea en la mano derecha y el escudo en el brazo, y un freno en aquella misma mano, con muchas riendas con que tenia enfrenados á sus piés muchos pueblos figurados que habia domado. Fué terrible el rumor de rayos, con que se abrió la nube, y espantosa su figura, por ser su cara severa, cruel, airada, lampiña y arrugada; su cabello negro y crespo, su

(1) Cárlos Eusebio, principe de Liechtenstein.

vista feroz, su cuerpo membrudo, trabado, y fuerte el son de trompetas y cajas; pero apeado con este mismo estrépito, y puesto en su pabellon, se cerró la nube superior, y la inferior, que era en forma del arca de Noé, se abrió, habiendo quitado primero los osos. Salió entonces de aquella nube una gran cantidad de sabandijas, perros, gatos, monas, gallos, lagartos, micos, puercos salvajes, zorras, ardillas, faisanes, lobillos, y otros animales, atados á las colas cohetes, que encendidos al abrir el arca saltaron por la plaza, no quedando persona en ella por el fuego. Aullaban ferozmente los dichos animales por quitarse los cohetes fijos en las colas, y encontrándose en la plaza se enredaron en las cuerdas que llevaban atadas á las colas, trabando juntos una guerra tan ridícula y extraña, que toda magestad y grandeza perdió su gravedad, descomponiéndola la risa causada de tal combate, habiendo gente que se echó de risa en el suelo, porque tan graciosa vista no se vió jamás. A este carro siguieron dos del conde de Bucoy (1), con agradable música, y el de Piccolomini tirado por dos tortugas de mar, el cual abriéndose, volaron gran cantidad de aves que cubrieron mucha parte de la plaza, y apeándose se fueron á su pabellon. En el tercero, tirado de dos camellos, entraron los generales Galasa (2) y Aldringuer con muchas empresas de sus victorias; y apeándose con muchos padrinos que á todos estos carros y torneantes acompañaban, despejaron la plaza y palenque, para empezar el

(1) Alberto de Longueral, hijo de Cárlos, conde de Bucquoy, cuya muerte en 1621 queda ya referida. *Vide supra*, pág. 198. Fué general de la caballería de España en los Países-Bajos, gobernador y capitan general del condado de Hainau, y gobernador de Valenciennes.

(2) Matías Gallas, ó Gallatz, feld-mariscal de Austria, que murió en Viena en 1647.

torneo, que se hizo con mucha gallardía, destreza y admiracion de todo el pueblo. Llevó muchos premios Su Magestad, luciendo sobre todos en aire, brio y destreza; seis el conde general Don Baltasar de Marradas, y tambien Sabelli, Aldrobandino, Bucoy, Piccolomini, Galasa, Aldringuer, los Gonzagas y los duques de Sajonia. Despues de una reñida folla, vistosísima y de admiracion alegre, con mucha brega y terribles golpes, tanto que quedaron por tierra penachos de mucho valor con joyas, celadas, brazales y grevas, vino la noche y los apartaron los padrinos. Salieron con el mismo órden, con infinitas hachas, alegrando los carros la ciudad, hasta muy tarde, que se empezó el sarao y cena. Hubo otros carros triunfales con caballos blancos, ciervos, unicornios, todos de dulcísima y agradable música. Uno fué Neptuno, tirado de dos ballenas, al son de chinfonías (1), sordelines (2) y cornamusas (3); otro un jardin todo florido con la fuente de Aganipe de las Musas, y otro de una artificiosa montaña, adonde fué representada una comedia.

El último dia fué todo de carreras, estafermos, máscaras, motetes y empresas dadas á las damas, con enigmas y geroglíficos, y á la noche, saliendo Sus Magestades á la parte de la muralla que cae á la campaña de Mediodía, á los balcones y tablados para este efecto prepara-

---

(1) Instrumento de cuerda con una rueda interior que en francés antiguo se llamaba *symphonie*. Hállase citado en el poema de Alejandro en los siguientes versos:

El pleito de yoglares era fiera nota
Avie y *sinfonia*, arbagega é rota,
Albogues é salterio, citola que mas trota
Cedra é viola que las costas embota.

(2) El mismo instrumento ya citado en la pág. 342; parece ser la sordina, en francés *sourdine*, trompeta de sonido sordo y melancólico.

(3) Lo mismo que *gaitas*, en francés *cornemuse*.

dos, se vió formada una ciudad á un tiro de mosquete lejos del palacio. Era toda de lienzos, murallas, torres, baluartes, garitas, casas-matas, medias lunas, troneras, y dentro templos, torres, palacios y casas, que la vista sin creer ser engañada juzgara ser verdadera. Guarnecia sus murallas gente de soldadesca fingida y otra verdadera, para la cual contraposicion habia un ejército de hombres en tierra. Fingíase ser esta la destruida Troya; diéronse la batalla singular Patroclo y Hector, á quien mató Aquiles, arrastrándole á la cola de un caballo. Salió Príamo (1) á pedir su cuerpo, y Ulises trajo el Paladion, que con un torno se movia, el cual abriéndose vomitó tantos hombres armados. Fingieron el trato de demandas y respuestas, y despues de ferocísimos asaltos y resistencia, sacando fuera la gente, quedaron los aparentes y fingidos. Pegaron fuego á la ciudad por siete partes; pereció Páris, causador del daño, y Elena robada; sacó Eneas á su padre Anchises, todo con tantos acontecimientos tan vivos y tan bien fingidos, que ponian grima y espanto á los que miraban tan horrenda representacion. Ni se puede imaginar la furia de este fuego, las penacheras de cohetes voladores, los martinetes que llegaban adonde la vista puede alcanzar, en tanta cantidad, que cubrian el aire por mucho espacio, bajando despues en forma de garzotas hasta la tierra; los pedreros disparados, las flechas, bombardas y granadas de fuego; los baluartes, cortinas y garitas, almenas y torres, casas y templos, ya voladas en el aire, ya abatidas á tierra, con tanta máquina de fuego, que parecia un infierno, y daba temblor aun á corazones muy valientes, durando lo vivo de estas cosas

(1) Aquí el autor dice equivocadamente Antenor, como arriba Príamo en lugar de Patroclo, y confunde el *Palladium* con el caballo; lo cual probaria que sus conocimientos en historia antigua no eran muy extensos.

hasta la media noche, que Sus Magestades se retiraron, y lo menos vistoso hasta la mañana. El dia siguiente y otro despues duraron las reliquias que se hallaron, las ruinas hechas cenizas, y hasta las piedras convertidas en pomez; otros muchos dias se gastaron en divertimientos de cazas, jardines y continuos saraos y fiestas, banquetes presentes y recibir embajadores (1).

Larga ha sido la digresion; pero á ser de genio mas périto no lo pareciera. Ya se ha dicho en otro lugar que por no cortar el hilo de la victoria de Fraumberg dejamos de escribir esta relacion, y llegamos hasta los 24 de Junio, adonde quedé gobernando á Fraumberg, y en tanto que prosigo mi gobierno y mi General está en campaña, dándome aviso por cartas de todos los sucesos del ejército con Sajonia y Suecia, las cuales conservo conmigo para autorizar mas esta historia, siendo de su propia mano, guerrea Tilly, el Rey descansa y goza en los brazos de su esposa, y yo no tengo nada que contar que haga á mi propósito, ni cosa memorable de que hacer mente, y pues así es, razon será trasportarme á Italia, adonde hallaremos materia bastante para acabar con él este año, y dejar por muchos siglos su memoria.

Corria el referido de 1631, á los 16 de Diciembre, cuando fué este suceso; y porque es bien hacer su descripcion primero para los pocos noticiosos, digo que en el reino de Nápoles, enfrente de la misma ciudad, como

---

(1) De estas fiestas celebradas en Viena hay relaciones impresas en Madrid y Sevilla. Hemos visto una entre otras con el siguiente título: *Relacion del viaje de la señora reina de Hungria, y alegrisimo recibimiento que la C. M. del señor emperador de Alemania y rey de Hungria, su esposo, le hicieron en 1.° de Marzo de* 1631. *Refiérense las grandiosas fiestas que los príncipes y señores de aquel reino hicieron á su alegre entrada.* Sevilla, Simon Fajardo, 1631, fól.

á ocho ó mas millas está el monte llamado Soma, tierra gruesa y abundante de preciosísimos vinos, hasta este nuestro tiempo, y tanto, que el monte toma el nombre de la tierra, ó la tierra del monte. Extiéndese este algunas millas, teniendo por la parte de tierra á Soma, Santo Anastasio, Otayano y otras tierras, casales suyos, y por la parte del mar la torre de la Anunciada, la del Griego y otras, todas abundantes de frutas y vinos, como tambien la misma montaña, no obstante su inexpugnable aspereza y el estar la devoradora boca infernal en su cima, es con extremo fructífera de peros, castaños é infinitos árboles, siempre verdes, y de viñas y jardines. Este monte fué llamado de los antigos el Vesubio, que en nuestro lenguaje quiere decir «centelloso» ó «chisposo,» y en italiano y latin «faviloso (1).» No es esta la primera vez que hace el rumoroso efecto que se dirá, pues segun Beroso, autor célebre, en el último año del reinado de Arli, sétimo rey de los asirios, hizo el mismo efecto, y antes de la venida de Cristo Nuestro Redentor se vió arder, y despues en tiempo del emperador Tito, á los diez y ocho años de nuestra redencion, el segundo siglo despues de ella y cuarto del mundo. Fué en tiempo de Nerva, emperador, en el cual Plinio, excelentísimo filósofo y sábio en todo (fuera de esto), curioso de penetrar y saber la causa y fundamento de este efecto y el motivo de estos incendios, pasó tan adentro, que míseramente acabó la vida de un sábio de tanta ciencia, experiencia y fama, tan envidiado y estimado en todos tiempos. Hacen mencion de catorce incendios, despues de la venida de Cristo Nuestro Señor, Marcelino, Baronio, Sigonio, Procopio, Pedro Damian, Platina y otros autores, y en particular Estrabon,

(1) De *fabilla* en latin «rescoldo.»

que describe tan bien sus naturales efectos, que excuso, por no ser mi profesion ni intento, alargar la historia con fagina agena. De estos quince, con el presente, tres son los mas principales: el de Tito emperador, el segundo en tiempo de Teodorico, que cuenta Casiodoro, y este el tercero y el mas horrendo. La causa de estos incendios dicen Platon y otros muchos filósofos que curiosamente he buscado, ser el elemento del fuego, no teniendo asiento permanente sobre la esfera del aire, como algunos dicen, debajo del globo de la luna, sino que está esparcido por el universo, y el cebarse y conservarse en cualquier parte que halla materia apta á subvenirle y sustentarle. Casiodoro llama á este monte «horno perpétuo;» Estrabon le llama «seno de venas de azufre y betunes,» los cuales no solo mantienen este fuego, pero se sustentan de cualquier otra materia que con estas se juntan, arena, sal, alumbre, piedras, metal, salitre y antimonio; el cual, suministrando dichas materias, arde continuamente debajo de tierra mientras no es agitado de furiosos vientos en ella encerrados, que en tanto que libremente se puede espaciar no produce accidentes; pero si es impelido de nuevos vientos que no puedan contenerse, ni caber dentro juntos, ó de las aguas del mar que en la concavidad de la tierra se insinúan, no pudiendo estar en los cóncavos ó cavernas impelidos unos de otros causan horribles terremotos, y de ellos el romperse la tierra, abriendo bocas por las cuales las llamas expelidas con estallidos tronantes, vomitan la materia de que está llena, con negro humo, ardientes llamas, piedras arrojadas y cenizas densas. El cual viento, saliendo fuera envuelto en las materias referidas, descepa árboles, arruina casas, forma tempestades, é hincha el mar en manera tal, que los rios no pueden desaguar en él; y causa inundaciones sin ser causadas de lluvias. Todo esto se ha referido para

dar á entender que naturalmente, sin ser castigo de Dios, pueden suceder tales incendios; si bien todo depende de su mano poderosa y voluntad inescrutable para consuelo de los ánimos afligidos.

Precedieron á este incendio los accidentes que ahora se dirán: dos horas antes del dia, á los 16 del mes referido, empezaron tremendos terremotos, espantosas bombas á modo de truenos, con tales bramidos de aire, que parecian condolerse del lastimoso caso y adverso incendio que suceder debia, sacudiéndose el viento y el aire de tal modo, que encontrándose y rebatiéndose, daban silbos como de feroces víboras ó culebras, bramando por romperse para salir de los estrechos cóncavos de la tierra, haciendo un rumor como borrasca, ó mimbre sacudido con extraña fuerza, que sutilmente ofende los oidos. Estos, expeliendo cuanto encontraban, levantaron innumerable cantidad de humo envuelto en llamas sulfúreas y turbias, con infinita cantidad de ceniza y no menor de piedras, pudiendo exhalar su furia de esta manera. Eran estas de vario color y sabor, habiendo tomado el gusto tanto de la arena, cal y antimonio, cuanto del azufre y demas misturas. Con este estrepitoso rumor se dispertaron no solo los vecinos de su circunferencia, pero tambien los habitantes de Nápoles y demas pueblos de sus contornos, como son Nola, Matalon, Caserta, la Cerra y otros, tan espavoridos, confusos y atónitos, que apenas discernian si era sueño ó verdad, lo que con los oidos efectivamente oian, y con los ojos percibian, y con el entendimiento no creian; pero volviendo en sí y distinguiendo ser verdadero fuego, y tal que parecia cumplirse la profecía de que con él se ha de destruir el mundo, vieron (á su parecer) efectuado lo que no deseaban. Llegó este temor á tanto, cuanto la espesa niebla de la ceniza, pues el mismo dia soplada del viento, se vió en la última

parte de la provincia de Otrento, añadiéndose á esto crueles temblores y terremotos, lluvia de piedras gruesísimas, inundacion de aguas y oscuridad del sol de resultas de las espesas nubes causadas por las referidas cenizas, que no hubo corazon tan esforzado y firme que no se helase á su llama y atemorizase á su furia, y que á los repetidos terremotos no perdiese la esperanza de la vida. En este punto los carnales, viciosos, amancebados, sin mas despedirse ni tratar de correspondencias, se partieron de los desordenados y lascivos brazos de sus amigas, maldiciendo la hora que en ellos entraron; y ellas temerosas de su infelice muerte, pasaron (en un punto) al forzoso arrepentimiento, convirtiendo los abrazos en cruces hechas de los mismos brazos, y de los deshonestos y lascivos besos á besar muchas veces la tierra pidiendo perdon á Dios de sus pecados. Fué tan patente este indecible temor, que rompió los lazos del conyugal matrimonio, pareciendo que aun la consumacion de él era indecente en hora que juzgaban próxima la muerte; y los que mas ánimo tuvieron se abrazaban, queriéndose esconder uno dentro de otro. Juzgando los hijos estar mas seguros dentro de sus madres, que los cubrian con sus brazos, deseaban volver al materno seno para no ver tan espantosas llamas, temblores estrepitosos y nubes cenicientas; y últimamente con voces, gemidos, lágrimas, desmayos y suspiros, saliendo de sus casas abandonadas y olvidadas haciendas, sin reparar en respetos de padre, fe de maridos, consanguinidad de hermanos, amor de hijos, las dejában y corrian á las iglesias, ó porque en ellas creian estar seguros pidiendo misericordia á Dios, ó por morir confesando sus pecados, ó porque la multitud una con otra se consolaban no pensando en otra cosa que en escapar con vida de tan gran peligro; llenándose tambien las plazas grandes de Nápoles, adonde creian ser salvos, si no de los temblores

á lo menos de las ruinas. Los que pudieron se acogieron á campaña, formando tiendas de lo que llevaban encima, que era muy poco, no acordándose mas que de huir del peligro tan evidente, y creyendo que las casas se les venian encima de la cabeza.

Acudióse, como se suele hacer en tales peligros, á la misericordia de Dios con oraciones públicas y particulares, para aplacar su divina justicia y la ira que mostraba tener contra este pueblo, adonde en plazas públicas se oyeron confesiones de rameras, asesinos y ladrones blasfemos, que hacian temblar la tierra con la enormidad de sus sacrílegos y nefandos pecados; los cuales, deseando salvarse, sin temor de la justicia los publicaban temblando solamente de la del Cielo. Las monjas y los religiosos en sus monasterios y conventos con exquisitas penitencias pedian á su divina Magestad perdonase al pueblo afligido, haciendo además públicas procesiones. Era cosa terrible ver las inauditas penitencias de cadenas, grillos, barras, candados en la boca y piedras con que se batian; disciplinas, cilicios, sangre, cardenales, ceniza, corona de espinas y otros modos de penitencia extraños é innumerables á que asistia el eminentísimo cardenal arzobispo de Nápoles, con tanta devocion, buen ejemplo y exhortaciones como de tan buen prelado se puede considerar, ya animando, ya reparando cuanto pudo, como tambien el conde de Monterey, virey que era á la sazon, que con las galeras envió á recoger la gente de las torres del Griego y de la Anunciada, que habian quedado vivos, porque fué tal y tanta la lluvia de gruesísimas piedras despedidas y lanzadas por el torrente de azufre, ceniza y agua enfogada (1) que la porosa tierra sacudida en sus

(1) Sin duda quiso decir «agua de fuego» ó «fuego líquido.»

cóncavos por los furiosos vientos arrojaba por la boca, que se secó ó retiró el mar mas de dos millas, y sin perdonar casas ni fundamentos ni raíces de árboles, destruyó la mayor parte de las villas referidas y sus convecinas tierras, cuyo daño en viñas, heredades y jardines dejó muchas buenas haciendas consumidas y sus dueños muy pobres por muchos años. Al fin de tres dias de esta miseria, en los cuales ni los viejos comieron, ni los mozos se cebaron, ni los niños mamaron, porque la turbacion de las madres les secó la leche, y el terror les hizo dejar las aturdidas criaturas, las galeras trajeron los que pudieron, y luego en un punto quedaron en seco en el puerto; la ceniza cubrió las casas y templos, y siendo como eran de tan pesada materia, derribó muchas y dió muerte á mucha gente, la cual se halló seca y pasmada, en pié, un brazo y un pié alzados y la cabeza al cielo; los animales domésticos y el ganado de la mesma forma siendo la causa que como el suelo y el aire ardian, y no podian sufrir las llamas, mudaban los piés y alzaban los brazos, y así se quedaban muertos con las bocas abiertas como riendo. ¡Horrendo espectáculo del mundo!

Movida en fin la divina Magestad á compasion de esta miseria, empezó á aplacar su desdeñado rigor por intercesion de sus santos gloriosos protectores de Nápoles, en que florece, y en particular del glorioso San Januario, su principal patron, protector y abogado, cuya cabeza sacaron; la cual encontrándose con su sangre, que en dos procesiones acostumbran á traer, viéndose la sangre y la cabeza, aquella empieza luego de cuajada y empedernida á hacerse líquida y á bullir como una olla: milagro que sucede siempre y cuando en su santo dia ó en otros se encuentran, y que bastan á confundir la herejía. A esta intercesion se aplica tan gran milagro, que no porque se haya probado ser producido por naturales

accidentes se deja de confesar que es un prodigio, y las cosas todas están sujetas á la divina mano, y que con su voluntad se mueven todas y ninguna sin ella; á quienes la disposicion del tiempo y hora, sirviendo á veces de castigo á nuestros pecados, y de terror para la enmienda, y de darnos á entender que con su potencia puede deshacer nuestra soberbia y presuncion, y con cosas aun menores volvernos á la nada de que nos formó. En los tres dias que duró se habian confesado todos; mugeres con maridos; hijos con padres; hermanos, parientes, amigos, unos con otros; abrazándose y consolándose de morir juntos en aquéllos lazos de amistad, perdonándose todos. Empezaron á cesar los temblores, si bien no las cenizas que cubrian el aire, ni los arroyos de sulfúreos torrentes y gruesísimas piedras que corrieron algunas millas desplantando los árboles, casas, murallas y jardines de los lugares circunvecinos y á los mal dispiertos vecinos que salieran de sus casas cuando el suceso dejándolos arruinados y perdidos. A muchos he oido decir (cuando esto escribo) con sus propias bocas, que salieron desnudos de sus casas, dejándolas desamparadas, digo; no solo de soledad, algunos hubo que salieron en cueros vivos, otros con solo la camisa, y los mas medio calzados y medio vestidos. Las honestas matronas muchas desnudas, y otras mal cubiertas, las cuales con mucha caridad fueron remediadas por los mas prevenidos que habian tomado capas ó ropas. Las pobres monjas, diciendo salmos y oraciones con muchas lágrimas, se entregaron á quien quiso acompañarlas sin peligro de deshonor ó fuerza, pues los mas indómitos y exorbitantes pecadores pedian mas de veras auxilio á Dios, y así se alejaron de sus tierras á otras no conocidas creyendo salvarse. De estos fueron muchos á Nápoles, donde no fueron recibidos, porque siendo tan grande el número se conoció habria luego falta de bastimento, y así

por no perecer todos, fué necesario hacer volver á muchos que acabaron su vida de diversas maneras. Esta fué la primera grima, horror y desdicha; pero fuera de perder la vida, la segunda no fué menor y menos lamentable; pues acabados los temblores y cesado el incendio, se hallaron muchos en campaña, en las plazas y en los templos, y vueltos ya del mortal parasismo que los tenia fuera de sí, empezaron los clamores de ¡ay mi esposa! ¡ay mi hijo! ¡ay mi padre, hermanos y parientes! El tercero y no de menos dolor: ¡ay mi casa, y ay mi hacienda, heredades, viñas y posesiones! las cuales cosas todas quedaron desamparadas y al beneficio de la fortuna abandonadas. Aseguráronme muchos y en particular un caballero de la casa de Estramon, rico, principal, qué habita en tierra de Soma, que al cabo de tres dias volvió de Nápoles á ella, porque halló su casa abierta como la dejó, y la plata y demas preseas sobre los bufetes y en sus lugares, sin haberse perdido un alfiler, y todos fueron iguales en esto, no queriendo robar ninguno mas que la gloria, creyendo cierta su muerte. Baste decir que no se sabe haberse hecho en Nápoles ni fuera en aquellos tres dias un pecado mortal, con que queda ponderado el rigor del incendio y el terror universal del pueblo. Parece como que daban á entender que en penitencia tambien de sus horribles culpas, de tantas muertes y daños por su causa sucedidos, escogieron aquella mortificacion para enseñar lo que debe hacer un hombre perverso y pecador en penitencia. El retirarse el mar, fué segun la mejor opinion, que arrebatada el agua de los furiosos vientos que expelieron aquel fuego, ocupó aquellos vacíos y de los mismos expelido, no siendo suficiente á apagar el incendio, salió por la boca en grandísima cantidad, como se vió con efecto, pues formó en la boca no arroyos sino rios, cuyo terrible torrente profundó muchos caminos tres y

cuatro picas en hondo, destruyendo cuanto encontraba, yendo mezclado con el fuego y piedras sulfúreas, y por esta causa pareció se habia retirado el mar, y dejó las galeras en seco en la parte contrapuesta, que es el muelle. Temióse mucho que tal prodigio amenazase peste, hambre ó guerra, por diferentes pronósticos que predicen tales cosas; pero gloria sea dada á Dios fué cesando poco á poco, y acabó sin producir estos efectos, aunque las haciendas lo sentirán por muchos años como al presente se ve (1).

Ya es tiempo de volver á nuestra historia, pues hemos ocupado este pasado año en estos dos sucesos la parte mayor, y ahora es necesario volver á la dieta de Ratisbona del año treinta, de donde partió el general Tilly con su ejército, habiendo depuesto las armas el Vallestein; y si bien se creyó ser contra el elector de Brandemburgo, se halló mayor enemigo, pues dejando las armas el rey de Dania (2), fué llamado de los protestantes Gus-

---

(1) De esta célebre erupcion del monte Vesubio se enviaron por entonces á Madrid varias relaciones y cartas, de las cuales hemos visto algunas impresas, como son las siguientes:

Relacion verdadera enviada desde Nápoles á un caballero de esta ciudad, dándole cuenta del espantoso incendio de fuego que ha sucedido en la montaña de Zoma, que está dos leguas poco mas ó menos de la dicha ciudad de Nápoles, y los terremotos que en ella han sucedido y el daño que ha causado. Barcelona, por Estéban Liberos, 1632, 4.°

Segundo aviso y relacion verdadera del miserable caso sucedido en la falda de la nombrada montaña de Soma, nombrada por otro nombre monte de Vesubio, distante seis millas de la hermosísima ciudad de Partenope, reino y patria de Lavor. Ordenada y compuesta por el Rmo. padre fray Jaime Milesio de Ponte Hibernete, de la religion de observant es reformados en el real convento de la Cruz de Palacio de la ciudad de Nápoles. Traducida de lengua napolitana en castellano conforme su original. Nápoles en casa de Ottavio Beltrando, y agora en Barcelona por Estéban Liberos, 1632, 4.°

(2) Federico III rey de Dinamarca y Noruega.

tavo Adolfo para su cabeza y gobierno, rey de Suecia, Gothia, Alania, Vandalia, y que se intitulaba de Polonia por ciertas pretensiones que no nos importan en tan sucinta relacion (1). Tuvo con estos muchas guerras y buenos sucesos. Este nació el año 1594, fué hijo de Cárlos IX y de Cristina, hija de Adolfo, duque de Alsacia, potentado del Imperio. Coronóse rey por muerte del padre año de 1617; en el de 1620 casó con la hermana del marqués de Brandemburgo, elector del imperio y hermano de Catalina, princesa de Transilvania. Tuvo una hija única, llamada Cristina, y despues de las guerras de Polonia vino á Germania con título de «libertador de la religion» con un ejército de quince mil hombres escogidos, y con ellos desembarcó á los 4 de Mayo de 1630 en las costas del Imperio. Hacia infinitos progresos nuestro general Tilly con la liga católica, de quien era cabo el duque de Baviera; pero no eran menores los del rey de Suecia, por donde andaba, pues parecia que tenia la fortuna debajo de sus piés, porque como se aclamaba libertador y defensor de la religion, todas las ciudades se le rendian, contribuian y ayudaban, de modo que se hizo formidable de ejército, de dinero y de victorias.

Era llegado el año 32, como hemos dicho, y en tanto

---

(1) Don Fabricio Pons de Castelvi, caballero catalan, publicó en Madrid en 1652 una vida de este rey, con el título de *Gustavo Adolfo, rey de Suecia, vencedor y vencido en Alemania.* Ya antes habia impreso Don Fadrique Moles, caballero de San Juan, su *Guerra entre Ferdinando II y Gustavo Adolfo rey de Suecia* (Madrid, 1637, 4.º) valiéndose de las relaciones enviadas á España por los marqueses de Aytona y Cadereyta, el duque de Sabelli y Don Baltasar de Marradas. De una y otra obra, en su género muy apreciables, y que cuentan los sucesos de esta guerra conocida con el nombre de la «guerra de los treinta años,» nos serviremos para ilustrar algunos pasajes oscuros ó defectuosos de nuestro autor.

se celebraban en España las excelsas fiestas de la jura de nuestro príncipe de España Don Baltasar Cárlos, tan insignes, que por no oscurecerlas con mi ruda pluma no las describo, que fueron á siete de Marzo, y pasaré á celebrar las exequias en la Germania del mas valeroso general de ella.

Deseaban llegar á las manos el rey de Suecia con el de Baviera y Tilly (1) habiendo ganado este la mayor parte del Imperio, y para este efecto se vino á la provincia y estado de Baviera, cuyo dueño no siendo de menor valor ni calidad, tenia el mismo deseo, y no menos Tilly. Fuéronse dando caza el un ejército al otro, y el sueco (2) acampó entre el rio Dono ó Deno (3), enfrente de la ciudad de Raim y el rio Lech ó Licia, que pasa por Norcaim, en el cual pasagé, porque no se adelantase el ejército del suéco, Tilly al pasar del rio que ya casi era pasado gran parte del ejército, le atacó con tal furia que la batalla y la victoria se llamó suya, pues hizo pasar el rio á los que habian pasado á fuerza de cuchillo, anegándose muchos dentro, y la victoria fuera infaliblemente nuestra si la desdicha no permitiera que queriendo Tilly encontrarse con el rey de Suecia, de persona á persona, no se adelantara tanto que una pieza de artillería que estaba en un repecho no le deshiciera una pierna y Aldringuer (4), que le seguia, no fuese herido en la cabeza. Desmayó el ejército sin tales

---

(1) Acerca de este general, llamado por unos Tyllí y por otros Tilli, véase la nota 2.ª, pág. 321. El autor le designa casi siempre con el nombre de El Tyllio, como á Alberto-Wenceslao-Eusebio de Waldstein, con el del Valestain: por lo demas no hace en esto mas que seguir la costumbre de los escritores italianos de su época.

(2) Decia *suezeso* á la italiana, pero se ha corregido.

(3) Parece el Danubio, aunque la distancia entre este rio y el Lech es demasiado grande.

(4) Así llamado por Pons de Castellvi, pág. 91, aunque es de creer haya de leerse Aldringuen.

dos cabezas, y siendo mucho mayor el de Suecia, y guiado de quien estaba enseñado siempre á vencer, fué deshecho. Retiróse á Inglóstat, y de allí á Neoburg, dos leguas y media de Raim, adonde sacaron á Tilly cuatro pedazos de hueso, y murió de aquella herida, con grande ánimo, sí, pero con grande sentimiento de dejar vivo tan grande enemigo al Emperador. Hizo á su muerte grandes razonamientos á su señor el duque de Baviera, que siempre le acompañó hasta su muerte; y fué llevado su cuerpo á la córte de Baviera, con grandísimo sentimiento del Duque y del ejército, siendo ésta la primera vez que fué vencido en tantos años de señaladas victorias, inauditas y célebres hazañas, heróicos hechos. Cumpliendo, pues, con la obligacion de gran capitan, siendo llamado así universalmente, murió en la batalla en los campos de Lipsia ó Laisich, con sentimiento de toda la cristiandad y mas del Emperador y de su córte.

No fué la postrera desdicha la acaecida en estos desdichados campos. Murió en España el infante Don Cárlos, de quien tantas esperanzas tenia España, en diez y siete dias, y en años 26 de su edad, hermano de nuestro rey Felipo cuarto, y tan amado suyo, cuanto lo mostró su sentimiento en su temprana muerte acaecida en el mes de Julio. En este mismo año, por el mes de Agosto, murió él archiduque Leopoldo, hermano del Emperador, y porque es tiempo de dar principio á dos batallas, cuyas victorias serán célebres en los futuros años de nuestra edad, dejando mis sucesos en breve suma, para confusion de muchos que han escrito apasionadamente por relaciones particulares, tan afectadas de sus pasiones, que muestran bien, no solo ser poco aficionados á la casa de Austria, pero no ser buenos católicos, describiré la primera del rey de Suecia, en que me hallé con mi persona en punto y con cargo que bien puedo saber lo sucedido:

tan desapasionadamente escribo que confesará cualquiera ser verdad sin rebozo, pues digo el pro y el contra.

Por la muerte de Tilly fué necesario que el Valestain tomase el cargo de General, y como su ambicion era tanta, valiéndose de la necesidad que de él tenia el Emperador, hizo gastos con él á medida de su deseo, pero no al del César, ni con su reputacion, antes murmurando de todos; pero la necesidad forzosa atropelló la justicia, pidió el título de Generalísimo, y que lo que ganase pudiese distribuirlo á su gusto, ó tomárselo para sí; que el Emperador no pudiese hacer paces ni guerra sin su parecer, y que el rey de Hungría no pudiese salir á campaña en tanto que él estuviese en ella: cosas todas contra la autoridad del César, y que mostraban de antemano el fin adonde se encaminaba. Ofrecia hacer á su costa el ejército, formarlo y sustentarlo; púsolo en ejecucion, y salió con treinta mil hombres, haciendo grandes daños y crueldades en el país. Por su parte, pues, el Valestain se apoderó de muchos países, al mismo tiempo que el rey de Suecia, con insignes victorias, talaba el imperio, haciéndose señor de él con la miel en los lábios, aun de la muerte y rota de Tilly, tanto que decia que despues de desolar el imperio queria venir á coronarse á Roma emperador, y se llamaba rey de reyes, diciendo que de la gente bisoña de sus pueblos, que por no poderse sustentar se habian esparcido por Europa, habian salido los conquistadores y poseedores de ella, que despues se hicieron reyes, de quien nos preciamos tanto descender, que son los godos. Hallábase el Valestain constituido ya en duque de Mecklemburg (1) y de Fritlandia, dos veces Alteza, por ser dos veces príncipe, y con cuarenta mil hombres; pero pareciéndole que solo el general

(1) El original decia Miguelburg, pero se ha corregido conforme está.

Don Baltasar Marradas le podia hacer obstáculo á su privanza y poder, estando asistiendo al Emperador, procuró sacarle de allí, diciendo tenia necesidad de compañero para gobernar aquella máquina, y que esté fuese tal que pudiese igualarse á su persona; y que no podia ser otro que Don Baltasar Marradas, cuyo consejo y valor él estimaba como de padre y maestro. No lo quiso aceptar el conde Marradas, conociendo su intencion; pero anteponiéndole el César muchas razones, y entre otras la de que el Valestain con su presencia no podria hacer cosa que no debiese, y estaria menos sujeto al Emperador en aquellos pactos que habia hecho y firmado, y que en esto consistia su vida y su imperio, fué fuerza aceptar el cargo y salir á campaña con igual potestad (1), y con un ejército de treinta y cinco mil hombres á juntarse con el Valestain. Pero el Conde se valió de esta industria, que en el camino le avisó que el de Sajonia venia con treinta mil hombres á juntarse con el de Suecia, y que era necesario cortarle el paso, con que se despegó de él y tomó el camino del Stiria, en el cual dos veces le pidió el Valestain gente, y le quitó diez mil hombres con intencion de que se perdiese y quitarse él de delante tan poderoso enemigo como este. Iba creciendo el ejército del Valestain que, como ya se dijo, era de cuarenta mil hombres, con los cuales iba recobrando lo perdido del Imperio y rehaciendo lo que de sus tropas perdia con las del general Marradas, que mucho disminuia, con excusa y pretexto de que se habia de ver con el rey de Suecia; y fué de manera que el ejército de Marradas se redujo á solo defender la tierra del Sajon, sin poder darle batalla.

(1) Es decir: poder, rango, autoridad.

Oyendo el rey de Suecia los progresos de nuestro ejército, dejó la Baviera, adonde glorioso triunfaba de sus enemigos, y pasó á Sajonia para verse con el Valestain en campaña, y atravesada la Turingia, á los nueve de Noviembre pasó el rio Sala junto á la ciudad de Altemburg. Partióse con la misma intencion el Valestain, á quien habian llegado nuevos socorros; pues viéndose el Emperador tan oprimido, que el enemigo llegaba hasta las mismas puertas de su casa, habia enviado por socorro á todos sus confederados, viniéndole por España el general Papenhaim, valentísimo soldado, con la caballería de Flandes y Baviera y con la gente que pudo, que pasaron de cuatro mil; Florencia dos mil, y los dos hermanos del gran Duque de Módena mil infantes, y los dos del Duque y el Marradas cuatro mil hombres, entre los cuales iba yo con el regimiento del general Marradas, ya hecho por el César teniente general de todos sus ejércitos y capitan general del reino de Bohemia. Llegamos á muy buen tiempo, y reposados nos incorporamos con el ejército del Valestain; pero teniendo nuevas que la ciudad de Colonia, arzobispado del elector, hermano del de Baviera, era amenazada del enemigo, queriendo por entonces dilatar la batalla, envió al Papenhaim al socorro. Estaba nuestro ejército en Weisenfelds, adonde nos atrincheramos, y el sueco, pasando el rio Sala, como dicho es á las espaldas, le hizo dos grandes puentes para la retirada; pero sabiendo que nos éramos partidos hácia Lipsia, desmembrando el ejército á diez millas, caminando á la ciudad de Lutzen, cinco millas lejos de donde con tanto daño nuestro rompió al Tilly, creyendo serle buen agüero el puesto para su mayor victoria. El Valestain puso su campo entre un bosque y la ciudad de Weisenfelds, junto al camino de Lipsia, é hizo un foso para su defensa, que ya de la naturaleza era empezado. El

sueco, conociendo ser aquel sitio ventajoso, ocupó la ciudad de Lutzen, y se presentó en batalla, la cual no se trabó al alba, como el Rey pensaba, por una densa niebla que ocupó los ejércitos, tanto del sueco como el nuestro. En tanto los generales de ambas partes exhortaron los ejércitos, habiéndolos antes puesto en órden. Componíase el nuestro de cuarenta mil hombres, soldados veteranos, en esta forma: una banda de caballería croata al cuerno diestro debajo del órden del coronel Isolano, y tres escuadrones de dragones al órden del coronel Getz. Al izquierdo el Trezica con un escuadron grande de tres mil hombres de corazas caballos frisones; el cuerpo de la batalla con cuatro escuadrones de infantería, cuyos generales eran el conde Galasa, el Piccolomini, el Merode y el Hottia ó Holca (1). A estos seguian otros cuatro; el primero de mosquetería, el segundo de caballos, el tercero de picas, el cuarto de croatos, caballería ligera, que guarnecian con muy buen órden el cuerno siniestro y la retaguardia. La artillería nuestra eran veinte y una piezas, siete delante el foso y trinchera nuestra, y catorce á los molinos en una colineta.

El rey de Suecia formó su ejército, poniendo á la diestra la caballería de la Gothia occidental, los finlandos, los ulpandos, los godos ó gothicos orientales y los esmalandos (2), entre los cuales estaban dispuestos los escuadrones de mosquetería; en el cuerpo de los batallones cuatro grandes escuadrones: el primero de suecos, llamado el regimiento de la banda pagiza; el de la Guardia Real fué el segundo; el tercero de la banda azul, del coronel Venchel, y el cuarto de la banda verde, del du-

(1) Así en el original.
(2) Naturales de Smalandia, Uplandia y Finlandia.

que de Vaymar. El cuerno siniestro era compuesto de seis escuadrones de caballería: dos del Vaymar, y los demas de los coroneles Coberg, Carland, Diesenhus y Cornelich, y entre estos, mezclados, cinco escuadrones de mosquetería, y para el socorro, á un lado, seis escuadrones de mosqueteros, guiados, el primero de franceses, el segundo de Estimbach, el tercero del Brandestein, el cuarto del Cobertein, el quinto del Anhalt, el sexto del Hoffchrinchen.

Seguian dos escuadrones de infantería, compuestos de los regimientos del Meylaff, Rosau y Gerdoff con los tercios del conde de la Torre y de Assia (1), á los que les estaban juntos la caballería del Olmio en tropas, y á estos seguian dos escuadrones de infantería, uno de Chruflusio y otro del duque Guillermo Vaymar, y por retaguardia de la caballería á la diestra seis tropas de los coroneles Isler, Hasia, Becherman, Bullach, Goldestein y Vaymar. La artillería, que eran cuarenta piezas, puesta delante de la mosquetería, y agregado á cada una un escuadron de infantes. El Vallestain habia enviado á llamar al Papenhaim, que habia caminado quince millas; el cual con toda priesa volvió para hallarse en la batalla que mucho lo deseaba. Entre tanto, descubierta la niebla, se vieron los ejércitos en aquel espacioso llano guarnecido de colinas y ciudades, formando un teatro que despues fué túmulo del Rey, cuyas lucidísimas armas, bizarros caballos, trajes diversos, plumas de colores, bandas diferentes, formaban un amenísimo prado de diversas flores, tan agradable á la vista cuanto despues infausto. Iban el Rey, el duque de Vaymar, sus generales y maestres de campo, sargentos mayores, ayudantes y sargentos, po-

(1) Thurn y Hessia.

niendo en órden los escuadrones con admirable diligencia y presteza, habiendo tomado el puesto industriosamente contra el oriente, y poniendo las espaldas al mediodía para que nos diese el sol en la cara y nos estorbase la vista, gran ventaja en las batallas; pero nuestro ejército por consejo de Piccolomini y de Galasa, poniéndose entre el septentrion y el oriente, y siendo necesario volvernos la cara tuvieron el sol hasta el mediodía contrario con gran ventaja nuestra. No llevaba nuestro ejército tanto bagaje, porque nos proveian de las tierras, y el suyo era de muchos carros, carrozas y caballos, cuya guarnicion ocupaba mucho campo y hacia formidable el ejército. Discurrian el Vallestain, Galaza y Piccolomini por el ejército con los demas oficiales con mucho coraje y presteza, para la buena disposicion del que, despues de puestos los dos bravos ejércitos en forma tan lucidos, resplandecientes y vistosos que turbaban la vista, puedo decir con verdad que mas hermosa y deliciosa vista mis ojos nunca vieron ni la imaginacion puede pensarlo; porque tantas y tan lucientes armas, tan resplandecientes hierros de picas, montantes, alabardas, mosquetes y arcabuces, que brillando hacian diferentes visos; los estandartes de tan diversas insignias y colores llenos de empresas y cifras, cada uno del pensamiento de su dueño; el relinchar de los hermosos y diferentes caballos; las cornetas y banderas cruzadas; el rimbombar de los templados parches ó tambores; la dulzura de los roncos clarines; el eco de la muchedumbre de trompetas formando una deleitosa consonancia, gratísima al oido, daban ánimo al mas desalentado corazon y aun deleitoso objeto á la vista. Gozóse de este ameno divertimiento poco, porque quitada la niebla se dió señal del acometimiento, y pasando la vista en un punto de esta amenidad á la oscura nube del tenebroso humo de la artillería, que fulminando rayos la

formó de negro humo, no viéndose mas que las velas de la mosquetería, no sé si todos los corazones quedaron sin palpitar y aun sin temer la artillería. Embistió la caballería que duró mas de dos horas y con gruesas escaramuzas murieron muchos durando hasta dos horas antes del mediodía, que serian las diez, que se atacó la batalla ferozmente, y viendo el rey de Suecia que el foso le era de gran daño, fué á él en persona, y aunque le fué deshecho y muerto un escuadron, reencalcando otros echaron nuestros mosqueteros y tomaron los siete cañones (gran pérdida para nuestro ejército), y embistiéndonos los de la banda amarilla y en su socorro la azul, desordenaron tres escuadrones de los nuestros; pero fueron del cuarto escuadron nuestro hechas pedazos estas dos insignias famosas amarilla y azul, y queriendo el Rey vengar tanto á estos cuanto á los del cuerno izquierdo desbaratados de nuestra caballería, tomando el diestro de la suya, embistiendo y rompiendo la siniestra imperial ganaba la batalla, si no fuera bien resistido del Piccolomini con extraño valor, en cuyas tropas me hallaba yo con mi compañía, llegando tan cerca el Rey que pudiera retratarlo; porque pasó tan adelante que los ya rotos escuadrones fueron necesitados á hacerle una salva de arcabuzazos y mosquetazos, uno de los cuales le pasó un brazo con tanto dolor suyo que no pudiendo sustentarse llamó al duque de Lawenburg para que le ayudase, y mientras le tenia fué herido de otro arcabuzazo por la espalda, cayendo en tierra muerto este Nembrot ó Encelado gigante. Así acabó este enemigo de Dios, de la fe católica y del imperio; gran soldado, de mucho juicio y de gran gobierno. Era de grande estatura, fornido de miembros, hermosa cara y liberal condicion, recto en la justicia, conversable con los soldados y grave con los príncipes; y de partes, juicio, agilidad é industria tan cabal, que

solo le faltó la fe para ser perfecto; sufrido en los trabajos, animoso en las adversidades y dadivoso en sus glorias; y porque es necesario se hace patente esto con su muerte para ponderar los efectos de la batalla. Chocáronse los ejércitos con extraña furia; hasta este punto el Rey y el Vaymar habian discurrido por su ejército, exhortando y animando su gente con el cebo de la mayor victoria que jamás se tuvo en la Germania; proponiéndoles el consistir en ella el ser por su mano emperador y los grandes premios que de esto les resultaria; además de dominar el mundo, si esto alcanzaba la defensa de su religion, la libertad de una sujecion imperial y la de la conciencia. No dormia en este paso el de Wallestain, pues caminando en lo más fogoso del ejército les representaba la defensa de la fe católica, la reputacion del Emperador que consistia en aquella batalla, y sus vidas propias; prometia oficios, premios, dádivas, con que y la memoria eterna de aquel dia de una y otra parte peleaban como leones. El dia iba declinando, y movido de tanta mortandad el sol no penetraba con sus rayos las nubes de la fumosidad de la pólvora; los ejércitos querian ver el fin de la batalla, y entremezclándose mataban mas los caballos atropellándose que las armas de heridas. ¡Qué lengua, qué ingenio, qué imaginativa podrá explicar, ponderar ó memorar una batalla tan cruda, feroz y desapiadada como esta! Yo confieso que no tengo colores para pintarla, palabras para colorarla ni explicacion para darla á entender; contentaréme solo con decir que á mi modo de ver fué el verdadero retrato del tremendo dia del juicio, que otro título no le conviene á este dia. El humo turbaba la vista y aun cegaba los ojos, estorbando el conocimiento el fuego de la artillería y mosquetería que los deslumbraba cuando el polvo los cerraba, ahogando las gargantas; caia sobre ellos el

rabajoso sudor, convirtiendo los blancos alemanes en tostados etiopes; la sed insufrible, para cuyo remedio era necesario sacar la lengua para recibir el aire ambiente, dándole en cambio de consuelo humo, fuego y polvo; el cansancio que arrojados de él muchos en sus mismos brazos dejaron la vida, no pudiendo resistir mas la fatiga ni teniendo fuerza para ello y arrojando morriones y brazaletes: la máquina de caballos y hombres muertos esparcidos los sesos, brazos, costados, cabezas abiertas, piernas sin cuerpos, barrigas fuera de sus lugares, cuyos tropiezos eran los de la muerte, pues cayendo entre estos hombres y caballos, eran muertos y atropellados de los otros. No se conocian los enemigos sino por las bandas é insignias; cerrábase el dia y nuestro ejército iba muy disminuido, y el de Suecia aunque trabajado mas pujante, y sin duda llevara la victoria, si la magestad de Dios no proveyera por su misericordia apiadándose de aquel santo emperador y de su celo católico, que en medio de este semicaos y de la sordez que causa á los ejércitos la rumorosa y desapiadada artillería y mosquetería, golpes crueles y estruendo de trompetas y tambores que nos tenia atónitos, y con los demas accidentes referidos ciegos, mudos, cansados y ya sin vigor alguno, no permitiera, digo, la muerte referida de este gran campeon. Fué retirado el cadáver á Hamburg y de allí á Vitemberg, y despues á Brandemburgo. Con la alegría de esta muerte pasaron dos escuadrones de croatas á la diestra de los suecos con gran vocería y grita, y desbarataron aquella parte con gran daño, enderezándose á tomar el bagaje, presa que fuera de mucha importancia; pero no solo fueron rebatidos del enemigo, sino reencalzando con ímpetu infernal, y llegando hasta nuestra artillería la enclavaron con presteza nunca vista. Atendian á la victoria los suecos; pero llegando el Papenhaim, y viendo la

retirada y al generalísimo Vallestain herido dos veces y fuera del ejército, con mucho valor y presteza los puso otra vez en órden y dió ánimo; y poniéndose en la vanguardia embistió con tan extraño furor que puso en confusion al ejército sueco, empezando de nuevo la batalla mas sangrienta, cruel é inhumana que en todo el dia habia sido, y mas sanguinosa y destrozada, durando hasta cuatro horas de la noche desesperadamente: ¿quien podrá decir la confusion de este oscuro caos, no viendo mas que fuego y humo, creyendo todos que estábamos en el infierno, fuera de nuestro juicio, pareciéndonos aquello un espaventoso sueño ó letargo?

No habia quien pudiese alzar brazo ni espada de desalentados; los caballos anhelando, y sus dueños deseando el fin con la vida ó con la muerte. Nosotros peleábamos desesperadamente por la victoria, y ellos por la mesma y por vengar su Rey muerto; matábamos por no morir, y peleábamos por defendernos. La victoria totalmente era de nuestra parte, pero una espingarda quitó la vida del mas valiente soldado de nuestro tiempo, y la victoria de nuestras manos, deshaciéndole la espalda y derribándole del caballo en tierra. Este fué el conde Gotifredo, baron de Papenhaim (1), que voluntariamente se hizo vasallo del Rey católico, siendo aleman, y le sirvió en Lombardía con relevadísimos servicios, en la Valtelina, en el Palatinado y Flandes; hizo raros progresos, y tuvo señaladas victorias, costándole mas heridas que tenia huesos, y en particular en la cara. Pusiéronle en una carroza y reti-

(1) Godofredo Enrique, conde de Pappenheim, mariscal del Imperio y maestre de campo, general de los ejércitos del Emperador y liga católica. Nuestro autor le llama unas veces *Papenaim*, y otras *Papeneim*.

rároule, y en ella pidió confesion, y hecha dijo: «Decid al duque de Fridlandia, nuestro Generalísimo, que soy muerto; que no desampare la batalla y al Emperador, que muero en su servicio y del rey de España; pero con esta consolacion, que dejo la fé católica y el César sin un grande enemigo.» Con lo que dió el alma á Dios este singular caballero con fé cristiana y con eterna fama (1).

Muerto el Papenhaim sobrevinieron los sueceses (suecos) con gran pujanza; pero fueron detenidos de Piccolomini el Getz y el Terzico valerosamente, y el Piccolomini, cayendo del caballo, tornó á remontar, siendo el postrero en la batalla á mantener el campo solo. Retiráronse los ejércitos cansados, deshechos y sin aliento, cada uno por su parte, quedando la campaña cubierta de caballos y cuerpos muertos, que algunos dicen pasaron de treinta mil; no lo afirmo, pero sé decir que por mas de seis millas otra cosa no se veia sino este espectáculo; corriendo aquel rio, por mas de nueve dias, aguas teñidas en sangre, creciendo con las lluvias y nieves de aquel país, que son muchas. Así acabó esta sangrienta batalla, que no solo será famosa en nuestros tiempos, pero aun con las memorias futuras; y porque se diga con verdad que escribo sin pasion, digo que trujimos muchos estandartes, banderas é insignias del enemigo, despojos reales y de Príncipes que se presentaron al Emperador; pero no creo que llevaron menos de los nuestros, siendo de ambas partes los muertos y heridos aun mas de nosotros; de modo que si Africa llora, Italia no rie. Los principales muertos de nuestra parte

---

(1) Estas mismas palabras de Papenhain ú otras muy semejantes refiere el ya citado Pons de Castelví en su *Historia de Gustavo Adolfo*, pág. 111.

fueron el general Papenhaim, el abad de Fulda, príncipe del imperio, benedictino, que socorria los moribundos y los confortaba con un Crucifijo en la mano, los coroneles Laxi, Bestrum (1), Berda, Taxen, Lambert, Camexoff, Foxes, el conde Bertoldo (2) de Valestain, Comargo Vecchio, el conde Pruinner, General de la artillería. Combatieron valerosamente los príncipes Francisco y Matías de Médicis, los príncipes de Módena, el Galasa (3), el de Picolomini y los coroneles referidos, y aunque pudiera decir muchas facciones de señores, títulos y caballeros y soldados particulares, lo excuso por ser necesaria mayor historia, y porque como no andaban mis manos tan vacantes que pudiesen obrar la pluma ni la curiosidad de ver lo que otros hacian, solo pudiera decir lo que pasó en mi cuartel, aunque mi regimiento atravesó dos veces el ejército y quedé con dos heridas. De la parte del Sueco murieron el referido Rey, los coroneles Guesdorff ó Isler (4), el conde de Vitemberg, Venchel, Veendestain, y otros muchos de que no tuve noticia cómo se llamaban. Los suecos hicieron cabo al duque de Vaymar (5), valeroso y prudente General, elegido por todos, el cual se retiró á rehacer el ejército con intencion de empezar de nuevo la guerra, como lo hizo, continuándola por muchos años.

---

(1) Sin duda el mismo á quien Pons de Castelví llama *Vuestrum*, página 112.

(2) Léase Bartolo ó Bartolomé.

(3) Del italiano *fazione*, lo mismo que hazaña, empresa, hecho notable.

(4) Isleri y Gordosff, dice Pons de Castelví, pág. 112.

(5) Es Bernardo duque de Saxe-Weimar.

PARTE DÉCIMASEXTA.

1632.—34.

Partió nuestro ejército una parte á Lipsia y parte á Laytemexiz, en Bohemia. Partió de aquí el Vallestain á los 17 de Noviembre, y llegó á Praga á los 8 de Diciembre para hacer nueva leva. Así acabó la batalla de Lutzen del año 1632, y yo de referir estos sucesos, pues no me hallé en otros en Alemania.

Hecho de nuevo el ejército con nuevos sucesos y progresos, mostraban ya declinar las acciones del Vallestain por muchos avisos dados al César, de que sus pensamientos y aun sus obras pensaban subir aun á mayor grado; fueron tantas las señales, que aunque vacilaban en el pensamieuto del Emperador estas verdades, resolvió de enviar al padre Quiroga, capuchino, confesor español, y de la ya reina de Hungría, estimado por sus muchas partes y virtudes para que tratase de la deposicion del generalato, el cual Vallestain, aunque se conformó (al parecer) con la voluntad imperial combatido de la deposicion de la renuncia, hizo escribir á todos los cabos del ejército reducidos en Piltzen una carta con fecha de los 12 de Enero 1634 (que tanto habia ya pasado en sus felicidades y máquinas) diciendo que no querian otro general hasta ser pagados, no obstante haberles el Emperador propuesto al rey de Hungría por Generalísimo. Dieron los leales parte al Emperador y á sus amigos en Viena de esta carta hecha casi por fuerza, con que se verificó el caso de ser creida del César su traicion, aunque con dificultad. Desdeñándose de su mal intento, no quiso hallarse en esta junta el Alderinguer, que aunque hombre de ordinario nacimiento, era de buenos respetos y fiel al

César; y así fiándose el Vallestain del Piccolomini le pidió le prendiese y trujese por engaño. Reprendió el conde Tertz esta accion al Vallestain, diciendo que no debia fiarse de un forastero que tenia en Germania muy pocos intereses, á lo que respondió aquel sabia por astrología que los signos celestes que predominaban en los dos eran muy conformes; pero no le salió así, porque confereciando el Piccolomini con el Alderinguer, fueron de acuerdo de acusarlo al César, dando por cabos el no querer acudir al duque de Féria, ya venido en Germania con ejército, como despues se dirá; el no querer dejar el cargo de general contra el decreto ya enviado del César, no reconocer por superior al rey de Hungría, su señor y rey natural, ni renunciarle el cargo; con la cual resolucion, hecha tambien con el Galasa, partió á Viena el Aldringuer con cartas de creencia. Añadióse á esto el querer el coronel Sciaffenburg introducir compañías en Viena, corte del Emperador, siendo hechura del Vallestain, y llevando por su órden tres mil hombres para que cuando él se alzase con el Imperio estos, que con excusa de guardar la persona imperial entraran, extinguiesen la casa de Austria, no dejando emperador, rey, archiduques, sin perdonar corona ó sexo. Para este efecto juntaba Vallestain el ejército, para lo cual habia ya enviado emisarios al duque Francisco Alberto de Sajonia y al duque de Vaymar, general del enemigo; pero túvose tan buena maña que prendieron al Sciaffenburg, y enviada patente al Galasa para gobernador del ejército, se publicó un edicto en que se absolvia á todo cabo de guerra del juramento y obediencia prometida al Vallestain, y tambien á todos los soldados, perdonando los cómplices fuera de dos, y poniendo pena de rebeldía á quien le siguiese; el cual edicto se publicó. De medroso y desdeñado el Vallestain envió al marqués Cristiano de Columbach al Vaymar para que se uniese con él

en Egra, y con él á Arnnheim. Tuvo órden el Piccolomini de ir con dos mil dragones á Pilzen á prenderlo ó matarlo; él sabiéndolo, duplicó correos al Vaymar que no le creia; pero sabiendo que le habian confiscado la casa en Praga, se partió el Vallestain á Egra con mil caballos y con mucho miedo y priesa, poniendo por vice-gobernador al capitan Juan Gordon, teniente coronel de tercio, y de nacion escocés. El Emperador escribió con persona fiada al coronel Budler (1), irlandés, que le sería señalado servicio, prendiendo al Vallestain vivo ó muerto, y que se fiase del Gordon, ofreciéndole grandes premios. Echaron fuera los dragones del Vallestain, y en su lugar metieron otros, y convidaron á comer á él, al Terzica, y á los coroneles Illo, Kinzchi y Neuman, sus cuatro elementos y columnas del cuerpo de Vallestain. Juntáronse con el sargento mayor Güaltieri y Lesle (2), amigos del Gordon y hermanos jurados y paisanos suyos; trocaron el nombre á las guardias, y mezclaron otros soldados con los del Vallestain. Pusiéronse á cenar, y en el discurso les hizo el vino hablar del caso, burlando de lo sucedido, y tocando en lo vivo al Emperador y sus ministros, y su gobierno; pero el Vallestain que no estaba muy gustoso se levantó y retiró en el Palacio. La cena y el motejar duró algun tiempo, y cuando habian de entrar los postres, entraron los soldados diciendo: ¡Viva el Emperador y la casa de Austria, y mueran los traidores! al cual tiempo los tres nuestros se apartaron y los soldados hiberneses (3) mataron primero al Kinzchi, luego al Terzica y tras este el Neuman y el último al Illo, que valientemente se de-

(1) Butler.
(2) El coronel Lesslie, de nacion irlandés.
(3) Es decir, los irlandeses del regimiento de Butler.

fendia. Los criados estaban en parte remota, á título de tratarse cosas graves; el Gordon y el Lesle tomaron doce mosqueteros, y antes que fuese avisado el Vallestain ellos y el Budler cerraron la cuadra, y con otro capitan se fueron dando el nombre (1) á las centinelas de Palacio, haciéndose dueños y señores de él con ayuda de los que entremezclaron con la gente que Vallestain trujo. El cual estaba en camisa para acostarse, habiendo antes pedido una taza de birra ó cerveza que le daba á la sazon un ayuda de cámara confidente; y oyendo echar las puertas en tierra, envió á éste que volvió diciendo ¡traicion!; pero echadas aquellas por tierra, digo abiertas y él herido huyó, y el Vallestain viendo al Budler con una alabarda, volvió la cabeza á una ventana (de que no pudo valerse por tener una reja de hierro), y queriendo hablar para prometerle grandes tesoros si le salvaba, y amenazarle si no lo hacia, formadas las palabras y no pronunciadas, porque en el mesmo tiempo le fué pasado el viento, que sacándole las tripas y no dejándole hablar, dió un espantoso rimbombo confuso con un sudor extraño.

Sucedió esto jueves á los 26 de Febrero, año 1634. Así acabó este mónstruo de la fortuna, levantado de la miseria de un pobre baronato á ser igual á un Emperador, y querer ser mayor. Los soldados suyos fueron echados fuera, su hacienda confiscada, su cuerpo enterrado. Dióse por entonces al Lesle, que fué el que le mató, una cadena de diamantes de veinte mil escudos y el regimiento de la guardia del Rey, y al Gordon y compañeros tres tercios ó regimientos.

En la ciudad de Praga, cabeza del reino de Bohemia,

---

(1) Esta palabra, ya varias veces usada, equivale á santo y seña.

nació el Vallestain (1), año de 1583, á los 14 de Setiembre. Ejercitó los estudios en su mocedad con la ambicion del nombre de bizarro, y entre sus estudios fué su mas válida ciencia la astrología, y aun algo de la nigromancia. Casó despues con la hermana del conde de Arach y del cardenal de Arach, y de su baronato formó una compañía de caballos con que fué á servir al archiduque Ferdinando, hoy Emperador, entrando en su gracia por medio del conde de Arach., su consejero, con cuya hija despues casó (2). Era General de la caballería el Marradas, de quien diremos despues, debajo de cuya mano sirvió y fué su capitan y su camarada, como yo cuando empecé á servir en Alemania. Subió con este favor al oficio de sargento mayor, y despues á coronel en esta guerra del Friul contra venecianos, adonde haciendo Don Baltasar Marradas hazañas inauditas, él gozaba de estas glorias con su apoyo; de todo lo cual tuvimos noticia, y yo en particular, porque este año, que fué el de diez y siete, nosotros nos hallábamos con la armada real enviada por el duque de Osuna de esta otra parte de Venecia en el mar Adriático, adonde tambien él tuvo noticia de mí. Murió el emperador Matías; venciόse la campaña del Friul, y fué electo Emperador el ya dicho Ferdinando, archiduque, el cual se trujo consigo á Don Baltasar, y le hizo maestre de campo, general y capitan de su guardia de archeros, conde del Imperio y su camarero y consejero, enviándole á la guerra de Hungria, Por los suceos de esta guerra fué El Vallestain hecho sar-

---

(1) Aunque nuestro autor escribe el nombre de este célebre general unas veces Vallestain y otras Valesteyn, su verdadero nombre fué Alberto Wenceslao Eusebio de Waldstein. Véase la nota 1.ª, pág. 362. Fué en su niñez page del marqués de Burga, el hijo del archiduque Fernando de Inspruck.

(2) Isabel de Harrach.

gento mayor general de batalla, participando así de los triunfos de Don Baltasar, quien echó de ella al Turco con no vistas victorias é increibles hazañas. Volvieron ambos con estas glorias enviados á llamar del César por la rebelion de Bohemia ya referida, llegando á tiempo que el enemigo conde Palatino, conde de la Torre y los villanos rebelados iban á pasar los puentes aquella misma noche, por lo que el general conde de Busenes, hallándose sin fuerzas á tanto poder, se retiró á cencerros tapados (como se suele decir.) Habíase arrojado Don Baltasar Marradas sobre unos traspontines, con su coleto y calzon, en mangas de camisa, cansado del camino de Hungría, y el Vallestain con él, y al despertarse se halló casi solo; pero pareciéndole caso de menos valer, llamando por su nombre á algunos oficiales y soldados sus amigos, que fueron menos de doscientos, ayudados de una densa y milagrosa niebla, con tierra, arena y poca fagina atrincheró la puerta del puente, que el enemigo no veia por la oscuridad; la cual aunque vista cuando se disipó la niebla fué defendida tres dias, acudiendo siempre gente, hasta que avisado del caso volvió el ejército todo; con lo que el enemigo no pudo pasar y se fué á hacerlo por otro puente. Pero aunque Don Baltasar se hallaba con siete heridas y tres caballos que le mataron, estuvo tan fuerte que llegando á tiempo cortó el otro puente, con lo que el enemigo no pudo pasar. Despues de esto envió seiscientos hombres á Viena, los que dejaron entrar los de la ciudad creyendo que eran luteranos, y que el enemigo, como se decia, habia ya pasado los dos puentes, que están como á tres millas de aquella capital. Llegó esta gente á palacio; á la sazon los magnates tenian rodeado al Emperador en su misma cámara, y que tocándole los botones el baron Dosenberg le decia: «Ferdinando, libertad de conciencia ó te echaremos por esas ventanas;» y el pobre señor, afligido,

pidió término de un cuarto de hora para responder, en el cual tiempo se aconsejó con un devoto Crucifijo que tenia en su retrete, el cual dicen le habló y consoló; y entrando en este punto los seiscientos hombres, y queriendo hacer pedazos los magnates, el Emperador los perdonó á todos y libró. Por cuya hazaña y socorro dió el Emperador al Marradas la ciudad de Bodiana y el famoso castillo y fortaleza de Fraumberg, y un estado y tierra de casi cien villas; y por su intercesion fué hecho el Vallestain general de la caballería, que despues, como se ha dicho, retirándose Don Baltasar por sus achaques, fué hecho general en la ocasion del rey de Dinamarca, cuyos sucesos se han escrito hasta su muerte.

Era el Vallestain alto de cuerpo, enjuto y calvo de cabeza, nervudo y de buena complexion, soberbio de condicion, altivo de pensamientos, industrioso, imaginativo, colérico, insufrible de servir, intratable, dedicado al silencio, pues en su casa ni por la calle no habia de oir hablar á ninguno. En su sala ninguno se cubria, aunque él estuviese muy lejos del aposento; preciábase por la astrología y mágia de que nadie le podia engañar, y hallaba por sus artes que él habia de ser contra su superior, y creia que contra el Emperador, y así se fió de el agüero y fué contra sí mismo. Era descortés y amigo de hacer afrentas á hombres principales, de los que era sumamente abatidor, así como premiador de gente baja, con quien era tan liberal, como avaro con los nobles. Usaba de crueldades, como de ahorcar niños de siete y ocho años por hacer despecho á sus padres; enviaba verdugos que matasen los perros adonde habia de ir por no oirlos ladrar. Este fué el nacimiento, crianza, costumbres, vida y muerte del generalísimo Vallestain, á quien fortuna subió al mas poderoso grado de tesoros, títulos y grandeza del Imperio, y cuya muerte por su altivez y ambicion á ninguno causó lástima, siendo traidor

á tan santo César, y que tanto bien le habia hecho; y porque estos sucesos han sido conjuntos con los del conde Don Baltasar Marradas, y he prometido decir su vida, aunque en diversas partes está tocada, haré aquí la suma de ella para cumplir lo prometido, recopilando lo ya referido.

Don Baltasar de Marradas (1) fué hijo de Don Francisco y hermano de otro Don Francisco y de Don Jorge de Marradas, caballeros de los hábitos de Calatrava y Santiago. Desciende de uno de los tres que en nombre del reino de Valencia fueron á darse voluntariamente al rey Don Jaime de Aragon, diciéndole: «Nos que somos tan buenos como vos, os hacemos rey para que nos defendais de los moros y nos guardeis nuestros fueros;» con que se prueba ser de gran linage y antiguo. Han emparentado con Pallás, Centellas, Viques y Manriques, como hoy se ve en sus armas y empresas. Ha habido en su casa muchos generales de mar y tierra, y embajadores de España á Roma y al Emperador, como se vió en Don Guillem de San Clemente, que en nuestro tiempo lo ha sido del Emperador, y era su tio. Este caballero, muy niño aun, tomó el hábito de San Juan, y despues de haber estudiado letras hermanas suficientes y todas acciones caballerescas de armas, subir á caballo, danzar, música y otras, en que ha sido excelente, se fué muy mozo á hacer sus caravanas á Malta,

(1) No deja de ser extraño que en relaciones impresas de este tiempo se halle escrito el nombre de este caballero *Barradas* en lugar de *Marradas*, que fué á no dudarlo su verdadero nombre. Citaremos una entre otras que tenemos á la vista y cuyo título dice así: *Feliz victoria que Don Baltasar de Barradas, caballero del hábito de San Juan y capitan general de un ejército, por la católica magestad del Rey N. S. ha tenido en los presidios y fuerzas de la Baltolina contra un ejército de franceses y saboyanos que estaban de guarnicion, pasando á cuchillo casi 2,000 de ellos, y les ganó dos fuerzas de mucha consideracion &c.* Sevilla, Simon Faxardo, 1625, fol.

que fueron con tal felicidad en muchas ocasiones de mar que se ofrecieron, que cobró opinion de valeroso soldado y gran caballero. Acabadas sus caravanas, que aun no tenia diez y ocho años, pareciéndole Malta poca cosa para su grande ánimo y deseos pasó á Sicilia y de allá á Nápoles, y pareciéndole mucha paz la de estos reinos, determinó de ir á buscar la última y mayor guerra que hubiese en Europa y allí morir, ó ser hombre. Puso por obra su intento, y tomando cuatrocientos ducados (renta de dos años, que no le daban mas de alimentos) pasó á Alemania en tiempo que el emperador Rodolfo peleaba con el Turco en Hungría, adonde el duque de Mercurio (1) era general, gran soldado y afortunado caballero; el cual se hallaba á la sazon sobre Alba Real en los confines de aquel reino. Habló con el Emperador, y diciéndole su intento, le preguntó qué pretendia, y él respondió que el premio de lo que sirviese. Parecióle bien al César el modo y resolucion del mozo caballero, y envióle al duque de Mercurio con carta suya, el cual se hallaba batiendo la muralla, y al cabo de tres dias continuos quiso se reconociese la brecha por ver si acaso se podia dar el asalto general, para lo que juntó muchos generales que en el ejército estaban de diversos príncipes, y los cabos y capitanes, y dijo: «¿quién se ofrece á ir á reconocer aquella batería?» Respondió Don Baltasar: «yo, señor.» Miróle el Duque y dijo: «vuestra merced descanse, que ha poco que llegó, y en el ejército hay generares y oficiales mayores y soldados viejos para tales efectos.» Parecióle al Marradas mengua suya el no fiarle aquella accion, y dijo: «sí habrá, señor, pero ninguno mas valiente que yo ¡por el hábito de San Juan!» Mirábanle todos, y aun miráronse unos á otros, y el Du-

(1) Es el duque de Mercœur, hijo de Luis de Vandome, el hijo natural de Enrique IV y de Gabriela d'Estrées.

que pareciéndole bien aquella bizarría soldadesca, le dijo: «pues vaya vuestra merced y cumpla como caballero.» Púsose un peto fuerte, tomó su espada y rodela y partió con grande demostracion de ánimo con la cual llegó cerca de la muralla de adonde le tiraron una salva de mosquetazos, uno de los cuales le alcanzó é hizo rodar un pedazo de montaña; pero levantándose con mayor coraje, embistió y se puso sobre la brecha, no obstante los muchos arcabuzazos que le dispararon. Habia el enemigo hecho una cortadura de tres brazas junto á lo derribado, y llegando á ella Marradas fué tal su furia y ardor que no se pudo tener, y tal su ligereza que saltó de la otra parte.

No dormia nuestro Duque, que viéndole caer del mosquetazo primero, le envió de socorro una compañía que le alcanzó cuando saltaba el foso; y aunque cayeron algunos, los demas todos entraron dentro de la plaza, como tambien un tercio de infantería que á estos siguió sin órden y con mucha priesa, y tras él todo el ejército. Tomóse la ciudad, pasándose á cuchillo los turcos, y buscando á Don Baltasar Marradas, le hallaron muy herido entre los muertos. Fué retirado y curado en la mesma cama del pabellon del General, y levantado se le dió una compañía de corazas, avisando al César del buen suceso obtenido por el valor de este caballero. Sirvió seis meses con aquella compañía, que fué llamada «el rayo de Dios,» porque tales y tan aventuradas embestidas y tan acertadas no se han visto jamás; pues á un regimiento entero deshacia con ella. Fué hecho coronel, y hallóse en todas las batallas desde el año de 1586, que empezó á servir, y de su edad 19; de modo que por esta cuenta debió nacer el año 67. Acabada la guerra de Hungría por entonces, adonde dejó nombre eterno, fué hecho sargento mayor general. Duraron muchos años estas guerras, adonde hizo señaladas cosas de su propia persona, tanto en tiempo de

Rodolfo cuarto de Matías, siendo llamado por Ferdinando archiduque de Austria, para ponerle al frente de la caballería, cuyos sucesos con los del Valestain quedan en suma referidos.

Muerto el César, imperó Ferdinando, y tambien se ha dicho cómo le envió á Hungría, y lo que vuelto de allá hizo, añadiendo á esto dos cosas tan notables que doy licencia á que no las crea quien no tiene experiencia de las cosas del mundo, ó noticia por libros que hablan de raras novedades, advirtiendo que cuanto yo digo es oido de su boca misma, suplicándole yo me lo dejase notar para mas tarde escribir su historia en verso, que la guerra no me dió despues lugar á que se hiciese. Es costumbre de los alemanes llevar á la guerra sus mugeres, las cuales les sirven de bagajes, llevando las ollas, sarten, asador y demas baratijas, como alforjas; y á estas siguen los perros, que llevan ordinariamente, los cuales estando sobre Buda, ciudad que posee el Turco, fué tanta la necesidad que el ejército pasó, que no teniendo sus dueños que comer, los perros que en el ejército iban (que eran de mas de 20,000 hombres, y las mugeres mas de 4,000 mil), empezaron con la hambre á comer la carne de los muertos; con la cual encarnizados y grandemente crecidos, dejaban sus dueños, en quien no hallaban socorro ni lo tenian para sí mismos, y se cebaban en los muertos. Esto duró un año y medio, al cabo del cual fué la cruel batalla llamada de Buda, en que fueron rotos los turcos y tártaros, con muerte de mas de siete mil de ellos, que dejando el campo quedó por nuestro, retirándonos tambien nosotros á rehacernos á Posonia. Quedáronse los perros cebados en la carne fresca, la cual viniendo á corromperse y heciendo, los perros necesitados la comian, de que se engendró una rabia cruel en ellos, tal que no comiendo mas que aquella carne, y estando hambrientos salian al camino, y mataban

y comian á los que pasaban. Fué tanto el daño por ellos causados que obligaron á Don Baltasar Marradas á que enviase compañías enteras á matarlos, en las cuales hacian tanto daño, mordiéndolos con furiosa rabia, y estos muriendo rabiando, que fué necesario enviar un tercio de tres mil hombres, y hacer un foso con muchos espinos para estorbarles el que pasasen á embestir al ejército, á quien juntos y en figura de mal formado escuadron arremetian como demonios, y allí con mucho trabajo los fueron consumiendo con una pieza de artillería cargada de balas.

La segunda fué que se levantaron doce mil villanos en el reino de Hungría, fomentados del conde de la Torre, y otros muchos potentados y gobernados del rey de Dinamarca, á quien para este efecto llamaron por su cabeza, y no pudiendo acudir el conde de Marradas á dos ejércitos, hizo nombrar por general de una parte del imperial al Vallestain, que contra el rey de Dinamarca enderezó su marcha. Ocupóse el general Marradas (que ya se hallaba de general de los ejércitos y teniente general del Emperador por muerte del conde de Bucoy) en destruir estos villanos, que sacrílegamente traian hostias consagradas, cédulas del demonio y encantamientos y hechizos infernales. A estos se juntó entre otros barones el de Fraunberg, poderoso y rico señor, formando un ejército de diez y seis mil hombres; y aunque les daban muchos mosquetazos, y llegando á las manos muchas cuchilladas, las balas caian aplastadas en tierra, y las espadas no cortaban las ropillas cuanto ni mas la carne, con que nuestro ejército quedó confuso y sin valor ni fuerza; pero determinando el General se dejasen las bocas de fuego, y se hiciesen unas mazas aceradas con agudos picos, embistiendo con aquel endemoniado ejército (que confiado jugaba el seguro), les hacian con ellas saltar los sesos, y

así murieron todos los que no quisieron rendirse. El señor de Fraumberg se retiró á su inexpugnable castillo, y lo defendió de dos asaltos cruelísimos de nuestro ejército; pero llegando el general Marradas le desamparó, y se fué, de modo que cuando se le dió el asalto le hallaron solo, pues habiendo sido avisado el Baron que Don Baltasar de Marradas habia jurado quemarle dentro, juzgó prudente abandonarlo, y así se rindieron los pocos que aun quedaban. Siguió la victoria nuestro general ganando á Bosiz, Esdriatain, Vodiana y toda la Bohemia, echando de ella al enemigo, y aquietando los villanos; por lo que el Emperador le hizo conde de Bosiz, señor de las ciudades de Vodiana y Esdriatain, y baron libre del referido castillo y fortaleza de Fraumberg y sus cien villas, que es de las mejores de Europa y llave del reino de Bohemia. Siguió el Vallestain su ruta, y viéndose general, empezó á dar á conocer su cruel é inicua naturaleza; pues llegando á las ciudades amigas y pidiendo dineros y gente, si no se lo daban ahorcaba los síndicos y sus hijos, llegando su crueldad á ahorcar uno de siete años; ¡caso inaudito y cruel! y así juntando mas de seis millones de dinero, y cuarenta mil soldados pagados, continuó robando y destruyendo repúblicas del Imperio, y pasando á cuchillo los prisioneros. Deshizo y espaventó el ejército del rey de Dinamarca sin verle la cara, ni darle batalla considerable; llegó á Miguelburg (1), y vencido el señor de ella, potentado de los mejores de Germania, le echó de ella usurpándole el nombre de Duque, y asumiendo el título de Alteza que al Ducado corresponde, pues habiendo escrito al Emperador se invistiese de aquel título, ó que se lo diera, le fué concedido del César. Pasando adelante con el ejército, fué el Rey necesitado de volver á su país, dejando guer-

(1) Lo mismo que Meckleburg ó Mecklemburg.

ras ajenas, porque le faltaron todas las ayudas prometidas; de modo que pudo nuestro ejército penetrar hasta Fritlandia, de adonde echó la Serenísima Alteza de su Duque, usurpándole este gran estado y título.

Este fin tuvo esta guerra y la entrada en el Imperio del mal afortunado rey de Dinamarca, que fué el año 1625, por el mes de Agosto; cuya primera salida fué tan desgraciada, que estando en la ciudad de Amelen sobre las trincheras mirando las guardias, el caballo espantado de un arcabuzazo que se disparó, se precipitó de la muralla y se rompió el cuello, y el Rey estuvo dos dias sin habla, y tenido por muerto, presagio de sus malos sucesos. Este tuvo esta guerra, y acabada se volvió el Vallestain con estos dos Estados y títulos, y con seis millones de dinero, y sin ver al Emperador se fué á Praga, su patria, adonde hizo un palacio, no solo de los mas suntuosos de Europa, pero á medida de su soberbia, tratándose á la manera Real, con alabarderos y guardias, y tratando á todos de vos, sin dejarse visitar, ni dar silla á títulos, ni caballeros, y tratando siempre con vanos astrólogos de mejorar su fortuna. En este estado le hallé yo cuando vine á Germania en la Dieta de Ratisbona, adonde se publicó la venida del rey de Suecia, por lo cual salió el Tilly, cuyos sucesos y muerte se ha descrito. Muerto él, fué, como se ha referido, nombrado el Vallestain, el cual pidió y obtuvo pactos del Emperador, con gran desestimacion de la autoridad Cesárea, y del mundo murmurador, aunque forzosos, y entre ellos ser generalísimo del Imperio, que todo lo que ganase pudiese distribuirlo á quien quisiese, y que fuese en su mano el hacer paces ó guerra, y en particular que el rey de Hungría y Bohemia no pudiesen salir en campaña; y tomando por compañero á Don Baltasar, conde de Marradas, ya capitan general del reino de Bohemia, sobre los demas cargos, salieron con dos ejércitos,

como ya se ha dicho; y si se refiere esto dos veces, es porque se sepa adonde empezaron los sucesos y muerte de este hombre. Este fué su nacimiento, su vida, costumbres, sucesos, progresos, caida y muerte de este mónstruo del mundo, levantado de su misma ambicion, hijo de su misma soberbia, mantenido de su vana esperanza, y muerto de su misma traicion y soberbia.

Volviendo, pues, á la historia, digo que fué necesario que Ferdinando, rey de Bohemia y Hungría, hijo del Emperador, saliese á campaña, porque el duque de Vaymar, juntando un grueso ejército, con el que quedó de esta sanguinosa batalla, volvió al Imperio; pero antes que describa estos sucesos será bien discurra de los mios por no pasar del año en que nos hallamos, ni volver atrás en la siguiente batalla; y digo que de resultas de los premios de esta tan señalada batalla y victoria, me tocó el gobierno de la provincia de Vuduvaiz, en el partido donde está el castillo de Fraumberg, de quien yo era castellano, haciéndome gobernador á justicia y guerra, con retencion del castillo y compañía de caballos. Esto fué á los 2 de Febrero, dia en que entré por camarada del señor conde Don Baltasar Marradas, mi general, y dia tambien en que me hicieron capitan de caballos. Prepareme para ir á tomar la posesion de mi gobierno, con una comision imperial, que debia de tratar con el virey de Bohemia y con el mayordomo mayor de aquel reino, presidente, gran camarlengo y otros que en Vuduvaiz estaban en guardia de la corona de Bohemia, sacada de Praga y constituida allí por mas guardada; y á este efecto vestí ricamente seis pajes, doce lapsis ó lacayos, que van con sus mosquetes guardando las personas de generales ó gobernadores, vestidos todos de las mismas libreas; y con ciento y setenta mosqueteros y ciento y cuarenta caballos que tenia mi compañía, que en todos son trescientos, me partí acom-

pañado de seis caballeros, mis camaradas. Hice para esta ocasion un vestido de raso carmesí forrado en rica tela de oro fino, rizada con ocho guarniciones de oro y botones de oro en medio, y todo el calzon larguedo (1) de passamanos sobre pestaña de raso picado, y entre estas guarniciones que descubria tafetan blanco y tela de oro, el jaron era de lo mismo á la tudesca, abiertas las mangas, guarnecidas de muchas trencillas y puntas de oro, con los mismos aforros de tafetan y tela de oro, y por ser todo partido en fajas, descubria á partes la almilla de tela de oro, y una riquísima camisa abotonada de oro, y tres órdenes de puntas de Flandes y bandas, de valor de cincuenta escudos que de estas tenia seis. Llevaba un coleto de ante fino, tal que pocos habia sus iguales en Alemania, cuyo valor era de cien escudos, y este guarnecido de oro sobre pestaña de raso con fajas muy anchas, y en el pecho muchos alamares de oro y botones gruesos con perlas y rubies sobre la misma pestaña. El ferreruelo era del mismo raso carmesí, forrado en la misma rica tela de oro, con veintiseis guarniciones sobre la misma pestaña, que casi se cubria todo. El sombrero con muchas plumas rojas, y guarnecido su aforro como el vestido: dos joyas de diamantes, una en él y otra en el pecho, en una gruesa cadena, y el tahalí de ante recamado, y en él una espada y daga de mucha invencion y labor; botas blancas, espuelas doradas, guantes de ante guarnecidos de oro, como se ve en un retrato que envié á mi hija. Subí en un hermoso y bizarro caballo blanco, cuyas crines eran vellis de las rodillas como el copete; la hermosa y encrespada cara que hermoseaba el tascar del freno, sacudiendo las cerdas para desocupar la vista de alegres y vivaces ojos, y for-

(1) Adornados de passamanos puestos ó lo largo.

mando de la blanca espuma copos de nieve, con que se salpicaba la encrespada y esparcida cola. Besaba la tierra á fuerza de sus saltos y corbetas, que mas parecian reverencias á su dueño; su ancho pecho, su encorvada cerviz, sus ancas cuadradas y cubiertas, sus piés nudosos y ligeros; guarnecia (1) un jaez rico de tela de oro sobre carmesí, con bozal y campanillas de plata dorada, y los aziones, faja y correones estaban recamados como los demas aderezos. En este caballo, igual á mi desvanecimiento, subí, el cual pareciéndole ser capaz de mayor dueño, apenas me queria admitir; siendo tan presto yo á saltar sobre él, como él á querer arrojarme con saltos y corbetas; y como llevaba en una mano el freno y en la otra la baqueta ó vara de ballena, y el grande y guarnecido guante, por prisa que me dí á ajustarme en la silla, acomodarme la capa y á enfrenar mi corcel, no fué tanto el lugar que me dió, que no se me cayese el guante en tierra. Dile un poco de campo á su fantasía, con dos repelones y algunos badascazos (2), y en tanto yo le aquietaba, mi comitiva se inquietaba, porque arrojándose mis camaradas á tierra, fineza propia de su amor y amistad, y tambien los pajes y lapsis, habiendo mas presto cogido el guante de tierra, los mosqueteros que á mi lado iban, se contrastaban unos con otros de veras sobre quién me le habia de dar; honor que tocó á mis camaradas, que me le ofrecieron besado y con mucha reverencia y cortesía; ¡oh sapiencia divina! ¡oh magestad de magestades! ¡oh potestad incomprensible! y cómo sabes, sin dar á entender tus inefables secretos, llamar á Saul derribándole del caballo, y haces un Paulo vaso de eleccion, traer á un Pedro y á un Andrés, pes-

(1) Habrá de entenderse «llevaba por guarnicion.»
(2) Voz italiana corrompida que significa «latigazos.»

cándoles con sus mismas redes; hacer lazos de los enlazadores cabellos de la Magdalena, para que quede presa de su amor, y á un pecador inícuo, como yo, reducirle á conocimiento de su error y mala vida, haciéndole conocer en el mayor de sus faustos que es un vil gusano. Recibí el guante con la cortesía debida, y quieto ya el caballo, hice en mí un breve soliloquio de mi larga vida y volubilidad de las cosas humanas. Trújome Dios á la memoria la prision de mi tierra, sentencia de muerte, fuga de mi patria, el haberme visto pobre soldado, y pasado grandes sucesos y desgracias, pérdida de mi casa y hacienda en Nápoles, retraimientos y huidas á pique de dar el cuello á un cruel cuchillo y verdugo; y cómo huyendo por reinos extraños y de bárbaros, nació de aquellas mismas desdichas tan singular ventura, hija de la mudanza de la fortuna; y cómo de estas dichas mismas podian ahora nacer mayores desventuras, no habiendo firmeza ninguna en las humanas condiciones. Consideraba, pues, que en mis infortunios pocos me miraban, y esos mas por miedo que por amor; y que si fuí admitido de príncipes, fué á fuerza de mis agilidades, proceder é industria, y que porque ahora la fortuna (por error) habia dado un impensado vuelco, y puéstome en alguna altura, para tomarme un guante del suelo unos corrian y otros se arrojaban de los caballos, besándole, mirando en él la prosperidad del dueño rico y victorioso; y que si la comision cesárea que llevaba no tuviese el buen éxito que de mí se esperaba, no alcanzaria la rueda de mi vanagloria mas pompa, siéndome necesario desde ahora mirar los feos piés de este lozano pavon para moderar un poco la locura de mi presuncion, pues con un mal suceso ó una vuelta de ojos airados del César caia por tierra edificio fundado en tan débil basis, cuyos principios fueron desgracias, huidas y prisiones, y quedaba pobre sin puestos, y abandonado de los que me servian, vuelta aquella

veneracion en desdenes y poco respeto. Trasportóme de manera aquella imaginacion, que viéndome divertido, mis camaradas no me perturbaron. Acabé mi soliloquio con un suspiro, diciendo: «tú solo, Señor, eres el omnipotente; tú el santo; tú el inmutable, firme, estable y permaneciente en tus efectos;» y esto dije tan recio, que lo oyeron y aun se admiraron; pero volviendo en mí, y advirtiendo la accion que iba á hacer, jugando del vocablo los divertí de lo que por ventura pensaban, y con algun entretenimiento llegamos á Vuduvaiz, que está siete millas de mi castillo, de adonde me salieron á recibir el Virey, el mayordomo mayor y gran prior con mucho acompañamiento, por festejar con esto á mi general, que era el alma del Emperador. Tomé posesion, y diéronme el título de Ilustrísimo, y despues de muchos banquetes traté mi negocio, que tuvo tan buen efecto, que ofrecieron al Emperador dos millones. Retiréme á un convento de Santo Domingo, cuyo prior era el padre fray Jacobo Regon (1), maestro, predicador y teólogo del cardenal de Arach, arzobispo de Praga, el cual le distinguía sobremanera, y en especial le hizo tambien presidente del consistorio. Era amigo suyo en extremo, y yo le mantenia aquel pobre convento, cuyos territorios habia destruido el enemigo, santo varon y de dulcísima y alegre conversacion. Con este hice un largo coloquio, diciéndole toda mi vida y haciendo una confesion general. Consolóme, y hecha reflexion sobre mi vida y estado, ya sea que tuviese revelacion en un sueño, ya que fuese inspiracion del cielo, ello es que me dijo que Nuestro Señor era servido que yo me fuese á Italia, y que

(1) Llámale en unas partes *Regulo* y en otras *Regoli*, como aquí está.

pidiese licencia á título de ir á hacer vida con mi muger, que Dios me queria para otro estado diferente de aquel. En este tiempo mi general Don Baltasar Marradas se hallaba en campaña contra Sajonia, con grandes victorias y progresos; y llegado el invierno, haciendo sus cuarteles y alojamiento, se vino á Viena, adonde disgustado de los encuentros con el Vallestain, que aun era vivo, si bien se ha dicho su historia hasta su muerte por obviar tantas digresiones, con achaque de su vejez renunció los cargos en manos del Emperador, con mucho disgusto así del César como de toda la corte y milicia.

Luego el Vallestain convidó á todas las hechuras del conde Marradas para vengarse del en ellos, y entre estos á mí, porque sabia ser yo el alma del general, prometiéndome, si queria seguir su fortuna, me haria General de la caballería; pero valiéndome de esta ocasion para mi intento y lo tratado con el padre fray Jacobo Regoli, mi confesor, y considerando ser en mí una especie de traicion por un generalato volver las espaldas á tanta obligacion, habiéndome hecho hombre mi General Don Baltasar Marradas; y puéstome en tales cargos, y dejarle ahora pasándome á servir á su enemigo, y lo mal que se podia decir de tan ligera accion, determiné de renunciar con él todos mis cargos, aunque con poco gusto del Emperador; y tomando su licencia en Viena, y dándome él algunas joyas y regalos, partí con promesa del Emperador de que si volvia con mi muger y casa y un título para que yo le pedí licencia, me daria las dos primeras villas que se confiscasen á algun rebelde. Sintiólo mi General, pero conoció mi lealtad, y yo me partí con su sobrino por el camino de las carrozas, saliendo de Viena á los 35 de Marzo de 1633 y á los 44 años de mi edad.

El itinerario y distancias son como siguen, advirtien-

do que estas primeras millas que aquí van puestas son millas tudescas, y que las 53 importan tanto como 260 de las italianas (1).

A Naydorf	2
A Naistat	6
A Naiquerquen	2
A Sut Vienna	2
A Hospital	1
A Criglia	3
A Cofender	3
A Laibe	3
A Micael	1
A Quenitenfelt	3
A Quedenburg	2
A Umsmanch	3
A Nainmarch	3
A Yer	3
A Sanchfait	3
A Ferquinquen	3
A Vilach	3
A Terren	3
A Sacunis	1
A Ponteva	2
A Pontas	1
	53

(1) La mayor parte de los nombres que siguen están escritos como al autor le sonaban, y sin observar regla alguna ortográfica; y así no es de extrañar que muchos de ellos nos sean hoy día completamente desconocidos.

Empiezan las millas italianas.

A Dona	4
A Riqueta	6
A Benzon	7
A Espelinberg	18
A Sanalcocato	12
A San Casiano	15
A Cobadin	14
A Escorse	15
A Padua	15
A Conselvi	12
A Rubigo	15
A Ferrara	18
A San Nicola	10
A La Bastia	13
A San Alberto	10
A Revena	20
A Sesenate	20
A Rimini	15
A la Católica	15
A Fano	20
A Senigalla	15
A Ancona	15
A Loreto	20
A Macarata	14
A Tolentino	10
A Ponte la Trava	15
A Sarrabal	7
A Folin	15
A Espoleto	12
A Terni	15
A Narni	7
A Nicoli	8

A Riñan..... 16
A Castelnovo..... 8
A Roma..... 15

176

Que en todas son millas italianas setecientas y treinta y cinco. Entré en Roma á los 22 de Abril del mesmo año de 1633, y de mi edad 44, en compañía del conde Don Francisco Marradas, y de su hijo Don Bartolomé, sobrino de mi General el conde Don Baltasar de Marradas. Luego que llegamos á Roma, besamos el pié al Papa, y los acompañé á ver sus grandezas, edificios, suntuosos palacios, templos y jardines. Lucieron mucho mis galas soldadescas, por ser muy diversas de colores, con ricas guarniciones de oro, recamos y bordaduras, tanto de vestidos y jubones cuanto de bandas, ligas y guantes, con numerosos penachos y costosas espadas y talíes. Envié á mi muger cuanto tenia de dinero, diamantes, perlas y blanquería (1) digna de un rey. Prevenia mi partida para Nápoles, que habia de ser á fin de Mayo; pero fué la voluntad de Dios que á los veinte y seis del mismo me vino la desdichada nueva de que mi muger habia muerto á los diez y ocho de un improviso susto causado por la alegría de mi venida, despues de haber estado ausente de ella nueve años, siete meses y veinte dias, desde que salí de Nápoles, que fué á los veinte y nueve de Setiembre de mil seiscientos veinte y tres. ¡Oh santa muger, oh casta Pénelope, mártir de disgustos, de pérdida de hacienda, persecuciones de justicia, y ausencia de tu inquieto marido! Grande fué mi

(1) Es decir, «ropa blanca.»

sentimiento, queriéndola con grande extremo, y deseando infinito verla y acabar mi vida en su compañía para remunerarla en parte de los grandes disgustos y trabajos que por mí pasó. Habíanse ya muerto seis hijos míos, y solamente me quedó Doña Isabel, de trece años. Llegóme la nueva dia del Corpus Christi, y solo me pudo consolar el traerme Dios á la memoria lo que me predicó el padre fray Jacobo Régulo (1), que Dios me guardaba para otro estado, y conocí ser golpe de misericordia de la divina mano de Dios, y así, aunque no pude pasar sin el sentimiento natural, sufrí aquel infortunio con el mayor sufrimiento que pude, conociendo tambien el juicio de Dios y la pena de mi pecado, pues cuando tuve este bien no le conocí, y cuando le conocí le perdí.

Estúveme en Roma hasta que se fué el conde de Marradas á España, al fin de Junio, y cayendo en la cuenta empecé á imaginar y consideré el fin de mi vida, pues muerta mi muger, no quise conocer otra, ni volver á los peligros de la guerra, que son mayores, considerando que el hombre, con el aliento de la ambicion, del honor, del premio, de la confianza que tienen de su valor, de que otros le mitan, ni se deja adelantar de otro, ni considera peligro, ni teme muerte; pero que cuando se ve en la paz, no solo numera los peligros, se acuerda de los trabajos y echa menos las comodidades; sino que le espaventan las consideraciones, le dan grima las mesmas temeridades que obró y le asombra la imaginacion de la muerte. De esta imaginacion nació el parecerme que mi mayor hazaña despues de tantas con tan buena fortuna obradas, era el saber morir á imitacion de aquel terror del orbe, Cárlos V,

(1) El mismo eclesiástico arriba mencionado y cuyo nombre se halla aquí claramente escrito *Regulo*. ¿Será Reggioli?

aunque en diferentes y desiguales sugetos, despreciando el mundo y metiéndome en una religion, con que borraba las traviesas inquietudes y disparates diabólicos por mí hechos; para lo cual estuve algun tiempo considerando religion adonde pudiese mejor servir á Dios y salvar mi alma, sin mas estudio que el bien vivir. Acudí algunos meses á unas religiones, haciendo los ejercicios que ellas mismas mandan y recomiendan, porque como el estado de religion es perpétuo, no quise arrojarme para arrepentirme. Entretúveme en esto hasta los 25 de Diciembre del mesmo año, que el eminentísimo señor cardenal Don Agustin Espínola me quiso llevar consigo; el cual iba á España y de paso á Milan, á visitar al Cardenal Infante (1). Fuí por su caballerizo; llegamos á Génova adonde fué pues recibido con muchas honras, desembarcando de dos galeras que el Sumo Pontífice le dió para su viage. Fué universalmente llorado en Roma de los pobres, que le llamaban padre de la caridad; y porque espera su vida mejor pluma y talento, lo dejo aquí.

Fué nuestra partida á 30 de Abril; estuvimos en el camino pocos dias; acompañáronle desde la marina todos los del Senado en cuerpo, habiéndole salido á recibir cuatro galeras. Siguióle la nobleza toda hasta su casa, digo la del marqués de Espínola, su hermano, el cual vino de España con su cuñado el marqués de Leganés. Partimos á Milan el dia mismo en que se cumplieron los doce años que maté á aquel caballero en desafío público. Recibió el Infante al Cardenal con muchos agasajos, quitándose el sombrero y dándole el título de eminencia la primera vez. No dejaron de hallarse aun allí enemigos, paisanos de Don Juan, que procuraran matarme, y yo les

(1) Es el infante Cardenal que por este tiempo se hallaba en Milan.

envié á decir que cara á cara esperaria á que viniese cualquiera; pero acabóse esta contienda con que el Cardenal se volvió á Génova y se entretuvo en sus jardines y recreos hasta los 20 de Agosto que se partió España, y aunque gustaba que yo fuese, el dejar mi hija sin casar, y el intento de hacerme religioso lo estorbó. Partime con su licencia con una galera de Génova á Liorna; visité en ella á Don Pedro de Médicis, de quien fuí camarada, como ya se dijo, y llegué á Roma á los 26 de Agosto con gran peligro de las mutaciones (1), pero sin daño alguno.

Quedemos aquí en tanto que se hace relacion de las cosas de este año sucedidas en Germania. Habia partido de Milan el duque de Feria (2), haciendo muchos progresos en la Valtelina y Germania, cuando el Valdestain estaba en aquella parte del imperio de Colonia, y sin duda que en aquella sazon fuera destruido el enemigo, si como muchas veces el Emperador ordenó y el duque de Feria pidió, se hubiesen dado la mano; pero como los traidores intentos del Vallestain aspiraban á otros designios, no solo no se quiso juntar con él por no darle la gloria ó parte de ella, pero ni aun socorro ni mantenimientos; ni aun paso le quiso dar, dejando así perder las ocasiones de sus victorias; y fué tanto el sentimiento del Duque, tan malos sucesos en las armas imperiales y regias, y que los oficiales no acudian á servir como debian, que le sobrevino una recia calentura y con grandes ansias y disgustos acabó su vida á los 2 de Enero este año 1634, de-

(1) Alude sin duda á las producidas por la estacion y conocidas con el nombre de *malaria*, que tan perniciosas son en los meses de verano.

(2) Es el mismo mencionado en la pág. 224.

jando por General en su lugar al conde de Cervellon (1), valeroso soldado. Fué embalsamado y enviado á España.

A este tiempo el cardenal Infante partió de Milan para Flandes y pasó la Valtelina con su ejército y se incorporó con el del duque de Feria, ya del conde de Cervellon; pero es bien dejarle aquí y volver á Germania, que nos llama el rey de Hungría, que por muerte del Vallestain, que fué en este mesmo tiempo, á los 26 de Febrero de 1634, como se ha dicho, un mes y quince dias despues del duque de Feria, que parece que le llamó á cuentas delante de Dios. Salió á campaña. Habiendo primero propuesto paces al duque de Sajonia y marqués de Brandemburg, electores ambos del Imperio, y el segundo cuñado del rey de Suecia muerto, y á los demas aliados y confederados del Imperio, y no ajustándose en los pactos trató de formar ejército, para lo cual dió los cargos siguientes: el de teniente general al conde Matías Galara, maestre de campo; generales al conde Aldringher y al duque Octavio Piccolomini; al Coloredo, general de la caballería; y al conde Marradas, antes general de Bohemia, y á quien á persuasion del Emperador le hicieron tomar las armas, el de teniente generalísimo de los ejércitos imperiales. A este con doce mil hombres enviaron á la provincia de Moravia para defender á la Silesia y Hungría, quedando el Colloredo en Bohemia contra el de Sajonia. El Aldringher con la liga católica marchó hácia Ratisbona, poseida del enemigo, que juntos los socorros de potentados, de gente, con dinero de España, se hallaban con veinte mil hombres; mientras este llevaba órden de ir por la parte siniestra de dicha Ratisbona, la Magestad del rey de Hungría con otro ejército de treinta

(1) Don Juan de Cervellon.

mil hombres, en el que iba la flor de la caballería alemana, andaria por la diestra del mesmo rio Danubio que sus muros baña, sirviéndole de cava ó foso. Juntóse el ejército en la ciudad de Pilzen, y fué pagado con parte del dinero confiscado al rebelde Vallestain y parte de las ventas cesáreas, con que los contentó.

No se descuidaba el duque de Vaymar, capitan general del ejército sueco en lugar del muerto rey, pues juntándose con el general Horn (1) hizo un cuerpo de veinte y cuatro mil hombres y los dos sitiaron la ciudad de Ladsuch para divertir al Rey. Hallábase el Aldringher á un tiro de cañon con gran parte de la caballería cesárea y la del elector duque de Baviera, á cuya vista tomó el enemigo la plaza haciendo grande destrozo y crueldades en sus moradores. Queriendo el Aldringher remediar este tan notable daño le hicieron retirar con mayor suyo, y pasando el rio Isara fué herido de un mosquetazo y muerto. Era el Aldringher (2) de ordinario nacimiento, de gran valor y resoluciones premeditadas, obediente á sus mayores, sin mudarle de condicion los grandes oficios que reunió al de pendolario que primero tenia. Si no moria en aquella ocasion, caia infaliblemente de la gracia imperial, pues aunque no fué tenido por sospechoso de faltar á la fe de su señor, era tejedor, tramador y urdidor de industriosas marañas. Fué llevado á Baviera al monasterio de Briel á 25 de Julio de 1634. Este (3) pasó de Italia gran suma de oro del saco de Man-

(1) El conde Gustavo de Horn.

(2) El nombre de este general se halla escrito de distintas maneras por nuestro autor, unas veces Alderingher, otros Aldringuer, y alguna que otra Aldringuen, segun la pronunciacion de su tiempo. Llamóse Altringher.

(3) Así en el original: pudiéndose inferir que despues de «este» faltó decir «año.»

tua. El resto del ejército caminó, como tenia órden, á la siniestra del poderosísimo Danubio, y el Rey (de Hungría) con el suyo á la diestra; y puesto el sitio y enderezada la artillería se batió con la ciudad de Ratisbona tanta furia que le dispararon en breve tiempo cinco mil balas de cañones de batir y le arrojaron dentro dos mil granadas de fuego, la mayor parte de á ciento y cincuenta libras. Despues de hechas por ellos mas de cuatrocientas surtidas (1) y muerto ocho mil imperiales, y de haber sostenido siete asaltos generales de tan poderoso ejército, los de Ratisbona se rindieron con pactos muy ventajosos al 1.° de Agosto de 1634. A este mesmo tiempo el príncipe Francisco de Médicis, hermano del Gran Duque, venido con socorro de dos mil hombres para esta ocasion, murió acabada esta empresa con sospechas de pestilencia.

Caminaba por el mesmo tiempo nuestro Cardenal Infante de España con ejército de siete mil hombres de infantería y quinientos caballos pasando al Tirol, adonde fué recibido del primogénito del archiduque Leopoldo con grandeza magestuosa; y de allí enderezó su camino al Imperio. El Rey, que no dormia, con la leche en los lábios de la toma de Ratisbona, sitió con tanta presteza á Donaverda, que antes que sus ciudadanos se acatasen (2) la tomó, y al punto pasó á la ciudad de Norlinga (3), que las dos están en los confines de Baviera y Suecia, dejando dos leguas á una mano á Norlinga. El duque de Baviera envió su gente á los 20 de Agosto á Franconia, á la ciudad de Spach, aunque no le sucedió como deseaba por hallarse avisado sus habitantes,

---

(1) Salidas.

(2) Lo mismo «que se apercibieron» ó «se pusieron en defensa.»

(3) Nordlinguen, ciudad imperial de Suavia ó Suevia, como decian nuestros escritores de estos tiempos.

y así determinó de sitiar á la dicha ciudad de Norlinga, volviendo atrás las dos leguas que la habia dejado á una mano. Es esta ciudad de las francas del Imperio, noble y antiquísima por ser fundada de Vespasiano emperador. Adelantándose los enemigos con algunas escaramuzas, tomaron un collado á vista de Norlinga con un bosque muy cómodo, del cual pasaban fácilmente al comercio de los sitiados; por lo que el Rey envió muchos correos al Cardenal infante, advirtiéndole se diese prisa porque se avicinaba (1) muy de próximo el combatir con el ejército de Suecia, segun veia la disposicion, pues hallándose ceñido de enemigos tenia necesidad de numerosos ejércitos. Tambien Vaymar envió á solicitar al conde Oton del Rin (2) y al general Gratz, rebeldes del Imperio. El Horn, introducido el socorro de doscientos cincuenta infantes mosqueteros con grande industria, dió buenas esperanzas al gobernador, el cual y la gente se quejaban de graves necesidades y dadas las órdenes y socorridos los sitiados, los ejércitos protestantes se pusieron á la retirada hácia Popfinga, aunque fueron escoltados de nuestros croatos y alemanes; y el dia siguiente se acercaron los nuestros, instigándoles á la batalla que no aceptaron. Llegaron de socorro á los protestantes dos tercios conducidos del Lievestain y de Rozau y dos de caballería Giavaleschi, y otro de infantería, y despues de la gente del Gratz y del marqués de Durlach, y el Gualdestain, sargento mayor del conde

(1) Quiso decir con este italianismo «que se acercaba el dia del combate.»

(2) A los condes del Reno, decia aquí nuestro autor; pero se ha corregido conforme está. «Y sin aguardar (dice Oliver, pág. 128) al conde Oton del Rin, que les iba de socorro con cuatro mil infantes y dos mil caballos, y no estaba lejos un dia de marcha, se empeñaron en el ataque.» Este Oton del Rin, como le llama Oliver, era el rhin-grave ó *Rhin-graaf* Luis-Othon.

Oton Ludovico, con cuatro compañías de á caballo. El Gratz disuadió la batalla al Vaymar hasta tener mayores fuerzas; pero determinado el Vaymar, rabioso de vengar su muerto rey, se ordenó el ejército para dar la batalla. Llegó el Cardenal tan á tiempo que parece que Dios le trujo, y porque la guerra me da prisa dejo las ceremonias que pasaron entre los primos Rey é Infante, los recíprocos abrazos, caricias y cortesías, que siendo necesario jugar de las espadas, fueron breves; y luego se trató de formar el campo. Enviése al príncipe Aldrobandino, gran prior de Roma, del hábito de San Juan, que fuese á resistir al Gratz que venia á embestir con cuatro regimientos, si bien tenia menos gente; él protestó, pero no obstante fué y embistió con tanto coraje que ya estaba para huir el enemigo, cuando el Gratz, gran soldado, reprendiendo á los suyos se puso delante de ellos y de un golpe de pistola mató al valeroso y mal afortunado príncipe Aldrobandino, desanimando con esto su gente y retirándose aunque con muerte de muchos sueceses (1) y entre ellos el teniente general Oner. Quedaron heridos el teniente general Hofchirguen y el coronel Padendorf, y de los nuestros el coronel Terneta, Silvio Piccolomini, el marqués de San Martin, borgoñon, y otros oficiales ordinarios. Habian tomado los españoles un bosque y queriendo Vaymar echarlos de allí, los nuestros resistieron con tanto valor que murieron la mayor parte de los que dieron el asalto; y enviando el enemigo mayor número se mudaron antes de llegar á tal puesto, que se defendieron valerosamente con mucho daño del enemigo: pareció este combate mas batalla que escaramuza. El Gratz hizo reti-

(1) Lo mismo que «suecos,» segun ya se advirtió en la página 362, nota.

rar el cuerpo de Aldrobandino, que mucho le amaba de cuando él era fiel al Emperador, siendo él mesmo quien le dió la muerte: son lances de guerra donde no hay amigo para amigo. Los españoles fueron reforzados de cuatro regimientos del Príncipe de San Severo (1), de Don Gaspar Carlo Guasco (2) y del conde Juan Bautista Panigarola y de su hijo, que el padre fué muerto y el hijo herido. Aquella noche se envió al duque de Nochera á reconocer un puesto que el enemigo queria tomar para plantar una batería que superaba (3) al sitio del ejército; y marchando á ocuparle todo el tercio de Don Martin Idiaquez, con algunos gastadores se empezaron desde luego á construir tres medias lunas; pero antes del dia fué tanto el número de sueceses que á la cumbre cargó que fué necesario retirarse. Habian puesto en órden nuestros ejércitos el Rey, Infante y Elector, y el enemigo dejó aclarar el dia para dar la batalla: esto fué á los 6 de Setiembre de 1634. Empezóse avanzando el Horn con su gente para tomar aquella eminencia dicha, y llegando con sus tropas tomó con gran diligencia la media luna mas perfeccionada y ya casi hecha. Aquella noche echando de ella á los tudescos y siguiendo el alcance su caballería se desvió tanto que, visto por el tercio de españoles del Idiaquez y otro de italianos, moviéndose de sus puestos con grande estrago del enemigo, tornaron á ganar la media luna en modo tal, que aunque el Horn llegó con sus batallones no pudo mas recobrarla, perdiendo mucha y muy lucida gente, y mostrando con experiencia este valeroso tercio, tan probado en Flandes, el coraje invencible de España. El Vaymar tenia en tanto su diestra

(1) Así en el original; pero quizá haya de leerse San Severino.
(2) Dice «Carloguesco.»
(3) Dominaba.

puesta en el llano entre Norlinga y el bosque, y atacó la batalla por la parte que estaba el duque de Lorena, nuestro confederado, sostenido del Piccolomini y del Ubert (1), como el Vaymar lo era del Gratz; y porque llegaron de socorro el marqués de Leganés (2) y el Galasa, ambos generales, fué mas duro y pertinaz el conflicto. En esta parte tuvo comodidad el Vaymar de hartarse de combatir. Viendo flaco al Horn le envió un escuadron con el conde de la Torre, que perdiendo el camino y encontrando con los tercios de Panigarola y del Guasco que le embistieron, fué menester que le socorriese aquel mismo á quien iba de socorrer, estando dos veces en peligro de muerte; y aunque doblaron los socorros de manera que parecia ser allí la fuerza de la batalla, los nuestros ganaron el bosque dejando separados al Vaymar y al Horn, volviéndose el conde de la Torre con tan pocos, que empezaron á dudar el éxito de la batalla y temer la pérdida de la victoria, muriendo la mayor parte de los que con él fueron. A todo esto el Rey y el Infante estaban en medio del ejército gozando de la vista de las tropas y viendo con cuanto valor se señalaban todos, haciendo frente á los mas nombrados escuadrones de la liga enemiga, sin estimar el peligro, incitando su gente y animándola con voces y exhortaciones amorosas que les arrancaba la vista de la primera batalla en que entraron, digna de tales príncipes. Los capitanes se esforzaban á ser vistos de tales presencias reales y notadas sus acciones, que si bien el rey de Hungría se habia hallado en un sitio, otra cosa es una batalla, y tal como está. Estaban casi juntos el

---

1() Llamábase Don Diego Felipe de Guzman Mexia, grande de España, comendador mayor de Leon y á la sazon comandante general de la artillería.

(2) El conde Juan de Vert ó Werth, general bávaro.

Rey y el Infante y en los lugares mas peligrosos, observando las necesidades de socorros y enviándolos con presteza increible. Notóse y aun admiróse en el Cardenal Infante el valor extraño con que gobernaba, pues que en sus acertadas disposiciones parecia hacer muchos años que gobernaba ejércitos: tan á tiempo socorria y mandaba lo necesario.

Murieron á su lado muchos enemigos, siendo tan recio el combate que llegaron á probar algunos los filos de sus espadas. Fué muerto junto al Rey mismo el coronel Lorenzo Ayaza de un cañonazo, combatiendo valerosamente á los ojos de los dos príncipes mayores de Europa, y muriendo dichosamente, si hay muerte dichosa. La caballería del Vaymar empezó á abandar constreñida de los españoles é italianos que con extraño valor resistian á su furia, hasta que, seguida de los austriacos y bávaros, se retiró detrás del monte á Reinberg con gran espaviento. Lo mismo hizo la del general Horn que, aunque por su parte peleaba valerosamente, fué necesitado de enviar á decir al Vaymar que era ya tiempo de retirarse y ceder á la fortuna, estando ya su puesto bañado de su propia sangre; y aunque el Vaymar le exhortó á que esperase, fué necesario que él mismo le enviase despues á decir que se retirase presto en tanto sostenia él la batalla. Fingiendo, pues, querer embestir el Horn, y en tanto que los españoles embestian con la vanguardia y la deshacian, él con grande industria retiró la artillería adonde estaba la demas caballería ya huida en Reinberg; y despues el Vaymar, viendo el destrozo que hacian los austriacos en su ejército se retiró, quedando el Gratz al reparo del ímpetu nuestro, que fué tal, que á rienda suelta huyendo llegaron adonde el general Horn estaba rehaciendo su gente y poniéndola en órden; pero llegando estos con tanta furia, se desbarataron unos con otros sin poderse

mas rehacer. Aquí dió el ejército de los protestantes en manos de los españoles, cesáreos y bávaros, que desfogaron su ira en ellos, y hartos de su sangre satisfacieron su venganza, viendo que los bravos Martes de Suecia se volvian pollos á la furia de este gran ejército. Quedó cortada la retaguardia del Horn, y si bien este intentó unirse al resto del ejército no lo pudo verificar, quedándose confuso y hecho de mármol al ver tanta desventura y perdida su industria y arte, hasta que asaltado de un escuadron de bávaros fué puesto en prision. El duque Bernardo de Vaymar se salvó con alguna caballería á rienda suelta; el Grate fué preso de un capitan croato, á quien prometió treinta mil ducados si le daba libertad; pero en fin fué llevado al elector duque de Baviera, y de allí enviado al Rey, restituyéndole la espada, despues de visitado del duque de Nochera y de otros príncipes italianos. Por último, visto del Rey en secreto, fué por él enviado á Viena al Emperador á peticion del conde Slich, su mayor enemigo, como rebelde del Imperio. Fué esta victoria señaladísima, y si bien el número de los austriacos y bávaros fué mayor, la gloria de comun consentimiento se atribuyó al cardenal Infante, con parecer del mismo Rey y demas cabos, por el gran valor que en todos aquellos encuentros mostraron los españoles, en particular en el último, desbaratando la caballería, y ganando y defendiendo en el principio aquel puesto, que fué la importancia de la victoria; porque si el enemigo le tomaba, tiraba su artillería á caballero de la nuestra. Así, pues, el Rey mandó que se celebrase é imprimiese la victoria por el Infante cardenal. Iban inclusos en esta gente el príncipe Mathías de Médicis, el príncipe d'Este, el de Módena, el duque de Nochera y otros; tomáronse setenta cañones, ciento y treinta banderas y cornetas y todo el bagaje y municion, que fué mucho y muy rico. Los muertos para-

ron de seis mil, y los prisioneros fueron muchos mas, entre ellos cien cabos, como son, coroneles, tenientes, sargentos mayores y cabos principales que quedaron vivos, de los cuales veinte y ocho se enviaron á Viena á la presencia del Emperador, y los demas tocaron á los españoles por haberlos ellos hecho prisioneros, repartiéndolos con los italianos y bávaros y loreneses.

Vencida esta señalada y memorable victoria, el ejército enderezó su camino hácia Norlinga, ó Norlinghen, como ellos dicen, la cual, perdidas las esperanzas de socorro ó ayuda, se rindió, no sin temor del castigo á la clemencia del Rey, el cual usando de ella los perdonó tornándolos en la fe y gracia del Emperador su padre. La guarnicion de Suecia salió con su bagaje libre; fué concedida á los vecinos salvaguarda y otras condiciones mayores en su favor. Hechas solemnes fiestas, dignas de tan celebérrima victoria, se dividió el ejército; el Rey con la mayor parte pasó al ducado de Vitenberg; el duque de Lorena, que se portó valerosamente contra la faccion, se partió con algunos italianos á la Alsacia; el duque, elector de Baviera, á Franconia y parte de sus tropas al contorno de Agusta; el Infante cardenal pasó con su gente á Flandes, y los que esperaban la ruina de la casa de Austria vieron á su despecho vencido el tan célebre Nembrot del ejército y de la soberanía suecesa tomadas las inexpugnables plazas de Ratisbona, Donabert y Nordlinguen; ¡oh Rey felice, á quien espera el imperio glorioso de tu bienaventurado padre! goza en tanto de tus gloriosas victorias, y tú, Infante, imitador de tu invencible bisabuelo Cárlos quinto, ponte gloriosa corona de laureles, presagio de mayores hazañas, en tanto que yo estropeado en tu servicio me retiro á la religion (1).

(1) Son varias las relaciones impresas que de esta célebre batalla

Entre tanto sucedian estas cosas en Alemania yo acudia á diversos conventos y religiones, dejando las cosas del mundo, como ya dije, y entre todas elegí la del beato Juan de Dios, propia de soldados, por la necesidad que hay en ella de hombres de valor y fuerza, y en particular de buen estómago; y acudiendo allí dos meses con mis criados, ejercité aquella caridad, no sabiendo aquellos si tenerme por cuerdo ó por loco, pues para disimular no faltaba á los paseos y conversaciones de mozos.

---

hemos visto, así italianas como españolas, entre las cuales citaremos como mas curiosas é importantes las siguientes:

Sangrienta batalla de Norlinguen y rompimiento del ejército de Gustavo de Orns (Horn) *y Cratz* (Gratz), *por el Católico y Cesáreo, en 6 de Setiembre de este año de* 1634. Madrid, por Pedro Coello, 1634, fól.

Verdadera relacion de la victoria que tuvieron el señor rey de Hungría y el serenísimo infante Cardenal, contra el ejército del rey de Suecia; sucedida en el mes de Setiembre de este año de 1634. Sevilla, por Andrés Grande, 1634, fól.

Segunda relacion de la sangrienta batalla de Norlinguen y rompimiento del ejército de Gustavo de Orns (Horn), *Veimar y Gratz, por el Católico y Cesáreo, en 6 de Setiembre de* 1634. Sevilla, Andrés Grande, 1634, fól.

Segunda carta de la victoria que ha tenido el serenísimo infante Cardenal y el emperador de Alemania, y de la sangrienta guerra y feliz victoria que tuvo (sic.) *contra nuestros enemigos, en la cual les mataron mas de veinte mil hombres, sin los heridos, este año de* 1634. Valladolid, por la viuda de Córdoba, fól.

Breve relatione della gran vittoria ottenuta dalla Maestà del rè d' Ungaria et dal serenissimo Cardenal infante di Spagna. Nella primi giorni dell' arrivo de Sua Altezza nella Suevia contro le Principi protestanti é suezesi uniti à danno del Sacro Imperio. Roma, appresso Francesco Cavalli, 1634, 4.°

Relatione delli felicissimi progressi dell' Armi di S. M. Cesarea et di Principi Cattolici, Sotto il commando del Serenissimo Rè d' Ungheria, dopo la battaglia di Nordlinguen. Portata del signor capitano Emilio della Torre Asolano, capitano del signor tenente generale conte Galasso, spedito da S. Maesta Regia dal campo sotto Neustatt, alli 2 de Ottobre 1634. Roma per Ludovico Grignani 1634, 4.°

Apretábanme el cardenal de Borja y el embajador marqués de Castel Rodrigo (1) que fuese á servir al Rey, que me harian dar puesto decente á mis cargos; pero como Dios obraba en mí, resolvíme á pedir este hábito, y en tanto, fingiendo que queria ir, poniéndome cada dia vestidos y galas diferentes, y cuando tuve seguro mi negocio convidando algunos amigos á un jardin en carrozas, pasé por el convento, adonde dije queria oir misa, y llegando me puse de rodillas delante el altar mayor, adonde mi general aguardaba con el procurador general y secretario, y desnudándome el mismo vestido que llevaba cuando Dios me inspiró, pedí el hábito, y me fué dado del mismo general con mucho aplauso y música papal y con grande espaviento y lágrimas de mis amigos, que absortos fueron al Cardenal y Embajador á dar esta nueva, como un portento, de que quedó admirada y edificada toda la nacion española. Esto fué á dos de Febrero año mil seiscientos treinta y cinco. ¡Oh Magestad de Dios! que en este dia de nuestra Señora de la Candelaria me haya sucedido tanta ventura; el entrar por camarada de mi general Marradas, principio de todas mis buenas fortunas; el darme la compañía de caballos; el nombrarme gobernador de la provincia, y el hacerme religioso. ¡Oh dia felice para mi vida, de celebrar mientras viviere! Por dar satisfaccion á los curiosos, digo que escogí esta religion por no obligarme á ser sacerdote y consagrar al Señor de cielos y tierra con manos tan asquerosas, abominables, homicidas y cubiértas de sangre hasta los codos, que bien es razon purguen sus delitos y abominaciones por medio de estos penitentes ejercicios de servir los pobres asquerosos, trabajosos ó humildes, limpiándoles los ser-

(1) Hijo de Don Christóbal de Moura, el consejero de Felipe II.

vicios, purgando sus llagas, limpiando sus inmundicias, espulgándolos, abrazándolos y sufriéndoles sus imperfecciones y fastidios de las enfermedades; ¡sea á gloria de Dios! el cual me dé perseverancia y fuerza para resistir á las tentaciones, que no fueron entonces pocas, como la de acudir luego el Embajador y Cardenal y mis amigos todos á inquietarme, si bien cerrando los ojos y sufriendo un golpe, como el de casar mi suegra á mi hija, sin mi licencia, con las tentaciones caseras frailescas, que son muchas me mantuve en mi propósito y tomó el hábito y profesion, como mas adelante se verá.

Por acabar, pues, con las cosas del siglo, diré lo sucedido en Germania, pues no es bien interpolarme mas con ellas. Volviendo el Rey con señaladas victorias á Viena, corte del Emperador y cabeza del Austria, reposó, y enfermando aquel santo César, domador de rebeldes, corona de la fe y defensor de la Iglesia, Ferdinando segundo, su padre, murió hallándose el Rey con ejército en pié. Despues de colocado y honrado el cuerpo de su santo padre, se coronó por emperador, llamándose Ferdinando tercero con las sólitas ceremonias en Aquisgran, despues de haber recibido los grados en Colonia y Treveris, con que daremos fin á su historia. ¡Dios le prospere y le dé los progresos que la cristiandad ha menester!

Nuestro Infante Cardenal caminó á Flandes con infinita victoria, hasta que despues nos vino la desdichada nueva de su infelice y temprana muerte en tan tierna edad, en tan floridos principios, que dejó llena de luto á España y marchitadas nuestras esperanzas. El Emperador siguió sus victorias hasta que ajustadas las materias volvió á su casa. ¡Dios conserve las paces que en aquellos reinos darán poco fruto por su natural volubilidad! En este tiempo, habiendo dado el cargo de las armas del Imperio á mi general, el conde Don Baltasar Marradas, agravado

este de una recia calentura rindió el tributo á la muerte, de edad de setenta y dos años. Fué este César invencible, resoluto en las determinaciones, determinado en las ejecuciones, magnánimo en el acometer, afortunado en el vencer, sufrido en los trabajos, Alejandro en las prosperidades, liberal con soldados, justiciero con los delincuentes, galan y cortés con las damas, afable en las conversaciones; airado como un rayo. Peleó siempre de su persona sin rehusar ningun desafío personal ó encuentro ventajoso; tan fuerte, valeroso é invicto, que las armas y fuegos de artillería no le pudieron matar, y así le acabó el tiempo que todo lo consume, los años que á todos doman, y una calentura que á nadie perdona.

En este tiempo empezó la rebelion de Cataluña, mal aconsejada, como despues la de los portugueses engañados de su misma imaginacion; las cuales historias, pues solo traté de mis quietudes y sosiego, dejo á mejores y mas desocupadas plumas, que ahora solo me ocupo, medio metido en la religion, en aprender á sangrar y curar, habiendo antes repartido entre mis amigos mas de dos mil escudos de vestidos, galas, plumas, bandas y recámara, y porque me hallé escrito el principio del cuaderno siguiente, y veo que esto se dice dos veces, lo digo hasta la impresion (1) que se quitará.

(1) Parece ser que el autor, como ya se dijo en la *Introduccion*, se proponia dar su obra á la estampa, lo que no llegó á verificar, que sepamos.

PARTE DÉCIMASEXTA.

1635.—9.

Corrian los años de 1635, y de mi edad 46, cuando despues de tantas dificultades y resoluciones tomé el sagrado hábito de mi gran padre y patriarca el beato San Juan de Dios; ¡gran misericordia de la divina Magestad, fuerte inspiracion del cielo y gran deliberacion de un hombre tan metido en el mundo, tan enseñado á banquetes, fiestas, saraos, conversaciones y demas circunstancias que estas cosas acarrean consigo! Fué esto el dia de Nuestra Señora de la Candelaria, á los 2 de Febrero; dióme el hábito el reverendo beato padre fray Nicolás Avagriale (1), á la sazon general de la órden, con su meama mano, ayudándome, como padre y padrino, el muy reverendo padre fray Angélico Rampolla (2), procurador general de la órden y primer definidor, por cuya causa yo tomé el hábito, y á quien escogí por padre y padrino. Dijo la misa el muy reverendo padre fray Ambrosio Aynecio, secretario general y segundo consejero, que ya el dicho padre reverendísimo fray Angélico es dignísimo general nuestro, y procurador general y primer consejero, digo el padre Ambrosio, ámbos dignos de mayores dignidades por sus excelentes partes Recibí el hábito, y acabadas las ceremonias, misa y comunion, me quedé haciendo gracias á Nuestro Señor de haberme sacado de un piélago tan profundo de desgracias, de ocasiones, de manos de

(1) No se distingue bien si dice efectivamente Avagriales, ó Avagnale.

(2) El original dice *Ram*, y hay despues un claro, como si faltase una sílaba ó dos; pero como mas abajo se le llama *Rampolla*, no hemos vacilado en llenar el hueco del manuscrito.

justicia, peligros, peregrinaciones, desafíos, temores, resoluciones, enemigos y perdicion de hacienda, alma y cuerpo; y entre esta alegría, y el respirar, como quien sale de un caos á la luz del cielo, sacando el aliento entre muchos suspiros expelidos del corazon, me vino tanta abundancia de lágrimas que en menos tiempo del referido bañé no solo la cara y barba, pero tambien el hábito y suelo, de manera que llegando á despedirse de mí los caballeros que me acompañaban y los que presentes se hallaron, ni quité los ojos del cielo, ni ellos se pudieron despedir, porque quedé absorto de verme en tan nuevo estado y hábito, y así bañados en lágrimas y atónitos de mi resolucion se fueron sin poderme hablar. Proseguí mi noviciado, perseverando en mi propósito, favorecido de todos, pero en particular de mi padre Rampolla, cuyos consejos y favores me alentaban mucho, por ser él naturalmente afable, benigno y cortés sobrenaturalmente, con cuyas virtudes y otras innumerables roba los corazones de los hombres, lo cual añadido á su mucha calidad, siendo de lo florido de Palermo, se hace amar de las piedras. ¡Dios le dé la purpúrea ropa que merece! No dejé de tener mis tentaciones interiores y tribulaciones externas, y viéndome privado de amistades y pasatiempos, galas y conversaciones con muchachos novicios, cuyas costumbres son mas para escuela que para hombres de mi edad, pasé muchos desconsuelos; pero tuve grande alivio en mi padre Ambrosio, con quien me confesaba muchas veces, que siempre me dejaba consolado y animado para resistir, porque en saber atraer corazones con su ciencia, afabilidad y benignidad es único. ¡Dios nos guarde estas dos columnas de la religion para ejemplo, conservacion y amplificacion de ella! Acabé mi noviciado, y tomados los votos, no tuve contradiccion alguna, tanto mas cuanto los referidos padres hablaron en la prosposicion tan en

mi favor, que nadie se atreviera á calumniarme ni faltar con su voto.

Hice mi profesion á los 18 de Febrero, año 1636, y de mi edad 47, y de allí á pocos dias se hizo el capítulo intermedio ó provincial de la religion, acabado el cual fué determinado que yo me transfiriese á Cerdeña para la fundacion de nuestra religion en aquel reino. Obedecí con gusto á mi prelado, y partimos tres religiosos para este efecto á Cerdeña en dos barcas, que aunque con algun peligro, llegamos á Orosey (1), y de allí por tierra á Caller, corte de los vireyes y consejo ó audiencia Real. Fuí conocido luego del señor virey Don Antonio Jimenez de Urrea y Enriquez, marqués de Almonacid y conde de Pavía, por cartas que envió el señor marqués de Castelrodrigo, embajador en Roma, advirtiéndole quien yo era, y pidiéndole me apoyase y estimase para cualquiera cosa de guerra, como tambien para el efecto á que iba. Visitóme dicho señor, y ofrecióme su favor, como tambien el señor arzobispo Don Ambrosio Machi, advertido del señor cardenal Albornóz, que en mi favor le escribió. Tomóse la posesion á los 10 de Mayo, del mesmo año 1636, dada de los señores jurados con la ordinaria solemnidad, y reducióse á nuevo estado el hospital, así como una larga limosna que yo recibí, saliendo á pedirla por las calles, acompañado de algunos caballeros de hábito y títulos, y ayudando la Ciudad, no solo con las rentas, pero aun con largas limosnas, aceptadas de Dios, aunque con título de que se daban por mí respeto. Fabricóse el hospital en parte, y renovóse lo maltratado, haciendo gran cantidad de camas de hierro, colchones, sábanas, frazadas, cortinaje, ropas, almohadas y oficinas nuevas, para

(1) No está claro, y puede igualmente leerse Nasey.

lo cual yo fuí á Nápoles, y de allí truje cruces, vasos de comunion de plata, y todos los adornos para los altares, en cuya ocasion el señor conde de Monterey me dió una larga limosna de cuatrocientas cincuenta piezas de estaño que truje á dicho hospital. Goberné aquella casa con título de presidente, por no tener los tres años de profeso, que son necesarios para ser prior; hasta que en el año 1639 en capítulo general me fué dada la voz, y fuí elegido canónicamente prior de Sasser (1), fundacion mia, porque con la presidencia me fué dada autoridad de fundar conventos, y vestir y profesar novicios; y fué enviado el muy reverendo padre fray Gabriel Girondo por comisario general del reino y prior de dicho hospital de San Antonio, convento nuestro, persona de mucha integridad y antigüedad, y que ha sido provincial de Sicilia, al cual dejando en posesion, habiéndome hecho la visita, yo me partí á mi priorato de Sasser. Pero antes que pase adelante, será bien que describa aquí lo sucedido en Caller, en mi tiempo, para memoria en lo futuro y noticia de muchos, á gloria de Dios y de nuestra santa religion.

INVASION DEL REINO DE CERDEÑA.

Para excusar nuevo trabajo me ha parecido valerme de una relacion que por órden de su Excelencia hice para enviar á diversas partes, y otra que hice á Su Magestad Católica de las necesidades comunes del reino, y la de la fortificacion de la ciudad de Caller.

Corrian los años 1637 del nacimiento de Nuestro Salvador cuando la novelera inquietud francesa daba presa-

(1) Llamada por los nuestros *Sacer*.

gios de su futura venida á este reino de Cerdeña, penetrando que sus naturales por las amenazas y correrías de la pretérita primavera y del presente estío estarian atemorizados y sin fuerzas (1). Por lo que con su prudente discurso y celo propio de su antigua y esclarecida sangre, y deseo de la conservacion de este reino, como tan importante entre los de su Magestad (como lo significaré en la relacion que se le envia) el Excmo. señor marqués de Almonacir y conde de Pavía Don Antonio Gimenez de Urrea y Enriquez, yirey y capitan general en esta sazon, dió principio á las provisiones necesarias, así hostíles de municiones de guerra (de que la quieta paz de tantos años le tenia falto) como de los necesarios comestibles para su reparo y conservacion, en caso que sucediese.

Las nuevas que entre la gente mercantil corrian y los avisos que de Nápoles, Génova y Florencia, Sicilia y Barcelona venian parece que pudieran haber cesado, por no haber venido la armada cuando mas vivas aquellas estaban; pero anteviniendo (2) dicho señor la intencion del enemigo, y que aun podria infestar nuestras costas el hivierno, siendo sus bajeles gruesos, determinó, juntando los consejos de las ciudades referidas, pedir cantidad de pólvora y demas municiones, pórque nos hallase con prevencion para la resistencia, ordenando se basteciese y fortificase el reino adonde fuese necesario; pero como por nuestros pecados está tan exhausto y los comunes de él tan pobres

(1) En 1636 la escuadra francesa al mando de Henrique de Lorena-Elbeuf, conde de Harcourt infestó las costas de Cerdeña, y se apoderó de las islas de Santa Margarita y San Honorato, vecinas á la Provenza, y llamadas Islas de Lerins, que los nuestros ocupaban desde el año anterior.

(2) Precediendo, anticipándose.

y tienen tanta necesidad de acudir á sustentar sus miserables familias, no ha sido posible hacerlo, sin socorro de Su Magestad, á quien diversas veces su Excelencia lo ha representado con cartas y relaciones, particularmente una mia que pondré aquí.

Ya el rigor del hivierno y furia de vientos que por muchos dias tenia innavegable el mar y flojos los avisos de este desgnio, nos daba seguridad de esta venida tan repentina y acelerada, cuando al improviso pareció sobre el puerto de Oristan, á los 22 de Febrero de 1637 la armada francesa con su primera escuadra de veinte y dos bajeles, la mayor parte de alto bordo, los cuales bordeando aguardaron la retaguardia que al dia siguiente llegó, hasta el número en todos de cuarenta y cinco. Hizo magestuosa muestra con pomposas velas, arrojando al sacudidor viento en pintadas flámulas de diversos colores las lises de Francia tantas veces despedazadas de las uñas del leon de España. Tomaron puerto sin resistencia, y entraron cañoneando la torre de él, que luego fué desamparada, como despues la ciudad, por ser incapaz de defensa. Está Oristan por su sitio, y deshabitada por la inficion del aire corrupto de los pantanos y llanuras ardientes de su estrecho horizonte; con lo cual y con ser arenosa y circundada por una parte de un rio pequeño, no es posible poder hacer fortificacion considerable.

Valióse el enemigo de esta comodidad, y desembarcando su gente cómodamente, formó su escuadron de cinco mil infantes debajo de diez banderas, gobernados del arzobispo de Burdeos (1), marchando á la ciudad. Hallábase en ella por sargento mayor de aquella milicia Don Gaspar Pana, natural de allí, el cual les envió á pregun-

(1) Henry d'Escoubleau de Sourdis.

tar qué era su intencion y designio, á los que el Arzobispo respondió que queria tomar aquella ciudad y tenerla hasta tanto que el Rey Católico restituyese al Cristianísimo las islas de Santa Margarita y San Honorato (1), y que si no se le rendia la desolaria á sangre y fuego. Fuele respondido del dicho sargento mayor que él no podia entregarla sin cuatro dias de término para dar aviso al Virey, y tener resolucion de lo que habia de hacer, contentándose el Arzobispo, despues de un largo razonamiento, con esperar la respuesta. En esta relacion, que fué á diversas partes, por modestia religiosa no quise ir nombrado, como tampoco en un libro que hizo mas largamente extendido Don Antonio Canales, que hoy es juez de la Real Audiencia, en el cual solo permití que dijese, y esto á persuasion de S. E. y sin mi gusto: « gobernaba la gente eclesiástica fray Justo Duque de Estrada; » pero no siendo este libro para sacar á luz (2), ni mas que unos Comentarios de mi vida, aunque la digresion sea larga, la pongo aquí.

Desde el principio de estos avisos se valió S. E. de mí pidiéndome para la prevencion de las cosas necesarias á la defensa mi parecer y arbitrios; pero llegada esta repentina nueva, vino en persona con el señor arzobispo á pedirme me subiese á Palacio, porque, aunque S. E. venia muchas veces á mi celda á tratar estos negocios y otros, ahora, siendo tan apretada la ocasion, queria tenerme siempre á su lado. No condescendí con su voluntad, porque mi intencion fué despegarme totalmente de

---

(1) Debe haber equivocacion en lo que el autor dice, pues segun dejamos arriba apuntado (pág. 420 nota 1.ª) los franceses habian recuperado estas islas un año antes.

(2) Parece que hay contradiccion con lo dicho en la pág. 302, donde el autor manifiesta intencion de dar su libro á la estampa.

las cosas de la guerra y ser verdadero religioso, y así lo negué á entrambos; aunque forzado de la santa obediencia de mi superior, me llevó á su palacio y mesa. Vino este aviso de la armada, de los torreros ó atalayas, y luego el del sargento mayor de haber desembarcado y lo demas que dejo referido, por lo que se juntó consejo general, y en él me hizo S. E. consejero de guerra de Su Magestad, como consta de una patente que conservo, y el señor obispo me sustituyó en su lugar-teniente capitan general y sargento mayor general del brazo eclesiástico.

Nació un poco de discordia al principio de la junta, porque querian los señores de la Real Audiencia ocupar los lugares de una y otra parte de S. E.; pero remitiéndolo á mí por la experiencia que de cuarenta años de guerra tengo, se acomodó en esta forma. El señor arzobispo al lado derecho de S. E., y al izquierdo el cabo jurado, preeminencia de este reino, y consecutivamente á dicho señor arzobispo, el regente, vicario y demas jueces, como despues del jurado en cabo, yo, el Comisario General de la caballería y demas sargentos mayores, capitanes y oficiales de la artillería. Mandáronme propusiese el caso, y yo lo hice, aunque rehusando, representando la venida de la armada, el designio á mi parecer que traia, que no era penetrar en el reino, pues no traia caballería, que en esto es tan superior á nosotros, no queriéndo empeñarse, antes contentándose con esta vejacion, pues no podia fortificarse, ni mantenerse, ni la intemperie del aire les dejaria subsistir sin graves enfermedades y muertes; y que cuando fuese su intencion diferente de mi pensamiento, era bien que no se tardase en el remedio: lo primero porque no conociesen muestras de cobardía en nuestra gente; lo segundo por evitar los daños que, no hallando resistencia, podian hacer; y lo tercero á los ojos de Su Magestad y del mundo, pues no era bien dijesen

que sin género de defensa y resistencia se habia apoderado el enemigo de una ciudad. Antes expuse la necesidad del reino, el poco número de soldados de infantería, la flaqueza de los caballos en el principio del verde, y el estar divididos en diversas partes; el no haber llegado la pólvora y municiones de Génova y Liorna, y que sobre esto diesen su parecer. Hubo opinion que de bueno á bueno se rindiesen á pactos, y dejasen apoderar al enemigo, allegando historias antiguas, porque el que dió este parecer era mas letrado que soldado, y mas cursado en ellas y su retórica que no en los efectos de la práctica. Apoyó este parecer un secretario de Su Magestad, y porque era hombre potente de oficio y calidad, se iban todos con su parecer. Ultimamente dijo: «todos son de mi opinion; diga el padre Justo si le parece, y hágase.» Yo respondí: «yo soy de parecer muy contrario á ese. Enojóse y díjome: «que á hombres como él no se replicaba.» Yo le respondí: «que si Su Magestad estuviera allí y me pidiera consejo, se le diera con la misma libertad, porque para eso juntan los reyes consejo y tienen ese nombre, porque no ventilando los casos ni habiendo contradiccion; se llamaria el juntarse á consejo juntarse á resolucion, para lo que no era necesario junta, y que yo no venia allí para hacer número y oir y no responder, ni de mi propia voluntad, sino llamado, rogado y aun forzado, y que fuera de mis hábitos era tan su igual en calidad y puestos, que las honras que Su Magestad me habia hecho por mis servicios eran iguales y pasaban á su puesto, pues habia gobernado ejército y provincia.» Mitigó mi alteracion S. E., y mandó diese mi parecer, y yo dije: «mi opinion es que se defienda, y para esto déme órden V. E., que yo me ofrezco á ir allí; que si el rey de Francia envia á un clérigo, al Rey nuestro señor basta que envie un fraile. Sea este el órden: pártase el comisario

general Don Francisco de Villa Padierna con los quinientos caballos, y yo con la infantería, y porque requiere priesa el socorro, esta noche se lleven en grupa, que mañana á medio dia habré metido el socorro en Oristan, pena de la vida, y cortado el puente, con que por las grandes lluvias no podrán pasar, y si acaso la inconstancia francesa, segun su volúbil naturaleza, hubiera faltado á la palabra, como suele, y estuviese dentro de la ciudad, con cortar el puente de afuera quedan imposibilitados de salir, adonde los haremos pedazos. V. E. marche con el resto de los que se fueren recogiendo de las villas, y haga plaza de armas á San Gavino de Monreal, adonde siendo en la mitad del camino puede darme socorro á mí, y porque la guerra es ó fuerza ó estratagema, y el enemigo, viéndonos todos ocupados en Oristan, puede embarcarse, y con buen viento llegar á Caller y cogerla desprevenida, quede su guarnicion y el pueblo que la defienda, pues en una noche V. E. se pone en Caller con su gente, como en otra en Oristan, sin que se mueva de Monreal por ahora, hasta nuevos avisos de los sucesos. Y para que vea V. E. con cuánta razon replico al voto primero, véase la carta del sargento mayor, en que pide se le dé por escrito el haber de entregar la ciudad, y ¿qué parecerá, señor, á los ojos de Su Magestad una firma de Don Antonio Gimenez de Urrea y Enriquez para que se entregue la ciudad primera que ha visto el enemigo, sin verle siquiera la cara, ni probar la fuerza de sus cañones y el de nuestro valor?»

Tomólo á ponto de honra S. E. y defendió mi opinion, y yo añadí: «mejor es que se despida una posta con toda diligencia, y que se le ordene que se defienda, y cuando le parezca imposible, y que no le llega nuestro socorro, que desmantele la ciudad, y tomando de ella oro y plata, así de las iglesias como de las casas,

y lo mejor de los muebles escondido ó llevado, se dejen las casas yermas: que mejor será se desbrave la furia francesa y la insolencia natural suya en las puertas y ventanas quemadas y derribadas de ímpetu, que no sus sacrílegas manos en los tesoros y vasos sacros de los templos, y su lujuria en el estupro de sus doncellas é incesto de sus casadas. Alábense de haber arruinado las casas y no las honras, que á lo último habrán peleado con piedras, que habrán de ser las mismas con que armadas nuestras manos romperán sus cabezas.»

Pareció tan bien este voto, que se tomó por resolucion, no quedando poco arrepentido el que dió el primero de haberle dado y querer que se siguiese. Continuóse este parecer y escribióse en el mismo Consejo, despachando correo á toda diligencia, el cual llegó á tiempo que tuvo efecto, como despues se dirá. Solo S. E. no permitió mi partida, diciendo que sin mí no sabia qué hacerse, por no tener experiencia de las materias presentes; y así se envió al gobernador de los cabos de Caller y galeras Don Diego de Aragall por general, encargándome á mí el municionar y fortificar la ciudad, que con mucha brevedad se hizo. Acudí primeramente con mucha cantidad de gente á limpiar los fosos de la muralla, que estaban en tal estado, que pareciéndoles á algunos del Consejo, que de allí salieron conmigo, en carrozas á reconocerlos, que estaban de manera que el enemigo no podia subir á ella, subiendo yo en un cuartago mio, al que dí de espuelas, me puse por el muladar arriba encima de la muralla, con admiracion de todos y miedo de S. E., que creia que me despeñaba.

Acabóse de resolver mi parecer, y dejamos allí la gente; ordené que de lo que sacasen de la limpia del foso hiciesen la entrada encubierta, por convenir así al sitio, que sería largo el describirle. Mandé quitar de la mura-

lla veinte tiendas de madera que estorbaban el juego de los pedreros de los fosos, con mucha brevedad y mas estruendo en la puerta segunda de la ciudad y á la puente izquierda hasta la segunda de Villanueva, burgo ó arrabal principal, todos los aposentos que estaban arrimados á dicha muralla, haciendo calle entre las casas y ella para el pasaje de la infantería, con daño, es verdad, de sus moradores, pero con utilidad del comun y de Su Magestad, pues hasta en la muralla real tenian fabricadas caballerizas, aposentos y terrados, usurpando sin licencia la jurisdiccion. Hice empalizada á las puertas y mandé rehacer parte de los parapetos de la muralla caida; proveí la ciudad de comestibles y municiones de fuera, como ceniza, aceite, harina, vinagre, legumbres, carne y sal, disponiendo lugares de depósito con sus correspondientes recibos para ser vuelto á sus dueños no sirviendo, como sucedió; hice hacer muchos hornos en las escuelas de los padres jesuitas para cocer el pan; que en muchos molinos de esta ciudad se muele trigo con unos barquillos sardescos, usanza del pais, y señalé de la casa profesa de dichos padres la parte del refitorio, despensa, cocina y cantinas para hospital de los heridos. Hice subir mucha cantidad de sivinas (1), madera incorruptible para reparar las baterías; alisté seiscientos eclesiásticos, sacerdotes, ordenados y de todas religiones, que con mucho gusto se ofrecieron, fuera de los padres jesuitas que se excusaron con alegar que habia entre ellos mozos que no sabian, aun cual era el corte del cuchillo para cortar el pan, á lo que yo respondí: que esos sabrian bien llevar una fagina y acarrear comida á los soldados y curar y servir pobres, y por lo tanto los alisté tambien. Nombré doce capitanes

(1) Sin duda «sabina.»

canónigos que habian tambien de formar el consejo, y eran:

Primer consejero. El vicario general Rachis (1).
2.° idem. El deán Don Gerónimo de Abella.
3.° idem. El canónigo Sisinio Marzio.
4.° idem. El canónigo Diez.
5.° idem. El canónigo Acosta.
6.° idem. El canónigo Antioco Soler.
7.° idem. El canónigo Antonio Sotá Aquensa (2).
8.° idem. El canónigo Domingo Martin.
9.° idem. El canónigo Don Gerónimo Can.
10.° idem. El canónigo Don Onofre Giruna.
11.° idem. El canónigo Don Pablo del Roso, y al mismo tiempo teniente capitan de mi compañía.
12.° idem. Don Juan Domingo Pisolo.

Nombráronse ayudantes, alféreces, sargentos y demas oficiales en término todo de tres dias, en los cuales jamás dormí, repartiendo el tiempo en esta forma: al abrir del dia tenia juntos mil gastadores con azadones, picos y palas, carros de bueyes y caballos para limpiar los fosos, hacer la entrada encubierta y lo demas llevarlo á la plaza de la puerta de Villanueva para terraplenar una media luna necesaria en la parte de afuera; descubriéronse aquí muchas cavernas de que se tratará en la relacion. En este ejercicio estaba hasta las nueve, siendo necesario á esta hora acudir á consejo de guerra, que tambien fué menester acomodar las dificultades, porque la Real Audiencia queria los primeros lugares y luego los del Pa-

(1) Pudiera igualmente leerse Bachis.
(2) Alghero, capital del capo ó provincia de Sassari.

trimonio, sin interpolacion ni diferencias de cargos, y dar su voto en lo que no entendian. Fue defendido esto de mí con toda fuerza, porque como lo militar me tenia por cabo y se gobernaba por mi opinion y parecer, no quise perdiese su derecho, de manera que el ajustamiento fué en este modo: que los consejos se dividiesen en dos cuadras, y que S. E. entrase primero en la nuestra de guerra, y propuestos y resueltos los casos, pasase al de justicia para la ejecucion de gastos etc., acordándose con el del Patrimonio. Pareció bien esta opinion mia, y ejecutóse así. Envióse al marqués de Palmas con instrucciones mias á la ciudad del Alguer, plaza que es la llave de aquel cabo Sasser (1), dándole título de maese de campo general. Escribióse tambien á la ciudad de Sacer su cabo y el de Cugodar (2); que viniesen cuatro mil caballos debajo de la mano del marqués de Torralva, conducidos tambien de Don Antonio de Robles, del hábito de Santiago, maese de campo de la milicia. Hallábase en esta sazon Don Fernando Azconi que venia por regente de este Reino, el cual mostró en su diligencia, inteligencia y aciertos haber nacido soldado ó que letras y armas son igual ejercicio en él, y que es apto para todo, añadiendo á esto el seso y cuidado con que se esmera en servir á Su Magestad, y téngole sin duda por uno de los buenos ministros que tiene el Rey aquí, sin género ninguno de adulacion. Dióse órden como viniese esta gente con el menos daño posible, provisionando en tanto la plaza de armas señalada para nuestro ejército. Este resuelto en el consejo que duraba generalmente hasta las once, iba al

(1) Está malamente escrito Saster y se ha corregido. Los naturales del país llaman á esta ciudad, una de las principales de la isla, *Sasseri*; nuestros escritores del siglo XVI *Sacer*.

(2) Así en el original, pero es probable que sea Cagliari ó Caller.

Concejo de la ciudad para las provisiones necesarias, quitar las aguas al enemigo y escribir á Su Magestad el estado miserable de este reino. A las doce iba á comer con S. E., que era mas para advertirle de las materias que se habian de tratar á la tarde, que no para comer. De la una á las dos volvia á las murallas á ver lo hecho, y dar nuevas órdenes, donde me quedaba hasta las tres, dando á mi gente lecciones del modo de entrar y salir de guardia, bordonear picas, jugar chuzos, arbolar venablos y abatir banderas, porque en cuanto á parar y cargar ya nacen las criaturas con esa leccion. De las tres á las cinco se tenia consejo de guerra, resolviendo lo propuesto por la mañana. De cinco á siete al Concejo de la ciudad; de siete á diez á despachar correos; de diez á once á cenar y despues de acostado S. E. y dado nuevas materias para el dia siguiente, era necesario recorrer las murallas, doblar centinelas, recorrer puertas y enviar cincuenta batidores de estrada por cada camino, recibiendo los avisos de los torreros y respondiendo á ellos; toda la noche dando órdenes nuevas, mandando las contraseñas á las guardias y centinelas, sin que jamás mi cuerpo reposase sobre cama, y tan perdido el sueño, que apenas me acordaba si le habia, valiendo tanto mis órdenes de palabra ó por escrito cuanto las de S. E., despachando y firmando memoriales y gracias de bandidos y guiajes. Este excesivo trabajo duró tanto cuanto no solo estuvo allí la armada, sino aun hasta muchos dias despues que se supo estaba ya deshecha.

Larga ha sido la digresion, yo lo confieso, pero yo advertí que en la relacion no lo puse por molestia, y que aquí lo pongo solo por memoria para mis hijos y nietos, como cosa que no ha de salir á luz. Volvamos á los franceses, que pareciéndoles mal el primer concierto se determinaron á entrar rompiendo la palabra, y al sargento ma-

yor Don Gaspar Fano (1), que tenido nuestro aviso, lo puso por obra con mucha brevedad. Marchó el Arzobispo con su gente, forzado de la voluble naturaleza gálica y dominando mas en él esta condicion y natural que la fuerza misma de la palabra empeñada que rompió contra las leyes de la milicia y nobleza, tan observada entre soldados de honor y valor; en cuyo tiempo estaban desvalijándola los naturales, llevando consigo lo mejor de sus muebles, mugeres é hijos, aunque con lastimosos gemidos pidiendo á Dios misericordia y venganza, que despues les envió como se dirá, en pena de la tiranía é infame proceder de sus enemigos.

Entró el Arzobispo con su ejército (2), sin tener mas recibimiento que el de innumerable multitud de cuervos y grajos que allí habitan, ni mas arcos triunfales que los de las puentes, ni mas aplauso que el de su misma confusa canalla. Residia ya Musiur de Burdeus, como en casa propia, aunque tan desposeido de ajuar que fué menester traerle su cama. Dejémosle reposar, mientras en Caller procuran limpiar y encabalgar toda la artillería, que es mucha y buena, acudiendo á esto el capitan de la artillería y el comisario general de ella Don Juan Bautista Perez, hermano del capitan Perez, que procedió tan valerosamente en la isla de Santa Margarita. Alistáronse muchos vecinos y repartióse á los capitanes para dar á sus soldados mucha cantidad de todas armas; doblaronse las guardias á las torres del reino para su fortaleza y para enviar

(1) Aqui parece leerse Sana. Véase la pág. 121.

(2) En 1839 se publicaron en París las cartas y despachos de Monsieur de Sourdis, arzobispo de Burdeos, que mandaba las tropas de desembarco; la armada iba á cargo del conde de Harcourt. Comparada su relacion con la que aquí se inserta, se advierte con qué cuidado el Arzobispo trata de disminuir el mal éxito de la expedicion.

avisos, de las cuales era capitan Don Hisepe de la Mata, práctico de este ejercicio; repartiéronse los oficiales de las provisiones entre el regente Vico (1); los jueces de la Real Audiencia, Don Juan Xart, Don Francisco Cors, abogado fiscal; el juez Benfante; el de corte llamado . . . . (2) el del Patrimonio; el procurador real Don Pablo de Castellví, de grande estimacion por su mucha calidad, liberalidad y prudencia; Don Antonio Basteligni, tesorero general y secretario de Su Magestad; Don Jacinto de Boles, por Don Pedro de Ravanede, maestro racional; el doctor Vohilles (3); Don Antonio Canales, que ya es juez de la Real Audiencia y el que compuso el libro de esta invasion con mas extension y anotaciones de historia, y era del Consejo de guerra; el señor Arzobispo; el referido maese de campo general Gaspar Forteza; su ayudante Don Jusepe Sessé, sargento mayor, y los sargentos mayores que llaman de los Burgos, entre los cuales cada uno parece que le habian encargado todos los oficios: con tanta conformidad se ayudaban, animaban y enseñaban.

Proveyóse de socorros necesarios así de víveres como de municiones, que llegaron á tiempo de Liorna y Génova con el capitan Don Pablo Vidal; reforzáronse las piezas destruidas de las injurias del tiempo, descuido de los antecesores de su Excelencia, mal que trae consigo la paz (no lo abono); alistáronse todos los soldados eclesiásticos y seglares, y diéronseles armas, formando compañías y batallones, y haciéndose muestra general, despues de la

---

(1) Este Vico, que se llamó Don Francisco, y fué abuelo del célebre jurisconsulto Juan Bautista, nacido en 1668, escribió una excelente historia de Cerdeña, en tres tomos en fólio y en castellano, que se publicó en Barcelona en 1639—47 con el título de *Historia general del reino de Sardeña*.

(2) Hay un claro en el manuscrito.

(3) Pudiera tambien leerse Vehillos.

cual se guarneció la muralla, dando rebato falso la noche siguiente, y acudiendo á todo esto su Excelencia con incesable trabajo, no obstante no tener sobrada salud, oyendo pareceres, discursos y arbitrios y resolviendo y mandando ejecutar los mas convenientes. En tanto á los 25 de Febrero, por cartas de dicho gobernador y de Don Francisco de Villapadierna se supo que habian llegado cerca de la villa de Santa Justa, media milla de Oristan, con doscientos arcabuceros y otras tantas picas, de adonde los capitanes Masones y Tarca (1) se adelantaron con seis caballos de los nuestros á tomar lengua; y llegando al puente de dicha villa hallaron que el enemigo estaba en ella, y no pudiendo dichos capitanes sufrir sus insolencias, deseosos de semejantes lances, para probar su valor y amor de la patria, con rienda suelta les embistieron y rompieron, siendo bastante esta accion para hacerles volver las caras y huirse sin desvalijar el lugar (¡rara cobardía!), quedando el campo por dichos capitanes. A las tres de la tarde el enemigo se determinó de marchar en escuadron formado, y en ese tiempo dicho capitan Masones, hallándose con doce caballos y sobreviniéndole otros diez, que le envió el señor obispo de Amiela, coadjutor de Oristan é hijo del regente Vico, que hoy es arzobispo, les fué dicho capitan al encuentro. El enemigo levantó bandera de paz, correspondiendo dichos capitanes con otra. Pidió el enemigo platicar con el cabo, á lo que respondió el capitan que si el General queria alguna cosa viniese, que hablaria en campaña, añadiendo que si personalmente no queria, que enviase un capitan en rehenes con la razon de su pretension, que él le daria otro por su parte. Concluyóse así y vino de su parte un

(1) Puede tambien leerse Barca.

capitan francés, enviando de la nuestra al secretario Capucho, que lo es de monseñor el obispo de Amiela, por ser práctico en la lengua francesa é italiana. La resulta de esto fué que el arzobispo de Burdeus, de quien por esto se puede juzgar la poca práctica que en materias de guerra tenia, queria saber quién era el cabo y cómo se llamaba, cuánta caballería tenia y si venian de paz á rendírsele, (¡elegante embajada por cierto y buena práctica de guerra!) y que advirtiese que venia á desolar y quemar cuanto hallase. A lo que respondió dicho capitan: «yo soy el cabo, y tan buen vasallo de mi Rey, que moriré por su servicio y en defensa de mi patria.» Preguntóle: «¿quién es el fraile de capucha que dicen que gobierna las armas en Caller? bien debeis de estar de soldados cuando sacais los frailes de sus conventos; buena cabeza tiene vuestro virey pues se gobierna por un fraile lego.» A lo que respondió el capitan Masones: «el fraile es tan bueno de calidad como V. S., y tan soldado, que no pocas cabezas francesas y turcas conocen los filos de su espada; y ha gobernado ejércitos y provincias.» Respondió el Arzobispo «¿qué talle y edad tiene?» díjole el capitan: «la edad no la sé; el talle es pequeño; á algunos ha parecido gigante con la espada en la mano, y si se quiere ver, hoy despacho correo á Caller y me ofrezco que vendrá aquí por todo mañana, como salga en campaña V. S. á verle solo con dos caballeros: que el padre Duque de Estrada saldrá, y yo y mi camarada saldremos con él, y le verá V. S. cuerpo á cuerpo.» Rióse el Arzobispo, y el capitan enfadado le dejó y se empeñó á poca distancia del escuadron, con lo que el escuadroncillo cobardemente volvió la cara sin poder saquear el lugar, y esto á vista del señor obispo de Amiela, que con mucho valor estuvo presente á todas estas acciones, y acabada esta se retiró, dejando al capitan sus doce caballos.

El dia siguiente el capitan Tarca (1) le vino de socorro con su gente, con que fueron hasta el burgo de Oristan, matando en él un capitan francés y otros siete, sin otros tantos mas que mataron aquel dia, y dos prisioneros rendidos, de los cuales uno se envió á S. E. y otro murió por el camino. En este tiempo se hallaban dos compañías de la villa de Gilarce, Campidano Mayor y Milis con sus capitanes, que tambien hicieron su buena parte, por ser gente belicosa la de aquel cabo, sin que á los nuestros costase mas vida que la de un soldado y otro que quedó herido. Lo que de los prisioneros se pudo saber fué que tenia el enemigo cinco mil hombres en tierra y ocho piezas de artillería, y que diez bajeles habian salido al mar para hacer la descubierta, con que cesó por este dia el combate, quedando los nuestros tan gozosos y alentados, como el enemigo amedrentado y dudoso.

Viernes á los 27 de Febrero se tuvo nueva por cartas de dicho Gobernador y Comisario general que nuestra gente marchó del cuartel de Santa Justa con pocos mas de trescientos caballos, dejando de guarnicion doscientos, y adelantándose con las tropas hácia la ciudad, supieron que en el convento de capuchinos habian quedado ocho frailes, y los dos enfermos, y que no se atrevian á salir. Encargó el Gobernador al capitan Forteza que los fuese á convoyar con veinte y cinco arcabuceros, lo cual hizo con mucha satisfaccion, aunque procuraban ofendellos de la muralla. Habia llegado el correo del capitan Masones con el ofrecimiento que habia hecho de que yo me veria con el Arzobispo, si me quería conocer; y así en el mesmo punto le despedí, habiendo llegado á tiempo de poder en-

(1) Aquí se lee claramente Trana; pero como ya varias veces lo hemos advertido, la copia es mala y á cada paso hallamos en ella nombres propios escritos de distinta manera.

viar un trompeta ofreciéndome salir á pié ó á caballo con todo género de armas; y porque no rehusase le envié mi nombre, mi calidad y mis puestos. Llegó el trompeta y á la embajada tuvo por respuesta: «dile á ese arrogante español que cuando sea Arzobispo ó General será mi igual, y que el Rey cristianísimo no me envia para desafíos sino para gobiernos.» No fué poco, reida la respuesta, y lo que se pudo glosar de ella; pero por abreviar lo dejo, pues yo he visto generales aceptar desafíos con oficiales muy inferiores por mostrar su valor, y yo no tenia puesto tan inferior que no pudiera aceptarme. Súpose despues que el enemigo se empezaba á embarcar con mucha prisa, y fuéronsela á dar los nuestros al pasar el rio, que fué gran diligencia; anticipándose á pasar á tiempo que cortaron al enemigo la retaguardia degollándole mas de trescientos hombres y rompiéndose doce barcas que fueron rio abajo con gente. ¡Felice suceso y buena diligencia! Fuese á fondo una pieza de campaña, y sacáronse dos pedreros, cosa que puso en tanto cuidado al enemigo, que le obligó á hacer alto mas de hora y media, con que dió á nuestra caballería tiempo para darse la mano con la que estaba de la otra parte del rio, que serían en todo unos ochocientos caballos, y habiéndola dispuesto en tropas con resolucion de cerrar con ellos, los hallaron decididos en tres escuadrones bien formados, y que segun su frente parecia de mas de mil hombres cada uno. Nuestra primera tropa fué saludada con una pieza de artillería y carga de mosquetería, con que se descompuso de manera que aunque los cabos procuraban reducirla no fué posible. ¡pusilanimidad nacida, no de poco valor, sino de poca disciplina y experiencia! En este lugar se detuvieron los enemigos para pasar el rio, y habiéndose nuestra gente vuelto á poner en órden, se escaramuzó tan valientemente que se vió bien que afrentados de la desórden pa-

sada, querian no solo pagarse de ella y restituirse en su primer honor, sino tambien satisfacerse con muchas ventajas. Quedaron de nuestra parte seis heridos y dos muertos, y seis caballos, pasando de cuatrocientos los del enemigo en toda la ocasion, porque se iban retirando y los nuestros embistiéndolos, y al desbaratarlos se descomponian de manera que quedaban cortados y por el consiguiente muertos los de dicha retaguardia, durando esto hasta el poner del sol, que fueron así reducidos á la orilla del mar, esperando cada compañía embarcacion enfrente de su bajel. En fin, se les dió tanto fastidio que se embarcaron con no menos prisa y hasta desórden, cayendo muchos de las barcas en el mar por ser los primeros, y perdiendo la reputacion que ganó nuestra gente.

De vuelta á Oristan los nuestros hallaron el lamentable espectáculo de la sacrílega furia francesa. Ya se dijo como los naturales habian salido con sus mugeres, hijas y hacienda, y que el Arzobispo entró con su gente, cuyos efectos fueron no perdonar la imágen de Cristo, y perdiendo el respeto al Señor del cielo y tierra, le quitaron un velo, no pudiendo (por milagro) quitarle el segundo. Este es aquel santo crucifijo de Oristan, tan celebrado, venerado y visitado en este reino, y una de las devotas y magestuosas imágenes que tiene Europa. Rompieron y robaron los frontales, aras, patena y corporales de la iglesia mayor atreviéndose á desnudar la imágen de Nuestra Señora de la Anunciada, sufriendo esto nuestra divina Señora á imitacion de lo que con su precioso hijo hicieron en la casa de Pilatos por participar de todos sus tormentos. Robaron la plata de la Iglesia mayor, padeciendo de este naufragio el señor Obispo de Amiela gran parte, y no paró en esto su herética furia, sino que en la villa de Cabras dieron á los santos las cuchilladas que cobardemente no se atrevieron á dar á los nuestros; y débese

considerar que tanto mas infame fué este caso, cuanto fué ejecutado en presencia de un Arzobispo, príncipe eclesiástico.

En esta ocasion se mostraron verdaderamente tan valerosos y prudentes, como de sus calidades, fidelidad y amor á su Rey y patria se esperaba; el referido gobernador Don Diego de Aragall, gobernador general; Don Francisco de Villapadierna, español, comisario general; Don Ignacio Almerich, del hábito de Calatrava; el capitan Masones (1); el capitan Forteza; el capitan Luarca, Don Gerónimo Pizolo y un fraile lego de los que bien puede decirse, que además de haber cumplido con la obligacion del servicio de Dios, Rey y patria, merecen les premie y honre Su Magestad. Consolóse con esto la miserable ciudad, y desamparada de sus dueños empezó luego á reducirse á su pristino estado, si bien ha dejado la inclemencia francesa tales las casas que no se acabarán tan presto de recobrar. Debióse esta victoria, no solo á las acciones referidas, sino principalmente al desvelo y trabajo de S. E., que con tan fatigosas vigilancias ha proveido y socorrido lo necesario para todo el Reino, con tal prudencia y atencion como si en todas partes estuviera presente, estándolo con el ánimo y voluntad, no solo valiéndose de fuerzas humanas, pero con oraciones y sacrificios y amor de universal padre, con que pedia devotamente á Nuestro Señor la victoria y liberacion de esta patria para servicio suyo, exponiendo su salud, vida y hacienda á todo peligro por la salvacion de ella, como tambien monseñor el Arzobispo, no solo acudiendo á los consejos y á ver su gente alistada de mí, sino tambien haciendo por sus turnos exponer el Santísimo y salir por las calles devotas procesiones.

---

(1) Llámale aquí Morsons.

Pasaron de ciento los prisioneros que llegaron á Caller, de los cuales por mi oficio me tocaron diez, de quien yo me serví para mi persona y para los pobres, que despues los vestí y envié á Francia. Los muertos en toda la ocasion hay opinion que fuesen setecientos, segun la relacion de los que enterraron los cuerpos, hallándose los dos que desnudaron la imágen de la Santísima Anunciada y quitaron el velo al Cristo, por milagro suyo boca abajo, hinchados y negros. El despojo fué mucho, porque además de seis piezas pequeñas que se les quedaron en el rio, y las barcas hechas pedazos, teñidas sus aguas en sangre por espacio de tiempo, se veian sardos vestidos á la francesa y cargados de ropa, y algunos que hallando franceses nobles muertos, ó matándolos, y no pudiendo quitarles las botas blancas, por estar muy apretadas, y las espuelas doradas, con unos cuchillos de monte que aquí usan les cortaban las piernas, y echadas al hombro se las llevaban á Oristan para quitarles despues las botas, como otros las cabezas por venganza. En fin, fué tal el desbarate, que si llegaran los tres mil caballos de los cabos de Sasser y Lugodoro, como llegaron á otro dia despues de partirse la armada, no se hubiera embarcado un solo francés, por ser gente muy belicosa y diestra en las armas. No cesó por eso en Caller el fortificarse; antes con suma diligencia S. E. mandó proseguir la fábrica, así como el aprovisionarse de Nápoles, adonde envió por socorro que, aunque no llegó á tiempo, vino una escuadra de galeras, gobernada de Don Melchor de Borja, y en ella el marqués de Alcañices, duque de Marianella, y otros señores muy lucidos, que dejaron en la isla cantidad de armas y municiones (1).

(1) De esta invasion francesa en Cerdeña habla largamente Bernabé

Teniendo aviso que la armada estaba deshecha con una tormenta, y despedidos los bajeles del rey de Francia, pedí licencia para volverme á mi convento, y habiéndomela negado muchas veces resolví tomármela; pero antes S. E. quiso hiciese yo esta relacion, en que dí cuenta exacta de todo lo ocurrido, fuera de nombrar mi persona, que no lo quise hacer, y formando además para Su Magestad otra relacion del estado del Reino, y los pareceres que dí en los consejos, todo lo cual envió S. E. á la corte de España para que se viesen los procedimientos y gobierno de esta invasion, las cuales pondré aquí en otra ocasion. Pidiéronme S. E. y el señor Arzobispo diese las órdenes para todos los gobernadores y capitanes á guerra, y nombrase los que me pareciesen aptos para los oficios, como lo hice. El marqués de Palmas fué al Alguer con una instruccion mia por maestre de campo general; el capitan Juan de Gracia á Sasser por comisario general de la caballería; Don Diego Arredondo por capitan á guerra; el capitan Don Pedro de la Vega por capitan de armas, dando á todos y á cada uno las instrucciones convenientes conforme á los sitios, fortalezas y guarniciones, que no se ponen todos en este papel por evitar prolijidad; pero en el siguiente, aunque dado con modestia religiosa, por consejo y con ejemplo, y no por órden resuelta, se podrán considerar los demas, si bien diferentes, como sus puestos y sitios.

Vibanco en su historia manuscrita de Felipe IV, en casi los mismos términos que nuestro autor, y refiriéndose á cartas y relaciones venidas de allá; pero es muy diferente la version del arzobispo de Burdeos, como puede verse en la obra arriba citada; *Correspondence et depêches de Henry d'Escoubleau de Sourdis.*

PARTE DECIMAOCTAVA.

Por órden de S. E. y á pedimiento de V. S. (señor marqués de Palmas), á su partida para la ciudad y fortaleza de Alguer con título de maestre de campo general y gobernador de las armas, hago estos advertimientos, fiado en que el discurso de V. S. y su celo de servir á Su Magestad y defender su patria le descubrirán con la experiencia lo que deba hacer; pues aunque es verdad que no hay principio de oficio que no embarace y acobarde por las dificultades que ofrece la poca experiencia, pareciéndonos que no solo no podemos salir de ellas, sino que aun el entrar cuesta trabajo, el mismo oficio enseña con el discurso y el curso lo que se ha de hacer, y, como se dice vulgarmente: *entendido, se come las manos tras ello;* en V. S. concurren estas partes de calidad, ingenio, discurso y disposicion, que añadido el deseo de acertar, le será todo fácil en esta conformidad. Digo que luego que llegue V. S. y tome la felice posesion que con mayores aumentos le deseo, sea convocado para tal efecto el gobernador y cabos del distrito, y tomada aquella haga su consejo de guerra y pida entera relacion del estado en que están las cosas del Gobierno, y hágase dar lista de las municiones y pertrechos de guerra ofensivas y defensivas, vituallas y demas cosas necesarias, discurriendo sobre el caso que se espera para conocer las intenciones, talentos, valor, prudencia y discurso de cada uno, y conforme á ellos darles los cargos de que sean capaces. Visite el castillo y ciudad, y vea si hay cosa que dañe á la muralla, ó pueda dañar, así por mina como por impedimento del manejo de la artillería, la cual visitará V. S. es-

peculando (1) menudamente la falta que tiene, y remediará luego al punto, limpiando las piezas y encabalgándolas, y asestándolas. Asimismo las proveerá de suficiente pólvora, balas, vinagre y lanazas para lavarlas y templarlas, pues con el disparar muchas veces revientan fácilmente (descuido comun de los artilleros y sólito peligro que tiene el no hacerlo). Tome V. S. muestra general de artilleros y gente de guerra, y forme compañías con sus capitanes, ayudantes, alféreces, sargentos y demas oficiales; nombre gente para pertrechar la batería del enemigo, faginar y terraplenar; mande recoger todas las municiones y víveres, comestibles y salazon de todo género, aceite, vino, sal, legumbres y queso; haga molinos, y provéase de trigo; tome medicinas, y prepare lugar para los heridos. Provéase de invenciones de fuego, como ollas, granadas, hombardas y cubiertas de pez, resina, alquitran, azufre, salitre, pólvora, brea y aceite, llamadas comunmente cubiertas embreadas ó mantas de abordar; háganse garitas en los baluartes y murallas, con sus campanillas, con órden de que se toquen cada hora; pónganse guardias dobles, retenes, cuerpos de guardia, y dése órden á las dos torres para que avisen con fuegos á cualquier motivo, teniendo siempre ensillados dos caballos de la guardia, uno que avise y otro que quede allí para segundar; nómbrense cincuenta batidores de estrada y á su tiempo centinelas perdidas. Reconozca V. S. en persona la campaña y hágase capaz de ella, así como de los bosques, atajos y caminos para sus salidas y emboscadas, que no es de poca importancia y en este caso particularmente; válgase siempre de estratagemas, embestidas y sobresaltos de noche, teniendo para tal efecto espías diligentes y fieles y bien pagados; pues hoy la milicia de este reino es tan

(1) *Speculare*, observar, considerar, advertir.

poco disciplinada y práctica en materia de escuadrones, que si sucede el caso previsto (¡Dios no lo permita!) siempre llevará la rota nuestra gente, porque, aunque tengan el valor, sin la disciplina militar y la obediencia es de ningun efecto; por lo que es bien desde luego se hagan entrar las compañías de guardia en la plaza de armas, en forma, enseñándolos á ponerse en hileras, disparar, arbolear y cargar con órden, presteza y obediencia, nombrando para esto un sargento mayor y oficiales prácticos rigurosos y de respeto, que los industrien y corrijan cómo deben marchar, abrirse en órden, cerrar la compañía, tomar el nombre y darle, preguntar y responder á la ronda, y demas cosas necesarias. Tomará el nombre (1) cada noche á la oracion el teniente maese de campo general, y se lo dará V. S. para que ó en Palacio ó en el cuerpo de guardia lo reparta á los demas oficiales de ella, se distribuye á las centinelas y rondas, y cerradas las puertas se le darán las llaves de dicha ciudad. Vaya el ayudante del maestre de campo general de contraronda, y V. S. cuantas veces pueda, visitando cuerpos de guardia y postas, observando si guardan silencio y las órdenes dadas puntualísimamente, y tenga en su casa una guardia de medio escuadron por lo que suceder pueda; fortifique la muralla adonde fuere necesario, y fuera de la puerta de tierra haga una media luna; ponga sus palizadas, y espere en nuestro Señor la victoria, pues todos confiamos en su valor.

(1) Ya queda advertido en otro lugar que por «nombre» habrá de entenderse «el santo.»

Parecer dado en el segundo consejo de guerra sobre lo necesario para aprovisionar y fortificar la ciudad de Caller.

Por mandado de V. E. he visto y reconocido la muralla por la parte de adentro, y hecho derribar las tiendas de tablas arrimadas á ellas, tan perjudiciales en esta ocasion, pues impiden los pedreros del foso que guardan las puertas del castillo y asimismo he hecho derribar las cantinas, aposentos y terrados que en la puerta de Villanueva hasta Monserrate estaban sobre la muralla subsistente, fabricados sin consentimiento, cosas tan perniciosas como usurpadas á Su Magestad.

1.° Es necesario que se limpien los fosos, y para esto que las villas por turno acudan con quinientas personas entre hombres y mugeres, proveyéndoles de azadones, picos, palas y espuertas, como tambien cincuenta pares de bueyes con sus carros para lo que fuere menester en la obra de una estrada encubierta que se debe hacer delante de la muralla sobre el montecillo para defensa de ella y ofensa del enemigo, y que se lleve tierra á la puerta de Villanueva para la media luna que se debe formar allí; á la cual gente se le dé algun socorro de vitualla, mudándolos de tres en tres dias.

2.° Que se tapen las cuevas que se han descubierto desde el molino de viento del baluarte de San Brancacho hasta la puerta de Villanueva, y desde el rastrillo de la puerta de Capuchinos hasta la puerta secreta de San Brancacho (1), terraplenándolas con la tierra que se sacare de los fosos, poniendo sus cruceras de sabinas, y fabricando seis palmos geométricos de muralla; y esto se haga

(1) Así en el original.

aunque no padecerá aquel terreno con tanto detrimento como está significado, con el incendio de las minas, por ser las cuevas tantas y tan comunicables que hallando flaqueza en ellas el fuego se esparcirá sin hacer tanto efecto, quedándose terrestre y sin ofender cosa considerable en lo superior; además de que la mesma peña es frágil y arenosa y no ofende la pólvora en tanto extremo adonde no halla resistencia.

3.° Que se levánte un baluarte en el jardin del señor Arzobispo, de diez y seis piés geométricos de ancho y cuarenta codos de alto, por ser tan bajo el terreno, para que iguale con el de la acera ó casa de la Moneda y corresponda al de San Brancacho; el cual sea á punta de diamante, dándole su proporcion justa, como se diseñará, hasta la primera calle de Villanueva, derribándose aquellas primeras casas sin reparar en su valor, haciendo dos cortinas en proporcion á los referidos baluartes para el manejo de la artillería y soldados, con sus parapetos en forma y piezas suficientes, retiros y socorros á la parte más flaca, con sus casamatas y bombarderas en los fosos que defiendan la escalada de la muralla.

4.° Que desde la iglesia de Nuestra Señora de Monserrate hasta el baluarte de la puerta de Jesus se haga en la muralla un corredor de sivinas (1) para el manejo de la mosquetería, levantando en esta y las demas murallas sus parapetos suficientes, y que no se permita en esta calle terraplenar de la muralla á las casas, pues siendo de piedra y lodo y muy altas, con las primeras lluvias se arruinarian, causando notable daño á Su Magestad y á los vecinos; y que ni aquí, ni en otra parte puedan fabricar lo derribado, so pena de perder las casas aplicadas

(1) Entiéndase «sabina,» como ya se advirtió en otro lugar.

para esta fábrica, y que los que hubieren fabricado cocinas, terrados, aposentos ó caballerizas en la muralla subsistente, que es de Su Magestad, tornen á fabricar lo vácuo á su costa y gastos.

5.° Que pase adelante el terraplenar la estrada que se ha caido sobre la parte que cae al muelle, y ansí mesmo se terraplenen los arcos vacantes que en tiempo antiguo fueron dársena y ahora calle de Zurradores, pues habiendo suficiente fondo para bajeles gruesos en aquel paraje, con facilidad podrian con las timoneras arrasar aquel muro y tener entrada franca.

6.° Que á la parte que bate el mar del baluarte de San Agustin se le haga una empalizada, poniendo sus cajas de piedra en forma de muelle, para que siendo allí el reflujo del mar y la parte adonde con mas furia bate, no dañe el fundamento de mas de lo hecho, y que se le pongan unas piedras que faltan al pedestal por amenazar ruina con notable daño y gasto, y es bien se ejecute con esto.

7.° Que se continúe limpiando la muralla de allí hasta la puerta de Estampache, haciendo su empalizada baja, porque con las lluvias no se deshaga, y que se prosiga limpiando el foso de la muralla hasta la casa profesa y de allí á San Brancacho.

8.° Que se acomboden y guarnezcan las puertas de la ciudad con sus planchas de hierro adonde falten, como tambien los rastrillos adonde fuere necesario, haciendo sus palizadas.

9.° Que se limpie y aliste la artillería, mudando alguna pieza adonde fuere necesario, encabalgándolas de nuevo y haciendo las ruedas dobles, proveyéndolas de pólvora, lanazas, cuchares y demas adherentes.

10. Que de nuevo se escriba por municiones de guerra, despachando para esto alguna persona confidente.

11. Y últimamente, que se haga proveer de la armería lo necesario para armar los soldados alistados, entregando al capitan de cada compañía la cantidad que hubiere necesidad, y que este sea obligado á saber el nombre, apellido, patria y ejercicio de cada soldado, para poder cobrar las armas que le entregare y dar cuenta de ellas.

12. Y que V. S. sea servido de tomar muestra y mandar se forme escuadron, saliendo en persona para tal efecto y se ejercite al entrar de guardia cada dia y rondar cada noche con centinelas dobles, y enviar cincuenta caballos á batir la campaña, doblando las guardias á las torres para los avisos.

Este es mi parecer, salvo el mejor y mas acertado, á que me remito, y que se escriba á Su Magestad el Rey nuestro señor, representándole la miseria de este reino, la importancia de sus vasallos, el peligro presente, la necesidad de fortificarse, lo que importa á su Real corona siendo la fortaleza de estos mares y defensa de los de Italia, para que usando de su grandeza deje parte del donativo para fortificarla y fabricar nuevas torres y puertos, pues todo es para servicio de su Real corona, que Dios prospere.

Entre diversos pareceres que se presentaron, fué admitido y aprobado esto, y continuado se determinó que yo hiciese la relacion á Su Magestad, ordenando S. E. que en ella incluyese estos pareceres y le significase las necesidades del reino y lo que importa su conservacion, que fué en la forma siguiente:

Señor: Para que V. S. C. R. Magestad no extrañe que un religioso le informe en cosas de guerra, tan ajenas de esta su profesion, diré en breve extension que mis antecesores han servido á los de su Real corona desde el tiempo de la inmortal memoria del infante y rey Don Pe-

layo hasta hoy, como se vió en Hernan Duque de Estrada, caudillo de la hueste ó ejército en la primera restauracion de España, que fué el caballero del milagro de la cueva de Cangas, que excuso por ser comun en las historias. Este descendia de los duques de Estralen, que corrupto el nombre por el vulgo se convirtió en Estrada, cuyo estado es y poseyeron en la provincia de Vestfalia, á las riberas de la Mosa, en los confines de Cleves. Duró en nuestra casa hasta el año 1544, que siendo tiranizado de Cárlos de Güeldres le recuperó el invicto Cárlos V, bisabuelo de Vuestra Magestad, adjudicándole al Imperio y cesando en nuestra casa, cuyas armas hoy se ponen en las monedas imperiales en una targeta en medio de ellas, que son un leon abrazado con águila imperial, por ser descendientes de los que salieron de la destruida ciudad del Aguila en Africa, y estos de Marco Aurelio, emperador, como refiere el Padre Ariz, monge benito, en la historia de Avila, y Gonzalo de Otalora, coronista del referido emperador Cárlos V.

Con esto queda dicha mi calidad, y que desde el referido Fernan Duque de Estrada, mis ascendientes, de padres á hijos han servido consecutivamente á los antecesores de Vuestra Magestad hasta el presente tiempo, como se vió en mi abuelo Fernan Duque de Estrada, del hábito de Santiago, maestre de campo general del señor Don Juan de Austria en la última guerra de Granada, y en mi padre Don Juan Duque de Estrada, cabo de diez compañías en Flandes, que murió maestre de campo, levantando un tercio en España, en cuyo tiempo nací yo, que á los 13 años de mi edad empecé á servir á Vuestra Magestad, año 1602, en la jornada de la Mahometa, en las de Larache, expulsion de los moriscos, tomas y sacos de Petrache, el Estancho, Salonique y los Querquenes, armada veneciana en el mar Adriático, toma de la caravana

de la Sultana en las cruzetas de Alejandría, y demas jornadas hechas en el discurso de quince años por todo el mar de Levante, Constantinopla, Rodas, Chipre y Joppe, puerto de Jerusalen, en los vireinatos del conde de Lemus, duque de Osuna y cardenales Borja y Zapata, con servicios particulares, como son reconocer armadas, en que fuí atormentado; quemar bajeles dos veces dentro del puerto de la Goleta; asaltar murallas, ganar y rendir caramuzales y galeras, y últimamente el galeon capitana de un corsario en el reino de Sicilia, y otras acciones, que por premio de ellas y de muchas heridas, particularmente un arcabuzazo en el muslo izquierdo, un pistoletazo en el lado derecho y un flechazo en el hombro izquierdo, Vuestra Magestad me ha hecho merced de hacerme capitan tres veces en Sicilia, Lombardía y Nápoles, costando tanta sangre á sus enemigos, que me doy por vengado y premiado, y á Vuestra Magestad por servido. Pasé á Flandes y Alemania, adonde he sido capitan de caballos de una compañía de corazas, con la cual socorrí la importante fortaleza y castillo de Fraumberg, una de las llaves del reino de Bohemia, y con quinientos hombres la defendí del ejército del Sajon de treinta y cinco mil hombres, rompiendo unos grosísimos estanques por los diques, con que anegados y empantanados muchos se alzó el sitio, y yo quedé por castellano de dicho castillo, como despues gobernador de justicia y guerra de aquella provincia. Todo esto á Su Magestad consta por mis fés, de que ya en otra ocasion he hecho ostension (1); y siendo en estas ocasiones estropeado de ambos brazos, voluntariamente renuncié los cargos y pasé á Italia á hacer vida con mi muger, que muriendo antes de verla, resolví

(1) Esta sin duda por «muestra, exhibicion, presentacion.»

el hacerme religioso del órden del beato Juan de Dios, en el cual fuí enviado por la obediencia á fundar en este reino, adonde hallándome en esta ocasion, me ha forzado la obediencia de mi superior, el celo del servicio de Dios, el ser verdadero vasallo de Vuestra Magestad y la defensa de este su reino, á aceptar el cargo de su consejero de guerra y sargento mayor general, lugar-teniente capitan general del estado eclesiástico, de mano de Don Antonio Gimenez de Urrea y Enriquez, virey y capitan general en este reino, el cual me ordena haga relacion del estado de él, y poniéndolo en ejecucion, mas por obedecer que con género de presuncion ó satisfaccion digo:

Señor, que siendo la monarquía de Vuestra Magestad tan extendida por sus invictos antecesores, que émulos del sol no han dejado parte en el orbe que no vivifiquen con sus rayos, y adonde no miren los penetrantes ojos de sus reales águilas, y sujeten las invictas uñas de sus leones; y como en tan grandiosa máquina no solo se pierde la vista, sino tambien el pensamiento, parece que está oculto en el mapa de su grandeza este rasguño del designo (1) de Cerdeña, no obstante que para otros reyes fuera joya y presea principal; y aun lo es, si bien se considera, para Vuestra Magestad, pues es plaza de armas de este mar Mediterráneo, y tan importante para dominarle, que despues de haberla conquistado los cartagineses, para poder defenderse y hacer guerra á los romanos, perdiéndola y ganándola muchas veces, Julio César para sujetarlos envió á Quinto Valerio que en su nombre la ocupase, siendo vencido y muerto en estos

(1) Así en el original, pero es evidente que quiso decir «diseño, mapa ó plano», en italiano *disegno*.

lances el capitan Asdrubal (1), y pasando Cerdeña varios trabajos, con tan diversos dueños que tantas veces la asolaron. En el año de 46 antes del nacimiento de Cristo Salvador nuestro, tomó la posesion Julio César venciendo á Quinto Varron y á Marco Caton, capitanes del ejército de Pompeyo, quitándoles lo que en Africa poseian. Volviendo á Cerdeña y conociendo lo que importaba á los romanos el poseerla para las conquistas del Africa, tomáronla, y usurpada de Octavio un año antes de la venida de Cristo, se la quitó César Octaviano, y el año siguiente, que fué el de su nacimiento, quedó pacífica por los emperadores. En el año 471 Genserico, rey de los vándalos, para conquistar á Italia tomó á Cerdeña, habiendo esta isla sido gobernada hasta este tiempo de jueces romanos. Recobróla de este rey el emperador Justiniano, á quien le fué quitada por el tirano Totila, y tornada á recobrar del mismo emperador y poseida de sus sucesores hasta que los sarracenos (2) la ganaron y destruyeron, y á ellos Luitprando, rey de longobardos, siendo poseida de sus sucesores hasta que Carlo-Magno prendió á Desiderio y la entregó al Pontífice Romano. Fué usurpada de la Iglesia

---

(1) Extrañas nociones tenia nuestro autor de historia antigua, puestó que hace contemporáneos á Julio César y á Asdrubal. Mas adelante, segun se verá, habla á un tiempo de *Octavio* y de *César Octaviano*, haciendo de un solo personaje dos distintos. Por último, son tales los errores cronológicos en que incurre, que de buena gana hubiéramos suprimido toda esta relacion á no ser porque contenia en otro género especies nuevas y curiosas.

(2) Excusamos llamar la atencion de nuestros lectores sobre los muchos anacronismos que el autor amontona en esta breve noticia de la Cerdeña antigua. Se conoce que este papel lo escribió sin consultar libros de ningun género, y fiándose solamente de su memoria; de otra manera no hubiera dicho que la conquista de la isla por los sarracenos fué anterior á Carlo-Magno, no habiéndose verificado hasta los primeros años del siglo XI.

*

por Forco Pisano, el primero que se intituló rey de ella, y poseida de aquella República con título de estar en el mar Tirreno, de que los de Pisa se intitulaban señores. Despues fué concedida del papa Bonifacio VIII al rey Don Jaime de Aragon, que lo era de Sicilia, y empezada á conquistar por Don Alonso su hijo, como refieren Ramon Muntaner y otros, poseida y conservada de sus sucesores, las Magestades Católicas, hasta hoy. Toda esta sumaria extension (1), que mas especificadamente han escrito diversos autores, es para exagerar que casi todas las naciones de Europa han deseado, pretendido, solicitado y puesto en ejecucion el poseer este reino; en lo que se conoce cuán de importancia es, y mas á Vuestra Magestad que á ninguno de los antepasados, pues poseyendo los de Nápoles y Sicilia, le es necesaria esta isla para puerto, refugio y amparo de todos los que navegan de Poniente á Oriente, lo cual ha sido causa de apetecerla y conquistarla tan diversas naciones; y no solo esto, sino baluarte y propugnáculo de todo este mar, y obstáculo al enemigo para no poder pasar con armada á Sicilia sin mucho peligro de perderse; como por el contrario, si la tuviese el rey de Francia, lo que Dios jamás permita, sería poner una llave que totalmente cerrase é impidiese los comercios y tratos, y aun el pasaje de toda Italia, porque poniendo su armada, parte en Marsella y parte en Cerdeña, y dando comercio (como es sólito suyo) y escala franca á los corsarios de Berbería, cerrarian el paso como con una cadena atravesada, no solo á bajeles mercantiles, pero aun á pasajeros ordinarios, que sería necesario para el pasaje de Italia y España rodear toda la Francia é irse por Flandes con grandes y excesivos daños y gastos

(1) Así en el original, por mas que la locucion parezca viciosa.

de los pasajeros, y no menos peligrosos de vida y hacienda, no siendo pequeño el de apoderarse el enemigo de estos reinos, no pudiendo socorrerlos Vuestra Magestad de España. Para evitar lo cual soy de parecer, señor, que usando de su magestuosa y real clemencia y grandeza, no obstante las graves costas y gastos que tantas y tan contínuas guerras le causan los rebeldes de su monarquía, se esfuerce en dejar por diez años la mitad del servicio gracioso, que son cuarenta mil escudos, para que con ellos se refuerce y repare este reino, diputando para ello persona de ciencia y conciencia, inteligente en esta materia, y sobre todo desinteresada, y que juntamente con este se dipute el arzobispo de Caller, por cuya mano pase el dinero y cuentas para que, ya que no lo goce Vuestra Magestad, no sea usurpada ni defraudada su voluntad y Real Patrimonio, y se fortifique la ciudad de Caller en la manera que tengo referida, y añadiendo una parte de muelle para reparo de los bagajes, que sería la riqueza de este reino, y asimismo Oristan y el Alguer, como tengo apuntado, fabricando en Puerto Conde otra torre para su seguridad adonde yo señalaré, y reforzando á Castel Aragonés con otras torres que necesita, y fabricando algunas nuevas en lugares oportunos, municionándolas y guarneciéndolas de soldados pagados, y proveyéndolas de artillería; pues habiendo empezado ya el enemigo á infestarla, será siempre blanco del deseo de poseerla, aunque haya sido maltratado, pues los soldados son como los jugadores, que para desquitarse, de picados vuelven á hacerlo ó á perderlo todo.

Esta invasion será golosina de los corsarios de Argel y Biserta, vejándola y oprimiéndola cada dia, demas de que los vasallos estando seguros, labrarán con mas confianza las partes marítimas, y ejercerán las almadravas, que son de tanta importancia, se limpiará Puerto-torres,

lo que sería de tanta ganancia, con que los bajeles de mercancía vendrian á puerto seguro, se avivaria el comercio, y Vuestra Magestad tendria vasallos mas ricos y opulentos para su Real servicio. Y porque he incluido alguno de mis pareceres insertos en esta, que fueron continuados y resueltos en este Real consejo de Guerra, y he representado lo necesario para cada cosa especificadamente, enviándolo á Vuestra Magestad, le advierto que aunque desean ponerlos por efecto, y son no solo urgentes, mas necesarios, no es posible, si su poderosa Real mano no subviene á este afligido y casi desolado reino con este ú otro mejor arbitrio, para que se pueda efectuar, que haciéndose, queda seguro y cierto. Conviene, siendo este reino tan importante á su monarquía, y tan fiel á su Real corona, que se guarde y defienda de sí mesmo; siendo, como es, tan pronto á su obediencia, y tan importante para conservacion de sus reinos, esperando de su Real clemencia los dejará con esto consolados, defendidos, y aun seguros para su Real servicio y gloria de Dios, que guarde la Real persona de Vuestra Magestad, como la cristiandad ha menester, y piden sus vasallos.= De V. R. Magestad, humilde y fiel vasallo que S. S. piés besa.=Fray Justo Duque de Estrada.

En el pasado cuaderno, adonde empecé la digresion, dejé dicho que fuí por prior á la ciudad de Sasser, principal en el otro cabo de Sasser, llamado Cagliare (1). Espe-

---

(1) En el original «y Cugodor;» pero debe de estar equivocado, pues los dos *capos* ó provincias de la isla se llamaban por este tiempo Sassari (Sacer), y Cagliari (Caller.)

rábanme el Arzobispo y prelados de ellas, que son los dos obispos de Ampurias y de Alguer, y caballeros de la ciudad con grandes deseos de conocer á este fraile, ingerto en soldado. Preparóseme un gran recibimiento, sabiendo que había llegado al Alguer; pero huyendo el cuerpo á esta vanagloria, como desengañado de las cosas del mundo, teniendo noticia de ello, no entré hasta tres horas de noche, cansándose aquellos caballeros de esperar, y volviéndose á sus casas, que era lo que yo quería; de manera que solo mi vicario, dos frailes y cuatro caballeros, amigos antiguos, entraron conmigo. Visité á dichos señores prelados, inquisidores y jurados, pagándome todos las visitas con mucho aplauso, no una, sino muchas veces. Visitáronme todos los caballeros, y continuaron siempre favoreciéndome, de manera que mi celda era un continuo comercio de la nobleza, no dejando el servicio de los pobres y fábrica de la casa, pues en breve tiempo se hizo un cuarto medianamente cómodo para mí, con sala, cámara, alcoba y oratorio, con todas las comodidades necesarias para un religioso, y abajo refitorio, y dentro su cisterna, excelente cocina, y dentro el pozo, despensa, molino, horno y caballeriza, conforme al sitio, con camas de hierro para los pobres. Acomódose la iglesia, blanqueada la casa, pasteras para flores (1), y á mi costa una capilla del Beato Juan de Dios nuestro padre. Fué este tiempo de mucha penuria por las infelices guerras de Barcelona (2), y falta de comercio, y así bajando las rentas de la ciudad, menguando el tráfico y no corriendo dinero, empobreció la ciudad, de manera que no se

(1) Así en el original, quizá quiso decir parterres.
(2) La guerra de Cataluña comenzó en el año de 1640.

pudo hacer mas, porque no se podian cobrar las rentas del Hospital. Acabóse mi trienio, y con él la obra del hospital de San Antonio en el Alguer, y el del Espíritu Santo en la ciudad de Boza, habiéndose tambien ayudado el de San Antonio de Oristan, con no pocos trabajos de idas y venidas, por ser la isla tan peligrosa de pasar, y por haber de luchar con los diversos humores de cinco jurados que entran cada año en cada ciudad, que salvando los buenos, los mas por el interés que tenian en los hospitales han procurado siempre deshacer las capitulaciones y echar de allí nuestra religion; pero no lo permitirá Dios, pues en sus mejoras, sobras y aumento se conoce cuán necesarios seamos en el reino. Finalmente, despues de muchos trabajos, pleitos, audiencias, y siempre sentencias en nuestro favor fuí llamado con las convocatorias ordinarias para el capítulo de intermedio que se habia de celebrar en Palermo por nuestro reverendísimo padre fray Angélico Rampalla, ya general, que es de quien hice mencion, y por cuya causa tomé este santo hábito. Habian perdido la obediencia los religiosos noveles al superior mayor ya referido fray Gabriel Guirlanda, comisario general, y hecho otro vicario; pero llegando yo lo acomodé, pugnando con los inobedientes y esparciéndolos, porque aunque no era superior mayor, siempre me tuvieron respeto, así porque al mas altivo de ellos le he reducido á ser oveja, parte con rigor y parte con proveerle de lo necesario, como por ser yo paternidad de hábito de diez y ocho que en término de seis años he vestido y profesado de mi parte. Despedíme del señor Virey, Arzobispo, ciudad y caballeros, como tambien de mis religiosos. Algunos de ellos quedaron contentos, pareciéndoles salian de la presion de un superior riguroso, y celante mas de lo que ellos quisieran, si bien no tanto como se debia, y que viniendo otro de menos calidad y

autoridad, por ser bien emparentados, serian dueños; otros lloraban mi pérdida, porque á lo menos, si castigué, premié, y dí lo necesario á todos.

Ajustado lo referido, partimos el padre comisario general y yo con otro compañero, quedando en el gobierno el padre comisario visitador, que á tomar residencia vino á dicho superior mayor, y nosotros no teniendo otra comodidad, y siendo necesario hallarnos en el capítulo para los 22 de Junio de 1642, á los 15 nos partimos en una barca de soldados desarmados, ellos, la barca, y nosotros, y dicho padre fray Josefo Quiari ó Chiari tomó la posesion. Permitió Nuestro Señor que nos vino tan feliz viento en popa, que sin mudar las velas, partiéndonos á la una de la noche, domingo de la Santísima Trinidad, el martes por la mañana, á los 17, estábamos en Palermo, no habiendo tardado en el viaje mas de treinta y dos horas. Túvose noticia de mi llegada y misteriosos sucesos; salieron todos los religiosos de aquella casa á ver una persona tan nombrada en la religion. Venia, como digo, casi todo el convento; pero teniendo nueva de que el padre reverendísimo entraba ya en la ciudad, acudieron la mayor parte á recibirle. Entró, pues, nuestro reverendísimo padre con mas de treinta carrozas de títulos, parientes y amigos, siendo emparentado con lo mejor y mas lucido de Palermo, y los mas de dichos títulos y señores; y al entrar por la puerta del convento se encontró, entrando yo por otra en medio del patio. No se puede explicar el gusto que mostró tener de verme, pues contra su natural casi le descompuso el placer, abrazándome muchas veces con palabras muy amorosas. Venian con él casi todos los priores del reino, que ansiosos de verme, hicieron lo mesmo que nuestro padre general, ceremonias y caricias, siguiendo el mesmo estado todos aquellos señores que con él venian. Supo mi venida el señor almirante de Casti-

lla (1), virey de Sicilia, que en esta ocasion, y curioso de saber las cosas de Cerdeña, habia pasado á esta isla y gustó que yo le besase la mano. Apenas hube llegado al cuerpo de guardia, cuando partieron de él muchos caballeros, soldados antiguos, vivos y reformados á mi convento á visitarme, y entre ellos Don Francisco de Castilla, del hábito de Calatrava, Maese de campo del tercio de Sicilia; Don Manuel Ponce de Leon, del hábito de Santiago, sargento mayor de dicho tercio; Don Fernando de Padilla; Don Sebastian de Rojas y Sandoval, y otros muchos caballeros antiguos camaradas. Acompañáronme hasta llegar á besar la mano al Almirante, llevando tras de mí mas de cien personas, unos conocidos, otros deseosos de verme, y otros admirados de ver un religioso de mi órden con tanto cortejo. Entró la embajada dicho Maese de campo, y su Excelencia me recibió muy bien, y en el discurso de las cosas de Cerdeña estaba con notable atencion mirándome, y me preguntó si habia estado en la corte y en qué tiempo, y cómo me llamaba en el siglo; y respondido á todo me abrazó, y reconoció con mucho gusto suyo y mio, pues no fueron pocos los dias que saliendo en nuestra mocedad habiamos ido á caza juntos, y las noches que en campaña habiamos comido juntos y dormido en un aposento, saliendo yo á menudo á rejonear con sus caballos en fiestas de toros. Preguntóme lo que queria ser en aquel capítulo; lo respondí que solo deseaba no ser superior, porque era contra mi voluntad y genio, y le supliqué no entrase en este negocio, pues los favores muestran pocos méritos en la persona; y así me

(1) Es Don Juan Alonso Enriquez de Cabrera de quien tratan Salazar en sus *Dignidades de Castilla*, cap. de los Almirantes, y Lopez de Haro en su *Nobiliario Genealógico*, tom. 1.° pág. 102.

lo ofreció. Visitéle cuatro veces mientras estuve allí, y acudieron á visitarme el duque de Terranova y otros señores, cosa que yo esquivé, mostrando no curarme de vanaglorias del mundo; no obstante esto tenia carroza mañana y tarde para mis visitas.

Llegó el dia de San Pedro y San Pablo, que por las muchas visitas se difirió hasta aquel dia, y en él se hizo el capítulo, eligiendo provincial de dicho reino, el cual elegido por votos secretos, nuestro reverendísimo padre dijo que era necesario elegir comisario general para el reino de Cerdeña, y que de justicia y derecho se me debia á mí, por ser fundador de aquellos conventos, por los beneficios que en ellos habia hecho, y por ser persona de partes, virtudes é inteligencia para este y mayores cargos, y que así me elegia y diputaba en tal oficio. Confieso que se me heló la carne, porque yo no pensaba en tal cosa, antes el dia antecedente de este me habia llamado el padre general, y despues de muchas caricias me preguntó de qué gustaba y á qué me inclinaba, porque deseaba darme gusto; y yo le respondí que á servir en la cocina, que yo no tenia pretensiones ni intentos. Díjome: «bien está la humildad en los religiosos, pero aquí hablamos como amigos.» —Confiadamente le respondí, y como amigos digo que deseo no ser superior, ni tengo mas pretension que quedarme en la cocina.» Sintiólo el general que quisiera que le pidiera lo que queria, y díjome: «vaya V. R.ª con Dios, que yo haré lo que Dios me inspirare; y la misma noche el padre fray Domingo, vicario de la casa y el mas antiguo de la religion, con toda la familia á la puerta del patio por donde entran al refectorio, le dijo públicamente: «Padre reverendísimo, toda esta casa y yo en su nombre pedimos al padre Justo por prior de esta casa de Palermo,» y todos respondieron: «así lo pedimos.» Respondió nuestro padre: «mucho me

huelgo, que cualquiera otra cosa podia pensar fuera de esta.» Y así, oyendo yo esto tan sin prevencion, dije: «¿qué dice V. R. P? mírelo bien;» mas él atajándome la palabra, me respondió: «bien mirado está; V. R. se siente aquí junto á mí.» Parecióme un acto de comedia, que en efecto lo es la vida humana, y así de el postrero de todos, como fundacion mas moderna, me ví constituido en la cuarta persona despues del general, y que se peloteaban los muy reverendos en los parabienes. Elegidos provincial y comisario general, cesó por ser tarde el capítulo y se retiró para el otro dia el balotar los priores, que así se llama, y sabido que fué en Palacio en pocas horas se envió espléndida comida, como tambien de casa del Maestre de campo, con que se celebró la fiesta; pero en tanto quedándome á solas con nuestro padre general, quejemé extraordinariamente, representándole la gran antipatía que siempre tuve y tengo al gobernar, y que por esto dejé al siglo y los puestos que en él tuve, las controversias que habia tenido con los conjurados de Caller y Sasser sobre defender nuestros privilegios, tanto que llegaron á desear que yo estuviese fuera del Reino, por no tener delante de sí hombre que tanto pleiteaba y se mantenia tan tieso en guardar la jurisdiccion; pudiendo decirse otro tanto de los religiosos á quienes repugnaba superior que tanto les apretase á observar su regla; y que en suma, yo no tenia salud en Cerdeña, mostrándole dos postemas en una mano, ni tenia gusto de estar mas en aquella isla. Respondióme prudentemente: «renunció su voluntad en la del superior cuando hizo profesion, y así hoy no es dueño de ella; yo creí hacer servicio á Dios y cosa grata á V. R. y dar ejemplo á los demas para que se animen á servir, premiándoles en aquella parte adonde han trabajado, y así adonde ha servido allí le premio; creí agradarle, si no lo he hecho es señal que Dios quiere

que padezca y él me ha inspirado á esto.» Muchos caballeros le pidieron que yo me quedase, en particular el Maestre de campo y su muger, que deseaban tenerme allí para regalarme, pero él les respondió: « de Cerdeña me escriben que aquellos conventos tienen necesidad de hombre que los mantenga en su jurisdiccion, los reforme de costumbres y los aumente; yo no hallo hombre en la religion que lo pueda mejor hacer que el padre Justo, por calidad, valor é industria; no se lo digo á él porque no conviene á un superior mayor dar esta vanagloria á un súbdito; y en suma, ó él ó yo hemos de ir á reparar la religion á Cerdeña, que sé que está para caer. Esto le diga V. S. de mi parte.» No supo que responder el Maestre de campo al General, ni yo á él cuando me lo dijo, si bien me quedó el sentimiento natural, y ofrecí, si me dejaba en Palermo, hacerle de limosnas la iglesia del convento, que importara mas de veinte mil ducados, teniéndo yo ya prometida industria para hacerlo.

Resuelta mi partida me despedí de mis amigos, entreteniéndome por el Corleon (1) hasta el 22 de Julio, y en este tiempo previne algunas cosas necesarias en Cerdeña, y gocé de algunos jardines de aquella deliciosa ciudad. Quise ver á Monreal, que aunque habia estado tres años allí, como ya he referido en tiempos del Serenísimo Príncipe Filiberto, la priesa del vivir de los hombres mozos y sus deleites no me dió lugar de verle, ni aun curiosidad, siendo digno de verse por su antigüedad, grandeza y riqueza, siendo su insigne iglesia labrada de lo mosáico y cubierta de oro y piedras preciosas de gran precio. Despedido de todos tomé la bendicion del padre general, y representándoseme el amor que me tenia, y recordando el ha-

(1) En el original Sol Leon.

ber sido él causa de mi conversion, el haber procurado mis aumentos y ofrecido lo que hubiese menester para el camino, tiernamente me abrazó y bendijo, y yo me partí á la marina, acompañado del provincial, prior y otros padres graves en tres carrozas, adonde entrando en una faluca concertada para este efecto nos partimos á Trápani, adonde por el mal tiempo estuvimos hasta los 3 de Agosto, que son doce dias; y asegurados de un levante nos partimos al Marítimo, isla que está doce millas, bien guarnecida de castillos y soldados, por ser primer nido de corsarios. Hallamos que en la isla de Levante hacian fuego avisando que habia enemigos; pero estando ya empeñados y habiendo mas trecho de allí á Trápani que al Marítimo, aunque el patron y marineros lo contradecian, se determinó mi parecer, que fué que pasásemos adelante, aunque fuesen las galeras de Bíserta; pues faltando cuatro millas á la Favignana, primero que nos descubriesen habriamos caminado dos, y primero que zarpasen y nos alcanzasen llegariamos á cubrirnos con la fortaleza; y así sucedió por la gracia de Dios. Luego fué conocido y el castellano me abrió al ojo, y quiso entregar las llaves, haciéndome dueño del castillo y pidiéndome el nombre (1) como oficial mayor. Yo no las admití ni quise dar el nombre, pagando con agradecimientos esta cortesía. La mañana siguiente pasaron á poco mas de tiro de cañon las galeras de Biserta, de cuyas manos milagrosamente nos libramos la noche antes, las cuales dando bordos por dos horas tomaron la derrota para Berbería. Yo viéndolas partidas jugué de treta, y al punto nos partimos al Marítimo, adonde tan bien conocido hicieron las mismas ceremonias de las llaves, y esperando el viento próspero

(1) Es decir «el santo y seña.»

hasta los 5 del mes, á la mañana partimos, y aunque con calmas terribles y enfadosas, con calor tan tremendo, como es el del mes de Agosto, llegamos ya á remo, ya á vela, á Caller, con no poco peligro y muchas dudas de cosarios, á los 7 del dicho mes, adonde, si hay descanso en la vida humana, le tomaré yo, aunque por pocos dias.

PARTE DÉCIMANOVENA.

1642, de mi edad 53.

Mucho descansamos para religiosos; vamos á cuentas, P. Fr. Justo, y decidme: ¿qué vida habeis hecho de religioso, qué mortificaciones, penitencias ásperas, macilentos ayunos, sanguinosas disciplinas, silicios ásperos, y qué dormir en tierra con una calavera ó piedra á la cabeza? Porque hasta ahora vos mismo habeis contado privanzas de vireyes, favores de arzobispos, victorias de franceses, jurisdiccion sobre canónigos y demas clerecía, mando y potestad sobre las religiones, aumentos del convento, fundaciones de hospitales y prioratos, y cargos vuestros de consejero de guerra, sargento mayor general y comisario general, y visitador de vuestra religion, cosas todas llenas de vanagloria, humo, fantasía y presuncion. ¿Para esto entrastes en la religion? ¿Esto es el empezar llevando platos, lavando emplastos y lo demas que habeis contado de vuestro noviciado, sabe Dios si por humildad ó por hipocresía? ¿No fuera mejor estaros en el siglo con vuestras privanzas y bienes fantásticos, que no venir á hacer del hábito coraza, del báculo pistola y del rosario balas? Respondereis que la necesidad obligó al Virey y al prelado á pediros, y al superior á daros. Yo

os respondo, que si conociesen en vuestra humildad y santidad que hiciérades mas con la oracion como Moisés, que con la espada como Josué, no se valieran de vuestra espada, sino de vuestro rosario; pero ellos vos pidieron, y á vos os danzaban los piés al son del tambor, y así os acomodaste presto, porque no os hallábades bien sin mandar. Ya venís comisario y visitador general; pues esperad que en esa altura de polo Dios os quiere visitar, ya que vos no os acordeis de él.

Este soliloquio hice cuando ví que la ciudad de Caller no me quiso recibir por superior mayor, á quien tanto serví, defendí y guardé con tanto estudio, inquietud y trabajo. La causa fué que se hallaba por jurado en cabo, ó cabeza del gobierno, un primo de otro jurado en cabo, con quien yo tuve un pleito muy reñido sobre la jurisdiccion, que puesto en consejo salí con él, y fué maltratado por mi causa del Virey, Arzobispo y Consejo; y juntamente hallábase un prior á quien habia yo hecho ir de Milan, con promesa de hacerle comisario general. Este, viéndose burlado, obró con el jurado en cabeza de manera que no fuí aceptado de la ciudad, ni de él, ni del convento, porque de otra manera los descomulgara y castigara. Partime al fin para el Alguer, y de allí á Susser, adonde estuve tres meses, en tanto que en el Alguer se me acomodaba un cuarto para mí, porque allí habia determinado mi residencia. Estos dos priores se juntaron á escribir contra mí, imputándome que era hombre cruel en el castigo, y riguroso con los religiosos, y hallándose jurado en cabo de esta ciudad un tio de un fraile, á quien no por sus virtudes yo desterré y envié á Roma, hicieron de manera que con el mismo pretexto se levantasen las dos ciudades contra mí; pero como el General conocia los priores, y sabia las ocasiones, me envió las mismas cartas diciéndome que si yo habia hecho error me castigase á mí

mismo, y si no que me defendiese. Dí mi descargo de manera que el general y consejeros del difinitorio dieron por satisfecha la religion, y por buen gobierno el mio, en el cual modo querian prosiguiese. Fuime á mi residencia, quedando ellos bien mortificados; pero con tantas inquietudes de religiosos altivos, de sucesos desastrados, de fugitivos, de pleitos y de procesos, que jamás dia y noche alzaba la pluma del papel, haciendo causas, dando sentencias y despachando correos, cuando no iba yo en persona, como hice muchas veces, por no estar yo en la casa principal y cabeza de la Religion, juntándose á esto los pleitos que tenia con la ciudad adonde estaba. Consumíanme disgustos, desvelábanme cuidados, quitábanme la comida negocios, y la salud una enfermedad de postemas frias y melancólicas, en tanta cantidad que pasaban de treinta, de que al último he perdido la mano izquierda, y en suma excuso los demas trabajos secretos; pues como padre de la provincia y superior mayor debo cubrir los defectos de mis hijos por la reputacion del hábito, siendo tantos los mios, que contrapesados, uno es mas que los de todos; tanto mas que naturalmente son infinitos y accidentales. Mas solo digo que es necesaria gracia eficaz de la Divina Magestad para gobernar frailes, y que es mas fácil gobernar un ejército que una provincia de estos, pues los soldados se gobiernan con la espada desnuda y con resolucion firme de ahorcar, arcabucear, dar tratos de cuerda, echar á galeras ó expulsarlos del ejército á cajas destempladas, mientras aquí solo con paciencia, con buen ejemplo, con mortificarse y con transformarse en cada religioso, sirviendo el superior primero que mande, supliendo imperfecciones agenas, castigando con amonestaciones, exhortaciones, consejos; y cuando se llega al castigo, por no escandalizar los seglares á veces es necesario callar. Esto está probado en mí, con que

Dios castiga mis ímpetus acelerados y mis arrebatos (1 coléricos. Entre pleitos y trabajos pasé dos años, y no por esto dejaron de darme en que entender los vireyes, escribiéndome, pidiéndome consultas, y viniendo en persona á hacer que les asistiese á hacer las plantas de las fortalezas, y determinar el modo con que se debian fortificar y reparar.

Llegó el mes de Junio del año 1644 y de mi edad 55, y las ciudades mesmas que me habian perseguido y echado de sí por sus particulares fines é intenciones, me llamaron y rogaron fuese á hacer la visita, desengañadas del error en que vivian, y así, aunque tarde y por mi mal, me partí á Caller, pidiéndomelo tambien el duque de Avelino (2) que á la sazon era virey y se hallaba en el Alguer para las fortificaciones referidas. Llegué á Caller á los 30 de Mayo, recibiéndome dos títulos á tres millas, y algunos caballeros mas. Hice mis visitas y recibílas, y visité aquella casa, reformando, castigando y mandando lo que me pareció convenia; y dejando muchas nuevas órdenes convenientes, me partí con mucho disgusto de toda la ciudad, cuyos habitantes echaban menos mi gobierno, y creian me quedaria yo allí á gobernar la religion; pero habiendo experimentado su instabilidad, y siéndome forzoso acabar mi visita me partí. Ofrecióse tambien que queriendo sacar un religioso de allí, tan arraigado que era mas superior que el mesmo Prior, le ordené un dia antes se previniese para venir conmigo, y dióse tan buena maña que en dos horas revolvió la ciudad, por ser sacerdote y confesor de toda la nobleza de la ciudad. Comí el dia que

(1) El original dice «promptezas.»
(2) Arellano dice el manuscrito, y se ha corregido conforme está.

me partí con el Virey, y pidióme por favor dejase allí este fraile. Yo le respondí que no me estaba bien dejarle, ni tampoco decir por qué le llevaba, pues no sería bien publicar el delito de un religioso, diciendo á un señor seglar lo que yo debia encubrir y castigar por servicio de Dios y por honra de la religion. Díjome que sin respeto humano hiciese lo que mi conciencia me dictaba. Fuíme á despedirme del Arzobispo, y pidiéndome tambien en nombre suyo y del cabildo la gracia para aquel fraile, respondile que si tomaba sobre su conciencia el caso, lo haría. Dijo que no ponia la suya en ese peligro, y yo repliqué: «pues la mia estimo tanto como V. S. la suya, y no la tengo por peor.»

Fuíme á despedir de los de la Ciudad, á los que pidiéndome sobre el mesmo negocio, contesté que mi gobierno no dependia de favores sino de justicia y razon. Partíme á casa, y sabiendo que los cuatro marqueses venian con intencion de no irse sin la gracia, tomé un caballo y llamando al prior, mi secretario, y al sacerdote le ordené, so pena de excomunion, suspension de la misa y confesion me siguiese en término de veinte y cuatro horas; y suspendido el prior si no lo ejecutase, y caminando aquella noche sin parar, y á otro dia al amanecer me hallé en Oristan, que son dos jornadas y media buenas. Es necesario saber que quien pasa el reino de una parte á otra, desde el mes de Junio hasta Navidad, lleva póliza de cambio para la muerte, por pasar por Oristan, ciudad puesta tres millas de la marina, y es la misma que tomaron los franceses, situada entre unos paludes (1), estanques y pesqueras que secándose el verano hacen el aire pestífero por el cieno que se descubre. Aquí pues

(1) Lo mismo que «lagunas.»

aguardé mis frailes, y venidos hice mi visita, y privé al prior por justas causas; gozando entre tanto durante siete dias de la delicia de infinita cantidad de cuervos y grajos que llegaban hasta la mesa á quitarnos el pan; y esto es de verdad, sin exageracion alguna. Dejando un vicario y órdenes convenientes pasé á Boza, adonde planté la cruz é hice la fundacion que estaba en pleito. Esta ciudad es casi de tan mal aire como Oristan, por lo cual ajustando en seis dias lo necesario dejé aquí el sacerdote que saqué de Oristan (1), adonde acabó su vida.

Partime para el Alguer, mi residencia, y tomándosela al vicario, pasé á Aser, dia memorable para mientras viva en el mundo, y víspera de San Juan, á los 23 del mes de Junio. Aquella noche hice la congregacion é intimé la visita. A la mañana siguiente, dia de San Juan, se hizo la comunion general y se dijo la misa de Espíritu Santo, la cual acabada, y yo recibido con la cruz como prelado, cantando el *Te Deum laudamus*, y hecha una plática exhortatoria, sentado en silla sobre peana del altar mayor, me dieron todos la obediencia, y usando de la potestad de mi oficio visité el sagrario adonde está el Santísimo, y escritas las órdenes necesarias para mejorarle, visité la sacristía, ornamentos y la capilla de la Iglesia; y en este mismo tiempo me entró tal accidente de frio, que creí ser llegada mi hora, pues fué necesario llevarme en brazos á mi cuarto y en él á mi cama, con tal cicion de calentura, que me duró mas de cincuenta horas, y al cabo de estas se dobló la cicion, prosiguiendo dos cada dia hasta el décimtercio, en el discuso de los cuales no me faltó el remedio humano, ni tampoco las consultas y visitas de

(1) Parece, segun lo anteriormente referido, que debió decir Caller y no Oristan.

tres médicos famosos. Perdí la lengua, el tacto y la vista, quedándome solo el oido, y este tan perspicaz y agudo que no se podia hablar en todo el cuarto por quedo que fuese que yo no lo entendiese. El décimotercio dia resolvieron que si al dia siguiente, que era el catorceno, me volvia el accidente, podian ya abrirme la sepultura. Yo lo oí, aunque se dijo muy quedo y fuera de mi aposento, y considerando la grave penitencia padecida en trece dias, que solo me mandaban aguas cordiales, con las tablillas de *Manus Christi*, conserva de jacinto y cordiales en letuario, padeciendo contínua sed y que al fin me moria, hice á un novicio que me trujese un garrafon de agua muy bien nevada, y me lo bebí sin dejar de azumbre y media una gota, siendo tan helada, que me dejó yerto y sin pulso. Los frailes comian sin acatarse (1) de este negocio; pero cuando vinieron me hallaron sin pulso. Fueron á llamar á los médicos, y en tanto, no pudiendo la naturaleza sufrir la frialdad, lo provoqué todo tan frío y tan dulce que hice cuenta que bebia otra vez, y tras esto otro tanto de flemas y cóleras pestíferas. Venidos los médicos admiraron el caso contado, y me dieron por sano *rectum ab onere* (2); pero me quedaron tales cámaras y vómitos durante veinte dias consecutivos, que llegué aun á peor tránsito, pues era un cadáver sin poder mover ninguno de mis miembros; y aunque el Arzobispo, Inquisidores y gobernador, títulos y caballeros me vinieron á ver, ni pude abrir los ojos, ni hablar palabra, tanto que alguno de ellos se fué con las lágrimas en los ojos. En fin mejoré, pero Dios nuestro Señor que queria purgase mis pecados en vida, me visitó con una ciática de la mitad del cuer-

(1) Sin duda lo mismo que advertir ó enterarse.
(2) En el original *ab honore*.

po, quedando inmóvil de toda la parte derecha por un mes; y antes de acabar de sanar de esta enfermedad, se me hinchó el brazo de manera que parecia un mónstruo, para lo que se me hicieron tantos remedios que se me abrieron los riñones y mis dolores y gritos llegaban á los cielos, y así fué necesario empezarme á curar de ellos y del hígado, que abrasado de tantas medicinas y remedios empezó á expeler por las partes mas débiles infinitas postemas frígidas, densas y flemáticas, cuyas raíces encarnadas entre las cuerdas (1) fué necesario cortar y sacarlas afuera de hierro, siendo en número de treinta y dos en la mano izquierda, doce en la derecha y nueve en la frente, las cuales me estropearon ambas manos, y aun me duran y durarán. Vínome sobre esto la infelice podagra ó gota que llamamos, y sobre esto la quiragre de las manos, de que pasé graves tormentos y dolores, acudiéndome además un catarro y tos que me consumia. Bendita sea la magestad de Dios que fué servido de darme tal paciencia con dos enfermedades, una sobre otra, que en cerca de un año de cama casi no me sintieron, ni pedí cosa alguna de comer, ni de apetito ó dulces, ni mas regalo que lo que me daban hecho á su modo. Porque en todo pareciese á Job, me visitó Dios con la nueva de tres hermanos muertos en dos meses (2), y un sobrino, de mí amado tiernamente, sentenciado á cortar la cabeza por la muerte de un canónigo, muriéndoseme hasta los caballos que tenia en casa, como á Job los ganados; y esta enfermedad fué sin dejar de gobernar la provincia, escribiendo ya por mano propia, ya por secretario. Llegó el año 1645, de mi édad

(1) Nervios ó tendones.

(2) Estos que el autor llama hermanos eran hijos de su tutor Don Juan Gomez de Cisneros, á quien el autor llama siempre padre.

56, y ajustando todos mis conventos, cuentas y procesos, pasé adelante con mi visita, así enfermo como estaba, suspendiendo del oficio otros dos priores y enviándolos á Roma con los procesos, cosa jamás vista en nuestra religion, no obstante que uno de ellos era el valido del General.

Vino el tiempo del capítulo general, y yo partí á Roma por el mes de Abril, llegando allí á los 10 de Mayo. Hallé los capitulares divididos en tres bandos; uno del general presente y otros de dos que ya lo habian sido, de manera que siendo casi iguales adonde yo me llegase corria la balanza. Hubo muchas dificultades, tanto que el cardenal Gianneti, nuestro protector, trató de hacerme á mí tercero, y no á ninguno de los otros tres; y recibiendo informacion de las partes y calidades de algunos religiosos me propuso á mí; pero considerando los italianos que si un español era general tornaria á juntar las provincias de España é Italia, no queriendo estar debajo de este gobierno, ya expelido por ellos una vez, se conformaron é hicieron general napolitano, que lo habia sido ya otra vez. Hallábame yo inocente de este negocio, por no haberlo pretendido ni haber mediado pretension, intercesion ni negociacion mia, y así nada supe hasta que habiéndolo dicho un camarero de dicho cardenal Gianneti á un gentilhombre del cardenal Albornoz, este me lo dijo á mí. Yo fingí con los frailes no saber nada, y así en el capítulo general fuí elegido vicario general de las provincias de Germanía, Hungría, Bohemia y de todo el Imperio, con vices y voces de general y con potestad de privar priores y hacer otros, suspender y celebrar capítulo intermedio, cosa insólita. Esto hicieron por contentarme, sabiendo ó entendiendo que yo penetraba algo del trato. Yo renuncié dichos cargos excusándome con mi grave enfermedad; pero no me valió porque me dieron licencia

para curarme, y para que por no estar en la casa de Nápoles sujeto al prior, no obstante que ha sido general, tomase el priorato de Somma, ocho millas lejos, para poder despues de curado retirarme á tomar el aire, que es bonísimo; y aunque no se compadecen dos oficios de cuerpo presente ni se ha visto nunca, se me dió para obligarme á que aceptase.

Partí á Nápoles á los 25 de Mayo despedido del cardenal Albornoz y embajador conde de Siruela, y con felice viaje llegué á los principios de Junio, y luego el 23 del mismo mes tomé posesion de mi priorato. Visité mis hijos y nietos, y si he decir la verdad no me parece que el mundo y ellos me tiraban á sí demasiado; y es que como ha tantos años que estoy fuera de ellos, no les tengo aquel cariño que si hubiese continuado el verlos. Púseme en cura atormentando con tediosas medicinas mi cuerpo y mis miembros, digo, manos, rodillas y frente, que segun ya dije arriba estában cubiertos con asquerosas postemas, de cuyas resultas he quedado inhábil de las manos, impedido de las rodillas y feo de la frente; tanto que un religioso, hijo mio de hábito, á quien he criado y alimentado siete años, y el mas querido y de quien creí en mi vejez tener consuelo y ayuda, y el que publicaba que en su vida habia visto hombre mas limpio de sus carnes y cuerpo en todas sus acciones, llegó á término de no querer tocar mis cosas y decírmelo en mi cara, por lo que conociendo mi miseria y la fragilidad de la curiosidad y humo de nuestra naturaleza, en un soliloquio hecho entre mí mismo y á solas escribí lo siguiente:

«Esta es la justicia que manda hacer el Rey de la gloria, Nuestro Señor, y el tiempo en su nombre, á este hombre engañado por los graves delitos de la soberbia de su sangre, de la jactancia de su gala, arreos y compos-

tura, de la vanagloria de su limpieza y policía de su cuerpo, y curiosidad de ropa blanca, olores y superfluidades exquisitas, galas, invenciones, pinturas, esculturas recamos, plumajes, bandas, adornos de sus camarines, ejercicios de músicas, bailes y festines. Por el primero de su insufrible soberbia quedó abatido, despreciado, burlado, y no creidas las cosas que de él se contaron y reducido á oir de boca de hombres muy bajos decir que son mejores que no él, y que no es quien dice, y de seglares ser injuriado y amenazado, llamado capucho, esportillero y vacjabacines.»

«Por el segundo de sus vanas y supérfluas galas y devaneos, que se vea vestido de un saco burdo, mortaja de su cadáver, mientras viva, en lugar de las telas delgadas, vestidos y recamos impertinentes y mugeriles que traia.»

«Por el tercero que sea su melindron y limpio cuerpo cubierto de asquerosas postemas, calenturas malignas, cámaras y vómitos mortales, y que á esto se añada una prolija ciática, hinchazon del bazo, inflamacion del hígado, catarro, dolor de riñones, torpeza de lengua, turbacion de vista y tullimiento de miembros, podre en los piés y quiragre en las manos, esté catorce meses padeciendo insufribles dolores, crueles vigilias, tormento de no moverse y perder el apetito de comer y gustar y oler, con infinitos disgustos, pleitos y desasosiegos; y porque en todo represente á Job le vengan nuevas de la muerte de tres hermanos y sentencia de muerte del sobrino que mas quiso; y que pues no tiene ganados, mueran dos caballos que tiene; y sobre todo, que el hijo mas querido que tiene en la religion tenga asco aun de tocar sus cosas; que esta es su mayor mortificacion y desengaño de la fragilidad mundana, y lo que se debe esperar de las correspondencias temporales, y que solo Dios es el permanente. Quien tal

hace que tal pague, y se le ordena que pues él mesmo se ha dado la sentencia, él mesmo se la notifique y la lea una vez cada dia, sirviéndole de espejo y ejemplo en lo venidero. Hecha en la tierra de Somma en el mes de Octubre á los 31, víspera de todos los Santos (1) de los finados.»

Así me hallaba yo en este tiempo, que ya lo era, de partir á Germania para ejercer mi oficio de vicario general; pero viniendo nueva de una grave pestilencia en el Imperio que invadió hasta la misma corte del César, y hallándome aun enfermo, se ha excusado esta ida de Germania, quedándome por ahora en Somma por prior, con el título tambien de vicario general y prior de está casa. En ella estuve un año, que fué del 35 al 36, y en el mes de Junio de este sucedió á los dos que cuando queria amanecer ó una hora antes empezó un terremoto espantable que cási se vieron juntar los muros. Dispertaron mis frailes, llamándome; exhortábanme saliese al jardin con ellos; pero yo considerando que la ira de Dios no se puede huir dije: «sálgase quien quisiere que menos baila un cuerpo en la cama cuando tiembla la tierra que no en pié; encomiéndense á Dios y estense quedos.» ¿Quién creyera que naciendo este terremoto de aquella montaña, su parto habia de ser en Pulla? con que se conoce que el viento corre de adonde nace hasta que halla éxito y rompe, inunda y sumerge adonde halla resistencia y no puede salir en esta provincia. La ciudad de Nicastro fué sumergida de la tierra y muertas ciento cincuenta personas. Viesti, que es la mayor fortaleza del reino, fué desplantada toda con gran mortandad de todo género de

(1) Así en el original; pero quizá falte «dos dias antes» ú otra expresion análoga, pues á 1.° de Noviembre es Todos Santos y el 2 dia de Difuntos ó Finados.

gente; Gragnano sumergido, como si jamás hubiera sido fabricado allí; Canosa fracasada y arruinada con muchos lugares de su circuito. Estaba en Viesti una imágen de Nuestra Señora, muchos años habia, venida milagrosamente de Esclavonia y hecha protectora de aquella tierra; y sucedió que en el tiempo de este terremoto se desapareció, y no se ha hallado mas; presúmese se haya vuelto á su tierra de adonde vino. Tampoco se hallan dos santos protectores de dicha tierra. Hay tambien en la tierra de Torremayor una estátua de San Antonio, la cual en este accidente volvió la espalda y se ha quedado así. En la villa de San Juan, llamada Rotondo, en la iglesia parroquial, habiendo ido el Arzobispo con el clero para aplacar la justá ira de Dios, hallaron vueltas las espaldas al pueblo un devoto Crucifijo, y creyendo ser la fuerza del terremoto, probaron á volver el Cristo, y no fué posible; pero dándose á la confesion y penitencia todo el pueblo con grandes lágrimas y arrepentimiento, fué visto de todos volverse por sí mesmo. Plega su Divina Magestad aplaque su ira, y extienda su mano de misericordia sobre este reino afligido por tantos incendios.

En este tiempo por el mes de Mayo vino mi General para la visita del reino, y á su vuelta trabó (1) conmigo que pues la pestilencia era tal que no podia ir á Germania, y era muerta ya la Emperatriz que deseaba volviese á remediar el reino de Cerdeña, casi perdida en él la religion por algunos solevamientos é inobediencias á su persona, no con poco escándalo del público, dejándome tambien el título de vicario general de Alemania, y añadiéndome el de vicario y visitador general de Cerdeña. Recibí á los 29 de Junio la patente que me fué en-

(1) Es decir «se empeñó.»

viada de Roma, adonde ya se hallaba mi General, y queriéndome despedir del duque de Arcos, viroy en aquella sazon, teniendo informacion de mi persona, me entretuvo diciendo queria servirse de mí para el consejo de guerra en la ocasion de la invasion de la armada francesa en la ciudad de Orbitelo, que fué en esta forma.

Orbitelo es ciudad sita en Toscana, en confines del Pontífice y gran Duque, poseida del Rey nuestro Señor. Está rodeada por tres partes de agua, y por otra pasa por un puente fuerte en sí, y bien municionada y guarnecida. Teniendo noticia el señor duque de Arcos de que habia partido de Provenza en Francia y de los puertos de Tolon y Marsella una armada numerosa de veinte galeras, treinta y seis bajeles y setenta tartanas y polacras, proveida de víveres, municiones, instrumentos hostiles, con nueve mil soldados en doce regimientos y dos mil entre titulados y nobles aventureros, debajo del órden del almirante duque de Fronsach, sobrino del muerto cardenal de Richelieu, teniendo en suspenso á toda Italia, por estar oculto el diseño, sin saberlo mas que el príncipe Thomás de Saboya, á quien era encomendada la ejecucion de la empresa, adonde fué á dar este reino con lo que los juicios diversos de la incertidumbre formaban las opiniones de la misma naturaleza. Surcó con propicio viento los mares de Liguria y Génova, y surtiendo en el vado á los 30 de Abril, embarcó al príncipe Tomás con dos regimientos de piamónteses y con 600 caballos, con muchas guarniciones y pistolas para armar otros dos mil. Zarpó á los 3 de Mayo y se vino á la isla de Elba con pomposa y soberbia muestra, y enderezando al monte Argentario, celebrado de Claudio Tolomeo, y no con menos industria que diligencia se arrimaron á los puertos de San Estéban y Talamon, de los que se hicieron señores en pocos dias, pero aunque con mucho daño suyo; y á los 8 del mes se

metieron debajo de la dicha ciudad de Orbitelo, con resolucion de rendir en breve tiempo aquella plaza, asestándole muchas baterías, y trabajándola incesablemente, de modo que en el espacio de setenta dias se ha visto aquí lo que pueden la fuerza y la industria de un ejército y sus ingenieros, haciéndose juicio de las minas, escaramuzas, asaltos, máquinas y fuerzas violentas que han sido empleadas por el enemigo. Antes de este suceso el señor duque de Arcos, virey de Nápoles, previendo y considerando que el antiguo y natural rencor francés amenazaba alguna secreta invasion en plaza nuestra, entre otros oficiales que despachó á diversas partes fué uno Carlo de la Gata, conocido por singular caballero y soldado en muchas ocasiones, al cual envió á esta plaza de Orbitelo, encomendándole la reputacion de Su Magestad y suya. El cual con suma diligencia y prudente consideracion fortificó en pocos dias la ciudad dentro y fuera, haciendo las provisiones necesarias, de modo que cuando el enemigo llegó no solo le pudo recibir, sino que durando el sitio y la resistencia hizo de tal manera acobardar al francés, y dió tal ánimo á los sitiados, que ya los despreciaban y que del sitio de Malta acá no se lee que ejército ninguno haya alojado en el foso tanto tiempo y tan en balde como este que estuvo allí 47 dias sin hacer nada: todo mediante el valor y gobierno de Carlo de la Gata y sus soldados. No dormia el duque de Arcos, pues con increible presteza, con tenaz asistencia y larga mano nó solo proveyó á Orbitelo de suficiente guarnicion, municiones y víveres, sino que hizo otro tanto con todos los presidios de Toscana, y mandó gran suma de dinero á los 17 de Marzo y antes que la armada enemiga hubiese llegado; de manera que cuando esta apareció en la costa ya todo estaba prevenido. Dió el Duque órden al marqués de Santa Cruz, digo del Viso, su hijo, general de las galeras de Nápoles, que con las

cinco, su escuadra y dos mas de Cerdeña y una de Génova fuese á socorrer aquellos presidios. Reforzadas (1), pues las cinco con las tres dichas, la capitana y la patrona, partió el marqués del Viso llevando dos polacras de remolco, cargadas de bastimentos y municiones. Entró felizmente á los 25, á vista de la armada enemiga, en puerto Hércules, adonde desembarcando 600 soldados se salió al alba y tomó el rumbo de Nápoles. Por este tiempo partió de Cádiz la armada naval de España compuesta de treinta y dos bajeles, tocando en Cartagena y Tarragona. Venia á cargo de Don Francisco Pimienta (2), caballero y soldado de mucho valor, el cual se reunió con las trece galeras de España, guiadas del general conde de Linares. Componian esta escuadra cuatro del duque de Tursi, una de Nápoles y ocho de España. Refrescadas en las Islas Baleares, en Puerto Mahon de Menorca (3), partieron todas reunidas á Caller, y reforzadas allí de soldados, se unieron con diez y ocho galeras partidas de Nápoles, inclusas cinco de Sicilia, cuyo general era el marqués de Bayona, y tres de Cerdeña y otras, las que alargándose en alta mar á los 2 del mes, llegaron á la isla de Elba, enfrente del puerto Hercúles. El aviso recibido de la vecina armada de España hizo al almirante de Francia embarcar aquella gente que tenia puesta en tierra, y mantenerse dando bordos sobre el cabo del puerto de Santo Estéfano. Habia dispuesto la batalla que debia sustentar con él el conde de Unon (4), vice almirante, y á la diestra el conde de Belliure

(1) Aquí el original está viciado, pues dice: «y cinco con las tres dichas la Capitana y la Patrona.»

(2) Dice equivocadamente Pimentel.

(3) El original dice «en Puerto Magno de Mállorca.»

(4) Así en el manuscrito, pero quizá haya de leerse Aunon ó Daunon; aunque por otra parte se sabe que el que mandaba la armada era Armand de Maillé-Brezé, duque de Fronsac y de Caumont.

que gobernaba los bajeles de Bretaña, y á la siniestra el caballero Vinciguerra con bajeles de Provenza, procurando ganar el viento ó impedir la union de los ochò bajeles regios enviados del señor virey de Nápoles, duque de Arcos, gobernados del caballero Escampo. Así dividida nuestra armada, se mantenia la navegacion, pero con tanto arte que formaron una media luna, y desplegando los estandartes, flámulas y gallardetes, al son de trompetas y cajas se convidaban á la batalla, apellidándose la victoria; pero viniendo la noche se dividieron. Esto fué á los 13 del mes, pero al siguiente dia al amanecer parecieron las armadas en dos hermosas medias lunas, con tan diversas empavesadas y estandartes, tan hinchadas de velas y tan esparcidas, que, formando un vistoso anfiteatro, enamoraron la vista, dieron ánimo á los corazones y se prometieron la victoria, haciendo mas hermosa el alba que el mismo sol. A las seis de la mañana, á los 14 del mes, se hallaron tan cerca que fué necesario pelear; pero en el primer encuentro conoció la armada francesa cuán inferiores fuerzas tenia para combatir, siéndole deshecho el órden de su media luna, y perdiendo un bajel. Adelantándose despues el general Pimienta, seguido de otros bajeles, desordenó todo el cuerno siniestro del enemigo. La capitana de nuestros galeones, llamada San Jacobo ó Santiago, la almiranta, llamada la Trinidad, San Martin y otras de la armada Real parecian otros tantos Monjibelos, ó sea volcones que con setenta Tifeos y Encelados gigantes vomitaban sus vulcáneas llamas y balas ardientes, descargando de los costados en un punto ochocientas balas de mosquetes, que con los espantables truenos de la artillería hicieron bramar el mar, temblar la tierra y responder el aire en ecos tremebundos, huir los peces en sus cóncavos, quitando el humo la vista del cielo y viéndose solo en las ondas los flujos sanguineos, los árboles de los ba-

jeles rotos, las antenas despedazadas, las tablas hechas astillas, las vigas fracasadas, las velas rotas y el jarciamen deshecho. Entre los bajeles mas maltratados lo fueron el galeon llamado el Leon rojo y el Caballo marino. Presagiaban los nuestros la victoria y resonaba la gloriosa muerte del general duque Fronsach (1) y de tantos capitanes, soldados y marineros; pero recibiendo nuestra capitana en el combate un cañonazo en el árbol del triquete de la gavia maestra, que quitó el mastelero mayor, y observado por el enemigo embistió luego con un bajel de fuego; pero socorrido por el conde de Linares, general de las galeras de España, le sacó de la zafa remolcándole, y el bajel de fuego del enemigo se quemó á sí mismo sin ningun efecto. Duró la batalla hasta las seis de la tarde, en cuya hora la armada enemiga se retiró, que le fué fácil por tener bajeles mas pequeños y mas ligeros; pero refrescando el viento, una fiera bonanza que obligó á correr las dos armadas, la nuestra á Portolongo y la francesa, dividida y maltratada, parte fué á la isla de San Honorato y de Hieres, y parte tomó los puertos del Genovesado y de Liorna.

Al despuntar el dia 15, nuestra armada reconoció cuatro galeras de Francia que corrian borrasca, y dándoles caza fué tomada una del partido del gobierno genovés, á cargo del capitan Bot, y otra fué á pique en la playa de Pomblin con 175 prisioneros, á quienes dieron libertad por ser españoles é italianos. Abonanzó el tiempo y volvió la armada nuestra unida á los ocho bajeles de Nápoles y á otros seis venidos de España, y entre ellos cuatro dunquerqueses; y llegándose al puerto de San Estéban

(1) Llamóse Armand de Maillé-Brezé, segun se ha dicho en la nota anterior. Su padre Urbano estuvo casado con una hermana de Richelieu.

poseido de los franceses, le cañonearon, y con las encamisadas les quemaron muchas tartanas y polacras llenas de bastimentos y municiones, como asimismo lo hicieron los dunquerques en Telamon, siendo entre todas sesenta y cinco las incendiadas, y cuatro polacras, sin contar otras catorce que se tomaron libres del fuego, quedando solo ocho dentro de una cala, por no poder entrar en ella los bajeles.

Este siniestro accidente aturdió al príncipe Thomás obligándole á enviar oficiales á París y á otros lugares pidiendo prestos socorros, en partioular por la voz esparcida de que partian de Nápoles tres mil caballos con los tercios de infantería. Nuestra armada determinó meter socorro real en Orbitelo (1), para cuyo efecto desembarcó cuatro mil soldados, y tentó á tocar el fuerte llamado de Tobias Palavecino (2). Saltó en el fuerte Filipo y la Tenaza y marchando á los 28 de Junio en tres escuadrones tentó ganar la colina junto á tierra Olosa, adonde el duque de Crequi se presentó con toda la caballería y con casi el grueso de la infantería, y á medio dia se trabó una escaramuza tan fiera que acabó en una batalla formal, durando hasta una hora de la noche, en el cual tiempo las galeras, vueltas las proas á tierra, tiraron mas de dos mil cañonazos, que hicieron notable estrago á los franceses. La pelea fué sangrienta, peleándose obstinadamente por una y otra parte; y aunque los españoles tuvieron el sol en los ojos, fundaron sobre la cantidad de los muertos la inmortalidad de sus nombres; y porque se habia esparcido voz que la armada naval de Francia habia de volver con socorros, la española se puso en alta mar,

(1) Decia Arbetela pero se ha corregido conforme está.
(2) Así en el original.

habiendo ya socorrido á Orbitelo en tanto que la zufa duraba, con noventa soldados españoles que con ánimo invencible se arrojaron al lago, las espadas en las bocas, y pasando casi tres millas de agua fueron recibidas del general Carlo de la Gata, el cual recibiendo tan feroces asaltos generales y particulares, tantas necesidades como se sabe de los sitiados, con raro valor resistió, se fortaleció y aun desafió al enemigo, haciéndole valerosas salidas y encamisadas, que fueron la destruccion del ejército, y aun abriéndole los puertos y puertas, y en una volando con minas mas de quinientos hombres sin temer la potestad del enemigo, ni la autoridad del príncipe Thomás, por lo que ha adquirido nombre de famoso en nuestro tiempo. . . . . .

Salió, pues, nuestra armada á encontrarse con la francesa, en la cual se embarcó el marqués de Torrecusa, famoso soldado, como lo mostró por experiencia en las victorias que tuvo tanto en el Brasil, Germania, Francia y Flandes, cuanto enviado del Virey para acomodar las diferencias de los generales y gobernar esta empresa, cargo que en mi presencia no le quiso aceptar, sino ir como aventurero, si bien los generales le dieron el lugar que merecia. Llegó á este tiempo Luis Poderico con la caballería napolitana, y disponiendo el marqués de Torrecusa la gente del batallon napolitano que con los españoles desembarcaron de las galeras, pasó muestra de diez y seis mil infantes y tres mil caballos, despues que diez y nueve galeras partieron á Nápoles para cargar de nueva gente, que despues de despedidos volvieron en dos dias cargadas de gente y municion, y encaminó el conde de Linares con las ocho galeras de España á Tarragona á los 12 de Julio. El marqués de Torrecusa viéndose señor del puesto del Antidonia tentó de hacer algun progreso, y á los 18 de Julio puso su ejército delante del enemigo,

tanto infantería como caballería y buscó el atacarle; habiendo exhortado á todos el débito de buenos soldados, hizo asaltar las fortificaciones. En tanto el príncipe Thomás distribuyó los puestos segun le pareció necesario, y por dar ánimo á su gente no sólo con exhortaciones los animó sino que se puso en los puestos más peligrosos, peleando valerosamente; pero los franceses desanimados, despues de haber mil mosqueteros suyos sostenido algun tanto la carga, se retiraron con una vergonzosa fuga á Talamon, dejando por despojos todo el bagaje, municiones y artillería, seguidos de los nuestros y de los del presidio de Orbitelo, que saliendo pelearon valerosamente como lo habian hecho dentro defendiéndose, y en las salidas y encamisadas valientemente. Tal fué el vergonzoso fin de esta potente armada (1) que amenazaba al cielo, y esta la

(1) Con muchos detalles refiere Bernabé Vibanco ya citado la expedicion francesa á Toscana, el socorro que desde Nápoles mandó á Orbitelo el duque de Arcos, y los combates de mar y tierra que hubo hasta el fin de aquella guerra; y como quiera que entre la relacion de dicho escritor, y la que aquí hace Duque de Estrada se advierta poca conformidad, nos ha parecido ponerla aquí en resumen para que de esta manera puedan compararse una y otra. Segun Vibanco, la armada francesa al mando del duque de Brezè, se presentó á los 10 de Mayo de 1646 en las costas de la Romanía, apoderándose casi sin resistencia de Santo Estefano y Telamon. Desembarcando en seguida su ejército compuesto de 7800 infantes y 800 caballos, el mariscal puso sitio á Orbitelo. Era Gobernador de esta plaza Carlo de la Gatta, oficial napolitano de mucho valor y esperiencia en las guerras de Flandes, el cual mandó luego á D. José Mastrillo, capitan de caballos á que reconociese al enemigo. El dia 12 los franceses abrieron trincheras y pusieron sus baterías cerca de la ermita, dirigiendo desde luego sus fuegos contra la plaza. Cuenta Vibanco que Monsieur de Santonne, á cuyo cargo estaba la caballería enemiga, mandó un billete al gobernador Gatta suplicándole respetase con sus fuegos cierta casilla blanca donde moraba el duque de Brezè, añadiendo por via de burla «que le podia descomponer la olla.» Prometiólo así el Gobernador, señalando por su parte otra en la ciudad, que era la del capitan Pedro de la Puente, y en la

*

empresa prometida á la corona de Francia y con tantas arrogancias por el príncipe Thomás, no solo de tomar el reino de Nápoles, pero aun toda la Italia, concluyendo con memoria funesta y baldon eterno de franceses; cuya campaña fué cementerio de ocho mil muertos, habiendo empezado en el mes de Mayo, mes fatal á Francia é in-

---

que se hallaban su muger é hijos, ofreciendo Santonne y el príncipe Tomás de Saboya usar con ella de igual consideracion; pero á pesar de su ofrecimiento, la perfidia francesa (dice el cronista de Felipe III y IV) les hizo quebrantar su palabra, y en un dia solo metieron catorce balas dentro de la casa, obligando la familia del Gobernador á abandonarla precipitadamente.

A 20 de Mayo los franceses cortaron la comunicacion entre Puerto Ercolé y Orbitelo, edificando en lugar conveniente un fortin guarnecido con seis piezas de artillería, y enviando además al estaño ó lago treinta lanchones tripulados con gente.

El 21 atacaron á cuerpo descubierto una media luna, aunque fueron rechazados con gran pérdida por el maese de campo Domingo Robustelli, su teniente D. Gerónimo de Aznar, y el capitan de infantería Don Pedro Mendez de Acosta.

Al dia siguiente 22, los nuestros hicieron una salida y se apoderaron de un puesto francés que hubieron luego de abandonar por no poder mantenerlo.

El 25 entró en Puerto Ercole, burlando la vigilancia de la armada francesa, enviado por el virey de Nápoles un socorro de víveres, municiones y gente, en cinco galeras y dos tartanas. Mandaba este socorro el marqués del Viso, hijo del de Santa Cruz.

A 30 de Mayo, despues de un sangriento combate, los franceses se apoderaron de la media luna, aunque, temiendo no estuviese minada, no quisieron ocuparla; muriendo en esta ocasion un hijo del gobernador Gatta. El 2 de Junio empezó el enemigo á cegar el foso, habiendo antes fortificado por dentro la entrada ó camino cubierto, donde puso una batería; pero saliendo los nuestros el 4 por la noche, destruyeron las obras. El 8 llegó carta del duque de Arcos exhortando al Gobernador á la defensa, prometiéndole un socorro de tropas á las órdenes del marqués de Torrecusa, y avisándole además la próxima llegada de la escuadra española. A los 14 de Junio, á las ocho de la mañana, se divisó en efecto nuestra armada, la cual empezó desde luego á cañonear á la enemiga. Surgió entonces competencia sobre el mando: reclamábalo el conde de Linares, de nacion portugues, como ge-

fausto á sus reyes, pues en él murió Ludovico XIII (1), padre del reinante é hijo de Enrico IV, que tambien fué muerto del memorable golpe de cuchillo de Ravaillac, y ocurrieron otros muchos para ellos infelices sucesos, sin los que han tenido en Italia, como son el de la Capitanata, la Canosa y Garillano por el Gran Capitan y de Pavía por nuestro emperador Cárlos V.

Débese mucho al señor duque de Arcos, virey de Nápoles, que con asidua vigilancia y solicitud proveyó de siete mil infantes, tres mil caballos, quinientos marineros y cien bombarderos para la defensa; habiendo gastado un millon y medio, ciento cinco tartanas, doscientas falucas y muchos bajeles y bergantines en muchas ocasiones: todo con gran prudencia y presteza maravillosa, dando órdenes y espediciones tan acertadas como se ven en los efectos.

---

neral de las galeras de España, y se lo disputaba el del Viso, que lo era de las de Nápoles. Benavides, cabo de las de Sicilia y pariente del marqués, seguia la opinion de este último. Por otra parte el almirante Pimienta decia que él era general de aquella armada, y que no podia ni queria estar á las órdenes de nadie; y así, embistiendo valerosamente á la capitana francesa, la obligó á huir con las demas, si bien siguiendo el alcance tuvo que desistir, por haber sido desarbolada de un cañonazo la galera que él montaba. Tomó la armada francesa la derrota de la isla Margarita, y el conde de Linares, sin llamar los cabos á consejo, ni aprovechar la victoria se volvió á los puertos de Valencia, enviando desde allí á su hijo á Zaragoza, á dar cuenta al Rey de su viaje y determinacion. El Rey enojado le mandó residenciar, así como á los demas generales, dando el mando de las galeras á D. Luis Fernandez de Córdoba.

Continuaba mientras tanto el sitio de la plaza, defendiéndose Carlo de la Gatta y su corta guarnicion con singular valor hasta el 14 de Julio, que con la noticia que se acercaban ya las tropas de Nápoles, los franceses levantaron precipitadamente el campo y marcharon en direccion á Telamon, siendo perseguidos por los sitiados que hicieron una salida muy oportuna.

(1) Luís XIII no murió en Mayo sino en 19 de Abril de 1643.

Envióme, pues, el Virey con doce frailes para formar en el campo un hospital adonde se curasen los heridos y enfermos, y debia yo partir con el marqués de Torracusa; pero no habiendo venido los frailes no pude ir. El dia siguiente, que vinieron, me presenté á S. E. determinado á la embarcacion, pero viniendo una galera con doscientos soldados entre enfermos y heridos, de los cuales ochenta y uno eran del combate hecho á los 30 de Junio, dia de San Pedro y San Pablo, hallándome yo en Palacio S. E. ordenó que entrase en carroza, y enviando mucha cantidad de sillétas trajeron dichos enfermos al hospital de Santiago de los Españoles, y asistiendo dicho señor á obra tan pia y mandando se trajesen á su costa doscientos colchones, doscientos pares de sábanas con sus coginetas y almohadas, no se quitó de allí hasta que fueron acomodados; siendo servidos dichos enfermos, desnudándolos y descalzándolos por el señor príncipe de Asculi, Don Silverio Garrafa, príncipe de Visiniano, el Obispo de Puzoli, el primado presbítero Pimentel, el capellan mayor, el confesor de S. E., yo y otros muchos títulos y capitanes y maestrés de campo. Acabóse esto á la media noche; y S. E. ordenó, rogándomelo con gran encarecimiento, quedase por superintendente de aquel hospital, dando para el regalo de los pobres quinientos ducados; obedecíle, y dentro de pocos dias vinieron de la segunda batalla cuatrocientos, entre heridos y enfermos, que entregándomelos todos, me hizo superintendente general de todos los hospitales, aunque en el de los Incurables y la Anunciada, hospitales famosos en Europa, eran nuestros títulos de mucha calidad; pero informados de la mia del Virey, me aceptaron dándome S. E. una carroza y amplia facultad para visitar cada dia, reformar ó alargar el vito (1) ó regalo de dichos enfer-

(1) Alimento, racion.

nos, lo que se hizo con grande esplendidez; visitando con gran caridad dicho señor el hospital de Santiago, cosa que no se dice de ningun virey, y la Excma. Sra. vireina trabajando con sus damas para enviar canastillas llenas de hilas para los heridos. Vino en este tiempo el marqués de Torrecusa del triunfo y victoria de Orbitelo con una calentura enfadosa; pero apretándole demasiado, en pocos dias dió el tributo debido á la tierra este insigne capitan y singular soldado, á quien se le hicieron las exequias funerales con el aplauso debido y sentimiento universal. Sanaron los mas de nuestros enfermos y heridos y habiendo hecho S. E. muchas gracias para estos, y dado muchas ayudas de costas á los capitanes de la armada de España, le pedí licencia para irme á Cerdeña, que aunque me la dió y cartas muy honradas para el señor duque Montalvo, virey á la sazon de la isla, me entretuvo encomendándome varios negocios hasta la mitad de Setiembre que partí á la isla de Proxida, adonde esperé algunos dias, y partiéndome á la mitad de este mes en una tartana, á pocos dias nos vimos casi en Berberia arrojados de un viento contrario á vista de un galeon de turcos, que huyendo de él por las costas de Cerdeña, sin poder tomar puerto, llegamos á la playa de Romania, con tal fortuna, que empezamos á echar la ropa en la mar, y tocando el cabo de Anz, víspera de San Mateo, encallamos dia de San Eustáquio, á los 20, en un escollo, adonde viéndonos perdidos se desnudaron todos. Solo yo, puestas mis esperanzas en Dios y en la Sacratísima Vírgen del Cármen y ángel de mi guarda y santos mis devotos, estuve firme; y viéndome algunos de los que me observaban pareciéndoles que debian guiarse por mi ejemplo, teniéndome por hombre de experiencia, se tornaron á vestir. Permitió la Magestad de Dios que la tartana, ya sin timon y sentada sobre el escollo por mano de la Sacratísima Vírgen, ángeles y santos protectores, fué

alzada en peso y puesta en las ondas por los clamores y lágrimas de tantos, y en el mismo tiempo arrebatada de los vientos, en pocas horas llegamos á la vista de Córcega, y sin poder tomar puerto fuimos arrojados á Civitavieja, de Roma, tan naufragados, que abierto el bajel, á pocas horas mas eramos anegados. Tomamos puerto á los 22, y dirigiéndonos al convento de nuestra órden nos refrescamos y partimos á Roma, adonde, hallando nuestro general muerto, fuí de nuevo confirmado en mi oficio del señor cardenal Gianetti, nuestro protector, y de los padres consejeros con mayor autoridad y potestad, volviendo á Civitavieja adonde he escrito este suceso, y adonde vinieron los avisos que ahora escribiré de diversas partes á los 8 de Octubre, por via del Emmo. Sr. cardenal Trivulzio, que pasaba á ser virey de Sicilia y estuvo aquí algunos dias por el mal tiempo, y se fué á los 18 de Octubre del presente año.

Discurso de la vida del autor por años (1), *en suma.*

Nací en la ciudad de Toledo, á los 15 de Agosto de 1589, dia de la Asuncion de Nuestra Señora, entre las cinco y las seis de la tarde; llamáronme Justo Santa María por el dia en que nací, y despues mudé nombre en la confirmacion. Babtizéme el 22 de Agosto en la parroquia de San Andrés, dia de la octava de Nuestra Señora, siendo mis compadres (1) Don Tomás de Borja, que murió arzobispo y virey de Zaragoza, siendo á la sazon canónigo de Toledo, y la marquesa imperial Doña María

(1) El original dice «anales,» lo cual es un disparate, y se ha corregido conforme está.

(1) Parece que debió decir «padrinos.»

de Castro. Perdí mi amada madre en el año de 1590, quedando huérfano y sin conocerla, y despues mi padre y señor en 1592, con que quedé á la edad de tres años huérfano de padre y madre, en poder de mi segundo padre (que tal le llamaré) Juan Gomez de Cisneros, hombre de gran conciencia y excelente en todas agilidades de caballería, el cual me puso á la escuela, á los cinco años, el de 1594, en la que aprendí con tanta facilidad, que mi maestro que era capellan de casa, se admiraba, y juntamente tuve en el de 1596 maestro de danzar y bailar con castañetas, en que salí tan excelente que pocos he hallado en España ni fuera mis iguales. En 1597, á los ocho de mi edad, tuve maestro de subir á caballo, ejercitando todas tres cosas, sin faltar á ninguna. Confirmóme Don Diego de la Calzada, obispo de Salona (1), mi tio, año de 1598, y de mi edad el noveno, y mandó me llamase Diego como él, y me quitase el nombre de Justo, que tiempo vendria en que me lo llamase. Fué tenido por santo hombre, y murió estando proveido del obispado de Córdoba, año de 1600. En 1599 acabé mis estudios de gramática, como refiero en la principal historia, con mucho disgusto de mis padres, y no poco de los padres de la Compañía y mio, que querian fuese jesuita. Tenia á la sazon diez años. Este mesmo año desgraciadamente, dando con un palo á un burro arrojó á coces al mozo que iba encima, y murió de la caida; y tambien se me atravesó una espina de un pescado, que fué necesario sacármela con hierros, y estuve á pique

(1) Así en el manuscrito, aunque en otros lugares dice Saona y Solsona, lo cual no es de estrañar atendido lo pésimo de la copia, circunstancia á que ya hemos aludido varias veces. *Salona* es una villa de la antigua Dalmacia, sobre el rio Jader no lejos de Espalatro; tambien hay en la Grecia moderna una ciudad del mismo nombre.

de morir, peleando dos años con esta enfermedad y otras que me sobrevinieron de esta causa.

El año de 1602, y á los trece de mi edad, empecé á servir á Su Magestad, por aventurero y camarada del conde de Fuensalida, en la jornada de la Mahometa. Vuelto de la cual en 1603, y á los catorce de mi edad, partí de Toledo á la corte con el dicho conde de Fuensalida, como camarada suyo, que iba á ser grande de España. Allí lucí mucho é hice las comedias primeras, que fueron representadas de Riquelme, famoso autor, y celebradas en la corte en comun y particular: no me alargo mucho en esta vida que hice en la corte por estar ya en el libro principal.

En el tiempo referido, año de 1607 y de mi edad diez y ocho, fué jurado el Príncipe, y yo volví á Toledo, y despues á Madrid, dando la palabra de casamiento á Doña Isabel, y á la vuelta sucedió la muerte de Don Juan y de Doña Isabel, á 25 de Noviembre, por lo que fué necesario ausentarme con mucho secreto é industria, y fuime á Sevilla á los 3 de Diciembre, y de allí á Sanlúcar de Barrameda á los 6, adonde tuve una larga enfermedad. En 1608 fuí á la jornada de Alarache con el marqués de Santa Cruz y duque de Tursi, y despues con el marqués de San German, las cuales acabadas empezó en 1609 (de mi edad diez y nueve) la expulsion de los moriscos, en que tambien me hallé del principio al fin; volví á Sevilla de miedo, y de allí, por algunos disgustos, salí y me fuí á ver el Andalucía. De Sevilla fuí á Antequera, adonde á los 10 de Marzo queriéndome robar tres ladrones una cadena y un cintillo, fué necesario defenderme. Diéronme ocho heridas, y maté á uno de ellos; curé y fuime á Lucena, y de allí por toda el Andalucía, y pasé á la Mancha, donde el 23 de Febrero vengué una injuria de un hombre á quien en Toledo dí de palos; y me hirió en la cara á

traicion (1). Pasé adelante con muchos peligros, por las muchas cuestiones que en cada parte tenia, y llegué á Gibraltar; adonde creí estar seguro de caer en manos de justicia. Parecióme correr las costas de Berbería, Orán Melilla y el Peñon hasta Argel, y sobre él reñó durmiendo nos cogieron dos bergantines que gobernaba un esclavo de mi abuelo. Estuve por esto un año en poder del marqués de Villareal, portugués, gobernador de Ceuta hasta que me vinieron mil escudos para mi rescate; y de allí pasé á Málaga y Ecija. Hallémé año de 1611 en la canonizacion de San Ignacio, y con requisitoria de la corte y de Toledo fuí preso en Ecija á los 7 de Mayo año de 1611, y de mi edad veinte y dos, y puesto en graves cadenas, y así con cien hombres de guardia me sacaron de allí á los 11 de Junio y me llevaron; pasándome por Córdoba y Ciudad-Real. Llegué á Toledo el 17 de Agosto, víspera de la octava del Corpus, doblándome siempre las guardias por el camino. Dia de la octava me dieron tres horas de tormentos, tales que me descoyuntaron todo el cuerpo, sin sacarme una palabra. Estuve en curarme un año, sin ser señor de mis acciones; hallémé sano el año siguiente de 1612 en el verano.

En este año padecí grandes sustos y peligros de vida; en el siguiente de 1613 hice por entretenimiento las comedias de la *Ventura en las desdichas* y *El villano General*; y en tanto la justicia proseguia sus efectos, y así en medio de mis divertimientos y muchas inquietudes y desgracias que me sucedieron en la cárcel, me sentenciaron á degollar el 30 de Febrero.

De esta sentencia tuve la apelacion de Su Magestad, por intervension del duque de Lerma: sucedieron en este

(1) No hace la historia mencion de este suceso.

tiempo diversas cosas que por extenso van en la historia, y aquí excuso.

Partí de Toledo para Italia á los 15 de Diciembre, pasando el reino de Aragon y Cataluña hasta Barcelona, adonde llegué á primeros de Noviembre. Allí descansé; y hallándose acaso en la ciudad un autor de comedias le hice las de *San Cárlos Borromeo* y *Las proezas del conde Enrique de Barcelona, que conquistó las islas Baleares de Mallorca y Menorca.*

Entretúveme allí por la memorable tempestad que he dicho, y empezó dia de San Martin, y duró universalmente hasta año Nuevo, anegándose en los puertos mismos millares de bajeles. Aunque con miedo y encubierto con muy buenos entretenimientos pasé hasta que viniendo Don Pedro de Leiva, general de las galeras de Sicilia, con su hija la marquesa de Ladrada, descasada de con su marido, aunque con sentimiento de las hijas del marqués de Almazan, virey á la sazon, me partí en cuatro galeras que le dió Génova. Partimos con feliz viento al 1.° de Enero de 1614; pero despues tuvimos malos temporales. Costeamos la Francia, y llegamos el 3 de Febrero á Génova, adonde descansé algunos dias, y despues partí para Liorna (13 de Marzo), siguiendo mi viaje á Roma, llegando el 3 de Abril, domingo de Cuasimodo, por haberme entretenido en Pisa y en Siena, adonde quise tener la Semana Santa. Fuí bien recibido del embajador de España Don Francisco de Castro, duque de Taurisano, y le hice cuatro comedias, que fueron el *Renegado por los celos*; *El gran duque de Sajonia*; *La vega de Toledo*, y *El enemigo en la pobreza*, las que estimó en mucho, haciéndolas representar de sus hijos mesmos, gentiles hombres y pages. Estuve allí hasta el 10 de Setiembre, muy regalado y estimado; pero mi desdicha quiso que dí un bofeton á un caballero, y le metí á cuchilladas en casa del cardenal

de Borja, por lo que fué necesario partirme para Nápoles el mismo 10 de Setiembre. Llegué á los 12, y senté la plaza á los 24 del mesmo; paséme despues á la compañía del maestre de campo Don Francisco de Castro, que nos criamos juntos. Halléme en la famosa Academia del conde de Lemus, cuyos sucesos remito á la historia principal, y en ella hice dos comedias, *El rey Don Sebastian fingido* y *el Forzado vencedor*, que fueron representadas por varios autores de comedias, y celebradas por buenas. Todos los sucesos de este año, de mi edad el veinte y cinco, remito á la historia principal, y paso al siguiente de 1626, en el cual me casé á los 5 de Abril, dia de Pascua de Resurreccion, tan sin pensar en tal estado que jamás lo imaginé ni creí inclinarme al matrimonio, siendo tan diverso del arte militar. En suma, me casé en la manera que refiero en mi historia.

En este mesmo año se partió el conde de Lemus para España, á los 15 de Junio, y vino el duque de Osuna por virey á Nápoles á los 28 de Agosto, y Don Francisco de Castro fué á Sicilia. En este mesmo año, á los 22 de Octubre, se partieron nueve galeras, cuyo cabo era Don Octavio de Aragon, hermano del duque de Terranova. Llegamos hasta los castillos de Constantinopla, y tomando diez caramuzales, tuve de presa mil escudos que me truje.

Las embarcaciones eran tan continuadas, que á los pocos dias de nuestra llegada, que fué el 29 de Noviembre, el 7 de Diciembre volvimos á salir con ocho galeones, adonde me hicieron los superiores embajador para la república de Arragusa, con mucha satisfaccion suya. Se acañonearon las costas de Venecia; reconocí la armada veneciana, adonde me dieron tres veces la cuerda por espía; y escapado de este peligro y de una batalla que con ocho bajeles tuvimos con setenta de la veneciana,

volviendo á Nápoles, tuve un gran disgusto con el duque de Osuna á 11 de Mayo, sobre pedirle mis pagas y el ayuda de costa que me prometió, y la ventaja que me señaló el Rey. No descansamos mucho, pues á los 30 de Mayo de 1617 partimos con quince galeones, y llegados á Brindis nos juntamos con tres de Sicilia, y con las galeras de Sicilia y Nápoles, que siendo veinte y dos las de Nápoles y ocho las de Sicilia, hicimos una armada de treinta galeras y diez y ocho galeones y cuatro bergantines. Fuimos corriendo las costas, y aunque encontrámos la armada no tuvo efecto, porque no se atrevieron, no obstante que su armada era duplicada de la nuestra. De Brindis partimos á encontrar la armada enemiga, reforzada ya la nuestra y en el puerto de Zara les tomamos el 28 de Octubre dos maonas y tres galeras, con dos millones de mercancías dentro, con que se vinieron las galeras á Nápoles, y el 14 de Noviembre se despidieron los galeones de Sicilia, quedando solos los bajeles, los cuales estaban bien reformados. Tornamos costeando y partiéndonos de Brindis por órden del Duque, el cual habia mandado que buscásemos á la armada veneciana y peleásemos con ella, aunque nos perdiésemos, y esta resolucion, deliberada en todos, nos partimos á buscalla y la hallamos, con la nueva que en Aragusa nos dieron, saliendo del puerto de Santa Cruz; la cual era en todo de setenta bajeles.

No obstante la cual suma de navíos, peleando todo el dia, á la noche quedamos señores de la campaña (1), y ellos con la oscuridad de la noche, sin encender fanales, se fueron de allí. Fué esta victoria el 18 de Diciembre. Partimos para Nápoles; pero nos sobrevino una fortuna tan

(1) Parece debió decir «de la mar.»

cruel, que nos vimos anegados sobre el cabo de Otrento, estando perdidos tres dias y tres noches, rompiendo árboles, entenas y velas. El 25 llegamos derrotados al puerto de Manfredania, adonde nos arrojó el viento sin saber en qué manera, á todos, un bajel despues de otro.

En Manfredonia estuvimos rehaciéndonos de nuestro maltratamiento, que fué mucho, y mucho mas el de los bajeles. Fué la nueva al duque de Osuna, y demas de muchas mercedes, nos envió á alojar á la ciudad de Bitondo (1), digo á nuestra compañía, y las otras por diversas partes, y al almirante Ribera con la armada á Brindis por la comodidad de acomodar los bajeles. Estuvimos alojados cuatro meses, y fuimos á Brindis, de adonde nos partimos para Nápoles á los 14 de Mayo. Valióme este alojamiento quinientos escudos. Pagáronnos y partí por cabo de una compañía á alojar á la Sala; discurrí la Calabria en catorce meses que tuve de alojamiento, teniendo seis escudos cada dia, que con los tránsitos importaron seis mil escudos, sin muchos presentes y regalos. Estuvimos en Nápoles el año siguiente de 1619 y de mi edad 30, y fuimos por Carnestolendas á alojar á San Jorge de la Molinara, quince millas de Benevento, y valióme este alojamiento seiscientos ducados. Lo demas de este año se pasó en la jornada que hicieron los cuatro mil hombres secretamente para tomar á Venecia. Remítome á la historia.

Vueltos á Nápoles, estuvimos hasta el mes de Junio, en cuyo tiempo se hallaba Nápoles revuelto por la nueva de la venida del cardenal Borja y Velasco por virey, armándose la infantería y tomando las calles y plazas del cuartel en forma de escuadron, por el movimiento de

(1) Bitonto.

motin que hizo el vulgo de la ciudad, el cual aquietó el Duque saliendo en cuerpo solo á caballo con dos caballeros y el síndico Julio Solino, electo del pueblo napolitano. No obstante las dificultades que se ofrecieron, el Cardenal Borja entró en Nápoles secretamente el 2 de Junio de 1620 y tomó posesion de Virey en el castillo con algunos consejeros, sin visitarse con el Duque. En seis galeras, por órden de Su Magestad, partió el Duque para España á los 20 del mismo mes; pero tan despacio, que estábamos en cada puerto quince y veinte dias. Sucedió en Tolon el desafio del francés con espadas negras á toda la nacion española, y por haberle sacado del juego á estocadas, el Duque me dió una cadena de trescientos escudos de oro, y me sentó en su mesa. Volvimos á Nápoles á los 20 de Agosto, dejando al Duque en Marsella, y su ropa en Cadaques. Luego que llegué á Nápoles me hizo el Cardenal Borja capitan. Sucedióle en el gobierno el Cardenal Zapata, que ofendido de mí por lo sucedido en España, me reformó y quiso quitarme la cabeza, por lo que sin tocarme la embarcacion, me embarqué con los galeones que llevaban la infantería italiana á Milan, por camarada del almirante general Francisco de Ribera. Desembarcamos la gente en bahía en Génova, guiándola para venirnos otra vez á Nápoles, por Enero de 1621; saliendo á comulgar á Nuestra Señora de Saona, y topando un indio criollo, criado mio, que me llevaba la plata, se la quité, maniaté, y llevándole preso por Saona, me le quitaron diciendo habia roto las leyes de la República, y prendiéndome, me sentenciaron á ahorcar. Pusiéronse en arma los galeones, asestando las piezas contra la ciudad. Vióse por el senado de la República, y por su acuerdo me dieron la ciudad por cárcel, de adonde escapé, como digo en la historia, y nos partimos para Nápoles á 2 de Febrero; pero la fortuna nos arrojó á Sicilia y Malta, de adonde

volvimos á Nápoles en Abril, encontrando allí la nueva de la muerte del rey Don Felipe III, tan llena de sentimientos universales por toda su monarquía; como se mostró en sus reales exequias, túmulos y mausoleos en todas las provincias y reinos del Imperio. Celebráronse en Nápoles por excelencia, y reposando algunos dias, partimos con los galeones el 27 de Julio, costeando á Berbería, y llegamos á la Goleta á 15 de Agosto, adonde quemé los bajeles y salí herido de un flechazo y otra herida en la frente. Costeamos el mar y llegamos á Mesina, adonde me acabé de curar y convalecer, y adonde sucedió la revuelta de los florentines y españoles, que duró tres dias, desde el 20 de Setiembre, con grandes daños de los ciudadanos y disension comun, y muerte de veinticuatro soldados de los nuestros. Remítome á la historia adonde está mas por extenso.

Estuvimos en Sicilia hasta la venida del príncipe Filiberto, que fué el 30 de Setiembre del mismo año 21, ajustándose las cosas, y yo fuí perdonado del Príncipe, sabiendo el principal fundamento del disgusto. Tomó la posesion con grandes fiestas, tanto por la coronacion del nuevo rey Felipe IV, cuanto por su entrada y posesion de vireinato y cargo de príncipe y generalísimo de la mar. Partimos luego, el 6 de Octubre, con ocho galeras á Levante, bajo la conducta de Don Octavio de Aragon, y habiendo corrido gran parte de él, llegamos al puerto de la Sapiencia á dar carena junto á Codon y Modon, y allí saltando con cincuenta hombres en tierra, me dieron el 30 del mismo mes un arcabuzazo en el muslo izquierdo; no obstante lo cual eché los moros de allí con mucho daño suyo y muy poca pérdida de los nuestros. Tomáronse en este viaje algunas presas, de que no gocé por estar enfermo y no hallarme en ellas. Volvimos á Mesina el 9 de Noviembre, y el Príncipe me hizo muchos favores, y me

dió una cadena de quinientos escudos. Curado, nos partimos el 16 con las treinta galeras, que costeando todo el mar, como digo en la historia, topamos en las crucetas de Alejandría con la caravana de la Sultana, y la tomamos.

Habiendo pasado San Juan de Patena ó Padmos, adonde escribió el Evangelista su Apocalipsi, las Revueltas y los Fornos y á Chipre, tuve mil escudos de presa, en particular de azúcar, de que venian cargados los caramuzales, y volvimos á Mesina á los 4 de Diciembre, en ocasion que vino el marqués de Santa Cruz, como está apuntado.

Fuí muy bien recibido del Príncipe, y vacando la compañía de Don Diego de Aguilera, llamado de su tio el consejero á España, se proveyó en mí á los 10 de Diciembre, sobre la cual pretension maté en campaña un caballero cuyo nombre digo y apellido callo, siendo los mayores amigos que habia en la armada, por lo que dejando perdida la pretension de la compañía, con extraño disgusto del Príncipe, fué necesario partirme á Nápoles el mismo dia 10 con las galeras de Don Sancho de Leyva, que en esta ocasion se partieron, llegando allí á los 13, con que acabé este desdichado año y empecé otro peor.

Año de 1622, de mi edad 33, me retiré á una casa, cuchillo de mi hacienda, pues en ella me enamoré de una dama, llamada Doña Francisca, que quitándola á su galan despues de muchas invenciones, heridas y peligros, que remito á la historia, me partí con ella el 22 de Marzo á Roma, donde estuve disfrutando mi hacienda con ella y aun el alma, y en esta sazon se hizo la canonizacion de los cinco santos, suntuosa y devota accion; pero no por eso me enmendé. El dia de la Pascua de Resurreccion me fué quitada la dama en la plaza, despues de la procesion, y por justicia, diciendo su galan que era

su marido y probándolo con testigos falsos. Remítolo á la historia. Yo me partí á Florencia el 3 de Abril, sin esperanza de verla, y desesperado de perderla, como creia. Llegué á Florencia á los 7, harto melancólico, pero me divertí en algunos pasatiempos y en ver la ciudad y sus grandezas, templos y deleites con un amigo, y me partí para Bolonia el 22 con felice tiempo, que vistas de mí sus antigüedades, pasé á Ferrara, y bien considerada como el caso pedia por el rio arriba me partí á Mántua con mucho trabajo por venir muy crecido; llegué á ella, y avisado el Duque, me envió á llamar por la noticia que de mí tenia, y me entretuvo, como cuento en la historia, tanto por ver la fiesta de la Ascension, célebre por la sangre de Cristo y el cuerpo de San Longino que allí se halla, y estuve hasta los 18, como por ver las grandezas de la ciudad y describir su fundacion y por gusto del Duque. Allí vino Doña Francisca en hábito de hombre y nos partimos á Milan, en el cual camino se tomó resolucion de que se quedase en hábito de hombre con nombre de hermano mio; estándole tan bien este hábito, que nadie la juzgó por muger, sino por hombre, pero muy hermoso. Encontramos al duque de Feria, que nos recibió y me conoció por las señas que de mí le habian dado, cuyo suceso escribo. Estuvimos allí hasta que le pedimos licencia para ir á la compañía del maestre de campo Don Luis de Córdoba, que estaba en Novara, para adonde partimos, llegando dia de San Juan á los 24, siendo muy bien recibidos y aceptados por camaradas del maestre de campo Don Luis de Córdoba, hermano del duque de Cardona. Estuvimos muy regalados y estimados hasta los 24 de Julio que nos partimos para Milan, adonde, como digo en la historia, sucedió el desafio de Don Juan y su muerte, y retraimiento mio, que en él, con los sucesos dichos, estuve hasta los 28 de Agosto, que me partí á Turin con cartas del

Duque, adonde estuve algunos dias; partíme y llegué á Saona y de allí á Génova, á los 8. Estuve muy malo de calenturas, hasta que llegando el duque de Alba (1), que iba á Nápoles por virey con galeras é infantería, partimos, digo yo solo, á Nápoles con las galeras, encubiertamente; desembarcando en Civitavieja, á donde pasé otro gran peligro con muchos soldados de la compañía de aquel Don Juan, muerto en Milan, que por milagro de Dios y el valor que mostré me escapé.

Llegué á Roma y de allí por tierra á Nápoles (2) con una honrada compañía de caballeros de Malta, acabando este año de tantas desdichas con esta tragedia, y empezando nuevas persecuciones mias. Estuve en mi casa (3), bien sobresaltada toda de mi venida, por el miedo de que no fuese preso; pero mantenido y con proteccion de algunos príncipes, pude estar hasta que el 26 de Agosto en el altar de la Iglesia de San José, me tiraron un pistoletazo, y dieron en el pecho, aunque siendo de perdigones no me hizo daño considerable; remítome á la historia. Curéme y estuve hasta que, sabiendo me quería matar un genízaro, á quien daban quinientos escudos, fuí á su casa con doce vandidos, y le tiré un pistoletazo, de que quedó tan asombrado que se metió fraile y profesó; esto fué á los 6 de Setiembre. Saltando despues en campaña, me junté con una escuadra de vandidos. Los males y daños que de esto sucedieron, digo por extenso en la historia principal.

Volví á Nápoles haciendo muchas pendencias y revo-

---

(1) Llegó el duque de Alba á ser virey de Nápoles á los 30 de Octubre. Nota marginal del autor.

(2) Llegué á Nápoles á los 13 de Diciembre, con que se acabó este año de 1622, y de mi edad 33, y empezó otro peor. *Nota marginal.*

(3) Año de 1623, y de mi edad 34.

luciones, hasta que llamado de un amigo para acompañarle á un desafio, el 15 de Setiembre me prendieron alguaciles, si bien ya dentro la iglesia; los cuales por soborno me volvieron á ella, contentándose con cincuenta escudos. Descubrióse el cohecho, y estuvo á pique de ser ahorcado el corchete que mandaba la ronda; y yo buscado por iglesias y sepulturas, con pregones, bandos y talliones, me fué necesario escapar, como digo en la historia, embarcándome el 22 del mes referido en uno de siete bajeles que llevan infantería á España. Tuvimos una cruel tormenta sobre las islas de San Pedro, tal que derrotados y perdidos del fracaso, por milagro llegamos á Trápana, en Sicilia, á los 6 de Octubre.

Allí me confesé y comulgué con la mejor devocion que pude, y fuí absuelto con la bula de la Cruzada; y hechas mis devociones, me fuí á Palermo á la ventura, no sabiendo qué hacer de mí y arrepentido de mi arrastrada vida. Llegado allí á los 12 del mismo Octubre esperé al príncipe Filiberto hasta el 15 que vino, el cual por intercesion de Don Juan Illanes, marido de una prima mia y su caballerizo, me perdonó y admitió en su gracia. Senté plaza de capitan reformado, y por la opinion que tenia de mis sucesos, un caballero deseoso de probrar si eran verdades, me dió tal ocasion que fué fuerza salir con él en campaña, adonde le dí una estocada en la garganta y una cuchillada en la mano (1); remito este cuento celebrado á la historia, que por ser caso tan de honra y preciso, el Príncipe me lo perdonó, y él curado se fué á España, quedando yo en muy mejor opinion y mas en gracia del Príncipe, el cual de mi boca quiso saber mis

(1) Este desafio de Don Gerónimo sucedió á los 20 de Diciembre del mismo año de 1623. *Nota marginal del autor.*

sucesos, y contados los admiró sobremanera. En este tiempo se hicieron muchas fiestas por el nacimiento del príncipe de España, las que no se acabaron por venir la nueva de su muerte. Así acabó este año referido, lleno de miserables sucesos, huidas, tormentos y peligros.

En este año siguiente de 1624, y de mi edad 35, estuve muy en gracia del Príncipe y quieto hasta el mes de Mayo (1), que el marqués de Santa Cruz preparó catorce galeras entre las de Malta, Sicilia y España para ir á Berbería. Pedí licencia para embarcarme, que se me dió de buena gana; fuí nombrado por cabo de la gente de una galera; tomamos un bajel, y traído á Palermo volvimos á Puerto Farina, en cuyo viaje encontramos dos galeones del cosario Alí Arraez Rabacin, renegado ferrarés, y peleando con él de la manera referida en la historia, á los 4 de Junio se tuvo victoria. Quedé por cabo de la capitana, que ganó como refieren mis papeles y la historia, y volvimos el 8 á Palermo con los tres bajeles, adonde fuimos muy bien recibidos del Príncipe y de la ciudad. La presa fué de mas de trescientas mil piezas de á ocho, robadas á cristianos en diversos bajeles, y la que me tocó en dinero, joyas y ropas me valió mas de cuatro mil. Hízome el Príncipe capitan de la capitana y cabo de once bajeles, en el cual tiempo (2) se tuvo nueva de las galeras de Biserta, y nos embarcamos como nos hallábamos, vestidos de negro, creyendo alcanzarlas aquel mismo dia; pero casi á la vista de ellas las seguimos hasta la república de Arraguza, sin poder venir con ellas á las manos. Pasamos á Malta, habiendo

(1) Al márgen dice: «Partimos con catorce galeras con el marqués de Santa Cruz á Berbería á los 15 de Mayo.

(2) Dos dias despues de nuestra llegada, á los 10 de Junio.

seguido hasta allí cuatro bajeles de turcos corsarios, de los cuales tomamos uno: allí se tomó provision y refrescó la gente, y nos partimos para Zaragoza (1) de Sicilia, y de allí seguimos nuestro viaje. Aquí acabé un libro en octavas rimas hecho á la empresa de los galeones, dirigido al Príncipe, el cual fué muy leido y tambien muy solemnizado del Príncipe, habiéndole él leido y héchosele leer muchas veces, aunque enfermo en la cama.

Partimos siguiendo unos bergantines á Zaragoza adonde hallamos la desdichada nueva de la muerte del príncipe Filiberto, tan infelice para mí (2) y que yo sentí tanto; fuéme necesario por la falta de las pagas y por mis grandes gastos, no obstante la gran pestilencia, irme á Palermo á cobrar mis joyas, dineros y ropas. Tomé licencia del Marqués, dada á primeros de Agosto, de muy mala gana, y partime llegando el 7 á Palermo con gran riesgo de la vida. Allí pasé librando mi ropa con mucho trabajo, dineros y joyas el resto del año, con universal espavento de todos, por la fuerza de la contagiosa peste, regalándome lo mas que pude y empleando mi dinero en galas, y al fin de este año, 24, y principios del siguiente, 25, de mi edad 36, fué tan cruel la pestilencia que cerraron los templos y los hombres se quitaron el comercio, porque caian muertos hablándose. Descubrióse el cuerpo de Santa Rosalía, por cuya intercesion cesó la peste por Abril, como refiero en la historia (3) muy por extenso, y así lo excuso aquí.

---

(1) «Mesina» dice en otra parte, pág. 267. Una nota marginal añade aquí: A los 10 de Julio del mismo año de 1624 llegamos á Mesina, y tuvimos nueva que al principio del mes habia empezado la peste en Palermo.

(2) Fué su muerte á los 18 de Julio del mismo año de 1624.

(3) Nada de esto dice el autor en su historia, como puede verse en la pág. 268, lo cual nos hace sospechar, segun ya lo advertimos en la

Este año el papa Urbano VIII publicó el año Santo y empezó la guerra entre el duque de Saboya y la república de Génova (1); pidieron socorro á Su Magestad y entre los socorros que se enviaron de todas partes fué el de Palermo, de 600 hombres. Yo me partí con él, habiéndome sucedido con el Cardenal lo que dije en la historia, y por camarada del mismo maestre de campo; el tiempo fué contrario y así nos detuvimos en el viaje. Llegados á Saona á 24 de Mayo el marqués de Santa Cruz, el príncipe Doria y duque de Tursi me encargaron un fuerte que sobre Saona se hizo, con harto peligro, que se llamó Santa Cruz; allí estuve hasta que viniendo la gente española de Nápoles me sucedió con los paisanos de los muertos en la plaza de Saona lo que ya refiero en la historia (2). Partíme á Génova y no estando seguro allí de la vida, me partí para la República de Luca en busca de un amigo muy caro llamado Don Antonio Nacorini, en cuya librería y jardin escribí seis comedias de mi misma historia de los títulos apuntados al márgen (3), y el libro

---

Introduccion, que la copia de que nos hemos servido para esta impresion está falta en algunos lugares, y principalmente al fin de la undécima parte. Refiere allí el autor haber llegado á Zaragoza de Sicilia ó Siracusa, y sin embargo, en el capítulo siguiente (intitulado décimatercia parte), le hallamos en Liorna de camarada de Don Pedro de Médicis. Omite, pues, toda mencion de la peste de Palermo, así como el socorro que de esta ciudad salió para Génova, y del cual él mismo dice haber formado parte.

(1) Una nota marginal dice: «á 23 de Abril de este año de 1625 murió Mauricio en Flandes, y á los 8 de Marzo habia muerto Jacobo, rey de Inglaterra.»

(2) Todo esto falta en la historia principal. Este maestre de campo se llamaba Don Gabriel de Salazar, pues en una nota marginal puesta en este lugar se lee: «Partí con 600 hombres con el maestre de campo Don Gabriel de Salazar al socorro de Génova á los 30 de Abril del mismo año.»

(3) Hay, en efecto, una llamada que dice así: «Allí escribí las comedias de *La ventura en las desdichas; El casarse sin pensar; El secreto*

intitulado *Reduccion universal*, que empleé en ello catorce meses, y allí me entretuve yendo algunas veces á la ciudad, de cuyos sucesos hago un capítulo en mi historia.

Hácese por el mes de Setiembre una suntuosísima fiesta al Santísimo Cristo de Luca, que tambien describo allí, la cual es muy para ver y exagerar. Estuve allí todo este año de 26, y de mi edad 37, muy valido de la nobleza, y gocé de las fiestas de la vendimia que allí se hacen con mucha llaneza de conversaciones y las Navidades muy regocijadas, como tambien las Carnestoliendas. Pasé á Liorna adonde á los 2 de Abril del 26 me sucedió un desafío con dos caballeros delante del príncipe Don Pedro de Médicis, por cuya galantería fuí su camarada, con tanta privanza que yo era el gobernador, el general y el todo. Estuve allí todo este año (1) y parte del otro, pero sabiendo que el príncipe Don Lorenzo de Médicis no iba, como se decia, á Flandes por capitan general de la caballería, ni Don Pedro por coronel, el cual me habia prometido una compañía de caballos, aunque con su disgusto me partí de Liorna á 10 de Marzo, con deseo de buscar ventura. Fuí á Bolonia adonde llegué el 14 y me sucedió la enfermedad que refiero, y de allí me fuí á ver la ciudad de Venecia. Partíme de Venecia como desesperado y embarcándome fuí á la ciudad de Pádua celebrada por grandiosa y por su San Antonio que está en grande vene-

---

sin ser premiado; El agravio escrito en piedra; y *El amor vuelto en desden.* Pero excusamos advertir que ni del suceso de Saona, que es de presumir fuese algun desafío ó encuentro ocurrido con deudo ó amigo del Don Juan, muerto en Milan, ni de su permanencia en Génova y Luca, ni el modo que tuvo de ganarse la confianza y amistad de Don Pedro de Médicis dice el autor ni una sola palabra en su historia: todo lo cual se hallaría, sin duda, en la parte duodécima que falta en el manuscrito. Añadiremos, por último, que las comedias citadas aquí son cinco y no seis.

(1) Año de 1625, de mi edad 38, dice una nota marginal.

ración. Allí estuve, como relato, pasando ya necesidades, ya felicidades. Partíme á Venecia á los 12 de Octubre, y de allí para Hungría, llamado del príncipe de Transilvania. Mi partida de Venecia fué por mar, y porque no entiendo las millas ó léguas turquesas pongo aquí mi itinerario por dias.

Partí de Venecia lunes 22 de Noviembre y llegué á Zara el miércoles 23.

A Espalatro, jueves 25.

A Clice, tierra de Turquía, el 1 de Diciembre.

Al rio Zetina, en Dalmacia, el 6.

Al lago Biesdoblato (1), que es muy grande, á 7

A Cuprés y á Baveff, á los 8.

A Yayza, á los 10.

A Bañoluca, á los 12.

A Gradisca, á los 19.

Al rio Sava, nos embarcamos el 22.

Pasamos á Cobaz, Grado, Brot y Roca, á los 26.

Aquí pasamos la Navidad en el mismo rio Sava que es muy caudaloso.

A la ciudad de Metrovisa, á los 27.

A Ruma y Patua (2), á los 28.

El gran rio Danubio pasamos á 29.

A Orlaca, á los 30.

A Boca Venera, á los 31.

AÑO 1628.

A Tamis, á 2 de Enero.

Azacos (3) pasamos el rio Posonis á los 3.

---

(1) En la pág. 282 Buzublato.

(2) Pág. 282, Yapatua.

(3) Así en el manuscrito, pero debió decir A Zatos (Véase pág. 284.)

El rio Casovia que divide Turquía de Hungría, á los 4.

A Lugo, á los 5.

Pasamos el rio Temis á los 6.

(1) A Caranicebes, á los 6.

A Santa María, á 2 de Febrero.

A Saxopoli, á los 13.

A Vanisi, pasando el Vanisio, á los 15.

A los 16 llegamos á la ciudad de Alva Julia, residencia de la corte del Príncipe, llámase tambien Bellogrado (2), y no hallando en ella al Príncipe fuimos cuatro jornadas á buscarle y le hallamos en el gran castillo de Fogarax, llegando á dicho punto á los dos meses de nuestra salida de Venecia. Fuí muy bien recibido del Príncipe cuyos sucesos dicen mis discursos muy por extenso, que fueron muy varios, así como mi privanza con él y la Princesa, el desafío del embajador de Venecia, los galanteos de las damas y sospechas del favor de la Princesa, que fué para mi daño; y como habiendo recibido de ellos muchos presentes y dádivas, por mi mala fortuna siempre adversa (para que jamás dejé de tener conocimiento de la vanidad transitoria y que solo Dios es permanente) murió el Príncipe á los 15 de Noviembre, en lo mejor de mi privanza, cuando yo creia haber ya superado mi adversa estrella y clavado un clavo á la rueda de fortuna atropelladora de mi dicha. Partíme de Transilvania á los 24 de Enero de 1630, y de mi edad 41, con el embajador del Emperador el conde Diatristain, para ir en su compañía á Germania con muchos peligros en el camino de salteadores turcos, de los cuales nos libró Dios y mi industria

(1) Casanicebes en la pág. 285.

(2) Belgrado.

Pasamos la Transilvania y la parte de Hungría que posee el Turco, llamada la inferior, que confina con Croacia. Llegamos á Viena á los 7 de Febrero, adonde hablé con el Emperador y con el general conde Don Baltasar de Marradas, el cual me llevó por su camarada. Era este caballero teniente general de los ejércitos del Cesar y capitan general del reino de Bohemia. A pocos dias partimos á tierra de Ratisbona, adonde coronada la Emperatriz y acabadas las Córtes, con 15,000 hombres partimos á Praga de Bohemia adonde se esperaba el ejército sueco que la tomó, como tambien á Laytemeris y despues fué recuperada de nosotros y echado del pais el ejército enemigo (1).

De allí pasamos á la provincia de Hesia (2) donde habiéndome señalado en trece escaramuzas, y sido causa de ganarse la batalla, en la cual me dieron cinco heridas, me hicieron capitan de caballos. Cureme de las heridas, y á los 20 de Junio me partí con mi compañía al socorro del castillo de Fraumberg, sitiado del duque de Sajonia, llegando allí á los 22, y tan á tiempo, que con mi industria y resolucion, dándoles un asalto noche de San Juan con una encamisada, y rompiéndoles los diques de unos gruesísimos estanques, con que fué anegada mucha de su gente, y muertos mas de quinientos hombres, alzó el sitio con muy poca reputacion. Por cuya faccion fuí hecho gobernador del castillo, con retencion de la compañía, cargo importante.

En este año entró la reina de Hungría, infanta de

---

(1) Una nota marginal del manuscrito dice así: «Partimos á la dieta de Ratisbona á 16 de Setiembre; coronose la Emperatriz; llegamos á Praga á 4 de Octubre del mismo año de 1630.»

(2) Aquí el manuscrito dice «Silesia;» pero en la pág. 324 de la historia se lee claramente «Hessia.»

España, á casar con el rey Ferdinando, hijo del Emperador, como arriba apunto, por no divertir (1) la historia Juróse el príncipe de España, Don Baltasar Cárlos, en el año 1632 á los 7 de Marzo, con gran solemnidad y suntuosas fiestas y grandeza.

En el mes de Mayo fué la memorable pérdida de la batalla del duque de Baviera y del rey de Suecia en Baviera, junto á la ciudad de Raim y el rio Oeno (2), adonde murió aquél invencible general Tilly, y fué herido el Aldringuer en la cabeza, y perdido el ejército.

Retirámosnos con los ejércitos para descansar, y yo rehice mi compañía, por cuya fatiga y victoria fuí hecho gobernador de justicia y guerra de la provincia de Buduvay, en cuya ocasion me fué encargado un servicio gravísimo del Emperador, que me sucedió felizmente y fué el principio de tocarme Nuestro Señor el corazon, dándome el conocimiento verdadero de la vanidad de las cosas mundanas. Estuve en estos oficios, ocupando el uno con retencion de los otros, hasta el año siguiente de 1633, y de mi edad 44, á los 2 de Febrero, que me partí á Viena y renunciando los cargos mi general Marradas, hice yo lo mesmo y pedí licencia para irme á Italia, aunque con poco gusto del Emperador y de mi general, y no obstante las muchas promesas del generalísimo Valestaim de hacerme general de la caballería; pero por ser enemigo de mi general y yo su hechura no lo acepté: fineza que se hallará en pocos. Con esta determinacion y con algunas preseas y regalos que me fueron dados, determiné mi partida, y saliendo de Viena á 25 del mismo Febrero me puse en marcha para Venecia por el camino

(1) Como si dijera «por no hacer digresion.»
(2) Véase la pág. 362.

de las carrozas, atravesando la Stiria, Carniola, Carintia, Friul y Veneciado. Las distancias de este camino y viaje son como siguen (1):

De Viena á Naydorf	2
A Naistat	6
A Nayquerquen	2
A Sut Vienna	2
A Hospital	1
A Criglia	3
A Cofender	3
A Laive	3
A Macael	1
A Quenitenfelt	3
A Quedenburg	2
A Umsmanch	3
A Naimarch	3
A Yer	3
A Sanquefat (2)	3
A Felquirquen	3
A Vilach (3)	3
A Teurèn	3
A Sabenis (4)	1
A Ponteva	2
A Pontas	1

(1) Este mismo itinerario con sus distancias se halla ya estampado en la pág. 396; pero advirtiéndose en él alguna variedad en el modo de escribir los nombres de las poblaciones por donde pasó el autor, ha parecido conveniente apuntar aquí las diferencias que se han notado.

(2) *Sanchfait*, y el siguiente *Ferquinquen*, pág. 396.

(3) Pudiera igualmente leerse Yitach.

(4) Sabenis.

Aquí empiezan las millas italianas, y estas son 260 á la italiana:

A Dona, que son millas italianas.	4
A Riqueta	6
A Benzon	7
A Espelenberg	18
A Sanobacato (1)	12
A San Casiano	15
A Cobadina	14
A Escorse	15
A Padua	15
A Conselvi	12
A Ruvigo	15
A Ferrara	18
A San Nicola	10
A Sabastia (2)	3
A San Alberto	10
A Ravena (3)	20
A Rimini	15
A la Católica	15
A Fano	20
A Sinigalla	15
A Ancona	15
A Loreto	20
A Maçarata	14
A Tolentino	10
A Ponte la Trava	15
A Sarrabal	7

(1) Sanalcocato.
(2) Labastia.
(3 Omite á Sesenate que coloca á 20 millas de Ravena.

A Folin	15
A Espoleto	12
A Terni	15
A Nermi	7
A Tricoli	8
A Rinan	6
A Castelnovo	8
A Roma	15

De manera que se cuentan desde Viena á Roma en millas italianas setecientas treinta y cinco.

Llegué á Roma á los 22 de Abril de 1633 con el conde de Marradas, sobrino de mi General. Besamos el pié al Papa y visitamos los templos; hicimos las estaciones, y estando de partida para Nápoles me vino la nueva de la muerte de mi muger (1). Allí me quedé por no ver reliquias de lo que tanto amaba, y divertido en casa del embajador de España, marqués de Castel Rodrigo, pasé aquel año de 1633 como refiero en la historia, y dudoso por entonces de la resolucion de mi estado, resolví irme á Lombardía con el cardenal Espínola que iba á besar la mano al Infante cardenal, y de allí á España. Partí pues de Roma á los 30 de Abril de 1634 y estuvimos en Génova, y de allí fuimos á Milan á los 23 de Julio, adonde el Espínola fué muy bien recibido del Cardenal Infante. Hecha la visita y recibidas muchas de señores, partimos para Génova el 23, y de allí el Cardenal se fué para España el 2 de Agosto, y yo me fuí para Roma adonde llegué el 26, pasando por Liorna y Florencia. Enviando mi ropa con un criado por mar y llegado á Roma, tomé resolucion de entrarme en una religion. Determiné fuese la

(1) Murió á los 18 de Marzo de 1633. *(Not. marg.)*

del beato Juan de Dios, por la caridad en que está fundada; apercibí mis cosas y pasé este año de 34 y parte del 35 en ejercicios devotos. Resuelto en suma en la forma dicha en la historia, tomé el hábito año de 1635 y de mi edad 46 á los 2 de Febrero, y perseverando en mi noviciado harto trabajoso ya por mi edad y achaques de la guerra, aunque los disimulaba con harta fatiga, cumplido un año y un dia, se me dió la profesion año de 1636 y de mi edad 47, á los 16 de Febrero, en el capítulo intermedio y por mano del reverendísimo padre general, el cual tambien me habia dado el hábito, siéndome poco despues ordenado el ir á Cerdeña con otros religiosos. Obedeciendo con gusto partimos de Roma á los 13 de Abril y nos embarcamos, siendo nuestro objeto la fundacion de un convento en Cerdeña. Llegamos á los 16 á Orosey, que fué la primera tierra que topamos, y de allí por tierra fuimos á la ciudad de Caller, adonde á los 20 fuimos bien recibidos, y reposando algunos dias, la ciudad y arzobispo nos dieron la posesion del hospital de San Antonio y su iglesia á los 10 de Mayo de 1636 y de mi edad 47, con los partidos acordados. Los diez y ocho meses primeros gobernó el padre fray Pedro Bosqueti, en los cuales fué la invasion de los franceses que tan por extenso relato, y despues los otros diez y ocho meses goberné yo con título de presidente general, y con autoridad de recibir religiosos y profesarlos y fundar casa en el reino (1). Acabé el gobierno de Caller con algunos encuentros sobre la jurisdiccion, y el año de 1639 y de mi edad 50 fuí en el capítulo general canónicamente ele-

(1) Hay una nota marginal que dice así: «Hiciéronme sargento mayor general de lo eclesiástico, y del Consejo de Guerra de S. M. con patentes.

gido por prior de Sasser, para donde me partí por el mes de Agosto, por no haber venido mi sucesor hasta este tiempo, y estuve en el dicho gobierno el restante de los tres años, no sin muchos pleitos de seglares y estorbos de religiosos. Fundé en el mismo tiempo en el hospital de San Antonio de la ciudad de Alguer, y acabado el trienio, á los 15 de Junio de 1642 y de mi edad 53, me partí para Palermo á la celebracion del capítulo intermedio, adonde muy contra mi opinion fuí elegido comisario y visitador general, y siéndome fuerza volver á Cerdeña, partí á los 22 de Julio y entré en Caller á los 7 de Agosto. Tomé posesion con muchas disensiones por particulares intereses de frailes, y fuime á la ciudad de Alguer, á hacer asistencia en ella y fabricar aquel convento, como lo hice. En el año siguiente de 1644 y de mi edad 55 hice la visita del Reino con gran daño de mi salud, de año y medio de enfermedad, y en el consecutivo de 1645 y de mi edad 56 fuí á Roma al capítulo general, en el cual fuí elegido vicario general de las provincias de Germania y del Imperio, y prior de Somma, á ocho millas de Nápoles, con término de algunos meses para curarme y convalecer de mis enfermedades, mudando de aire y temperamento.

Partíme á Nápoles en una faluca, á los 25 de Mayo, y llegué á los 31; luego me puse en cura, y mejorado, me fuí á los 23 de Junio á tomar el aire al priorato de Somma, adonde mejoré algun tanto á la entrada del invierno, por ser aire frio y enjuto, y suelo y cielo de salutífero temperamento. Aquí estuve el discurso de un año curándome, en el cual sucedieron muchas cosas, tanto en el Imperio cuanto en España, cuyos discursos á haber tenido mas cierta noticia de ellos los hubiera puesto aquí, aunque mi intento no es mas de escribir mi vida y sucesos; pero como ya se han acabado, á Dios gracias,

amistades, tratos y oficios, habiendo de escribir á lo menos los años (1), diré alguna cosa de lo notable que sucediere y sea uno que á los dos del mes de Junio 1646, dos horas antes del dia, poco mas ó menos, estando yo dispierto, aunque soñoliento, sentí un temblor ó terremoto, cual fué comun en todo el reino, y en particular Santo Nicandro fué sumergido de la tierra y muertas ciento cincuenta personas. Viesti, la mayor fortaleza del reino, desplomada toda con gran mortandad de gente; Graciano sumergido como si jamás hubiera sido; Canosa fracasada y arruinada con muchos lugares de su circuito y ciudades. Han sucedido tres milagros en la tierra de Viesti, adonde estaba una Nuestra Señora venida de muchos años ha de Esclavonia, protectora ya de aquella tierra. En el tiempo del terremoto sucedió no se hallaba, y se presume se haya vuelto á su tierra, y dos protectores santos de dicha tierra no se sabe adonde se hayan ido. En la tierra de Torremayor una estátua de San Antonio ha vuelto la espalda, y se ha quedado así. En la tierra de San Juan, llamada Rotondo, en la iglesia parroquial, habiendo ido el Arzobispo con el clero para aplacar la justa ira de Dios, hallaron vueltas las espaldas al pueblo á un devoto Crucifijo, y creyendo ser la fuerza del terremoto, queriendo volverlo no fué posible, y dándose á la confesion y penitencia el pueblo, fué visto de todos volverse por sí mesmo.

---

(1) De aquí se infiere que el autor dejó interrumpida su obra, ó por enfermedad, ó por muerte, ó por alguna otra causa.

FIN DE LOS COMENTARIOS.

*

ÍNDICE ALFABÉTICO DE NOMBRES PROPIOS.

A

Abella, Don Jerónimo de, el dean, 428.
Academia poética, en Toledo 20, en Madrid 23, de los Ociosos en Nápoles, 124.
Afanador (el) de Utrera, guapo, 38.
Agravio (el) *escrito en piedra*, comedia, 505.
Aguilera, Diego de, capitan, 206.
Alarache V. *Larache*.
Alagui, conde de, vicario general del Emperador en Hungría, 313.
Alba, duque de, V. *Toledo* y *Beaumont*.
Albornoz, el cardenal, 418.
Alcalá, duque de, 331.
Alcañizas, marqués de, 23.
Aldrobandino, cardenal, 215.
Aldrobandino, príncipe de, gran prior de Roma, 334.
Aledo, el sargento mayor, 172.
Ali Arraez Rabacin, corsario, 257.
Aldringher (Altringher) conde de, general de las tropas imperiales, 334, 348, 376, 402.
Almazan, marqués de, virey de Cataluña, 98.
Almonacid, marqués de, V. *Jimenez de Urrea*.
Alvarez, Luis, poeta, 24.
Alvarez, maestro Juan, llamado «el alanceador,» 17.
Amalfi, Don Octavio Piccolomini, duque de, 343.
Amor (el) *vuelto en desden*, comedia, 505.
Audrea-Bator, príncipe de Transilvania, 292.
Anhalt, oficial superior sueco, 368.

Anspach, Hernesto, marqués de, cabo de la liga protestante, 319.

Aponte y *Avalos*, fray Marcelo, jesuita, 16.

Arach (Harrach), el cardenal, 394.

Aragall, Don Diego de, 426.

Aragon, Don Octavio de, cabo de las galeras, 142, 143, 155, 189, 194, 204.

Aragon y Mendoza, Don Luis de, 171.

Aranda, el alférez, 98.

Arias, Pedro, 128.

Ariz, Don Martin, general de los galeones de Sicilia, 171.

Arle, Monsieur d', sobrino del rey de Francia, 275, 277, 279.

Arnheim, general protestante, 378.

Arostigui, Antonio de, secretario de Cámara, 68.

Arostigui, Pedro de, alférez, 201.

Avagriale, fray Nicolás, general de la órden de San Juan de Dios, 416.

Avellino, príncipe de, 141.

Avellaneda, Don Bernardino de, 39.

Ayala, el Doctor, médico de Filiberto de Saboya, 267.

Ayala, Don Pedro Perez de, quinto conde de Fuensalida, 20, 67.

Ayaza, el coronel Lorenzo, muerto en Nordlinguen, 409.

Aynecio, fray Ambrosio, 416.

Azconi, Don Fernando, regente del reino de Cerdeña, 429.

Azevedo y *Zúñiga*, Don Manuel de, conde de Monterey, embajodor de Felipe IV, en Roma, 214, 229, 419.

B

Baca de Herrera, Don Juan, 21, 48.

Barrionuevo, Gabriel de, poeta dramático, 21, 124.

Barrios, representante de comedias, 131.

Basile, Madame Andriana, 338.

Basteligui ó *Vasteligui*, Don Antonio, tesorero general de Cerdeña, 432.

Bathory, Andrea, príncipe de Transilvania, 292.

Bathory, Christóbal, príncipe de Transilvania, 292.

Bathory, Gabriel, príncipe de Transilvania, 292, 294.

Bathory, Sigismundo, príncipe de Transilvania, 292.
Bator Gabor (Gabriel Bathory), príncipe de Transilvania, 315.
Baviera, V. Maximiliano.
Benavente y *Benavides*, Don Cristóbal de, embajador de España en Venecia, 272.
Benfante, juez de Cerdeña, 432.
Betlen Gabor, príncipe de Transilvania, 287, 309.
Bodsquay, Estéban, príncipe de Transilvania, 292.
Bolea, Don Jacinto de, 432.
Bordoy, el capitan Pablo de, 119.
Borgesio, cardenal, 217.
Borja, Don Tomás de, 113.
Borja y Velasco, Don Gaspar de, cardenal y virey de Nápoles, 113, 191, 413.
Brandemburgo, marqués de, 361.
Brandestein, oficial sueco, 368.
Bucquoi, conde de, V. *Longueval*.
Budler (Butler), el coronel irlandés, 378.
Buduvais (Budweiss), villa de Bohemia, 390.

C

Camerota, marqués de, 164.
Canales, Don Antonio, oidor de Cerdeña, 422, 432.
Cantillana, conde de, 23.
Cañas, Don Luis de, el capitan, 128.
Caracciolo, Camillo, príncipe de Avellino, 141.
Caracciolo, Givanne Battista, 138.
Caraffa, Francesco María, duque de Nochera, 119, 410.
Caraffa, Marzio, duque de Madaloni ó Matalones, 137.
Caraffa, Tiberio, príncipe de Bisignano, 127.
Carcamo, Alonso de, corregidor de Toledo, 43.
Carcamo, Don Fernando de, 22, 49.
Cardenal, el Infante, 404, gana la batalla de Nordlinguen, 408.
Cardona, duque de, 42.
Carland, el coronel, 368.
Cárlos de Austria, el archiduque, 268.
Carmona, Diego de, 226, 229.

Carrillo, el padre jesuita, 67.
Casarse (el) *sin pensar*, comedia, 504.
Castañeda, conde de, 335.
Castel-Rodrigo, marqués de, embajador de España en Roma, 413. 418,.
Castelvi, Don Juan de, 172.
Castelvi, Don Pablo, procurador general del reino de Cerdeña, 432.
Castro, Don Beltran de, virey en las Indias, 119.
Castro, Don Beltran de, distinto del anterior, 128.
Castro, Don Francisco de, conde de Castro, duque de Taurisano, embajador en Roma, 111, 115, 134, 140.
Castro, Don Francisco de, distinto del anterior, maestre de campo, 119, 134, 139.
Castro, Guillen de, autor dramático, 24.
Castro, Doña María de, 14.
Castro, Don Rodrigo, inquisidor y canónigo de Toledo, 69.
Catalina de Austria, hija de Felipe II, mujer del duque de Saboya (Cárlos Emmanuel I), 268.
Centeno, Diego, 36.
Centurion, Don Juan, 105.
Cerdan, maestro de danzar, 16.
Chacon, Don Francisco, arcediano de Toledo, 90.
Cisneros, Doña Isabel, esposa del autor, 25, muerta, 32.
Coberg, el coronel, 368.
Cobertein, oficial superior sueco, 368.
Colibrano, príncipe de, 128.
Colloredo, general de la caballería imperial, 402.
Collumbach, Christian, marqués de, 377.
Conca, príncipe de, 128.
Conquista de las islas Baleares, comedia, 103.
Contarini, Simon, 153.
Convento de Madre de Dios, en Toledo, 71.
Córdoba, Don Luis de, camarero del duque de Osuna, 158.
Córdoba y Cardona, Don Luis de, 214, 226.
Cordobero, el doctor, hebreo, 273.
Cornaro, Fabio, 158.
Cornelich, el coronel, 368.
Cornix, Simon, generalísimo y canciller mayor de Transilvania, 309, 310, 314.

Cors, Don Francisco, fiscal de la audiencia de Cerdeña, 432.
Crequi, duque de, 481.
Cueva, Don Antonio de la, 115, 119, 137.
Cueva, Don Diego de la, 100, 112.
Cueva, Don Mauricio de la, 111, 119.
Cugodar (Caglieri), en Cerdeña, 429.

D

Dampierre, conde de, general de la liga católica, 291, 319.
D'Escoubleau de Sourdis (Henry), arzobispo de Burdeos, 421, 431.
D'Este, el duque Alejandro, 271.
D'Este, Alfonso, 271.
D'Este, príncipe de, 410.
Diatristain (Dietrichstein), el príncipe Sigismundo Helfrid ó Alfredo de, chambelan de Ferdinando II, 343.
Diatristain (Diechtristein), el conde de, embajador de Austria en Transilvania, 308.
Diatristain (Diechtristein), el cardenal, 308, 341.
Diego de la Daga, el maestro, 95, 103.
Disenhus, el coronel, 368.
Domingo de Jesús María, fray, 320.
Doria, Cárlos, duque de Tursi, 27, 197, 334.
Dosemberg, el baron, rebelde al Emperador, 381.
Duque de Estrada, Doña Isabel, 14.
Duque de Estrada, Don Juan, maestre de campo, 13, 39.
Duque de Estrada, Doña Juana, 162.
Duque de Estrada, Doña Mariana, 142.
Durlach, Jorge Federico, marqués de, 319

E

Eguenberg (Eggenberg), príncipe de, Juan Ulrico, 331.
Egra (Eger), fortaleza situada en las fronteras de Sajonia y Bohemia, 378.
Ejemplo (el) *en la pobreza*, comedia 113.

Elda, conde de, general de las galeras de Sicilia, 166.
Emperador, Alfonso, el capitan, 240, 242.
Enriquez, Don Fadrique, 224.
Esconiz, baron de, 309.
Espejo, el capitan, 126.
Espínola, el cardenal Don Agustin, 400.
Espínola, Estéban, cabo de las galeras de Génova, 104.
Espínola, marqués de, 269.
Estancho (el), jornada del, 122.
Esternemberg, Madama Adriana d', 291.
Estimbach, coronel, 368.

F

Fabricio, Filippo, 319.
Fana ó *Fano*, Don Gaspar, sargento mayor de la milicia de Cerdeña, 121, 421.
Federico III, rey de Dinamarca y Noruega, 360.
Federico V, conde y elector palatino del Rin, 319.
Felipe IV, jura de, en 1608, 24.
Ferdinando II de Austria, emperador de Alemania, 319.
Ferdinando III, rey de Hungría, 330.
Feria, duque de, V. *Suarez de Figueroa*.
Fernandez de Castro, Don Pedro, conde de Lemus, 121, 139.
Ferrer, don Vicente, 172.
Filomarino, Alfonso, sargento mayor de tercio, 165.
Florencia, descripcion de, 218.
Fortalet, Don Ramon, 172.
Forteza, Don Gaspar, 432.
Forzado (el) *vencedor*, comedia, 131, 137.
Fraumberg, castillo de Bohemia, 198, 326.
Fuensalida, conde de, V. *Ayala*.
Fulda ó *Fuldes*, el abad de, muerto, 375.

G

Galasa ó *Galaz* (Gallatz), el conde Matías, feld-mariscal de Austria, 334, 367, 369, 375, 408.
Galindo, Don Martin, 267.

Gelves, conde de, 23.
Getz (Gœtz), el coronel, 267.
Giannetti, el cardenal, 488.
Giron, Don Fernando, 171.
Giron, Don Gaspar, 142.
Giron, Don Pedro, hijo natural del duque de Osuna, 166.
Girondo, fray Gabriel, 419.
Gloria (la) *de Niquea*, comedia del conde de Villamediana, 25.
Godinez de Guzman, Don Luis, corregidor de Ecija, 47.
Goleta, jornada á la, 199.
Gomez de Cisneros, Don Juan, 15.
Gomez de Sandoval, Don Diego, conde de Saldaña, presidente de la Academia de Madrid, 23.
Góngora, don Luis de, 23.
Gonzaga, Anibal, marqués de, 343.
Gonzaga, Ferdinando, duque de Mántua, 219, 343, 349.
Gonzaga, Vicencio, hermano del anterior, 221.
Gonzalez de Mendoza, Don Pedro, 93.
Gordon, Juan, teniente coronel de tercio, 378.
Gran duque (el) *de Sajonia*, comedia, 113.
Grana, marqués de, sobrino de la Emperatriz, 134.
Gratz (el), general de la liga protestante, 405, 409.
Grimaldo, Alejandro, 147.
Grimaldo, Cornelio, 197.
Gualdestain, sargento mayor del conde Oton Ludovico (Luis-Othon), 405.
Guasco, Gaspar Carlo, 407, 408.
Guerra de Alemania, denominada de los 30 años, 320—30, 361—95, 404—15.
Guerra de los villanos ó rústicos, en Hungría, 387.
Guerra de los perros en Hungría, 386.
Guersdoff, coronel sueco, 375.
Gustavo Adolfo, rey de Suecia, 361.
Guzman, Don Diego de, 171.
Guzman, el cardenal, 331.
Guzman Mexía, Don Diego Felipe de, marqués de Leganés, comandante general de la Artillería, 400, 408.

H

Harcourt, V. *Lorena-Elbeuf.*
Haro, Don Luis de, 47.
Hastillano, princesa de, V. *Stigliano*, 271.
Hisca (Isohia), isla, 163.
Hofchirquen, (Hofchirchen), el teniente general, 406, 408.
Holca, Holk, general del Imperio, 367.
Horn, Gustavo de, general sueco, 403, 408.
Huerta, Doña Isabel de la, 15.
Hurtado, el sargento, 204.

I

Ibarra, Don Francisco, capitan y gentil-hombre de Filiberto, duque de Saboya, 250, 267.
Idiaquez, Don Martin, 407.
Igualdad (la) *de la desconocida*, comedia, 24.
Illanes, Don Juan, 248.
Illo, el coronel, muerto, 378.
Isolano, el coronel, 367.
Istuan, conde de, caballero transilvano, 289.

J

Jaich, Juan, el capitan, 326.
Jimenez de Urrea y *Enriquez*, Don Antonio, marqués de Almonacid y conde de Pávias, 418.
Jordan, Don Camilo, 134.

K

Kinschi (Kinsky), oficial superior, adicto á Waldstein, muerto, 378.

L

La Calzada, Don Diego de, obispo de Solsona, 14, 17.
Laisich, Lipsia ó Leipsik, batalla de, 326, 362.
Larache ó *Alarache*, jornada primera de, en 1608, 27 segunda, 36, 122.
Laredo, Antonio de, el secretario, 126.
Lawemburg, Francisco Cárlos, príncipe de Saxonia-Lawemburg, 315, 370.
Laxi, coronel de los ejércitos imperiales, 375.
Leganés, marqués de, V. *Guzman-Mexia*.
Leonardo y Argensola, Bartolomé, 43, 124.
Leonardo y Argensola, Lupercio, 23, 124.
Leonardo de Albion, Gabriel, 124.
Leopoldo de Austria, 363.
Lemus, conde de, V. *Fernandez de Castro*.
Lerma, duque de, 22, 67, 123.
Lesle (Lesslie), coronel irlandés, 378.
Levante, jornada á, 142.
Leiva, Don Francisco de, 208.
Leiva, Don Pedro de, general de las galeras de Nápoles, 104, 105, 106, 166.
Leiva, Don Sancho de, 209.
Ligtristain, ó *Lichtristain* (Liechtenstein), príncipe de, Cárlos Eusebio, 334, 347.
Liorna, descripcion de, 96.
Liverta, Madama de la, 194.
Longueval, Alberto de, conde de Bucquoy, 198, 348.
Longueval, Cárlos de, conde de Bucquoy, 198.
Lopez, Francisco, cómico representante, 99, 103.
Lorena (Loraine), duque de, 411.
Lorena-Elbeuf, Henrique de, conde de Harcourt, 420, 431.
Losada, Andrés de, camarero mayor del conde de Lemus, 132
Luis Othon, el rhingrave, 405.
Luna, Don José de, hijo del conde de Morata, 224.
Lutzen, batalla de, 367, 372.

M

Machi, Ambrosio, 418.
Mahometa (la), jornada de, 19.
Manrique de Lara, Don Juan, 63.
Manrique de Lara, Don Pedro, 171.
Mántua, descripcion de, 219.
Manuel, Salvador, 204.
María, la infanta, hermana de Felipe IV, 330.
Marra, fray Camilo della, general de las galeras de Malta, 257.
Marradas, Don Baltasar, conde de, general del Imperio, 198, 316, 321, 327, 332, 337, 347, 414, 415.
Marradas, Don Bartolomé, 398.
Marradas, Don Francisco, hermano del conde Don Baltasar, 398.
Martinez, el conde Wenceslao, 318.
Mata, Don Jusepe de la, 432.
Matalon ó *Matalones* (Madaloni), duque de, 128, 137.
Matías, el emperador, de Alemania, 318.
Matías, músico y cantor, 22.
Maureli, Don Francisco, 137.
Maureli, Doña Lucrecia, 134.
Maximiliano, duque, elector de Baviera, 319, 411.
Mauricio, landzgrave de Hesia, 319.
Médicis, Cosme II de, gran duque de Florencia, 269.
Médicis, Lorenzo de, hermano del duque do Florencia, 269.
Médicis, el príncipe Matías de, 375, 410.
Médicis, Don Pedro de, 269, 401.
Medina Abasco, José, poeta, 20.
Mendoza, Don Juan de, marqués de San German, 36.
Meneses, el capitan, 140.
Meras, conde de, mayordomo mayor del Emperador, 334.
Mercurio, duque de (Mercœur), 384.
Merode, conde de, general del imperio, 367.
Mesina, alboroto de, 201.
Milagros y sucesos de San Cárlos Borromeo, comédia, 103.
Milan, descripcion de, 224.
Mira de Mescua, Antonio, poeta dramático, 23, 124.

Módena, príncipe de, 375, 410.
Moles, Don Fadrique, 361.
Monserrate, santuario de Nuestra Señora de, 95.
Montero, Mateo, poeta, 20.
Monterey, conde de, V. *Acevedo*.
Morales, cómico representante, 28.
Morata, conde de, 93.
Moriscos, jornada de los, 36.
Mudarra, el capitan, 245.
Muñiz de Velasco, Blas, secretario de la Inquisicion, 34.

N

Nacorini, Don Antonio, 504.
Nápoles, desripcion de, 117.
Narvaez, don Juan de, 41.
Narvaez, Don Rodrigo, alcaide del castillo de Antequera, 39.
Navarro, el secretario, 206.
Neuman, oficial adicto al Waldstein, muerto, 378.
Niño, el Padre Rodrigo, jesuita, 67.
Nochera ó *Nocera*, príncipe de, V. *Caraffa*.
Norlinga (Nordlinguen), ciudad de Baviera, batalla de, 405.

O

Olaso, el capitan, 242.
Olivares, conde de, 43.
Oliver y *Fullana*, Don Nicolás, su historia de Hungría, 318.
Orbitelo, ataque de, por la armada francesa, 481.
Orive, F. de, secretario de Estado en el reino de Nápoles, 163, 164.
Oro, Alonso del, 128.
Orosey, villa marítima de Cerdeña, 118.
Ortigosa, Francisco de, poeta, 124, 140, 141.
Osorio, Don García, comendador de Toledo, 17.
Osuna, duque de, virey de Sicilia, 134, 140, de Nápoles 144.
Oviedo, Gonzalo de, 226.

P

Padendorf, el coronel, 406.
Padman, el cardenal, 343, 341.
Palmas, marqués de, 429.
Panigarola, Juan Bautista, 407.
Papenaim (Papenheim), el conde Godofredo Enrique de, mariscal del Imperio, 366, 368, 373.
Pardillo (el) de Ocaña, espadachin, 37.
Paredes, Don Juan de, capitan, 120.
Paula, Monsieur de, gran maestre de Malta (Antoine de Paule), 267.
Pavias, conde de, V. *Jimenez de Urrea.*
Peci Raquel, judía, 303, 304.
Perafan, de Sevilla, 38, 53.
Peralta, Don Cid ó Gil de, alférez, 119, 128.
Perez, el capitan, 431.
Perez, Juan Bautista, hermano del anterior, comisario general de la artillería del reino de Cerdeña, 431.
Piccolomini, Otavio, duque de Amalfi, 334, 367, 369. 408.
Piccolomini, Silvio, sobrino del anterior, 406.
Pilzen (Piltsen), villa de Bohemia, 376.
Pimentel, Don Diego, caballero de Alcántara, 137, 166, 201.
Pimentel, Don Gerónimo, 136.
Pimentel, Don Manuel, 136.
Pisa, descripcion de, 106.
Pisano, el licenciado Juan, 16.
Ponce de Leon, Don Pedro, 41.
Pons de Castelvi, Don Fabricio, 361.
Pontecorvo, el capitan, 245.
Poyo, Sebastian Salustio del, poeta, 24.
Progne y Philomena, comedia de Rojas, 98.
Próspera (la) *fortuna de Ruy Lopez Dávalos*, comedia, 24.
Pruinner, el conde, general de la artillería de los ejércitos imperiales, 375.
Puertocarrero, Don Enrique, 39.

Q

Quérquenes (los), jornada á, 119.
Quiñones, Gonzalo de, el capitan, 197.
Quiñones de Benavente, Luis, poeta, 20.
Quiroga, el Padre, capuchino, 376.

R

Racozi (Ragotzqui), conde de, 318.
Ragotzqui, Sigismundo, príncipe de Transilvania, 292.
Rampolla, fray Angélico, procurador general de la órden de San Juan de Dios, 416.
Ravaneda, Don Pedro de, maestre racional de Cerdeña, 432.
Reduccion general, título de una obra escrita por el autor, 276.
Renegado (el) *por celos*, comedia, 113.
Resti ó *Riesti*, Don Gerónimo, 145.
Rey (el) *Sebastian fingido*, comedia, 131.
Rególi, fray Jacobo de, 394, 399.
Ribera, Don Fernando de, hijo del duque de Alcalá, 224.
Ribera, Don Francisco de, general de las galeras de Nápoles, 128, 150, 262.
Ribera, Don Luis de, 128.
Ribera, Don Sebastian de, alguacil mayor de Sevilla, 39.
Riesti, Jacobo, general de la artillería, 309.
Rietri, duque de, escribano real del reino de Nápoles, 165.
Rivas, Miguel de, 65.
Robles, Don Antonio de, del hábito de Santiago, maestre de campo de la milicia de Cerdeña, 429.
Roca, conde de la, embajador de España en Viena, 335.
Roma, descripcion de, 109.
Roque Guinart, bandido catalan, 94.
Ruan, Don Gerónimo, 249.

S

Sabelli, duque de, 334.
Saboya, Cárlos Emmanuel I, duque de, llamado el Príncipe de la Guerra, 237, 268.

Saboya, Emanuel Filiberto de, virey de Sicilia, 204, 248.
Saboya, el príncipe Tomás de, 481.
Sajonia, Francisco Alberto, duque de, 377.
Salazar, Don Gabriel de, caballero de Santiago y maestre de campo, 262, 504.
Salazar, Don Juan de, sargento mayor, 329.
Salonique, jornada de, 122.
Sanchiz de Leon, alcalde mayor de Toledo, 90.
San Clemente, Don Guillen de, 383.
Sandoval, Don Diego de, dean de Jaen, 90.
Sandoval, Don Juan de, 171.
Sandoval y Rojas, Don Bernardo de, cardenal y arzobispo de Toledo, 90.
San German, marqués de, V. *Mendoza*.
San Julian, marqués de, 206, 241, 245.
San Martin, el marqués de, 406.
San Severino, príncipe de, 407.
Sanson, corsario, 205.
Santa Cruz, marqués de, 27, 122, 256.
Sarmiento, doctor, 45.
Sarmiento, Don Pedro, maese de campo, 165, 192.
Sciaffenburg (Schaftenberg?) el coronel, 377.
Secreto (el) *sin ser premiado*, comedia, 505.
Segovia, Pedro de, 226, 229.
Sena, descripcion de, 108.
Sepusio, Juan, príncipe de Transilvania, 292.
Serrano, Manuel, el capitan, 140.
Sessé, Don Jusepe, 432.
Silva, Don Antonio de, 171.
Simon, el capitan, 262.
Slavata, el conde Filipo, 318.
Slich, el conde, 410.
Stigliano, princesa de, Doña Isabel Gonzaga, 271.
Sota Aquensa, el canónigo, 428.
Suarez de Figueroa, Don Gomez, duque de Feria, gobernador del Milanesado, 224, 377, 401.

T

Tárrega, el canónigo, 24.
Terneta, el coronel, 406.
Terz, *Terzica*, *Trezicá* (el conde de Terzky), general de la liga católica, y cómplice de Waldstein, 367, 374, 377, 379.
Tilly, conde de, V. *Tserclaes*.
Toledo y Beaumont, Don Antonio, duque de Alba, virey de Nápoles, 238.
Torralva, marqués de, 429.
Torre, el conde de la, llamado por los franceses Latour (Mateo de Thurn), 319, 408.
Torrero, el capitan, 140, 187.
Toscana, gran duque de, 106.
Testa di ferro, el capitan, 93.
Trivulzio, el cardenal, 488.
Tserclaes, Juan, conde de Tilly, 317, 320, 321, su muerte, 362.
Tursi, duque de, V. *Doria*.

U

Ubert, general bávaro (el conde Juan de Wert), 408.
Urbieta, Don Sebastian de, 128.
Urquiza, el capitan, 196.
Urries, Don César de, 172.

V

Valladolid, Francisco de, 226.
Vallestain, Alberto Wenceslao Eusebio de Waldstein, duque de Friedland, 362, 364, 365, 369, muerto, 372.
Wallestain, Bartolomé, conde de, 375.
Vaymar (Weymar), duque Bernardo de, general protestante, 322, 409.
Vaymar (Weymar), Guillermo, 368, 371.

*

Vega (la) *de Toledo*, comedia, 113.
Vega Carpio, Lope Félix de, 23.
Velasco, Don Antonio de, 33.
Velasco, Don Rodrigo de, 28, 52.
Venchel, el coronel, 367.
Venecia, conjuracion de, 186.
Ventura (la) *en las desdichas*, comedia, 504.
Venturoso (el) *vencido*, comedia, 24.
Vesubio, erupcion del, 351.
Vibanco, Bernabé, su historia de Felipe III y IV, citada, 483.
Vico, Don Francisco, regente de Cerdeña. Su historia de dicha Isla, 432.
Vidal, Don Pablo, 432.
Vidazabal, Don Miguel de, almirante de la escuabra del Océano, 172.
Villaciz, Don Francisco de, corregidor de Toledo, 51.
Villahermosa, rector de, V. *Leonardo*.
Villalonso, marqués de, 23.
Villamor, conde de, 23, 36.
Villano (el) *general*, comedia, 28, 64.
Villareal, marqués de, 43.
Villavicencio, Fray Gerónimo de, 211.
Villaviciosa, Fray Judas de, 211, 217.
Villegas, el capitan, 140.
Vitemberg, conde de, muerto, 375.
Vohillos, el doctor, 432.
Vuduvayz, (Budweiss) villa de Bohemia, 397.

X

Xart, don Juan, oidor de Cerdeña, 432.

Z

Zapata, el cardenal, 195.
Zapata de Vargas, don Juan, muerto, 31.
Zereceda, el capitan, 157.

ADDENDA ET CORRIGENDA.

Página 12, línea 20, donde dice «solar antiguo de las montañas de San Vicente, hermano de mi abuela» hay que intercalar (aunque no se lee en el manuscrito) el nombre de algun otro ascendiente del autor, pues de otro modo no se completa el sentido.

Página 24, la nota (4) y la siguiente de la pág. 25 están trocadas.

Página 53. El facineroso llamado aquí Perafan parece ser el mismo á quien en la pág. 38 se da el nombre de «Afanador» (el de Utrera).

Página 187, donde dice «Torrera» habrá de leerse «Torrero.»

Página 260. En lugar de «Ali Rabazan» léase «Ali Rabazin.»

Página 334. En lugar de «conde de Slava» léase «Slavata.»

Página 378. «Gualtieri y Lesle amigos del Gordon.» Gualtieri está por Gualters ó Walters. Pellicer en su *Fama Austriaca*, página 167 le llama Walten Debborocx (Walter Devereux?)

Página 395, donde dice «35 de Marzo de 1633» léase «á los 3 de Marzo de 1633.»

Página 402. «Galara» léase Galaza, es decir, Galatz.

Página 404. «Se batió *con* la ciudad de Ratisbona,» quítese el con y póngase despues de Ratisbona.

Página 414. Corríjase «Embajador.»

Página 432, «maestro-racional» léase «maestre-racional.»

Página 481, «dunquerques,» léase «dunquerqueses.»